Los Guardianes del Apocalipsis
Robert Ludlum



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

NOTA DEL AUTOR

Rara vez escribí una dedicatoria que excediese las dos o tres líneas. Ésta es distinta, y el motivo es muy evidente.

A mi afectuosa y comprensiva esposa, Mary, de cuarenta y tantos años; y a nuestros hijos, Michael, Jonathan y Glynis, que siempre demostraron fuerza, decisión e inquebrantable buen humor (un eje principal de nuestra familia). No podían haber sido mejores, ni yo pude haber expresado jamás en la medida necesaria mi amor y mi gratitud.

-Tu padre ha salido de la mesa de operaciones, y descansa en el piso destinado a la recuperación.

-¿Y quién lo ayudará a incorporarse?

Al brillante cardiólogo Jeffrey Bender, y al soberbio cirujano cardiotorácico, el doctor John Elefteriades, así como al equipo de cirugía y a todos los miembros del CTICU del Hospital de Yale–New Haven, que con su habilidad y responsabilidad superaron todos los límites conocidos. (Aunque podía argüirse que yo era un paciente famoso, por desgracia, no muy convincente.)

A nuestro sobrino, doctor Kenneth M. Kearns, también cirujano extraordinario, que soportó a su tío ciertamente muy poco santo con una tolerancia propia sólo de los mártires. Y Ken, gracias por la "Listerine". Y a su hermano Donald Kearns, especializado en medicina nuclear. (¿Cómo es posible que yo contrajese matrimonio con un miembro de una familia tan completa?) Gracias, Don, por tus llamados cotidianos y tus visitas. Y a sus colaboradores médicos, los doctores William Preskenis y David "el Duque" Grisé del equipo de enfermedades pulmonares. Los escucho cuando se aproximan, y hago todo lo posible para comportarme bien.

A nuestros primos, I. C. "Izzy" Ryducha y a su esposa Janet, que estuvieron siempre aquí cuando yo los necesitaba.

A los doctores Charles Augenbraun y Robert Greene, de la Clínica de Urgencias del Hospital Norwalk, de Connecticut, y a todas esas personas maravillosas que conseguían que un extraño muy enfermo percibiera la posibilidad de ver el comienzo de otro día. Lo cual fue no poca hazaña. Finalmente, y a pesar de todos los esfuerzos para mantener el asunto bajo un manto de reserva, a las veintenas de personas, amigos y a otros a quienes nunca vi, pero que por cierto son mis amigos, gracias por todas las tarjetas y las notas con sus manifestaciones de buenos deseos. Esas misivas fueron recibidas con agradecimiento y leídas con avidez.

Y ahora, alegrémonos; siempre hay algo divertido incluso en las peores situaciones. Durante un baño perfectamente normal con esponja, un día o dos después de la intervención quirúrgica, una bondadosa enfermera me ayudó a cambiar de posición, y con mucha dignidad y cierto destello en los ojos, dijo: –No se preocupe, señor L., todavía lo respeto por la mañana.

Amén. Y otra vez a todos, mi profundo agradecimiento. Estoy dispuesto a participar en una maratón. Para cualquier persona cuerda siempre ha sido un misterio insondable la perversidad sistemática perpetrada por el régimen

Librodot

nazi. Como un agujero negro de carácter moral, parece desafiar las leyes de la naturaleza, aunque al mismo tiempo sea parte de esa misma naturaleza.

David Ansen Newsweek, 20 de diciembre de 1993

Prólogo

El paso alpino a gran altura en el Hausruck austriaco, estaba barrido por la nieve invernal y atacado por los fríos vientos del norte, mientras mucho más abajo, en el valle brotaban las plantas de azafrán y los junquillos en una suerte de primavera temprana. Ese paso no era ni un puesto de control de la frontera, ni un lugar para comunicar un sector de la cadena montañosa con otro. En realidad, no estaba en ningún mapa sometido al escrutinio público.

Había un puente tosco y robusto, cuya anchura apenas permitía el paso de un solo vehículo, y atravesaba una garganta de unos veinte metros de ancho, a bastante altura sobre un impetuoso afluente del río Salzach. Después de cruzar el puente, y de recorrer un laberinto salpicado de árboles, había un camino oculto que salía del bosque montañés, un camino empinado y tortuoso que descendía unos dos mil metros hasta el valle aislado en que crecían las plantas de azafrán y los junquillos. El terreno liso, mucho más cálido, estaba salpicado de campos verdes y árboles aún más lozanos... y allí había también una serie de pequeñas construcciones, los techos camuflados con diagonales de pintura que reproducían el color de la tierra; era imposible identificarlos desde el cielo, eran simplemente una parte del terreno montañés. Allí estaba el cuartel general de Die Brüderschaft der Wacht, la Hermandad de los Vigías, los progenitores del Cuarto Reich alemán.

Las dos figuras que estaban cruzando el puente vestían gruesas parcas, sombreros de piel y resistentes botas alpinas; las dos desviaban la cara para protegerse de los golpes de viento y nieve que los azotaban. Con movimientos inseguros llegaron al lado opuesto y el viajero que iba adelante habló en ese momento. –No es un puente que me agrade cruzar con mucha frecuencia –dijo el norteamericano, sacudiendo la nieve que se había posado sobre sus ropas, y quitándose los guantes para masajearse la cara. –Pero, Herr. Lassiter, tendrá que pasar por aquí al regreso –observó el alemán de edad madura, sonriendo con un gesto amplio, bajo la protección de un árbol, mientras también él se sacudía la nieve–. No debe preocuparse, mein Herr. Antes de que lo advierta, habrá llegado al lugar en que el aire es más tibio, e incluso hay flores. A esta altura todavía es invierno, más abajo ya llegó la primavera... Venga, ha llegado nuestro transporte. ¡Sígame!

Oyeron el sonido de un motor en marcha a lo lejos; los dos hombres, con Lassiter detrás, caminaron de prisa, siguiendo un curso sinuoso, a través de los árboles hasta llegar a un pequeño claro, donde los esperaba un vehículo parecido a un jeep, sólo que mucho más amplio y pesado, con grandes neumáticos de caucho muy grueso, y un dibujo profundo.

-Un vehículo notable –dijo el norteamericano.

-Usted debería sentirse orgulloso, ¡es amerikanisch! Fabricado según nuestras especificaciones en el estado de Míchigan.

-¿Qué sucedió con el Mercedes?

-Demasiado llamativo, demasiado peligroso –replicó el alemán–. Si uno se dedica a construir una fortaleza oculta en su propio país, no utiliza sus mismos recursos. Lo que usted verá en poco más representa el esfuerzo

combinado de muchas naciones, los empresarios más avaros, eso lo reconozco, los comerciantes que no revelan quiénes son sus clientes ni adónde van sus mercancías, porque quieren obtener grandes ganancias. Por supuesto, una vez realizadas las entregas, las ganancias se convierten en un arma peligrosa; las entregas deben continuar, quizá con una mercancía más misteriosa. Así son las cosas del mundo.

–No lo dudo –dijo Lassiter, que sonrió mientras se quitaba el sombrero de piel para enjugarse la transpiración. Su estatura era apenas inferior a un metro ochenta; era un hombre de mediana edad, como lo revelaban los hilos grises en las sienes, y las patas de gallo sobre los costados profundos; la cara misma era angosta y de rasgos acentuados. Caminó hacia el vehículo, varios pasos detrás de su acompañante. Sin embargo que ni su acompañante ni el conductor del vehículo de gran tamaño vieron era que a cada momento hundía la mano en el bolsillo, la retiraba discretamente y dejaba caer bolitas metálicas en el pasto cubierto por la nieve. Había hecho lo mismo durante la última hora, después de descender de un camión en un camino alpino entre dos aldeas montañesas. Cada bolita había sido expuesta a la radiación, y los detectores manuales podían identificarlas fácilmente. En el lugar en que el camión se había detenido, Lassiter había extraído del cinturón un radiofaro electrónico, y fingiendo una caída, lo había deslizado entre dos piedras. Ahora el camino que había seguido estaba claramente marcado; el artefacto de búsqueda de quienes lo seguían alcanzaría su máximo nivel en ese lugar, y lo acompañarían los llamados agudos y penetrantes.

Pues el hombre llamado Lassiter se desempeñaba en una profesión de elevado riesgo. Era un agente de la inteligencia norteamericana, un hombre conocedor de varios idiomas, protegido por el secreto más absoluto; y su nombre era Harry Latham. En los recintos sacrosantos de la Agencia, su nombre de código era Aguijón.

El descenso al valle impresionó a Latham. Había escalado algunas montañas con su padre y su hermano menor, pero eran picos de Nueva Inglaterra, de escasa altura y poco dramatismo, nada como lo que ahora veía. Aquí, a medida que descendían, las cosas cambiaban, colores y olores diferentes, brisas más tibias. Sentado solo en el asiento trasero de la gran camioneta abierta, retiró de los bolsillos todas las bolitas metálicas, preparándose para la inspección minuciosa que preveía; estaba limpio. También estaba regocijado, aunque los años de experiencia le permitían mantener controlada su alegría. ¡Había llegado! ¡Había descubierto el lugar! Pero cuando llegaron al final, incluso Harry Latham se sintió asombrado por lo que en efecto vio.

El sector de alrededor de cinco kilómetros cuadrados de extensión era una base militar, soberbiamente camuflada. Los techos de las diferentes estructuras de una planta estaban pintados de modo que se confundiesen con el entorno, y había áreas enteras del campo protegidas por un entrecruzamiento de cuerdas de cinco metros de altura, con los espacios abiertos entre las sogas y los postes ocupados por láminas de verde traslúcido, corredores que pasaban de un área a otra. Algunas motocicletas grises con sidecar avanzaban a través de estos "corredores" disimulados; los conductores y sus pasajeros vestían uniforme, y había grupos de hombres y mujeres que estaban entrenándose, algunos practicando ejercicios físicos y

otros dedicados a actividades que parecían académicas; había profesores de pie frente a los pizarrones, y dictaban clase a las apretadas filas de estudiantes. Los que practicaban gimnasia y el combate cuerpo a cuerpo vestían prendas mínimas, pantaloncitos cortos y remeras; los que asistían a clase usaban ropa verde de fajina. Lo que impresionó a Harry Latham fue el sentido de movimiento constante. En todo el valle había una intensidad que era temible. Por otra parte, tal era el rasgo distintivo de la Bruderschaft; y ésa era la matriz de la organización.

-Espectacular, ¿nicht wahr, Herr Lassiter? –exclamó el alemán de edad madura que estaba al lado del conductor cuando llegaron al final del camino y entraron en un corredor de cuerdas y tabiques verdes.

-Unglaublich –coincidió el norteamericano–. ¡Phantastisch!

-Había olvidado que usted habla muy bien nuestro idioma.

-Mi corazón está aquí. Siempre estuvo en este lugar.

-Natürlich, denn wir sind im Recht.

-Mehr als das, wir sind die Wahrheit. Hitler siempre dijo las máximas verdades.

-Sí, sí, por supuesto –dijo el alemán, sonriendo y mirando con expresión neutra a Alexander Lassiter, nacido Harry Latham de Stockbridge, Massachussets–. Iremos directamente a ver al Oberbefehlshaber. El comandante desea mucho conocerlo.

Treinta y dos meses de esforzado trabajo clandestino pronto darían fruto, pensó Latham. Casi tres años de organizar una vida, de vivir una vida que no era la suya, en poco tiempo más terminarían. Los viajes constantes y dificultosos a través de Europa y Medio Oriente, sincronizados para tener en cuenta las horas e incluso los minutos, de modo que él se encontrase en determinado lugar y en un momento dado, cuando otros pudieran jurar, a costa de su propia vida, que lo habían visto. Y la resaca del mundo con la cual había tenido que tratar –traficantes de armas sin conciencia, cuyas ganancias extraordinarias se medían con supertanques de sangre; los señores de la droga, que asesinaban y paralizaban a generaciones de niños en todas partes; los políticos comprometidos, incluso los estadistas, que torcían y subvertían las leyes para beneficio de los manipuladores–, todo eso tocaba a su fin. No habría más envíos frenéticos de enormes sumas de dinero a través de las cuentas suizas con sus recursos lavados, los números secretos, y las firmas examinadas con el espectrógrafo... en fin, todo el juego letal del terrorismo internacional. Aunque era fundamental, la pesadilla personal de Harry Latham había terminado. –Ya estamos, Herr Lassiter –dijo el compañero alemán de Latham, mientras el vehículo se acercaba a la puerta de una barraca, protegida también ella por una lámina verde–. Aquí está mucho más tibio, mucho más agradable, nicht wahr.

-Ciertamente –contestó el espía norteamericano, descendiendo del asiento trasero–. Con estas prendas, a decir verdad estoy transpirando.

-Cuando estemos adentro se quitará la ropa interior, y la tendrá seca a la hora de regreso.

-Lo agradeceré. Debo estar de retorno en Munich hacia la noche.

-Sí, entendemos. Venga, el Comandante está aquí. –Cuando los dos hombres se aproximaron a la pesada puerta de madera negra con la svástica

escarlata grabada en el centro, se oyó un zumbido en el aire. Arriba, a través de la lámina verde traslúcida, aparecieron las grandes alas blancas de un planeador que descendía en círculos hacia el valle. – ¿También eso lo asombra, Herr Lassiter? Lo soltó otro avión, a una altura de más o menos cuatro mil pies. Natürlich, el piloto debe estar muy bien entrenado, pues los vientos son peligrosos e imprevisibles. Utilizamos ese recurso sólo en casos urgentes.

-Veo cómo desciende. ¿Cómo se eleva?

-Con los mismos vientos, mein Herr, y la ayuda de un par de cohetes. Durante los años treinta los alemanes creamos los planeadores más avanzados.

-¿Por qué no usan una avioneta convencional?

-Es demasiado fácil seguirle el rastro. Un planeador puede ascender desde un campo, o un prado libre. Un avión debe ser abastecido y necesita atención mecánica y mantenimiento, y a menudo incluso un plan de vuelo.

-Phantastisch –repitió el norteamericano–. Y por supuesto, el planeador tiene pocas piezas metálicas, quizá ninguna. El plástico y el lienzo no se reflejan bien en las pantallas de radar.

-En efecto –confirmó el nazi de la nueva etapa–. No es del todo imposible, pero sí sumamente difícil.

-Sorprendente –dijo Herr Lassiter mientras su acompañante abría la puerta del cuartel general instalado en el valle–. Todos ustedes merecen felicitaciones. El aislamiento está a la altura de las medidas de seguridad.

¡Soberbio! –Fingiendo una actitud casual que no era sincera, Latham paseó la mirada por la espaciosa habitación. Había muchos y refinados equipos de computación, una serie de consolas contra cada pared, operadores de uniforme impecable frente a cada una, al parecer partes iguales de hombres y mujeres... Hombres y mujeres... algo era extraño, o por lo menos no era normal. ¿De qué se trataba? Y de pronto comprendió; todos los operadores eran jóvenes, generalmente en la veintena, la mayoría rubios o de cabellos claros, con la piel limpia y bronceada. Como grupo eran sumamente atractivos, como modelos seleccionados por una agencia de publicidad para sentarse frente a los artefactos de computación de un cliente, y trasmitir el mensaje de que los posibles clientes también revestirían ese aspecto si compraban la mercancía.

-Cada uno es un experto, señor Lassiter –dijo detrás de Latham una voz desconocida y un tanto monótona. El norteamericano se volvió bruscamente. El recién llegado era un hombre que tenía aproximadamente la misma edad que Lassiter; vestía ropa de fajina de camuflaje, y usaba la gorra de oficial de la Wehrmacht; había surgido silenciosamente de la puerta abierta que estaba a la izquierda. –Soy el general Ulrich von Schnabe su entusiasta anfitrión, mein Herr –continuó, extendiendo la mano–. Estamos frente a una auténtica leyenda. ¡Qué privilegio!

-General, usted es demasiado generoso. Soy nada más que un empresario internacional, aunque mis posiciones ideológicas son muy definidas.

-¿Sin duda llegó a ellas gracias a muchos años de observación internacional?

-Puede afirmar eso, y no se equivocaría. Afirman que África fue el primer continente, y que por su parte las restantes regiones del mundo se desarrollaron a lo largo de varios millares de años; África continúa siendo el Continente Negro, las costas septentrionales ahora son el refugio de pueblos igualmente inferiores.

-Bien dicho, señor Lassiter. Sin embargo, usted ganó millones, y algunos afirman que miles de millones con sus servicios a los individuos de raza negra.

-¿Por qué no? ¿Acaso hay para mí más satisfacción que ayudarlos a masacrarse unos a otros?

-¡Wunderbar! Muy bien dicho, y con mucha inteligencia... He visto que estuvo examinando al grupo que tenemos aquí. Puede ver con sus propios ojos que todos tienen sangre aria. Pura sangre aria. Como todos los restantes hombres y mujeres del valle. Cada uno fue elegido cuidadosamente, y rastreada su estirpe, y mantiene con nuestra causa un compromiso absoluto.

-El sueño del Lebensborn –dijo el norteamericano con expresión serena y respetuosa–. Las granjas de criadero, en realidad, grandes propiedades, si no me equivoco, donde los mejores oficiales de la SS se unían con las fuerte mujeres teutónicas...

-Eichmann ordenó realizar estudios. Se llegó a la conclusión de que la mujer germana septentrional tenía no sólo la mejor estructura ósea de Europa y una fuerza extraordinaria, sino que además manifestaba un acentuado sometimiento al varón –lo interrumpió el general.

-La verdadera raza superior –concluyó Lassiter con expresión admirativa–. Ojalá que el sueño llegue a realizarse.

-En medida considerable ya hemos llegado a eso –dijo con voz mesurada von Schnabe–. Creemos que muchos de los que están aquí, sino la mayoría, son hijos de esos niños. Robamos listas de la Cruz Roja en Ginebra, y dedicamos varios años a rastrear a las familias que habían recibido a los niños del grupo denominado Lebensborn. En toda Europa reclutamos a estos individuos y a otros semejantes... son los Sonnenkinder, los Hijos del Sol. ¡Los herederos del Reich!

-Increíble.

-Estamos llegando a todas partes, y en todas partes los que fueron seleccionados responden a nuestro llamado, pues las circunstancias son las mismas. Exactamente como en los años veinte, cuando los tratados de Versalles y Locarno nos asfixiaban, y condujeron al derrumbe económico de la República de Weimar y al aflujo de indeseables a través de toda Alemania, también el derrumbe del Muro de Berlín ha llevado al caos. Somos una nación en estado de guerra; los no arios de baja cuna cruzan nuestras fronteras en número ilimitado, se apoderan de nuestros empleos, corrompen nuestra moral, convierten en prostitutas a nuestras mujeres porque del lugar de donde ellos vienen todo eso es perfectamente aceptable. ¡Pero es del todo inaceptable, y es necesario frenarlo! Por supuesto, usted coincide con lo que digo.

-General, ¿si no fuera así habría venido aquí? He enviado millones de dólares para financiar las necesidades de la causa a través de los bancos de

Argelia y por intermedio de Marsella. Mi código ha sido Frere–Brüder. Confío en que esté familiarizado con él.

-Por eso lo abrazo con todo el corazón, lo mismo que la Brüderschaft entera.

-Y ahora llega mi último regalo, general; el último porque ustedes no volverán a necesitarme... Cuarenta y seis misiles de gran alcance obtenidos del arsenal de Saddam Hussein, enterrados por su cuerpo de oficiales, que creyó que él no sobreviviría. Las cargas explosivas pueden transportar una gran masa letal, o bien productos químicos, gases que inmovilizarán áreas urbanas enteras. Por supuesto, incluimos este material con las plataformas de lanzamiento. Por todo eso pagué veinticinco millones de dólares norteamericanos. Páguenme lo que puedan, y si es menos, aceptaré con honor mi pérdida.

-Mein Herr, por cierto usted es un hombre de gran honor.

De pronto se abrió la puerta principal, y un hombre vestido con un overol completamente blanco entró en la habitación. Miró alrededor, vio a von Schnabe y caminó hacia él; entregó al general un sobre de papel madera sellado.

-Aquí está –dijo el hombre en alemán,

-Danke –replicó von Schnabe, abriendo el sobre y extrayendo del interior un bolsito de plástico. –Herr Lassiter, usted es un excelente Schauspieler –un buen personificador–, pero creo que se le perdió algo. Nuestro piloto acaba de traerlo. –El general volcó en su mano el contenido del bolso de plástico. Era el radiofaro que Harry Latham había introducido entre las piedras de un camino de montaña, varios miles de metros más arriba. La caza había concluido. Harry llevó rápidamente la mano al oído derecho. –¡Deténganlo! –gritó von Schnabe y el piloto aferró el brazo de Latham, y se lo puso a la espalda con una llave–. No habrá cianuro para usted, Harry Latham, de Stockbridge, Massachusetts, Estados Unidos. Le reservamos otros planes, planes de veras brillantes.

1

El sol de la mañana temprano proyectaba una luz enceguecedora, y por eso el anciano que se arrastraba entre los arbustos parpadeaba a cada momento, mientras se limpiaba los ojos con el dorso de la mano derecha que le temblaba. Había llegado al borde del pequeño promontorio que coronaba la colina, el "terreno elevado", como lo llamaban muchos años atrás, los años que estaban grabados a fuego en su memoria. El lugar cubierto de pasto se elevaba dominante sobre una elegante propiedad rural en el Valle del Loira. Una terraza de losa estaba a lo sumo a trescientos metros más abajo, y un sendero de ladrillo bordeado de flores conducía hasta allí. En la mano izquierda del anciano, la correa tensa, había un poderoso fusil, la mira calibrada exactamente para esa distancia. El arma estaba preparada para disparar. Pronto su objetivo –un hombre de más edad que el anciano que acababa de aparecer– entraría en el campo cubierto por la mira telescópica. El monstruo saldría a dar su paseo matutino por la terraza, cubierto con la amplia bata que usaba por las mañanas, trayendo su recompensa, es decir el café que bebía a esa hora y que aromatizaba con el mejor coñac... una recompensa a la cual nunca llegaría esa mañana. En cambio, moriría, desplomándose entre las flores, y el episodio representaría una adecuada ironía: la muerte de un ser perverso en medio de la belleza circundante.

Jean–Pierre Jodelle, de setenta y ocho años de edad y antaño un valeroso jefe provisional de la Resistencia, había esperado cincuenta años para cumplir una promesa, para afrontar el compromiso que había formulado ante sí mismo y ante su Dios. Había fracasado con los abogados y en las sacrosantas salas judiciales. No, no había fracasado, en cambio había sido insultado, despreciado por todos ellos, y le habían recomendado que llevase sus despreciables fantasías a la celda de una asilo de locos, ¡el lugar al que pertenecía! El gran general Monluc era un auténtico héroe de Francia, un estrecho colaborador de le grand Charles André de Gaulle, el más ilustre de todos los estadistas y soldados, que se había mantenido en contacto constante con Monluc durante la guerra gracias a las frecuencias radiales clandestinas, pese a la perspectiva de la tortura y del pelotón de fusilamiento si los alemanes lo descubrían.

¡Todo eso era merde! ¡Monluc era un traidor y un cobarde! De la boca para afuera se sometía al arrogante de Gaulle, le suministraba datos insignificantes, y forraba sus propios bolsillos con el oro nazi y con objetos de arte que valían millones. Y después, cuando la guerra terminó, le grand Charles, en actitud de eufórica adulación, había declarado que Monluc era un bel ami de guerre, un hombre que debía ser honrado. Y eso era un auténtico mandato para toda Francia.

¡Merde! ¡Qué poco sabía de Gaulle! Montluc había ordenado la ejecución de la esposa de Jodelle y su primer hijo, un niño de cinco años. El segundo hijo, un pequeño de seis meses, se salvó, quizá por la tortuosa racionalidad del oficial de la Wehrmacht que dijo: "No es judío, quizá alguien lo encuentre". Alguien lo encontró. Un compañero de la Resistencia, un actor de la Comédie Francaise. Encontró al niño que lloraba en medio del desorden de la casa destrozada en las afueras de Barbizon, adonde había ido a celebrar una reunión secreta la mañana siguiente. El actor había llevado al niño a la casa de su esposa, una famosa actriz a quien los alemanes

adoraban, un afecto no retribuido, pues sus actuaciones eran impuestas, no ofrecidas voluntariamente. Y cuando concluyó la guerra, Jodelle era un esqueleto comparado con su antigua personalidad; físicamente era imposible reconocerlo, y desde el punto de vista mental ya no tenía salvación; y él lo sabía. Tres años en un campo de concentración, apilando los cadáveres de los gitanos, los judíos y los "indeseables" gaseados, lo habían reducido a una casi imbecilidad, con tics nerviosos del cuello, un parpadeo extático, espasmos que provocaban gritos estrangulados, y todo lo que era el concomitante de un grave daño psiquiátrico. Nunca se había mostrado al hijo que sobrevivía o a los "padres" que lo habían criado. En cambio, vagabundeando en las entrañas de París y cambiando de nombre con frecuencia, Jodelle observó de lejos cómo el niño se hacía hombre y se convertía en uno de los más populares actores franceses.

Esa distancia, ese dolor insoportable, era fruto de la acción de Montluc el monstruo, que ahora estaba entrando en el círculo de la mira telescópica de Jodelle. Faltaban pocos segundos, y Jodelle cumpliría lo que había prometido a Dios.

De pronto, se oyó un terrible chasquido en el aire, y pareció que una onda de fuego recorría la espalda de Jodelle, lo cual lo llevó a soltar el fusil. Se volvió bruscamente, y vio asombrado a dos hombres en mangas de camisa, uno con un látigo en la mano, mirándolo.

-Sería un placer matarte, idiota estúpido y enfermo, pero tu desaparición sólo acarrearía complicaciones –dijo el hombre del látigo–. Tienes una boca cargada de vino que nunca cesa de balbucear estupideces. Es mejor que vuelvas a París y te reúnas con tu ejército de vagabundos borrachos. ¡Fuera de aquí, o te mato!

-¿Cómo...? ¿Cómo supieron que...?

-Jodelle, eres un enfermo mental –dijo el guardia que estaba al lado del hombre con el látigo–. ¿Crees que no te vimos estos dos últimos días, abriéndote paso a través del follaje para llegar a este lugar tan interesante armado con tu rifle? Me dicen que eras mucho mejor en los viejos tiempos.

-¡Entonces, mátenme, hijos de perra! ¡Prefiero morir aquí, sabiendo que estuve tan cerca, en lugar de continuar viviendo!

-Oh, no, el general no lo aprobaría –dijo el hombre del látigo–. Quizá dijiste a otros lo que te proponías hacer, y no deseamos que la gente te busque o encuentre tu cadáver en esta propiedad. Estás loco, Jodelle, todos lo saben. Los tribunales lo explicaron claramente.

-¡Son jueces corruptos!

-Ahora te muestras paranoico.

-¡Sé lo que sé!

-También eres un borracho, y te conocen perfectamente en una docena de cafés de la Margen Izquierda que te arrojaron a la calle. Jodelle, suicídate con la bebida, pero sal de aquí antes de que yo apresure tu fin. ¡De pie! ¡Corre con toda la velocidad que esas piernas flacas te permitan!

El telón bajó sobre la última escena de la pieza, una traducción francesa del Coriolano de Shakespeare, repuesta por Jean–Pierre Villier, el actor de cincuenta años que era la figura dominante de la escena Parisiense y también de la pantalla francesa, pues se trataba del candidato a un premio

de la Academia Norteamericana, como resultado de su primer filme en Estados Unidos. El telón se elevó y descendió de nuevo mientras Villier, un hombre alto y de anchos hombros, saludaba a su público sonriendo y batiendo palmas para retribuir el entusiasmo. Parecía que la escena iba a culminar en un caos total.

Desde el fondo del teatro un anciano de ropas desgarradas y harapientas avanzó por el corredor central, gritando a todo pulmón. De pronto, extrajo un fusil de los pantalones anchos y flojos, sostenidos por tirantes, y determinó que los miembros del público que lo vieron se dejasen dominar por el pánico; y ese sentimiento se extendió instantáneamente hacia las sucesivas filas de asientos, mientras los hombres obligaban a las mujeres a esconder la cabeza para apartarlas de la línea de fuego, y el caos vocal arrancaba ecos a las paredes del teatro. Villier actuó de prisa, y obligó a retroceder a los pocos actores y miembros del equipo técnico que habían salido a escena.

-¡Señor, puedo aceptar a un crítico enojado! –rugió, mientras enfrentaba al desequilibrado anciano que avanzaba hacia el escenario, y utilizaba esa voz conocida que podía imponerse a cualquier multitud–. ¡Pero esto es absurdo! ¡Suelte su arma y hablaremos!

-¡Ya nada puedo decir, hijo mío! ¡Mi único hijo! Te fallé, y fallé a tu madre. ¡Soy un inútil, no soy nada! Solamente quiero que sepas que lo intenté... ¡Te amo, mi único hijo, y lo intenté, pero fracasé!

Después de pronunciar estas palabras, el anciano invirtió la posición del fusil, se metió el cañón en la boca, y la mano derecha buscó el disparador. Lo alcanzó y se voló la cabeza, y la sangre y las astillas de hueso alcanzaron a todos los que estaban cerca.

-¿Quién demonios era? –exclamó el conmovido Jean–Pierre Villier frente a la mesa de su camarín, con los padres al lado–. Dijo cosas tan absurdas, y después se suicidó. ¿Por qué?

Los dos Villier mayores, que ahora estaban hacia el final de La setentena, se miraron y asintieron.

-Debemos hablar –dijo Catherine Villier mientras masajeaba el cuello dolorido del hombre a quien había criado como hijo propio–. Quizá también en presencia de tu esposa.

-Eso no es necesario –interrumpió el padre–. El puede tomar la decisión, si cree que debe hacerlo.

-Tienes razón, esposo mío. A él le corresponde la decisión.

-¿De qué están hablando?

-Hijo mío, te hemos ocultado muchas cosas... cosas que al principio de tu vida podrían haberte perjudicado...

-¿Perjudicado?

-No por tu culpa, Jean–Pierre. Éramos un país ocupado, el enemigo en nuestro propio pueblo buscaba constantemente a los que en secreto y con violencia se oponían a los vencedores, y` en muchos casos torturaban y encarcelaban a familias enteras que eran sospechosas.

-Desde luego, la Resistencia.

-Por supuesto –convino el padre.

-Ustedes dos fueron parte de ese movimiento, así me lo dijeron, aunque nunca explicaron cuáles habían sido sus contribuciones.

-Es mejor olvidar aquello –dijo la madre–. Fue un período horrible... muchos que fueron condenados y castigados como colaboradores solamente estaban protegiendo a los seres amados, entre ellos a sus propios hijos.

-¡Pero el hombre de esta noche, ese vagabundo loco! ¡Se identificó de tal modo conmigo que dijo que yo era su hijo!... Acepto cierto grado de devoción excesiva –es parte de la profesión, por absurdo que pueda parecer–, ¿pero llegar al extremo de suicidarse ante mis ojos? ¡Qué locura!

-En efecto, él estaba loco, había perdido el juicio a causa de los padecimientos que soportó.

-¿Ustedes lo conocieron?

-Muy bien –replicó Julian Villier, el viejo actor–. Se llamaba Jean Pierre Jodelle, y otrora fue un promisorio barítono joven de la ópera, y nosotros, tu madre y yo, hicimos desesperados esfuerzos para encontrarlo después de la guerra. No encontramos el más mínimo rastro, y como sabíamos que había sido descubierto por los alemanes y enviado a un campo de concentración, supusimos que estaba muerto, y que, lo mismo que muchos miles más, no había quedado registro de su destino.*

-¿Por qué intentaron encontrarlo? ¿Qué era para ustedes?

La única madre que Jean–Pierre hubiera conocido jamás se arrodilló al lado de la silla del camarín, y sus rasgos exquisitos sugirieron la gran estrella que había sido; los ojos verde azulados bajo los abundantes y suaves cabellos blancos se clavaron en los de Jean–Pierre. Habló en voz baja.

-No sólo para nosotros, hijo mío, sino también para ti. Fue tu padre natural.

-¡Oh, Dios mío!... Entonces, ustedes dos...

-Tu madre natural –agregó Villier pero, interrumpiendo tranquilamente al actor–, fue miembro de la Comédie...

-Un talento espléndido –interrumpió Catherine–, enredada en esos años difíciles entre la necesidad de ser ingenua y la de ser mujer, todo lo cual era todavía más horrible a causa de la ocupación. Fue una buena muchacha, y para mí como una hermana menor.

-¡Por favor! –exclamó Jean–Pierre, poniéndose de pie bruscamente mientras su madre se incorporaba y permanecía junto su propio esposo–.

Todo esto llega tan de repente, es tan asombroso, que yo... ¡No puedo pensar!

-A veces es mejor abstenerse de pensar por un tiempo –dijo el mayor de los Villier–. Permanecer sumergido en la nada hasta que la mente nos dice que está dispuesta a aceptar.

-Es lo que solías afirmar hace años –dijo el actor, sonriendo con tristeza y calidez a Julian–, cuando yo tenía dificultades con una escena o un monólogo, y se me escapaba el significado de la pieza. Decías: "Continúa leyendo y releyendo las palabras sin esforzarte demasiado. A veces sucede".

-Un buen consejo, esposo mío.

-Siempre fui mejor maestro que actor.

-De acuerdo –dijo Jean–Pierre.

-¿Cómo? ¿Estás de acuerdo?

-Padre, sólo quise decir que cuando estabas en escena, tú...tú...

-Una parte de tu persona siempre concentraba la atención en el resto –intervino Catherine Villier, que dirigió una mirada de complicidad a su hijo... que no era su hijo.

-Ah, ustedes dos de nuevo conspiran. ¿No es lo mismo que hicieron durante años? Las dos grandes estrellas se muestran amables con el actor menos importante... ¡Magnífico! De todos modos... Durante unos instantes todos apartamos el pensamiento de lo que sucedió esta noche. Pero ahora quizá podamos hablar.

Silencio.

-¡Por Dios, díganme lo que sucedió! –exclamó finalmente Jean–Pierre.

Mientras formulaba la pregunta, hubo un llamado urgente a la puerta del camarín; la abrió el anciano sereno del teatro.

-Lamento interrumpir, pero pensé que debían enterarse. Todavía hay periodistas a la puerta del escenario. No quieren creer lo que dice la policía o lo que yo les informo. Les dijimos que ustedes habían salido antes por la entrada principal, pero no están convencidos. En todo caso, no pueden llegar hasta aquí.

-Entonces, permaneceremos aquí un rato, si es necesario la noche entera... por lo menos es lo que yo haré. Hay un diván en el otro cuarto, y ya hablé con mi esposa. Se enteró de todo por los noticiarios.

-Muy bien, señor... Madame Villier, y usted también, monsieur, a pesar de las terribles circunstancias es maravilloso verlos de nuevo a ambos. A todos se los recuerda siempre con mucho afecto.

-Gracias, Charles –dijo Catherine–. Y usted tiene buen aspecto, amigo mío.

-Me sentiría todavía mejor si usted volviese a la escena, madame. –El sereno asintió y cerró la puerta.

-¿Adelante, padre, ¿qué sucedió?

-Todos éramos miembros de la Resistencia –comenzó a decir Julian Villier, mientras se sentaba en un silloncito que estaba al fondo de la habitación–, los artistas unidos para luchar contra un enemigo que destruiría todo el arte. Y teníamos ciertas cualidades que fueron útiles a la causa. Los músicos comunicaban los códigos insertando frases melódicas que no estaban en la partitura original; los ilustradores creaban los carteles diarios y semanales exigidos por los alemanes, empleando sutilmente colores e imágenes que trasmitían otros mensajes. Y los miembros de la comunidad teatral reformábamos constantemente los textos, en especial los que correspondían a reposiciones y piezas muy conocidas, en las cuales a menudo se impartían instrucciones directas a los saboteadores.

-A veces era muy divertido –interrumpió la majestuosa Catherine, que se acercó a su esposo y le tomó la mano–. Por ejemplo, había textos que decían: "Me reuniré con ella en el Métro, en la estación Montparnasse". Lo modificábamos de modo que fuese: "Me reuniré con ella en la Estación ferroviaria del este... debe estar allí a las once en punto". La pieza terminaba, caía el telón, y todos esos alemanes con sus espléndidos uniformes

aplaudían, mientras un equipo de la Resistencia salía de prisa para recibir a las unidades de sabotaje en la Gare de l Est una hora antes de la medianoche.

-Sí, sí –dijo impaciente Jean–Pierre–. Conozco esas anécdotas, pero no es lo que estoy preguntando. Comprendo que para ustedes es tan difícil como para mí, pero por favor díganme lo que debo saber.

Los dos ancianos se miraron intensamente; la esposa asintió y los dos se tomaron de la mano. El marido dijo:

-Descubrieron a Jodelle, denunciado por un joven mensajero que no pudo soportar la tortura. La Gestapo rodeó su casa, esperó una noche su regreso, pero él no pudo volver, porque estaba en El Abre estableciendo contacto con agentes británicos y norteamericanos en las etapas iniciales de la invasión. Hacia el alba, se dijo que el líder de la unidad de la Gestapo estaba furioso a causa de la frustración. Tomó por asalto la casa, y ejecutó a tu madre y a tu hermano mayor, un niño de cinco años. Atraparon a Jodelle varias horas después; pero logramos informarle que tú habías sobrevivido.

-Oh... ¡Dios mío! –El famoso actor palideció, y cerró los ojos al desplomarse en su asiento. –¡Monstruos!... Un momento, ¿qué dijeron ustedes hace un momento? "Se informó que el jefe de la Gestapo..." ¿Se informó? ¿No fue confirmado?

-Eres muy rápido, Jean–Pierre –observó Catherine–. Mira, por eso eres un gran actor.

-¡Al demonio con eso, madre! ¿Padre, qué quisiste decir?

-No era política de los alemanes matar a las familias de los luchadores de la Resistencia, fuesen o no culpables. Los destinaban a finalidades más prácticas... los torturaban para sacarles información, o los usaban como carnada para atrapar a otros, y siempre estaba el trabajo forzado, las mujeres destinadas al placer del Cuerpo de Oficiales, una categoría en la cual tu madre natural ciertamente habría sido incluida.

-Entonces, ¿por qué los mataron?... No, primero yo. ¿Cómo sobreviví?

-Fui a una reunión por la mañana muy temprano en los bosques de Barbizon. Pasé frente a tu casa, vi las ventanas rotas, la puerta principal destrozada, y oí el llanto de un niño. Eras tú. Todo me pareció evidente, y por supuesto, fue necesario renunciar a esa cita. Te llevé a casa, y por caminos desviados volví en bicicleta a París.

-Es un poco tarde para agradecerte, pero insisto, ¿por qué mi... mi madre natural y mi hermano fueron asesinados?

-Hijo mío, ahora equivocaste una palabra –afirmó el mayor de los Villier.

-¿Cuál ?

-Estás conmovido, y no escuchaste con la misma atención que hace un momento, cuando te describí los hechos de esa noche.

-¡Basta, papá! ¡Di lo que tengas que decir!

-Dije "ejecutados", y tú dijiste "asesinados".

-No comprendo...

-Antes de que Jodelle fuese descubierto por los alemanes, una de sus coberturas fue como mensajero municipal del Ministerio de Información, los nazis nunca podían interpretar claramente la división en distritos, y mucho

menos identificar las calles cortas y sinuosas. Nunca conocimos los detalles, pues aunque su voz era impresionante, Jodelle enmudecía cuando se trataba de los rumores... se los escuchaba por doquier. Falsedades, verdades a medias y verdades totales recorrían París como un reguero de pólvora a la más mínima provocación. Éramos una ciudad dominada por el miedo y la sospecha.

-Comprendo eso, padre mío –interrumpió Jean–Pierre, cada vez más impaciente–. Por favor, explícame lo que no comprendo. Los detalles que nunca te suministraron, ¿a qué se referían y por qué desembocaron en las muertes, las ejecuciones?

-Jodelle dijo a unos pocos de los nuestros que había un hombre tan encumbrado en la Resistencia que era una leyenda de la cual apenas se hablaba en voz baja; su identidad era el secreto más celosamente guardado del movimiento. Sin embargo, Jodelle afirmó que había llegado a saber quién era ese hombre, y que si lo que él había llegado a desentrañar era exacto, ese mismo hombre, esa "leyenda", no era un gran héroe sino un traidor.

-¿Y quién era? –insistió Jean–Pierre.

-Nunca nos lo dijo. Sin embargo, en realidad señaló que el hombre era general de nuestro ejército francés... y por supuesto había docenas de oficiales de esa jerarquía. Dijo que si tenía razón y cualquiera de nosotros revelaba el nombre del traidor, seríamos fusilados por los alemanes. Si se equivocaba y alguien difamaba a ese individuo, nuestro grupo sería considerado inestable, y ya no se confiaría en nosotros.

-Entonces, ¿qué se proponía hacer?

-Si él podía probar su tesis, se ocuparía personalmente del traidor. Juró que estaba en posición de dar ese paso. Supusimos –creemos hasta hoy que no nos equivocamos– que cualquiera fuese el traidor se enteró de las sospechas de Jodelle, e impartió la orden de ejecutarlo y matar a su familia.

- ¿Eso fue todo? ¿Nada más?

-Trata de comprender cómo eran esos tiempos, hijo mío –dijo Catherine Villier–. Una palabra equivocada, o incluso una mirada o un gesto hostil, podía provocar la detención inmediata, el encarcelamiento e incluso la deportación. Las fuerzas de ocupación, y sobre todo los ambiciosos oficiales de nivel medio manifestaron una suspicacia fanática frente a todo y a todos. Cada éxito de la Resistencia avivaba el fuego de la cólera nazi. En realidad, nadie estaba seguro. Kafka no podría haber inventado un infierno tan espantoso.

- ¿Y ustedes no volvieron a verlo hasta esta noche?

-Si lo hubiéramos visto, no hubiéramos podido identificarlo –replicó; Villier père–. Apenas lo reconocí cuando identifiqué su cuerpo. Y teniendo en cuenta el paso de los años, era un espantajo comparado con el hombre que yo recordaba; tenía menos de la mitad del peso y la estatura de su persona anterior. La cara momificada, una versión tensa y arrugada de lo que otrora había sido.

-¿Es posible que no fuese él, que no fuese mi padre?

-No, era Jodelle. Tenía los ojos muy abiertos en la muerte, y aún se los veía tan azules, tan intensamente azules, como un cielo sin nubes en el Mediterráneo... Como los tuyos, Jean–Pierre.

-Jean–Pierre... –dijo el actor con voz suave–. ¿Ustedes me bautizaron con ese nombre?

-En verdad, era también el nombre de tu hermano –lo corrigió suavemente la actriz–. El pobre niño no pudo usarlo, y pensamos que había que dártelo, en homenaje a Jodelle.

-Muy considerado de parte de ustedes...

-Sabíamos que jamás lograríamos reemplazar a tus verdaderos padres –continuó diciendo la actriz, con voz apremiante y medio en ruego–, pero lo intentamos con todas nuestras fuerzas. En nuestros testamentos aclaramos todo lo que sucedió, pero hasta esta noche no habíamos tenido valor para decírtelo. Te amamos tanto.

-Mamá, por Dios, basta ya, o me echaré a llorar. ¿Acaso en el mundo podría haber mejores padres que ustedes dos? Nunca sabré lo que no puedo saber, pero ustedes son definitivamente mis padres, y bien lo saben.

El teléfono llamó, sobresaltándolos a todos.

-El periodismo no tiene este número, ¿verdad? –preguntó Julian.

-No que yo sepa –replicó Jean–Pierre, y se acercó al teléfono que estaba sobre la mesa de tocador–. Sólo ustedes, Giselle y mi representante lo tienen; ni siquiera mi abogado, o Dios no lo permita, tampoco los propietarios del teatro.

-¿Sí? –dijo con acento gutural.

-¿Jean–Pierre? –preguntó su esposa Giselle en el teléfono.

-Por supuesto, querida.

-No estaba segura...

-Yo tampoco, por eso cambié la voz. Mis padres están aquí, y yo regresaré a casa apenas los periodistas decidan renunciar a sus intentos.

-Creo que deberías encontrar el modo de volver enseguida a casa.

-¿Por qué?

-Vino a verte un hombre...

-¿A esta hora? ¿Quién es?

-Un norteamericano, y dice que tiene que hablar contigo. Acerca de lo que sucedió esta noche.

-Esta noche... ¿aquí, en el teatro?

-Sí, querido.

-Giselle, quizá no debiste permitirle la entrada.

-Me temo que no tuve alternativa. Lo acompañó Henri Bressard.

-¿Henri? ¿Qué tiene que ver lo que sucedió esta noche con el Quai d'Orsay?

-Mientras hablamos, nuestro querido amigo Henri es todo sonrisas y encanto diplomático, pero no quiere soltar palabra hasta que tú llegues... ¿Es así, Henri ?

-Muy cierto, mi queridisima Giselle –fue la débil respuesta que llegó a oídos de Jean–Pierre–. Yo mismo sé poco o nada.

-¿Lo escuchaste, querido?

-Con bastante claridad. ¿Y el norteamericano? ¿Es un tonto aburrido? Simplemente contesta sí o no.

-Todo lo contrario. Aunque como dicen ustedes los actores, sus ojos emiten destellos de fuego.

-¿Qué me dices de mis padres? ¿Tienen que acompañarme?

Giselle Villier habló con los dos hombres que estaban en la habitación y repitió la pregunta.

-Después –dijo el hombre del Quai d'Orsay, en voz bastante alta de modo que se lo escuchase por el teléfono–. Hablaremos con ellos después, Jean–Pierre –agregó con voz incluso más alta–. No esta noche.

El actor y sus padres salieron del teatro por la puerta principal, después de que el sereno informó a la prensa que Villier se presentara un rato más tarde a la entrada del escenario.

-Infórmanos lo que sucede –dijo Julian mientras él y su esposa abrazaban a Jean–Pierre, y se acercaban al primero de los dos taxis convocados mediante el teléfono del camarín. Jean–Pierre ascendió al segundo, y suministró al chofer la dirección del Parc Monceau.

Las presentaciones fueron breves y al mismo tiempo alarmantes. Henri Bressard, primer secretario de Relaciones Exteriores de la República de Francia e íntimo amigo del más joven de los Villier durante una década, habló serenamente, gesticulando en dirección a su acompañante el norteamericano, un hombre de elevada estatura en mitad de la treintena, con cabellos castaños oscuros y rasgos acentuados, aunque tenía ojos grises claros de inquietante vivacidad, quizá como contraste con su amable sonrisa.

-Éste es Drew Latham, Jean–Pierre. Es funcionario especial de una rama de la inteligencia norteamericana llamada Operaciones Consulares, un grupo que según nuestras propias fuerzas está bajo la autoridad combinada del Departamento de Estado norteamericano y la CIA... ¡Dios mío, cómo esos dos pueden andar juntos es algo que excede mi capacidad de comprensión!

-No siempre es fácil, señor secretario –dijo Latham con expresión amable, aunque en un francés un poco duro–. Pero nos arreglamos.

-Quizá deberíamos hablar inglés –propuso Giselle Villier–. Todos dominamos ese idioma.

-Muchas gracias –respondió en inglés el norteamericano–. No quiero que se me interprete mal.

-No sucederá tal cosa –dijo Villier–, pero le ruego comprenda que nosotros... un... necesitamos comprender por qué está aquí esta noche, esta noche terrible. Hoy he conocido cosas que antes ignoraba por completo ¿se propone ampliar esa información monsieur?

-Jean–Pierre –intervino Giselle–, ¿de que estas hablando?

-Permítele responder –dijo Villier, los grandes ojos azules clavados en el norteamericano.

-Quizá pueda hacerlo, y quizá no –replicó el funcionario de inteligencia–. Sé que usted habló con sus padres, pero no conozco e] contenido de la conversación.

-Por supuesto. Pero posiblemente usted está en condiciones de hacelo.

-Francamente, sí, aunque no sé cuánto de todo esto sabía usted antes. Los hechos que sucedieron esta noche dan a entender que usted ignoraba completamente la existencia de Jean–Pierre Jodelle.

-Eso es muy cierto –dijo el actor.

-La Sûreté, que tampoco sabe nada, lo interrogó en forma extensa y quedó convencida de que usted decía la verdad.

-¿Por que no debían estar convencidos de ello, monsieur Latham? En efecto, yo decía la verdad.

-Señor Villier ¿ahora hay otra verdad?

-Sí, así es.

-¡Dejarán de hablar en lenguaje cifrado! –exclamó la esposa del actor–. ¿Cuál es esa verdad?

-Cálmate, Giselle. En este momento estamos en la misma longitud de onda.

-¿Desea suspender aquí nuestra charla? –pregunto el funcionario de Operaciones Consulares–. ¿Prefiere que hablemos en privado?

-Por supuesto que no. Mi esposa tiene derecho a saberlo todo, y Henri es uno de nuestros amigos más íntimos además de ser un hombre capaz de adoptar una actitud sumamente discreta.

-Tomemos asiento –dijo Giselle con voz firme–. Esto es demasiado confuso para asimilarlo de pie. –Después que ocuparon sus asientos, el favor, monsieur Latham, y le ruego que hable con más claridad.

-Me agradaría saber –intervino Bressard, adoptando la actitud típica de un funcionario oficial– quién es esta persona llamada Jodelle, y por que Jean–Pierre debe saber algo de ella.

-Perdóneme, Henri– dijo el actor–. No es que me oponga, pero me agradaría saber por qué monsieur Latham consideró conveniente utilizarlo como medio para llegar a mí.

-Sabía que ustedes eran amigos –dijo el norteamericano–. En realidad, hace varias semanas, cuando mencioné a Henri que no podía conseguir entradas para ir a ver su obra, usted tuvo la bondad de dejar dos en la taquilla, a mi nombre.

-Ah, sí, ahora recuerdo... Su nombre me pareció bastante conocido, pero con todo lo que sucedió, no relacioné las dos cosas. "Dos entradas a nombre de Latham..." Ahora recuerdo.

-Fue un gesto muy amable de su parte...

-Agradezco su elogio –dijo Jean–Pierre, desechando el cumplido y examinando atentamente al funcionario de inteligencia norteamericano y después a Bressard–. Por consiguiente –continuó– puedo suponer que Henri y usted se conocen.

-Es una relación más oficial que social –dijo Bressard–. Creo que una sola vez cenamos juntos; en realidad, fue la prolongación de una conferencia que en general no dio mucho resultado.

-Entre los dos gobiernos –observó en voz alta Giselle.

-Sí –dijo Bressard.

-Y dígame Henri, ¿acerca de qué conferenciaron usted y monsieur Latham? –insistió la esposa de Villier–. Si es que puedo preguntar.

-Por supuesto, puede querida amiga –replicó Bressard–. En términos generales, hablamos de situaciones delicadas, hechos que están sucediendo o han sucedido antes y que pueden perjudicar o molestar a los respectivos gobiernos.

-¿Lo de esta noche corresponde a esa categoría?

-Giselle, Drew debe responder a esa pregunta. Yo no puedo, y tengo tanto interés como tú en saber. Me sacó de la cama hace una hora e insistió en que por nuestro bien lo comunicase inmediatamente con ustedes. Cuando le pregunté la razón, aclaró que sólo Jean–Pierre podía permitirme recibir la información –es decir, los datos relacionados con los episodios de esta noche.

-Y por eso usted sugirió una conversación a solas, ¿no es verdad, monsieur Latham? –preguntó Villier.

-Así es.

-Entonces, su llegada aquí esta noche, esta noche terrible, queda incluida en la categoría de los asuntos oficiales.

-Me temo que sí –dijo el norteamericano.

-¿Incluso considerando lo tardío de la hora y la tragedia que todos conocemos?

-De nuevo, la respuesta es afirmativa –dijo Latham–. Para nosotros cada hora es fundamental. Y sobre todo para mi, si quiere que sea más concreto.

-Monsieur, ciertamente prefiero que seamos concretos.

-Muy bien, hablaré claramente. Mi hermano es uno de los responsables de la Agencia Central de Inteligencia. Fue enviado como agente encubierto a la montañas Hausruck, de Austria. Fue una operación relacionada con la extensión de una organización neonazi, y desde hace seis semanas nada se sabe de él.

-Entiendo su preocupación, Drew –lo interrumpió Henri Bressard–, pero, ¿qué relación tiene eso con el suceso de esta noche... esta noche terrible, como la llamó Jean–Pierre?

El norteamericano miró en silencio a Villier. El actor habló.

-El anciano desequilibrado que se mató en el teatro era mi padre –dijo con voz serena–, mi padre natural. Hace años, durante la guerra, fue un luchador de la resistencia. Los nazis lo descubrieron y lo quebraron, y lo llevaron a la locura.

Giselle contuvo una exclamación; su mano se desvió hacia la izquierda, y aferró el brazo de su marido.

-Ahora regresan –dijo Latham–, y están creciendo en número y en influencia, más allá de lo que cualquiera acepta creer o comentar.

-Digamos que hay siquiera un grano de verdad en lo que usted dice –insistió Bressard–. ¿Eso qué tiene que ver con el Quai d'OrsaY? Usted dijo, "en beneficio de los dos". ¿Como es eso, amigo mío?

-Mañana usted recibirá un informe completo en nuestra embajada. Insistí en eso hace dos horas, y Washington aceptó. Hasta que llegue ese momento , sólo puedo decirle –y es todo lo que sé realmente– que el reguero

Librodot

de fondos que pasan por Suiza y llegan a Austria, y el movimiento nazi cada vez más intenso está siendo alimentado e secreto por gente que vive aquí, en Francia. Ignoramos quiénes son, pero es una operación inmensa, millones y más millones de dólares. El dinero va a manos de los fanáticos que están reconstruyendo el partido – el partido de Hitler en el exilio– pero continúan en Alemania, y están ocultos en el país.

-Lo cual, si usted está en lo cierto, significa que hay otra organización aquí, ¿verdad? –preguntó Bressard.

-El traidor de Jodelle –murmuró al asombrado Jean–Pierre Villier, inclinándose hacia adelante de la silla–. ¡El general francés!

-O lo que él creó –dijo Latham.

-Por Dios, ¿de qué están hablando? –exclamó la esposa del actor–. ¡Un padre recién descubierto, la Resistencia, los nazis, millones de dólares que van a manos de los fanáticos ocultos en las montañas! ¡Todo eso parece absurdo... fou!

-Drew Latham, ¿por qué no empieza desde el principio? –dijo suavemente el actor–. Quizá yo pueda completar su relato con ciertas cosas de las cuales nada sabía hasta esta noche.

Librodot

2

De acuerdo con los registros que poseemos –comenzó Latham–, en junio de 1946 un miembro repatriado de la Resistencia francesa, que utilizaba según los casos los nombres de Jean Froisant y Pierre Jodelle, se presentó varias veces en nuestra embajada con diferentes disfraces sencillos, y siempre de noche. Afirmó que estaba siendo silenciado por los tribunales Parisienses en relación con su conocimiento de las actividades traidoras de un líder de la Resistencia. El traidor supuestamente era un general francés sometido al privilegio del arresto domiciliario concedido por el Alto Mando alemán a los oficiales franceses de alto rango que permanecían en Francia. El juicio de los investigadores de la OSI fue negativo, pues se llegó a la conclusión de que Froisant–Jodelle padecía cierto desequilibrio mental, lo mismo que centenares o incluso miles de individuos destruidos sicológicamente en los campos de concentración.

-La OSI es la Oficina de Investigaciones Especiales –explicó Bressard, al advertir las expresiones desconcertadas en las caras de los dos Villier–. Es el departamento norteamericano creado para perseguir a los criminales de guerra.

-Disculpen, creí que estaban al tanto –dijo Latham–. Ese organismo operó mucho aquí en Francia, en colaboración con las autoridades locales.

-Por supuesto –reconoció Giselle–. Era el nombre oficial; supe que tenía otros. Cazadores de colaboracionistas, perseguidores de cerdos, y así por el estilo.

-Por favor continúe –dijo Jean–Pierre frunciendo el entrecejo, un tanto inquieto–. Se rechazó a Jodelle por considerarlo loco... ¿y eso fue todo?.

No fue una actitud arbitraria, si a eso se refiere. Fue interrogado extensamente, Y formuló tres declaraciones distintas recogidas por separado unas de otras para buscar contradicciones. Es el procedimiento estándar...

-Entonces, ustedes poseen la información necesaria –interrumpió el actor–. ¿Quién era este general?

-No lo sabemos...

-¿NO lo saben? –exclamó Bressard–. Monsieur, no habrán perdido el material, ¿verdad?

-No no lo perdimos, Henri, fue robado.

-¡Pero usted dijo que esta información "correspondía a los registros" !

-interrumpió Giselle.

-Dije "de acuerdo con los registros que nosotros poseemos" –la corrigió Latham–. Uno puede incluir un nombre en un índice referido a determinado período, y el índice resumirá sin detalles las historias concretas, allí donde se aplicaron ciertos procedimientos y fue posible extraer conclusiones definitivas. Los materiales del tipo de los interrogatorios y las declaraciones van a parar a archivos separados, con el fin de proteger la intimidad de los individuos que pueden ser víctimas de investigaciones hostiles... Ésos fueron los archivos robados. Ignoramos por qué se los llevaron... o quizá ahora sabemos a qué atenernos.

-Pero ustedes estaban al tanto de mi existencia –lo interrumpió Jean–Pierre–. ¿Cómo fue eso?

-A medida que llega información nueva, la OSI actualiza los resúmenes contenidos en los índices. Hace unos tres años Jodelle borracho abordó al embajador norteamericano en la entrada del Teatro Liceo, donde usted representaba una obra...

-¡Je m'appelle Aquilon! –interrumpió entusiastamente Bressard–. ¡Usted estuvo magnifique!

-Oh, cállese, Henri... Continúe, Drew Latham.

-Jodelle insistía en gritar que usted era un gran actor, y que era su hijo, y preguntaba por qué los norteamericanos no lo escuchaban. Naturalmente, los acomodadores del teatro lo alejaron de allí mientras el portero acompañaba al embajador hasta su limusina. El portero le explicó al diplomático que ese viejo vagabundo y borracho era un desequilibrado, un admirador obsesivo que merodeaba alrededor de los teatros en que usted actuaba.

-Nunca lo vi. ¿Por qué?

-Eso también lo explicó el portero. Cuando usted aparecía a la entrada del escenario, el hombre huía.

-¡Eso carece de sentido! –dijo Giselle con firmeza.

-Querida, me temo que tiene mucho sentido –replicó Jean–Pierre, mirando con tristeza a su esposa–. Por lo menos, de acuerdo con lo que supe esta noche. Y bien, monsieur –continuó diciendo el actor–, a causa de ese episodio extraño, pero no desusado, mi nombre fue incluido en el... ¿cómo los llaman? ¿Los archivos semisecretos del espionaje?

-Sólo como un esquema de comportamiento, algo que no debía ser tomado en serio.

-Pero usted lo tomó en serio. –Le ruego que me comprenda, señor –dijo Latham, inclinándose en la silla–. Hace cinco semanas y cuatro días mi hermano debía encontrarse con su mensajero en Munich. Fue una cita concreta, no un cálculo aleatorio. Todas las variaciones quedaron reducidas a un marco de tiempo de doce horas. Concluían tres años de una operación sumamente secreta de elevado riesgo, el fin estaba a la vista, y se había organizado el transporte seguro del agente a Estados Unidos. Cuando pasó una semana sin que se tuviesen noticias, volé de regreso a Washington y examiné todo lo que teníamos, todo lo que había acerca de la operación de Harry... me refiero a mi hermano, Harry Latham. Por alguna razón, probablemente porque se trataba de una antigua referencia, recordé el episodio del Teatro Liceo, y no pude quitármelo de la mente. Como usted mismo dijo, ¿por qué estaba allí? Los actores y las actrices de gran fama a menudo soportan molestias provocadas por los admiradores que están obsesionados por ellos. A cada momento leemos acerca de ese tipo de cosas.

-Confirmo lo que usted dice –interrumpió Villier–. Es una dificultad profesional, y en general bastante inofensiva.

-Eso es lo que yo pensé. Pero, ¿por qué estaba allí?

-¿Encontró la respuesta?

-En realidad no. Pero allí hay datos suficientes para convencerme de que debía tratar de encontrar a Jodelle. Desde que regresé a París, hace dos semanas, busqué por doquier, por ejemplo, en los callejones de Montparnasse, y en todos los distritos más miserables de la ciudad.

-¿Por qué? –pregunto Giselle–. ¿Encontró alguna respuesta parcial? Y ante todo, ¿por qué el nombre de mi marido llegó a Washington?

-Señora Villier, yo me formulé la misma pregunta. De modo que mientras estaba en Washington fui a ver al ex embajador –pertenecía al gobierno anterior– y le pregunté. Vean, la información no pudo llegar a manos de la comunidad de inteligencia a menos que él lo autorizara.

-¿Y qué dijo mi viejo amigo el embajador? –intervino Bressard, con un acento inequívocamente crítico.

-Fue su esposa...

-Ah –dijo el funcionario del Quai d'Orsay–, en ese caso valía la pena escuchar. Ella hubiera debido ser el embajador. Mucho más inteligente y culta. Como saben, es médica.

-Sí, hablé con ella. También es una entusiasta aficionada al teatro. Siempre insiste en sentarse en una de las tres primeras filas.

-No son los mejores lugares –dijo suavemente el actor–. Uno pierde la perspectiva en favor de lo inmediato. Perdónenme, sigamos. ¿Qué dijo?

-Se refirió a sus ojos, señor Villier. Y a los de Jodelle cuando les cerró el paso en la acera y gritó histéricamente.

"Los ojos de ambos eran intensamente azules –dijo la mujer– pero un color extraordinariamente claro, en realidad extraño en la gente de ojos azules". Por eso pensó que con ilusiones y manías o sin ellas podía haber algo de cierto en los reniegos del anciano, porque la semejanza de esos ojos tan extraños sólo podía ser consecuencia de una herencia genética. Reconoció que era una mera conjetura, pero en todo caso ella no podía ignorar su propia impresión. Y como dijo Henri, esa mujer es médica.

-De modo que sus sospechas dieron en el blanco –observó Jean–Pierre, asintiendo con un gesto reflexivo.

-Cuando por la televisión llegó la noticia de que un anciano no identificado se había suicidado en el teatro después de gritar que usted era su hijo... bien, comprendí que había encontrado a Jodelle.

-Pero usted no lo encontró, Drew Latham. Encontró al hijo, no al padre a quien el hijo nunca conoció. Y entonces, ¿dónde está ahora? Poco puedo agregar que usted ya no sepa, y lo que puedo decirle lo descubrí esta noche gracias a las revelaciones de los únicos padres a quienes he conocido. Ellos me dijeron que Jodelle era un luchador de la Resistencia, barítono en la Ópera de París, que fue descubierto por los alemanes y enviado a un campo de concentración, de donde supuestamente jamás regresó. Es evidente que volvió, y al parecer esa pobre alma cobró conciencia de sus propias dolencias y nunca reveló su identidad. –El actor hizo una pausa, y después agregó con expresión melancólica y reflexiva:

-Me dio una vida privilegiada, y rechazo personalmente cualquiera de las ventajas de la existencia.

-Querido, seguramente te amó mucho– dijo Giselle–. Pero tuvo que soportar mucho dolor y una terrible tortura.

-Lo buscaron. Hicieron todo lo posible para encontrarlo... podrían haberlo sometido a tratamiento médico. Dios, ¡qué trágico despilfarro! –

Jean–Pierre miró al norteamericano. –Y bien monsieur, ¿que puedo decirle? No puedo ayudarlo mas de lo que yo mismo me he ayudado.

–Dígame exactamente lo que sucedió. Me enteré de muy pocas cosas que allí había –principalmente los acomodadores a la hora en que yo llegué– no me sirvieron de mucho. La mayoría dice que oyó los gritos, y al principio creyó que eran parte de las aclamaciones. Después vieron a un anciano con las ropas en desorden que avanzaba por el corredor, gritando que usted era su hijo y sosteniendo en las manos un rifle; y mas tarde, volvió el arma contra el mismo y disparó. Eso fue mas o menos todo.

–No, hubo mas –dijo Villier meneando la cabeza–. Hubo un breve momento de silencio en el público, una pausa momentánea, ese gesto de asombro antes que comenzara la reacción vocal. Entonces oí claramente varias de las afirmaciones del anciano. "Te fracasé, le fracasé a tu madre... soy un inútil, de nada sirvo. Solamente quiero que sepas que lo intenté... lo intenté pero fracasé". Eso es todo lo que recuerdo, y Después el caos. No tengo la mas mínima idea acerca de lo que quiso decir.

–Señor Villier, el sentido real debe estar en las palabras –se apresuró a decir Latham en tono enérgico–. Y tuvo que ser algo tan fundamental para él, tan catastrófico, que rompió el silencio de una vida entera y lo enfrentó. Un último gesto antes de suicidarse, y algo tuvo que desencadenarlo.

-O el deterioro definitivo de una mente desequilibrada que se zambulló en el abismo de una locura lisa y llana –sugirió la esposa del actor.

-No lo creo –discrepo amablemente el norteamericano–. Estaba demasiado concentrado en su tema. Sabía exactamente lo que estaba haciendo, lo que se proponía hacer. Consiguió ingresar en el teatro con un rifle oculto entre las ropas, lo cual fue no poca hazaña, y Después esperó hasta que terminase la representación, y a que su esposo saliera a aceptar los aplausos de la multitud, no deseaba frustrar ese momento. Un hombre sumido en el frenesí emocional de un acto de locura hubiera tendido a interrumpir la representación, a concentrar en el mismo toda la atención. Jodelle no hizo tal cosa. Una parte de su persona era demasiado racional, y había en él cierto exceso de generosidad que no le permitía incurrir en tales actos.

-¿Usted También es psicólogo? –preguntó Bressard.

-No mas que usted, Henri. Para ambos el objetivo final es estudiar el comportamiento y pronosticarlo si podemos, ¿no es así?

-Entonces, usted afirma –interrumpió Villier– que mi padre, el padre natural a quien nunca conocí, calculó racionalmente los pasos de su propia muerte porque estaba motivado por algo que le sucedió. –El actor se recostó en el respaldo de su sillón, frunciendo el entrecejo. –En ese caso, debemos descubrir que era, ¿verdad?

-No se como podremos llegar a eso. Ha muerto.

-Si un actor esta analizando a un personaje a quien debe infundir vida en escena o en un filme, y ese personaje supera los clisés de su propia imaginación, tendrá que estudiar la realidad, desarrollar los elementos disponibles, ¿no es así?

-No se muy bien adonde quiere ir a parar.

-Hace muchos años tuve que representar a un jeque beduino que era un asesino, un hombre muy antipático que cruelmente mataba a sus enemigos porque creía que eran enemigos de Alá. Su desempeño evocaba todos los clisés previsibles: el entrecejo satánico, el mentón afilado cubierto por una barba; los labios finos y perversos; los ojos mesiánicos, me parecía que todo era tan trivial. De modo que fui a Jidda, me interné en el desierto... en condiciones muy cómodas, les aseguro... y conocí a varios jefes beduinos. No sabía nada de lo que yo buscaba. Por cierto, eran fanáticos religiosos, pero se trataba de individuos serenos y muy corteses, y creían sinceramente que lo que Occidente denominaba los crímenes árabes de sus antepasados estaban por completo justificados, porque esos antiguos enemigos en efecto eran enemigos de su Dios. Incluso explicaban que Después de cada muerte sus antepasados oraban a Alá pidiendo la liberación eterna de sus enemigos. Había una auténtica tristeza en lo que según ellos creían era una masacre necesaria. ¿Comprenden lo que quiero decir? –Esa obra fue llamada Le Carnage du Voile –dijo Bressard–. Usted se mostró soberbio en su actuación, y se adueñó del filme, en perjuicio de los dos astros restantes. El principal crítico de París escribió que su maldad era tan pura, porque usted la adornaba con tan serena benevolencia.

-Por favor, Henric ya es suficiente.

-Todavía no veo adonde apunta, señor Villier.

-Si lo que usted cree acerca de Jodelle... si lo cree usted es cierto, una parte de su persona estaba menos desequilibrada que lo de sus actos sugerirían. ¿No es en realidad eso lo que usted esta diciendo?

-Si, así es. es lo que creo. Por eso estuve tratando de descubrirlo.

Y un hombre así, sean cuales fueren sus dolencias, puede comunicarse con otros, con algunos semejantes igualmente infortunados, ¿no le parece?

-Es probable, casi seguro.

-En ese caso, debemos partir de su realidad, de los ambientes en los que vivió. Y es lo que haremos, lo que yo haré.

-¡Jean Pierre! –exclamo Giselle–. ¿Que estas diciendo?

-Nuestra reposición no incluye las matinés. Solo un idiota podría representar a Coriolano ocho veces por semana. Tengo mucho tiempo libre.

-¿Y que? –pregunto un inquieto Bressard, el entrecejo arqueado.

-Henri, como usted ha sugerido tan generosamente, soy un actor discreto, y tengo acceso a todas las roperías de París. El atuendo no será problema, y un maquillaje exagerado ha sido siempre una de mis cualidades. Antes de su fallecimiento, monsieur Olivier y yo convinimos en que el maquillaje era un artificio deshonesto –él habló del camaleón–, pero reconozco que era más de la mitad de la batalla. Ingresaré en el mundo en que vivió Jodelle, y quizá tenga suerte. Es inevitable que haya hablado con alguien, de eso estoy convencido.

-Esos ambientes –dijo Latham–, ese "mundo" que usted menciona es bastante sórdido y puede ser violento, señor Villier. Si alguno de esos personajes cree que usted posee veinte francos, le romperán los huesos para quitárselos. Porto un arma y le diré sin exageración que necesité mostrarla en cinco ocasiones diferentes durante las últimas semanas. Asimismo, la mayoría de esa gente acostumbra mantener cerrada la boca, y no simpatiza

con los extraños que formulan preguntas. De hecho, los miran con intensa hostilidad. Yo no pude conseguir nada.

-Ah, pero usted no es actor, y para ser franco su francés podría mejorar mucho. Sin duda, usted merodeó por esas calles con su atuendo normal, con una apariencia general no muy distinta de la que vemos ahora. –Bien... sí.

-De nuevo le ruego que me perdone, pero un hombre bien afeitado con ropas bastante decentes y formulando una pregunta en un francés dudoso no puede inspirar confianza en los compinches que Jodelle tuvo en ese mundo.

-¡Jean–Pierre, basta! –exclamó la esposa del actor–. ¡Lo que estás sugiriendo es inadmisible! Al margen de mis sentimientos y tu seguridad, tu contrato en el teatro te prohíbe correr riesgos físicos. Dios mío, ¡ni siquiera te permiten practicar esquí o jugar polo o pilotear tu avión!

-Pero no pienso esquiar ni andar a caballo ni volar en mi avión. Simplemente recorreré varios distritos de París para investigar la atmósfera. Es mucho menos riesgoso que viajar a Arabia Saudita para representar un papel de reparto en un filme.

-¡Merde! –exclamó Bressard–. ¡Eso es absurdo!

-Señor, no vine aquí para pedirle eso –dijo Latham–. Vine con la esperanza de que usted supiera algo que me ayudase. No sabe nada, y acepto eso. Mi gobierno puede contratar personas que hagan lo que usted está sugiriendo.

-En ese caso, sin falsa modestia sugiero que usted no conseguirá la mejor ayuda profesional. Usted quiere lo mejor, ¿no es así Drew Latham? ¿O tan rápidamente olvidó a su hermano? El sentimiento de ansiedad que se manifiesta en usted me dice que no es así. Sin duda él es un hombre excelente, un espléndido hermano mayor que le brindó su ayuda, que lo guió. Y por supuesto, usted siente que le debe algo y que tiene que hacer todo lo posible por él.

-Estoy preocupado, sí, pero eso es personal –interrumpió con brusquedad el norteamericano–. Soy un profesional.

-Lo mismo que yo, monsieur. Y debo al hombre a quien llamamos Jodelle tanto o más que lo que usted le debe a su hermano. Quizá más. Perdió a su esposa y a su primer hijo luchando por todos nosotros. Y después remitió de manera trágica su propia existencia a un infierno al que ni siquiera podemos imaginar, con el propósito de asegurar mi triunfo en la vida. Oh, sí, le debo mucho... profesional y personalmente. Y también a la mujer, a la joven actriz que fue mi madre natural, y al niño cuyo nombre de pila ostento, el hermano mayor que pudo haberme guiado. Mi deuda es considerable, Drew Latham, y usted no me impedirá que salde por lo menos una parte. Ninguno de ustedes podrá hacerlo... Tenga la bondad de venir aquí mañana al mediodía. Estaré preparado y habré completado todos los arreglos.

Latham y Henri Bressard salieron de la imponente residencia de Villier en el Parc Monceau y se dirigieron al automóvil oficial.

-No necesito decirle que nada de todo esto me agrada –afirmó el francés.

Librodot

-Lo mismo digo –coincidió Drew–. Es posible que sea un magnífico actor, pero este asunto lo sobrepasa.

-¿Que lo sobrepasa? ¿Por qué? Por mi parte, sencillamente no me agrada que se zambulla en los bajos fondos de París, donde si lo identifican puede ser atacado para robarlo o incluso pueden secuestrarlo para pedir rescate. Y me parece que usted está diciendo otra cosa. ¿De qué se trata?

-No estoy seguro. Llámelo instinto. En efecto, algo le sucedió a Jodelle, y algo mucho más grave que lo que se desprende de la escena en que un anciano se suicida en presencia del hijo al que nunca reconoció. El acto mismo implicó un sentimiento definitivo de desesperación. Sabía que estaba derrotado, irrevocablemente derrotado.

-Sí, escuché las palabras de Jean–Pierre –dijo Bressard mientras Latham abría la portezuela del lado del cordón–. El anciano gritó que había fracasado; que había probado pero fracasado.

-Pero, ¿qué había probado? ¿En qué fracasó? ¿De qué se trataba?

-Quizá el fin de su propio camino –replicó Henri, mientras ponía en marcha el automóvil y enfilaba hacia el centro de la calle–. La conciencia de que al fin el enemigo estaba fuera de su alcance.

-Para saber eso, para saberlo con absoluta certeza, tuvo que haber encontrado a ese enemigo, y después comprendido que él mismo era impotente. Sabía que lo creían loco, que ni París ni Washington lo consideraban confiable, y que había sido rechazado por los tribunales. De modo que salió por propia cuenta para encontrar a su enemigo, y cuando lo halló... bien, allí sucedió algo. Lo obligaron a detenerse en seco.

-Si ése fue el caso, en lugar de limitarse a frustrarlo, ¿por qué no lo mataron?

-No podían. Porque si llegaban a eso, habría muchas preguntas. Debían mantenerlo vivo hasta que muriese, y a su edad y en vista de su estado el desenlace no se encontraba lejos; era uno de tantos borrachos, un hombre que a cada momento desvariaba. Pero si lo asesinaban, sus absurdas acusaciones podían parecer más verosímiles. Las personas como yo podían comenzar a investigar, y su enemigo no puede darse ese lujo. Vivo no significaba nada asesinado era otra cosa.

-Amigo mío, no veo cómo todo lo que usted dice se relaciona con Jean–Pierre.

-Los enemigos de Jodelle, el grupo francés que según creo está unido con el movimiento nazi de Alemania, se oculta muy bien, pero tienen ojos y oídos en la superficie. Si el viejo estableció contacto, lo menos que harán seguirlo hasta el momento del suicidio. Y estarán atentos a la posibilidad de que alguien formule preguntas relacionadas con él. Si hay un mínimo de verdad en lo que Jodelle afirmó, tampoco pueden tolerar eso... Y eso me lleva de vuelta al archivo de la OSI que desapareció. Lo robaron por un motivo.

-Entiendo –dijo Bressard–, y ahora me opongo definidamente a la participación de Villier. Haré todo lo posible para impedir su intervención; Giselle nos ayudará. Ella es tan voluntariosa como su esposo, y él la adora.

-Tal vez usted no estaba escuchando hace un rato. Dijo que ninguno de nosotros podría detenerlo. Y le aseguro, Henri, que no estaba representando una comedia. Hablaba en serio.

-Coincido, pero usted ha incorporado otra incógnita a la ecuación. Lo consultaremos con la almohada, en el supuesto de que cualquiera de nosotros pueda dormir... ¿Todavía tiene su piso en la rue du Bac?

-Sí pero quiero pasar primero por la embajada. Necesito Hablar con una persona de Washington mediante una línea segura. Nuestro propio transporte me llevará de regreso a casa.

-Como desee.

Latham usó el ascensor para descender al complejo instalado en el subsuelo de la embajada, y atravesó caminando un corredor blanco, iluminado por neón, que llevaba al centro de comunicaciones. Insertó su tarjeta plástica de acceso en el receptáculo de seguridad; hubo un breve y áspero zumbido, se abrió la pesada puerta y Latham entró. La espaciosa habitación refrigerada y con aire acondicionado, como el corredor, era un ambiente absolutamente blanco, y la panoplia de equipos electrónicos estaba distribuida a lo largo de tres paredes; el metal relucía, y un sillón giratorio aparecía cada metro y medio frente a su propia consola. Pero a causa de la hora estaba ocupado únicamente un sillón; el movimiento era menor entre las dos y las seis de la mañana, hora de París.

-Veo que se instaló en el cementerio, Bobby –dijo Drew al único ocupante que se hallaba en la sala–. ¿Está a cargo de la guardia?

-En realidad, me agrada –replicó Robert Durbane, un especialista en comunicaciones de cincuenta y tres años, y principal funcionario del centro de comunicaciones de la embajada–. Mi gente cree que soy una persona excelente y por eso me hago cargo de este turno; se equivoca, pero yo les aclaro las cosas. ¿Qué le parece mi trabajo, eh? –Durbane exhibió un ejemplar doblado del Times de Londres, cuya página mostraba las famosas palabras cruzadas del periódico, y el letal doble acróstico.

-Afirmo que eso es agregar el masoquismo al deber –dijo Latham, y se acercó a la silla que estaba a la derecha del operador–. Yo no puedo hacer ninguna de las dos cosas, y ni siquiera lo intento.

-Usted y el resto de los jóvenes. Sin comentarios, señor miembro del

-Sospecho que esa observación incluye cierto ingrediente de maldad.

–En ese caso, camine calzado con sandalias... ¿Que puedo hacer por usted?

-Quiero hablar con Sorenson utilizando el mezclador.

-¿No se comunicó con usted hace una hora?

-No estuve en casa.

-Encontrará su mensaje... pero es extraño, hablo como si hubiese estado conversando con usted.

-En efecto, conversamos, pero eso fue hace casi tres horas.

-Utilice el teléfono rojo que está en la caja. –Durbane señaló con un gesto un cubículo de vidrio empotrado sobre la cuarta pared, las láminas de vidrio elevándose hasta el techo. La "caja", como se la denominaba, era un área segura a prueba de ruidos, donde podían celebrarse conversaciones confidenciales sin ser escuchado. El personal de la embajada agradecía la existencia del artefacto; nadie podía obligarlos a revelar lo que no sabían. –Ya se enterará cuando esté funcionando el mezclador –agrego el especialista.

Librodot

-Eso espero –dijo Drew, refiriéndose a los sonidos discordantes que presidían al áspero zumbido de la línea, la señal de que el mezclador estaba funcionando. Se levantó del sillón, caminó hacia la gruesa pared de vidrio de la caja, y entró. Había una ancha mesa de fórmica en el centro, con un teléfono rojo, anotadores, lápices y un cenicero. En la esquina de ese recinto especial había una máquina destructora de papel, cuyo contenido era quemado cada ocho horas, lo cual era más frecuente que lo necesario. Latham se sentó en la silla frente al escritorio, y dispuso el cuerpo de tal modo que diera la espalda al personal que operaba en las consolas; la seguridad máxima incluía el temor a la lectura de los labios, un asunto del cual todos se reían hasta que un topo soviético fue descubierto en la sala de comunicaciones de la embajada en la culminación de la Guerra Fría. Drew descolgó el auricular y esperó; ochenta y dos segundos después apareció la letanía de chasquidos y zumbidos, y después llegó la voz de Wesley T. Sorenson, director de Operaciones Consulares.

-¿Dónde demonios estuvo? –preguntó Sorenson.

-Después que usted autorizó mi contacto con Henri Bressard, y prometió informar, fui al teatro, y después llamé a Bressard. Me llevó a la casa de Villier, en el Parc Monceau. Acabo de regresar.

-Entonces, ¿sus proyecciones acertaron?

-Absolutamente.

-¡Santo Dios...! ¿El anciano era realmente el padre de Villier?

-Confirmado por el propio Villier, que lo supo por... como él mismo dijo... los únicos padres que hasta aquí había conocido.

-En vista de las circunstancias, ¡qué terrible impresión!

-De eso tenemos que hablar, Wes. La impresión determinó en nuestro famoso actor un enorme sentimiento de culpa. Está decidido a usar sus cualidades específicas y a sumergirse en los bajos fondos para establecer contacto con los amigos de Jodelle, tratar de saber si el anciano reveló a alguien adonde estuvo yendo los últimos días, a quién pensaba encontrar, y qué se proponía hacer.

-Su teatro de operaciones –lo interrumpió Sorenson–. Su teatro de operaciones, si las proyecciones que usted formuló son exactas.

-Tenían que serlo... si yo estaba en lo cierto. Pero ese teatro de operaciones exigía que usáramos nuestros propios recursos, y no los de Villier.

-Y usted acertó. Felicitaciones.

-Me ayudaron, Wes, principalmente la esposa del ex embajador.

-Pero usted la encontró, y nadie más lo hizo.

-No creo que nadie más tenga un hermano en una situación tan difícil como el mío.

-Comprendo. Y bien, ¿cuál es su problema?

-La decisión de Villier. Traté de inducirlo a que abandonase el asunto, pero no pude, no puedo y no creo que nadie pueda.

-¿Por qué quiere disuadirlo? Tal vez él pueda saber algo. ¿Por qué necesitamos interferir?

-Porque quien provocó el suicidio de Jodelle lo empujó a adoptar esa decisión. No sé cómo lo hicieron, pero lograron convencerlo de que había perdido la batalla, de que estaba acabado, de que el anciano ya nada podía hacer.

-Desde el punto de vista psicológico eso parece razonable. Su obsesión no podía volcarse en un fin útil, y derivó hacia el suicidio. ¿Y bien?

-Quienes sean los culpables, ciertamente continuarán actuando después del suicidio. Como dije a Bressard, no pueden darse el lujo de abstenerse. Si alguien, cualquiera sea su identidad, aparece y formula preguntas acerca de Jodelle... bien, si sus enemigos son quienes yo creo que son, ese investigador no tendrá mucho *futuro en este mundo.

-¿Se lo dijo a Villier?

-No precisamente con esas palabras, pero le aclaré que lo que él deseaba hacer era sumamente peligroso. En resumen, me dijo que me fuese al infierno. Afirmó que debía a Jodelle tanto o incluso más que lo que yo debo a Harry. Hemos convenido en que volveré a su casa mañana a mediodía. Dice que estará preparado y que me esperará.

-Aclárele bien cuál es la situación –ordenó Sorenson–. Si de todos modos insiste, déjelo actuar.

-¿Deseamos que la posible interrupción de su vida recaiga sobre nuestra conciencia?

-Las decisiones duras reciben ese nombre porque no son fáciles. Usted quiere encontrar a Harry, y yo quiero encontrar un cáncer maligno que está agravándose en Alemania.

-Me agradaría encontrar las dos cosas –dijo Latham.

-Por supuesto. A mí también. De modo que si su actor quiere representar, no se lo impida.

-Deseo que lo protejan.

-Es natural, un actor muerto no puede decirnos lo que llegó a conocer. Colabore con el Deuxième, son muy eficaces en esa clase de cosas. En el curso de una hora hablaré con Claude Moreau. Es el jefe del Bureau y a esa hora ya estará en su oficina. Trabajos juntos en Estambul; era el mejor agente de campo que la inteligencia francesa tuvo nunca, un tipo de jerarquía mundial, para ser exacto. Le dará lo que usted necesite.

-¿Se lo digo a Villier?

-Latham, soy un veterano, y quizá eso convenga y quizá perjudique, pero creo que si usted quiere organizar una operación debe dar todos los pasos necesarios. Villier debe ser informado; por supuesto, de ese modo aumenta el riesgo, y eso También tiene que aclarárselo. Pero preferimos que él adopte su decisión con conocimiento de causa.

-Me alegro de que opinemos lo mismo. Gracias por todo.

-Drew, yo vine del frío, pero cierta vez estuve donde usted está ahora. Es un repulsivo juego de ajedrez, sobre todo cuando los peones pueden ser sacrificados. Las señales nunca desaparecen del todo, se lo aseguro. Y son la materia prima de nuestras pesadillas.

Librodot

-Todo lo que dicen acerca de usted es verdad, ¿no es así? Incluso afirman que usted prefiere que los que estamos en la primera línea de fuego lo llamen por su nombre de pila,

-La mayor parte de lo que dicen que yo hice es completamente exagerado –afirmó el director de Operaciones Consulares–, pero cuando yo estaba en el frente, si yo hubiera podido hablar con mi jefe llamándolo Bill o George o Stanford o simplemente Casey, creo que las comunicaciones hubieran sido más francas y sinceras. Eso es lo que deseo de ustedes. La expresión "señor director" es un obstáculo.

-Tiene razón.

-Lo sé. De modo que en definitiva, haga lo que sea necesario.

Latham salió de la embajada y caminó por la avenida Gabriel, en dirección al automóvil blindado con chapa diplomática que lo esperaba, y que lo llevaría a su apartamento en la rue du Bac. Era un Citroën sedán con los asientos traseros demasiado angostos, de modo que Latham prefirió sentarse adelante, al lado del infante de marina que manejaba.

-¿Conoce la dirección? –preguntó.

-Oh, sí, señor. Por supuesto, la conozco.

El fatigado Drew miró de reojo al hombre; el acento era inequívocamente norteamericano, pero la unión de las palabras le pareció extraña. O se trataba sólo de que su fatiga era tal que el oído estaba jugándole bromas pesadas. Cerró los ojos, no supo por cuánto tiempo, agradeciendo esa sensación de vacío, un vacío absoluto que ocupaba toda su visión interior. Por lo menos durante varios minutos pudo contener del sentimiento de ansiedad. Necesita el respiro, y lo recibía de buen grado. De pronto, cobró conciencia del movimiento, de las sacudidas de su cuerpo en el asiento. Abrió los ojos, el conductor estaba acelerando al atravesar un puente como si participara en una carrera en Le Mans. Latham habló:

-Eh, amigo, no llego tarde a ninguna parte. Deje el acelerador, por favor.

-Tut mir… lo siento, señor.

-¿Qué? –Cruzaron a toda velocidad el puente y el infante de marina desvió el automóvil hacia una calle oscura y poco conocida. Entonces Latham comprendió; no estaban cerca de la rue du Bac, ni cosa parecida. Drew gritó: –¿Qué demonios está haciendo?

-Cortando camino, señor.

-¡Tonterías! ¡Detenga este condenado automóvil!

-¡Neim! –gritó el hombre con uniforme de infante de marina–. ¡Amigo, usted va adonde yo lo llevo! –El conductor extrajo una automática de su túnica y apuntó al pecho de Latham. –Usted no me da órdenes, ¡yo se las doy!

-Cristo, usted es uno de ellos. ¡Hijo de perra, usted es uno de ellos!

-¡Usted hablará con otros, y después se irá!

-De modo que es verdad, ¿eh? Están en todos los rincones de París…

-¡Und England, und die Vereinigten Staanten, und Europa!… ¡Sieg Heil!

-Al demonio con eso –dijo con voz neutra Drew, y bajo la protección de las sombras deslizo la mano detrás del arma, mientras su pie izquierdo se clavaba en el pedal de freno del Citroën–. ¿Qué le parece una sorpresa estilo

blitzkrieg? –Dicho esto, Latham hundió el pie izquierdo en el pedal de freno, y simultáneamente descargó la mano izquierda sobre el codo derecho de su presunto aprehensor. El arma giro en las manos del neonazi; Drew la aferró y disparo a la rodilla derecha del conductor, mientras el vehículo se estrellaba en la esquina del edificio.

-¡Usted pierde! –dijo sin aliento Latham, mientras abría la portezuela y aferraba la túnica del hombre. Salió del vehículo, mínimo arrastró al individuo sobre el asiento, y lo arrojó al pavimento. Estaban en uno de los distritos fabriles de París, con sus establecimientos de dos y tres pisos, abandonados ahora por el resto de la noche. Más allá de los faroles callejeros, la única luz provenía de los faros del Citroën deteriorado. Pero era suficiente.

-Usted hablará conmigo, compañero –dijo Latham al falso marino acurrucado sobre el pavimento, gimiendo y aferrándose la pierna herida–, o la próxima bala le atravesará las dos manos con las cuales se sujeta la rodilla. Las manos baleadas nunca se recuperan del todo. Y la vida en esas condiciones es muy desagradable.

-¡Nein! ¡Nein! ¡No dispare!

-¿Por qué no? Usted pensaba matarme, o por lo menos eso me dijo. Recuerdo claramente que habló de mi "desaparición". Yo soy mucho más bondadoso. No lo mataré. Sencillamente lo dejaré que viva una vida muy desagradable. Después de sus manos, me ocuparé de los pies... ¿Quién es usted y cómo consiguió ese uniforme y el automóvil? ¡Hable!

-Tenemos uniformes... amerikanische, französische, englische.

-El automóvil, el vehículo de la embajada. ¿Dónde está el hombre cuyo lugar usted ocupó?

-Le dijeron que no viniese...

-¿Quién se lo dijo?

-¡No lo sé! Trajeron el automóvil. La Schlussel –quiero decir la llave– estaba puesta. Ordenaron que me ocupase de usted.

-¿Quién se lo ordenó?

-Mis superiores.

-¿La gente que yo debía ir a ver?

-¿Quiénes son? Deme algunos nombres. Ahora.

-¡No conozco nombres! Nos identificamos con códigos, números y letras.

-¿Y usted cómo se llama? –Drew se inclinó sobre el impostor, y el cañón del arma presionó sobre la mano que sujetaba la rodilla ensangrentada.

-Erich Hauer, ¡lo juro!

-Su nombre cifrado, Erich. Si no me lo dice, convendrá que se olvide de sus manos y sus pies.

-C–Zuölf–doce.

-Habla mucho mejor inglés cuando no está muy asustado, estimado Erich... ¿Adonde me llevaba?

-A cinco o seis avenidas de aquí. Sabría donde es gracias a los Scheinwerfer..

-¿Qué?

-Los faros. Debía verlos encendidos en una calle estrecha, hacia la izquierda.

-Quédese donde está, pequeño Adolfo –dijo Latham, incorporándose y acercándose a la portezuela del automóvil, el arma siempre apuntando al alemán. Con movimientos torpes se instaló en el asiento delantero, y su mano izquierda se deslizó bajo el tablero, hasta que encontró el teléfono del automóvil que tenía una línea directa con la embajada. Como el mecanismo de trasmisión estaba en el baúl, era probable que el artefacto funcionara. Así era. Drew dirigió una rápida mirada a su prisionero, y presionó cuatro veces en rápida sucesión el botón que marcaba el cero. La señal de una emergencia.

-Embajada de Estados Unidos –dijo la voz de Durbane en el teléfono–. Está en la categoría Cero Cuatro. Está grabando, ¡adelante!

-Bobby, soy Latham...

-Ya lo sé, lo tengo en la grilla. ¿Por qué la señal de alarma?

-Caímos en una trampa. Yo iba camino a una ejecución inmediata, cortesía de nuestra pesadilla nazi. El infante de marina que conducía el automóvil era falso; algún miembro del grupo de transportes preparó esta trampa. ¡Verifique toda la unidad!

-Cristo, ¿está bien?

-Solo un poco conmovido; tuvimos un accidente y al nazi no le fue demasiado bien.

-En fin, lo tengo en el cuadro. Enviaré una patrulla...

-¿Sabe dónde estamos exactamente?

-Por supuesto.

-Bobby, envíe dos patrullas, una armada para la autodefensa.

-¿Está loco? ¡Esto es París, territorio francés!

-Yo me encargaré de los detalles. Es una orden de Operaciones Consulares... A cinco o seis calles al sur, sobre la izquierda, hay un automóvil estacionado en una calle lateral, con los faros encendidos. Tenemos que apoderarnos de ese automóvil y de la gente que lo ocupa.

-¿Quiénes son?

-Entre otras cosas, mis verdugos... No tenemos tiempo, Bobby. ¡Obedezca! –Latham devolvió el teléfono a su receptáculo y salió del automóvil para acercarse a Erich Hauer, el hombre que podía llevarlos a identificar a cien de sus compañeros en París y fuera de la ciudad, al margen de que lo supiera o no. Los productos químicos abrirían las puertas de su mente; eso era fundamental. Drew le aferró las piernas y el hombre gritó de dolor.

-¡Por favor...!

-Cállese, cerdo. Usted me pertenece, ¿comprende? Empiece a hablar, y entonces después lo trataré mejor.

-No sé nada. Soy solamente C–Zuölf, ¿qué más puedo decir?

-¡Eso no alcanza! Tengo un hermano que fue a investigarlos, canallas; me dijo que era el último tramo de un recorrido difícil, y yo le creí. De modo que usted me dirá más, mucho más, antes de que termine mi interrogatorio.

Le doy mi palabra, querido Erich, realmente usted no querrá tener dificultades conmigo.

De pronto, en la calle oscura y desierta apareció un sedán negro que dobló en la esquina a gran velocidad. Aminoró rápidamente la marcha, y en ese momento comenzó el tiroteo; una letal sucesión de disparos, que anunciaban la muerte para todo lo que se cruzara en su camino. Latham trató de arrastrar al nazi para dejarlo bajo la protección del automóvil blindado con chapa diplomática; no pudo hacerlo y al mismo tiempo salvarse él mismo. Mientras el sedán se alejaba, volvió los ojos hacia su prisionero. Erich Hauer, el cuerpo acribillado, la cara cubierta de sangre, estaba muerto. El único hombre que podía suministrar por lo menos algunas respuestas había desaparecido. ¿Dónde estaba el resto, y cuánto tiempo tardarían en encontrarlo?

Librodot

3

La noche había terminado, y las primeras luces asomaban por el este mientras el fatigado Latham ocupaba el pequeño ascensor que lo llevaba a su apartamento del quinto piso de la rue du Bac. Normalmente, habría utilizado la escalera, basándose en el concepto de que le convenía hacer un poco de ejercicio físico; pero ahora no aceptaba la idea; apenas podía mantener abiertos los ojos. Las horas entre las dos y las cinco y media de la madrugada habían estado concentradas en las tareas diplomáticas urgentes, y Drew había tenido que reunirse con cierto Claude Moreau, jefe del poderoso y secreto Deuxième Bureau. Había llamado nuevamente a Sorenson, de Washington, para pedirle que se comunicase con el funcionario de la inteligencia francesa a esa hora, y lo convenciera de que acudiese inmediatamente a la Embajada de Estados Unidos. Moreau era un hombre de mediana edad, moderada corpulencia y cabeza calva, cuyo cuerpo llenaba su traje como si se dedicara a levantar pesas buena parte del día. Tenía un despreocupado humor galo, que a veces mantenía la perspectiva de las cosas cuando éstas amenazaban descontrolarse. La posible pérdida del control llegó primero con la inesperada aparición de un furioso y asustado Henri Bressard, primer secretario de Relaciones Exteriores de la República de Francia.

-¿Qué demonios está sucediendo? –preguntó Bressard, mientras entraba en la oficina del embajador, sorprendido por la presencia de Moreau, pero aceptándola–. Allo, Claude –dijo retornando al francés–. No me asombra del todo verlo aquí.

-En anglais, Henri... Monsieur Latham nos entiende, pero el embajador todavía está asistiendo a las clases de la Berlitz.

-¡Ah, el tacto diplomático norteamericano!

-Eso lo entendí, Bressard –dijo el embajador Daniel Courtland, que ocupaba un asiento detrás de su escritorio, y estaba vestido con bata y calzado con pantuflas, y en efecto, trato de aprender bien el francés. Francamente, prefería el cargo en Estocolmo –hablo muy bien el Sueco pero otros opinaron de distinto modo. De manera que tendrán que soportarme, como yo debo soportarlos.

-Me disculpo, señor embajador. Ha sido una noche difícil... Traté de llamarlo, Drew, y cuando lo único que conseguí fue la voz de su contestador, supuse que aún estaba aquí.

-Hubiera debido encontrarme en casa hace una hora. ¿Y por qué usted se encuentra aquí? ¿Por qué tenía que verme?

-Todo está en el informe de la Sûreté. Insistí en que la policía los llamase y...

-¿Qué sucedió? –intervino Moreau. Enarcó el entrecejo. –Su ex esposa seguramente no está adoptando una actitud hostil. En definitiva, su divorcio tuvo cierto sesgo amistoso.

-No estoy seguro de que desee su intervención. Lucille puede ser bastante perversa, pero no es estúpida. Esta gente lo era.

-¿Qué gente?

-Después que dejé aquí a Drew, fui a mi apartamento en la Montaigne. Como ustedes saben, uno de los escasos privilegios de mi cargo es el espacio

para estacionar reservado a los diplomáticos frente al edificio. Comprobé sorprendido que el lugar estaba ocupado, y para aumentar mi irritación, cerca había otros espacios libres. Entonces vi que había dos hombres sentados adelante, y el conductor hablaba por teléfono, lo cual no es precisamente una escena normal a las dos de la madrugada, sobre todo cuando el conductor tendría que pagar una multa de quinientos francos por estacionar donde lo hizo sin placa oficial ni el emblema del Quai d'Orsay en el parabrisas.

-Como siempre –dijo Moreau, moviendo la cabeza en un gesto apreciativo–, su inclinación diplomática para presentar un hecho con cierto grado de percepción y suspenso es evidente, pero por favor, Henri, al margen del insulto personal a usted mismo, ¿qué sucedió?

-¡Los canallas comenzaron a disparar sobre mí!

-¿Qué? –Latham pegó un respingo en su asiento.

-¡Ya me oyeron! Por supuesto, mi vehículo está protegido ante esos ataques, de modo que retrocedí de prisa, y después les eché el auto encima, y empujé hacia el cordón el vehículo que usaban.

-¿Y entonces? –exclamó el embajador Courtland, que ahora se había puesto de pie.

-Los dos hombres descendieron por el lado opuesto del coche, y huyeron. Con el corazón latiéndome fuertemente, llamé a la policía por el teléfono de mi automóvil, reclamándoles que avisaran a la Sûreté.

-Usted es todo un personaje –dijo en voz baja el asombrado Drew–. ¿Les echó el coche encima mientras le disparaban?

-Las balas no pudieron perforar ni siquiera el vidrio.

-Créame, algunas pueden... por ejemplo, los proyectiles encamisados.

-¿De veras? –Bressard palideció.

-Usted tiene razón, Henri –dijo Moreau, asintiendo de nuevo–, su ex esposa hubiera sido mucho más eficiente. Ahora, tratemos de recuperar la calma y veamos lo que nuestro valeroso héroe ha conseguido. Tenemos el vehículo, el número de la licencia y sin duda varias docenas de huellas digitales que serán entregadas inmediatamente a Interpol. Yo lo saludo, Henri Bressard.

-¿De modo que hay balas que pueden penetrar en los automóviles blindados?

La relación entre el suicidio de Jodelle y el encuentro ulterior en la casa de Villier, frente al Parc Monceau, era demasiado evidente. Unida al ataque contra Latham, la situación exigía varias decisiones: Bressard y Drew recibirían las veinticuatro horas la protección dispensada por el Deuxième –el francés de modo evidente, Latham con más discreción, por su propio pedido. Que era la razón por la cual el automóvil sin identificación del Deuxième permanecería en la calle, frente al edificio en que vivía Drew, hasta que llegasen auxilios, o el norteamericano apareciera por la mañana, lo que sucediese primero. Finalmente, de ningún modo se permitiría que Jean–Pierre Villier, que también recibiría protección merodease por los distritos más sórdidos de París buscando sospechosos.

Librodot

-Yo mismo se lo diré con absoluta claridad –señaló Claude Moreau, jefe del Deuxième Bureau–. ¡Villier es una preciada posesión de Francia!... Además, mi esposa me mataría o cometería muchísimas infidelidades en nuestra propia cama si permitiese que le sucediera algo.

Las dudas inquietantes acerca del equipo de transporte de la embajada se resolvieron muy pronto. El despachante era un sustituto a quien nadie conocía, pero lo habían aceptado en el turno de la noche a causa de sus credenciales. Había desaparecido minutos después que el automóvil de Latham se alejó por la avenida Gabriel. Un norteamericano de habla francesa que vivía en París había sido reclutado por el movimiento nazi.

Las horas que precedieron al alba estuvieron consagradas a interminables análisis de la situación –a quién incluir y a quién excluir. En tanto prioridad– también hubo extensas conversaciones en el teléfono con mezclador entre Moreau y Wesley Sorenson, en Washington. Los dos especialistas en inteligencia ultra secreta parecían profesionales de las artes más siniestras, creadores de un territorio especial de actividades clandestinas. Drew aprobó lo que estaba oyendo. Era eficaz, no tan fríamente intelectual como su hermano Harry, pero sin duda superior cuando se trataba de adoptar decisiones rápidas y utilizar la capacidad física. Pero Moreau y Sorenson eran maestros en el engaño y la infiltración; habían sobrevivido a la masacre inédita de espías durante los momentos más sangrientos de la Guerra Fría. Drew podía aprender de estos hombres, incluso mientras ellos lo programaban.

Latham salió del ascensor con los movimientos lentos propios Del hombre abrumado por la fatiga, y caminó por el corredor hasta su apartamento. Cuando quiso insertar la llave, clavó los ojos en la cerradura. ¡Pero no la encontró! En cambio, en su lugar había un círculo vacío. Toda la cerradura había sido extirpada quirúrgicamente, mediante un rayo láser o una sierra de mano en miniatura accionada con electricidad. Tocó la puerta; se abrió fácilmente, y entonces Latham pudo ver el desorden de la habitación. Extrajo la automática de la cartuchera, y avanzó con movimientos lentos y cautelosos. Su apartamento era un desastre; con un cuchillo habían tajeado todos los tapizados. Los almohadones estaban desgarrados, y el relleno había sido arrancado; los cajones estaban fuera de sus lugares, y habían volcado el contenido en el piso. Sucedía lo mismo en los dos dormitorios, los guardarropas, la cocina, los cuartos de baño y en especial su estudio, donde incluso habían tajeado las alfombras. El amplio escritorio estaba literalmente destrozado, y los atacantes habían buscado escondrijos ocultos donde podían disimularse los papeles secretos. La destrucción era abrumadora; nada era como había sido. Y en su agotamiento, Latham no quiso pensar en eso; necesitaba descanso y sueño. Consideró un breve momento la destrucción y su carácter ilógico; los materiales confidenciales estaban en la caja fuerte de su oficina, instalada en el segundo piso de la embajada. Los enemigos del anciano Jodelle –ahora eran sus enemigos– tendrían que haberlo adivinado.

Revisó uno de sus armarios, y lo divirtió el hecho de hallar un objeto que los intrusos hubieran debido llevar o destrozar si hubiesen sabido lo que era. La barra de acero de cuarenta centímetros de longitud tenía amplios protectores de caucho en cada extremo. Cada protector escondía un mecanismo de alarma. Cuando Latham viajaba y se instalaba en las

Librodot

habitaciones de los hoteles, invariablemente aplicaba el artefacto contra la puerta y el piso, y para activar las alarmas imprimía un movimiento giratorio a los cierres. Si la puerta contra la cual estaba el artefacto se abría desde afuera, el objeto comenzaba a emitir una serie de silbidos muy estridentes, que impresionaban de tal modo al intruso que salía huyendo. Drew llevó la barra de acero a la puerta sin cerradura, activó las alarmas, y después de depositarla en el piso la apoyó en un panel más bajo. Latham se acercó al dormitorio destruido, desplegó una sábana sobre el colchón destrozado, se quitó los zapatos y se acostó.

Poco después estaba durmiendo, y unos minutos más tarde llamó el teléfono. Desorientado, Latham salió de la superficie desordenada de la cama, y aferró el aparato situado en la mesa de noche.

-¿Sí?... ¿Hola?

-Es Courtland, Drew. Lamento llamarlo a esta hora, pero es necesario.

-¿Qué sucedió?

-El embajador alemán...

-¿Sabía lo que sucedió esta noche?

-En absoluto. Sorenson lo llamó desde Washington, y parece que formuló una protesta muy enérgica. Poco después, Claude Moreau hizo lo mismo.

-Verdaderos profesionales. ¿Y ahora?

-El embajador Heinrich Kreitz vendrá aquí a las nueve de la mañana. Sorenson y Moreau desean que usted también asista. No sólo para corroborar los informes, sino sin duda para protestar enérgicamente en vista del ataque personal que sufrió.

-Esos dos espías veteranos están organizando un ataque de pinzas, ¿verdad?

-No tengo la más mínima idea de lo que usted quiere decir.

-En la Segunda Guerra Mundial fue una estrategia alemana. Cerrarse sobre el enemigo por los dos lados, presionándolo de modo que deba huir al norte o al sur o al este o al oeste. Si elige mal, está acabado, y eso sucede porque todos los puntos están cubiertos.

-Drew, no soy militar, pero en realidad no creo que Kreitz sea un enemigo.

-No, no lo es. De hecho, es un hombre que posee conciencia histórica. Pero ni siquiera él sabe quién forma parte de su personal aquí, en París. Más vale que alguien agite las aguas, y eso es lo que Sorenson y Moreau desean que él haga.

-A veces creo que ustedes hablan un idioma distinto del mío.

-Oh, así es, señor embajador. Se lo llama enturbiar las cosas para poder negar toda responsabilidad. Podría decirse que es nuestra lengua franca.

-Usted ya no sabe lo que dice.

-Estoy mortalmente cansado.

-¿Cuánto tiempo necesita para llegar desde su apartamento a la embajada?

-Primero debo ir al garage donde guardo mi coche...

-Ahora está usando un vehículo del Deuxième –lo interrumpió Courtland.

-Disculpe, lo había olvidado... Según la intensidad del tránsito, alrededor de quince minutos.

-Son las seis y diez. Diré a mi secretaria que lo despierte a las ocho y media de modo que usted pueda llegar aquí a las nueve. Vaya a descansar un poco.

-Tal vez debería informarle lo que sucedió... –Era demasiado tarde; el embajador cortó la comunicación. No importaba, pensó Latham. Courtland querría detalles, y prolongaría la conversación. Drew se arrastró hasta la cama, y al fin consiguió devolver a su lugar el teléfono. Lo único bueno que resultó de la noche fue el hecho de que él pasaría una semana, o todo el tiempo que se necesitaba para reparar su apartamento, en un excelente hotel, y Washington pagaría la cuenta.

El planeador blanco descendió airosamente en el valle de la Fraternidad, aprovechando las corrientes cruzadas del final de la tarde. Después de aterrizar, fue arrastrado inmediatamente y puesto bajo la protección de un cobertizo de láminas verdes. Las cabinas de pliegues de la popa y la proa del artefacto se abrieron enseguida; el piloto, ataviado con overol blanco, surgió del primero, y su pasajero de mucha más edad del segundo.

-Komm –dijo el aviador, señalando una motocicleta con sidecar–. Zum Krankzenhaus.

-Sí, por supuesto –replicó el civil en alemán, volviéndose y extrayendo del planeador un valijín médico de cuero negro–. Supongo que el doctor Kroeger está aquí –agregó, mientras ascendía al sidecar y el piloto se instalaba en la moto y ponía en marcha el motor.

-No lo sé, señor. Mi obligación es únicamente llevarlo a la clínica médica. No conozco ningún nombre.

-Entonces, olvide que mencioné uno.

-No oí una sola palabra, señor. –La motocicleta avanzó por uno de los corredores protegidos por las láminas verdes, y después de doblar varias veces, aceleró por el valle en dirección al extremo norte de la planicie. Allí, también protegida por las láminas verdes, estaba la habitual estructura de una planta, pero ahora un poco distinta. Si las restantes estructuras en esencia estaban construidas con madera, ésta era más pesada, más sólida –bloques de ceniza asegurados con concreto– con un enorme grupo de generadores en el extremo sur; de allí partía un zumbido constante, grave y permanente. –Doctor, no puedo entrar allí –dijo el piloto, mientras detenía la motocicleta frente a la puerta de acero gris.

-Lo sé, joven, y ya me explicaron lo que debo hacer. Digamos de pasada que partiré por la mañana, apenas amanezca. Supongo que usted lo sabe.

-Sí, lo sé, señor. En ese momento soplan los mejores vientos.

-Entiendo que es así. –El médico descendió del sidecar; el aviador se alejó rápidamente mientras el pasajero caminaba hasta la puerta, elevaba los ojos hacia la lente de la cámara un poco más arriba, y presionaba el botón redondo y negro que estaba al costado de la estructura. –El doctor Hans Traupman, respondiendo a las órdenes del general von Schnabe.

Librodot

Treinta segundos después abrió la puerta un hombre de alrededor de cuarenta años, vestido con el atuendo blanco típico de los hospitales.

-Herr Doctor Traupman, qué agradable volver a verlo –dijo con entusiasmo–. Han pasado varios años desde las clases de Nuremberg. ¡Bienvenido!

-Danke, pero ojalá hubiese un modo menos difícil de llegar aquí.

-La aproximación a través de la montaña le desagradaría todavía más, se lo aseguro. Uno camina kilómetros y kilómetros, y la nieve resulta más pesada a medida que se interna. El secreto es el precio... Venga, beba un jarro de cerveza y descanse unos minutos mientras charlamos. Después, le mostraremos los progresos que hemos realizado. ¡Le aseguro que todo esto es notable!

-Las bebidas después, y charlaremos mientras observamos –replicó el médico visitante–. Tengo una larga reunión con von Schnabe –lo cual no es una perspectiva agradable– y deseo aprender todo lo que esté a mi alcance y con la mayor rapidez posible. Él pedirá opiniones, y me hará responsable de lo que yo diga.

-¿Por qué se me excluye de esa reunión? –preguntó resentido el médico más joven, mientras ambos se sentaban en la antesala de la clínica.

-Gerhardt, él cree que usted se muestra demasiado entusiasta. Admira esa actitud, pero no le inspira confianza.

-Dios mío, ¿quién conoce el proceso mejor que yo? ¡Yo lo desarrollé! Con el mayor respeto, Traupman, ésta es mi especialidad, no la suya.

-Yo lo sé y usted lo sabe, pero nuestro general que no es médico no puede entenderlo. Soy neurocirujano, y gozo de cierta reputación en las operaciones de cráneo; por consiguiente, él se dirige a esa reputación, no al conocimiento real. De modo que convénzame... Por lo que entiendo, de acuerdo con la opinión que usted formuló, teóricamente es posible modificar el proceso de pensamiento sin apelar a las drogas o a la hipnosis, una teoría que roza los elementos parapsicológicos de la ciencia ficción... aunque por otra parte lo mismo podía decirse de los transplantes de corazón y de hígado no hace mucho tiempo. ¿Cómo se hace ahora?

-De hecho, usted ha respondido a su propia pregunta –dijo riendo Gerhardt Kroeger, con los ojos intensamente luminosos–. Quite la partícula "trans" de "transplante" e inserte las letras "i" y "m".

-¿Implantes?

-Se implantan placas de acero, ¿no es así?

-Por supuesto, con fines de protección.

-Lo mismo hice yo... Usted ha ejecutado lobotomías, ¿verdad?

-Naturalmente. Para aliviar las presiones eléctricas.

-Hans, usted acaba de pronunciar otra palabra mágica. "Eléctrico" como los impulsos eléctricos. Los impulsos eléctricos del cerebro. Yo simplemente microcalibro y me conecto con ellos apelando a un objeto tan infinitesimal comparado con una placa que sería apenas una sombra en una radiografía.

-¿Y qué demonios sería eso?

-Un chip de la computadora completamente compatible con los impulsos eléctricos de un cerebro individual.

Librodot

-¿Un qué...?

-En pocos años, el adoctrinamiento psicológico será una cosa del pasado. ¡El lavado de cerebro pasará a la historia!

-¿Quiere repetirlo?

-Durante los últimos veintinueve meses he realizado experimentos, he operado a treinta y dos pacientes, a menudo eran grupos de cinco o más en diferentes etapas de desarrollo...

-Eso me dijeron –lo interrumpió Traupman–. Pacientes aportados por proveedores de las prisiones y otros lugares.

-Todos cuidadosamente estudiados, Hans, todos varones y todos con inteligencia y educación superiores al promedio. Los que provinieron de las cárceles fueron sentenciados por delitos como la estafa, o la venta de información secreta de las corporaciones, o la falsificación de informes oficiales para beneficio personal. Es decir, delitos de engaño que requieren cierto grado de conocimiento y refinamiento, y no la apelación a la violencia. La mente violenta así como la menos inteligente pueden ser programadas con excesiva facilidad. Tuve que demostrar que mi procedimiento puede alcanzar éxito por encima de esos niveles.

-¿Lo demostró?

-Suficiente por el momento, como dice la Biblia.

-¿A qué viene esa negativa, Gerhardt?

-Al hecho de que en eso estamos. Hasta la fecha, el implante funciona por lo menos durante nueve días, y como máximo durante doce.

-Y después, ¿qué sucede?

-El cerebro lo rechaza. El paciente sufre rápidamente una hemorragia craneana y fallece.

-Eso significa que el cerebro estalla.

-Sí. Veintiséis de mis pacientes murieron de ese modo; pero los siete últimos duraron de nueve a doce días. Estoy convencido que con otras técnicas microquirúrgicas a su tiempo puedo superar el factor temporal. En definitiva, aunque eso puede insumir años, el implante llegará a funcionar de manera permanente. Los políticos, los generales y los estadistas de todo el mundo pueden desaparecer unos pocos días, y después se convertirán en nuestros discípulos.

-Pero en las circunstancias actuales, ¿usted cree que este agente norteamericano llamado Latham está en condiciones de ser enviado?

-Sin la más mínima duda. Ya lo verá usted mismo. Está en el cuarto día, y le queda un mínimo de cinco jornadas y un máximo de ocho. Como nuestro personal de París, Londres y Washington nos informa que se lo necesita por un lapso de setenta y dos horas, el riesgo es mínimo. Al llegar a ese punto, sabremos todo lo que nuestros enemigos saben acerca de la Fraternidad, con el beneficio mucho más importante de que Latham los enviará a todos en direcciones equivocadas.

-Retornemos, por favor –dijo Traupman, moviendo las piernas en el sillón de plástico blanco–. Antes de que pasemos al procedimiento mismo, ¿cuál es el efecto exacto que produce este implante que usted practica?

-Hans, ¿usted está familiarizado con los chips de la computadora?

-Muy poco. Dejo eso en manos de mis técnicos, pues yo me encargo de aplicar la anestesia. Tengo motivos suficientes de preocupación. Pero estoy seguro de que usted me dirá lo que no sé.

-Los más recientes microchips tienen apenas tres centímetros de longitud, y menos de diez milímetros de ancho, y pueden albergar el equivalente de seis mega bites de software, Eso basta para contener todas las obras de Goethe, Kant y Schopenhauer. Utilizando un Marcador E–Prom para insertar la información en el chip, activamos el Rom –Memoria Sólo para Leer (Read–Only Memory)– y el material reacciona a las instrucciones sónicas que se le imparten, del mismo modo que el cursor de una computadora reacciona frente a los códigos que un programador incorpora a un procesador. Reconozco que hay una pequeña demora en el cerebro; el proceso de pensamiento se adapta a la intercepción, en otra longitud de onda, pero eso en sí mismo a lo sumo convence al interrogador de que el sujeto simplemente está pensando, preparando una respuesta sincera.

-¿Puede demostrar esto?

-Venga, se lo mostraré. –Los dos hombres se pusieron de pie y Kroeger presionó un botón rojo que estaba a la derecha de la pesada puerta de acero. Pocos segundos después, apareció una enfermera uniformada, en la mano una máscara quirúrgica. –Greta, éste es el famoso doctor Hans Traupman.

-Sí, ya lo sé –dijo la enfermera–. Es un privilegio volver a verlo, doctor. Por favor, su máscara.

-Sí, por supuesto, yo la conozco –exclamó cálidamente Traupman–. Greta Frisch, una de las mejores enfermeras quirúrgicas que actuó jamás en mi sala de operaciones. Mi querida joven, dijeron que se había retirado, y por tratarse de una persona tan joven me pareció no sólo lamentable, sino en verdad increíble.

-Me retiré al matrimonio, Herr Doktor. Con este hombre. –Greta hizo un gesto de la cabeza en dirección a Kroeger, que sonrió.

-Hans, no sabía si la recordaría.

-¿Recordarla? Uno no olvida a una enfermera Frisch, que se anticipa a todos los pedidos. Para hablar sinceramente, Gerhardt, su credibilidad se elevó en la escala... Pero, Greta, ¿a qué se debe la máscara? No estamos operando.

-Señor, mi esposo le contestará. Estas cosas superan mi capacidad de comprensión, no importa cuál sea la frecuencia con la cual él me las explique.

-El Rom, Hans, la Memoria Sólo para Leer. Con este paciente no nos interesa que él conserve excesivo número de imágenes de caras identificables, y la suya podría corresponder a esa categoría.

-Ahora comprendo, enfermera Frisch. Muy bien, procedamos. –Los tres atravesaron varias puertas, e ingresaron en un corredor largo, ancho, de paredes verde claro, con sucesivas y amplias ventanas de vidrio a cada lado. Más allá de las ventanas había habitaciones agradablemente amuebladas, cada una provista de una cama, un escritorio, un diván y elementos como un televisor, una radio y una puerta que conducía a un cuarto de baño con ducha. Asimismo, había otras ventanas en las paredes externas; daban hacia los prados, donde crecían abundantes los pastos altos y las flores

Librodot

primaverales. –Si éstas son las habitaciones hospitalarias de los pacientes –continuó diciendo Traupman–, se encuentran entre las más agradables que he visto nunca.

-Por supuesto, las radios y los televisores están programados previamente –dijo Gerhardt–. Es un material absolutamente inocuo, excepto el de las radios durante la noche, cuando transmitimos información relacionada con los pacientes individuales.

-Dígame lo que me espera –pidió el neurocirujano de Nuremberg.

-Usted encontrará a un Harry Latham externamente normal, que todavía cree que nos engañó. Responde a su nombre de cobertura, Alexander Lassiter, y se muestra sumamente agradecido con nosotros.

-¿Por qué? –lo interrumpió Traupman–. ¿Por qué está agradecido?

-Porque cree que sufrió un accidente y apenas consiguió salvar la vida. Usamos uno de nuestros enormes vehículos montañeses, y organizamos el vuelco más convincente del camión, casi "aplastando" a Latham bajo el vehículo, y descargando andanadas de disparos... Aquí en efecto permití el empleo de drogas y de la hipnosis, inmediatamente, con el fin de borrar los primeros minutos de su estancia en nuestro valle.

-¿Está seguro de que los borró? –Se detuvieron en el corredor, la mirada del hombre de Nuremberg clavada en Kroeger.

-Totalmente. El trauma del "accidente", así como las imágenes violentas y el dolor que provocamos, se impusieron a los recuerdos relacionados con su llegada. Están anulados. Naturalmente, volvimos a utilizar la hipnosis para asegurarnos. Lo único que él recuerda son los gritos, el dolor muy intenso, y las llamas entre las cuales pasó mientras lo salvaban.

-Los estímulos son consecuentes desde el punto de vista psicológico –observó el neurocirujano, asintiendo–. ¿Y qué dice del factor tiempo? Si tiene conciencia del mismo, ¿cómo le explicó el correr del tiempo?

-Fue el aspecto menos dificultoso. Cuando despertó, tenía la parte superior del cráneo con gruesos vendajes, y mientras estaba sometido a sedantes suaves se le dijo –repetidas veces– que había sufrido heridas graves, que había soportado tres operaciones diferentes mientras se encontraba en un coma prolongado, durante el cual guardó silencio total. Se le explicó que si sus signos vitales no hubieran conservado una notable fortaleza, yo habría renunciado al intento de salvarlo.

-Bien dicho. Estoy seguro de que se mostró agradecido... ¿Sabe dónde está?

-Oh, sí, no le negamos ningún tipo de información.

-Entonces, ¿cómo pudieron dejarlo en libertad? Dios mío, ¡revelará el lugar donde se encuentra el valle! ¡Enviarán aviones, las bombas lo destruirán todo!

-No importará, pues como von Schnabe sin duda le reveló, no existiremos.

-Por favor, Gerhardt, una cosa por vez. No daré un solo paso mas mientras usted no se explique.

-Más tarde, Hans. Salude primero a nuestro paciente, y después entenderá.

Librodot

-Mi querida Greta –dijo Traupman, volviéndose hacia la esposa de su colega–. ¿Este marido suyo es el mismo ser humano lógico que yo conocí antes?

-Sí, doctor. Esta parte, la que él le explicará, en efecto yo la entiendo. Como verá, es brillante. Pero primero, vea a nuestro paciente; es la ventana contigua, la puerta contigua a la derecha. Recuerde que su nombre es Lassiter, no Latham.

-¿Qué debo decirle?

-Lo que le plazca. Propongo felicitarlo por su recuperación. Vamos.

-Esperaré junto al escritorio –dijo Greta Frisch Kroeger.

Los dos médicos entraron en la habitación en que Harry Latham, la cabeza vendada a la altura de las sienes, estaba de pie frente a la ancha ventana. Latham se volvió y sonrió; estaba vestido con la camisa arremangada y unos pantalones de franela gris.

-Hola, Gerhardt. Hermoso día, ¿verdad?

-¿Salió a dar un paseo, Alex?

-Todavía no. Uno puede herir a un empresario, pero no puede quitarle el ánimo de hacer negocios. Estuve jugando con las cifras; pueden ganarse fortunas en el territorio continental de China. No veo el momento de ir a ese país.

-¿Puedo presentarle al doctor... Schmidt, de Berlín?

-Encantado de conocerlo, doctor. –Latham se acercó, con la mano extendida. –Y también me alegro de ver a otro médico en este sorprendente complejo, para el caso de que Gerhardt no me atienda como es debido.

-Creo que hasta ahora no ha hecho nada parecido –dijo Traupman, estrechando la mano de Latham–. Pero por otra parte me dicen que usted es un paciente excepcionalmente disciplinado.

-No creo que tenga alternativa.

-Perdone la máscara, Herr... Lassiter. Padezco resfrío, y el cirujano residente es muy puntilloso en estas cosas.

-Podemos hablar en alemán, si lo prefiere.

-En realidad, deseo practicar mi inglés. Felicitaciones por su recuperación.

-Bien, todo el mérito pertenece al doctor Kroeger.

-Siento curiosidad, desde el punto de vista médico. Si no es muy difícil para usted, ¿qué recuerda del momento en que llegó al fondo de nuestro valle?

-Oh. –Latham/Lassiter hizo una breve pausa, mientras sus ojos se enturbiaban momentáneamente, como si estuvieran extraviados. –Se refiere al accidente... Oh, Dios mío, fue terrible. Muchas escenas son confusas, pero lo primero que recuerdo fue el griterío; una cosa histérica. Después, advertí que estaba atrapado bajo el costado del camión, y un pedazo de metal presionaba sobre mi cabeza... Nunca sentí tanto dolor. Y la gente alrededor, tratando de levantar lo que tenía encima... y finalmente pudieron liberarme, y me arrastraron sobre el pasto, y yo gritaba porque veía el fuego, sentía el calor, y temía que toda la cara se me quemase. Allí me desmayé... y permanecí así mucho tiempo, según me dijeron.

-Una experiencia terrorífica. Pero ahora, señor Lassiter, está a un paso de la curación total, y eso es lo que importa.

-Si en la nueva Alemania encuentran el modo de otorgar a Gerhardt una mansión a orillas del Danubio, yo la pagaré. –Ahora, los ojos de Latham miraban con absoluta claridad, y enfocaban bien a su interlocutor.

-Alex, usted ha hecho bastante por nosotros –dijo Kroeger, mientras asentía a Traupman–. El doctor Schmidt sólo deseaba saludar a nuestro generoso benefactor, y comprobar que yo actué como él me enseñó... Salga a dar su paseo cuando se le antoje... después que termine de imaginar cuántos millones arrancará al Asia.

-No es tan difícil, créame. El Lejano Oriente no sólo mira con buenos ojos el dinero... lo venera. Cuando usted decida que estoy en condiciones de salir, le aseguro Gerhardt que la Fraternidad se enriquecerá con mi trabajo.

-Alex, siempre rezaremos por usted.

-Olviden las oraciones, limítense a crear el Cuarto Reich.

-Lo haremos.

-Buenos días, Herr Lassiter.

Traupman y Kroeger salieron y caminaron por el corredor hacia la luminosa antesala.

-Usted acertó –dijo el berlinés, mientras se sentaba–. ¡Es notable!

-¿De modo que nos aprueba?

-¿Acaso podría negarme a eso? Incluso la pausa en la voz, la mirada turbia. Perfecto. ¡Usted lo consiguió!

-Recuerde, Hans, que hay defectos. En eso no puedo ser deshonesto. Si las condiciones se mantienen estables en su anormalidad, puedo garantizar cinco a ocho días más, y eso es todo.

-Pero usted dice que Londres, París y Washington insisten en que es suficiente, ¿verdad?

-Sí.

-Y bien, háblame de la desaparición del valle. La noticia me impresiona. ¿Por qué?

-Porque ya no somos necesarios. Nos dispersaremos. Los últimos arios fuimos adoctrinados... entrenados... hay más de veinte mil discípulos.

-Le agrada esa palabra, ¿verdad? –lo interrumpió Traupman.

-Es el término justo. No sólo son verdaderos creyentes, sino también jefes, jefes secundarios que pueden llegar a ser los más importantes... Se los ha enviado por doquier, pero principalmente a Alemania; y los que conocen bien las lenguas extranjeras y poseen las cualidades necesarias, fueron a otras naciones. Todos cuentan con las finanzas necesarias, y están dispuestos a ocupar su lugar en profesiones y ocupaciones cuidadosamente seleccionadas.

-¿Hemos llegado tan lejos? No tenía idea.

-Entonces, en su prisa, no advirtió que ahora tenemos muchas menos personas aquí. La evacuación comenzó hace semanas, y nuestros dos vehículos de montaña estuvieron operando día y noche para eliminar personal y equipos. Ha sido como una colonia de hormigas que abandona su

hormiguero en busca de otros... nuestro destino y el lugar adonde vamos: la nueva Alemania.

-Con respecto al norteamericano, este Harry Latham. Además de mantenernos en contacto para conocer lo que él sabe, lo cual probablemente se hará con informantes pagos, ¿cuál es su función? ¿O se trata solo de eso? ¿De eso y de demostrar su teoría para la aplicación futura?

-Lo que aprendamos de él será valioso, por supuesto, y exigirá el empleo de una computadora electrónica miniaturizada a corta distancia. Es posible ocultarla fácilmente en un objeto pequeño. Pero Harry Latham afrontará una misión mucho más elevada. Recordará que yo mencioné la posibilidad de que él disperse en diferentes direcciones a nuestros enemigos. Pero eso apenas es la superficie del asunto.

-Gerhardt, veo que la boca se le hace agua. Explíquese.

-Latham dijo que él estaba trabajando con cifras, números que se refieren a la posibilidad de que él gane millones mediante la expansión económica china, ¿verdad?

-Probablemente está en lo cierto.

-Se equivoca, Hans. Esas cifras nada tienen que ver con las finanzas. Son códigos que él ideó para evitar cualquier olvido después de su fuga.

-¿Su fuga?

-Naturalmente. Tiene que cumplir una tarea, y es un profesional. Por supuesto, nosotros lo orientaremos.

-¡Por Dios, hable claro!

-Durante sus semanas aquí, a lo largo de varias sesiones y en el curso de los almuerzos y las cenas, le hemos enseñado centenares de nombres... franceses, alemanes, ingleses, norteamericanos.

-¿De qué nombres se trata? –interrumpió Traupman con impaciencia.

-Los hombres y las mujeres de Alemania y el extranjero que nos apoyan en silencio, que contribuyen con grandes sumas a nuestra causa... en esencia, las personas que poseen influencia y poder, y que ahora trabajan para la Fraternidad.

-¿Usted está loco?

-Forman parte de esta elite silenciosa y secreta –continuó diciendo Kroeger, imponiéndose a la vehemente interjección de Traupman congresistas norteamericanos, senadores y capitanes de la industria y los medios. También, miembros del sistema británico, no muy distintos del grupo de Cliveden que suministró a Hitler sus partidarios en Inglaterra, incluso los hombres fundamentales que fueron los ejes clandestinos de la inteligencia británica...

-Usted ha perdido la cabeza...

-Por favor, Hans, permítame terminar... En París tenemos simpatizantes influyentes en el Quai d'Orsay, la Cámara de Diputados, incluso el muy secreto Deuxième Bureau. Y finalmente, en la propia Alemania, una serie de las autoridades más prestigiosas de Bonn. Ansían retornar a los viejos tiempos, antes de que la Patria se viese contaminada por esos débiles estridentes que lo quieren todo pero no contribuyen con nada, los individuos de sangre inferior que corrompen a nuestra nación. Latham posee toda esta

Librodot

información, conoce todos los nombres. En su condición de funcionario de inteligencia entrenado y muy secreto, denunciará a la gran mayoría.

-¡Usted está preparado para el manicomio, Kroeger! ¡No permitiré eso!

-Oh, pero usted debe hacerlo, doctor Traupman. Vea, excepto un reducido número de auténticos partidarios de los cuales puede prescindirse para confirmar la credibilidad, todo lo que Harry Latham llevará consigo al salir de este valle es falso. Los nombres que tiene en su cabeza y oculta en sus códigos en efecto son vitales para nosotros, pero sólo en el sentido de que necesitamos que esta gente se vea desacreditada, e incluso destruida. Pues en verdad se oponen completamente a nosotros, y muchos ejercitan una oposición intensa y estridente. Una vez que sus nombres sean trasmitidos en secreto a las redes de inteligencia global, comenzará la cacería de brujas. A medida que los más sinceros de esa categoría de individuos cae gracias a las sospechas oficiales y las indirectas prefabricadas, el vacío resultante será ocupado por muchos de nuestros hombres y mujeres... sí, discípulos, mi estimado Hans. Especialmente en los Estados Unidos, donde se encuentran nuestros enemigos más poderosos, pero también los más susceptibles. Uno solamente necesita recordar la frenética persecución a los rojos durante los años cuarenta y cincuenta. Estados Unidos se convirtió en una nación paralizada por el miedo; millares y más millares se vieron salpicados por la sospecha de una relación con los soviéticos, industrias enteras se derrumbaron ante la paranoia, y el país se debilitó por dentro. Los comunistas sabían hacer esto; como hemos visto después, Moscú enviaba secretamente dinero e información falsa a los fanáticos... Un hombre puede iniciar este proceso por nosotros. Harry Latham, nombre de código Aguijón.

-¡Dios mío! –Traupman se recostó en su sillón, y su voz era apenas más que un murmullo. –En efecto, es brillante. Pues es la única persona que penetró hasta el núcleo, que descubrió el valle. Tendrán que creerle... en todas partes.

-Escapará esta noche.

4

Heinrich Kreitz, embajador alemán ante la República de Francia, era un hombre delgado, de baja estatura, que tendría alrededor de setenta años; poseía una cara delgada, cabellos blancos muy sedosos, y una mirada melancólica en los ojos almendrados, con un tejido de arrugas perpetuas en los costados. Durante años había sido profesor de desarrollo político europeo en la Universidad de Viena, y había sido retirado de la academia e incorporado al cuerpo diplomático, principalmente a causa de sus numerosos trabajos en los cuales detallaba la historia de las relaciones internacionales durante los siglos XIX y XX. Estos extensos artículos aparecieron reunidos en un libro que se tituló, muy naturalmente, Discurso de las naciones, lectura obligada de los diplomáticos en diecisiete idiomas, así como libro de texto especializado en las universidades de todo el mundo civilizado.

Eran las 9:25 de la mañana y Kreitz, sentado frente al escritorio del embajador norteamericano, miraba en silencio a Drew Latham, que estaba de pie a la izquierda del embajador Courtland. Contra la pared, en un diván, estaba sentado Moreau, del Deuxième.

-Mi vergüenza es la culpabilidad de mi país –dijo al fin Kreitz, en su voz una tristeza que armonizaba con la expresión de los ojos–, la culpa de haber permitido que esos monstruos, esos criminales, llegasen a gobernar nuestro país. Acrecentaremos los esfuerzos, si eso es humanamente posible, para extirparlos y destruir el núcleo que organizaron. Les ruego que comprendan, caballeros, que mi gobierno está consagrado a la tarea de denunciarlos, de eliminarlos, aunque eso nos obligue a construir mil prisiones nuevas para encerrarlos. Sobre todo, como ustedes seguramente saben, no podemos permitirnos que ellos continúen existiendo.

-Lo sabemos, Monsieur I'Anibassndeur –dijo Claude Moreau desde el diván–, pero parece que ustedes tienen un modo extraño de abordar esa tarea. Su Polizei conoce a los líderes de estos fanáticos en una docena de ciudades. ¿Por qué no se los encarcela?

-Allí donde puede demostrarse que cometen actos de violencia, en efecto se los encarcela. En nuestros tribunales abundan las acusaciones de esta clase. Pero donde se trata de un mero disenso, nosotros también somos una democracia; tenemos la misma libertad de palabra que permite que ustedes realicen huelgas pacíficas, que los norteamericanos ejerzan el derecho de reunión, y a menudo organicen marchas sobre Washington, donde los hombres y las mujeres arengan a sus partidarios desde las plataformas, y... ¿como se dice? oh, sí... desde los "soapboxes". Muchas leyes de estos países permiten tales manifestaciones de crítica al gobierno. ¿Debemos silenciar a todos los que discrepan con Bonn, incluso los que acuden a las plazas para manifestar contra los neonazis?

-¡No, maldición! –rugió Latham–. ¡Pero ustedes los silencian! Nosotros no organizamos campos de concentración, o cámaras de gas, o el genocidio de un pueblo entero. ¡Ustedes, canallas, hicieron eso, no nosotros!

-Es vergonzoso que lo hayamos permitido... exactamente como ustedes permitieron que esclavizaran a un pueblo entero y miraron con los brazos cruzados mientras colgaban a los negros desde diez mil árboles en los estados sureños, y como los franceses hicieron más o menos lo mismo en

África ecuatorial y en las colonias del Lejano Oriente. Hay horror y hay– decencia en todos nosotros. Y en la historia de todos nuestros países.

-Heinrich, eso no sólo es absurdo, sino que no es aplicable aquí, y usted lo sabe –dijo el embajador Courtland exhibiendo sorprendente autoridad–. Yo lo sé porque leí su libro. Usted habló de "la perspectiva de las realidades históricas". Las verdades contemporáneas, según se las percibe. Usted no puede justificar al Tercer Reich en tales términos.

-Nunca lo hice, Daniel –replicó Kreitz–. Condené enérgicamente al Reich por crear falsas verdades, por cierto muy aceptables para una nación devastada. La mitología teutónica fue un narcótico consumido por un pueblo débil, desilusionado y hambriento. ¿No escribí eso?

-Sí, lo escribió –reconoció con un gesto de asentimiento el embajador norteamericano–. Digamos sólo que yo deseaba recordárselo.

-Muy bien. Sin embargo, así como usted debe proteger los intereses de Washington, yo tengo mis obligaciones con Bonn... Y bien, ¿dónde estamos? Todos deseamos lo mismo.

-Sugiero, Monsieur I'Ambassadeur –dijo Moreau, poniéndose de pie–, que usted me permita someter a vigilancia a una serie de agregados de alto nivel de su embajada.

-Fuera de demostrar que el gobierno anfitrión puede entrometerse en el plano diplomático, ¿para qué servirá eso? Los conozco a todos. Son hombres y mujeres decentes y laboriosos, bien entrenados y dignos de confianza.

-Monsieur, en realidad usted no puede saber a qué atenerse. La evidencia es indiscutible: aquí en París hay– una organización que apoya al nuevo movimiento nazi. Todos los signos indican que bien puede ser la organización central fuera de Alemania, quizá tan importante como la que existe en su país, pues puede operar más allá de las leyes alemanas y de la mirada de los alemanes. Además, se ha confirmado prácticamente, y sólo faltan los detalles de las transferencias, que millones y millones de dólares van a manos del movimiento y que pasan por Francia, sin duda gracias a los esfuerzos de esta organización cuyos orígenes pueden remontarse a cincuenta años. De modo que ya ve, Monsieur I'Arnbassadeur, que tenemos una situación que sobrepasa los límites de las estrechas relaciones diplomáticas.

-Por supuesto, para acceder a su pedido necesito la aprobación de mi gobierno.

-Por supuesto –coincidió Moreau.

-La información de carácter financiero puede ser trasmitida por nuestros canales seguros, de acuerdo con la iniciativa de algún miembro del personal de la embajada, y llegar a las personas que viven en París que están ayudando a estos psicópatas –dijo reflexivamente Kreitz Veo adónde quieren ir a parar, por inquietante que sea. Muy bien, les daré una respuesta más avanzado el día. –Heinrich Kreitz se volvió hacia Drew Latham. –Por supuesto, mi gobierno afrontará todos los costos de los daños que usted sufrió, Herr Latham.

-Consíganos la cooperación que necesitamos pues de lo contrario su gobierno será responsable por daños que nunca podrá solventar –dijo Drew, nuevamente–.

-¡No está aquí! –exclamó Giselle Villier por teléfono–. Monsieur Moreau, del Deuxième Bureau, estuvo aquí hace cuatro horas y nos habló de las cosas terribles que usted y Henri Bressard soportaron anoche, pareció que mi esposo aceptaba sus indicaciones en el sentido de que no interfiriese. ¡Maintenant, mon Dieu, usted conoce a los actores! Pueden decirle con la máxima convicción cosas que ustedes creerán con los ojos y los oídos, a pesar de que en ese momento están pensando algo completamente distinto.

-¿Usted sabe dónde está? –preguntó Drew.

-¡Monsieur, sé donde no está! Después que Moreau se retiró mi esposo parecía resignado y me dijo que se dirigía al teatro para dirigir un ensayo. Dijo... como lo dijo antes muchas veces... que su presencia en esos ensayos entusiasma a los actores principiantes. Nunca pensé en la posibilidad de dudar de su palabra; después, Henri llamó desde el Quai d'Orsay, e insistió en que deseaba hablar con Jean–Pierre. Le dije que fue hacia el teatro...

-No estaba allí –la interrumpió Latham.

-No sólo no estaba, ¡sino que el ensayo no es hoy, sino mañana!

-¿Usted cree que continuó con sus propios planes, tal como lo explicó anoche?

-Estoy segura de eso, y me siento terriblemente asustada.

-Tal vez ese temor no sea necesario. El Deuxième está protegiéndolo. Lo seguirán adonde vaya.

-Digamos que nuestro nuevo amigo, Drew Latham y espero que usted sea un amigo...

-Totalmente. Créame.

-En verdad, usted no conoce a los actores talentosos. Pueden entrar en un edificio aduciendo que son ellos mismos, y reaparecer en la calle adoptando otra identidad. Una camisa metida bajo la chaqueta los pantalones abolsados, el andar distinto, y Dios nos ampare si hay una tienda de ropa ahí cerca.

-¿Usted cree que pudo hacer algo por el estilo?

-Por eso siento tanto miedo. Anoche cuando hablamos, manifestó su decisión con mucha energía, y Jean–Pierre es un hombre enérgico.

-Es lo que dije a Bressard cuando me llevó a la embajada.

-Lo sé. Por eso Henri insistió en hablarle, para sumar su voz al esfuerzo destinado a disuadirlo.

-Hablaré con Moreau.

-Por supuesto, volverá a llamarme.

-Por supuesto. –Drew cortó la comunicación en su oficina de la embajada, verificó el número del Deuxième Bureau, y llamó al jefe de la organización. –Soy Latham –dijo.

-Monsieur esperaba su llamado. ¿Qué puedo decirle? Perdimos al actor; fue demasiado astuto para nosotros. Entró en Les Halles un lugar que en primer lugar es el reino de la confusión. Todos esos puestos, –carnes, flores, pollos, legumbres –un caos total. Atravesó el sector de las carnicerías, ¡y ni uno solo de nuestros hombres lo vio salir por cualquiera de los costados!

-Estaban buscando a alguien que no era él. ¿Qué piensan hacer ahora.

Librodot

-Tengo unidades verificando las calles más sórdidas. Tenemos que encontrarlo.

-No lo hallarán.

-¿Por qué no?

-Porque es el mejor actor de Francia. Pero tiene que aparecer esta noche en el teatro. Por Dios, quiero que esté allí, y si es necesario mañana lo someta a arresto domiciliario... si aún vive.

-Por favor, no sugerirá que...

-Moreau, estuve en esas calles; no creo que usted las conozca. Usted es un miembro de una minoría selecta; sus perfeccionadas estrategias nada tienen que ver con las cloacas de París, donde ahora probablemente se encuentra Viller.

-Su insulto no está justificado; conocemos esta ciudad mejor que nadie sobre la tierra.

-Magnífico. En ese caso, vaya y mire. –Drew cortó la comunicación preguntándose si podía llamar a otra persona, o si podía hacer más. Sus pensamientos se vieron interrumpidos por un llamado a la puerta de la oficina. –Adelante –dijo impaciente.

Una atractiva mujer de cabellos negros de poco más de treinta años usando grandes anteojos con montura de carey, entró sosteniendo en las manos una gruesa carpeta.

-Monsieur creo que encontramos los materiales que usted pidió.

-Discúlpeme, pero, ¿quién es usted?

-Me llamo Karin de Vries, señor. Trabajo en Documentos e Investigación.

-Un eufemismo para una amplia gama que va de lo "delicado" al "máximo secreto".

-No todo es así, Monsieur Latham. También tenemos mapas viales, y horarios de los aeropuertos y los transportes ferroviarios.

-Usted es francesa.

-En realidad, flamenca –lo corrigió la mujer, con acento suave pero inconfundible–. Sin embargo, he pasado muchos años en París, e incluso he realizado estudios para diplomarme en la Sorbona.

-Habla un inglés excelente...

-También francés, holandés, y por supuesto los dialectos flamenco y valon, y alemán –interrumpió tranquilamente de Vries–, con idéntica capacidad para la lectura.

-Un talento considerable.

-Lo cual no es desusado, excepto quizá la lectura profunda, las abstracciones y el uso de las expresiones idiomáticas.

-Por eso está en Documentos e Investigación.

-Naturalmente, era una de las condiciones exigidas.

-Naturalmente... ¿Qué encontró para mí?

-Usted pidió que investigásemos las leyes del, Ministerio de Finanzas, explorásemos las posibilidades de fraude en relación con la inversión extranjera, y le trajésemos la información.

-Veamos.

La mujer rodeó el escritorio, depositó la carpeta frente a Drew, y la abrió, revelando un manojo de impresiones de la computadora.

-Aquí hay muchos datos, señorita De Vries –dijo Latham–. Me llevará una semana repasar todo, y no dispongo de una semana. El mundo de la alta finanza no es uno de mis puntos fuertes.

-Oh, no, monsieur, la mayor parte de este material incluye extractos de las leyes que confirman nuestras conclusiones, y casos concretos de los que fueron sorprendidos violando dichas leyes. Los nombres y los resúmenes muy breves de sus manipulaciones están sólo en seis páginas.

-Santo Dios, eso es mucho más que lo que yo había pedido. ¿Usted hizo todo esto en cinco horas?

-El equipo es soberbio, señor, y el ministerio se mostró muy servicial, incluso hasta el extremo de conectar sus máquinas con las nuestras.

-¿No se opusieron a nuestras pretensiones?

-Sabía con quién comunicarme. Comprendió lo que usted buscaba y la razón de su actitud.

-¿Y usted?

-Monsieur, no soy ciega ni sorda. Una enorme masa de fondos está siendo transferida a través de Suiza y llega a Alemania, y pasa a poder de individuos ilegítimos y anónimos, o de cuentas que utilizan el procedimiento suizo que consiste en someter a espectrógrafos los números manuscritos.

-¿Y la identidad de esos números?

-Se los telegrafié instantáneamente a Zurich, Berna o Ginebra, donde permanecen en el mayor secreto. No se los confirma ni se los niega.

-Usted conoce mucho estos procedimientos, ¿verdad?

-Permítame ofrecerle una explicación, Monsieur Latham. Trabajé para los norteamericanos en la OTAN. Las autoridades norteamericanas me dieron su visto bueno para manejar materiales sumamente secretos, porque yo a menudo veía y oía cosas que escapaban a la atención de los norteamericanos. ¿Por qué lo pregunta? ¿Sugiere otra cosa?

-No lo sé. Quizá simplemente estoy abrumado por su eficiencia... usted es la responsable de esta carpeta, ¿verdad? Solamente usted, ¿no es así? Puedo preguntar a otros en Documentos e Investigación.

-Sí –dijo Karin de Vries, y rodeó lentamente el escritorio y se detuvo frente a Latham–. Vi su pedido –con una señal roja– en el archivo del jefe de nuestro departamento. Lo abrí y lo estudié. Sabía que estaba en condiciones de darle curso, y por lo tanto me lo llevé.

-Se lo dijo a su superior.

-No. –La mujer hizo una pausa y después agregó con voz neutra: –Comprendí inmediatamente que podía analizar y elaborar la información antes de cualquier otra persona de nuestra sección. Le traje los resultados... en solo cinco horas.

Librodot

-¿Quiere decir que en Documentos e Investigación nadie más sabe que usted estuvo trabajando en este asunto, y que eso incluye a su jefe de sección?

-Estuvo en Calais todo el día, y no vi motivo para acudir a su suplente.

-¿Por qué no? ¿Usted no necesitaba autorización? Éste es un asunto que exigía que se le encomendara una misión especial. Es lo que indica el distintivo rojo.

-Ya se lo dije, fui aprobada por las autoridades norteamericanas de la OTAN y por nuestros propios especialistas de inteligencia aquí en París. Le traje lo que usted deseaba, lo que usted quería, y mis motivos personales carecen de importancia.

-Supongo que así es. Por mi parte, tengo también mis propios motivos, y eso significa que comprobaré y volveré a comprobar todo lo que hay en esta carpeta.

-Encontrará que los datos son exactos y están confirmados.

-Así lo espero. Gracias, señorita de Vries, esto es todo.

-Si puedo corregirlo, no soy señorita sino señora de Vries. Soy viuda. Mi marido fue muerto en Berlín oriental por la Stasi una semana antes de la destrucción del Muro... la Stasi, monsieur. El nombre cambió, pero eran tan crueles como las unidades más salvajes de la Gestapo y la Waffen SS. Mi esposo, Frederik de Vries, trabajaba para los norteamericanos. Usted puede comprobar y volver a comprobar también eso.

La mujer se volvió y salió de la habitación.

Desconcertado, Latham miró mientras la puerta se cerraba con tanta fuerza que uno podía decir que la habían golpeado enérgicamente. Descolgó el auricular de su teléfono, y oprimió los botones de su consola para comunicarse con el director de seguridad de la embajada. Cuando consiguió imponerse a una irritante secretaria que insistía en practicar su francés de la universidad, que era menos completo que el de Latham, el jefe de seguridad se acercó al teléfono.

-¿Qué sucede, Operaciones Consulares?

-Stanley, ¿quién demonios es Karin de Vries?

-Una bendición aportada por la gente de la OTAN –replicó Stanley Witkowsski, un veterano de poco más de treinta años perteneciente al área de la Inteligencia Militar, un coronel transferido al Departamento de Estado a causa de su éxito extraordinario en el G–2–. Es rápida, inteligente, tiene imaginación, y lee y habla fluidamente cinco idiomas. Un regalo del cielo, amigo mío.

-Eso es lo que deseo saber. ¿Quién la envió?

-¿Qué quiere decir?

-Sus hábitos de trabajo son un poco extraños. Envié un sobre sellado con un distintivo rojo a Investigación, y sin autorización y sin que se le encomiende la tarea, lo retiró del archivo y lo procesó por su cuenta.

-¿Un distintivo rojo? En efecto, es extraño. Esta mujer sabe muy bien a qué atenerse. Un pedido con ese distintivo tiene que ser refrendado el jefe de sección y su segundo, y la persona encargada de cumplir la tarea ha de ser aprobada y registrada.

Librodot

-Eso es lo que pensé, y cuando se trata de esta operación me muestro paranoico ante la perspectiva de que haya filtraciones y nos suministren información falsa. ¿Quién la envió aquí?

-Olvide eso, Drew. Ella consultó a París, y del comandante supremo para abajo sus credenciales son impecables.

-Hay credenciales impecables, y otras que parecen serlo, Stan. Esa mujer dedujo cosas que sobrepasan el ámbito de sus credenciales, y quiero saber como lo consiguió y por qué.

-¿Puede aportarme algún indicio?

-Llegaré a decirle esto: se refiere a las nuevas ideologías que están pactando en Alemania.

-Eso no me ayuda mucho.

-Dijo que su marido fue asesinado por la Stasi en Berlín oriental. ¿Pude confirmar ese dato?

-Demonios, sí. Incluso personalmente. Yo estaba destacado de este lado del Muro, esforzándome las veinticuatro horas del día para establecer contacto con nuestra gente del otro lado. Freddie de Vries era un infiltrado joven y muy inteligente. El pobre infeliz fue atrapado apenas unos pocos días antes de que la Stasi pasara a la historia.

-En ese caso, ella debe tener un interés legítimo y serio, incluso obsesivo con lo que sucede en Alemania.

-Por supuesto. Usted sabe adónde fue la mayoría de los miembros de la Stasi cuando demolieron el Muro?

-¿Adonde?

-Derecho a los brazos acogedores de los cabeza rapadas, esos nazis de la nueva generación... Oh, a propósito de Freddie de Vries, este hombre trabajó con su hermano Harry. Lo sé porque mi G–Dos coordinaba su labor con ambos. Harry no sólo quedó impresionado... se puso realmente furioso cuando se enteró del asunto de Freddy. Casi como si fuera un hermano menor, algo parecido a usted mismo.

-Gracias, Stanley. Creo que acabo de cometer un error insultante. De todos modos, es necesario completar una serie de huecos.

-¿Qué significa eso?

-¿De qué modo la señora de Vries se enteró de mi existencia?

En las sombras creadas por la claridad vespertina, Jean–Pierre Villier, la cara irreconocible, una nariz que era el doble de su verdadero tamaño, los párpados igualmente hinchados, las ropas convertidas en jirones, avanzó a tropezones por el callejón oscuro de Montparnasse. Había borrachos instalados de trecho en trecho sobre los adoquines, la espalda contra los muros, la mayoría encorvados, otros adoptando posiciones fetales. Villier entonó una canción alcohólica, con voz estropajosa.

-¡Ecoutez, écoutez... gardez... vous, mes amis! Recibí noticias de mi querido compañero Jodelle... ¿esto le interesa a alguien o estoy malgastando mi viejo aliento?

-¡Jodelle está loco! –llegó una voz desde la izquierda.

-¡Le agrada meternos en problemas! –exclamó una voz de la derecha–. Dile que se vaya al infierno.

-¡Tengo que encontrar a sus amigos, él me dijo que es importante!

-Vete al muelle del norte, a lo largo del Sena, él duerme mejor allí... y también roba mejor.

Jean–Pierre se acercó al Quai des Tuileries deteniéndose a la entrada de cada calleja oscura, y zambulléndose en cada una, de hecho obteniendo los mismos resultados.

-¡El viejo Jodelle es un cerdo! ¡No comparte su vino!

-Dice que tiene amigos importantes... ¿dónde están?

-Ese gran actor que dice que es su hijo... ¡pura mierda!

-Soy un borracho y ya nada me importa, pero no molesto con mentiras a mis amigos.

Y entonces, cuando Villier llegaba a los muelles que están sobre el Pont de Alma, oyó las primeras voces de aliento que venían de una vieja miserable.

-Sí, Jodelle está loco, pero siempre fue bueno conmigo. Me trae flores... naturalmente, flores robadas... y dice que soy una gran actriz. ¿Qué te parece?

-Madame, creo que si lo dijo, habló en serio.

-Entonces, tú estás tan loco como él.

-Quizá, pero es cierto que usted es una hermosa mujer.

-¡Ay!... ¡Tus ojos! Hay nubes azules en el cielo. Tú eres su espectro.

-¿El murió?

-¿Quién puede saberlo? ¿Y quién eres tú?

Y finalmente, unas horas después, mientras el sol descendía detrás de las altas estructuras del Trocadero, oyó otras palabras, lanzadas al aire en otro callejón, mucho más oscuro que cualquiera de los anteriores.

-¿Quién se refiere a mi amigo Jodelle?

-Yo –grito Villier, internándose más en la oscuridad del estrecho recinto–. ¿Tú eres su amigo? –preguntó, arrodillándose junto al mendigo desplomado y desgreñado. –Debo encontrar a Jodelle –continuó Jean Pierre–, ¡y tengo dinero para quien pueda ayudarme! ¡Mira, mira! Cincuenta francos.

-Hace mucho tiempo desde que vi por última vez cincuenta francos.

-Pues míralos ahora. ¿Dónde está Jodelle, adónde fue?

-Oh, dijo que era un secreto...

-Pero a ti te lo reveló.

-Oh, sí, éramos como hermanos...

-Yo soy su hijo. Dímelo.

-Al Valle del Loira, a ver un hombre terrible que está en el Valle del Loira; eso es todo lo que sé –murmuró el vagabundo–. Nadie conoce su nombre.

De pronto, una silueta se recortó saliendo del haz de luz que penetraba en el callejón. Era un hombre de las mismas proporciones de Jean–Pierre cuando el actor se enderezó y no se mostró agazapado, como había sido el caso hasta un momento antes.

-¿Por qué usted pregunta acerca del viejo Jodelle? –dijo el intruso.

-Señor, tengo que hallarlo –replicó Villier, su voz gimiente y trémula–. Vea, me debe dinero, y ya llevo tres días buscándolo.

-Me temo que no cobrará la deuda. ¿Usted no lee los diarios?

-¿Por qué debo gastar el dinero que no tengo leyendo cosas que no me conciernen? Puedo reírme con las tiras cómicas que se publican en el diario que arrojaron ayer al cubo de los residuos... o en el diario de anteayer, o de la semana pasada.

-Un viejo vagabundo identificado con el nombre de Jodelle se suicidó en un teatro anoche.

-¡Oh, canalla! ¡me debía siete francos!

-¿Quién es usted, anciano? –preguntó el intruso, aproximándose a Jean–Pierre y, examinándolo a la media luz del callejón.

-Soy Auguste Renoir y pinto cuadros. A veces soy monsieur Monet, y a menudo soy el Holandés Rembrandt. Y en primavera me agrada ser Georges Seurat; en invierno el tullido Toulouse–Lautrec, y me agrada visitar los burdeles tibios. Los museos son lugares maravillosos cuando llueve y hace frío.

-¡Ah, usted es un viejo tonto! –El hombre se volvió y echó a andar hacia la calle y Villier cojeó de prisa caminando tras él.

-¡Monsieur! –exclamó el actor.

-¿Qué? –El hombre se detuvo.

-Puesto que usted fue el portador de esta terrible noticia, creo que debería pagarme los siete francos.

-¿Por qué? ¿Qué clase de lógica es ésa?

-Usted me arrebató la esperanza.

-¿Yo le arrebaté qué...?

-Mi esperanza, mi expectativa. Yo no le pregunté por Jodelle. Usted me abordó. ¿Cómo sabía que estaba buscándolo?

-Usted gritó su nombre hace unos instantes.

-Y con esa excusa trivial usted entra en mi vida y destruye mi expectativa. Quizá yo debería preguntarle, monsíeur, quién es usted. Usted está muy bien vestido como para ser una relación de mi amigo Jodelle... ¡ese hijo de perra! ¿Qué es Jodelle para usted? Dígame por qué vino aquí.

-Usted está loco –afirmó el hombre, y metió la mano en su bolsillo–. Aquí tiene un billete de veinte francos, y le pido disculpas por haber entrado en su vida.

-¡Oh, gracias, señor, gracias! –Jean–Pierre esperó hasta que el desconocido llegó al pavimento iluminado por la luz del sol, y después corrió a lo largo del callejón, espiando desde la esquina mientras el hombre se aproximaba a un vehículo estacionado junto al cordón, unos veinte metros más lejos. Fingiendo de nuevo que era un vagabundo medio loco de París, Villier avanzó sobre el pavimento, bailoteando como un payaso deforme, y gritando a su benefactor: –¡Que Dios lo reciba en su santa gloria y que el buen Jesús le abra su corazón, monsieur! Que las glorias del paraíso celestial...

-¡Déjeme en paz, viejo vagabundo y borracho!

"Oh, sin duda te dejaré en paz", pensó Jean–Pierre mientras examinaba la chapa patente del Peugeot que ya se alejaba.

Bien entrada la tarde Latham descendió en el ascensor hasta el complejo instalado en el subsuelo de la embajada; era la segunda vez que iba allí en dieciocho horas, pero en ese momento no se dirigió al área de Comunicaciones, sino a la sacrosanta sección de Documentos e Investigación. Un infante de marina estaba sentado frente a un escritorio a la derecha de la puerta de acero; reconoció a Drew y sonrió.

-¿Cómo está el tiempo allí arriba, señor Latham?

-No tan fresco y limpio como aquí, sargento, aunque en realidad debo recordar que ustedes poseen el aire acondicionado más costoso.

-Somos muy delicados en este sector. ¿Desea ingresar en nuestro salón de secretos y, pornografía de alto nivel?

-¿Hay filmes pornográficos?

-Cien francos la butaca, pero usted podrá entrar sin cargo.

-Siempre puede contarse con los infantes de marina.

-Y hablando de eso, los muchachos del pelotón quieren agradecerle las copas que les pagó en el café de Grenelle.

-Fue un placer. Uno nunca sabe cuándo puede necesitar un filme pornográfico... En realidad, los propietarios de ese lugar son antiguos amigos, y su presencia tuvo un efecto calmante sobre algunos clientes poco atractivos.

-Sí, usted nos dijo eso. Nos vestimos de punta en blanco, como si se tratara de una opereta o algo por el estilo.

-Sargento –lo interrumpió Drew, mirando en los ojos al guardia–, ¿conoce a cierta Karin de Vries en D e I?

-Sólo de saludarla... "buenos días, buenas noches", y eso es todo. Es una muchacha hermosa, pero me parece que trata de ocultarlo. Usa esos anteojos que pesan dos o tres kilos, y lleva ropas oscuras que ciertamente no las compró en París.

-¿Es nueva aquí?

-No diría que está hace unos cuatro meses; vino desde la OTAN. Dicen que se muestra muy discreta y reservada. ¿Entiende lo que quiero decirle?

-Creo que sí... Muy bien, guardián de las llaves místicas, consígame un asiento en primera fila.

-En realidad, es la primera fila, tercera oficina de la derecha. El nombre está en la puerta.

-¿Ustedes suelen asomarse a mirar?

-Por supuesto. Cuando esa puerta está cerrada con llave, patrullamos el sitio casi toda la noche, y mantenemos las manos sobre las armas, en caso de que haya visitantes sin invitación.

-Ah, los hombres de las misiones secretas. Ustedes deberían trabajar en el cine.

-Le agradecemos la recomendación. Una cena completa con todo el vino que pudimos beber, y por muy poco dinero. Y un propietario nervioso que iba de un lado al otro, y decía a todos que éramos sus mejores amigos y

probablemente sus parientes norteamericanos, los hombres dispuestos a acudir al restaurante con las bazukas apenas él los llamase, y siempre que estuviese en dificultades. ¿Como consiguió que nos atendiesen a cuerpo de rey?

-No fue más que una invitación inofensiva, inocente, de un ardiente admirador del Cuerpo.

-Señor Pinocho, la nariz está creciéndole.

-Usted ya recibió mi entrada. Por favor, quiero pasar.

El infante de marina presionó un botón sobre el escritorio, y un fuerte chasquido llegó de la puerta de acero.

-Señor, ingrese en el Palacio del Mago.

Latham entró y casi enseguida oyó el zumbido grave y constante de las computadoras. La sección Documentos e Investigación consistía en sucesivas hileras de oficinas a ambos lados de un corredor central; y como en el complejo de comunicaciones todo era blanco y antiséptico, con luces de neón en el techo que cruzaban el espacio como columnas de luces intensas y circulares. Se acercó hacia la tercera oficina de la derecha; en el centro del panel superior había una tira de plástico negro con una leyenda en letras blancas: MADAME DE VRIES. No mademoiselle, sino madame, y por cierto la viuda de Vries tendría que responder a varias preguntas acerca de cierto Harry Latham y de su hermano Drew. Llamó a la puerta.

-Adelante –dijo una voz desde el interior. Latham abrió la puerta, y– fue saludado por la expresión sobresaltada de Karin de Vries. Estaba sentada frente a su escritorio, contra la pared izquierda. –Monsieur no lo esperaba –dijo ella, y pareció que en su voz había cierto temor.

-Debo disculparme por mi mala educación. No hubiera debido retirarme como lo hice.

-Está equivocada, señora. Yo soy quien debe disculparse. Hablé con Witkowski...

-Oh, sí, el coronel...

-De eso tenemos que hablar.

-Hubiera debido saberlo –interrumpió la investigadora–. Sí, hablaremos, monsieur Latham, pero no aquí. En otro lugar.

-¿Por qué? Revisé todo lo que usted me dio, y no sólo es bueno, sino sobresaliente. Yo apenas distinguía entre un débito y un activo, pero usted me lo mostró todo con mucha mayor claridad.

-Gracias. Pero usted está por otra razón, ¿no es verdad?

-¿A qué se refiere?

-Hay un café frente frente a Gabriel, a seis calles al este de aquí, y se llama Le Sabré d'Orléans. Es pequeño y no muy popular. Vaya dentro de cuarenta y cinco minutos. Estaré en un reservado al fondo del local.

-No comprendo...

-Ya entenderá.

Precisamente cuarenta y siete minutos más tarde Drew entró en el pequeño y mezquino café frente a la avenida Gabriel, y parpadeó ante la falta de luz, un tanto sorprendido por el ambiente sórdido en uno de los distritos

mas acaudalados de la ciudad. Encontró a Karin de Vries como ella había dicho, en un reservado del fondo del establecimiento.

-Vaya lugar –murmuró Drew, mientras se sentaba frente a Karin.

-L'obstination du Francais –explicó de Vries–, y no hay necesidad de hablar en voz tan baja. Nadie importante nos escuchará.

-¿Quién es obstinado?

-El propietario. Le han ofrecido mucho dinero por este local, pero se niega a vender. Es rico, y este lugar fue propiedad de su familia durante años... mucho antes de que él se enriqueciera. Lo usa para ayudar a sus parientes... aquí viene uno de ellos; no se deje impresionar.

Un camarero de bastante edad, sin duda borracho, se acercó a la mesa, con paso inseguro.

-¿Desean pedir algo? No tenemos comida –preguntó sin rodeos.

-Por favor, un whisky escocés –replicó Latham en francés.

-Hoy no tenemos escocés –dijo el camarero, eructando–. Tenemos una excelente selección de vinos, y una basura japonesa a la que denominan whisky.

-Bien, ese caso vino. Chablis, si tiene.

-Blanco.

-Lo mismo –dijo Karin de Vries. El camarero se alejó penosamente, y ella continuó diciendo–. Ahora comprenderá por qué este lugar no es muy popular.

-No debería existir... Hablemos. Su marido trabajó con mi hermano en Berlín oriental.

-Sí.

-¿Eso es todo lo que sabe decir? ¿"Sí"?

-El coronel se lo dijo. Yo ignoraba que él estaba aquí en París cuando solicité el traslado. Cuando lo descubrí, me sentí asombrada, y comprendí que esta conversación entre nosotros era inevitable.

-¿Usted quiso el traslado a causa de mí?

-Porque usted es el hermano de Harry Latham, un hombre a quien Frederik y yo considerábamos un amigo muy querido.

-¿Usted conoció tanto a Harry?

-Freddie trabajaba para él, aunque el arreglo no era oficial.

-En esas áreas no hay nada que sea oficial.

-Lo que quiero decir es que ni siquiera la gente de Harry, y mucho menos el coronel Witkowski y su G–Dos militar sabían que Harry era el control de mi marido. No podía haber el más mínimo indicio de esa relación en dicha "área", como usted la denomina, ni siquiera una sugerencia.

-Pero Witkowski me dijo que cooperaban.

-Sí, que trabajaban del mismo lado, pero no como control y activista. No creo que nadie sospechase eso.

-¿Era tan esencial mantenerlo en secreto, incluso a los ojos de nuestros propios jefes?

-Si.

Librodot

-¿Por qué?

-A causa del tipo de trabajo que Frederik realizaba para Harry... voluntariamente, y con entusiasmo . Si se imputaban ciertos hechos a los norteamericanos, podía haber terribles consecuencias.

-Ninguno de los lados tenía una conducta especialmente limpia, y a veces ambos incurrían en cosas en verdad horribles. Era un quid pro quo negativo. ¿Entiende?

-Creo que eran los asesinatos, o en todo caso eso fue lo que me llevaron a creer.

-Ambos asesinábamos...

-Quizá se trata de la importancia de muchos que fueron muertos –lo interrumpió Karin de Vries los ojos muy grandes, casi en tono de ruego–. Por lo que sé, muchos ocupaban altos cargos, alemanes apoyados por Moscú, líderes subordinados directamente al Kremlin. Podríamos trazar una analogía si los alcaldes de las grandes ciudades norteamericanas o los gobernadores del estado de Nueva York o de California fuesen liquidados por agentes soviéticos. ¿Entiende lo que quiero decir?

-No podría haber sido así. Habría sido contraproducente. Moscú jamás lo habría permitido.

-Sucedió así, y Moscú lo encubría. Y yo diría que fue una actitud sensata de los rusos.

-¿Usted quiere decir que mi hermano, el control de su marido, le ordenó que asesinase a esos hombres? Eso es absurdo. Comparado con eso, el desastre del U–2 habría sido poca cosa. No lo creo, señora. Harry era demasiado astuto, demasiado experimentado para hacer nada parecido; hubieran podido existir represalias masivas en Estados Unidos, y cada víctima habría estado un poco más cerca de la guerra nuclear, y nadie deseaba tal cosa.

-No dije que su hermano ordenó a mi marido que ejecutase esos actos.

-Entonces, ¿qué fue lo que usted dijo?

-Los cometieron, y Harry era el control de Frederik.

-Quiere decir que su esposo...

-Sí –interrumpió con su voz suave Karin de Vries–. Freddie sirvió bien a su hermano, y penetró en la Stasi hasta el extremo en que ellos ofrecieron fiestas como comerciante de diamantes de Ámsterdam, un hombre que estaba enriqueciendo a los apparatchiks. Y entonces se estableció cierta pauta; hubo tiempos y lugares que fueron precisamente aquellos en que poderosos alemanes orientales relacionados con el Kremlin fueron asesinados. Por separado y juntos, Harry y yo enfrentamos a Frederik. Por supuesto, lo negó todo, y su encanto inocente y su lengua ágil –las mismas cualidades que lo convertían en un operador secreto extraordinario– nos persuadieron a ambos de que todo era coincidencia.

-En esta profesión la coincidencia no existe.

-Lo comprobamos cuando Frederik fue apresado una semana antes de que cayese el Muro de Berlín. Bajo la tortura, combinada con la inyección de ciertas sustancias, mi marido reconoció los asesinatos. Harry fue uno de los primeros especialistas que asaltó y saqueó el cuartel general de la Stasi, y

encolerizado por la muerte de Freddie sabía exactamente dónde debía buscar y cuándo tenía que actuar. Encontró una copia del acta, la guardó entre sus ropas, y más tarde me la trajo.

-¿De modo que su marido era un individuo incontrolado, y ni usted ni mi hermano comprendieron cuál era la situación?

-Usted tendría que haber conocido a Freddie. Había un motivo en su intemperancia. Odiaba a los alemanes militantes, una hostilidad profunda que no incluía a los ciudadanos tolerantes e incluso arrepentidos de Alemania oriental. Vea, sus abuelos fueron ejecutados en la plaza de la ciudad por un pelotón de fusilamiento de la Waffen SS, en presencia de toda la aldea. Su delito: llevar alimento a los judíos hambrientos a quienes mantenían detrás de un alambrado de púas, en un campo contiguo a la playa ferroviaria. Sin embargo –y esto es lo más doloroso– al mismo tiempo que sus abuelos fueron fusilados siete varones inocentes, todos ellos padres, como escarmiento para la ciudadanía desobediente. En la hipocresía del pánico, la familia de Vries se vio estigmatizada durante una generación. Frederik fue criado por parientes de Bruselas, y sólo en raras ocasiones se le permitía ver a sus padres, quienes más tarde se suicidaron juntos. Estoy convencida de que el terrible recuerdo de esos años acompañó a Freddy hasta el momento de su muerte.

Silencio. Y entonces el desconcertado camarero regresó con las copas de vino, y derramó una parte en los pantalones de Drew. Se alejó, y Latham dijo:

-Salgamos de aquí. A la vuelta de la esquina hay un restaurante decente, una cervecería.

-Lo conozco, pero prefiero terminar aquí nuestra conversación.

-¿Por qué? Este lugar es horrible.

-No creo conveniente que nos vean juntos.

-Por Dios, trabajamos en el mismo lugar. Y a propósito, ¿por qué nunca la vi en las reuniones sociales de nuestra embajada? Estoy seguro de que la recordaría.

-Monsieur Latham, esas fiestas no son una prioridad para mí. Llevo una vida muy solitaria y bastante feliz.

-¿Sola?

-Así lo prefiero.

Drew se encogió de hombros.

-Muy bien. Usted vio mi nombre en la nómina enviada a La Haya, y en vista de que yo era el hermano de Harry, pidió su traslado. ¿Por qué?

-Ya se lo dije. La OTAN aprobó mis credenciales como experta en la manipulación de materiales de máxima seguridad. Hace seis meses vi un memorándum del tráfico radial, que había llegado por un canal de seguridad con destino al comandante supremo, y como soy curiosa –lo mismo que sucedió hoy– lo miré. Decía que cierto Drew Latham estaba siendo transferido a París con la plena aprobación del Quai d'Orsay, para explorar el "problema alemán". No se necesitaba imaginación para saber qué significaba eso. El "problema alemán" había destruido a mi marido, y yo recordaba con toda claridad que su hermano solía referirse a usted con

mucho afecto. Deseaba vivamente que usted nunca hubiese imitado su ejemplo, pues según afirmaba tenía el carácter demasiado vivo que carecía de facilidad con los idiomas.

-Harry está celoso porque nuestra madre siempre me prefirió.

-Usted bromea.

-En efecto. En realidad, sospecho que ella pensó – y todavía piensa que los dos somos un tanto extraños.

-¿A causa de la profesión elegida?

-Caramba, no, no sabe qué hacemos, y nuestro padre tiene la inteligencia de callar. Está convencida de que pertenecemos al Departamento de Estado, que viajamos por el mundo durante meses enteros, y al mismo tiempo lamenta que no nos hayamos casado, porque de ese modo ella podría malcriar a los nietos.

-Yo diría que su preocupación es natural.

-No en el caso de dos hijos que están en una profesión antinatural.

-Sin embargo, Harry dio a entender que usted era muy fuerte y que tenía bastante inteligencia.

-¿Bastante inteligencia?... Otra vez los celos. Yo conseguía dinero extra y usaba mi beca universitaria, gracias a mi desempeño en el equipo de hockey... él caía sentado sobre el trasero apenas quería dar un paso sobre los patines.

-Otra vez bromea.

-No, esa parte es real.

-¿Ustedes tenían becas?

-Era inevitable. Nuestro padre se especializaba en arqueología, y lo único que le aportaba su profesión era la posibilidad de practicar excavaciones desde Arizona hasta el antiguo Irak. La Sociedad Geográfica Nacional y el Club de Exploradores pagaban sus viajes, pero no el de la esposa y los hijos. Cuando vimos esos filmes, Harry y yo solíamos reírnos y decíamos que el "Arca Perdida" podía irse al infierno, y que lo que nos interesaba eran las aventuras de Indiana Jones.

-La alusión me supera, aunque reconozco el aspecto académico.

-Nuestro padre tenía sueldo, de modo que no estábamos en la miseria, pero ciertamente no éramos ricos. Teníamos apenas la comodidad propia de la clase media. Necesitábamos conseguir becas... Bien, ya conoce la historia de mi vida, y por mi parte escuché bastante acerca de las vicisitudes de su esposo... ¿qué me dice de usted? ¿De donde viene qué puede decirme de su pasado, señora de Vries?

-No es importante...

-Sí, es lo que dijo antes, y no lo acepto. Antes de que profundice su actividad en la embajada, sobre todo en D e I, tendrá que aclarar este aspecto.

-Usted no cree una palabra de todo lo que le dije...

-Creo en el aspecto superficial, confirmado por Witkowski, pero más allá de eso no estoy seguro.

-En ese caso, monsieur, puede irse al infierno. –Karin de Vries empezó a salir del reservado, y en ese momento se aproximó el camarero borracho.

-¿Aquí hay alguien llamado Latham? –preguntó.

-¿Latham? Sí, soy yo.

-Hay un llamado para usted en nuestro teléfono. Y tendrá que agregar treinta francos a su cuenta.

El camarero se alejó.

-Quédese aquí –dijo Drew–. Indiqué a Comunicaciones dónde estaría.

-¿Por qué debo esperarlo?

-Porque yo lo deseo, lo deseo realmente. –Latham se puso de pie y caminó de prisa hacia el anticuado teléfono que estaba al extremo del mostrador. Levantó el receptor, que descansaba en un charco de vino rancio, y dijo: –Habla Latham.

-Aquí Durbane –dijo la voz en la línea–. Estoy conectándolo con una línea dotada de un artefacto mezclador con el fin de que hable con el director Sorenson en Washington. Los dos extremos son seguros. Adelante.

-¿Drew?

-Sí, señor.

-¡Ya está! Tuvimos noticias de Harry. ¡Está vivo!

-¿Dónde?

-Por lo que podemos saber, en algún lugar de los Alpes de Hausruck. Llegó un llamado de los Antinayous de Orenber diciendo que estaban organizando la fuga, y que era necesario mantener abiertas nuestras líneas seguras de Passau a Burghausen. Rehusaron identificarse, pero tienen que ser auténticos.

-¡Gracias a Dios! –exclamó Latham aliviado.

-No confíe demasiado. Dicen que él tendrá que atravesar casi veinte kilómetros de nieve por las montañas antes de que puedan conectarse.

-No conocen a Harry. Llegará. Tal vez yo sea más fuerte, pero él fue siempre más duro.

-¿De qué está hablando?

-No tiene importancia. Volveré a la embajada para esperar. –Latham devolvió el teléfono a la horquilla y regresó a la mesa.

Karin de Vries se había marchado.

5

La columna de figuras se abrió paso a través de la nieve mientras las largas sombras del anochecer se extendían al través de la cadena montañosa; la única iluminación provenía de los faros de dos enormes vehículos y de las linternas de los guardias. Harry Latham saltó del camión, el dolor en su cabeza comenzó a calmarse a medida que se aproximaban más al puente sobre la garganta, que permitía salvar el obstáculo representado por el río Salzach. ¡Podía lograrlo! Una vez que hubiera pasado el estrecho puente, encontraría su camino; había memorizado la ruta y recordaba las marcas que él mismo había dejado; todo eso lo había evocado mil veces durante su supuesta hospitalización, la cual en realidad era una especie de encarcelamiento en que se lo retenía como rehén. Pero no podía permanecer en el camión alpino, donde se había ocultado, pues se revisaban los vehículos, y se controlaba cada parte del equipo con una lista. En cambio, tenía que unirse a la columna de los Sonnenkinder, marchando ciegamente hacia el futuro incierto a través de Alemania y Europa entera, cantando sus canciones referidas a la pureza de la sangre, la virtud aria y la muerte para los mal nacidos. Harry cantaba con más fuerza que nadie, y le reconocían su fervor con sonrisas y miradas luminosas mientras cruzaban el puente. Ahora faltan apenas unos instantes.

¡Llegó el momento! La columna se desplazó hacia la derecha en la noche nevada, y Harry se agazapó, inclinándose, y corrió hacia la izquierda durante una nevada especialmente breve pero densa. Un guardia que estaba alerta lo vio y apuntó con su pistola.

-¡Nein! –dijo el Rcichs fuhrer del grupo aferrando el brazo del soldado y obligándolo a descender–. Verboten. ¡Ist schon gut!

El hombre conocido como Aguijón en el ámbito de las operaciones encubiertas atravesó una espesa capa de nieve que no había sido pisoteada por los pies que lo precedían, esperando sin aliento ver la primera de las marcas que había dejado varias semanas antes –en su mente a decir verdad años antes– cuando por primera vez se lo había acompañado hasta el valle oculto. ¡Ahí estaba! Dos ramas quebradas de un renuevo que no recobraría vida hasta la primavera. El arbolillo había estado a la izquierda, y la siguiente marca estaba a la derecha, una diagonal recta que descendía... Unos doscientos cincuenta metros después, la cara roja y congestionada, las piernas congeladas, la vio. La rama de un abeto alpino que él había quebrado. Aún continuaba formando un ángulo descendente, el resto reseco, desprovisto de savia. El camino montañés entre las dos aldeas alpinas estaba a menos de ocho kilómetros de distancia, la mayoría en una línea descendente. Llegaría. ¡Tenía que hacerlo!

Por último, los pies doloridos a causa del frío, el cuerpo doblado por el dolor, llegó. Se sentó y se masajeó las piernas, y sintió las manos lastimadas a causa de los pantalones medio congelados, en el momento mismo en que un camión apareció por la izquierda. Se incorporó, avanzó vacilante hacia el camino y agitó violentamente los brazos iluminados por la luz de los faros. El camión se detuvo.

-¡Hilfe! –grito en alemán–. ¡Mi automóvil se desbarrancó!

Librodot

-Nada de explicaciones, por favor –dijo el conductor barbudo en un inglés con acento–. Estuve esperándolo. Recorrí ida y vuelta este camino los últimos tres días, una hora tras otra.

-¿Quién es usted? –preguntó Harry, mientras se instalaba en el asiento.

-Su liberación, como dicen los británicos –replicó el conductor, sonriendo.

-¿Usted sabía que yo vendría?

-Tenemos un espía en el valle oculto, aunque ignoramos dónde está. Ella, como todo el resto, fue llevada allí con los ojos vendados.

-¿Y como supo que yo vendría?

-Es enfermera en el hospital que tienen allí, es decir cumple esa función cuando no le ordenan copular con otro Brüder ario para producir un nuevo Sonnenkind. Ella lo vio, y también vio que plegaba pedazos de papel y, los cosía en sus ropas...

-¿Pero como? –lo interrumpió Latham–Lassiter.

-Las habitaciones tienen cámaras ocultas.

-¿Y cómo se comunicó con usted?

-A todos los Sonnenkinder se les permite, incluso se les ordena, que mantengan sus relaciones con los padres o los parientes para explicar sus ausencias con relatos agradables pero ficticios. Si no hay estas explicaciones, el Oberführer teme que los denuncien, como sucede con los cultos norteamericanos, que se atrincheran en las montañas y en los valles. La enfermera se comunicó con sus "padres", y les explicó que el norteamericano se marcharía, ella no sabía qué día o a qué hora, pero era evidente que faltaba muy poco para que usted se fugara.

-La evacuación –y en realidad no es más que eso– fue mi modo de escapar.

-Como quiera. Lo cierto es que ahora va camino de Burghausen. Desde nuestro humilde cuartel general usted puede llegar al lugar que se le antoje. Vea, nosotros somos los Antinayous.

-¿Quiénes?

-Lo contrario del hombre que, con la denominación literaria de Caracalla, masacró a veinte mil romanos que se oponían a su dominio despótico, de acuerdo con el historiador Dío Casio.

-Oí hablar de Caracalla, y también de Dío Casio, pero creo que no lo entiendo.

-Entonces, usted no es un estudioso serio de la historia romana.

-No, no lo soy.

-Bien, lo actualizaremos en otro contexto y durante otra fuga, ¿ja?

-Lo que usted diga.

-Para hablar con más claridad, le diré que somos los anti–neonazis. ¡Eso somos!

-¿Por qué necesitan ocultarse bajo un nombre tan oscuro?

-¿Por qué ellos se ocultan bajo el nombre secreto de la Brüderschaft?

-¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

-¡El secreto debe corresponder al secreto!

-¿Por qué? Ustedes son una entidad legal.

-Combatimos a nuestro enemigo en la superficie y en la clandestinidad.

-Estuve allí –dijo Harry Latham acomodándose mejor en el asiento– y todavía no lo comprendo.

-¿Por qué se marchó? –preguntó Drew, después de haber obtenido el número telefónico de Karin de Vries.

-No había nada más que decir –replicó la investigadora de D e I.

-Había muchísimo más que decir, y usted lo sabe.

-Por favor, verifique mi prontuario, y si algo lo inquieta, denúncielo.

-¡Olvide toda esa basura! ¡Harry vive! ¡Después de tres años en la clandestinidad, escapó y ya viene de regreso!

-Mon Dieu. ¡No sabe cuán feliz, cuán aliviada me siento!

-Usted supo siempre lo que mi hermano estaba haciendo, ¿verdad?

-No por teléfono, Drew Latham. Venga a mi apartamento de la rue Madeleine. Número veintiséis, apartamento cinco.

Drew entregó el número a Durbane, de Comunicaciones, se apoderó de su chaqueta y corrió hacia el automóvil del Deuxième, que ahora era su compañero permanente.

-Rue Madeleine –dijo–. Número veintiséis.

-Un hermoso distrito –dijo el conductor, y puso en marcha el vehículo sin identificación.

El apartamento de la rue Madeleine agregó otra dimensión al enigma de Karin de Vries. No sólo era espacioso, sino que estaba amueblado con buen gusto y muebles y adornos caros; los muebles, las cortinas y los cuadros superaban de lejos el sueldo de una empleada de la embajada.

-Mi esposo no era pobre –dijo la viuda al advertir las reacciones de Drew frente al decorado–. No sólo representaba el papel de un comerciante de diamantes sino que participaba en forma activa, y con su brío de costumbre.

-Seguramente fue un hombre notable.

-Y algo más que eso –agregó de Vries, sin mayores inflexiones en la voz–. Por favor, siéntese, monsieur Latham. ¿Puedo ofrecerle una copa?

-Considerando el vino agrio que bebimos en el café que usted eligió, acepto de buena gana.

-Tengo whisky escocés.

-Entonces, más que aceptar, se lo ruego.

-No es necesario –dijo de Vries, riendo por lo bajo y acercándose a un mostrador con espejo–. Freddie me enseñó a tener siempre cuatro bebidas a mano –continuó, mientras preparaba el hielo, abría una botella y servía una copa–. Vino a la temperatura ambiente, vino blanco frío –uno abocado, el otro seco, y ambos de buena calidad– y también whisky escocés para los ingleses y borbón para los norteamericanos.

-¿Y para los alemanes?

-Cerveza, sin que importase la calidad, pues según decía eran capaces de beber cualquier cosa. Pero como ya le dije, era un hombre extremadamente fanático.

-Seguramente conoció a otros alemanes.

-Naturlich. Insistía en que en ellos existía el fetiche de la imitación de los británicos. El whisky sin hielo, y aunque prefieren el hielo, lo niegan. –Presentó su vaso a Drew, y dirigiendo un gesto hacia una silla dijo: –Siéntese, monsieur Latham, tenemos que discutir varias cosas.

-En realidad, la responsabilidad es mía –dijo Drew mientras se sentaba en un sillón de cuero blando, frente al diván tapizado con terciopelo verde claro preferido por Karin de Vries–. ¿Usted no beberá? –preguntó –Quizá, alzando parcialmente su vaso.

-Quizá después... si hay un después.

-Amiga, usted es una mujer misteriosa.

-Desde el lugar que usted ocupa, sin duda eso es lo que le parezco. Sin embargo, comparada con usted soy la sencillez misma. Usted es la persona desconcertante. Usted y la comunidad de inteligencia norteamericana.

-Creo que ese comentario exige una explicación, señora de Vries.

-Por supuesto, y la tendrá. Envían a un hombre en condiciones de máxima clandestinidad, un operador muy talentoso que domina cinco o seis idiomas y su existencia es tan secreta aquí en Europa, tan secreta que carece de protección, y nadie puede llegar a él como control, pues nadie posee la autoridad necesaria, y mucho menos la responsabilidad para aconsejarlo.

-Harry siempre tuvo la alternativa de retirarse –protestó Latham–. Recorrió Europa entera y Medio Oriente. Pudo haber interrumpido su misión donde se le antojase, descolgado un teléfono para llamar a Washington y decir: "Se acabó, no puedo continuar". No sería el primer agente muy clandestino que hace eso.

-Entonces, usted no conoce a su propio hermano.

-¿Qué quiere decir? Por Dios, crecí con él.

-¿Profesionalmente?

-No, no en ese sentido. Pertenecemos a diferentes ramas.

-Entonces, usted no tiene una idea cabal de que es un auténtico sabueso.

-¿Un sabueso...?

-Tan fanático en su persecución como los fanáticos a quienes perseguía.

-No simpatizaba con los nazis, ¿quién los quiere?

-Monsieur eso no es lo que yo sostengo. Cuando Harry era control, tenía colaboradores en Alemania oriental, gente pagada por los norteamericanos, que le suministraban información y de quienes emanaban las órdenes impartidas a los subordinados, por ejemplo mi marido. Su hermano nunca tuvo esa ventaja. Estaba solo.

-Tenía que estar solo. El carácter de la operación exigía el aislamiento total. No era posible dejar el más mínimo rastro. Ni siquiera yo conocía su nombre clandestino. ¿Adonde quiere ir a parar?

-Harry no tenía ayudantes allí, pero su enemigo tiene ayudantes en Washington.

-¿Qué demonios quiere decir?

-Usted supuso con razón que yo conocía cuál era la misión de su hermano. Digamos de pasada que su nombre de cobertura era Lassiter, Alexander Lassiter.

-¿Qué? –Asombrado, Latham se inclinó hacia adelante–. ¿Dónde obtuvo esa información?

-Como ni siquiera usted conocía el nombre que él usaba, ¿dónde podía haberla obtenido? Por supuesto, del enemigo. De un miembro de la Fraternidad, que es el nombre que ellos utilizan.

-Señora, esto se está complicando cada vez más. Por favor, otra explicación.

-Sólo parcial. Algunas cosas tendrá que aceptarlas como acto de fe. Para mi propia protección.

-No me queda mucha fe, y ahora menos que nunca. De modo que comencemos con la explicación parcial. Después, yo le diré si todavía tiene empleo o no.

-Considerando mis aportes, eso no es justo.

-Haga la prueba –la interrumpió bruscamente Drew.

-Freddie y yo teníamos un apartamento en Ámsterdam, por supuesto a su nombre, una residencia acorde con su riqueza como joven empresario del negocio de los diamantes. Cuando nuestras actividades lo permitían, nos reuníamos allí, pero yo era siempre... bien, una mujer muy distinta de la que ellos veían en la OTAN... de la que usted ve aquí en la embajada. Me vestía con elegancia, incluso de un modo extravagante, y usaba una peluca rubia y muchas joyas...

-Llevaba una vida doble –la interrumpió de nuevo Latham, asintiendo, de nuevo impaciente.

-Sin duda, era necesario.

-Admitido. ¿Y después?

-Recibíamos... no con mucha frecuencia, y sólo a los contactos más importantes de Freddie... pero yo me mostraba como su esposa... Aquí debo detenerme para explicarle algo, aunque usted sin duda lo sabe. Cuando los organismos oficiales de seguridad muy poderosos caen en la trampa tendida por terceros, por supuesto se desembarazan de los infiltrados mediante la ejecución o el compromiso a la inversa, determinando que el enemigo los mate en la condición de agentes dobles.

¿Concuerda con lo que le acabo de decir?

-He sabido de casos así, aunque no sé más que eso.

-Pero lo que esos organismos no soportan es la vergüenza, el reconocimiento de que fueron infiltrados; los episodios de esa clase están protegidos por el secreto más intenso, incluso en el ámbito de sus propias organizaciones.

-También he sabido que ésa es la práctica.

Librodot

-Sucedió en la Stasi. Después de la muerte de Frederik y la destrucción del Muro, una serie de sus contactos importantes en Alemania oriental dejó constantemente mensajes en nuestro contestador automático, pidiendo encuentros con Freddie. Acepté varios en mi papel de esposa de Freddie. Dos hombres (el primero era el cuarto funcionario en importancia en la jerarquía de la Stasi, y el otro, un codificador y violador convicto, exonerado por sus superiores) habían sido reclutados por la Fraternidad. Vinieron a ver a Frederik para convertir sus diamantes en efectivo. Como en el caso de otros, los invité a cenar y les suministré mucho alcohol mezclado con ciertos polvos que por insistencia de Freddie yo siempre conservaba en una azucarera– y cuando esos dos trataron de hacerme el amor, y cada uno me explicó qué importante era, apenas se emborracharon explicaron por qué debía considerárselos importantes.

-Mi hermano Harry –dijo Drew con voz monótona.

-Sí. Presionados por mí, los dos se refirieron a un agente norteamericano llamado Lassiter. La Fraternidad sabía de su existencia, y estaba preparada para recibirlo.

-¿Cómo supo usted que era Harry?

-Del modo más sencillo posible. Mis primeras preguntas fueron inocentes, pero me mostré más concreta con el paso del tiempo... Freddie siempre decía que ése era el mejor modo, sobre todo con el alcohol y los polvos. Finalmente, los dos hombres dijeron en esencia lo mismo. Más o menos esto: "Su verdadero nombre es Harry Latham, del sector de Operaciones Clandestinas de la CIA, Proyecto Tiempo, más de dos años, código Aguijón, toda la información extraída de las computadoras por debajo del Nivel AA–Cero".

-¡Dios mío! ¡Eso seguramente se originó en un nivel muy alto, el más alto! El Nivel AA–Cero no se aleja mucho de la oficina del director... Realmente terrible, señora de Vries.

-Como no tenía ni tengo idea de lo que significa AA–Cero, supongo que es cierto. Ésas fueron las palabras que escuché, y la razón por la cual solicité que me trasladasen a París. ¿Todavía conservo mi empleo, monsieur?

-Más que nunca. Sólo que hay un problema diferente.

-¿Un problema? ¿A qué se refiere?

-Permanecerá en D e I, pero ahora usted es miembro del sector de Operaciones Consulares.

-¿Por qué?

-Entre otras cosas, tendrá que firmar una declaración jurada que dice que usted no divulgará la información que acaba de suministrarme, y que también la condena a treinta años en una cárcel norteamericana si revela lo que sabe.

-¿Y si me niego a firmar ese documento?

-Entonces usted es el enemigo.

-¡Magnífico! Me agrada eso. Es preciso.

-Seamos más precisos –dijo Latham, los ojos clavados en los de Karin de Vries–. Si usted traiciona, o la inducen a traicionar, no hay apelación. ¿Entiende?

Librodot

-Monsieur con todo mi intelecto y todo mi corazón.

-Ahora, es mi turno de preguntar. ¿Por qué?

-En realidad es bastante sencillo. Durante varios años mi matrimonio fue un regalo de Dios, porque estaba con un hombre a quien adoraba, y que me amaba tanto como yo a él. Después vi a ese hombre destruido por el odio, no un odio ciego, sino un sentimiento percibido claramente con los ojos muy abiertos, concentrado en el enemigo que renacía y que había destruido a su familia... a sus padres y sus antecesores. Ese joven glorioso y, entusiasta con quien yo me había casado merecía una suerte mucho mejor que la que el destino le deparó. Ahora me toca el turno de combatir a su enemigo, el enemigo de todos.

-Señora de Vries, eso es suficiente para mí. Bienvenida a nuestro lado.

-En ese caso, monsieur, compartiré con usted una copa. En definitiva hay un "después".

El jet norteamericano F–16 aterrizó en el aeropuerto de Althein. El piloto, un coronel de la fuerza aérea autorizado por la CIA, solicitó la partida inmediata una vez que embarcó a su "paquete". Harry Latham fue llevado a través de la pista, le ayudaron a ocupar la segunda cabina, cerraron la cubierta, y pocos minutos después el avión retornaba a Inglaterra. Tres horas después de su llegada al Reino Unido el agotado agente secreto fue llevado en compañía de su guardia a la Embajada de Estados Unidos en Grosvenor Square; el comité de recepción estaba formado por tres altos miembros de la CIA, el MI–6 británico y el equivalente francés, el Service d'Etranger.

-¡Caramba, me alegro de verlo nuevamente, Harry! –dijo el norteamericano.

-Excelente demostración –dijo el inglés.

-¡Magnifique! –agregó el francés.

-Gracias, caballeros, ¿pero podemos postergar el informe hasta que duerma un poco?

-El valle –dijo el norteamericano–, ¿dónde demonios está?

-Harry, eso no puede esperar.

-El valle ya no importa. Desapareció. Comenzaron los incendios hace dos días, y la gente abandonó el lugar.

-¿De qué demonios habla? –insistió el hombre de la CIA–. Para nosotros es el dato clave.

-Mi colega norteamericano tiene razón, amigo –insistió el hombre del MI–6.

-Absolument –repitió el hombre del Deuxième–. Debemos destruirlo.

-¡Un momento, esperen un momento! –replicó Harry, mirando con expresión de fatiga al tribunal de espionaje–. Puede ser la llave, pero la cerradura ya no está allí. Sin embargo, eso poco importa. –Con gran asombro de los demás que estaban sentados frente a la mesa, Latham comenzó a desgarrar el forro de su chaqueta, y después se puso de pie y se quitó los pantalones, e hizo lo mismo con los bolsillos. De pie y en calzoncillos, lenta y cuidadosamente retiró docenas de pedazos de papel escritos a mano y los apiló sobre la mesa de conferencias. –Traje todo lo que

necesitamos. Nombres, lugares, organismos y departamentos, la serie total, como diría mi hermano. De paso, me agradaría...

-Ya lo hicimos –lo interrumpió el jefe de sección de la CIA, previendo el pedido–. Sorenson, de Operaciones Consulares, le dijo que usted retornó. Está en París.

-Gracias... Si cuentan con un equipo de secretarios completamente seguros, ordenen mecanografiar este material, dividiéndolo en partes... una persona no debe saber lo que las otras hacen. Y con respecto a los textos cifrados, yo los traduciré después.

-¿A qué se refieren? –preguntó el inglés, los ojos fijos en los pedazos de papel, muchos de ellos desgarrados.

-Un ejército influyente que respalda a la Brüderschaft, hombres y mujeres poderosos que actúan en nuestros países, y que por codicia o por deformación ideológica apoyan a los neos. Les advierto que hay muchas sorpresas, tanto en las filas del gobierno coma en los sectores privados... Ahora bien, si alguien puede indicarme un hotel decente y comprarme algunas prendas de vestir, me agradaría dormir un día o dos.

-Harry –dijo el hombre de la CIA–, póngase los pantalones antes de salir de aquí.

-Buena idea, Jack. Usted siempre fue un individuo observador.

Harry Latham estaba acostado en la cama, después del llamado telefónico de su hermano Drew y de la conversación casi insultante y por lo tanto afectuosa entre los dos. Se encontrarían en París hacia fines de la semana, o apenas Harry terminase su informe, incluido el descifrado de la información que había traído de Alemania. El hermano mayor no explicó su agenda inmediata, ni necesitó hacerlo, pues el menor comprendía lo que estaba implícito. Los únicos datos que el segundo aportó fueron éstos:

-Ahora que regresaste de una sola pieza, de veras podemos acelerar la marcha. Tenemos la identificación de un automóvil manejado por un par de esos canallas... A propósito, si quieres hablar conmigo llámame a la oficina o al hotel Meurice, en la rue de Rivoli.

-¿Qué sucedió con tu piso? ¿La administración te expulsó por comportamiento indecente?

-No, pero el comportamiento indecente de otros ha conseguido que el lugar sea inhabitable.

-¿De veras? Hermanito, el Meurice es un lugar muy lujoso.

-Lo paga Bonn.

-Dios mío, no veo el momento de escuchar tus revelaciones. Te llamaré cuando sepa el día y la hora de mi vuelo. A propósito, estoy en el Gloucester, y uso el apellido de Mass, Wendell Moss.

-Muy elegante... Me alegra de que hayas regresado, hermano.

-Lo mismo digo, hermano. –Harry había cerrado los ojos, y ya estaba conciliando el sueño cuando hubo un llamado suave a la puerta del hotel. Meneando la cabeza con irritación, Harry apartó las mantas, salió de la cama con movimientos inseguros y extendió la mano hacia la manta suministrada por el hotel, que esperaba sobre una silla. Caminó hacia la puerta. –¿Quién es? –preguntó.

-Tordo, de Langley –fue la tranquila respuesta–. Tengo que hablar con usted, con Aguijón.

-¿Qué? –Desconcertado, pero consciente del máximo secreto con que se preservaba su nombre de batalla, Harry abrió la puerta. En el corredor estaba un hombre de estatura relativamente reducida, con una cara agradable, más bien pálida, fácilmente olvidable, vestido con un traje de calle oscuro y usando anteojos con montura de acero. –¿Qué es un tordo? –preguntó Latham, invitando a entrar al emisario de la CIA.

-Nuestros códigos cambiaron, el suyo se mantuvo igual –replicó el desconocido entrando en la habitación y extendiendo la mano. Harry la estrechó, todavía confundido. –No puedo decirle cuánto nos agrada que usted haya regresado del frío.

-¿Qué es esto? ¿Una repetición de John Le Carré? Si se trata de eso él lo hacía mejor. Lo de Aguijón lo entiendo, pero el nombre de Tordo es un tanto trivial, ¿no le parece? ¿Y por qué usted no estuvo en la embajada? Señor Tordo, estoy realmente agotado, y necesito dormir.

-Sí, lo sé, y sinceramente me disculpo. Sin embargo, hay un nivel superior al de la embajada, y estoy seguro de que usted lo sabe.

-Por supuesto. Está el Comité de Inteligencia, el secretario de Estado y el presidente. De modo que vuelvo a lo mismo, ¿qué es un tordo?

-Ocuparé muy pocos minutos de su tiempo –dijo el hombre de expresión amable desechando la pregunta de Harry y retirando del chaleco un reloj de bolsillo–. Este es un legado de familia, y como mi vista está flaqueando, con su ayuda veo más fácilmente la hora. Dos minutos, señor Latham, y me marcho.

–Y antes de que continúe, más vale que me muestre una identificación auténtica.

-Naturalmente. –El intruso sostuvo el reloj de bolsillo frente a la cara de Harry, y habló con voz clara y precisa, mientras oprimía la corona. –Hola Alexander Lassiter. Habla tu amigo, el doctor Gerhardt Kroeger, para decirte que tenemos que conversar.

Pareció de pronto que los ojos de Harry se desorbitaban y que se le dilataban las pupilas; durante un instante clavó los ojos en el vacío.

-Hola, Gerhardt –dijo–, ¿cómo está mi matasanos favorito?

-Muy bien, Alex. ¿Cómo estás tú? ¿Hoy diste tu paseo a través del prado?

-Eh, vamos, doc, ya es de noche. ¿Quieres que tropiece con una manada de doberman? ¿Dónde tienes la cabeza?

-Disculpa, Alexander, estuve operando la mayor parte del día, y tienes mucha razón. Estoy tan cansado como tú... Pero dime una cosa, Alex, cuando en tu pensamiento te encontraste con esa gente en la embajada de Estados Unidos, ¿qué sucedió?

-En realidad, nada. Les di todo lo que traía, y los próximos días examinaremos ese material.

-Excelente. ¿Algo más?

Librodot

-Mi hermano llamó desde París. Están siguiendo la pista de un automóvil sospechoso. Mi hermano menor es un buen muchacho, Gerhrdt, te agradaría si lo conocieras.

-Estoy seguro de que así es. Es el que trabaja para Operaciones Consulares, ¿verdad?

En efecto... ¿Por qué me haces estas preguntas?

En ese momento el extraño de cara pálida que había llegado a la habitación del hotel de nuevo elevó en el aire el reloj de bolsillo, y presionó dos veces la corona mientras los ojos de Harry Latham se aclaraban, y ahora enfocaban bien a su interlocutor.

-Harry, de veras usted necesita descansar –dijo el hombre que decía llamarse Tordo–. Ahora no podemos hablar. Le diré una cosa... ¿probaremos mañana, ¿de acuerdo?

-Qué...

-Mañana me comunicaré con usted.

-¿Por qué?

-¿No lo recuerda? Santo Dios, en efecto está agotado. La Central de Información, el secretario de Estado... el presidente, Harry. Ellos fueron los que aprobaron mis credenciales, y eso es lo que usted quería, ¿verdad?

-Por supuesto... eso es lo que yo deseaba.

-Duerma un poco, Aguijón. Lo merece. –Tordo se retiró de prisa, y cerró la puerta después de salir, mientras Harry Latham caminaba automáticamente de regreso a la cama y se desplomaba sobre ella.

-¿Quién es Tordo? –preguntó Harry. Era de mañana, y los tres funcionarios de inteligencia estaban sentados alrededor de la mesa de conferencias, lo mismo que la víspera.

-Recibí su llamado hace dos horas –dijo el jefe de sección de la CIA–. Desperté al propio director general de Investigaciones, y nunca oyó hablar de un Tordo. También le pareció un nombre bastante estúpido... lo mismo que a usted, Latham.

-¡Pero él estuvo allí! Lo vi y hablé con él. ¡Estuvo allí!

-¿De qué hablaron, monsieur? –preguntó el representante de la inteligencia francesa.

-No estoy seguro... en realidad, no lo sé. Pareció de lo más normal, formuló unas pocas preguntas inocentes, y entonces... simplemente no recuerdo.

-Puedo sugerir, señor Latham –intervino aquí el brigadier del MI–6 británico– que usted ha afrontado una experiencia muy estresante... oh, al demonio con esa palabra... una experiencia insoportable durante tres años. ¿No es posible, y digo esto con el debido respeto por su considerable intelecto, que usted sea víctima de momentos de alucinación? Dios, mío, amigo, he visto a operadores que representaban diferentes papeles fantasear y quebrarse, después de haber soportado solamente la mitad de la tensión que usted sufrió.

-Yo no me quiebro, general. No me quiebro y no fantaseo.

-Regresemos al asunto, monsieur Latham. Cuando usted llegó al valle de la Brüderschaft, ¿qué sucedió?

Librodot

-Oh. –Harry bajó los ojos, se sintió desorientado unos instantes, y después todo se aclaró. –Usted se refiere al accidente. Por Dios, fue terrible. Gran parte del asunto es una confusión, pero lo primero que recuerdo es el griterío; algo histérico. Y después comprendí que estaba apretado por el camión, un pedazo de metal me presionaba la cabeza... nunca sentí tanto dolor... –Latham repitió la letanía programada por el doctor Gerhardt Kroeger y cuando terminó, alzó la cabeza, la mirada clara. –Caballeros, ya les relaté el resto.

-Los miembros del tribunal se miraron unos a otros, y cada uno movió apenas la cabeza, en evidente actitud de confusión. Entonces, el norteamericano habló.

-Vea, Harry –dijo en voz baja–. Durante los próximos días repasaremos todo lo que ya hemos mencionado, ¿de acuerdo? Después, usted merece un prolongado período de descanso, ¿no es cierto?

-Desearía ir a París y ver a mi hermano...

-Por supuesto, no me opongo, aunque él está con Operaciones Consulares, que ciertamente no es la rama que me inspira más simpatía.

-Entiendo que es bastante bueno en lo que hace.

-Demonios –dijo el jefe de estación de la CIA–, era muy bueno cuando jugaba hockey para el equipo de los Isleños en Manitoba. Yo estaba entonces en Canadá, y les aseguro que ese muchacho acorralaba a otros más corpulentos, y lo hacía mejor que muchos jugadores a quienes he visto en el curso de mi vida. Habría tenido mucho éxito en Nueva York.

-Felizmente –dijo Harry Latham– conseguí que abandonara esa profesión tan violenta.

Drew Latham despertó en la cama de su suite del Meurice, en la rue de Rivoli. Parpadeando, miró el teléfono que estaba sobre la mesita de noche, y presionó los botones correspondientes al servicio de las habitaciones. Como Alemania pagaba los gastos, decidió pedir una chuleta con dos huevos fritos, y avena con mucha crema; le dijeron que llevarían el pedido en treinta minutos. Se estiró en la cama, el brazo izquierdo presionado por la automática que estaba bajo la almohada, y después cerró los ojos para gozar de unos pocos minutos más de descanso.

Un roce, un sonido metálico en la puerta. Eso no era natural... ¡de ningún modo era natural! De pronto oyó la sucesión de pequeñas explosiones de un martillo automático seis pisos más abajo, en la calle; una cuadrilla de reparaciones que empezaba demasiado temprano en la mañana... Qué extraño... ¡eso no era normal! ¡Si apenas había amanecido! Drew desenfundó el arma y se deslizó al costado izquierdo de la cama; rodó sobre sí mismo, hasta que tocó la moldura en la esquina de la pared contraria. Se abrió la puerta y una explosiva sucesión de balas se hundió en la cama, destrozando el colchón y las almohadas, los estampidos fusionándose con el ruido ensordecedor que entraba por las ventanas. Latham apuntó con su pistola y disparó cinco veces sobre la figura vestida de negro que se recortaba en el hueco de la puerta. El hombre cayó hacia adelante; Drew enderezó el cuerpo cuando el martillo neumático cesó de funcionar en la calle, y corrió hacia el hombre que había intentado asesinarlo. Estaba muerto, pero cuando el asesino se llevó la mano al pecho,

Librodot

desgarró el apretado suéter negro. Sobre el pecho estaban tatuados tres pequeños rayos. Blitzkrieg. La Fraternidad.

Librodot

6

Jean–Pierre Villier aceptó estoicamente la crítica que le dirigió Claude Moreau, del Deuxième Bureau.

-En efecto, fue un gesto valeroso de su parte, monsieur, y puede tener la certeza de que estamos buscando al automóvil en cuestión. Pero debe comprender que si algo le hubiese sucedido Francia entera se habría alzado contra nosotros. –Creo que usted exagera un poco –dijo el actor–. De todos modos, me alegra haber contribuido aunque sea en pequeña escala.

-En una escala muy considerable, pero ahora nos entendemos, ¿verdad? No habrá más contribuciones, ¿no es así?

-Como usted quiera, aunque el papel que representé fue bastante sencillo, y yo podría obtener más información...

-¡Jean–Pierre! –exclamó Giselle Villier–. No harás nada por el estilo. ¡No lo permitiré!

-El Deuxième Bureau no lo permitirá, madame –intervino aquí Moreau–. Sin duda usted lo sabrá dentro de unas horas, de modo que bien puedo decírselo ahora. Hace tres horas hubo un segundo intento de asesinato contra el norteamericano Drew Latham.

-¡Dios mío! ¿Salió ileso? –preguntó Villier, inclinándose hacia adelante.

-Felizmente, está vivo. Lo menos que puedo decir es que se trata de un hombre muy observador, y que ha aprendido una de las normas menos publicitadas de París.

-¿Qué significa eso?

-Todo fue sincronizado con el estrépito muy intenso y ofensivo de una cuadrilla municipal que comenzó a trabajar a una hora en que la mayoría de nuestros visitantes apenas va a dormir, después de gozar de las alegrías de nuestra ciudad, y especialmente con las que se ofrecen en los hoteles más caros.

-Estamos en verano –dijo Giselle, meneando la cabeza–. Ya hay muchos problemas a causa de las costumbres francesas. Y el Ministerio de Turismo empezará a cortar cabezas.

-Nuestro amigo Latham lo supo instintivamente. No era una cuadrilla de reparaciones, sólo un hombre con un martillo neumático bajo la ventana. Quizá una escena parecida al título de uno de sus filmes, monsieur Villier. Preludio al beso fatal, si no me equivoco. Es uno de los favoritos de mi esposa.

-Deberían prohibirlo en la televisión –se limitó a decir el actor–. El beso provenía de una frívola actriz más preocupada por los ángulos de toma de la cámara que por el texto que debía decir, y que rara vez recitaba como era debido.

-Por eso era perfecta –afirmaba la esposa–. Su inseguridad era tan evidente que la obsesión que tú representabas era realmente muy verosímil.

El hombre desconcertado que enloquece porque no puede traspasar el misterio de la mujer a quien cree amar. Querido, realmente estuviste muy bien.

-Si parecí aunque fuera tolerable, la causa estuvo en que trataba de conseguir que esa estúpida actuase.

Librodot

-Querido, no creo que monsieur Moreau haya venido aquí para escuchar las quejas de un actor.

-No me quejo, solamente digo la verdad.

-No es la verdad desde el punto de vista del actor.

-Oh, pero me siento fascinado, madame. Mi esposa se aferrará de cada una de sus palabras.

-¿Los interrogatorios policiales no son confidenciales y no pueden salir de los círculos de los funcionarios? –preguntó Giselle.

-Por supuesto.

-Adelante, y hable, Moreau –dijo Jean–Pierre riendo–. Por lo menos, hable con su esposa. Vea, mi esposa es una abogada retirada. Y se lo aclaro por si no lo adivinó. Y la actriz en cuestión hace mucho que abandonó la profesión, y se casó con un barón del petróleo del estado norteamericano de Texas y Oklahoma, no recuerdo exactamente cuál.

-¿Podemos volver al asunto en cuestión, si no tienen inconveniente?

-Por supuesto, madame.

-Si Drew Latham evitó que lo asesinaran, ¿en todo caso ustedes consiguieron recoger información acerca del fallido asesino?

-Si, sabemos una cosa. Que está muerto, baleado por monsieur Latham.

-¿Identificación?

-Ninguna. Excepto tres pequeños tatuajes sobre el pecho derecho.

La imagen de tres rayos. El símbolo de la Blitzkrieg nazi. Latham conjeturó con acierto el origen del atentado, pero ignora qué representan esos símbolos. Nosotros los conocemos... Esos distintivos se asignan de manera muy selectiva, y sólo a un grupo de elite sumamente entrenado que pertenece a la organización general de neonazis. Según nuestros cálculos representan a lo sumo unas doscientas personas en Europa, América del Sur y Estados Unidos. Se las denomina los hombres de la Blitzkrieg, son asesinos, criminales entrenados hábiles en muchos modos de matar, elegidos por su consagración, su capacidad física y sobre todo su voluntad –incluso su necesidad– de matar.

-Psicópatas –dijo la mujer–. Psicópatas reclutados por otros psicópatas.

-Exactamente.

-Que bien pueden haber sido reclutados por diferentes organizaciones ocultas de fanáticos, porque esos grupos les permiten satisfacer sus tendencias naturales a la violencia.

-Coincido con usted, madame.

-¿Y ustedes no informaron a los norteamericanos, o a los británicos o a todo el mundo de la existencia de este... cómo los llamarían... de este batallón de asesinos?

-Por supuesto, se ha informado a los funcionarios más altos, pero a nadie por debajo de esos niveles.

-¿Por qué no? ¿Por qué no a Drew Latham?

-Tenemos nuestros motivos. Hay filtraciones en los rasgos inferiores.

-¿Y nosotros? ¿Por qué se nos informa?

-Ustedes son franceses, y famosos. La celebridad es vulnerable; si hubiese filtraciones, lo sabríamos.

-¿Y?

-Apelaríamos a su patriotismo.

-Eso es absurdo, a menos que se trate de una conspiración para destruir a mi marido.

-Un momento, Giselle...

-Calla, Jean–Pierre, este hombre del Deuxième ha venido por otro motivo.

-¿Qué?

-Madame Villier, usted seguramente fue una abogada extraordinaria.

-Su línea de interrogatorio directo, mezclada con confusas preguntas indirectas, también es muy obvia, monsieur. Su reclamo de que se prohíba a mi marido hacer una cosa (que incluso, según mi opinión, y en vista de sus cualidades, en realidad no representa una amenaza para su vida) y un instante después la revelación de un secreto muy especial, algo extraordinariamente secreto, que si se conoce podría costarle su carrera y su vida.

-Como dije –insistió Moreau– una abogada brillante.

-¡No entiendo una maldita palabra de todo lo que están diciendo!

-exclamó el actor.

-Nadie dice que debes entender, deja el asunto por mi cuenta.

-Giselle miró a Moreau–. Usted nos llevó de un paso al siguiente, ¿verdad?

-No puedo negarlo.

-Y ahora que él se encuentra en una posición vulnerable, sabiendo lo que sabe, ¿qué desea que hagamos? ¿No es ése el interrogante fundamental?

-Imagino que sí.

-Entonces, ¿qué responde a esa pregunta?

-Suspenda la obra, suspenda la representación de Coreolano, diciendo una parte de la verdad. Su marido ha sabido tantas cosas acerca de este Jodelle que no puede continuar, está dominado por los remordimientos, y sobre todo por el odio que siente hacia las personas que llevaron a la muerte al anciano. Ustedes recibirán protección las veinticuatro horas del día.

-¿Y qué dice de mis padres? –gritó Villier–. ¿Cómo podría hacerles esto?

-Hablé con ellos hace una hora, monsieur Villier. Les dije todo lo que podía, incluso hablé del ascenso del movimiento nazi en Alemania. Dijeron que a usted le correspondía adoptar la decisión, pero que también abrigaban la esperanza de que honraría a sus padres naturales. ¿Qué más puedo decirle?

-De modo que debo suspender la obra, y a causa de lo que no dije en público, soy el hombre que está en la mira de sus armas, y otro tanto puede decirse de mi querida esposa. ¿Eso es lo que usted está pidiendo?

-Repito que nunca estará fuera del alcance de nuestra protección. En las calles, los techos, las limusinas blindadas, los agentes apostados en los restaurantes, la policía destacada en los lugares de descanso, mucho más de

lo que será necesario para garantizar su seguridad. Lo único que necesitamos es un miembro vivo de la Blitzkrieg, de modo que podamos saber de donde vienen las órdenes. Hay drogas y otros métodos que convencerán a un asesino de que le conviene hablar.

-¿Nunca capturaron a uno de ellos? –preguntó Giselle.

-Oh, si, hace varios meses atrapamos a dos, pero se ahorcaron en las celdas antes de que pudiésemos someterlos al efecto de los productos químicos. Estos fanáticos psicópatas son individuos consagrados a su causa. Su profesión es la muerte, incluso su propia muerte.

En Washington, Wesley Sorenson, director de Operaciones Consulares, estudió los materiales cablegrafiados desde Londres.

-No puedo creer esto –dijo–. Es realmente increíble.

-Es lo que yo pensé –dijo el joven ayudante de Sorenson, de pie a la izquierda del escritorio–. Pero no podemos desechar fácilmente este material. Esos nombres provienen de Aguijón, el único agente secreto que consiguió infiltrarse en la Fraternidad. Se lo envió para hacer eso, y lo logró.

-Pero Dios mío, hombre, tantos individuos de esta lista son absolutamente irreprochables, y esto no es ni siquiera la lista completa, ¡ciertos nombres han sido omitidos selectivamente! Dos senadores, seis representantes, los directores ejecutivos de cuatro corporaciones importantes, así como media docena de hombres y mujeres destacados de los medios, las caras y las voces que vemos y oímos y acerca de las cuales sabemos todos los días en la televisión, la radio y los diarios... Vea, aquí tiene dos directores de programas y una mujer, y tres comunicadores sociales...

-Del más obeso diría que es posible –interrumpió el ayudante–. Ataca todo lo que según cree quedó de Atila el Huno.

-No todo, eso sería demasiado evidente. Una mente de tercera clase, con un mínimo de educación y cargada de odio, pero no un nazi de buena fe. Es nada más que un bufón con la lengua demasiado ágil.

-Señor, los nombres vinieron del valle de la Fraternidad, no de otro lugar.

-Dios mío, ¡aquí tenemos a un miembro del Gabinete del Presidente!

-Este me desconcierta, se lo aseguro –dijo el jefe de Operaciones Consulares–. Apenas manifiesta inclinaciones políticas... Por otra parte, las personas de esta clase saben engañar con suma maestría. Hubo nazis en el Congreso a fines de los años treinta, y comunistas por doquier durante los años cincuenta, si es que uno cree en las investigaciones acerca de la lealtad.

-Joven, la gran mayoría de esas investigaciones fue mera charla –dijo enfáticamente Sorenson.

-Lo mismo digo, señor. Pero hubo acusaciones coronadas por el éxito.

-¿Cuántas? Si recuerdo la estadística, y la recuerdo, el número de personas mencionadas específicamente por ese hijo de puta de Hoover y ese farsante de McCarthy alcanzo a diecinueve mil setecientos. Y después que pasó el furor, había exactamente cuatro condenas. ¡Cuatro de un total de casi veinte mil! Es decir, un porcentaje bajísimo, y un montón de escándalo

en el Congreso, además del despilfarro de enormes sumas del dinero de los contribuyentes. Por favor, no me recuerde esos viejos tiempos. Yo tenía entonces más o menos la misma edad que usted ahora, y Dios sabe que no era tan inteligente, pero perdí a muchos amigos a causa de esa locura.

-Lo siento, señor Sorenson, mi intención no fue...

-Lo sé, lo sé –lo interrumpió el director de Operaciones Consulares–, y no hay modo de que usted pueda comprender el sufrimiento que esos episodios provocaron, y eso es lo que me preocupa.

-No comprendo, señor.

-¿No es posible que estemos organizando nuestras propias persecuciones? Harry Latham es probablemente el único genio auténtico que la CIA tiene en la primera línea de fuego, un supercerebro a quien no es posible engañar, pero este material viene de otro planeta... ¿o no? ¡Por Dios, es absurdo!

-¿A qué se refiere, señor Sorenson?

-La edad de todas esas personas, son más o menos semejantes... al final de la cuarentena, al principio de la cincuentena, algunos con poco más de sesenta años.

-¿Y qué?

-Hace años, cuando ingresé a la Agencia, llegaron rumores de Bremerhaven –una antigua base de submarinos en la ensenada de Heligoland– que mencionaban una estrategia desesperada de los fanáticos del Tercer Reich, que sabían que habían perdido la guerra. Se la llamó Operación Sonnenkinder, y se basaba en una selección de niños enviados en secreto a muchos lugares de Europa y Estados Unidos, donde los recibían diferentes familias, y los educaban de modo que en la edad adulta ocupasen cargos que les permitieran concentrar el poder financiero y la influencia política. Sus objetivos finales eran crear una atmósfera que llevase... al Cuarto Reich.

-¡Señor, eso es absurdo!

-Y también se vio desmentido por completo. Movilizamos a unos doscientos agentes, además de la inteligencia militar y la ayuda del MI–Seis británico, que siguieron todos los rastros durante un período de dos años. La cosa quedó en nada. Si alguna vez hubo semejante operación, abortó desde el principio mismo.

-No había ni un mínimo de evidencia que demostrase que hubiera comenzado a ejecutarse.

-Pero ahora usted duda, ¿no es verdad, señor Sorenson?

-Sí, aunque esto no me agrada, Paul. Hago todo lo posible para dominar una imaginación que me permita visualizar el campo. Pero yo no estoy en el campo. No estoy en una situación que deba prever los movimientos de alguien en el próximo callejón oscuro, o en la cumbre de una colina durante la noche. Tengo que contemplar todo el paisaje a la luz del día, y no hay modo de que acepte la operación Sonnenkinder.

-Entonces, ¿por qué no rechaza la premisa, y ordena que incineren la lista de nombres?

Librodot

-Porque no puedo. Porque la trajo Harry Latham... Organice una entrevista mañana con el secretario de Estado y el director de la Seguridad en el Departamento de Estado o en Langley. Como yo soy el menos importante, me reuniré donde ellos decidan.

Drew Latham se sentó frente a su escritorio del segundo piso de la embajada norteamericana, y tragó los restos de su tercera taza de café. Después de un solo golpe en la puerta de su oficina, entró una persona. Era Karin de Vries, que parecía muy ansiosa.

-¡Me enteré de lo que sucedió! –exclamó–. Tenía que ser usted.

-Buenos días –dijo Drew–. ¿O ya llegamos al mediodía? Y si trajo su escocés, le doy la bienvenida.

-Está en todos los diarios –exclamó la investigadora de D e I, que se acercó al escritorio y depositó allí la edición del mediodía de L'Express–. ¡Un ladrón intentó robar a un huésped del Maurice, baleó la habitación y fue muerto por un guardia del establecimiento!

-Caramba, la gente de relaciones públicas trabaja de prisa, ¿verdad? Eso es auténtica seguridad, no podría elevar mucho más el nivel.

-Basta, Drew. Usted se alojó en el Meurice, y recuerdo que me lo dijo. Y cuando llamé a la policía del distrito me aseguraron –muy desconcertados– que no disponían de información.

-Caramba, en París todos protegen el aflujo de los dineros del turismo. Y es lógico que así sea. Esta clase de cosas sólo le sucede a la gente como yo.

-Entonces, usted fue la víctima.

-Ya lo dijo. Sí, fui yo.

-¿Está bien?

-Creo que eso ya me lo preguntaron, pero sí, estoy bien. Todavía me siento mortalmente asustado... suprima lo de mortalmente. Pero estoy aquí, vivo y alerta, y ambulatorio. ¿Desea ir a almorzar, adonde usted desee, excepto el último local que me recomendó?

-Todavía debo trabajar unos cuarenta y cinco minutos.

-Puedo esperar a que usted termine. Acabo de finalizar una entrevista con el embajador Courtland y su colega el embajador Kreitz, de Alemania. Probablemente continúan hablando, pero mi estómago ya no soporta el intercambio de disculpas y excusas.

-En ciertos aspectos, usted se parece a su hermano. Le desagrada la autoridad.

-La corrijo –dijo Latham–. A ambos nos desagrada la autoridad cuando no sabe de lo que habla, y eso es todo. A propósito, viene de Londres mañana o pasado mañana. ¿Desearía verlo?

-Con todo mi corazón. ¡Adoro a Harry!

-Marque dos tantos contra mi hermano.

-¿Como dice?

-Es un pedante.

-No entiendo.

-Su intelecto es tan superior que uno no puede alcanzarlo, ni hablar con su dueño.

-Oh, sí, lo recuerdo muy bien. Tuvimos maravillosas conversaciones acerca de las sucesivas explosiones de religiosidad que pasaron de Egipto a Atenas y Roma, y se prolongaron incluso en la Edad Media.

-Tres puntos contra Harry. ¿Dónde vamos a almorzar?

-Donde usted lo sugirió ayer. La cervecería que está frente al Gabriel, no lejos del café en que hablamos.

-Es probable que nos vean juntos.

-Ahora eso no importa. Hablé con el coronel. Comprende perfectamente: "No hay problemas".

-¿Qué más dijo Witkowski hoy?

-Bien... –De Vries inclinó la cabeza y habló en voz baja– dijo que usted no era su hermano.

-¿En qué sentido no lo soy?

-No es importante, Drew.

-Quizá lo sea. ¿En qué sentido?

-Digamos, que usted no es el erudito que es Harry.

-Harry solía desconcertar a los tontos... Almorzamos en una hora, ¿de acuerdo ?

-Yo haré la reserva, me conocen. –Karen de Vries salió de la oficina, y cerró la puerta de manera mucho más discreta que la primera vez.

El teléfono de Latham llamó. Era el embajador Courtland.

-Sí, señor, ¿de qué se trata?

-Kreitz acaba de salir, Drew, y lamento que usted no estuviese aquí para escuchar el resto de lo que él tuvo que decir. Su hermano no sólo sacudió un nido de avispas; sencillamente lo destrozó.

-¿De qué está hablando?

-Kreitz de todos modos no podría haberlo dicho ante usted; por una cuestión de seguridad. Es un secreto tan absoluto, que incluso yo tuve que conseguir aprobación para confirmarlo.

-¿Usted ?

-El hecho de que Heinrich haya hablado a pesar de la prohibición de Bonn, en la medida en que Harry es su hermano y llegará aquí mañana, supongo que los grandes jefes de la inteligencia consideraron que era inútil mantenerle afuera del círculo.

-¿Qué hizo Harry? ¿Encontró a Hitler y a Martin Bormann en un bar gay sudamericano?

-Ojalá la cosa fuese tan insignificante. Su hermano trajo listas de su operación alemana, nombres de partidarios neonazis que revistan en el gobierno de Bonn y la industria, así como listas equivalentes que corresponden a Estados Unidos, Francia e Inglaterra.

-¡El bueno de Harry! –exclamó Latham–. Él nunca hizo las cosas a medias, ¿verdad? ¡Maldito sea, estoy orgulloso de ese anciano caballero!

-Drew, usted no entiende. Algunos –no, muchos– de esos nomhres corresponden a las personas más destacadas de nuestros respectivos países,

hombres y mujeres de elevado perfil y excelente reputación. Todo es tan extraordinario.

-Si Harry trajo eso, tiene que ser auténtico. Sobre la tierra nadie podría convertir a mi hermano en traidor.

-Sí, eso es lo que me dijeron.

-Entonces, ¿cuál es el problema? ¡Vamos a atrapar a los canallas! Una infiltración profunda no es solo cuestión de semanas o meses o incluso años. Puede ser fácilmente una cuestión de décadas, el sueño de los estrategas de todos los grupos de inteligencia que usted pueda concebir.

-Es tan difícil entender esto...

-No intente comprender. ¡Al trabajo!

-Heinrich Kreitz rechaza totalmente cuatro nombres de la lista de Bonn... tres hombres y una mujer.

-¿Quién lo convierte a él en Dios omnisciente?

-Tienen sangre judía; perdieron a sus parientes en los campos de concentración, específicamente en Auschwitz y Bergen–Belsen.

-¿Y él cómo lo sabe?

-Ahora están en la sesentena, pero todos fueron alumnos suyos cuando él empezó a enseñar en un colegio secundario; y a todos los protegió de la investigación del Ministerio de la Raza Aria, a riesgo de su propia vida.

-Es posible que lo engañasen. Sobre la base de las dos reuniones que mantuvimos, me parece que es muy fácil engañarlo.

-Usted extrajo esa impresión a causa del académico que hay en él. Como sucede con muchos, es un hombre al mismo tiempo locuaz, pero ninguno de esos defectos contradice su brillo. Es un hombre sagaz que posee enorme experiencia.

-Esto último también podría describir a Harry. No hay modo de que traiga información falsa.

-Me dicen que hay algunos nombres extraordinarios en la lista correspondiente a Washington. La palabra que Sorenson usó fue increíble.

-Lo mismo pasó con Lindbergh; el Espíritu de San Luis estuvo del lado de Goering, hasta que el joven Charlie llegó a la conclusión de que eran individuos perversos, y entonces luchó como un demonio por nosotros.

-No creo que esa clase de comparación se justifique.

-Probablemente no. Sólo intento ilustrar una idea.

-¿Supongamos que su hermano acierta? ¿Que acierta aunque sólo sea la mitad, una cuarta parte, o incluso la mitad de una cuarta parte... o incluso menos que eso?

-Señor embajador, él trajo los nombres. Otros no lo hicieron o no pudieron, de modo que sugiero que usted proceda como si fuese material seguro, hasta que se demuestre lo contrario.

-Lo que usted dice, si lo interpreto bien, es que todos son culpables hasta que se demuestre su inocencia.

-¡Señor, no hablamos de la ley, sino de la reaparición de la peor plaga que el mundo ha visto jamás, sin excluir la peste bubónica! No hay tiempo para la charlatanería legal. Debemos contenerlos ahora.

-Cierta vez dijimos lo mismo acerca de los comunistas, y de los presuntos comunistas, y se comprobó que la gran mayoría de nuestro propio pueblo no merecía la acusación.

-¡Esto es diferente! Estos neos no son una corriente interna, como los nazis durante los años treinta; ellos tuvieron el poder; recuerdan como lo consiguieron. El miedo. Las pandillas armadas recorriendo las calles vestidos con vaqueros, las caras pintadas y el cabello cortado; ¡después vienen los uniformes –incluso las palas y las botas de los Schultsefein, los primeros matones de Hitler– y todo se va al diablo! ¡Hay que detenerlos!

-¿Exclusivamente con los nombres que nos han llegado? –preguntó suavemente Courtland–. Hombres y mujeres tan prestigiosos que nadie sospechará jamás que ni remotamente son parte de esta locura. ¿Y cómo hacemos? ¿Cómo hace cualquiera de nosotros?

-Con personas como yo, señor embajador. Hombres y mujeres entrenados para romper la resistencia y llegar a la verdad.

-Latham, eso tiene un acento de veras desagradable. ¿La verdad de quién?

-¡La verdad, Courtland!

-¿Perdón?

-Discúlpeme... señor Courtland, o señor embajador. ¡El momento de los refinamientos diplomáticos –incluso éticos– ha pasado! Yo podría haber sido un cadáver acribillado en mi cama del Meurice. Esos canallas juegan fuerte, y las apuestas están formadas por el plomo de las armas.

-Creo que entiendo de dónde viene usted...

-Trate de vivirlo, señor. Trate de imaginar su cama de la embajada volada con el explosivo mientras usted se agazapa contra la pared, preguntándose si una de sus esquirlas lo alcanzará en la cara, o el cuello, o el pecho. Ésta es la guerra... una guerra subrepticia, lo admito, pero de todos modos la guerra.

-¿Por dónde comenzaría usted?

-Tengo por dónde empezar, pero quiero la lista de nombres de Harry aquí en Francia, mientras Moreau y yo seguimos la pista que ya tenemos.

-El Deuxième todavía no ha definido lo que hará con los posibles colaboradores franceses.

-¿Qué?

-Ya oyó lo que dije. Pues bien, repito mi pregunta: ¿Por dónde comenzaría?

-Seguiría la pista del hombre que alquiló el automóvil que nuestro famoso y absurdo actor identificó al norte del Pont Neuf.

-¿Moreau le informó?

-Por supuesto. El automóvil de la Montaigne con el cual chocó Bressard no nos sirve de mucho. Viene de Marsella, pero el proceso de alquiler fue tan complicado que se necesitarían semanas para aclarar el origen. Tenemos a este hombre; irá a su oficina a las cuatro de esta tarde. Lo quebraremos, aunque tengamos que apretarle los testículos con una morsa.

-Usted no puede trabajar con Moreau.

-¿De qué habla? ¿Por qué no?
-Está incluido en la lista de Harry.

Librodot

7

Aturdido, Drew salió de su oficina, descendió la escalera circular que conducía al vestíbulo de la embajada, y salió atravesando el portal de bronce, para llegar a la avenida Gabriel. Giró hacia la derecha y se encaminó hacia la cervecería, donde él y Karin de Vries habían decidido almorzar. No solo estaba aturdido, estaba furioso. Courtland había rehusado incluso comentar la asombrosa revelación de que Claude Moreau, jefe del Deuxième Bureau, estaba en la "lista de Harry". Se limitó a dejar suspendida en el aire la extraordinaria declaración, y desechó las protestas de Latham con las palabras: "No tengo nada más que decirle. Colabore con Moreau, pero no le suministre absolutamente nada. Llámeme mañana, y dígame lo que sucedió". Después de impartir estas instrucciones muy precisas, el embajador cortó la comunicación.

¿De modo que Moreau era un neo? ¡Eso era tan verosímil como decir que De Gaulle había sido un simpatizante alemán durante la Segunda Guerra Mundial! Drew no era estúpido; comprendía y aceptaba completamente la realidad de los topos y los agentes dobles, pero remitir el prontuario de Moreau a cualquiera de ambas categorías sin previo examen era un sofisma absoluto. Un oficial que ascendía desde la base después de años de operaciones clandestinas para encabezar una rama tan especializada como el Deuxième, necesitaba someterse al escrutinio de mil pares de ojos, algunos pertenecientes a admiradores y otros a individuos que envidiaban su suerte, y estos últimos decididos a invalidar sus pretensiones con todos los elementos negativos disponibles. Sin embargo, Moreau había sobrevivido a ese desafío; no sólo había sobrevivido, sino que se le había asignado el calificativo de "categoría mundial", una frase que Latham dudaba fuese utilizada desaprensivamente por otro individuo de la misma jerarquía, por ejemplo Wesley Sorenson.

-¡Monsieur! –gritó la voz desde un automóvil en la calle; era evidente que el vehículo del Deuxième lo seguía de cerca–. ¡Entre vous, s'il vous plaît!

-Solamente debo caminar un par de calles –grito Drew, esquivando a los transeúntes para acercarse al cordón–. Como ayer, ¿recuerda? –agregó en su francés simplificado.

-No me agradó lo de ayer, y hoy tampoco me agrada. ¡Por favor, entre! –El automóvil del Deuxième se detuvo mientras Latham abría de mala gana la portezuela y se acomodaba en el asiento delantero.

-Usted exagera, René... ¿o usted es Marc? Me confundo.

-Soy Francois, monsieur, y no me agrada la confusión. Tengo que hacer mi trabajo.

De pronto, hubo una serie de resonantes explosiones, y los proyectiles repiquetearon sobre el cristal de seguridad exterior, en las ventanas laterales, y después salpicaron el parabrisas, cuando un sedán negro se adelantó veloz, deslizándose a través del tránsito.

-¡Cristo! –rugió Drew, aferrando el asiento delantero, la cabeza bajo el tablero–. Usted lo vio venir, ¿verdad?

-Sólo consideré la posibilidad, monsieur –respondió el conductor, respirando con un jadeo, el cuerpo arqueado sobre el asiento. Había frenado el automóvil, y el parabrisas estaba tan astillado que la visión era nula. –Un

automóvil se apartó del cordón cuando usted salió de la embajada. Uno no abandona el estacionamiento en la avenida Gabriel sin buenos motivos, y los hombres de ese automóvil se enojaron cuando yo les cerré el paso y comencé a llamarlo a gritos.

-Le debo una, Francois –se apresuro a decir Latham, y con movimientos torpes se incorporó, se volvió y apoyó los pies en el piso, mientras la gente de la calle se aproximaba cautelosamente al vehículo del Deuxième–. ¿Y ahora qué?

-La policía llegará de un momento a otro, alguien la llamará...

-No puedo hablar con la policía.

-Comprendo. ¿Adónde iba? –A una cervecería que está en la calle siguiente. Del lado del frente.

-La conozco. Vaya allí ahora. Camine con la gente y mézclese con ellos. Muéstrese muy excitado, lo mismo que todos. Cuando salga del coche, camine hasta la cervecería en la actitud más discreta posible. Quédese allí hasta que vayamos a buscarlo y nos comuniquemos por teléfono.

-¿Por quién preguntarán?

-Usted es norteamericano. Jones servirá. Dígale al maître que espera un llamado. ¿Tiene un arma?

-Por supuesto.

-Sea cuidadoso. Es improbable, pero esté preparado para lo inesperado.

-No necesita decírmelo. ¿Y usted?

-Sabemos lo que hacemos. ¡De prisa!

Drew abrió la portezuela, la cerró de prisa e instantáneamente dobló el cuerpo, y después se enderezó, fingiendo el mismo pánico que mostraban todas las personas próximas. Unos momentos después era uno más de la multitud. Modificando a menudo su estatura, caminó de prisa hasta el extremo opuesto de la avenida Gabriel, y mientras miraba alrededor, explorando todos los rincones, de nuevo enfiló hacia la cervecería, para ir al encuentro de Karin de Vries.

Llegó demasiado temprano. Lo advirtió cuando vio el restaurante medio vacío; pero tenía que permanecer lejos de su oficina, lejos de la embajada. De pronto los dos lugares exhibieron una atmósfera que no agradó a Drew, sobre todo después de lo que había sucedido a menos de trescientos metros de distancia. Aún tenía que pensar en todo eso, y reflexionar profundamente.

-Una mesa reservada a nombre de Vries –dijo en inglés al hombre de etiqueta que le salió al encuentro.

-Por supuesto, señor... Monsieur, llega un poco temprano.

-¿Eso representa un problema?

-En absoluto. Venga, lo llevaré a su mesa. La señora prefiere un lugar en el fondo.

-Mi nombre es Jones. Tal vez me llamen por teléfono.

-Lo pasaré a la mesa...

-¿A la mesa?

-En estos tiempos todos tienen teléfono, ¿no? De qué modo la gente puede manejar caminar por la calle en medio del tránsito mientras habla por teléfono, es algo que me asombra. ¡Mon Dieu, no me extraña que el número de accidentes sea tan elevado!

-Dígame –preguntó Latham, pensando de prisa mientras se sentaba–. ¿Puede traerme un teléfono ahora?

-Ciertamente. ¿Local o larga distancia, monsieur?

-Larga distancia –replicó Drew, frunciendo el entrecejo.

-El teléfono está numerado, y el cargo será incluido en su factura.

-Para ustedes debe ser una molestia –dijo Latham.

-Podría serlo, pero no se lo decimos a todos, ni publicitamos la comodidad. Y son tantos los que traen sus propios teléfonos...

-Pero usted me informó de este servicio –lo interrumpió Drew, mirándolo en los ojos.

-Por supuesto. Usted es miembro de la ambassade américaine, ¿n'estce pas? Vino aquí muchas veces, señor Jones.

-Supongo que sí –convino Latham, entregando al maître su tarjeta de crédito–. Pero nunca reservé mesa.

-Merci. ¿Puedo ordenarle una copa o una botella de vino?

-Whisky. Escocés, por favor. –El hombre se retiró, llegó el whisky, y Drew se acomodó en el reservado, sintiendo que le temblaban las manos y se le sonrojaba la cara.

¡Dios santo, de no haber sido por la intervención de ese chofer experimentado y observador lo habrían asesinado en la avenida Gabriel.

¡Habían atentado tres veces contra su vida en el plazo de un día y medio. La primera vez la noche de la antevíspera, la segunda esa mañana en la madrugada, y ahora unos minutos antes! Estaba marcado, y el honor y póstumo de haber muerto en cumplimiento del deber no lo atraía en absoluto. Era indudable que el cáncer nazi estaba difundiéndose a través de Alemania y aún más allá. ¿Hacia dónde, y quién sabía a qué atenerse? ¿Y cuál era el grado de su eficacia, y quién podía calcular ese dato?

La lista de Harry presagiaba las peores consecuencias para los países de la revelación de Karin de Vries en el sentido de que la Fraternidad había invadido las computadoras ultrasecretas de la Agencia para extraer información acerca de la Operación Aguijón ciertamente confirmaba la infiltración en Washington. Por Dios, él había dicho a Villier que los nuevos nazis estaban extendiéndose por doquier, pero eso había sido una hipérbola, un modo de excitar el interés del actor porque él sospechaba el pasado de Villier, la relación con Jodelle y todo lo que ella representaba; y no era el dato menos importante los interrogatorios desaparecidos. Cuando Villier confirmó sus sospechas, Drew se sintió al mismo tiempo reanimado y horrorizado; reanimado porque había apuntado a una verdad indudable, y atemorizado porque eso, en efecto, era la verdad.

Y ahora él era uno de los blancos principales, porque había descubierto la verdad. En concordancia con su teoría de que los agentes de inteligencia muertos no cumplían ninguna finalidad útil, Drew desecharía las

instrucciones recibidas, y procuraría obtener toda la protección que el Deuxième podía suministrarle.

El Deuxième... ¿Moreau? ¿Eso era posible? Al pedir más protección personal a Moreau, ¿no estaba firmando su propia sentencia de muerte? A pesar de todos sus instintos, y al margen de sus convicciones acerca de ese hombre, ¿podía afirmarse que la lista de Harry era exacta? Él no podía creer tal cosa... ¡era absurdo! ¿O no?

El maître retornó a la mesa trayendo el teléfono portátil. Eran apenas las siete de la mañana en Washington, y antes de que el director de Operaciones Consulares comenzara su jornada, Drew Latham necesitaba cierta guía.

-Presione el botón que dice "Parlez" y marque, monsieur –dijo el maître–. Si tiene que hacer otros llamados, toque el botón que dice "Fini", y después de nuevo presione "Parlez" y marque. –Entregó a Drew el teléfono y se alejó. Latham oprimió el botón que decía "Parlez", marcó y en pocos minutos contestó una voz que estaba alerta.

-¿Sí?

-Habla París...

-Pensé que llamaría –lo interrumpió Sorenson–. ¿Harry llegó? Puede hablar, está aplicado el mezclador.

-Llegará en todo caso mañana por la mañana.

-¡Maldición!

-Entonces, ¿está enterado? Me refiero a la información que él trajo.

-Lo sé, pero me sorprende que usted sepa. Hermano o no, Harry no es el tipo que distribuye generosamente los datos secretos, y ahora me refiero a los que son muy secretos.

-Harry no me dijo nada. Fue Courtland.

-¿El embajador? Eso me parece increíble. Es un hombre eficaz, pero no pertenece a este sector.

-Hubo que incluirlo. El embajador de Bonn quebró el secreto, con bastante irritación por lo que he podido saber, con respecto a cuatro agentes posibles que actúan en el marco de su propio gobierno.

-¿Qué demonios está sucediendo? –gritó Sorenson–. ¡Se suponía que todo esto debía quedar en una reserva absoluta hasta que se adoptasen decisiones!

-Alguien apretó el disparador –dijo Drew–. Los corredores empezaron a correr antes de que el árbitro disparase la pistola.

-¿Tiene idea de lo que está diciendo?

-Oh, sí, por cierto que la tengo.

-¡Entonces, maldito sea, explíqueme! Tengo una reunión a las diez con el secretario de Estado y el director general de Seguridad...

-Tenga cuidado con lo que dice –lo interrumpió Latham.

-¿Qué demonios significa eso?

-Las computadoras AA–Zero de la Agencia están comprometidas.

La Brüderschaft –el nombre que utilizan los neos– estaba al tanto de la operación de Harry. El Código Aguijón, los objetivos, incluso el tiempo

presupuesto de la misión, algo más de dos años. Todo eso fue obtenido en Langley.

-¡Todo eso es una auténtica basura, una locura! –rugió el director de Operaciones Consulares–. ¿Cómo lo supo?

-Por una mujer llamada de Vries, cuyo marido era agente de Harry en el antiguo Berlín Oriental. Lo mató la Stasi, y ella está de nuestro lado. Trabaja ahora en la embajada, y dice que tiene que ajustar algunas cuentas. Y yo le creo.

-¿Usted puede estar seguro?

-Nada absolutamente sólido, pero creo que sí.

-¿Qué piensa Moreau?

-¿Moreau?

-Si, por supuesto. Claude Moreau, del Deuxième.

-Creí que usted tenía la lista de Harry.

-¿Y qué?

-Está incluido en esa lista. Me ordenaron no decirle nada.

Después de una breve exclamación, el silencio de Washington resultó electrizante. Al fin, Sorenson habló en voz baja, con un acento siniestro.

-¿Quién le impartió esa orden? Courtland?

-Cabe presumir que él la recibió de una autoridad superior... Espere un momento. Usted tiene la lista de Harry...

-Tengo una lista que me enviaron.

-Entonces allí está el nombre de Moreau. ¿Le pasó inadvertido?

-No, porque no está incluido.

-¿Qué...?

-Se entendía que por razones de máxima seguridad, debían "reservarse selectivamente" ciertos nombres.

-¿De usted?

-Ésas fueron las palabras.

-¡Tonterías!

-Sí, lo sé.

-¿Puede imaginar un motivo... cualquiera?

-Estoy intentándolo, créame... En las jerarquías superiores todos saben que Moreau y yo trabajamos estrechamente unidos...

-Sí usted mencionó a Estambul...

-Ésa fue nuestra última misión; hubo otras. Éramos un buen equipo, y siempre que podían los analistas de Washington y París nos unían.

-¿Le parece que ésa es razón suficiente para excluirlo de la lista que usted recibió?

-Quizá –replicó el director de Operaciones Consulares, cuya voz ahora era apenas audible–. Podría argumentarse en ese sentido, pero no sería convincente. Vea, él me salvó la vida en Estambul.

Librodot

-Todos intentamos hacer lo mismo si estamos en una posición apropiada, generalmente partiendo del supuesto de que un día pueden devolvernos el favor.

-Por eso no es un argumento convincente. De todos modos, se forma un vínculo indestructible, ¿no le parece?

-Dentro de ciertos límites, y según las circunstancias.

-Bien dicho.

-Es axiomático... Iré a ver a Moreau esta tarde. Hay una pista relacionada con un automóvil de alquiler al que nuestro actor sorprendió cuando representó el papel de agente secreto. ¿Qué debo hacer?

-Normalmente –comenzó a decir Sorenson–, incluso anormalmente, yo diría que el nombre de Claude en esa lista es ridículo.

-De acuerdo –lo interrumpió Latham.

-Sin embargo, Harry trajo el nombre. El hecho es que no obstante que se trata de su hermano...

-También eso es axiomático –lo interrumpió secamente Drew.

-Me parece casi imposible que engañen a Harry, y que traicione es inconcebible.

-También coincido con eso –masculló Latham.

-Entonces, ¿donde estamos? Si su amiga es sincera, la Agencia ha sido infiltrada, y es evidente que un miembro de la inteligencia francesa o uno de los nuestros vio el nombre de Moreau, y por extensión no confía en mí.

-¡Eso es ridículo! –dijo Drew levantando la voz, y bajándola enseguida cuando algunas cabezas se volvieron varias mesas por delante de su reservado.

-Todo esto me impresiona profundamente. Lo reconozco.

-Llamaré a Harry en Londres. Le diré lo que pensamos.

-Está aislado.

-No para mí. Cuando él tenía catorce años y yo ocho, para escapar de mí y leer uno de sus condenados libros, se trepó a un árbol y no pudo bajar. Dije que lo salvaría si prometía que nunca más intentaría evitarme... tenía bastante miedo ante la idea de descender, ¿comprende?

-Esa clase de juramentos invalidan los secretos del mundo. Si consigue comunicarse con él, le ruego que me llame. Si no puede –y le digo esto con mucha mala voluntad– cumpla la orden del embajador. Coopere con Claude, pero guarde silencio...

Drew oprimió el botón que decía "Fini", tocó el que decía "Parlez", y marcó. El operador del Gloucester Hotel de Londres, después de varios llamados dijo que el señor Wendell Moss no estaba en su habitación. Latham dejó un mensaje sencillo: "Llama París. Insiste. Y entonces llegó Karin de Vries, de hecho corriendo entre las mesas.

-¡Gracias a Dios que está aquí! –exclamó, y se sentó, murmurando las palabras con voz tensa–. La calle en los alrededores de la embajada es un desastre. ¡Un automóvil del gobierno francés fue atacado por los terroristas en la avenida Gabriel! –Karin se interrumpió bruscamente, al advertir la mirada inexpresiva en los ojos de Drew. Ella frunció el entrecejo en silencio,

y sus labios formaron la palabra "usted". Él asintió; la mujer continuó diciendo:

-¡Tiene que salir de París, y de Francia! Regresar a Washington.

-Puedo darle mi palabra... o mejor, aprovecho su propia palabra... el peligro allí no será menor que el que puedo correr aquí. Y quizá en Washington me liquiden más fácilmente.

-¡Pero han intentado matarlo tres veces en el espacio de dos días!

-Lo intentaron en el espacio de treinta y cinco horas. Estuve contándolas.

-No puede permanecer aquí, lo conocen demasiado.

-Me conocen más en Washington. Incluso es posible que allá haya un comité de recepción con el cual no simpatizo mucho. Por otra parte, Harry vendrá a verme, y tengo que hablar con él. Es necesario.

-¿Ésa es la razón de que haya hablado por teléfono?

-Él y otra persona. Un hombre de Washington en quien confío... En quien no tengo más remedio que confiar. De hecho, mi jefe. –Llegó un camarero y de Vries pidió un Chardonnay. El servidor asintió y cuando ya se retiraba Latham le entregó el teléfono portátil.

-Todavía no –lo interrumpió Karin, extendiendo la mano y tocando el brazo de Drew. El camarero se encogió de hombros y comenzó a alejarse. –Perdóneme, pero es posible que usted haya ignorado un par de problemas.

-Eso es muy posible. Como usted señaló, me dispararon tres veces en treinta y tantas horas. Descontando el entrenamiento en el polígono, donde usaban salvas, es más o menos la mitad de todas las armas que me dispararon en el curso de mi carrera. ¿Qué olvidé? Todavía recuerdo mi nombre. Es Ralph, ¿verdad?

-No trate de mostrarse divertido.

-¿Qué demonios resta? Para su dominio, tengo la automática sobre el regazo, y si mis ojos se desvían de tanto en tanto, es porque estoy dispuesto a usarla.

-Hay policía por toda la avenida Gabriel; ningún terrorista podría dar el golpe en esas circunstancias.

-Usted es una mujer muy versada en el lenguaje de la profesión.

-Estuve casada con un hombre que fue baleado y que disparó más veces que lo que podía recordar.

-Y yo lo olvidé. La Stasi. Lo siento. ¿Qué quería decirme?

-¿Dónde lo visitará Harry?

-En mi oficina o en el Meurice.

-Sugiero que sería absurdo que usted regrese a cualquiera de esos dos lugares.

-Es posible que hasta cierto punto usted tenga razón.

-Concédame que tengo toda la razón del mundo. Estoy en lo cierto, y usted lo sabe.

-Admitido –dijo de mala gana Latham–. Hay mucha gente en la calle, un arma podría estar a pocos centímetros de mi persona, y yo no lo sabría. Y si la CIA ha sido infiltrada, la embajada es un juego de niños. ¿Entonces ?

Librodot

-Su superior en Washington. ¿Cómo le explicó el ataque en la avenida Gabriel? ¿Qué protección aconsejó?

-Ninguna, porque no se lo dije. Es una de esas cosas de las que uno habla después... Tiene un problema más grande, mucho más grave que mi supervivencia.

-¿De veras usted es tan caritativo, monsieur Latham?

-De ningún modo, madame de Vries. Las cosas se suceden con tal rapidez, y el problema que ambos afrontamos es tan grave, que no quise sobrecargar su cerebro.

-¿Puede decirme cuál es este problema?

-Me temo que no.

-¿Por qué no?

-Porque usted preguntó.

Karin de Vries se recostó en el respaldo de la banqueta, y llevó la copa de vino a los labios.

-Usted todavía no confía en mí, ¿verdad? –dijo en voz baja.

-Estamos hablando de mi vida, señora, y de un hongo letal que comienza a extenderse por todo mi cuerpo, y que me inspira mucho miedo. Y asustará a todo el mundo civilizado.

-Drew, usted está hablando desde muy lejos. Yo hablo desde lo inmediato, en un "primer plano".

-¡Es la guerra! –murmuró Latham, con un murmullo gutural, los ojos brillantes–. ¡No me venga con abstracciones!

-¡Yo les entregué a mi marido en esta guerra! –dijo Karin, inclinándose hacia adelante–. ¿Qué más necesita de mí? ¿Qué más pide para otorgar su confianza?

-¿Por qué la necesita tan angustiosamente?

-Por la más sencilla de todas las razones, la que le expliqué anoche. Vi a un hombre hermoso destruido por un odio que él no pudo controlar Lo consumió, y durante meses e incluso años yo no pude entender, y, al fin lo comprendí. ¡Él tenía razón! Una pútrida nube de horror se elevaba sobre Alemania, de hecho en el Este más que en el Oeste... "un perverso monolito; ansían la aparición de líderes estridentes, pues nunca cambiarán", fue el modo de expresarse de Freddie. ¡Y tenía razón! –Emocionalmente agotada, con lágrimas en los ojos cerrados, De Vries habló en un murmullo. –Fue torturado y muerto porque había descubierto la verdad –concluyó con voz monótona.

Encontró la verdad. Drew estudió a la mujer que estaba enfrente, y recordó cuánto se había alegrado en el momento en que descubrió la verdad acerca del padre de Villier, el viejo Jodelle. Y después, cómo se asustó porque era la verdad. No era posible falsificar las líneas paralelas de su reacción y la reacción de Karin frente a los hechos revelados. No podían mentirse ellos mismos, y, ciertamente no atinaban a disimular la cólera que cada uno sentía, porque era excesivamente sincera.

-Está bien, está bien –dijo Latham, cubriendo brevemente las manos unidas de Karin con su propia mano izquierda que estaba libre–. Le diré lo

que pueda sin dar nombres, porque esos los puedo mencionar después... según las circunstancias.

-Acepto eso. Es parte del ejercicio, ¿verdad? Atención a los productos químicos.

-Sí. –Los ojos de Drew se desviaron rápidamente hacia la entrada y las mesas vecinas, con la mano derecha fuera de la vista. –La clave es el padre de Villier, su padre natural.

-¿Villier el actor? Las versiones publicadas en los diarios...¿el anciano que se suicidó en el teatro?

-Más tarde completaré los datos, pero por ahora supongamos lo peor. El anciano era el padre de Villier, un miembro de la Resistencia descubierto por los alemanes y que llegó a enloquecer en los campos de concentración, hace muchos años.

-¡Hubo un anuncio en los diarios de la tarde! –dijo de Vries, separando sus propias manos y aferrando la izquierda de Drew–. Ha decidido suspender la representación de la pieza, la reposición de Coriolano.

-¡Eso es estúpido! –escupió Latham–. ¿Explicaron el motivo de esa actitud!

-Algo acerca de ese anciano y del hecho de que Villier estaba muy perturbado...

-Más que estúpido –la interrumpió Latham–. ¡Es realmente grotesco! ¡Él es un blanco tan riesgoso como yo mismo!

-No comprendo.

-No hay modo de que pueda entenderlo, y de un modo absurdo todo esto está vinculado con mi hermano.

-¿Con Harry–?

-Los antecedentes recogidos por el espionaje acerca de Jodelle –el padre de Villier– fueron robados de los archivos de la Agencia...

-¿Como el material de las computadoras AA–Zero? –preguntó Karin, interrumpiéndolo.

-Gozaban de una protección igualmente segura, créame. En esos archivos estaba el nombre de un general francés que no traicionó sencillamente porque los nazis lo indujeran; en realidad era uno de ellos. Un converso fanático adherido a la causa de la raza de los amos.

-¿Qué puede importar eso ahora? Un general que vivió hace tantos años... sin duda ahora está muerto.

-Es posible, o tal vez no; carece de importancia. Pero lo que sucede ahora es algo que él desencadenó. En Francia hay una organización que recauda millones de todo el mundo y los transfiere a los neos de Alemania. Lo mismo que la atrajo a París, Karin.

De Vries de nuevo se recostó en el respaldo del reservado, apartando su mano de Drew, los ojos muy grandes, mirando desconcertados al hombre.

-¿Qué tiene que ver todo esto con Harry? –preguntó ella.

-Mi hermano trajo una lista de nombres, ignoro cuántos, que incluye a los simpatizantes neo que se encuentran aquí en Francia, en el Reino Unido y en mi propio país. Entiendo que es un material explosivo, una lista de

Librodot

hombres y mujeres influyentes, incluso políticos poderosos, de quienes nadie sospecharía de participación en dichas sectas.

-¿Y cómo consiguió Harry esos nombres?

-No tengo la más mínima idea. Por eso debo verlo, hablar con él.

-¿Por qué? Lo veo muy perturbado.

-Porque uno de esos nombres es un individuo con quien estoy trabajando, un hombre en cuyas manos puse mi vida sin pensarlo dos veces. ¿Qué le parece?

-En realidad, no lo entiendo.

-Señora, hay un viejo truco, utilizado por los viejos cultivadores de manzanas; según he leído, suelen depositar los mejores frutos formando la capa superior de un barril en venta, mientras debajo están las manzanas podridas.

-Continúo sin entenderlo.

-¿Por qué no? Probablemente es una anécdota apócrifa.

-Usted se parece a su hermano, pero sin su claridad.

-Claridad es lo que necesito que él me aporte ahora.

-Por supuesto, acerca de ese hombre con quien usted está cooperando.

-Sí. No puedo creerlo, pero si Harry tiene razón, y me reúno con él esta misma tarde, que es lo que pienso hacer, tal vez sea el preludio de la decisión más estúpida que yo podría adoptar. Fatalmente estúpida.

-Rechace la entrevista. Dígale que ha sucedido algo importante.

-Preguntará de qué se trata, y en este momento tiene todo el derecho del mundo a saberlo. Entre otras cosas no tan incidentales, un empleado muy eficiente de ese hombre me salvó la vida hace apenas media hora en la avenida Gabriel.

-Quizá el incidente estuvo destinado a sugerirle esa impresión.

-Sí, esa es otra de las alternativas posibles. Señora, veo que usted tiene experiencia.

-He estado en muchos lugares –admitió Karin de Vries–. Se trata de Moreau, Claude Moreau, del Deuxième Bureau, ¿verdad?

-¿Por qué sugiere eso?

-D e I recibe las comunicaciones de entrada y salida de todo el mundo cada veinticuatro horas. El nombre de Moreau apareció dos veces, la noche de la antevíspera, cuando usted fue atacado por primera vez, y más tarde la mañana siguiente, cuando llegó el embajador alemán. El esquema era evidente. Varios colegas comentaron que no recordaban la última vez que un miembro, y mucho menos el jefe del Deuxième, se hubiese acercado a la embajada.

-Por supuesto, no confirmaré su sugerencia.

-No necesita hacerlo, y coincido totalmente con usted. Relacionar de cualquier modo a Moreau con los neos me parece ridículo.

-Exactamente lo que dije a Washington hace menos de diez minutos. De todos modos, Harry trajo a colación el nombre. Usted conoce a mi hermano. ¿Es posible que lo hayan engañado?

-De nuevo me viene a la mente la palabra ridículo.

-¿Que esté traicionando?

-¡Jamás!

-De modo que diré, como hizo mi veterano jefe, que trabajó con Moreau allá lejos y hace tiempo, y que también coincide con nosotros:

"¿Donde demonios estamos?"

-Tiene que haber una explicación.

-Por eso necesito hablar con Harry... Pero, un momento. Veo que usted tiene una actitud muy firme con respecto a Moreau. ¿Lo conoce?

-Sé que la inteligencia de Alemania Oriental le temía mortalmente, lo mismo que después los neos, pues él identificó los vínculos entre la Stasi y los nazis antes que nadie, excepto quizá su propio hermano Harry. Freddie lo vio una vez, durante un informe en Munich, y regresó exuberante, afirmando que Moreau era un genio.

-Recapitulemos: en realidad, ¿dónde estamos?

-En el inglés de Estados Unidos hay una expresión que es típicamente norteamericana –dijo Karin–. "Entre una roca y un lugar duro". Creo que conviene usarla aquí, por lo menos hasta que usted pueda hablar con Harry, lo cual en beneficio de su propia seguridad no podrá ser ni en el Meurice ni en la embajada.

-Son los únicos números que usted tiene –protestó Drew.

-Desearía solicitarle que una vez más confíe en mí. Tengo en París amigos que provienen de los viejos tiempos en Ámsterdam, amigos en quienes usted puede confiar. Si lo desea, daré un paso más y suministraré sus nombres al coronel.

-¿Para qué? ¿Por qué?

-Pueden ocultarlo, y de ese modo usted podrá continuar operando en París; están a menos de cuarenta y cinco minutos de la ciudad. Y yo misma puedo llegar a Moreau con la explicación más plausible que existe... la verdad, Drew.

-Entonces, usted conoce a Moreau.

-Personalmente no, pero dos miembros del Deuxième me entrevistaron antes de que yo ingresara en la embajada. Le aseguro que el apellido De Vries me permitirá reclamar la cortesía de una entrevista personal con él.

-Le creo. Pero, ¿cuál es la verdad? ¿Que él mismo es sospechoso?

-Otra verdad. Hubo tres intentos contra su vida, y al margen de su preocupación natural...

-Llámelo por su verdadero nombre –la interrumpió Latham–. La palabra es miedo. Las tres veces casi me liquidaron, y tengo los nervios un poco sobresaltados... En otras palabras, tengo miedo.

-Muy bien, eso es sincero; y él lo aceptará... Al margen del temor por su propia vida, usted debe reunirse con su hermano, que llega en avión de Londres –día y hora desconocidos– y no puede arriesgar la vida de Harry mostrándose a la luz del día. Usted pasará a la clandestinidad por unos días, y hablará con él cuando reaparezca. Por supuesto, no tengo la más

Librodot

mínima idea del lugar en que usted se encuentra. –Hay un gran vacío. A saber, ¿por qué usted es mi enlace?

-Aquí tenemos otra verdad que desplaza a la mentira, y será confirmada por el coronel Witkowski, un pilar de la inteligencia a quien todos respetan. El confirmará que mi esposo trabajó con su hermano. Moreau supone que usted sabía eso, y por consiguiente comprenderá fácilmente por qué usted acudió a mí para que actuase como su intermediaria.

-Otros dos huecos. –Drew la presionó tranquilamente, otra vez miró nervioso alrededor, y contempló la cervecería ahora atestada. –Uno, que yo no sabía... Witkowski tuvo que informarme; y dos, ¿por qué no utilicé al coronel?

-Los veteranos como Stanley Witkowski, hombres astutos e incluso brillantes de los "malos tiempos", como usted dijo, conocen el orden jerárquico mejor que cualquiera de nosotros. Para conseguir que se hagan las cosas, que se las ejecute realmente, él tiene que operar desde su cubículo. Ahora está en condiciones de confirmar las cosas, no de promoverlas. ¿Comprende eso?

-Es una de las cosas a las cuales siempre me opuse; pero sí, comprendo. Ponemos a algunos de nuestros mejores cerebros en un cómodo retiro, sea porque se acerca el momento de la jubilación, o porque nunca llegaron a ser tan prestigiosos que pudieran aspirar a una categoría superior. Es una actitud tan absurdamente tonta, en especial en nuestra profesión, porque los individuos discretos son siempre los que permiten que los "famosos" tengan éxito. Cuántas leyendas del mundo de la clandestinidad se convirtieron en leyendas porque se sometieron a la guía de los individuos discretos... Disculpe, de nuevo estoy chapurreando; de este modo puedo olvidar la posibilidad de que en esta cervecería muy Parisiense alguien se ponga de pie y me dispare un tiro.

-Es muy improbable –dijo de Vries–. Estamos cerca de la embajada, y usted no tiene idea de la sensibilidad que demuestran los franceses cuando se manifiesta cierta falta de control sobre el terrorismo.

-Lo mismo sucede con los británicos, pero matan a la gente a las puertas de Harrods.

-No es frecuente, y los ingleses han aislado a su principal enemigo, que ojalá se pudra en el infierno. Los franceses son el blanco de muchos otros. Hay distritos enteros poblados por facciones belicosas formadas por extranjeros– También en los países escandinavos las protestas son cada vez más violentas, sin hablar de los Países Bajos, la gente más pacífica del mundo, donde la derecha y la izquierda chocan constantemente.

-Agregue el caso de Italia, la corrupción mafiosa de Roma, que tiende emboscadas asesinas, los hombres que luchan en el Parlamento, las bombas que estallan. Y España, donde los catalanes y los vascos no sólo portan armas; portan generaciones enteras de resentimiento. Y el Medio Oriente, donde los palestinos matan judíos y los judíos matan palestinos, y cada uno culpa al otro, mientras en Bosnia–Herzegovilla hay masacres enormes entre personas que solían convivir, y al parecer nadie está dispuesto a hacer nada. Es un panorama universal. El descontento, la sospecha, los insultos... la violencia. Es como si estuviera conformándose un enorme y terrible diseño.

-¿Qué quiere decir? –preguntó de Vries, mirando fijamente a Drew.

-Todo eso significa materia prima para los nuevos nazis, ¿comprende?

-No había considerado las cosas en escala tan grande. Implica una amplitud casi melodramática, ¿no le parece?

-Piense en ello. Si la lista de Harry es exacta, aunque sea a medias, ¿cuánto tiempo los descontentos de todo el mundo estuvieron siendo abordados y adoctrinados con la idea de que es posible resolver sus agravios, y los ofensores aplastados una vez que se imponga el nuevo y grandioso orden?

-Éste no es el "nuevo orden" del cual ustedes los norteamericanos han hablado. Lo que ustedes proponen es una agenda mucho más benévola.

-Pensemos de nuevo. Supongamos que se trata de un Código cifrado que se refiere a otra cosa, un "nuevo orden" que retrocede cincuenta años. El Nuevo Orden del Reich, que durará mil años.

-¡Eso es absurdo!

-Sí, lo es –convino Latham, apoyando la espalda en el respaldo del asiento, y jadeando–. Lo he llevado a su culminación porque usted tiene razón, no puede ser. Pero gran parte de ello puede ser, aquí mismo, en Europa, en los Balcanes, y en Medio Oriente. Y después, ¿cuál es el paso siguiente? ¿Después de los múltiples alzamientos de la gente contra la gente, de una religión contra otra, de las nuevas naciones que se desprenden de las antiguas?

-Estoy tratando de seguir su razonamiento, y no soy estúpida. Como podría decir Harry: ¿donde está la claridad?

-¡Las armas nucleares! Compradas y vendidas en los mercados internacionales, y quizá, en vista de los millones que han acumulado, hay un número excesivo en manos de la Fraternidad, de la nueva religión, la cura y quizá con el tiempo el refugio de todos los descontentos del mundo, atraídos hacia ellos, convencidos de que son invencibles. Sucedió durante la década de los 30, y no podemos decir que es mucho lo que ha cambiado por referencia a esas circunstancias.

-Usted excede mis posibilidades mentales –dijo Karin, mientras bebía su vino–. Yo combato una enfermedad contagiosa, como usted la llamó, que mató a Freddie. Usted percibe un Apocalipsis inminente que yo no puedo aceptar. Hemos superado esa etapa en el marco de la civilización.

-Ojalá la hayamos superado, abrigo la esperanza de haberme equivocado, y deseo fervorosamente no pensar más de ese modo.

-Usted posee una imaginación extraordinaria, muy parecida a la de Harry, excepto que él era un individuo... es un individuo que tiene sang–freud. Nada es hasta que se lo analiza sin emoción.

-Es extraño que usted diga eso; ahí está la diferencia entre nosotros. Mi hermano fue siempre un individuo tan frío, sin sentimientos, o por lo menos eso creía yo, hasta que una prima nuestra, una muchacha de dieciséis años, murió a causa de cierto tipo de cáncer. Éramos jovencitos, y yo lo encontré llorando desesperadamente detrás del garaje. Cuando traté de ayudarlo lo mejor que pude, me gritó y dijo: "¡Jamás digas a nadie que lloré, porque si lo haces te aplicaré una doble maldición!" Por supuesto, tonterías infantiles.

Librodot

-¿Y usted reveló lo que había visto?

-No, era mi hermano.

-Hay algo que usted no me dice.

-Santo Dios, ¿esto es un confesionario?

-De ningún modo. Solamente deseo conocerlo mejor. Eso no es un delito.

-Está bien, yo adoraba a ese muchacho. Era tan inteligente, y tan bondadoso conmigo, me ayudaba a preparar los exámenes, y a redactar las composiciones, y en la universidad incluso me elegía los cursos, y siempre me decía que yo era mejor que lo que creía ser, y que solamente necesitaba concentrar la atención. Nuestro padre estaba siempre lejos, en una de sus excavaciones, de modo que, ¿quién venía a verme en la universidad, quién gritaba más fuerte que nadie en los encuentros de hockey?... Harry, precisamente él era.

-Usted lo ama, ¿verdad?

-No sería nada sin él. Por eso casi amenacé estrangularlo si no me permitía ingresar en su profesión. No le agradó, pero estaba formándose una organización bastarda llamada Operaciones Consulares, que aparentemente necesitaba tipos que supieran pensar. Yo encajaba en esa descripción, y me aceptaron.

-El coronel dijo que usted era un magnífico jugador de hockey en Canadá. Y también agregó que hubiera debido ir a Nueva York.

-Fue un intermedio, un equipo provisional, y me pagaron bastante bien, pero Harry se fue a Manitoba y me dijo que yo tenía que crecer. Fue lo que hice; el resto es lo que soy. ¿Concluyeron las preguntas?

-¿Por qué se muestra tan hostil?

-En realidad, no soy hostil. Señora, soy bueno en lo que hago, pero como usted señaló y repitió hasta la náusea, no soy Harry.

-Tiene sus propios atributos.

-Demonios, sí. Los elementos básicos de las artes marciales, pero créame, no soy ningún experto. Todos esos cursos acerca del interrogatorio y la manipulación de los enemigos, los aspectos psicológicos y químicos; las técnicas de supervivencia y cómo determinar qué flora y qué fauna es comestible... todo eso está muy arraigado.

-Entonces, ¿qué es lo que lo molesta?

-Ojalá pudiera decirlo, pero no me conozco yo mismo. Creo que es la ausencia de autoridad. Hay una rígida cadena de mandos, y no puedo esquivarla... ni siquiera estoy seguro de que desee hacerlo. Es lo que dije antes, los "discretos" saben más que yo,.. y ahora no puedo confiar en ellos.

-Présteme su teléfono, por favor.

-Está preparado para llamadas de larga distancia.

-Si pulsa las teclas F cero uno ocho usted puede retornar a París y sus alrededores. –De Vries pulsó los números que conocía de memoria, esperó varios momentos y dijo: –Estoy en el distrito seis, por favor organicen un control. –Cubrió el micrófono y miró a Drew. –Una sencilla visita de intercepción, nada fuera de lo común. –De pronto, la mirada de Karin se clavó en el piso, la cara rígida, el mentón hundido en el cuello. Se puso de

pie y gritó: –¡Fuera! ¡Todo el mundo fuera de aquí! –Aferró el brazo de Latham, lo arrancó del reservado y continuó gritando: –¡Todos! –rugió en francés–. ¡Dejen las mesas y salgan! ¡Les terroristes! –El éxodo masivo fue caótico; varias vidrieras cayeron destrozadas cuando los comensales huyeron, chocando con los camareros y los ayudantes, corriendo en busca de todas las salidas posibles, mientras el personal administrativo desconcertado y furioso trataba de contener la estampida, y después imitaba de mala gana el curso general. Ya en la avenida Gabriel, todos vieron horrorizados que el fondo de la cervecería volaba en pedazos; el impacto de la explosión destrozó lo que restaba de las vidrieras, enviando fragmentos de vidrio hacia la calle, para enterrarlos en las caras y atravesar las ropas y clavarse en los brazos, los pechos y las piernas. Un verdadero pandemonio en la calle, mientras Latham caía sobre el cuerpo de Karin de Vries.

-¿Cómo lo supo? –gritó Drew, mientras guardaba el arma en su cinturón–. ¿Cómo lo supo?

-¡Ahora no hay tiempo! ¡De pie! ¡Sígame!

Librodot

8

Corrieron por la avenida Gabriel hasta que llegaron a una tienda de frente amplio y profundo, un joaillier, cuyas costosas joyas brillaban más intensamente en la relativa penumbra. Karin lo empujó hacia la entrada; sin aliento, los dos trataron de respirar antes de que Latham hablase.

-Maldición, amiga, ¿qué sucedió? Usted dijo que estaba llamando a un control de intercepción, ¡pero de pronto estalló el infierno! Quiero una respuesta.

-Nunca hubo tal control –replicó de Vries, todavía tratando de recuperar el aliento–. En cambio, alguien se acercó al teléfono y gritó: "Tres hombres de negro, corren por la calle de un lugar a otro. ¡Quieren encontrar a su amigo!" Antes de que yo pudiese formular preguntas, vi dos baguettes que rodaban por el piso en dirección a nuestro reservado.

-¿Baguettes? ¿Hogazas de pan?

-Pequeñas hogazas, Drew. Pan artificial. Explosivos plásticos diez veces más poderosos que las granadas.

-Dios mío...

-Hay un taxi en la próxima esquina. ¡De prisa! –Todavía sin aliento, se acomodaron en el asiento trasero de un taxi, y Karin indicó al conductor una dirección del distrito Marais. –En una hora regresaré a la embajada.

-¿Está loca? –la interrumpió Latham, y volvió la cabeza para mirarla–. La han visto conmigo, usted misma lo dijo. ¡La matarán!

-No lo harán si regreso en un período razonable... y me comporto como si hubiese sufrido un terrible shock... bastante histérica, aunque no descontrolada.

-Palabras –dijo Drew con acento brusco y despectivo.

-No, sentido común esencial en una situación frágil que exige que yo regrese cuanto antes a mi rutina normal.

-Repito, usted está loca. ¡No sólo estuvo conmigo, sino que fue la persona que lanzó la advertencia! Usted desencadenó la estampida.

-Lo mismo habría hecho cualquiera que entrase en el Gabriel, después de ver a todos esos policías y los patrulleros, y de oír que los terroristas habían baleado un automóvil. Santo Dios, Drew, dos hogazas de pan –aunque fuesen reales– rodando hacia un reservado mientras un hombre de suéter negro y una gorra con visera salía corriendo, y chocaba con un camarero, ¡caramba!

-Usted no me habló de ningún hombre que saliese corriendo...

-Con un grueso suéter, en este tiempo primaveral, la cara oculta... casi derribo a un camarero que llevaba una bandeja.

-O a cualquier camarero.

-Le diré de pasada que ningún camarero de una cervecería Parisiense arrojaría hogazas de pan como si fuesen pelotas.

-Está bien, está bien, usted puede explicar todo eso, pero no el hecho de que estaba conmigo.

Librodot

-Manejaré ese asunto de un modo que cualquier francés, terrorista o no, comprenderá. Realizaré varios llamados telefónicos para confirmar el hecho.

-¿Qué llamados telefónicos? ¿Acerca de qué y a quién?

-A personas de la embajada, por supuesto a la sección D e I primero, después a la mesa de entradas, y finalmente a unos pocos que son conocidos indiscretos, entre ellos el ayudante principal de Courtland y el secretario del primer agregado. Les diré que estuve con usted en el restaurante que fue víctima de un atentado, que escapamos, que usted desapareció que yo estoy frenética.

-¡Con eso sencillamente conseguirá subrayar el hecho de que estuvimos juntos!

-Por una razón muy distinta que nada tiene que ver con su trabajo, del cual nada sé, porque nuestra relación es muy reciente.

-¿Y cuál sería la razón?

-Nos conocimos el otro día, nos sentimos mutuamente atraídos, y es evidente que marchamos hacia una relación más personal.

-Es lo mejor que usted ha dicho hasta ahora.

-No lo tome literalmente, monsieur Latham, es nada más que una cobertura. El hecho es que como podemos suponer que la embajada ha sido infiltrada, la versión circulará rápidamente.

-¿Usted cree que la rama Parisiense de los neos la aceptará?

-No tienen alternativa, y eso en dos niveles. Si es mentira, me vigilarán, porque supondrán que usted intentará comunicarse conmigo y de ese modo podrán encontrarlo; si es la verdad, bien, no se justifica que pierdan tiempo conmigo. En cualquiera de los dos casos, estoy en condiciones de ayudarlo desde mi puesto de trabajo.

-Como un homenaje a Freddie, comprendo –dijo Drew, sonriendo amablemente mientras el conductor ingresaba en el Marais–, pero todavía creo que usted está corriendo un riesgo tremendo, amiga.

-¿Puedo decirle algo acerca de su lenguaje?

-Como guste.

-Su empleo irregular pero constante de la palabra "amiga" implica una actitud evidente de superioridad.

-No es esa la intención.

-Probablemente no. Incluso así, es una contradicción cultural inconsciente.

-¿Cómo dice?

-Al usar la palabra "amiga", le asigna un sentido peyorativo, como si dijera "muchacha", o peor aún, "mujer de la calle".

-Me disculpo –sonrió Latham, también ahora amablemente–. He utilizado esa palabra más veces que las que puedo recordar con mi madre, y le aseguro que nunca le di un sentido... ¿cómo dijo?...peyorativo.

-Una madre puede aceptarlo como una expresión de cariño en la intimidad de la familia. Yo no soy su madre.

-Caramba, no. Ella es mucho más bonita y no riñe tanto como usted.

-¿Riñe...? –de Vries examino atentamente la cara del norteamericano, y percibió el humor en sus ojos. –Se echó a reír y le tocó el brazo. –Le otorgo el punto que me concedió en la mesa de la cervecería. A veces, tomo las cosas demasiado en serio.

-No importa. Ahora comprendo por qué usted y Harry se llevan bien. Usted analiza, vuelve a evaluar las cosas, y las analiza otra vez. Todo se convierte en una colección de círculos, ¿verdad?

-No, no es así, porque en algún punto de esos círculos hay una tangente que arranca y lleva a otra cosa. Invariablemente la verdad.

-¿Me creerá si le digo que comprendo lo que acaba de decir?

-Por supuesto. Su hermano tenía razón hace años, usted es mucho mejor que lo que cree ser... Pero por otra parte, no necesita decirme estas cosas.

-No, no necesito. Ahora mismo quiero saber adónde vamos, o mejor dicho adonde voy yo.

-A lo que ustedes los norteamericanos llaman una casa estéril, es decir un lugar intermedio donde se confirman sus credenciales antes de despacharlo a un refugio.

-¿Las personas a quienes usted llamó desde el restaurante, desde la cervecería?

-Sí, pero en este caso usted será enviado inmediatamente. Yo confirmaré su identidad.

-¿Quiénes son esas personas?

-Es suficiente decir que están de nuestro lado, del suyo y del mío.

-Para mí no es suficiente, amiga... disculpe, señora De Vries.

-En ese caso, puede detener el taxi, descender, arreglarse solo, y que lo cacen como un animal hasta que consigan derribarlo.

-No necesariamente. Tal vez yo no soy Harry, pero tengo ciertas cualidades que me han servido en diferentes aprietos. ¿Le digo al conductor que detenga la marcha, o usted me informará con exactitud adónde vamos y a quiénes veremos?

-Usted necesita protección en este momento, y reconoce que no sabe en quién puede confiar...

-¿Y usted afirma que yo debo confiar en personas a las cuales no conozco? –la interrumpió Latham–. Usted merece que la internen en un manicomio. –Se inclinó hacia adelante, y habló al chofer –Monsieur, s'il vous plaît, arrêtez le taxi...

-¡Non! –fue la orden muy firme de Karin–. No es necesario –continuó diciendo en francés al conductor, que se encogió de hombros y retiró el pie del freno–. Está bien –continuó ella, mirando a Drew–, ¿qué quiere hacer? ¿Adonde desea ir? ¿O prefiere que yo descienda con el fin de que no sepa donde está ? Siempre puede comunicarse conmigo en la embajada... sugeriría que use un teléfono público, pero no necesito recomendarle eso. Seguro que usted no tiene mucho dinero encima, y no debe ir a su banco, como no debe ir a la oficina, a su apartamento o al Meurice; todos esos lugares seguramente están vigilados. Le daré lo que tengo, y más tarde podemos hacer otros arreglos... Por Dios, decídase. Tengo que comenzar a

ejecutar muy pronto mi propia estrategia...¡en unos minutos más, con el fin de que me crean!

-Habla en serio, ¿verdad? Me prestaría dinero, saldría, y permitiría que yo me haga humo, sin saber dónde estoy.

-Por supuesto, hablo en serio. No es lo mejor, y creo que usted es un maldito estúpido, pero es obstinado, y no puedo hacer nada para remediarlo. Es mucho más importante que conserve la vida, vea a Harry, y continúe con el asunto que nos interesa. Cada día que pasa la nueva dirección nazi sobrevive, y sus miembros se atrincheran cada vez mejor.

-Entonces, usted no insiste en llevarme con sus viejos amigos de Ámsterdam. –Las palabras de Latham no eran una pregunta.

-¿Como podría hacerlo? Usted no quiere escucharme, de modo que yo no insisto.

-Entonces, lléveme con ellos. Usted tiene razón, realmente no sé en quién confiar.

-Usted es imposible. Supongo que por lo menos advierte eso.

-No, no soy imposible. Sólo soy muy prudente. ¿Mencioné que he sido baleado tres veces en menos de treinta y seis horas, y hace diez minutos alguien trató de enviarme al infierno con una bomba? Oh, sí, señora, soy muy prudente.

-Créame, usted adoptó la decisión apropiada.

-No tengo alternativa. Y ahora bien, ¿quiénes son estas personas?

-La mayoría alemanes. Hombres y mujeres que detestan a los neos más que cualquiera de nosotros... ven cómo su país está siendo pisoteado por los supuestos herederos del Tercer Reich.

-¿Viven aquí, en París?

-Y en el Reino Unido, en los Países Bajos, en Escandinavia y los Balcanes... en todos los lugares en que creen que la Brüderschatt opera. Cada célula tiene un número reducido de miembros, quince o veinte personas, pero actúan con la famosa eficiencia alemana, y están financiados por un grupo de líderes y empresarios industriales alemanes, que no solo desprecian a los neos sino que temen que puedan destruir la imagen de la nación, y por lo tanto su economía.

-Se diría que son el reverso de la Fraternidad.

-¿Cuál cree que es el factor que está destruyendo al país? Eso es exactamente lo que son, y lo que tienen que ser. Bonn adopta actitudes políticas; las empresas tienen un carácter práctico. El gobierno debe buscar los votos de un electorado heterogéneo; el sistema financiero por encima de todas las cosas debe evitar que lo aíslen de los mercados mundiales, a causa del espectro de un renacimiento nazi.

-Estas personas, sus amigos –estas "células"–, ¿tienen un nombre, un símbolo, algo que los identifique?

-Sí. Se autodenominan los Antinayous.

-¿Qué clase de nombre es ese?

-En realidad no lo sé, pero su hermano se echó a reír cuando Freddie se lo dijo. Afirmó que tenía que ver algo con la antigua Roma y con un

historiador llamado Dión Casio. Harry dijo que el nombre se ajustaba a las circunstancias.

-Harry es un verdadero diccionario –masculló Drew–. Recuérdeme que debo reemplazar mi enciclopedia... Está bien, vamos a ver a sus amigos.

-Están a sólo dos calles de aquí.

Wesley Sorenson se había decidido. No había pasado toda su vida adulta al servicio de su patria para verse apartado de una información esencial a causa de la iniciativa de un burócrata del servicio de inteligencia, que estaba extrayendo una conclusión errónea e insultante. En resumen, Wes Sorenson era un hombre que estaba enojado, y no veía motivos para disimular esa cólera. No había aspirado al cargo de director de Operaciones Consulares; lo había convocado un Presidente lúcido, que percibía la necesidad de coordinar los servicios de inteligencia, de modo que alguna de sus ramas no frustrase los objetivos del Departamento de Estado en el período de la Posguerra Fría. Había respondido al llamado abandonando un agradable retiro, en el cual gracias a una familia adinerada, no necesitaba que se le pagase una pensión. De todos modos, habría merecido sobradamente esa pensión, de la misma manera que había conquistado el respeto y la confianza de toda la comunidad de inteligencia. Expresaría sus sentimientos en la conferencia a la cual debía asistir en un rato más.

Lo introdujeron en la enorme oficina donde el secretario de Estado Adam Bollinger estaba sentado detrás de su escritorio. Frente al secretario, en uno de los dos sillones, el cuerpo medio vuelto para saludar, había un negro alto y corpulento, de poco más de sesenta años. Era Knox Talbot, director de la CIA, ex alto oficial de inteligencia en Vietnam, y un intelecto notable que había amasado varias fortunas en los mundos traicioneros del comercio y el arbitraje. Sorenson simpatizaba con Talbot, y lo divertía siempre el modo en que disimulaba su brillo con un humor presuntamente humilde, y una demostración de inocencia muy ingenua. En cambio, el secretario Bollinger era un problema para el director de Operaciones Consulares. Sorenson reconocía la agudeza política del secretario de Estado, incluso su jerarquía internacional, pero en ese hombre había cierta superficialidad que lo inquietaba. Era como si todo lo que decía y hacía estuviese calculado, fuese artificial, y careciera de un compromiso apasionado, un hombre frío con una sonrisa luminosa que trasuntaba cierto encanto aparente, pero escasa calidez.

-Buenos días, Wes –dijo Bollinger, con una sonrisa meramente oficial, pues esa reunión era muy importante, y no había tiempo para refinamientos; él deseaba que sus subordinados lo supieran.

-Hola, espía máximo –agregó Knox Talbot, sonriendo–. Parece que nosotros los neófitos necesitamos un poco de refuerzo.

-Knox, en nuestra agenda no hay nada que ni remotamente sea divertido –observó el secretario, su mirada neutral apartándose de los papeles depositados sobre el escritorio, y clavándose en Talbot.

-Adam, tampoco ayudará adoptar una actitud rígida –replicó el director de la CIA–. Nuestros problemas pueden ser inmensos, pero varios pueden resolverse con una sonrisa.

-Considero que esa declaración es casi irresponsable.

Librodot

-Considérela como le plazca, pero sugiero que mucho de lo que sabemos de la Operación Aguijón es realmente irresponsable.

-Únase a nosotros, Wesley –dijo Bollinger mientras Sorenson se acercaba al sillón que estaba a la derecha de Talbot, y se sentaba–. No negaré –continuó diciendo el secretario de Estado– que la lista de Latham es abrumadora, pero debemos considerar la fuente. Yo le pregunto, Knox, ¿en la CIA hay un agente encubierto más experimentado que Latham?

-Por lo que sé, no existe –replicó el jefe de la CIA–, pero eso no excluye que lo hayan desinformado.

-Eso supone que su cobertura fue revelada a la dirección de los neos.

-Nada sé de eso –dijo Talbot.

-Pues así fue –dijo Sorenson sin rodeos.

-¿Qué?

-¿Qué?

-Hablé con el hermano de Harry –dijo Sorenson–. Es uno de mis hombres, y lo supo por una mujer que está en París, la viuda de un agente de Latham en Berlín Oriental. Los neos estaban al tanto de todos los datos acerca de Aguijón. Nombre, objetivo, incluso la duración que se calculaba para esa misión.

-¡Eso es imposible! –exclamó Knox Talbot, y su cuerpo grueso se inclinó hacia adelante, mientras la cabeza grande se volvía hacia Sorenson, con un destello ominoso en los ojos negros–. Esa información está tan bien guardada que sería imposible revelarla.

-Pruebe sus computadoras AA–Zero.

-¡Están intactas!

-No es así, Knox. Usted tiene en el gallinero secreto una persona que en realidad es un zorro.

-No le creo.

-Acabo de darle todos los detalles del asunto, ¿qué más necesita?

-¿Quién demonios podría ser?

-¿Cuántas personas operan las computadoras AA–Zero?

-Cinco, con tres suplentes, cada uno investigado hasta el día en que nació. Todos aprobados totalmente, absolutamente blanqueados, y yo acepto ese veredicto por completo, a pesar de mi evidente rechazo de la frase. ¡Por Dios, son algunas de nuestras figuras principales en el campo de la alta tecnología!

-Knox, uno de ellos está manchado. Uno de ellos se deslizó a través de las redes impenetrables.

-Los someteré a vigilancia total.

-Usted hará algo más que eso, señor director –dijo Adam Bollinger–. Someterá a vigilancia a todos los individuos que están incluidos en la lista de Harry Latham. Dios mío, podríamos tener en las manos una conspiración global.

-Por favor, señor secretario, ni siquiera estamos aproximadamente cerca de esa situación. Todavía no. Pero debo preguntarle, Knox, ¿quién tachó el nombre de Claude Moreau de la lista que me enviaron?

Librodot

Con evidente asombro, Talbot pestañeó, y después reaccionó rápidamente.

-Lo siento, Wes –dijo en voz baja–. Se hizo por indicación de una fuente fidedigna, un veterano de la inteligencia, que trabajó con los dos en Estambul. Dijo que ustedes dos mantenían una relación muy estrecha, que Moreau le salvó la vida en los Dardanelos cuando usted estaba destacado en Mármara. Nuestro hombre no estaba seguro de que usted adoptase una actitud objetiva. Eso es todo. ¿Cómo lo supo?

-Alguien aprobó una lista que fue enviada al embajador Courtland...

-Tuvimos que hacerlo –interrumpió Talbot–. Los alemanes comunicaron la lista, y Courtland se encontró en un aprieto diplomático...

¿El nombre de Moreau estaba incluido?

-Vaya por los descuidos de la Agencia.

-Un error, un error humano, ¿qué más puedo decir? Hay un número excesivo de máquinas que escupen datos con demasiada velocidad... Pero en su caso, la justificación era comprensible. Un hombre le salva la vida, y usted se apresurará a defenderlo. Quizá sin querer, una especie de tanteo impulsado por la simpatía, incluso puede darle a entender que se ha comenzado a someterlo a un examen microscópico.

-No si uno es profesional, Knox –dijo secamente el jefe de Operaciones Consulares–, y creo que yo alcancé ese nivel.

-Por Dios, de eso no cabe la más mínima duda –coincidió Talbot, asintiendo–. Usted estaría ocupando mi lugar si se mostrase dispuesto a aceptarlo.

-Nunca lo quise.

-De nuevo me disculpo. Pero ya que estamos en el tema, ¿qué opina de la inclusión de Moreau?

-Creo que es absurda.

-Lo mismo puede decirse acerca de veinte o veinticinco nombres más, y eso sólo en Estados Unidos; y cuando usted considera los colaboradores y asociados, termina con un grupo de más de doscientas personas en altos puestos. Hay setenta, poco más o menos, en el Reino Unido y en Francia, y esa cifra puede multiplicarse por diez. Entre ellos hay hombres y mujeres a quienes consideramos auténticos patriotas, y, al margen de las simpatías políticas que quizá no nos agraden, personas a quienes respetamos. ¿Puede decirse que Harry Latham, uno de los mejores y de los más inteligentes, es un emboscado, un agente encubierto que perdió la cabeza?

-Es difícil imaginarlo...

-Y ésa es la razón por la cual todos los hombres y las mujeres incluidos en esta lista deberán ser investigados a partir del momento en que pudieron caminar y hablar –anunció enfáticamente el secretario de Estado, su boca transformada en una fina línea–. Hay que buscar debajo de cada piedra, y obtener información que haga que las investigaciones del FBI parezcan un modelo de pobreza intelectual y material.

-Adam –protestó Knox Talbot–, ése es el territorio del FBI, no el nuestro. Eso está explicado claramente en la "carta de los cuarenta y siete".

Librodot

-Al demonio con la carta. Si hay nazis merodeando por los corredores del gobierno y la industria, y las supuestas artes, tenemos que encontrarlos y denunciarlos.

-¿Con qué autoridad? –preguntó Sorenson, mientras estudiaba la cara del secretario de Estado.

-Con mi autoridad, si así lo desea. Yo asumo la responsabilidad.

-El Congreso puede oponerse –insistió el director de Operaciones Consulares.

-Al demonio con el Congreso, lo único que se necesita es cierta discreción. Santo Dios, por lo menos pueden hacer eso, ¿verdad? Ustedes son parte de la administración, ¿no es cierto? Caballeros, se la denomina la Rama Ejecutiva, y si el Ejecutivo, la propia presidencia, puede destruir la influencia nazi en este país, la nación se sentirá eternamente agradecida. Ahora, a trabajar, a coordinar y a traerme resultados. Nuestra conferencia ha concluido. Tengo una cita con uno de esos productores de los programas televisados de los domingos. Voy a anunciar la nueva política del Presidente acerca del Caribe.

En el corredor del Departamento de Estado, Knox Talbot se volvió hacia Wesley Sorenson.

-Fuera de comprobar que él está manipulando nuestras computadoras AA–Zero, no tengo estómago para nada de todo esto.

-Primero renunciaré –dijo el jefe de Operaciones Consulares.

-Ése no es el modo –replicó Knox Talbot–. Si renunciamos, él encontrará un par de individuos a quienes pueda controlar en serio. Sugiero que ambos permanezcamos y "coordinemos" discretamente con el FBI.

-Bollinger excluyó esa posibilidad.

-No, se opuso específicamente e invalidó el programa de los 47 puntos que prohíbe que usted y yo actuemos en el plano interno. Hemos analizado sus palabras, y llegamos a la conclusión de que en realidad él no desea que actuemos de manera inconstitucional. Es probable que después nos lo agradezca. Demonios, los acólitos que rodeaban a Reagan hacían lo mismo todo el tiempo.

-Knox, ¿Bollinger no vale la pena ?

-No, él no vale la pena, pero nuestras organizaciones sí. He trabajado con el jefe del FBI. No está obsesionado con su propio dominio, no es Hoover. Es un tipo decente, un ex juez a quien se consideró un hombre de espíritu equitativo, y conoce muchas maniobras especiales. Lo convenceré de que todo lo que tiene que hacer es guardar silencio e investigar a fondo, pero formular aportes concluyentes. Y miremos de frente el asunto, es imposible ignorar a Harry Latham.

-Todavía creo que el juicio acerca de Moreau es un error, un terrible error.

-Quizá hay otros por el estilo, pero asimismo puede pensarse en la existencia de otros que no se encuentran en esa situación. Lamento decirlo, pero Bollinger en eso tiene razón. Yo me comunicaré con el FBI, y usted ocúpese de Harry Latham.

Librodot

-Veo otro problema, Knox –dijo Sorenson frunciendo el entrecejo–. ¿Recuerda toda la basura de la década de los 50, la farsa de McCarthy?

-Por favor –contestó el funcionario negro–. Yo cursaba el primer año de la universidad, y mi padre era un abogado especializado en derechos civiles. Dijeron que era comunista, y tuvimos que trasladarnos a Wilmington a Chicago, de modo que mis dos hermanas y yo pudiéramos asistir al Colegio. Caramba, lo recuerdo perfectamente.

-Asegúrese de que el FBI entienda la posible semejanza. No queremos arruinar la reputación o incluso la carrera de nadie a causa de acusaciones irresponsables... o peor, de los rumores constantes. No queremos la prepotencia federal; tenemos que ser profesionales discretos.

-He convivido con los matones armados, Wes. Es prioritaria la necesidad de cortarles el paso. Rigurosamente profesionales, rigurosamente discretos, ésa es la consigna.

-Ojalá tengamos buena suerte –dijo el director de Operaciones Consulares–, pero la mitad de mi cerebro, en el supuesto de que yo posea ese órgano, me dice que estamos en aguas peligrosas.

La casa estéril de los Antinayous en el distrito Parisiense de Marais estaba guarnecida por dos mujeres y un hombre instalados en un cómodo apartamento, sobre una tienda elegante en la rue Delacort. Las presentaciones fueron rápidas; Karin de Vries se encargó de la mayor parte de la conversación, y explicó las necesidades de Drew Latham y lo hizo de un modo inmediato y enfático. La mujer de cabellos grises que estaba a cargo del grupo conferenció brevemente con sus colegas.

-Lo enviaremos a la Maison Rouge de Carrefour. Monsieur, usted tendrá todo lo que necesite. Karin y su finado esposo siempre colaboraron con nosotros. Buena suerte, señor Latham. La Brüderschaft debe ser destruida.

El viejo edificio de piedra denominado la Maison Rouge había sido inicialmente un hotelito económico, convertido después en un edificio de pequeñas oficinas económicas. De acuerdo con la nómina de inquilinos, albergaba a oficinas como una agencia de colocaciones de trabajadores manuales, una firma de plomeros, un impresor, una agencia de detectives privados especializados en "procedimientos de divorcio", así como una serie de tenedores de libros, mecanógrafos, servicios de portería y oficinas en alquiler, de las cuales no había ninguna vacante. En realidad, sólo la agencia de colocaciones y el impresor eran auténticos; el resto no estaba en la guía telefónica de París, al parecer porque habían quebrado o suspendido sus actividades durante cierto período (corregido paulatinamente en los anuncios fijados sobre las puertas). En lugar de ellos había habitaciones individuales y dobles, y una serie de mini suites, todas completas, con teléfonos que no estaban en guía, máquinas de fax, máquinas de escribir, televisores y computadoras personales. Dos estrechos callejones laterales llevaban al fondo, donde había una puerta corrediza oculta, que parecía una alta sucesión de vidrios rectangulares. No debía usarse nunca ese acceso durante las horas del día.

Cada huésped de los Antinayous recibía instrucciones concisas acerca de lo que se esperaba de él o ella, incluso en relación con la ropa (si era necesario se le suministraba el correspondiente atuendo), el comportamiento (no debía reproducir los modales propios de la clase alta Parisiense), la

Librodot

comunicación entre los residentes (absolutamente prohibida a menos que la autorizara "la administración"), y el cronograma exacto de las entradas y las salidas (también debía contar con la aprobación administrativa). El incumplimiento de las normas determinaba la expulsión inmediata, sin apelación posible. Las reglas sin duda eran duras, pero su objetivo era el beneficio general.

Se asignó a Latham una minisuite en el tercer piso; los detalles técnicos lo impresionaron tanto como lo que Karen había denominado "eficiencia alemana". Después de haber sido instruido detenidamente en el funcionamiento del equipo por un miembro de la administración, pasó al dormitorio y se acostó, echó una ojeada a su reloj, y calculó que en poco más de una hora podía llamar a Karin de Vries a la embajada. Deseaba hacerlo cuanto antes; la espera hasta comprobar si la estrategia de Karin había tenido éxito parecía profundamente desagradable, si bien la mentira que ella había ideado era original, e incluso humorística, en vista de las circunstancias. La táctica de Karin era sencilla: se hallaban juntos en la cervecería donde había estallado la bomba; él había desaparecido y ella estaba frenética, ¿Por qué? Porque a Karin ese hombre le parecía encantador, y entre ellos estaba "incubándose una relación amorosa". Una perspectiva interesante, pero inconcebible... pensándolo bien, se dijo Drew, quizá no demasiado interesante. Ella era una mujer extraña, con verdadera razón desbordante de irritación y colmada de recuerdos dolorosos, y su atracción femenina se veía amortiguada por ambas cosas. Era una hija de la angustia europea, de las conmociones nacionales y raciales que estaban envenenando a todo el continente, y Latham no estaba dispuesto a unirse a ese tipo de gente. Se sentía incómodo cuando veía cómo los rasgos definidos pero extrañamente suaves y hermosos, se convertían en una máscara glacial, y los ojos muy grandes eran dos cubos de hielo, en el momento en que el pasado la reclamaba. No, él ya tenía suficientes problemas propios.

Pero entonces, ¿por qué pensaba así acerca de ella? Por supuesto, Karin le había salvado la vida... pero por lo demás, también había salvado su propia vida. La vida de Drew... ¿cómo había dicho Karin? "Quizá todo estaba destinado a que pareciese así". ¡No! Drew estaba harto de los círculos en el interior de otros círculos, en una suerte de dibujo interminable en que no había tangentes que condujesen a una verdad irrefutable. ¿Dónde estaba la verdad? ¿La lista de Harry? ¿La preocupación de Karin? ¿Moreau? ¿Sorenson?... ¡Casi lo habían muerto cuatro veces, y eso era bastante! Tenía que descansar, y después pensar; pero ante todo descansar.

El descanso era un arma, a menudo más poderosa que las armas de fuego, le había dicho cierta vez un veterano entrenador. De modo que con el agotamiento originado en el miedo y la ansiedad, Drew cerró los ojos. El suelo inquieto de todos modos llegó muy pronto.

El duro repiqueteo del teléfono lo despertó; se sentó en la cama y descolgó el auricular:

-¿Sí?

-Soy yo –dijo Karin–. Estoy hablando por el teléfono del coronel.

-Muy bien –interrumpió Latham, frotándose los ojos con la mano izquierda–. ¿Witkowski está allí?

-Pensé que usted podía preguntar eso. Sí, está aquí.

Librodot

-Hola, Drew.

-Los intentos contra mi vida están multiplicándose.

-Eso parece –coincidió el veterano del G–2–. Permanezca escondido hasta que se aclaren las cosas.

-¿Qué grado de claridad deben alcanzar? ¡Stanley, quieren liquidarme!

-En ese caso tenemos que convencerlos de que por el momento no les reportaría ningún beneficio. Usted tiene que ganar tiempo.

-¿Cómo demonios lo consigo?

-Necesito saber más de lo que sé para ofrecerle una respuesta, pero básicamente se trata de lograr que crean que usted es más valioso vivo que muerto.

-¿Qué necesita saber?

-Todo. Sorenson es su jefe, su control máximo. Conozco a Wesley, no muy bien, pero estamos relacionados. De modo que comuníquese con él, garantice mi intervención, y póngame al tanto de todo el asunto.

-No necesito hablar con él. Se trata de mi vida, y ahora adoptaré una decisión en el teatro de los hechos. Tome notas, y después quémelas. –Latham comenzó por el principio, con la desaparición de Harry en los Alpes Hausruck, su captura y su fuga de la Fraternidad; después, la desaparición de los archivos de Washington referidos a un general francés desconocido, y más tarde la relación con Jodelle, su suicidio en el teatro, y la intervención de su hijo Jean–Pierre Villier. En este punto, Stanley Witkowski lo interrumpió bruscamente.

-¿El actor?

-El mismo. Fue tan estúpido que salió a la calle a representar el papel del vagabundo, y retornó con una información que podría ser útil.

-Entonces, ¿el viejo era realmente su padre?

-Confirmado y reconfirmado. Fue miembro de la Resistencia, Capturado por los alemanes y enviado a los campos de concentración, donde perdió el juicio... casi por completo.

-¿Casi? ¿Qué significa eso? Uno está loco o no lo está.

-Una pequeña parte de su persona no lo estaba. Sabía quién era... qué era... y durante casi cincuenta años nunca intentó relacionarse con su hijo.

-¿Nadie intentó relacionarse con él?

-Como sucedió con muchos miles que nunca regresaron, lo dieron por muerto.

-Pero no fue así –observó reflexivamente Witkowski–, solo mentalmente deteriorado, y sin duda una ruina física.

-Por lo que me dicen, era casi imposible identificarlo. De todos modos, no pudo dejar de salir a perseguir a un general traidor que había ordenado la ejecución de su familia y cuyo nombre desapareció con los archivos. Villier confirmó el dato; supo que en el Valle del Loira había alguien. En esa región, viven cuarenta o cincuenta generales retirados, en modestas casas de campo o en residencias más amplias que son propiedad de terceros. Ésa fue su información... eso y el número de licencia de uno de los propietarios, que lo expulso por formular preguntas.

-¿Acerca del general?

-Uno de un total de cincuenta o sesenta que viven en la región. Un soldado que era general hace cincuenta años, debería haber alcanzado los noventa, o incluso más, si todavía vive.

-Desde el punto de vista actuarial, es una posibilidad bastante remota –dijo el coronel–. Los soldados veteranos, especialmente los que estuvieron en combate, rara vez pasan de los ochenta... un rasgo relacionado con las antiguas traumas que en definitiva los afectan más tarde. El Pentágono realizó un estudio hace pocos años, para responder a las preguntas de varios consultores.

-Bastante ingrato.

-Y necesario, cuando se revela información confidencial y la estabilidad mental se deteriora al mismo tiempo que disminuye la salud. Esos viejos soldados generalmente viven aislados, y decaen poco a poco. Si no quieren que los encuentren, es imposible descubrirlos.

-Me parece, coronel, que ahora está exagerando.

-Estoy pensando, maldito sea... Jodelle descubrió algo, y después se suicidó frente al hijo a quien nunca había reconocido, mientras gritaba que ese hombre era su hijo. ¿Por qué?

-Supongo que a causa de que todo lo que supo le demostraba que el enemigo era demasiado imponente, de modo que él no podía enfrentarlo. Poco antes de meterse el cañón en la boca y volarse la cabeza, también gritó que había fracasado... que había fracasado ante su hijo y su esposa. Su derrota era total.

-Leí en los diarios que Villier suspendió la representación de Coriolano, sin razones definidas, excepto que se sentía muy afectado por el suicidio del anciano. El artículo no era de ningún modo claro; en realidad, sugería que el actor conocía cosas de las cuales no deseaba hablar. Por supuesto, lo mismo que yo todos se preguntaron si Jodelle decía la verdad. Nadie desea creerlo, porque la madre de Villier fue una gran estrella y el padre uno de los miembros más respetados de la Comédie Francaise, y ambos viven. Por supuesto, el periodismo no puede llegar a ellos; al parecer se encuentran en una isla privada del Mediterráneo.

-Todo lo cual convierte a Villier en un blanco tan importante como yo, un hecho que aclaré bien a nuestra empleada, la señora de Vries.

-Todo esto es absurdo. Hubiera debido controlar y contener a Villier.

-Estuve pensando en eso, Stanley. Dije que Villier es un estúpido, y en vista de todo lo que hizo, merece el calificativo, pero no es un estúpido ciego. No dudo de que arriesgó su propia vida, confiando en sus disfraces y sus técnicas actorales. De todos modos, no creo ni por un minuto que arriesgase la vida de su esposa o sus padres convirtiéndose en un blanco público de los neos, lo repito, en un blanco.

-¿Usted quiere sugerir que estaba programado?

-Ni siquiera deseo pensarlo, porque Moreau, del Deuxième, fue el último funcionario al tanto del asunto que habló con Villieres antes que éste anunciara que estaba suspendiendo la representación.

Librodot

-No comprendo –dijo Witkowski con voz vacilante–. Claude Moreau es uno de los mejores miembros de la inteligencia francesa. Realmente no lo entiendo, Drew.

-Ajuste el cinturón de seguridad, coronel. Harry trajo una lista de nombres. –Latham procedió a suministrar la inquietante información que su hermano había conocido mientras estaba en poder de los nazis regenerados. Era alarmante y asombrosa la colección de nombres de personas muy influyentes, que al parecer no sólo simpatizaban con los objetivos de la nueva raza de señores, sino que trabajaban activamente en favor de los mismos.

-No sería la primera vez desde la época de las legiones del faraón que las capas superiores de los países se vieran infestadas por los piojos –lo interrumpió Witkowski–. Si Harry Latham trajo esa información, hay que considerar que es absolutamente cierta. Alcanza el mismo nivel elevado que Claude Moreau: inteligencia, instinto, talento y tenacidad; todo junto. En esta profesión no hay hombres mejores que esos dos.

-Stanley, Moreau está en la lista de Harry –dijo tranquilamente Drew. El silencio en el teléfono de la embajada fue tan eléctrico como había sucedido con Sorenson cuando Latham le había suministrado la misma información. –Coronel, supongo que todavía está allí.

-Ojalá no estuviese –masculló Witkosski–. No sé qué decirle.

-¿Qué le parece si mencionamos la palabra basura?

-Ésa es mi primera reacción, pero hay otra, y es igualmente intensa. Se llama Harry Latham.

-Lo sé... por todas las razones que usted mencionó y varias que calló. Pero incluso mi hermano puede cometer un error, y aceptar la desinformación hasta que la analiza. Por eso tengo que hablar con él.

-La señora de Vries explicó que llegará a París en un día o dos, y que usted le dejó un mensaje pidiendo que lo llamase y que insistiera... aunque ahora es evidente que él no podrá comunicarse.

-Ni siquiera puedo darle un número; no está escrito aquí, en el teléfono. Pero usted lo tiene.

-Ese número está sepultado en la maraña de líneas telefónicas clandestinas; por lo menos eso es lo que sucede con la dirección, y no me cabe duda de que es falsa.

-Entonces, ¿qué hacemos?

-Es un abuso de confianza que ni Sorenson ni yo normalmente aprobaríamos, pero dígale a la señora De Vries dónde puede encontrar a Harry en Londres. Partiremos de allí y arreglaremos un encuentro. Aquí viene.

-¿Drew? –dijo Karin, que ahora estaba al teléfono–. ¿Todo está bien en la Maison Rouge?

-De primera, amiga... discúlpeme, ¿qué le parece "mi benévola amiga de sexo femenino"?

-No intente pasarse de listo, no servirá. Los Antinayous pueden ser bastante hostiles, incluso con la gente comprobadamente aliada.

Librodot

-Oh, son excelentes, excepto que todo lo que dicen parece terminar con un signo de admiración.

-Es el idioma, no le preste atención. Ya oyó al coronel, ¿cómo puedo comunicarme con Harry?

-Está en el Gloucester, con el nombre de Wendell Moss.

-Haré los arreglos. Quédese donde está y trate de conservar la calma.

-Eso no es muy fácil. Estoy en este embrollo, pero también estoy al margen del mismo. No puedo decidir las cosas, y eso me molesta.

-No está en condiciones de decidir nada, mi querido amigo. El coronel y yo lo haremos, y procederemos de acuerdo con sus mejores intereses, que son también nuestros mejores intereses.

-De nuevo diré que no tengo más remedio que aceptar, y gracias por el "mi querido". Un toque de calidez resulta agradable en este momento. Aquí hace frío.

-Lo concedo gratuitamente. Como usted hizo con la palabra "amiga", que aplicó a su madre, que es más bonita y menos belicosa que yo. Ahora estamos en familia, pues pocas familias podrían mantener relaciones más estrechas que nosotros, al margen de que nos agrade o no.

-Vea, desearía que estuviese aquí.

-No debería desearlo. Sería una terrible decepción, agente Latham.

A bastante profundidad entre las paredes blanquísimas de la embajada, un miembro de chaqueta blanca del Equipo C, es decir el equipo de la tarde, desconectó el aparato que grababa todo lo que se decía en todos los teléfonos de la embajada; las mezcladoras no afectaban los llamados internos, hecho que ni siquiera el embajador conocía, órdenes de Washington. El encargado de la intersección miró el reloj de la pared; faltaban siete minutos para las cuatro, siete minutos para el fin de su turno, siete minutos para retirar la grabación y reemplazarla subrepticiamente por una cinta virgen. Podía hacerlo. Tenía que hacerlo. ¡Sieg Heil!

Librodot

9

Paciente Nº 28 Harry J. Latham, norteamericano. Agente de la CIA. Clandestino.

Nombre cifrado: Aguijón

Operación terminada: 14 de mayo, 17:30 horas. "Fuga".

Situación actual: Día 6, procedimiento ulterior.

Tiempo estimado que resta: 3 días como mínimo.

6 días como máximo.

El doctor Gerhardt Kroeger estudió la pantalla de la computadora en su nueva oficina de las afueras de Mettmach. Estaban construyendo una clínica integral en las profundidades de los bosques de Vaclabruck; hasta que se terminase el trabajo, podía continuar su investigación, pero desgraciadamente sin experimentación con seres humanos. De todos modos, había bastante que hacer desde el punto de vista de la microcirugía aún poco estudiada y realzada por las mas recientes técnicas láser; pero en este momento los progresos del Paciente Nº 28, cierto Harry Latham eran tan fundamentales como cualquier otro terna. El informe inicial de Londres era magnífico. El sujeto había respondido al interrogatorio bajo la acción de los impulsos electrónicos computados. ¡Excelente!

Harry Latham dejó el teléfono sobre el auricular en su habitación del hotel Gloucester, de Londres. Una ola cálida se difundió por su cuerpo, y evocó gratos recuerdos de escenas del pasado horas de comportamiento y placer en un mundo que había enloquecido. Era un solterón empedernido, pues comprendía era demasiado tarde para compartir sus simpatías o antipatías con otra persona, o imponerlas. Pero si existía una mujer que podía refutar esa conclusión, era Karin de Vries. Freddie de Vries había sido el mejor agente sometido a su control durante los años de la Guerra Fría, pero Harry había identificado su defecto, el defecto que lo convertía en un hombre extraordinario. Dicho con sencillez era el odio un odio sin límites, apasionado. Latham siempre había intentado imponer una actitud de fría neutralidad a las emociones de Vries, pues se repetía a cada momento que su yo interior un día estallaría, y llegaría a traicionarlo. Era un alegato inútil, pues Freddie era un romántico demoníaco, que cabalgaba enceguecido sobre la cresta blanca de la ola sin comprender cuál era el poder que había debajo, prefiriendo la reluciente armadura de Sigfrido desplazándose entre las olas a la fuerza del invisible Neptuno que estaba debajo.

Karin, la esposa de Freddie, comprendía. Cuán a menudo ella y Harry conversaban en Ámsterdam, a solas, mientras Freddie salía a representar el lamentable rol de un mercader de diamantes, engañando a los crédulos actores que representaban las artes más sombrías del espionaje, hasta que le revelaban sus secretos... provisionalmente. Esa misma imagen en definitiva lo destruyó, pues su odio lo condujo a provocar una muerte más, algo que no hubiera debido suceder.

Fue el fin de la leyenda en que se había convertido Freddie de Vries. Harry había tratado de confortar a Karin, pero ella se mostró inconsolable. Karin conocía demasiado bien lo que había llevado a la muerte de su esposo, y juró que actuaría de distinto modo.

Librodot

-¡Olvídelo! –había exclamado Harry–. Usted no conseguirá cambiar nada, ¿me comprende?

-No, no puedo –había replicado Karin–. Abstenerse de hacer algo es aceptar que Freddie nada significaba. ¿Usted no puede comprender eso, mi querido Harry?

En ese momento él no supo qué responder. Su único impulso fue abrazar a esa mujer, a esa compañera intelectual que le inspiraba sentimientos más profundos, para amarla. Pero no era el momento oportuno, y quizá nunca lo sería. Ella había convivido con Freddie muerto había amado a Freddie muerto. Harry Latham había sido el superior de ese hombre, pero no era su igual.

Y ahora, casi cinco años después, ella había regresado a la vida de Harry, viniendo desde París. Lo que era incluso más notable, ¡lo hacía como guardiana de su hermano Drew, un hombre a quien pretendía ejecutar! Por Dios... no, él tenía que imponerse ese control que ya era legendario. Quizá esa jaqueca que parecía acentuarse, era el factor que permitía que su frustración se manifestara cuando normalmente no hubiera debido ser así. De todos modos, por la mañana iría a París en un jet diplomático, para aterrizar en un aeródromo privado del Aeropuerto De Gaulle, y ser llevado por Karin de Vries en un vehículo de la embajada sin señales de identificación.

Se preguntó qué le diría. Cuando la viese, ¿incurriría en el absurdo de decirle cosas impropias? No importaba mucho... El dolor de cabeza era cada vez mas intenso. Fue al cuarto de baño, abrió el grifo y tomó dos aspirinas más. Al mirarse en el espejo, volvió bruscamente los ojos y los clavó en el reflejo de su propia cara. Una especie de sarpullido pálido comenzaba a formarse bajo la sien izquierda, disimulado parcialmente por la raya del cabello. Su sistema nervioso se manifestaba con fuerza. Esos efectos desaparecerían si consumía un antibiótico suave o pasaba unos pocos días en un estado de menor tensión; quizá la visión de Karin de Vries aceleraría la desaparición del síntoma.

Hubo un llamado a la puerta de la suite, probablemente una criada o un camarero que venía a preguntarle si necesitaba algo; era temprano en la mañana, y tales eran las cortesías de los mejores hoteles londinenses. Era bastante temprano, murmuró Harry, mientras pasaba a la sala de estar. ¿Como había pasado el día? ¿Y en efecto había pasado? La palabra más adecuada era "malgastado", pues había dedicado diez horas a afrontar el interrogatorio de su tribunal. Lo habían interrogado ad nauseum, acerca de la información que él traía del valle de la Brüderschaft, en lugar de aceptarla y poner en movimiento el mecanismo. Como para agravar todavía más las cosas, el panel de tres hombres se vio ampliado por varios altos funcionarios de inteligencia del Reino Unido, Estados Unidos y Francia, todos quejosos, decididos a argumentar, y arrogantes. ¿No era concebible que le hubiesen suministrado desinformación, datos erróneos que podían rechazarse fácilmente en vista de la posibilidad de que Alexander Lassiter fuese un agente doble: ¡Por supuesto, eso era concebible! Tal fue la contestación de Harry. Desinformación, información errónea, error humano o de la computadora, el deseo como padre del pensamiento, el fantaseo... ¡todo era posible! A Latham le correspondía confirmar o negar.

Librodot

Su trabajo había terminado; había entregado el material, y esos hombres asumían la función de evaluarlo.

Harry extendió la mano hacia la puerta y habló:

-¿Quién es?

-Aguijón, un nuevo viejo amigo –fue la respuesta que llegó desde el corredor.

¡El Tordo!, pensó Latham, que instantáneamente sintió que se inmovilizaba. Ese Tordo de quien nadie en la Agencia había oído hablar. Harry dio la bienvenida a ese extraño intruso; estaba muy fatigado, casi agotado como para pensar claramente la noche anterior, cuando el impostor de la CIA lo había visitado.

-Nada más que un momento –dijo al visitante en voz más alta– Estoy todo mojado a causa de una ducha, me pondré una bata. –Latham corrió primero hacia el cuarto de baño, se arrojó agua sobre los cabellos y la cara, y después se abalanzó hacia el interior del dormitorio, para quitarse los pantalones, los zapatos, las medias y la camisa, mientras retiraba del armario la bata del hotel. Se detuvo brevemente, y volvió los ojos hacia la mesita de noche; abrió el cajón y extrajo la pequeña automática suministrada por la embajada, y la guardó en el bolsillo de la bata. Regresó a la puerta y la abrió. –Tordo, si recuerdo bien –dijo, mientras permitía la entrada al hombre pálido de cara grisácea, que usaba anteojos con marco de acero.

-Oh, eso –observo el visitante, sonriendo amablemente–. Fue un ardid inofensivo.

-¿Un ardid? ¿Qué quiere decir? ¿Para qué?

-Washington me dijo que usted probablemente estaba exhausto, más ajeno a la realidad que dominándola. De modo que decidí cubrirme en caso de que usted sintiera la necesidad de hacer llamados telefónicos. Washington no quiere que mi participación sea conocida en este nivel. Después, por supuesto, pero ahora no.

-De modo que usted no es el Tordo...

-Sabía que si usaba el nombre cifrado de Aguijón, usted me permitiría entrar –lo interrumpió el hombre–. ¿Puedo sentarme? Permaneceré aquí sólo unos minutos.

-Ciertamente –replicó el desconcertado Harry, con un gesto impreciso en dirección al diván y a varios sillones. El visitante eligió el centro del diván mientras Latham se sentaba en un sillón que estaba frente a una mesa de café. –¿Por qué Washington no quiere que se conozca su presencia... o su participación?

-Lo veo más despierto que la primera vez –dijo el extraño, de nuevo en actitud amable–. Dios sabe que usted no se mostró hostil, pero en todo caso no era el de siempre.

-Estaba muy cansado...

-¿Cansado? –El visitante levantó la voz y enarcó el entrecejo.

-Mi querido amigo, usted casi se desmayó mientras hablábamos. En cierto momento tuve que sostenerlo del brazo para evitar que se desplomase. ¿No recuerda que le dije que volvería cuando hubiese descansado?

Librodot

-Sí, lo recuerdo más o menos, pero por favor conteste a mi pregunta, y mientras estamos en eso muéstreme alguna identificación. ¿Por qué Washington quiere que usted sea un fantasma? Creo que lo contrario sería lógico.

-Sencillamente, porque no sabemos quién es realmente un individuo seguro y quién no lo es. –El hombre extrajo primero su reloj de bolsillo, depositándolo sobre la mesa, y después una tarjeta de identificación de plástico negro; la mantuvo cerrada y la entregó a Latham, pasando el brazo sobre la mesa de café. –Estoy graduando las cosas para evitar que usted se fatigue. Son las órdenes que recibí.

Cuando manipuló el objeto, Harry se vio en dificultades para abrirlo.

-¿Dónde está el cierre? –preguntó, mientras su visitante levantaba el reloj de bolsillo y apretaba la corona–. No puedo encontrar el... –Latham se interrumpió. –Se le dilataron las pupilas, parpadeó un momento, pero después repitió el gesto, se le aflojo la cara, y los músculos tensos ahora parecieron fláccidos.

-Hola, Alex –dijo bruscamente el visitante–. Es su viejo matasanos, Gerhardt. ¿Cómo está, amigo mío?

-Muy bien, doctor, me alegro de escucharlo.

-Nuestra conexión telefónica está mejor esta noche, ¿verdad?

-¿El teléfono? Supongo que sí.

-¿Todo anduvo bien en la embajada?

-;Caramba, no! Esos idiotas insistieron en formular preguntas cuando ellos y no yo deberían encontrar las respuestas.

-Sí, comprendo. Los hombres que están en la otra profesión que usted ejerce... la que nunca mencionamos... se protegen a toda costa, ¿no es así?

-En todas las preguntas que formulan, en cada palabra que dicen. Francamente, es deplorable.

-Seguramente. Y bien, ¿cuáles son sus planes, qué le permiten hacer esos estúpidos?

-Vuelvo a París por la mañana. Iré a ver a mi hermano, y también a una persona con la cual simpatizo mucho. La viuda de un hombre con quien trabajé en Berlín Oriental. Estoy bastante entusiasmado ante la perspectiva de verla otra vez. Ella me recibirá en el aeropuerto, en el complejo diplomático, y esperará en un automóvil de la embajada.

-¿Su hermano no puede ir a recibirlo, Alex?

-No... ¡Un momento! ¿El hermano de Alex?

-No importa –se apresuró a decir el visitante de rostro grisáceo–. El hermano de quien usted habla, ¿dónde está?

-No tiene dirección conocida. Intentaron matarlo.

-¿Quiénes intentaron matarlo?

-Usted lo sabe. Ellos... nosotros lo intentamos.

-Mañana por la mañana, el complejo diplomático. En el Aeropuerto De Gaulle, ¿verdad?

-Sí. Nuestra cita es a las diez en punto.

Librodot

-Excelente, Alex. Que tenga una espléndida reunión con su hermano y la mujer que a usted le parece tan atractiva.

-Oh, Gerhardt, es algo más que su apariencia física. Es muy inteligente, en realidad una erudita.

-Seguramente, pues mi amigo Lassiter es un hombre profundo de muchas facetas. Volveremos a hablar, Alex.

-¿Adónde irá, dónde está usted?

-Están llamándome para que acuda a la sala de operaciones. Tengo que realizar una intervención.

-Sí, por supuesto. ¿Volverá a llamarme?

-Desde luego. –El visitante que usaba anteojos con marco de acero se inclinó hacia adelante sobre el borde de la mesa de café; continuó mirando tranquilamente y con firmeza los ojos neutros de Latham.

-Recuerde, viejo amigo, que debe respetar los deseos de su invitado de Washington. Él cumple órdenes. Olvide su nombre, el que acaba de leer en la identificación. Es auténtico, y eso es todo lo que usted necesita saber.

-Por supuesto. Las órdenes son órdenes, aunque sean estúpidas. Incorporándose a medias, el "visitante" extendió la mano y tomó la identificación, retirándola de la mano izquierda inerte de Harry. La abrió, se acomodó mejor en el diván, y retiró el reloj de bolsillo de la mesita baja. Apretó la corona, hasta que vio que los ojos de Latham volvían a enfocarse bien, advirtió que parpadeaban, y que de pronto tenía conciencia de su entorno, y que los músculos de su cara volvían a afirmarse.

-Bien –dijo el visitante, cerrando con fuerza la identificación. De modo que ahora que usted sabe que soy auténtico, con fotografía y todo, llámeme Peter.

-Sí... auténtico. Pero todavía no entiendo... Peter. Está bien, usted es un espectro, pero, ¿por qué? ¿Quién no es seguro entre los miembros del tribunal?

-No me corresponde preguntarme por qué o quién; soy nada más que una presencia invisible que habla con usted... a decir verdad, creo que esto es una suerte de verso rimado.

-Contrahecho, pero no importa. ¿Cómo podría interrogarse a cualquiera de ellos?

-Quizá no es posible hacerlo individualmente, pero otros fueron investigados, ¿comprende?

-Sí, un verdadero conjunto de payasos. No querían examinar los nombres que yo traje. Sólo deseaban exculpar a muchos de ellos antes de que se activen los microscopios... menos trabajo, y menos posibilidad de pisar los pies de algunos personajes.

-¿Qué le parecen los nombres?

-Lo que a mí me parece no importa, Peter. Por supuesto, varios me parecen absurdos, pero yo estuve en la fuente, fui un confidente de confianza hasta que escapé. Fui un colaborador importante, un creyente en su causa, de modo que, ¿acaso me suministrarían información errónea?

-Dice el rumor que los nazis, los nuevos nazis, quizá ya sabían desde el comienzo quién era usted.

-Eso no es un rumor, eso será el credo para esta gente. ¿Qué demonios haríamos, y con cuánta frecuencia lo haríamos si encontrásemos un topo o un traidor que huyó a la Madre Rusia después de saquearnos? Por supuesto, demostraríamos que somos muy astutos, que llevamos nuestra eficiencia hasta el extremo, y que la información que nos robaron era inútil... aunque eso fuese falso.

-Un verdadero enigma, ¿verdad?

-¿Qué no es un enigma en nuestra profesión? Ahora mismo, para preservar mi propio equilibrio, tengo que eliminar a Alexander Lassiter de mi psiquis. Tengo que volver a ser Harry Latham; mi trabajo ha concluido. Que otros se hagan cargo.

-Coincido con usted, Harry. Mi tiempo también ha terminado. Por favor, recuerde mis órdenes. No nos vimos esta noche... No me achaque la culpa, acháquesela a Washington.

El visitante caminó por el corredor en dirección a los ascensores. Ocupó el primero disponible y descendió un solo piso, y después caminó por el corredor en dirección a su propia suite, directamente debajo de la que ocupaba Latham. Adentro, sobre el escritorio, había una serie de equipos electrónicos. Se acercó a ellos, oprimió varios botones para rebobinar una cinta, y confirmó su exactitud. Se apoderó del teléfono, y marcó un número de Mettmach, Alemania.

-El Cubil del Lobo –dijo la voz tranquila del otro extremo de la línea.

-Habla Tordo.

-Por favor, identifíquese con su señal.

-Enseguida. –El hombre que se hacía llamar Peter extrajo delicadamente un delgado hilo de alambre de su equipo, y lo agregó a un cocodrilo afilado como una navaja, y giró éste alrededor del cordón del teléfono, hasta que hubo una momentánea irrupción de estática en la línea. –El medidor indica paso libre, ¿cómo están allí?

-Bien. Adelante.

-Tordo, si recuerdo bien –comenzó la grabación de la cinta. Ésta continuó hasta el final. –Estoy de acuerdo con usted, Harry... no me achaque la culpa, acháquesela a Washington.

-¿Qué le parece? –preguntó el visitante de Latham.

-Es peligroso –dijo Gerhardt Kroeger en Alemania–. Como la mayoría de los operadores muy clandestinos, está pasando subconscientemente de una identidad a otra. Lo dice con sus propias palabras: "Tengo que eliminar de mi psiquis a Alexander Lassiter". Fue Lassiter durante demasiado tiempo, y está esforzándose por retornar a su propio yo. No es una situación desusada; la persona doble empieza a convertirse en personalidad doble.

-Hizo lo que usted deseaba en un par de días. La lista misma fue suficiente para provocar un estado de shock en nuestros enemigos. No quieren creer en su información, lo dicen con mucha fuerza, pero también están tan atemorizados que no atinan a negarla. Puedo liquidarlo de un solo disparo en el corredor. ¿Lo hago?

-De ese modo la lista de nombres parecería más verosímil. Pero no, todavía no. Su hermano está siguiendo la pista de ese vagabundo senil,

Librodot

Jodelle, y la cosa podría ser catastrófica para nosotros. Por mucho que me inquiete la imposibilidad de seguir el progreso de mi paciente, el movimiento está primero, y debo hacer el sacrificio. Alexander Lassiter nos conducirá al otro Latham que está interfiriendo. Mátelos a los dos.

-No será difícil. Tenemos el itinerario de Lassiter.

-Sígalo, atrápelos y deje solamente los cadáveres. El hijo insurrecto de Jodelle será el siguiente, y así todas las pistas que llevan al Valle del Loira desaparecerán, como sucedió con el Hausruck.

Harry Latham y Karin de Vries se abrazaron como hacen los hermanos y las hermanas después de haber vivido separados durante muchísimo tiempo. Al principio mantuvieron una conversación entrecortada, y cada uno decía excitado al otro qué maravilloso era volver a verse. Después, Karin aferró el brazo de Harry, y volvió con él hacia el sector diplomático, donde Harry fue revisado rápidamente, para pasar más tarde al área restringida que estaba atestada de guardias uniformados, varios de ellos sosteniendo las correas de diferentes perros entrenados para descubrir artículos como los narcóticos y los artefactos explosivos. El automóvil era un Renault negro sin identificación, que no se distinguía de varios miles de vehículos semejantes que recorrían las calles de París. De Vries se instaló al volante, y Harry ocupó el asiento del copiloto.

-¿No tenemos chofer? –preguntó Latham.

-Digamos que no nos permiten tenerlo –replicó Karin–. Su hermano está bajo la protección de los antinayous, ¿los recuerda?

-Muy claramente... para ser exactos, desde la otra noche; estaban esperándome. Fingí que no entendía una palabra de las que mi contacto dijo en el camión, porque si aceptaba la conversación eso me hubiera llevado a una explicación relacionada con Freddie, y por extensión con usted.

-No necesitaba haber temido nada. Estoy cooperando con ellos desde el último año en La Haya.

-Qué agradable verla –dijo Harry, la voz cargada de sentimiento–, y oírla.

-Siento lo mismo, viejo amigo. Desde que supe que la Brüderschaft sabía de usted, me sentí terriblemente preocupada...

-¿Sabía de mí? –la interrumpió bruscamente Latham, los ojos agrandados por el asombro–. ¿No lo dirá en serio?

-¿Nadie se lo dijo?

-¿Como podían decírmelo? No es cierto.

-Es cierto, Harry. Le expliqué a Drew cómo lo descubrí.

-¿Usted ?

-Supuse que su hermano había trasmitido la información.

-¡Por Dios, no atinó a pensar! –Latham se llevó las manos a las sienes, y apretó con fuerza, los ojos fuertemente cerrados, lo cual acentuaba las pequeñas arrugas.

-¿Qué sucede, Harry?

-No lo sé. Un dolor terrible...

-Usted soportó demasiado y durante mucho tiempo. Lo llevaremos al médico.

-No. Soy Alexander Lassiter... Fui Alexander Lassiter, y eso es todo lo que fui para ellos.

-Me temo que no es así, querido amigo. –Karin miró a su antiguo amigo, de pronto alarmada. Había un círculo rojo oscuro en la sien izquierda de Harry; parecía latir. –Harry–, le traje su Coñac favorito, para que podamos celebrar. Está en la guantera. Ábrala y beba un trago. Lo calmará.

-No podían haber sabido –dijo casi ahogado Latham, y con dedos temblorosos abrió la guantera y extrajo la botella de coñac. Usted no sabe lo que dice.

-Quizá me equivoqué –dijo de Vries, ahora asustada–. Beba un trago y cálmese. Nos reuniremos con Drew en una antigua posada de las afueras de Villejuif. Los Antinayous no nos permitirían un encuentro en la casa de seguridad. Cálmese, Harry.

-Sí, sí, eso haré, porque... mi queridísima Karin... usted está equivocada. Mi hermano se lo dirá. Gerhardt Kroeger se lo dirá. ¡Soy Alex Lassiter, y fui Alex Lassiter!

-¿Gerhardt Kroeger? –preguntó la desconcertada De Vries–. ¿Quién es Gerhardt Kroeger?

-Un maldito nazi... y también un magnífico médico.

-Dentro de quince o veinte minutos llegaremos a la posada, donde su hermano nos espera... Hablemos de los viejos tiempos en Ámsterdam. ¿Recuerda la noche que Freddie volvió a casa un poco achispado, e insistió en jugar el juego norteamericano del Monopolio?

-Santo Dios, sí. Extrajo un puñado de diamantes, y dijo que debíamos usarlos, en lugar del papel moneda.

-¿Y la vez que usted y yo bebimos vino y escuchamos a Mozart hasta que fue el nuevo día?

-¿Cómo podría olvidarlo? –exclamó Latham, sorbiendo el coñac y– riendo, aunque sus ojos no aparecían iluminados por la alegría, sino sombríos y hostiles–. Freddie salió de su dormitorio y aclaró bien que prefería a Elvis Presley. De modo que lo expulsamos a golpes de almohada.

-¿Y esa mañana en el café en el Herengracht, cuando usted y yo dijimos a Freddie que no podía saltar al Canal para demostrar su tesis acerca de la contaminación?

-Estaba dispuesto a hacerlo, querida... queridísima Karin. Juro que estaba dispuesto a hacerlo.

La broma inofensiva ocupó los minutos restantes hasta que de Vries entró en la zona de estacionamiento cubierta de grava de la deteriorada posada de Campo, que se levantaba a poca distancia de la ciudad flanqueada por campos cubiertos de maleza, una casa aislada y en realidad no muy sugestiva. La reunión entre los hermanos fue tan cálida como el reencuentro de Harry con Karin... aunque más cálida de parte del más joven de los hermanos. La diferencia estaba en el hermano mayor; había un entusiasmo aparente, pero cierto frío bajo la superficie. Algo inesperado, antinatural.

-Hola, hermano mayor, ¿cómo lo conseguiste? –exclamó Drew después que los tres se sentaron en un reservado, de Vries al lado de Harry–. ¡De modo que tengo una leyenda como hermano!

-Porque Alexander Lassiter fue una persona. Solamente así pudo hacerse.

-Bien, realmente lo lograste... por lo menos hasta cierto punto, lo necesario para llegar aquí.

-¿Estás refiriéndote a lo que Karin te dijo?

-Bien, sí...

-Falso. ¡Totalmente falso!

-Harry, ya dije que podía estar equivocada.

-Estás equivocada.

-Está bien, Harry, está bien. –Drew alzó las dos manos, las palmas hacia adelante. –Pero aunque esté equivocada, es lo que ella oyó decir.

-Fuentes perversas, ilegítimas, sin confirmación.

-Estamos de tu lado, hermano, y tú lo sabes. –El hermano menor miró a de Vries, la expresión dubitativa, perturbada.

-Alexander Lassiter fue auténtico –dijo enfáticamente Harry, y se estremeció al llevarse la mano izquierda a la sien, y frotársela describiendo círculos–. Pregúntale a Gerhardt Kroeger, él te lo dirá.

-¿Quién es...?

-No importa –interrumpió Karin a Drew, meneando la cabeza, es un excelente médico, tu hermano me lo explicó.

-¿Y por qué no me lo explicas a mí, hermano? ¿Quién es este Kroeger?

-De veras te agradaría saberlo, ¿verdad?

-¿Es un secreto, Harry?

-Lassiter puede decírtelo, no creo que yo deba hacerlo.

-¿Por Dios, de qué demonios estás hablando? Tú eres Lassiter, Harry Latham es Lassiter. Acaba con esa estupidez, Harry.

-Me duele, oh, Dios mío, me duele. Algo no funciona conmigo.

-¿Qué es, querido Harry?

-¿Querido Harry? ¿Sabes lo que eso significa para mí? ¿Sabes lo mucho que te amo, que te adoro, Karin?

-Y yo te adoro, Harry –dijo de Vries, y de pronto vio que el mayor de los Latham lloraba y caía sobre su busto–. Sabes que es así.

-Te amo tanto, realmente tanto –continuó Harry, semihistérico, farfullando, mientras Karin lo abrazaba–. Pero me duele tanto...

-Oh, Dios mío –dijo en voz baja Drew, contemplando el espectáculo sorprendente desde su lado de la mesa.

-Tenemos que llevarlo a un médico –dijo de Vries, murmurando. Esto comenzó en el automóvil.

-Tiene razón –coincidió Drew–. Un médico de enfermedades mentales. Estuvo demasiado tiempo en la clandestinidad. ¡Dios mío!

-Llame a la embajada, y consiga una ambulancia. Yo me quedaré con él.

El menor de los Latham se apartó del reservado en el instante mismo en que dos hombres armados se abalanzaron a través de la entrada, ambos con la cara cubierta por medias de seda. El objetivo y la intención eran evidentes.

-¡Agáchense! –gritó Drew, mientras extraía la pistola de la cartuchera, y disparaba antes de que los asesinos se hubiesen adaptado a la semipenumbra del local. Derribó al primer asesino y se zambulló detrás del mostrador, mientras el segundo hombre corría hacia adelante, el arma automática puesta en tiro rápido. Drew se incorporó, y apretó repetidas veces el disparador, vaciando la carga, El segundo asesino cayó mientras los pocos clientes que había en el local corrían histéricos hacia la puerta principal. Latham abandonó el mostrador que ya no le servía. Karin de Vries estaba tendida sobre el piso, su mano izquierda todavía aferrando el brazo de Harry; había tratado de arrastrarlo con ella. Karin vivía, tenía la mano derecha ensangrentada, ¡pero vivía! En cambio Harry Latham estaba muerto. Le habían volado la cabeza, que era una horrible masa de sangre y tejido blanco, con lo que quedaba de su cerebro convertido en una serie de fragmentos, la mitad fuera del cráneo. Drew, la boca deformada en un gesto de espanto, cerró los ojos aterrorizado, y después los abrió con enorme esfuerzo mientras hundía las manos en los bolsillos de su hermano muerto, y extraía la billetera y todos los restantes papeles que podrían conducir a descubrir su identidad. ¿Por qué? No estaba seguro; solamente sabía que tenía que hacerlo.

Después, apartó del reservado a Karin, que sollozaba, y envolviéndole la mano en una servilleta, la alejó de la terrible escena. Gritó al administrador, que se había refugiado en la cocina, que llamase a la policía. Más tarde él se encargaría de las averiguaciones necesarias. No había tiempo para llorar al hermano a quien amaba, ni tampoco era posible en esas circunstancias detenerse a contemplar el cadáver. Necesitaba conseguir un médico para Karin de Vries, y después regresar al trabajo. La Fraternidad tenía que ser destruida; había que hacerlo, aunque eso le llevase el resto de la vida, o se la arrebatase. Era un compromiso que contrajo ante todos los dioses posibles.

-Usted no puede ir a su oficina, ¿no lo comprende? –dijo Karin, sentada sobre una camilla en la sala quirúrgica del médico suministrado por la embajada–. Se difundirá la noticia, y usted podrá considerarse hombre muerto.

-En ese caso, mi oficina tiene que trasladarse conmigo adonde yo esté –dijo Drew, con voz baja e insistente. –Necesito todos los recursos disponibles, en todas partes, y no aceptaré nada menos que eso. La clave es un hombre llamado Kroeger, Gerhardt Kroeger, y yo encontraré a ese hijo de perra. ¡Es necesario! ¿Quién es? ¿Dónde está?

-Es un médico, eso lo sabemos, y seguramente es alemán. De Vries observó con atención al menor de los hermanos Latham, mientras elevaba y bajaba lentamente la mano derecha vendada, de acuerdo con las instrucciones del médico. –Por Dios, Drew, cálmese.

-¿Qué? –preguntó bruscamente Latham, que estaba de pie al lado de Karin, y que ahora apartó la mirada de la mano herida.

-Usted está tratando de imaginar que eso no sucedió, y que carece de sentido. La muerte de Harry le duele tanto como a mí, sin duda más todavía,

pero no lo manifiesta, y eso la está destrozando. Deje de fingir que tiene esa fría eficiencia. Harry era así; usted no.

-Cuando vi lo que le hicieron, me dije que el duelo vendría más tarde. Estoy frenando esa reacción, y es lo que continuaré haciendo.

-Comprendo.

-¿De veras?

-Creo que sí. Usted no puede contener la cólera. Quiere venganza, y eso ocupa el primer lugar.

-Antes usted usó una frase acerca de Harry, al referirse al modo en que él abordaba los problemas o las crisis. Usted lo llamó sang freud, lo que según entiendo significa una actitud serena o desapasionada.

-Así es.

-Mi francés es limitado, y esos otros me lo recuerdan con bastante frecuencia, pero hay una variación de esa frase...

-De sang Freud... a sangre fría –dijo Karin, que clavó la mirada en Drew.

-Exactamente. Harry era realmente eficaz en eso. Abordaba todas las cosas de la vida, no sólo serena o fríamente, sino con la frialdad misma del hielo. Yo era la única excepción, cuando me miraba, en sus ojos había una calidez que yo en pocas ocasiones alcanzaba a ver... No, hubo otra excepción, esa prima que como le dije antes falleció de cáncer. También era especial para él, un ser muy especial. Desde el punto de vista de la relación con el sexo opuesto, podría decirse que ella fue su "Capullo de rosa", hasta que apareció usted.

-Por supuesto, usted se refiere a El ciudadano, de Welles.

-Sí, ahora eso es parte de nuestro léxico. Un símbolo del pasado que tiene con el presente más relación que lo que muchos comprenden.

-Ignoraba que él sentía eso en relación conmigo.

-Tampoco lo sabía Kane. En su mente sólo veía una cosa a la que había amado cuando era niño, y nunca había encontrado otra cosa o persona que ocupase su lugar. Por eso podía concentrar el esfuerzo solo en sus logros.

-¿Harry fue así en la infancia?

-En la infancia, en la juventud, y en la edad viril. Un alumno de calificaciones muy elevadas, con un cociente de inteligencia completamente excepcional. El nivel que alcanzó como bachiller, cuando obtuvo el título de master, y el doctorado, todo eso antes de cumplir veintitrés años. Siempre trató de ser el mejor, y en el curso del proceso llegó a dominar cinco o incluso seis idiomas. Como dije antes, era un individuo excepcional.

-Qué vida extraordinaria.

-Demonios, imagino que los freudianos dirían que era un niño talentoso que reaccionaba ante la ausencia del padre... lejano tanto geográfica como emocionalmente; y a la presencia de una madre afectuosa, brillante en el plano intuitivo pero sin inclinaciones intelectuales, de quien podía afirmarse que estaba mal casada, y que había decidido que ser atractiva, prodigar amor y mostrarse graciosa era su papel en la vida, de modo que no valía la pena enredarse en discusiones que ella no podía ganar.

-¿Y usted?

Librodot

-Sospecho que heredé de los genes de mi madre algo mas que lo que Harry recibió. Beth era una mujer alta, y una excelente deportista en su juventud. Capitaneaba el equipo atlético femenino en la universidad, y si no hubiese conocido a mi padre habría terminado compitiendo en las Olimpíadas.

-Ustedes son una familia muy interesante –dijo Karin, examinando de nuevo la cara de Drew–, y me está diciendo todo esto por una razón que no solo el deseo de satisfacer mi curiosidad, ¿no es verdad?

-Usted tiene una mente ágil, amiga... Disculpe, trataré de suprimir esa palabrita.

-No se moleste, comienzo a considerarla mas bien simpática... ¿Cual es la razón?

-Quiero que me conozca, que sepa quien soy y de donde vengo. Por lo menos parte de su curiosidad se verá satisfecha.

-En vista de su inclinación a la resistencia, es extraño que diga eso.

-Entiendo. Solo me limito a presentar algunas cosas... Allí en la posada, cuando cesó el tiroteo y ese episodio horrible concluyó, descubrí que era presa del pánico, y que estaba revisando los bolsillos de Harry, a pocos centímetros de lo que quedaba de su cráneo, de la cara destruida, mientras yo mismo me odiaba sin descanso, como si estuviese cometiendo un acto despreciable. Lo extraño del asunto es que ignoraba la causa de mi propia reacción; solamente sabía que tenía que hacerlo. Se me había ordenado hacer eso, y tenía que obedecer esa orden pese al hecho de que sabía que mi gesto no cambiaría nada, no le devolvería la vida.

-Usted estaba protegiendo a su hermano en la muerte como lo habría hecho en la vida –dijo de Vries–. Eso no tiene nada de extraño. Usted estaba protegiendo su nombre...

-Creo que yo me dije eso –la interrumpió Latham–, pero no me parece muy verosímil. Con la patología actual, su identidad saldría a la luz en cuestión de horas... A menos que secuestrasen el cuerpo.

-Después que usted consiguió el nombre del médico en la embajada...

-En realidad, me lo dio el coronel –aclaró Drew.

-Usted volvió a llamar, y pidió al médico que le suministrase un teléfono privado. Fue una conversación larga.

-De nuevo con Witkowski. El sabe con quien hablar y como hacer estas cosas.

-¿Que cosas?

-Por ejemplo. retirar un cadáver y mantenerlo aislado.

-¿El de Harry?

-Si. En la escena del tiroteo nadie pudo saber quien era después que nos fuimos. Por eso concebí algunas ideas, mas o menos entre el momento en que salimos de allí y mi segundo llamado al coronel. Harry estaba impartiéndome esas órdenes, estaba diciéndome lo que debía hacer.

-Por favor, sea mas claro.

-He llegado a convertirme en el. Estoy ocupando su lugar. Yo soy Harry Latham.

Librodot

10

El coronel Stanley Witkowski actuó de prisa, y puso al cobro antiguas deudas de los años de la Guerra Fría. Se comunicó con un subjefe de la Sûreté de París, un ex funcionario de inteligencia que había dirigido la guarnición francesa en Berlín, y con quien el frustrado Witkowski, por entonces mayor del G–2 del ejército de Estados Unidos había considerado oportuno esquivar los reglamentos e intercambiar información. ("Senador, ¡creí que los dos estábamos del mismo lado!") El resultado fue que el coronel puso bajo su control exclusivo no solo el cuerpo del asesinado Harry Latham, sino también los cadáveres de los dos asesinos. Los tres fueron guardados con nombres ficticios en la morgue de la rue Fontenay. Además, en beneficio de ambos países, hecho que fue fácilmente aceptado por el subjefe de la Sûreté, se silenció el acto terrorista mientras la investigación trataba de acumular más información.

Pues Witkowski comprendía lo que Drew Latham percibía sólo a medias. La eliminación del cadáver de su hermano provocaría más confusión, pero unido a la supresión de los datos acerca del episodio, la desaparición de los asesinos completaba el cuadro y provocaba el máximo desconcierto.

En una habitación de hotel en Orly, dispuesto a abordar el vuelo de las quince y treinta a Munich, el hombre de los anteojos con montura de acero se paseaba nerviosamente frente a una ventana, de tanto en tanto distraído por los aviones que partían del aeródromo o llegaban. El apagado retumbo de los jets a lo sumo acentuaba la ansiedad del individuo. Miraba hostil el teléfono, furioso porque no llamaba, para suministrarle la noticia que justificaría su regreso a Munich, una vez completada su misión. Que la misión pudiese fracasar era inconcebible. Él se había comunicado con la filial Parisiense de los hombres de la Blitzkrieg, los asesinos selectos de la Fraternidad, esos individuos tan bien adiestrados y entrenados, tan superiores en el arte de matar que formaban un grupo de menos de doscientos depredadores de gran movilidad que operaban en Europa, América del Sur y Estados Unidos. Tordo había sido informado oficialmente de que durante los cuatro años en que esos hombres habían actuado en sus respectivos lugares, sólo tres habían caído, y dos habían preferido la muerte antes que someterse al interrogatorio; uno había muerto en París en cumplimiento de su deber. Nunca se revelaban detalles acerca de los hombres de la Blitzkrieg; el secreto era absoluto. Incluso el Tordo había tenido que apelar al segundo líder de la Fraternidad por orden de importancia, el irritable general von Schnabe, para que se le permitiese obtener la ayuda de esos asesinos selectos.

Entonces, ¿por qué el teléfono no llamaba? ¿A qué respondía la demora? La vigilancia mortal había funcionado desde la llegada de Harry Latham a las 10:28 horas de la mañana al aeropuerto De Gaulle, y su partida en automóvil a las once. ¡Ahora era la una y media de la tarde! El Tordo no podía soportar la falta de comunicación; se acercó al teléfono que estaba al lado de la cama y marcó el número del grupo de la Blitzkrieg.

-Depósitos Avignon –dijo en francés la voz femenina que apareció en la línea. –¿Con quién quiere hablar?

-Por favor, con la división de alimentos congelados. Monsieur Giroux.

Librodot

-Su teléfono está ocupado.

-Esperaré exactamente treinta segundos, y si no me atiende cancelaré el pedido.

-Comprendo... Eso no será necesario, señor. Puedo comunicarlo ahora.

-¿Tordo? –preguntó una voz masculina.

-Por lo menos yo sé las palabras adecuadas. ¿Qué demonios sucede? ¿Por qué no me llamaron?

-Porque no hay nada que informar.

-¡Eso es ridículo! ¡Han pasado más de tres horas!

-Estamos tan preocupados como usted, de modo que no me levante la voz. Nuestro último contacto fue hace una hora y doce minutos; todo se desarrolló de acuerdo con el programa. Nuestros dos hombres siguieron a Latham, que estaba en un Renault manejado por una mujer. Las últimas palabras del equipo fueron: "Todo está bajo control. La misión será cumplida en poco rato más".

-¿Y eso fue todo? ¿Hace una hora?

-Sí.

-¿Nada más?

-No. Ésa fue la última transmisión.

-Bien, ¿dónde están?

-Ojalá lo supiéramos.

-¿Adonde se dirigían?

-Hacia el norte, fuera de París. No se mencionaron datos concretos.

-¿Por qué no?

-En vista de la frecuencia utilizada, habría sido estúpido. Además, esos dos forman una unidad de primera. Jamás fracasaron.

-¿Es posible que hoy fracasen?

-Muy improbable.

-Muy improbable no es una respuesta inequívoca. ¿Usted tiene idea del carácter fundamental de esta misión?

-Todas nuestras misiones son fundamentales, porque de lo contrario no nos llamarían. Le recuerdo que nosotros somos la solución final en cada caso.

-¿Qué puedo decirle a von Schnabe?

-Por favor, Tordo, en este momento quiero responder a otra pregunta: ¿Qué podemos decirle nosotros? –observó el jefe de la rama Parisiense de la Blitzkrieg, y cortó la comunicación.

Pasaron treinta minutos y el hombre llamado Tordo ya no pudo contenerse. Marcó un número que correspondía a un teléfono situado en la profundidad de los bosques de Vaclabruck, Alemania.

-Ésta es una información que no me agrada escuchar –dijo el general Ulrich von Schnabe, y las palabras llegaron como atravesando una masa de bruma. –Los blancos debían ser eliminados a la primera oportunidad. Aprobé las órdenes que el doctor Kroeger le impartió, y dije al médico que no

habría dificultades, pues usted tenía el itinerario. Solamente sobre esa base permití que usted se relacionara con los hombres de la Blitzkrieg.

-¿Qué puedo decirle, Herr General? Sencillamente no hay palabras, ni comunicaciones. Nada.

-Verifique con nuestro hombre de la Embajada de Estados Unidos. Tal vez oyó algo.

-Ya lo hice, señor, por supuesto desde teléfonos públicos. La última intercepción sencillamente confirmó que el hermano de Latham estaba bajo la protección de los Antinayous.

-Esa chusma amante de los negros y los judíos. Por supuesto, sin ninguna localización.

-Por supuesto.

-Permanezca en París. Continúe en contacto con nuestra unidad de ejecutores. Y manténganme informado de cualquier noticia.

-¡Ahora usted enloqueció! –exclamó Karin de Vries–. ¡Lo vieron, lo conocen, y no puede ser Harry!

-Por supuesto que puedo, si no vuelven a verme, y no me verán –dijo Drew–. Trabajaré en absoluta, pasando de un lugar a otro, manteniéndome en contacto con usted y el coronel porque no me atrevo a aparecer por la embajada. En realidad, como sabemos que la embajada está infiltrada... demonios, lo sabíamos cuando el Pequeño Adolfo se presentó como mi chofer la otra noche... Tal vez podamos descubrir quién es, o quiénes son.

-¿De qué modo?

-Con una trampa ferroviaria.

-¿Qué?

-Como en una hilera de vagones ferroviarios cargados de pasajeros, en sólo uno hay perros salvajes.

-Por favor...

-Yo la llamaré bajo el nombre de Harry tres o cuatro veces, pidiéndole documentos del archivo de mi hermano muerto Drew, y pidiendo que uno de los correos de Witkowski se reúna conmigo en determinado lugar y a cierta hora... un sitio muy concurrido usted procesa los pedidos y yo estaré donde sea, pero no donde alguien pueda verme. Si aparece un correo auténtico (los conozco a todos) y no lo siguen, magnífico. Arrojaré al cubo de los residuos lo que usted me envíe. Después, llamaré de nuevo, con otros pedidos, diciéndole que es urgente, que estoy siguiendo una pista interesante. Cuando le diga eso usted corta la comunicación sin responder ni revelar nada.

-Y si alguien aparece, usted sabrá que es un neo, y que mi teléfono fue interceptado desde adentro –interrumpió Karin.

-Exactamente. Si las circunstancias son las apropiadas, tal vez pueda capturar al individuo y entregarlo a nuestros químicos.

-¿Imagine que es más de uno?

-Dije "si". No estoy– dispuesto a enfrentarme a una multitud de svásticas.

-Con respecto al uso de su nueva técnica, advierto un "hueco" muy grande, como usted mismo diría. ¿Por qué Harry Latham permanecería aquí en París?

-Porque es Harry Latham. Tenaz hasta la muerte, implacable en sus investigaciones, todo lo que fue Harry con el agregado intensamente personal de que su hermano menor fue asesinado aquí en París.

-Sin duda, es un motivo convincente –convino de Vries–. En realidad, es el motivo que a usted lo anima... ¿Pero cómo revelará la noticia? ¿Todo eso no implica cierto problema?

-Es delicado –reconoció Drew, asintiendo con la cabeza y frunciendo el entrecejo. –Principalmente porque la Agencia elevará al cielo las manos y clamará ofendida. Sin embargo, será demasiado tarde si hemos avanzado en la ejecución de nuestro plan; y tengo idea de que el coronel puede llegar a descubrir algo. Me encontraré con él más tarde en un café de Montmartre.

-¿Se encontrará con él? ¿Y yo? Creo que soy un ingrediente inevitable de esta estrategia.

-Usted ha sido baleada, señora. No puedo pedirle...

-Usted no pide, monsieur –lo interrumpió Karin–. Yo se lo digo. Iré con usted. La esposa de Frederik de Vries irá con usted. Usted perdió un hermano del modo más horrible, Drew, y yo perdí un esposo... también de manera horrible. No me excluirá.

La puerta de la sala de cirugía se abrió y entró el médico aprobado por la embajada.

-Madame, tengo noticias bastante buenas para usted –dijo el médico en francés, con una sonrisa un poco incómoda en la cara–. Estudié la radiografía tomada después de la operación, y con la terapia adecuada usted recuperará por lo menos el ochenta por ciento del uso de su mano derecha. Sin embargo, la punta del dedo medio se perderá. Por supuesto, puede agregarse una prótesis permanente.

-Gracias, doctor, será un precio pequeño a pagar, y estoy agradecida. Vendré a verlo dentro de cinco días, según usted ordenó.

-Pardon, monsieur... ¿su nombre es Latham?

-En efecto, ése es mi nombre.

-Tiene que telefonear a Monsieur S en Washington cuando le parezca conveniente. Puede usar el teléfono que tenemos aquí. Naturalmente, todos los gastos se facturan.

-Naturalmente, pero no es oportuno ahora. Si esa persona llama de nuevo, por favor dígale que partí antes de que usted pudiese transmitirme el mensaje.

-¿Eso le parece bien, monsieur?

-Él le agradecerá porque no agrava sus problemas.

-Comprendo –dijo el, médico, con una sonrisa que ahora era apreciativa.

-Yo no –dijo Karin, y ésas fueron sus primeras palabras cuando salieron del edificio y comenzaron a caminar en dirección al estacionamiento.

-¿A qué se refiere ese "no" ?

-Quiere decir que no comprendo. ¿Por qué no quiere hablar con Sorenson: Yo pensé que usted deseaba su consejo, y que confiaba en él.

-Confío. También sé que básicamente él tiene fe en el sistema; durante décadas ha vivido con él.

-¿Y entonces?

-Entonces, tendrá dificultades con lo que yo voy a hacer. Dirá que ese sector pertenece a la Agencia, y que corresponde a la Agencia decidir lo que sucederá enseguida; no es un asunto de mi incumbencia. Y por supuesto, está en lo cierto.

-Si está en lo cierto, ¿por qué procede así?... Disculpe, no se moleste en contestar, fue una pregunta estúpida.

-Gracias. –Latham consultó su reloj. –Son casi las seis. ¿Cómo está su mano?

-No puedo afirmar que la sensación sea muy agradable. La anestesia local está desapareciendo, y gracias a Dios no puedo ver nada de mi mano por debajo del vendaje.

-Dos horas bajo el bisturí significa una operación complicada. ¿Está segura de que desea acompañarme para ver a Witkowski?

-Podría caérseme toda la mano, y eso no me detendría.

-Pero, ¿por qué? Está agotada, y le duele la herida. Yo no le ocultaré nada, como usted seguramente ya sabe.

-Lo sé. –Se detuvieron junto al automóvil, mientras Drew abría la portezuela; las miradas de los dos se encontraron. –Sé que usted no me ocultará nada, y aprecio su actitud. Pero quizás yo pueda agregar algo, una vez que comprenda qué es lo que usted desea hacer realmente. ¿Por qué no me lo explica?

-Está bien, lo intentaré. –Latham cerró la portezuela, rodeó el Renault y se sentó frente al volante. Puso en marcha el motor, maniobró el vehículo para salir y continuó, consciente de que ella lo miraba fijamente. –¿Quién es Gerhardt Kroeger, y qué dominio ejercía sobre Harry?

-¿Dominio? ¿Por qué dominio? Sin duda es un médico nazi, al parecer muy bueno, a quien su hermano conoció en el Hausruck. Probablemente trató a Harry para aliviarle un trauma severo. Uno puede apreciar incluso al enemigo si lo ayuda, y sobre todo si se trata de un médico.

-La relación con este Kroeger parece superar la gratitud normal –dijo Drew, mientras miraba los anuncios al costado de la calle, para comprobar cuál era el camino que los llevaría a Montmartre, en París. –Cuando le pregunté a Harry quién era Kroeger, me contestó con estas palabras; son textuales, y creo que jamás las olvidaré: "Lassiter puede decírtelo, yo lo creo que pueda hacerlo". Y eso me atemoriza, amiga mía.

-Sí, es lógico que así sea. Pero también esa respuesta concordaba con su conducta. La súbita manifestación de sentimientos, el llanto, el pedido de ayuda. Ése no era el Harry que ambos conocimos y que solíamos describir en nuestras conversaciones, ni es el hombre frío y analítico, el hombre desapasionado que a menudo mencionamos.

-Estoy en desacuerdo –dijo Latham–. Aísle esas palabras, repítalas, y estará escuchando al Harry a quien conocíamos, cavilando acerca de una

alternativa, poco dispuesto a adoptar una decisión hasta que lo hubiese meditado bien. "Lassiter puede explicártelo, no creo que yo pueda". –Drew se estremeció cuando llevó al Renault por la autopista principal, en dirección al centro de París. –Gerhard Kroeger es más que un mero médico a quien él conoció en el valle de la Fraternidad. Yo dije antes que era un hijo de perra, pero quizás me equivoqué. Tal vez es el hombre que ayudó a mi hermano a escapar. Quienquiera que sea, puede decirnos lo que le sucedió a Harry cuando estuvo allí, y cómo se apoderó de esa lista de nombres.

-Usted sugiere que Kroeger puede ser un aliado, no un neo, y que en su confusión psicológica Harry en realidad está protegiéndolo?

-No lo sé, pero en efecto sé que es más que un médico que lo trató por un resfrío grave o la artritis de la cual Harry comenzaba a quejarse. Gerhard Kroeger era demasiado importante para mi hermano; lo intuyo, y más todavía estoy convencido de eso. Por eso es la clave, y también por eso tengo que hallarlo.

-¿Pero como?

-Tampoco eso lo sé. Es posible que Witkowski tenga algunas ideas. Quizás podamos movilizar a los Antinayous, ellos pueden difundir la noticia de que Harry todavía vive. Sencillamente, no lo sé. Estoy volando a ciegas, pero nuestras antenas combinadas recogerán una serie de datos...

-Muy bien. ¿Cree que el coronel puede aportar algo, como usted dijo antes?

-No tengo la más mínima idea; pero si lo que sabe tiene relación con su estilo habitual, puedo garantizarle que será un material interesante. The International Herald Tribune – Edición Parisiense Ataque terrorista a personal de la embajada de Estados Unidos.

La embajada de Estados Unidos ha revelado que ayer varios terroristas, la cara cubierta con medias, atacaron un restaurante en el área de Villejuif, donde dos norteamericanos estaban almorzando. El señor Drew Latham, agregado de la Embajada de Estados Unidos fue muerto. Su hermano, el señor Harry Latham, enlace de la embajada, sobrevivió a la agresión, y ahora está oculto obedeciendo órdenes de su gobierno. Los asesinos escaparon y ni la identidad de los atacantes ni la causa de la agresión fueron aclarados, pues los individuos en cuestión desaparecieron. Se los describe como dos hombres de mediana estatura, vestidos con trajes oscuros. El señor Latham que sobrevivió dijo que ambos atacantes están gravemente heridos, como resultado de la reacción de su hermano.

El señor Drew Latham estaba armado y disparó repetidas veces su arma hasta que fue muerto. Las autoridades francesas, sometidas a enorme presión por la embajada de Estados Unidos, estaba estudiando el asunto. Las conjeturas apuntan sobre todo a Irak y Siria...

-Por Dios, ¿qué sucede allí? –gritó el secretario de Estado Adam Bollinger en una conversación telefónica con el embajador en Francia, Daniel Courtland.

-Si lo supiera, se lo diría. ¿Desea reemplazarme? Si ése es el caso, adelante, hágalo. Ustedes, canallas, me pusieron en un verdadero aprieto y no conozco suficiente francés como para pedir ayuda. Soy miembro del personal de carrera del Departamento de Estado, señor secretario, no uno de

Librodot

sus asquerosos designados políticos... y ya que estamos, ninguno de sus colaboradores habla francés, y la mayoría apenas sabe hablar inglés.

-Daniel, no es hora de mostrarse ácido.

-¡Es hora de tener una cadena de mandos, Bollinger! Drew Latham, una de unos pocos miembros del sector de inteligencia con una mente abierta sobre los hombros, muere después de cuatro intentos anteriores contra su vida, ¡y yo no tengo respuestas!

-Su hermano vive –dijo el secretario de Estado.

-¡Maravilloso! ¿Y dónde demonios está?

-Mantengo líneas de comunicación con la Agencia. Apenas lo sepa, se lo comunicaré.

-Usted es realmente un caso –dijo burlonamente Courtland, emitiendo un suspiro. –¿Cree realmente que el personal supersecreto de la Agencia le dará la más mínima información? Usted está sentado detrás de un escritorio, pero ellos tienen que sobrevivir. Demonios, lo aprendí cuando estuve en Finlandia, y la KGB ocupaba el edificio contiguo. Adam, en situaciones como ésta nuestra importancia equivale a cero. Nos dicen lo que quieren decirnos.

-Esa no es una reflexión muy acertada. Somos la autoridad definitiva, dentro de la cadena de mandos, eso mismo que usted está reclamando.

-Dígaselo a Drew Latham, que fue liquidado porque no pudimos apoyarlo. Incluso nuestra propia embajada está infiltrada.

-Sencillamente no puedo entender el modo en que ustedes actúan.

-Será mejor que empiece a entender, señor secretario. Los nazis han regresado.

El director Wesley Sorenson, de Operaciones Consulares estaba sentado frente a su escritorio, la cabeza inclinada hacia adelante, descansando sobre las manos. Se sentía tan dolido que las lágrimas brotaban lentamente de sus ojos; la pérdida era tan trágica, tan innecesaria, que él cuestionaba la esencia de su propia vida. Drew Latham eliminado... como podía haberle sucedido a él mismo tantas veces... ¿y por qué? ¿Qué cambios podía determinar la vida de un solo hombre de la inteligencia cuando los representantes de los países celebraban sus negociaciones internacionales en los hoteles de lujo y en los banquetes, en los grandes salones con sus desfiles, en toda la parafernalia que no tenía más significado que el de una hipocresía ceremonial?

Sorenson sentía que era el fin de su propia vida. No tenía nada más que dar; había visto demasiada muerte a la sombra de esos desfiles. Si había una chispa de luz, en todo caso no estaba al alcance de su vista.

¡Y de pronto vio la luz!

-Wes, supongo que hablamos protegidos por la mezcladora –dijo la voz tan conocida que llegaba por el hilo telefónico.

-¡Drew! Dios mío, ¿es usted? –Sorenson se inclinó hacia adelante sobre el escritorio, intensamente pálido. –¿Está vivo?

-También confía en que usted esté solo. Pregunté a su secretaria y me contestó afirmativamente.

Librodot

-Sí, por supuesto... Déjeme recuperar el aliento; esto es increíble... No sé qué decir, o qué pensar. ¿Es usted?

-La última vez que me tomé el pulso, era yo.

Silencio. La calma antes de la tormenta.

-¡En ese caso, joven, creo que usted tiene que explicar algunas cosas! maldición, incluso escribí una carta de simpatía a sus padres.

-Mi madre es una mujer fuerte, podrá afrontar la cosa; y si mi padre anda cerca, es probable que trate de aclarar cuál de los dos recibió los balazos.

-Su actitud es desagradablemente desaprensiva...

-Es mejor que adoptar la reacción contraria, señor director –lo interrumpió Latham–. Ahora no hay tiempo para eso.

-Será mejor que haya tiempo para una explicación. Entonces, Harry... ¿El fue muerto ?

-Sí. Yo ocupo su lugar.

-¿Usted hace qué?

-Acabo de decírselo.

-Por Cristo, ¿cuál es la razón? ¡Nunca aprobé nada por el estilo, y no lo haré!

-Lo sabía. Por eso seguí adelante y lo hice por mi propia cuenta. Si progresa, usted podrá acreditarse el triunfo. Si fracaso, no importará, ¿verdad?

-Al demonio con el mérito. Quiero saber qué cree que está haciendo. Ésto es una intolerable expresión de inconducta, y usted lo sabe.

-No del todo, señor. Todos tenemos cierto margen para adoptar decisiones en el campo de batalla; usted nos concedió esa libertad.

-Sólo cuando es imposible apelar a los correspondientes canales de autoridad, en momento de crisis. Yo estoy aquí, y usted puede hablar conmigo, en la oficina, en mi casa, en una pista de golf, o en un maldito prostíbulo... si yo concurriera a esa clase de lugares! ¿Por qué no se comunicó conmigo?

-Acabo de decírselo. Usted habría rechazado mi propuesta, y eso sería un error, porque usted no está aquí, y no hay modo de que yo pueda hacerle entender lo que pasa, porque yo mismo no lo entiendo; pero sé que tengo razón. Y si me lo permite, conociendo elementos de su foja de servicios, creo que usted mismo adoptó en el pasado esas medidas unilaterales.

-Acabe con esa idiotez, Latham –dijo el fatigado y frustrado Sorenson. –¿Qué consiguió, y cómo está tratando el asunto? ¿Por qué está representando el papel de Harry?

Con voz que reflejaba su dolor, de mala gana, Drew describió los últimos minutos de la vida de su hermano, los estallidos poco característicos de emoción, las lágrimas, la aparente confusión que sufría para diferenciar entre su cobertura y su identidad real, y finalmente, su negativa a informar acerca de cierto nombre, el nombre de un médico que el propio Harry había mencionado varias veces al hablar con Karin de Vries, y después con el propio Drew.

Librodot

-Lo mencionó –explicó Latham–, como si ese hombre fuese una suerte de figura secreta, que debía ser denunciada o protegida.

-¿Un pecador y un santo? –preguntó Sorenson.

-Sí, creo que podría decirse eso.

-Drew, es el síndrome de Estocolmo. El cautivo se identifica con el aprehensor. Sus sentimientos son una mezcla heterogénea de rencores, y sin embargo, todavía solicita el favor, hasta que al fin de tanto en tanto imagina que es quien ejerce el poder. Dicho sencillamente, Harry estaba quemado; había vivido demasiado tiempo en el límite.

-Entiendo todo eso, Wes, incluso la teoría demasiado conocida de Estocolmo, que a mi juicio incluye demasiadas cosas, por lo menos en su aplicación a Harry. Su conocida racionalidad fría continuaba manifestándose. Este doctor Gerhardt Kroeger, que así se llama, era un individuo importante para mi hermano, al margen de que fuese pecador o santo. Sabe lo que le sucedió a Harry, y quizás incluso conoce cómo consiguió su lista de nombres. También es posible que este Kroeger esté de nuestro lado y le haya facilitado los nombres de la nómina.

-Imagino que todo es posible, y en este mismo momento esos nombres son una catástrofe nacional que está a un paso de desencadenarse. Por ahora, el FBI está organizando una docena de operaciones encubiertas para analizar microscópicamente a todos los nombres incluidos en la lista.

-¿Las cosas ya han llegado tan lejos?

-Para decirlo con las palabras de nuestro ubicuo secretario de Estado, en quien el Presidente confía, si esta administración "puede destruir la influencia nazi en el país, la nación se lo agradecerá eternamente". Algo así como "disparen los torpedos, y adelante a toda marcha".

-Dios mío, eso es terrible.

-De acuerdo, pero también comprendo por qué está sucediendo. Harry Latham era considerado el agente secreto mejor y más experimentado de la Agencia. No es fácil ignorar sus descubrimientos.

-No digamos que era –lo corrigió Drew–, es, Wes. Harry vive; y tendrá que continuar vivo hasta que yo pueda identificar a este Gerhardt Kroeger.

-¡Si está vivo, tiene que acercarse a la Agencia, condenado estúpido!

-No puede, porque sabe, como yo ya le dije, que Langley está infiltrada, incluso hasta el nivel de las computadoras AA–Zero, es decir a la altura en que se encuentran usted mismo y el director Talbot.

-Transmití esa información a Knox. No puede creerlo.

-Más vale que lo crea, porque el hecho acarreará muchas circunstancias.

-Está trabajando en el asunto, yo lo convencí –dijo Sorenson–. Pero su actuación solista no servirá, joven. Si hace eso, se convertirá en un renegado en quien nadie podrá confiar.

-Mi actuación solitaria está limitada, porque tengo una conexión con Langley.

-No soy yo. Yo no voy a comprometer a la sección de Operaciones Consulares mintiendo a la Agencia. Ya hay demasiada intriga en esta ciudad, y yo admiro y respeto a Knox Talbot. No intervendré en eso.

Librodot

-Sabía que esa sería su actitud, de modo que busqué otra persona. ¿Recuerda a Witkowski, el coronel Stanley Witkowski?

-Ciertamente. G–2 de Berlín. Nos vimos muchas veces, un hombre inteligente... y en efecto, ahora está en la embajada.

-Jefe de Seguridad. Tiene todas las credenciales necesarias para satisfacer a las autoridades superiores. Harry trabajó con Witkowski en Berlín, y es el conducto natural, porque mi hermano confiaba en él... Demonios, tenía que ser así, el coronel le suministró elementos suficientes para prolongar su actuación y probablemente salvar la vida. Stanley encontrará el modo de llegar a Talbot por un conducto reservado, para pedirle una investigación profunda acerca de este Kroeger.

-Parece lógico, y la persona de Witkowski también es lógica. ¿Qué quiere que yo haga?

-Absolutamente nada; no podemos correr el riesgo de las comprobaciones cruzadas que podrían ser detectadas por los topos neos. Sin embargo, apreciaría que usted esté cerca cuando me parezca que estoy excediendo mis posibilidades, y que me conviene recibir algunos consejos.

-No sé muy bien si seré capaz de eso. Ha pasado mucho tiempo.

-Señor director, aceptaré como la verdad revelada incluso lo que usted recuerde mal... Allá vamos. Harry Latham vivo y sano, y dispuesto a encontrar a cierto médico... santo o pecador, o las dos cosas. Me mantendré en contacto.

La línea enmudeció, y Westley Sorenson sostuvo el teléfono en la mano, y ahora parecía que estaba aturdido. Las actitudes del más joven de los Latham eran peligrosamente heterodoxas, y era necesario frenarlas; el director de Operaciones Consulares lo sabía, y también sabía que era necesario llamar a Knox Talbot y aclarar su propia posición, por supuesto agregando todo lo que estuviera a su alcance para explicar la actitud de Drew y proteger al joven. Pero no se decidía a dar ese paso. Drew estaba en lo cierto; cuántas veces el agente Sorenson faltaba a las normas porque sabía que sus decisiones serían anuladas, y sin embargo comprendía claramente que el curso de acción que había concebido era el único válido. No solo lo sabía, sino que creía apasionadamente en la validez de su posición. Oyó su propia voz cuando era mucho más joven, mientras oía las palabras de Drew Latham. Devolvió lentamente el teléfono a la horquilla, y sus labios modularon una plegaria silenciosa. –Jean–Pierre y Giselle Villier descendieron de la limusina frente al hotel L'Hermitage, de Monte Carlo; habían viajado desde París en un jet privado. La razón del viaje, según la explicación de la prensa, era ofrecer al famoso actor un poco de descanso después de seis meses de esforzado trabajo dedicados a Coriolano, que habían culminado en el episodio impresionante que lo indujo a clausurar la representación. Pero esta información fue todo lo que se comunicó a los medios, y todo lo que se les diría, pues no habría declaraciones ulteriores y ciertamente no se concederían entrevistas. Y después de unos pocos días agradables pasados en el Casino de París, se entendía que la pareja iría a una isla del Mediterráneo, cuyo nombre no se mencionaba, quizás para reunirse con los padres de Jean–Pierre.

Lo que la prensa ignoraba era que dos jets militares Mirage volaban encima y debajo del avión privado, acompañándolo desde París hasta el

Librodot

lugar de destino. Además, uno de los porteros uniformados, el subgerente apostado en la recepción, y distintos funcionarios menores del hotel eran todos miembros del Deuxième, y todos habían sido aprobados por el Bain de Mére, la organización selecta que dirigía la actividad de Monte Carlo y era el enlace diplomático con la familia real de Mónaco. Además, siempre que Monsieur y Madame Villier salían del hotel para recorrer las tres calles que los separaban del casino, la limusina a prueba de balas se desplazaba flanqueada por hombres armados vestidos con trajes caros y bien cortados, hasta que el lujoso vehículo llegaba a la escalinata del majestuoso establecimiento de juego, donde sus colegas se hacían cargo de la vigilancia.

Al llegar, Claude Moreau, jefe del Deuxième Bureau, se reunió con la pareja en su suite.

-Como ustedes ven, amigos míos, todo está vigilado, incluso los techos de las casas, donde se encuentran apostados tiradores expertos; y debajo, en automóviles, todas las ventanas están sometidas constantemente a la vigilancia de fusiles con miras telescópicas. No hay nada que temer.

-No somos sus amigos, monsieur –dijo fríamente Giselle Villier. Y en cuanto a estas precauciones, un solo disparo puede destruir la apariencia de seguridad.

-Madame, sólo si se permite dicho disparo, y no será el caso.

-¿Qué me dice del casino mismo? ¿Ustedes pueden controlar a la multitud que quizás me identifique? –preguntó el actor.

-En realidad, son parte de la protección, pero sólo un aspecto periférico. Sabemos cuáles son los juegos que a usted le agradan, y en cada mesa que ofrece dichos juegos tendremos hombres y mujeres que los seguirán y rodearán, de modo que con sus cuerpos podrán protegerlo. Un asesino, y menos todavía un miembro de la Blitzkrieg, no intentará disparar si no está seguro de la eficacia de su ataque. Esos asesinos no pueden darse el lujo de fracasar.

-¿Y si su asesino es uno de los que están sentados a una mesa? –interrumpió Giselle–. ¿Cómo podrán proteger a mi marido?

-Una pregunta inteligente, Madame –replicó Moreau–, y espero que mi respuesta la satisfaga. En cada mesa ustedes verán a un hombre y una mujer que describen círculos, y se detienen junto a cada jugador... espectadores curiosos que intentan decidir si desean o no incorporarse al grupo de los que juegan. En realidad, llevarán en la palma de la mano detectores de metales que denunciarán el acero macizo incluso del arma de calibre más reducido.

-Una preparación integral –admitió Giselle.

-Así es, y es lo que prometimos –dijo Moreau. –Recuerden que intentaré atrapar a uno de los miembros de la Blitzkrieg que intente atacarlo. Mi objetivo es apresarlo vivo. Si no lo conseguimos aquí, con toda la publicidad que hemos realizado, usted podrá ir a reunirse con los padres de su marido.

-¿En esa isla mítica?

-No, monsieur, es un lugar bastante real. Están pasando unas agradables vacaciones en una propiedad de Córcega.

Librodot

-Entonces, en cierto modo –dijo Jean–Pierre– abrigo la esperanza de que todo suceda aquí. Nunca apreció qué agradable era caminar y desplazarse libremente.

Sucedió allí, pero no tal como Claude Moreau lo había previsto.

La música del salón flotaba en el aire, cada vez más débil, a medida que uno se internaba alejándose de la entrada de mármol del Casino de París para sumergirse en el interior del majestuoso establecimiento de juegos. Era fácil imaginar las gloriosas décadas iniciales del siglo, cuando los carruajes tirados por caballos, adornados lujosamente, y después los enormes automóviles se acercaban a los relucientes peldaños y dejaban allí a las figuras regias y a los ricos de Europa con todo su lujo. Los tiempos habían cambiado, la clientela rara vez era tan distinguida en este momento, pero el núcleo de opulencia persistía, señalado por una elegancia que recordaba tiempos pasados.

Jean–Pierre y Giselle caminaron entre las mesas, en dirección al exclusivo Salón de Baccarat, donde uno entraba después de pagar un depósito inicial de cincuenta mil francos, aunque en este caso esos honorarios fueron anulados instantáneamente en homenaje al famoso actor y a su esposa. Mientras avanzaban, todos volvían la cabeza, se escuchaban exclamaciones, y no pocos gritos de "¡C'est lui! " cuando varios huéspedes reconocieron a Villier. El actor sonrió y asintió varias veces, en un gesto que expresaba su apreciación; pero al mismo tiempo con una modestia lejana que sugería el deseo de gozar de su propia intimidad. Mientras estaba en eso, el séquito de personas elegantemente vestidas rodeó a Jean–Pierre y a su esposa, de modo que permitió apenas que los miembros del público entreviesen el paso de la pareja. La teoría de Moreau en el sentido de que ningún asesino se atrevería a disparar un arma frente a un blanco tan esquivo, parecía verse confirmada.

Una vez que estuvieron en el amplio salón especial, iluminado por muchos candelabros de plata unidos por gruesos cables de terciopelo rojo que rodeaban a las mesas, pidieron champaña. El séquito reía alegremente, y Jean–Pierre y, Giselle se sentaron, y pusieron frente a ellos dos altas pilas de fichas de elevada denominación, y un control presentó discretamente un recibo, que fue firmado por el actor. Prosiguió el juego, y Giselle fue mucho más afortunada que Jean–Pierre, que a pesar de la situación parecía burlarse del peligro. Los "amigos" que los acompañaban se desplazaban con movimientos sutiles y silenciosos alrededor de la mesa, todos con una mano oculta en la sombra. De nuevo Moreau; en la palma de la mano el detector de metales que descubría la presencia de armas. Era evidente que no había ninguna, y el juego continuó hasta que el actor exclamó con mucho buen humor: "¡C'est fini pour moi! ¡Une autre table, s'il vous plaît !".

Pasaron a otra mesa, y los camareros volvieron a llenar de champaña las copas, y la distribución incluyó a los compañeros de juego de Villier en la mesa precedente; todo fue puesto en la cuenta del actor. Se dedica a jugar en otra serie de partidas, y ahora el destino pareció favorecer a, Pierre. Cuando aumentaron las risas, impulsados por el champaña helado, varios miembros del séquito ocuparon los asientos de los jugadores que se habían retirado. El actor obtuvo un double neuf, y en armonía con sus reacciones entusiastas y un tanto teatrales, lanzó un rugido de aprobación.

Librodot

De pronto, en la mesa que habían abandonado, se oyó un grito prolongado, un lamento histérico de dolor. Todas las cabezas se volvieron; la habitación estalló consternada cuando los hombres de la mesa de Jean–Pierre se levantaron al unísono, concentrando la atención en el hombre que estaba cayéndose de su silla, y con el mismo movimiento rompiendo el cordón de terciopelo que corría por el suelo.

Hubo otro sonido, algo peor que un grito, mucho más estrepitoso. Fue un grito de alarma, emitido por una voz femenina, cuando una mujer vestida con mucha elegancia se abalanzó sobre la mesa apuntando a otra mujer que estaba sentada junto al actor; la agresora tenía un pico de cortahielo y se disponía a hundirlo en el costado izquierdo del tórax de Jean–Pierre, aunque erró el golpe por pocos centímetros. La punta del pico sacó sangre a Jean–Pierre; de haberse completado el movimiento habría perforado el corazón de Villier, pero la agente de Moreau aferró la muñeca de la asesina, y se la dobló sobre la espalda. Aferrándola por el cuello, arrojó al piso a la agresora.

-¿Está bien, monsieur? –gritó la agente del Deuxième, elevando los ojos hacia el actor mientras con el peso del cuerpo inmovilizaba a la atacante.

-Una pequeña lastimadura, mademoiselle... ¿cómo puedo agradecerle?

-Jean–Pierre...

-Cálmate, querida, estoy bien –replicó el actor, sosteniéndose el costado izquierdo y sentándose–, pero debemos mucho a esta valerosa mujer. ¡Me salvó la vida!

-¿Está herida, joven? –gritó Giselle, inclinándose sobre las piernas de su marido y aferrando el brazo de la agente de Moreau.

-Muy bien, Madame Villier. Mucho mejor porque usted me llamó joven, aunque de ningún modo merezco esa denominación.

Casi sin aliento, sonrió.

-A todos nos sucede, querida... Debo conseguir un médico para mi esposo.

-Mis colegas están ocupándose de eso, madame, créame.

Claude Moreau, que surgió como brotado del suelo, entró en la Sala de Baccarat, y su expresión demostraba preocupación y contenida alegría. –Lo hemos conseguido, monsieur y madame... ¡usted lo logró! Tenemos a un miembro del grupo de la Blitzkrieg.

-¡Mi esposo ha sido herido! –gritó Giselle Villier.

-Por lo cual, me disculpo, madame, pero no es grave, y su contribución fue enorme.

-¡Usted prometió que estaría seguro!

-En este género de cosas, las garantías no siempre son absolutas. Pero si puedo decirlo, él ha impulsado mucho la búsqueda de su padre natural y ejecutado un acto por el cual la República de Francia le agradecerá eternamente.

-¡Ese es un absurdo gratuito!

-No, nada de eso, madame. Que usted lo acepte o no, esos perversos nazis están saliendo de su madriguera, de la inmundicia que ellos mismos han creado. Cada piedra que removemos nos acerca más al momento en que podremos aplastar a las serpientes que están debajo. Pero el papel que

ustedes representan en esto ha concluido. Que lo pasen bien durante sus vacaciones en Córcega. Después que usted vea al médico, el avión estará esperándolo en Niza, todo pagado por el Quai d'Orsay.

-Puedo prescindir de su dinero, monsieur –dijo Jean–Pierre. Pero me agradaría reanudar la representación de Coriolano.

-Santo Dios, ¿por qué? Usted ya demostró que puede triunfar con esa obra. Usted ciertamente no necesita ese trabajo, y por lo tanto, ¿qué sentido tiene retornar a una tarea tan esforzada?

-Sucede, Moreau, que lo mismo que usted soy bastante bueno en lo que hago.

-Hablaremos del asunto, monsieur. El éxito de una noche no significa que la batalla ha concluido.

Librodot

11

El senador Lawrence Roote, de Colorado, un hombre de sesenta y tres años y cabellos canos, colgó el teléfono en su despacho de Washington; se sentía turbado. Turbado, desconcertado y colérico. ¿Por qué el FBI lo sometía a una investigación de la cual él nada sabía? ¿A quién le interesaba realizar esa averiguación, y quién la había pedido? De nuevo: ¿por qué?

Sus activos, que de hecho eran considerables, habían sido puestos en un fideicomiso especial, para evitar siquiera un atisbo de compromiso legislativo; su segundo matrimonio era una unión sólida, su primera esposa había muerto trágicamente en un accidente aéreo; sus dos hijos, uno banquero y el otro decano universitario, eran ciudadanos destacados de sus respectivas comunidades, al extremo de que Roote a veces pensaba que eran individuos insoportables; el propio Roote había servido en Corea sin incidentes, pero había merecido allí una estrella de plata; y su ingestión de alcohol consistía en dos o tres Martinis antes de la cena. ¿Qué podía investigarse?

Sus posiciones conservadoras eran muy conocidas y a menudo soportaban el ataque de la prensa liberal, que siempre citaba sus palabras fuera de contexto, de modo que él parecía un furioso propagandista de la extrema derecha, algo que en realidad no era. Sus colegas de los dos grandes partidos sabían que era un hombre justo y que escuchaba sin resentimiento a la oposición. Sólo creía firmemente que cuando el gobierno hacía demasiado por el pueblo, éste hacía demasiado poco por él mismo.

Además, su riqueza no era heredada; su familia había sido muy pobre. Roote había ascendido la difícil escalera que llevaba al éxito, a menudo resbalando en los peldaños, desempeñando tres cargos en una pequeña y oscura universidad y en la Escuela Wharton de Finanzas, donde varios miembros del claustro lo recomendaron a los buscadores de talentos de las empresas. Eligió una firma joven y rentable; allí había lugar y oportunidad para ascender. Pero la compañía más pequeña fue absorbida por una corporación más grande, la cual a su vez pasó a ser parte de un conglomerado, cuyo directorio percibió las cualidades y la audacia de Roote. Al llegar a los treinta y cinco años, la leyenda sobre la puerta de su escritorio anunciaba que él era el Director Ejecutivo. A los cuarenta fue declarado presidente y directivo principal. Antes de cumplir los cincuenta, sus fusiones, las compras y las acciones adquiridas lo habían convertido en multimillonario. En ese momento, fatigado de limitar su actividad en la constante ampliación del margen de ganancias e irritado por la dirección que el país estaba siguiendo, se orientó hacia la política.

Sentado frente a su escritorio, y reflexionando acerca de su propio pasado, trató de realizar un examen objetivo y frío, buscando las áreas en que sus actos permitieran alimentar dudas acerca de su ética o su moral. En los primeros tiempos, agobiado de trabajo y vulnerable, había mantenido varias relaciones, pero eran experiencias discretas y se había vinculado únicamente con mujeres que eran sus iguales, tan ansioso estaba de observar las normas de la discreción. Era un negociador duro en el mundo empresario, y siempre aprovechaba sus ventajas, investigando e incluso creando lo que sus adversarios necesitaban; pero jamás nadie había dudado de su integridad... ¿Qué demonios buscaba el FBI?

Había comenzado a pensar en el asunto pocos minutos antes, cuando su secretaria lo llamó por el teléfono interno.

-¿Sí?

-Un señor Roger Brooks, de Telluride, Colorado, está en la línea.

-¿Quién?

-Un señor Brooks. Dice que fue su condiscípulo en el colegio secundario Cedaredge.

-¡Dios mío, Brooksie! Hace años que no nos hablamos. Oí decir que tiene una pista para esquiar en algún lugar.

-Senador, en Telluride suelen esquiar.

-Eso mismo. Gracias, sabelotodo.

-¿Lo comunico?

-Por supuesto... Hola, Roger, ¿como estás?

-Muy bien, Larry, ha pasado mucho tiempo.

-Por lo menos, treinta años.

-Bien, no tanto –lo contradijo amablemente Brooks–. Encabecé aquí tu campaña hace ocho años. Pero la última elección no necesitaste mi apoyo.

-¡Dios, discúlpame! Por supuesto, ahora recuerdo. Discúlpame.

-No es necesario disculparse, Larry, eres un hombre ocupado.

-¿Cómo estás ?

-Desde entonces construí cuatro pistas adicionales, de modo que podría decir que estoy arreglándome bastante bien. Y los excursionistas del verano aumentan con más rapidez que lo que podemos construir instalaciones para atenderlos. Por supuesto, la gente que viene del Este desea saber por qué no tenemos servicio de habitación en los bosques.

-¡Eso está bueno, Roger! Lo usaré la próxima vez que discuta con mis distinguidos colegas de Nueva York. Ellos quieren servicio de habitación para todos financiado por el bienestar social.

-Larry –dijo Roger Brooks, en otro tono de voz, ahora más grave.

Te llamo probablemente porque fuimos juntos al colegio, y dirigí aquí tu campaña.

-No comprendo.

-Yo tampoco, pero sé que debía llamarte a pesar de que juré que no lo haría. Francamente, ese hijo de perra no me agradó; hablaba con voz afectuosa, como si fuese mi mejor amigo y estuviese diciéndome los secretos de las tumbas de los faraones, mientras aseguraba que todo lo hacía por tu propio bien.

-¿Quién era?

-Un tipo del FBI. Tuvo que mostrarme su identificación, y era auténtica. Pensé arrojarlo a empujones de aquí, y– después me dije que era mejor enterarme de lo que lo traía, aunque fuera para informarte.

-¿Y qué era, Roger?

-Una auténtica locura. Ya sabes cómo te describen algunos periódicos... como si fueras el viejo Barry G. de Arizona. El loco de las armas nucleares

Librodot

que llevará a la destrucción del país, el que pisotea a los oprimidos, todas esas cosas.

-Sí, ya lo sé. Él sobrevivió con honor y yo también lo conseguiré. ¿Qué deseaba el hombre del FBI?

-Quería saber si yo alguna vez te había oído manifestar simpatía por las... escucha esto... por las "causas fascistas". Si quizá en algún momento dijiste que creías que la Alemania nazi tenía cierta justificación por lo que hicieron y que culminó en la guerra... Te digo, Larry, al llegar a ese punto me hervía la sangre, pero mantuve la calma y me limité a decirle que estaba completamente equivocado. Señalé el hecho de que te condecoraron en Corea, ¿y sabes lo que dijo ese bastardo?

-No, no lo sé, Roger. ¿Qué dijo?

-Dijo, con una especie de mueca maliciosa: "Pero eso fue contra los comunistas, ¿no es verdad?" ¡Caramba, Larry, estaba tratando de defender su posición pero sin argumentos!

-Contra los comunistas porque ellos también eran odiados en la Alemania nazi, ¿no es verdad?

-Sí, por un demonio. Y ese muchacho no tenía edad suficiente para saber dónde está Corea, pero hablaba con mucha suavidad... Por Dios, se hubiera dicho que era un ángel de la guarda, un santo que desbordaba amor. Todo inocencia y palabras dulces.

-Están usando a sus mejores hombres –dijo en voz baja Roote, la mirada fija sobre su escritorio–. ¿Cómo terminó la conversación?

-Oh, te lo diré. Él aclaró que su información confidencial sin duda estaba equivocada, muy equivocada, y afirmó que la investigación terminaría allí mismo.

-Lo cual significa que apenas empieza. –Lawrence Roote se apoderó de un lápiz y lo quebró con la mano izquierda. –Gracias, Brooksie, te agradezco infinitamente.

-¿Qué está sucediendo, Larry?

-No lo sé, de veras no lo sé. Cuando lo descubra, te llamaré. Franklyn Wagner, director de programación de la MBC News, el programa noticioso más visto del país, se sentó en su camarín para reelaborar gran parte del texto que recitaría frente a las cámaras en cuarenta y cinco minutos. Oyó un llamado a la puerta, y Wagner dijo distraídamente:

-Adelante.

-Hola, señor Sincero –dijo Emmanuel Chernov, jefe de producción del noticiario de la red, mientras entraba y cerraba la puerta; se acercó a un sillón y se sentó–. ¿De nuevo tiene problemas con el texto? Lamento repetirme, pero probablemente es demasiado tarde para cambiar el material suministrado a los TelePrompTers.

-Y yo tendré que repetirme, y decir que esto no debería ser necesario. Nada de todo esto sería necesario si usted emplease a redactores capaces de deletrear la palabra periodismo, o que por lo menos conocieran las normas básicas.

Librodot

-Ustedes, los creadores de textos, o mejor sería decir los que han sido escritores y que ahora pueden permitirse tener en los Hartons casas con piscinas de natación, siempre se quejan.

-Manny, fui una vez a los Hamptons –dijo el apuesto Wagner, un hombre de cabellos plateados, mientras continuaba corrigiendo las hojas de texto–, y le digo que no volveré a ese lugar. ¿Quiere saber por qué?

-Por supuesto.

-Las playas están atestadas de personas de ambos sexos, muy delgadas o muy obesas, que se pasean sobre la arena sosteniendo galeras en las manos para demostrar que son escritores. Por las noches, se reúnen en cafés iluminados por la luz de las velas, para exaltar las virtudes de sus garabatos irreproducibles, y ejercitar sus egos a costa de los editores de aspecto poco pulcro.

-Frank, esas críticas son un poco fuertes.

-Pero son absolutamente exactas. Yo crecí en una explotación rural de Vancouver, y allí cuando los vientos del Pacífico traían arena, los cultivos no crecían.

-Una situación muy diferente, ¿no le parece?

-Quizá, pero no puedo soportar a los escritores, en televisión o en cualquier otro lugar, que permiten que la arena se acumule entre las palabras... Bien, he terminado. Si no hay noticias de último momento, tendremos una emisión relativamente ordenada.

-Nadie puede decir que usted es humilde, señor Sincero.

-No pretendo serlo. Y hablando de humildad, una virtud a la cual solo usted tiene derecho, ¿a qué vino, Manny? Creía que usted delegaba todas las críticas y las objeciones en horas de trabajo a nuestro productor ejecutivo.

-Se trata de algo diferente, Frank –dijo Chernov, los párpados entornados, con una expresión de tristeza–. Esta tarde recibí un visitante, un individuo del FBI, a quien no podría ignorar, ¿no le parece?

-Hasta aquí tiene razón. ¿Qué quería?

-Creo que su cabeza.

-¿Como dice?

-Usted es canadiense, ¿verdad?

-En efecto, y orgulloso de serlo.

-Cuando usted estaba en esa universidad, la... la...

-Universidad de la Columbia Británica.

-Sí, esa. ¿Protestó contra la Guerra de Vietnam?

-Era una "acción" de las Naciones Unidas, y sí, me opuse a voz en cuello.

-¿Se negó a servir?

-Manny, no estábamos obligados a servir.

-Pero usted no fue a la guerra.

-No me lo pidieron, y si me lo hubiesen pedido, no habría ido.

-Usted fue miembro del movimiento por la Paz Universal, ¿no es así?

-Sí, fui miembro. Casi todos, por supuesto no todos, lo éramos.

-¿Sabía que Alemania fue uno de los patrocinadores?

-Los jóvenes de Alemania, las organizaciones estudiantiles, ciertamente no el gobierno. A Bonn se le prohíbe comprometerse en conflictos armados o incluso en las discusiones parlamentarias de esas cuestiones. La rendición determinó que se reglamentase la neutralidad. Santo Dios, a pesar de su título, ¿usted no sabe nada?

-Sé que muchos alemanes eran parte del movimiento por la Paz Universal, y que usted era uno de los miembros bastante destacados. La "Paz Universal" pudo tener otro sentido, por ejemplo la fórmula de Hitler, "la Paz a través del Poder Universal y la Fuerza Moral".

-Manny–, ¿usted se ha convertido en un hebreo paranoico? En caso afirmativo, le recordaré que la madre de mi esposa era judía, lo cual al parecer es más importante que si lo hubiera sido el padre. Por lo tanto, puede afirmarse que mis hijos no son arios, ni mucho menos. Fuera de ese hecho irrefutable, que me descalifica para ser parte de la Wehrmacht, el gobierno alemán nada tuvo que ver con el Movimiento por la Paz Universal.

-De todos modos, la influencia alemana fue bastante visible.

-Sentimiento de culpa, Manny, un profundo sentimiento de culpa, ése fue el motivo. ¿Pero adónde demonios quiere llegar usted?

-Este hombre del FBI, deseaba saber si usted tenía relaciones con los nuevos movimientos políticos alemanes. Después de todo, Wagner es un apellido alemán.

-¡Esto me parece increíble!

Clarence "Clarr" Ogilvie, presidente retirado del directorio de la Global Electronics, salió con su Duesenberg restaurado de la Autopista Merritt, por el desvío de Greenwich, Connecticut, el más próximo a su domicilio, o residencia, como la prensa lo denominaba sarcásticamente. En la época más próspera de su familia, antes de la crisis de 1929, una hectárea y media de tierra con una piscina de tamaño normal y sin pista de tenis ni establo, no podría haber merecido el nombre de residencia. Pero como él provenía "del dinero", hasta cierto punto se lo hacía blanco del desprecio, como si hubiese elegido nacer rico, y sus logros por lo tanto carecieran de importancia, y fueran nada más que el producto de las relaciones públicas de alto vuelo, algo que sin duda él podía permitirse.

Se olvidaban, o para ser menos piadosos, se ignoraba intencionadamente, los años en que había pasado doce a quince horas diarias, convirtiendo una empresa de familia que sólo marginalmente era rentable, en una de las empresas electrónicas de más éxito en el país. Clarr Ogilvie se había graduado en el M.I.T. en los años cuarenta; había sido un defensor de las nuevas tecnologías, y cuando se incorporó al negocio de la familia había percibido de inmediato que la empresa llevaba un retraso de una década. Despidió prácticamente a toda la jerarquía ejecutiva, suministrándole pensiones que según esperaba él podría pagar, y los reemplazó con individuos como él, jóvenes dinámicos y orientados hacia la computadora; hombres y mujeres, pues él empleaba el talento, no el sexo.

Hacia mediados de los años cincuenta los progresos tecnológicos obtenidos por sus equipos de innovadores de cabellos largos, pantalones vaqueros y fumadores de marihuana había atraído la atención del

Pentágono, con las correspondientes consecuencias. La paciencia de los "uniformes" pulcramente planchados se vio puesta a prueba por las "barbas" y las "minifaldas" despreciadas y desaliñadas, que como a la pasada apoyaban los pies sobre las mesas lustradas o se comían las uñas de los dedos durante las conferencias, al mismo tiempo que explicaban pacientemente la nueva tecnología. Pero los productos que ellos habían creado eran irresistibles, y el poderío armado de la nación aumentó de manera considerable; la empresa de la familia adquirió un carácter global.

Todo eso era cosa del ayer, pensó Clarr Ogilvie, mientras avanzaba por los caminos rurales que conducían a su casa. Hoy era un día que ni siquiera en sus pesadillas más absurdas él había creído posible. Comprendía que nunca había sido el personaje más popular en el así llamado complejo militar–industrial, pero esto sobrepasaba todos los límites.

En pocas palabras, ¡se le había asignado el rótulo de enemigo potencial de su país, un fanático de gabinete que apoyaba los objetivos de un creciente movimiento fascista –nazi– en Alemania!

Había ido a Nueva York para hablar con su abogado y buen amigo John Saxe, que le dijo por teléfono que se trataba de una situación urgente.

-¿Usted suministró a una firma alemana llamada Oberfeld equipos electrónicos que incluían las trasmisiones por satélite?

-Sí, lo hicimos. Fueron aprobados por la F.T.C., la gente del sector de exportaciones y el Departamento de Estado. No era necesario un contrato de usuario final.

-Claro, ¿usted sabía quién era Oberfeld?

-Sólo que pagaban sin demora sus facturas. Ya se lo dije, fueron aprobados.

-¿Nunca examinó su... por ejemplo, su base industrial, sus objetivos empresarios?

-Conocíamos su deseo de extenderse electrónicamente, sus especificaciones. Todo el resto correspondía a los controles de exportación de Washington.

-Por supuesto, ahí está el eje de la cuestión.

-¿De qué está hablando, John?

-Son nazis, Clarr, la nueva generación de nazis.

-¿Cómo demonios podíamos saberlo, si Washington lo ignoraba?

-Por supuesto, ésa es nuestra defensa.

-¿Defensa frente a qué?

-Algunos pueden afirmar que tú sabías lo que Washington ignoraba. Que de buena gana, y con conocimiento de causa, suministraste a un grupo de revolucionarios nazis los más modernos equipos de comunicaciones.

-¡Eso es absurdo!

-Tal vez sea la argumentación contra la cual debamos luchar.

-Dios mío, ¿por qué?

-Porque estás en una lista, Clarr; eso es lo que me dijeron. Además, no todos te profesan afecto. Francamente, yo me desprendería de ese automóvil Duesenberg.

Librodot

-¿Qué? ¡Si es un ejemplar clásico de la producción automovilística!

-Es un coche alemán.

-¡Al demonio con eso! ¡Los Duesenberg fueron norteamericanos, y se fabricaba la mayor parte en Virginia!

-Bien, ya sabes, el nombre..

-¡No, no sé absolutamente nada!

Clarence "Clarr" Ogilvie entró por el sendero de su casa, preguntándose qué podría decir a su esposa.

El hombre de cierta edad con la cabeza afeitada y los gruesos anteojos de montura de carey que ampliaban sus ojos estaba a unos diez metros de la línea de pasajeros que acreditaban su partida en el Vuelo 7000 de Lufthansa a Stuttgart, Alemania. A medida que cada uno mostraba su pasaporte, al mismo tiempo que un billete aéreo, la única pausa en el procedimiento sobrevenía cuando los empleados comparaban los pasaportes con una nómina en una pantalla de la computadora, a la izquierda del mostrador. El hombre de la cabeza afeitada había sido controlado, y tenía el permiso de embarque en el bolsillo. Observó ansiosamente cuando una mujer de cabellos canosos se acercó a un empleado y le mostró sus credenciales. Unos instantes después suspiró audiblemente, aliviado; su esposa se apartó del mostrador. Se reunieron tres minutos después frente a un puesto de periódicos, y ambos examinaron las revistas exhibidas, pero ninguno reconoció al otro, excepto mediante murmullos.

-Esto terminó –dijo el hombre en alemán–. Abordamos el avión en veinte minutos. Yo seré uno de los últimos, y tú una de las primeras.

-Rudy, ¿no te muestras demasiado prudente? Nuestros pasaportes y las fotografías muestran a dos personas completamente distintas de lo que somos realmente, en el supuesto de que alguien sienta el más mínimo interés por nosotros.

-En estas cuestiones prefiero la cautela excesiva antes que la indiferencia. Por la mañana advertirán mi ausencia en el laboratorio... es posible que el hecho ya haya llamado la atención si uno de mis colegas trató de comunicarse conmigo.

Estamos llegando al punto crítico en el perfeccionamiento de las fibras ópticas que interceptarán las trasmisiones internacionales por satélite, sean cuales fueren las frecuencias.

-Sabes que no entiendo esas palabras...

-No son palabras, querida esposa, sino el fruto de una investigación concreta y objetiva. Estamos trabajando en turnos, veinticuatro horas al día, y de un momento a otro uno de los colaboradores quizá desee controlar los progresos de la investigación en nuestras computadoras.

-Entonces, permítelo, querido esposo.

-¡Eres una tonta anticientífica! Tengo el software, y he difundido un virus por todo el sistema.

-Mira, Rudi, tu cabeza afeitada es mucho menos atractiva que las ondas de cabellos blancos. Y si yo llego a permitir tantas canas en mi cabello, te perdonaré si buscas una amante.

-Tú también eres imposible, mi adorada y joven esposa.

-Aj, ¿podrías explicarme por qué decimos tantas tonterías?

-Ya te lo dije muchas veces. ¡La Fraternidad, solamente existe la Fraternidad!

-La política me aburre.

-Volveremos a vernos en Stuttgart. A propósito, te compré el collar de diamantes que viste en Tiffany.

-¡Eres un amor! ¡Seré la envidia de todas las mujeres de Munich!

-Vaclabruck, querida. Munich sólo los fines de semana.

-¡Qué aburrido!

Arnold Argossy, empresario de radio y televisión que actuaba en el ala ultra conservadora y propensa a la histeria del pensamiento político norteamericano, movió su enorme corpulencia en la silla bastante inadecuada que ocupaba frente a la mesa del estudio. Se puso los audífonos y miró el panel de cristal esfumado, más allá del cual estaban su productor y los diferentes técnicos que conseguían que la conocida voz aguda y áspera, tan apreciada por sus admiradores, fuese escuchada en todo el país. El número de oyentes, otrora asombroso, había comenzado a disminuir, ¡quizá agraviado por los ataques singularmente perversos de Argossy contra todo y contra todos los que a su juicio eran liberales! Ataques que formulaba sin que él ofreciese alternativas coherentes a los programas criticados. La gradual disminución de su rating no había contribuido en nada a deteriorar su ego. En cambio, se aferraba al público cada vez más reducido mediante agresiones más y más virulentas contra los comunistas liberales, los fascistas femeninos, los asesinos de embriones, los vagabundos sin hogar y una serie de rótulos que con el tiempo debían alejar incluso a la gran mayoría paciente y estable", que comenzaba a cuestionar esas diatribas.

La luz roja se encendió, y se iluminó la leyenda EN EL AIRE.

-Hola, Estados Unidos, los hijos y las hijas auténticos y vigorosos de los gigantes que formaron una nación en un país de salvajes y lo convirtieron en un lugar propicio. Habla A.A., ¡y esta tarde deseo que ustedes también hablen! Los habitantes honestos y laboriosos de este gran país que se ha visto manchado y mancillado por los sicofantes obsesionados por el sexo, enemigos de la religión, destructores de la moral, los enfermos que dirigen nuestro gobierno al mismo tiempo que se alejan cada vez más después de apoderarse de nuestro dinero. ¡Oigan la última noticia, amigos míos! Se ha presentado al Congreso un proyecto que permitirá que los impuestos que pagamos se destinen a financiar la educación sexual obligatoria, orientada específicamente hacia los jóvenes de las grandes urbes. ¿Pueden creer eso? Nuestro dinero despilfarrado en un tema polémico, nuestros dólares que irán a financiar por lo menos un millón de condones diarios destinados a los jóvenes sin hogar, a esos individuos perezosos e indolentes que podrán fornicar cuando... no, no puedo decirlo, porque este es un programa para la familia. Difundimos la moral de nuestro Dios, no nos sometemos a los secuaces bajos y salvajes de Lucifer, el arcángel del infierno... ¿Cuál es la solución para esta locura promiscua? La respuesta es tan evidente, que ya escucho el grito general. ¡La esterilización, amigos míos! Negar la posibilidad de la procreación mediante la lascivia, pues la lascivia no es el amor conyugal. La sensualidad es el apetito no selectivo de los animales, y por

Librodot

mucho que se quiera apelar a la educación sexual será imposible curarla, ¡a lo sumo se conseguirá que prolifere! Bien, ustedes saben y yo sé de qué estamos hablando, ¿no es así? ¡Sí! ¡Ya oigo el coro liberal que grita racismo! Pero yo les pregunto, amigos míos, ¿es racista inaugurar programas que sin la más mínima duda pueden beneficiar a las mismas personas degradadas por su promiscuidad? Creo que no. ¿Qué les parece a ustedes?

-¡Ahí está la cosa! –gritó el primero que contestó–. No tengo nada contra nadie, pero seguro que si pagamos a cada negro que depende del bienestar veinticinco mil dólares para regresar al África y fundar su propia tribu, en el acto aceptarán la idea. Lo tengo todo calculado. Y será más barato, ¿no le parece?

-Señor, no podemos aceptar la migración mediante el soborno. Es anticonstitucional. Pero en una palabra, ¡hay que considerar la idea! Por favor, el siguiente.

-Llamo desde la ciudad de Nueva York, desde el bajo West Side, y les aseguro que la cocina a base de platos cubanos se huele en toda la casa de apartamentos; y ya ni siquiera consigo leer los anuncios en las tiendas.

¿No podemos desembarazarnos de Castro, y enviar a esta gente de regreso al lugar de origen?

-Señor, tampoco podemos aceptar los insultos de carácter étnico, pero si nos apartamos del epíteto infortunado que usted asignó a una nacionalidad, tendremos que decir que hay algo de razón en su fórmula. Escriba a sus senadores y representantes en el Congreso, y pregúnteles por qué no hemos enviado un equipo de especialistas que asesine al dictador comunista. ¿Qué más queda?

-¡Todo mi apoyo, A.A.! Los senadores y los representantes tienen que escucharnos, ¿no es así?

-En efecto, amigo mío.

-¡Magnífico!... ¿Quiénes son?

-La oficina de correos tiene esa información. El siguiente llamado para el Argonauta Argossy.

-Buenas noches, mein Herr llamo desde Munich, Alemania, donde ahora es de noche. Lo escuchamos en la Emisión de la Religión del Mundo, y agradecemos a Dios que nos permita conocerlo. ¡Asimismo, le agradecemos todo lo que usted hizo por nosotros!

-¿Qué demonios es esto? –dijo Argossy, cubriendo el micrófono y volviendo la mirada hacia el panel de vidrio esfumado.

-La República Alemana es un excelente mercado, Arnie –contestó el productor por los micrófonos–. Estamos llegando a Europa en onda corta. Sea bueno y escuche a ese hombre, es su contribución, pero a la misma se agregan muchas otras contribuciones.

-¿Cómo están las cosas en Munich, mi nuevo amigo?

-Mucho mejor ahora que podemos escuchar su voz, Herr Argossy.

-Me alegra saberlo. Fui a esa hermosa ciudad hace aproximadamente un año, y allí me sirvieron la mejor salchicha y el mejor sauerkraut que he saboreado jamás. Mezclaron todo con patatas aplastadas y mostaza. Fue tremendo.

-¡Usted es tremendo, mein Herr! Usted evidentemente es uno de los nuestros, un miembro de la nueva Alemania.

-Me temo que no sé de qué está hablando...

-Münich, ¡por supuesto que sabe! Construiremos el nuevo Reich, el Cuarto Reich, y usted será nuestro ministro de Propaganda. Será mucho más que lo que fue jamás Goebbels. ¡Usted es mucho más persuasivo!

-¿Quién mierda es este tipo? –rugió Arnold Argossy.

-¡Corten los micrófonos y detengan la grabación! –gritó el productor–. Por Cristo, ¿a cuántas estaciones este programa llegó en vivo y en directo?

-A doscientas diecinueve –replicó sin interés el técnico.

-Mierda –dijo el productor, y se desplomó en una silla. The Washington Post.

ALGUNAS INVESTIGACIONES DISCRETAS

ALARMAN AL GOBIERNO Los agentes del FBI andan por ahí formulando preguntas

WASHINGTON, D.C., Viernes – El Post supo que varios agentes del FBI estuvieron viajando por todo el país, y reuniendo información acerca de destacadas figuras del Senado y la Cámara de Representantes, así como de miembros del gobierno. La naturaleza de estas indagaciones no es clara y el Departamento de Justicia no detallará o siquiera confirmará la existencia de estos interrogatorios. Sin embargo, los rumores persisten, y se vieron confirmados por un irritado senador Lawrence Roote, de Colorado, cuyo personal admitió que su jefe había reclamado un encuentro inmediato con el fiscal general. Después de su conferencia, Roote también rehusó formular comentarios, y se limitó a decir que había sobrevenido un malentendido.

Los indicios en el sentido de que hubo otros "malentendidos" que se difundieron por toda la capital del país llegaron anoche, cuando el popular y respetado director del noticioso nocturno de la MBC, Franklyn Wagner, dedicó dos minutos para lo que él denominó un "ensayo personal". En su tono normalmente bien modulado, había una evidente amargura, o incluso una furia contenida. Atacó lo que él llamó "las hienas del espíritu de los vigilantes, que atacan posiciones políticas muy antiguas, pero totalmente legítimas, incluso los nombres y sus orígenes, para manchar a los destinatarios de su hostilidad". Recordó la "histeria masiva de los años de McCarthy, cuando hombres y mujeres decentes se vieron arruinados por las indirectas y los cargos infundados que se basaban en la culpabilidad por asociación", y concluyó su ensayo diciendo que era "un huésped agradecido en este grandioso país" –Wagner es canadiense– pero que embarcaría en el primer avión de regreso a Toronto si se convertía en víctimas a él mismo y a su familia.

Bombardeado después por las preguntas, también rehusó formular comentarios, y dijo únicamente que los instigadores del asunto sabían muy bien quiénes eran, y que "eso bastaba". La MBC afirmó que los conmutadores se vieron sobrecargados, y calcularon que hubo millares de llamados, más del ochenta por ciento apoyando al señor Wagner.

La única pista que este periodista pudo determinar fue que las averiguaciones están más o menos relacionadas con los hechos recientes de

Alemania, donde algunas facciones derechistas han realizado avances significativos en el gobierno de Bonn.

En el complejo médico todavía inconcluso, Gerhardt Kroeger se paseó distraídamente, con movimientos impetuosos, en presencia de su esposa Greta, sentada en un sillón del edificio levantado en la profundidad de los bosques de Vaclabruck.

-Sabemos que aún vive –dijo excitado el cirujano–. Superó la primera crisis, y eso es un signo positivo para el procedimiento, pero no saludable para la causa.

-¿Por qué, Gerhardt? –preguntó la enfermera de cirugía.

-¡Porque no podemos encontrarlo!

-¿Y qué? Morirá en poco tiempo más, ¿verdad?

-Sí, por supuesto; pero si sufre una hemorragia craneana y muere en territorio enemigo, los médicos le practicarán una autopsia. ¡Verán mi implante, y eso no podemos permitirlo!

-No puedes hacer mucho al respecto, de modo que no vale la pena que te irrites.

-Es necesario hallarlo. Yo debo encontrarlo.

-¿Como?

-En los últimos días, en las últimas horas, habrá un momento en que él se sentirá obligado a establecer contacto conmigo. Su confusión será tal que reclamará instrucciones, las exigirá.

-No respondiste a mi pregunta.

-Ya lo sé. No conozco la respuesta. –El teléfono llamó, sobre la mesa que estaba al lado del sillón de Greta. La mujer descolgó el auricular.

-¿Sí?... Sí, por supuesto, Herr Doktor –La mujer apoyó la mano sobre el teléfono. –Es Hans Traupman. Dice que se trata de una emergencia.

-Supongo que no exagera; rara vez llama. –Kroeger se apoderó del teléfono, cedido por su esposa. –Seguramente es una emergencia, doctor. No recuerdo cuándo usted me llamó por última vez.

-El general von Schnabe fue arrestado hace una hora en Munich.

-Santo cielo, ¿por qué?

-Actividades subversivas, incitación a promover disturbios, delitos contra el Estado, toda la basura legal de costumbre que nuestros antepasados perfeccionaron en un ambiente mucho más favorable.

-¿Pero cómo?

-Al parecer, este Harry Latham–Lassiter no era el único infiltrado en nuestro valle.

-¡Imposible! Todos y cada uno de nuestros seguidores fueron sometidos a los exámenes más rigurosos, incluso hasta el extremo de los exámenes electrónicos del cerebro, que permiten revelar las mentiras, las dudas, la más pequeña vacilación. Yo mismo concebí los procedimientos; son infalibles.

-Quizá uno de ellos cambió de actitud después que abandonó el valle. Sea como fuere, von Schnabe fue detenido por la policía e identificado en un reconocimiento en que no podía verse al acusador. De acuerdo con lo poco

que hemos podido saber, quizá se trató de una mujer, pues parece que hubo referencias al abuso sexual. Se oyó a un oficial de policía de edad mediana que comentaba entre risas el asunto en el curso de una conversación con sus colegas en la estación de Munich.

-Advertí constantemente al general, lo previne en repetidas ocasiones acerca de sus relaciones con personal femenino. Y él me contestaba siempre: "Con todo su saber, Kroeger, usted no entiende. Un general significa poder, y el poder es la esencia del sexo. Me reclaman".

-Y ni siquiera era general –dijo Traupman al teléfono–. Y mucho menos Von.

-¿De veras?, creí que...

-Usted pensó lo que se lo indujo a pensar, Gerhardt –lo interrumpió el médico de Nuremberg–. Schnabe es un brillante estudioso de las operaciones militares, un partidario total de nuestra causa –pocos entre nosotros podrían haber hallado, creado y administrado nuestro valle ésas eran sus enormes virtudes. En realidad, dicho en términos médicos, era y es un sociópata de inteligencia superior, el tipo de persona que los movimientos como el nuestro exigen, sobre todo en las etapas iniciales. Por supuesto, después se los reemplaza. Ése fue el error del Tercer Reich; ellos creían en sus falsos títulos, los protagonizaban en la vida misma, y se impusieron a los auténticos generales, a los jóvenes que podían haber ganado la guerra con una invasión bien programada a Inglaterra. Nosotros no cometeremos esos errores.

-¿Qué haremos ahora, Herr Doktor?

-Hemos arreglado que Schnabe sea baleado esta noche en su celda. El asesino usará una pistola con silenciador. No es difícil; la desocupación es considerable incluso en las clases criminales. Hay que hacerlo antes de que comience el interrogatorio, y sobre todo antes de que se le administre el Amital.

-¿Y Vaclabruck?

-Usted tendrá que ocuparse de dirigirlo. Lo que nos preocupa, lo que preocupa a nuestro líder de Bonn es el autómata computarizado de París. Por Dios ¿cuando morirá?

-En un día a lo sumo en tres días; no puede durar más.

-Magnífico.

-Discúlpeme, Herr Traupman, pero es sumamente posible que el sufra la virtual explosión de su lóbulo occipital.

-¿Donde está su implante?

-Si. –Debemos encontrarlo antes de que suceda eso. ¡Si descubren que se trata de un autómata, creerán que hay millares!

-Es lo que le dije a mi esposa.

-Se refiere a Greta. ¿Qué sugiere ella?

-Coincide conmigo –replicó Kroeger, mientras su esposa se ponía de pie y negaba violentamente con la cabeza–. Debo ir a París para reunirme con nuestra gente. Primero, con nuestro hombre de la Blitzkrieg; algo se les escapa. Después, debo hablar con nuestro infiltrado en la embajada de los

Librodot

Estados Unidos; debemos perfeccionar lo que sabe acerca de los Antinayous. Finalmente, con nuestro hombre en el Deuxième Bureau. Está vacilando.

-Tenga cuidado con Moreau. En el fondo de su alma esta con nosotros, pero es francés. A decir verdad, no sabemos de que lado está.

Librodot

12

Drew Latham, convertido ahora en su hermano Harry, esperó protegido por las sombras del Trocadero, detrás de la estatua del rey Enrique el Inocente, los ojos espiando a través de los binoculares de visión nocturna. A casi sesenta metros mas lejos, se encontraban los espacios igualmente oscuros entre las estatuas de Luis XIV y Napoleón I. Era el lugar de cita del último pedido que había formulado Karin de Vries ese día. La entrega de la selección de papeles confidenciales que el necesitaba retirar de la oficina de "su hermano fallecido". Eran casi las once, la noche Parisiense estaba iluminada por una luna estival, la luna de un cazador blanco profesional en la llanura africana; y Drew Latham se sentía reconfortado por ese echo.

Dos hombres emergieron de un sedan negro estacionado frente a la larga entrada curva que conducía a la gran fachada de los monumentos. Los dos usaban trajes de calle oscuros y ahora caminaban hacia el lugar de cita; cada uno llevaba un portafolios, que ostensiblemente contenía los papeles que el había "pedido urgentemente" que retirasen del escritorio de su "hermano". Eran neos, pues ese último pedido, de acuerdo con lo convenido, no había sido trasmitido por Karin de Vries. Era la prueba de que el teléfono estaba intervenido desde el interior mismo de la embajada.

Drew caminó hacia los grupos dispersos de paseantes, muchos de ellos Parisienses, la mayoría turistas extranjeros provistos de cámaras. Habis destellos irregulares por doquier. Drew había doblado las solapas de su chaqueta, y una gorra con visera blanca le cubría parcialmente la cara mientras el se deslizaba entre la gente, permaneciendo siempre en compañía de un grupo o de otro, hasta que estuvo a unos quince metros del lugar de la cita. Examinó a los dos hombres que esperaban entre las dos estatuas impotentes; se los veía tranquilos, inmóviles como los monumentos, una inmovilidad turbada únicamente por el lento movimiento giratorio de las cabezas. Latham avanzó con uno de los grupos de turistas, pero en ese momento advirtió alarmado que eran asiáticos, y todos mucho mas bajos que el propio Latham. Otro pequeño grupo de occidentales venía en dirección contraria; se unió a ellos, y comprendió irónicamente por el idioma que hablaban que eran alemanes. Quizá se trataba de un presagio favorable; y después se convirtió en algo francamente optimista. Como un solo hombre, el grupo se concentró frente al monumento a Napoleón, conquistador de conquistadores, y por la estridencia de los comentarios, hubo cierta asociación inequívoca. "¡Sieg Nappy!", pensó Drew mientras clavaba la mirada en los dos falsos correos, que ahora estaban a menos de tres metros de distancia. Era el momento de hacer algo, pero Latham no sabía muy bien que. De pronto comprendió. Les rues de Montparmasse. ¡Los carteristas! El azote del séptimo arrondissement.

Eligió la mujer más delgada y menos imponente que tenía cerca, y de pronto le aferró el bolso que colgaba del hombro. La mujer gritó:

-¡Ein Dieb! –En la semipenumbra, Drew arrojó el bolso a un incauto que estaba más cerca del falso primer mensajero de la embajada, y empujó a una pareja hacia él, y después a otro hombre y a otro más, mientras gritaba palabras ininteligibles en un alemán de imitación. En pocos segundos, estalló un disturbio frente a la estatua de Napoleón, y los gritos alcanzaron un rápido crescendo mientras todos los miembros del grupo trataban de

Librodot

identificar al ladrón y a la propiedad robada en medio de la semipenumbra. El primer correo ilegítimo quedó atrapado en el desorden; se debatió torpemente para liberarse de la multitud que lo rodeaba, y de pronto Latham estuvo frente a él.

-Heil Hitler –dijo tranquilamente Drew como contrapunto a las voces histéricas circundantes mientras descargaba con toda su fuerza un puñetazo en el cuello del hombre. Cuando el neo se desplomó, Latham se lo llevó a la rastra, y se refugió en la oscuridad que cubría la hilera de estatuas frente a la Torre Eiffel, con sus majestuosas agujas inundadas de luz.

¡Tenía que sacar a ese hombre del Trocadero! Llevárselo, pero evitando al segundo correo y a la fuerza de apoyo que seguramente estaba en el sedán negro. Drew había venido preparado para esta cita como lo había hecho en otros casos, con el equipo suministrado de buena gana por los Antinayous. Un vaporizador médico con una sustancia que paralizaría las cuerdas vocales, un alambre con un garrote para inmovilizar las muñecas, y un teléfono celular con un número de imposible identificación. Utilizó los dos primeros elementos, y usó un momento para hundir de nuevo en la inconciencia al cautivo que ahora comenzaba a despertar; después, extrajo el teléfono del bolsillo interior. Marcó el número de la cosa del coronel.

-¿Sí? –le llegó la voz suave por el teléfono.

-Witkowski, soy yo. Tengo uno.

-¿Donde está?

-Trocadero, lado norte, última estatua.

-¿La situación?

-No estoy seguro. Hay otro hombre, y un automóvil, un cuatro puertas negro estacionado a cierta distancia. No sé quién lo ocupa.

-Hay mucha gente en el lugar?

-Más o menos.

-¿Como atrapó a su hombre?

-¿Tenemos tiempo para eso?

-Si quiero actuar eficazmente, necesito tiempo. Responda a mi pregunta.

-Hay una cantidad de turistas bastante cerca. Robé un bolso y provoqué un disturbio.

-Excelente. Complicaremos la escena. Llamaré a la policía y diré que creemos que es posible que hayan asesinado a un norteamericano para arrebatarle el dinero.

-Eran alemanes.

-Eso no importa. Las sirenas estarán allí en pocos minutos. Acérquese al lado sur, y camine hacia la calle. Llegaré pronto.

-¡Por Dios, Stanley, este cipo es un peso muerto!

-¿Usted no se encuentra en condiciones físicas?

-Demonios, no se trata de eso, pero, ¿qué digo si me detienen?

-Que es un norteamericano borracho. En París a todos les agrada oír eso. Si quiere se lo repito en francés... ella realidad no importa, usted se arreglará mejor con su propio idioma... es más verosímil. ¡En marcha!

Ratificando las palabras del coronel, noventa segundos después las ruidosas sirenas de la policía Parisiense colmaron el amplio complejo del Trocadero, cuando cinco patrulleros confluyeron sobre la entrada. La multitud corrió hacia la calle interesada en la escena, mientras Latham, sosteniendo en brazos a la figura de su prisionero, se acercaba con la mayor prisa posible al lado sur. Cuando estuvo detrás de las estatuas, cargo al neo sobre el hombro, como un bombero, y corrió por la oscuridad hacia la calle. Dejó caer el cuerpo del nazi sobre el pavimento, y se arrodilló esperando la señal de Witkowski. La obtuvo cuando un vehículo de la embajada entró por la calle, las luces que se apagaban y encendían, la señal básica que indicaba la orden de evacuación. The New York Times LABORATORIO OFICIAL MUY SECRETO ROBADO.

El científico Rudolph Metz desaparece. Faltan datos.

BALTIMORE, Sábado – En las colinas de Rockland, un complejo científico poco conocido y muy secreto donde se realizan importantes experimentos con microcomunicaciones, esta mañana se pidió la presencia de las autoridades, al principio porque el personal no podía comunicarse con el doctor Rudolph Metz, el científico de fama internacional especializado en fibras ópticas; no respondía al teléfono ni a las llamadas del aparato celular. Las visitas a su residencia no obtuvieron respuesta. La policía, provista de una orden, irrumpió en la casa y no encontró nada irregular, excepto un mínimo caudal de prendas de vestir en los armarios de una pareja que vivía en un nivel tan acomodado como el doctor Metz y su esposa. Después, los médicos del laboratorio informaron que toda la investigación del último año había sido extraída de las computadoras, dejando en su lugar una serie de blancos afectados por un virus.

El doctor Metz, un hombre de setenta y tres años, en su juventud un niño prodigio de la ciencia alemana, además de un hombre que constantemente elogiaba y "agradecía al Padre celestial" por su ciudadanía norteamericana, era una persona extraña, lo mismo que su cuarta esposa, según los vecinos de Rockland. "Siempre tenían una actitud reservada, excepto cuando la esposa de pronto ofrecía grandes fiestas, para mostrar sus joyas; pero a decir verdad nadie los conocía bien", dijo la señora Bess Thurgold, que vive en la casa contigua. "No pude trabar relación con él –dijo Ben Marshall, un abogado que vive enfrente–. Se cerraba apenas yo mencionaba una idea de carácter político, ya saben a qué me refiero. Aquí estamos todos, la gente que construyó este país... demonios, él no podría vivir en este lugar si no hubiésemos hecho nuestra parte... pero él nunca tenía una opinión. ¡Ni siquiera acerca de los impuestos!"

Las conjeturas en este punto, se centran en una enfermedad psiquiátrica provocada por el exceso de trabajo, los problemas conyugales como resultado de la disparidad de edades entre su esposa actual y el propio Metz, e incluso el secuestro ejecutado por organizaciones terroristas que podrían aprovechar los conocimientos del doctor Metz.

Latham y Stanley Witkowski trasladaron el cuerpo inconsciente del falso correo directamente al apartamento del coronel en la rue Diane. Utilizando la entrada de servicio, subieron al neo en el montacargas, y así llegaron hasta el piso de Witkowski, y lo metieron en las habitaciones del coronel.

Librodot

-De ese modo la cosa no es oficial, y eso significa que es algo bardzo dobrze –dijo Witkowski, mientras depositaban la figura del neo sobre el diván.

-¿Qué? –Eso significa que la cosa "está bien". Harry habría entendido; él hablaba polaco.

-Lo lamento.

-Está bien. Usted se comportó bien esta noche... Ahora, tenemos que despertar a este animalito, y asustarlo de tal modo que hable.

-¿Cómo lo logramos?

-¿Fuma?

-En realidad, estoy tratando de dejar el cigarrillo.

-Yo no soy su conciencia, ni un miembro de su grupo de apoyo. ¿Tiene una colilla?

-Bien, siempre llevó conmigo algunas... por una situación urgente, ya sabe.

-Encienda una y entréguemela. –El coronel comenzó a palmear las mejillas del neo; los ojos del asesino parpadearon y Witkowski recibió de Latham el cigarrillo encendido. –Allí en el bar tengo una botella de Evian. Tráigamela.

-Aquí la tiene.

-¡Eh, Junge! –gritó Witkowski, derramando el agua sobre la cara del prisionero, que abrió muy grandes los ojos–. Mantenga abiertos esos ojos tan azules, amigo, porque voy a quemarle los glóbulos oculares, ¿eh? –El coronel aplicó el cigarrillo encendido a medio centímetro del ojo izquierdo del neo.

-¡Aaaa! –gritó el nazi–. ¡Por favor, nein!

-¿Quiere decir que después de todo no es tan duro? Demonios ustedes quemaban a la gente, le quemaban los ojos y todo el cuerpo. ¿Quiere decir que no puede soportar que le lastimen un ojo... y después, el otro? El cigarrillo encendido tocó la humedad exterior del ojo del neo.

-¡Aaaaaaaay! –El coronel retiró lentamente el cigarrillo. –Puede recuperar la visión de ese ojo, pero sólo con el tratamiento adecuado. Ahora bien, si ejecuto la misma operación con el otro, será distinto. Le quemaré la retina, y Dios sabe que ni siquiera yo podría soportar el dolor, sin hablar de la ceguera. –Witkowski acercó el cigarrillo al ojo derecho, y la ceniza cayó en su interior. –Aquí vamos, a ver qué siente.

-¡No... no! Pregúnteme lo que quiera, ¡pero no haga esto!

Unos momentos después, el coronel continuó, mientras el neo sostenía un pedazo de hielo sobre el ojo izquierdo.

-Ahora sabe de lo que soy capaz. Así como hicieron ustedes, canallas, hace cincuenta años, cuando perdí a un par de abuelos en Auschwitz. Por lo que a mí se refiere, le meteré encima esas almohadas, y no sólo le quemaré los ojos, sino que le cortaré las pelotas. Después lo dejaré en libertad, ¡y veré cómo camina por las calles!

-Calma, Stosh –dijo Latham, aferrando el hombro de Witkowski.

-¡No me hable de calma, jovencito! ¡Mi familia ocultó a judíos, y por eso los gasearon!

-Está bien, está bien, pero ahora necesitamos información.

-De acuerdo... de acuerdo. –El coronel respiró hondo, y después habló en voz baja. –Me dejé llevar... pero sabe cómo odio a estos bastardos.

-Tengo una idea bastante acabada, Stanley. Mataron a mi hermano. Por favor, al interrogatorio.

-De acuerdo. ¿Quién es usted, de dónde viene y a quien representa?

-Soy prisionero de guerra y no estoy obligado a...

Witkowski descargó la mano libre sobre la boca del neo, un golpe salvaje, y el anillo de oro del ejército arrancó sangre a la cara del prisionero.

-Es cierto, hay una guerra, pero no ha sido declarada, y usted no tiene derecho absolutamente a nada, excepto lo que yo decida prepararle. Y permítame asegurarle que no será agradable. –El coronel miró a Latham. –Hay una vieja bayoneta en el escritorio, allí; la uso para abrir sobres. Sea bueno y tráigamela, ¿quiere? Veremos cómo abre un cuello, pues como usted sabe fue diseñada precisamente para eso.

Drew se acercó al escritorio y regresó con el arma. Witkowski exploró la carne alrededor del cuello del aterrorizado correo falso.

-Aquí tiene, doctor.

-Qué extraño que diga eso –comentó el veterano del G–2–. Anoche estaba pensando en mi madre; ella siempre quiso que yo fuese médico, para ser exacto, cirujano. Me lo dijo muchísimas veces. "Stachu, tienes manos fuertes. Tienes que ser médico y operar; ganan mucho dinero Veamos si puedo demostrar mi capacidad. –El coronel hundió el dedo en la carne suave exactamente encima del esternón del alemán. –Parece que éste es un lugar apropiado para comenzar –continuó diciendo, y aplicó la punta de la hoja–. Es un lugar con muchos vasos sanguíneos, y usted sabe cómo sangra cuando se clava el filo de la hoja. Demonios, será fácil si uno utiliza un cuchillo; y créame, este es un auténtico cuchillo. Está bien, comencemos la primera incisión... ¿qué le parece? Una "incisión".

-¡Nein! –gritó el neo que comenzó a debatirse cuando un hilo de sangre descendió por su cuello–. ¿Qué quieren de mí? No sé nada. ¡Hago solo lo que me ordenan!

-¿Quién le imparte las órdenes?

-¡No lo sé! Recibo un llamado telefónico... un hombre, a veces una mujer... utilizan mi número de código y yo debo obedecer.

-Eso no, sirve, canalla...

-Esta diciendo la verdad, Stush –se apresuro a intervenir Latham, que impidió que Witkowski profundizara la herida en el cuello del prisionero–. La otra noche uno de estos neos me dijo lo mismo, prácticamente palabra por palabra.

-¿Cuáles fueron sus órdenes esta noche? –insistió el coronel mientras el nazi gritaba bajo la presión cada vez más intensa del filo. ¡Esta noche! –rugió Witkowski.

-Matarlo, matar al traidor, pero asegurarnos de llevar lejos el cadáver, y quemarlo.

-¿Quemarlo? –lo interrumpió Drew.

Librodot

-Sí, y cortarle la cabeza, y también quemarla, pero en otro lugar, lejos del cuerpo.

-¿"Lejos"...? –Drew miró fijamente al neo, que temblaba horrorizado.

-¡Lo juro, es todo lo que sé!

-¡Al demonio! –gritó el coronel, y hundió un poco más el cuchillo–. He interrogado a centenares como usted, canalla, y sé a qué atenerme. Siempre tienen en los ojos el signo de que no lo dicen todo, de que reservan algo... un asesinato no es nada demasiado importante, pero el resto es un poco más difícil... quizá un poco más peligroso, trasladar a otro sitio un cadáver, cortarle la cabeza, y quemar todo. Eso es un poco extraño incluso para ustedes, que son psicópatas. ¿Qué es lo que no nos dijo? ¡Hable, o su vida termina aquí mismo!

-¡No, por favor! ;Él morirá en poco tiempo más, pero no puede morir cuando está cerca del enemigo! ¡Debemos llegar primero!

-¿Él morirá? No es posible impedir eso. Tres días, cuatro días, es todo lo que tiene, y lo que sabemos. Debíamos apresarlo esta noche, matarlo antes de la mañana, lejos de aquí, donde no lo encontraran.

Latham se apartó del diván, desconcertado, tratando de comprender el enigma que le proponía el revolucionario nazi. Nada tenía sentido, excepto una proyección al parecer indiscutible.

-Enviaré a este canalla a la inteligencia francesa, acompañado por nuestro testimonio, por todo lo que dijo aquí, lo que hemos conseguido que revele gracias a ese pequeño artefacto que ahora está sobre mi escritorio –dijo Witkowski.

-Vea, Stosh –observó Drew, volviéndose y mirando al coronel, quizá usted debiera meterlo en un jet diplomático y enviarlo a Washington, a Langley, con un informe destinado al equipo de recepción de la CIA.

-Cristo, ¿por qué? Es un problema francés.

-Stanley, quizá es más que eso. La lista de Harry. Quizá debiéramos ver cuáles son los miembros de la Agencia que intentan proteger a este hombre, o inversamente, que tratan de matarlo.

-Usted me desconcierta, jovencito.

-Me desconcierto a mí mismo, coronel. Ahora soy Harry, y alguien supone que yo voy a morir.

Eran las tres de la madrugada en Montecarlo, y las calles estrechas y mal iluminadas que se extendían más allá del casino estaban desiertas, excepto los últimos clientes que salían de las salas de juego todavía activas del palacio; unos pocos estaban borrachos, varios se sentían muy satisfechos, y la mayoría estaba fatigados. Claude Moreau descendió por un callejón que conducía a un muro de piedra, desde el cual podía dominarse la bahía. Llegó al muro, sus ojos exploraron la escena que se extendía debajo; era un refugio para los ricos del mundo, y se destacaba todavía más gracias a las luces de los enormes yates de lujo y las lanchas crucero amarradas al muelle. Sin embargo, no sintió la más mínima envidia; él era nada más que un observador que apreciaba la belleza superficial de todo eso. Su carencia de celos, típica en un funcionario civil, era una reacción fácil, pues su tarea le imponía pasar poco tiempo entre los propietarios de esas embarcaciones opulentas, observando su forma de vida, a menudo profundizando más.

Todo eso era suficiente para él. Si uno podía extraer una fórmula general, una categoría, cabía señalar que en muchos aspectos eran un grupo desesperado, que sin cesar trataba de concebir nuevos intereses, nuevas experiencias, nuevas emociones. La búsqueda constante se convertía en la realidad de la vida de esa gente, la persecución interminable, que conducía a lo sumo a otra búsqueda. Tenían sus confortamientos; los necesitaban, porque el resto era hastío, la búsqueda del estímulo siguiente que debía entretenerlos. ¿Y ahora qué? ¿Qué hay de nuevo?

-Alló, monsieur –dijo la voz que provino de la oscuridad cuando una figura se aproximó saliendo de entre las sombras–. ¿Usted es amigo de la Fraternidad?

-La causa que ustedes persiguen es fútil –dijo Moreau sin volverse–. Se lo dije a su gente cien veces, pero si ustedes continúan prestándome su valiosa ayuda, haré lo que me piden.

-Esa mujer que fue miembro de nuestro grupo de la Blitzkrieg, la que estuvo sentada a la mesa del casino. Ustedes se la llevaron. ¿Qué sucedió?

-Se suicidó, lo mismo que esos dos que murieron en la cárcel hace algunos meses. Somos franceses; después de arrestarla, no examinamos los lugares íntimos de su cuerpo. Si lo hubiésemos hecho, habríamos descubierto cápsulas de cianuro envueltas en plástico.

-Sehr gut. ¿Ella no les dijo nada?

-¿Como podría haber dicho algo? No salió viva del cuarto de baño de las mujeres.

-Entonces, todo está bien.

-Por ahora. Y espero el pago de costumbre en Zurich, en recompensa a mi considerable cooperación. Mañana.

-Así se hará.

La figura se alejó en la oscuridad mientras Moreau deslizaba la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, y apagaba su grabador. Los contratos no escritos nada significaban si no se grababan las correspondientes violaciones.

Librodot

13

Basil Marchand, miembro de la Cámara de los Lores, descargó el pisapapeles de bronce sobre su escritorio con una fuerza tal que la cubierta de vidrio se quebró, enviando fragmentos a los costados de la habitación. El hombre que estaba frente a él retrocedió un paso, al mismo tiempo que desviaba un momento la cara.

-¿Cómo se atreve? –gritó el anciano caballero, las manos temblando de cólera–. Los hombres de esta familia se remontan a Crimea y a todas las guerras que siguieron, inclusive la de los boers, donde un periodista llamado Churchill elogió su bravura bajo el fuego. ¿Cómo se atreve a sugerirme algo por el estilo?

-Perdóneme, lord Marchand –dijo tranquilamente el agente del MI–6–, su familia ha recibido un reconocimiento merecido por sus contribuciones militares durante este siglo, pero hubo una excepción, ¿no es verdad? Por supuesto, me refiero a su hermano mayor, que fue uno de los fundadores del grupo de Cliveden, el mismo que tenía tan elevada opinión de Adolfo Hitler.

-¡Fue expulsado de la familia! –exclamó Marchand, dominado por la cólera, mientras abría bruscamente un cajón y extraía un pergamino sostenido por un marco de plata–, ¡Aquí tiene, individuo insolente! Ésta es una mención del propio rey por el desempeño de mi embarcación en Dunkerke. Yo era un muchacho de dieciséis años, y rescaté a treinta y ocho hombres que habrían sido masacrados o capturados. ¡Y eso fue antes de que me concedieran la Cruz Militar por mis servicios en la Marina Real!

-Conocemos su destacado heroísmo, lord Marchand...

-De modo que no me atribuya las fantasías torcidas de un hermano mayor a quien apenas conocí... y de quien nunca me agradó lo que llegué a conocer –continuó el ofendido miembro de la Cámara de los Lores–. Si usted realizó la debida investigación, debe saber que él salió de Inglaterra en 1940 y nunca regresó; seguramente murió destruido por la bebida en una de esas islas del Pacífico Sur.

-Me temo que eso no es muy exacto –dijo el visitante del MI–6–. Su hermano terminó en Berlín con otro nombre, y trabajó durante la guerra en el Ministerio de Información del Reich. Se casó con una alemana, y como usted tuvo tres hijos varones.

-¿Qué...? –El anciano volvió lentamente a su silla, la boca entreabierta, respirando apenas–. Jamás nos dijeron nada –agregó en voz tan baja que apenas pudo oírsele.

-No tenía sentido, señor. Después de la guerra desapareció con toda su familia, y puede presumirse que viajó a América del Sur, a uno de esos enclaves alemanes de Brasil o Argentina. Como no se lo incluyó oficialmente en la lista de criminales de guerra, no hubo ninguna búsqueda, y en vista de las pérdidas sufridas por los Marchand...

-Sí –lo interrumpió suavemente lord Marchand–, otros dos hermanos y una hermana... dos pilotos y una enfermera.

-Exactamente. Nuestras oficinas decidieron enterrar todo el asunto.

-Fue amable de parte de ustedes, muy amable. Lamento haberlo tratado tan mal.

Librodot

-No se preocupe. Como usted dijo no podía saber lo que nunca le informaron.

-Sí, sí, por supuesto... Pero aquí, ahora, esta tarde, usted casi me acusó –y por extensión, acusó a la familia– de ser parte de un movimiento fascista en Alemania. ¿Por qué?

-Es una técnica un tanto torpe que no agrada a nadie pero es eficaz. Señor, no lo acusé concretamente; si usted recuerda, formulé mi alusión por referencia al hecho de que "la Corona se sentiría muy ofendida al saber que La respuesta inmediata es siempre el sentimiento de ofensa, etc. etc. pero existe la falsa ofensa y la auténtica. No es difícil discernir cual es cuál, sobre todo si uno tiene cierta experiencia, como a mí me sucede.

-¿Cuál fue mi acierto?

-Creo que si usted hubiera sido más jóven, me habría atacado físicamente, arrojándome a puntapiés de su casa.

-Muy cierto, lo habría hecho.

-Una reacción auténtica de su parte, en absoluto falsa.

-De nuevo preguntó, ¿por qué?

-Los nombres de dos de sus hijos están en una lista, una nómina muy confidencial de personas que discretamente apoyan a los revolucionarios neonazis de Alemania.

-Santo Dios, ¿cómo es posible eso?

-Marchands Limited es un complejo textil, ¿no es así?

-Sí, por supuesto, todos lo saben. Si se tienen en cuenta nuestras fábricas en Escocia, somos la segunda empresa por orden de importancia en el Reino Unido. Dos de mis hijos administran la empresa desde que yo me retiré; el tercero, que Dios se apiade de su alma, es músico. En fin, ¿qué hicieron para justificar esa acusación?

-Negociaron con una firma llamada Oberfeld, ernbarcaron millares y millares de cortes de lienzo para fabricar camisas, blusas, pantalones y chaquetas idénticos a los depósitos de Mannheim.

-Sí, examiné las cuentas, pues yo insisto en mantener un control cuidadoso. Oberfeld paga sus cuentas en fecha, y es un cliente espléndido. ¿Entonces?

-Oberfeld no existe, es una pantalla del movimiento neonazi. Y ya hace siete días que el nombre y el depósito de Mannheim se han esfumado, han desaparecido, del mismo modo que su hermano desapareció hace cincuenta años.

-¿Qué sugiere usted?

-Lo diré con la mayor suavidad posible, lord Marchand. ¿Es concebible que los hijos de su hermano hayan regresado, y en una manifestación de terrible ironía hayan comprometido a los hijos que usted puso enfrente de las empresas en una conspiración para acelerar el resurgimiento nazi, mediante la provisión de uniformes?

-¿Uniformes?

-Es el paso siguiente, lord Marchand. Históricamente, es una especie de norma.

A Knox Talbot le desagradaba representar el papel de Dios, pues un número excesivo de personas había asumido ese papel con su propia raza durante demasiado tiempo. Se sentía incómodo asumiendo esa posición, sintiéndose bastante hipócrita; pero no tenía alternativa. Las computadoras todopoderosas y muy secretas de la Agencia se habían visto afectadas; el software que contenía los secretos del globo habían sido violados, y eso incluía las operaciones más delicadas que la CIA había organizado en todo el mundo, entre ellas la complicada odisea de Harry Latham, que había durado tres años. Harry Latham–Alexander Lassiter... nombre cifrado, Aguijón.

Con el pretexto de la rotación de funciones, Knox Talbot había solicitado más de tres docenas de prontuarios personales, aunque sólo le interesaban ocho. Los hombres y las mujeres responsables de las computadoras AA–Zero, pues sólo ellos tenían las claves, los códigos que les permitían conocer los secretos gracias a los cuales era posible acabar con la vida de los agentes y los informantes, o inversamente paralizar las operaciones. Alguien lo había hecho –no, no sólo alguien, sino dos, pues los discos necesitaban que dos personas presionaran diferentes códigos, liberando el software y permitiendo la trasmisión en pantalla. Pero, ¿quiénes eran esos dos, y qué habían logrado realmente? Harry Latham se había salvado, al precio terrible de la vida de su hermano, pero en todo caso estaba vivo y se ocultaba en París. No sólo vivía, sino que había presentado una lista incriminatoria de nombres que ya estaba alarmando a la nación, o por lo menos a los medios, los cuales hacían todo lo que estaba a su alcance para atemorizar al país siempre que eso era posible. De acuerdo con Drew Latham, que había sido asesinado, los nazis conocían la existencia de Aguijón, pero, ¿cuándo se habían enterado? ¿Antes o después que Harry había revelado los nombres? Si había sido antes, toda la lista era sospechosa, pero incluso esa conclusión no concordaba con la desaparición de Rudolph Metz, un auténtico fanático neo. Los laboratorios Rockland habían demostrado que Metz utilizó con arrogancia sus propias claves para extraer y anular un año entero de investigación, y el FBI había rastreado la fuga de Metz y su esposa a Stuttgart, utilizando falsos pasaportes; habían salido del Aeropuerto Internacional de Dulles, en el Vuelo 7000 de Lufthansa. ¿Cuántos Metz existían? O para invertir la pregunta, ¿cuántos inocentes como el senador Rootes estaban incluidos en la nómina? Todo se descontrolaba, o pronto estaría en esa situación, a medida que continuasen las investigaciones.

Dos de las ocho personas completamente "seguras", los especialistas aprobados del todo en la más exigente de las operaciones con la computadora, eran topos. ¿Cómo era posible tal cosa? ¿En efecto, se trataba de eso? En los antecedentes de esas personas no había el más mínimo indicio... De pronto, Talbot recordó algunos pasajes de las declaraciones de Harry Latham en Londres. Abrió un cajón y encontró la transcripción. Encontró la página.

PREGUNTA (MI–5): El rumor afirmó que los nazis, los nuevos nazis, tal vez sabían desde un principio quién era usted.

HL: Eso no es un rumor eso será su credo. ¿Cuántas veces hicimos lo mismo cuando descubrimos a un topo que había huido a la Madre Rusia después de saquearnos? Por supuesto, afirmamos que éramos muy

inteligentes, y que la información que nos había robado era inútil... a pesar de la falsedad de la excusa.

PREGUNTA (DEUXIÉME): ¿No es concebible que le hayan suministrado desinformación?

HL: Yo fui un confidente de confianza basta que escapé, un importante contribuyente y un creyente en la causa que esa gente abrazaba. ¿Por qué me iban a suministrar información falsa? Pero la respuesta a su pregunta es afirmativa, por supuesto es concebible. Desinformación, información errónea, error humano o de la computadora, el pensamiento como padre del deseo, fantaseo, todo es posible. A ustedes les corresponde confirmar o negar Les traje el material, ahora tienen que evaluarlo.

Knoz Talbot estudió las declaraciones del agente. Podía argüirse que el propio Harry Latham había dejado completamente abierta la puerta. Todo era absurdo, absurdo con confirmaciones probables y contradicciones posibles, excepto la existencia de un virus nazi que estaba difundiéndose en Alemania. El director de la CIA apartó la transcripción y miró los ocho prontuarios diferentes que formaban un arco sobre su escritorio. Releyó las palabras, pero no encontró indicios, nada importante. Los tomaría uno por uno y trataría de concentrar todos sus esfuerzos para leer entrelíneas, hasta que se le irritaran los ojos. Y entonces, se sintió agradecido al oír la campanilla del teléfono. Oprimió el botón de la consola, y habló su secretaria.

-El señor Sorenson en la línea tres.

-¿Quiénes están en las líneas uno y dos?

-Dos productores de la televisión. Desean que usted aparezca en programas que analizan los interrogatorios internos del FBI.

-He salido a almorzar y tardaré un mes en regresar.

-Es lo que suponía, señor. La línea tres, salvo que usted quiera que al señor Sorenson le diga lo mismo.

-No, atenderé el llamado... Hola, Wes, por favor, no empeore mis problemas.

-Almorcemos –dijo Wesley Sorenson–. Tenemos que hablar. A solas.

-Soy un poco llamativo, muchacho, por si no lo advirtió. A menos que usted quiera ir a un restaurante en la zona más oscura de la ciudad, donde usted será más evidente que yo hasta diez metros de distancia.

-Entonces eliminemos las distancias. El zoológico de Rock Creek Park. En la jaula de los pájaros hay un puesto que vende salchichas calientes... me lo enseñaron mis nietos. No está mal; sirven las salchichas con chili.

-¿Cuándo?

-Este asunto tiene prioridad. ¿Puede llegar en veinte minutos?

-Supongo que será necesario.

Oliver Mosedale, un erudito cincuentón agregado al Foreign Office, y destacado consejero del secretario de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña, se sirvió un coñac, mientras su jóven ama de llaves le preparaba la pipa, la asentaba y se la llevaba.

-Gracias, muchacha –dijo, y se acercó a un amplio sillón de cuero que estaba frente a un televisor. Con la pipa en la boca, se sentó con un suspiro,

depositó la bebida sobre una mesa lateral, metió la mano en el bolsillo y encendió la pipa con un encendedor de oro Dunhill. –La velada fue agotadora –continuó Mosedale–. El chef sin duda estaba borracho... Estoy seguro de que el canard l'ornnge estaba empapado en alcohol... y esos idiotas del tesoro quieren recortar nuestro presupuesto hasta el extremo en que no podremos representar a Liechtenstein, y mucho menos a lo que resta del Imperio Británico. Realmente es todo muy absurdo, además de irritante.

-Pobres muchachos –dijo el ama de llaves, una jóven de poco más de veinte años y abundante busto, en la voz el acento muy notorio que trasuntaba su origen cockney–. Tú trabajas mucho, eso es lo que sucede.

-Querida, no me menciones el trabajo.

-Lo siento... Bien, te masajearé el cuello; eso siempre te relaja.

La jóven se instaló detrás del sillón y se inclinó sobre su patrón, y sus pechos generosos, evidentes a causa del escote, rozaron la cabeza del hombre, mientras las manos de la mujer se movían sobre el cuello y los hombros.

-Maravilloso –gimió el funcionario del servicio exterior, arrastrando la palabra mientras extendía la mano hacia el coñac, para beber unos cuantos sorbos alternados con las chupadas a la pipa–. Lo haces tan bien... por otra parte, todo lo haces bien, ¿verdad?

-Lo intento, querido Ollie. Como seguramente ya lo mencioné, me educaron de modo que respetase a los hombres de categoría, e hiciera lo que me pedían por pura admiración. No soy una de esas fregonas que siempre están gritando acerca de las clases privilegiadas. De ningún modo. Mi mamá siempre decía: "Si el buen señor hubiese querido que vivieses en un castillo, allí habrías nacido". Y mi mamá es un pajarraco astuto. Ella dice también que deberíamos sentir verdadero orgullo cristiano por servir a los que son mejores que nosotros, porque en algún lugar de la Biblia dice que es mejor dar que recibir, o algo por el estilo. Por supuesto, mi papá trabaja en los muelles, y no tiene el refinamiento de mi mamá...

-A decir verdad, no es necesario que hables, mi querida niña –la interrumpió Mosedale, las cejas arqueadas en un gesto de controlada frustración–. Y a propósito, es hora de ver el noticiario de la BBC, ¿verdad? –volvió los ojos hacia su reloj. –En efecto, es la hora. Querida, creo que ya me masajeaste bastante. ¿Por qué no enciendes la tele, y después vas a bañarte? Me reuniré contigo en un rato, de modo que espérame, ángel mío.

-Por supuesto, Ollie. Y me pondré ese camisón que tanto te agrada. Dios sabe que es fácil ponérselo, porque se trata de una prenda muy sintética.

El ama de llaves–concubina se acercó al televisor, se encendió y esperó que el canal buscado aclarase la imagen. Envió un beso a Mosedale y caminó provocativamente pasando bajo el arco, en dirección a la escalera.

El locutor de la BBC, con la voz y la expresión neutra, comenzó con los hechos recientes de los Balcanes, pasó a las noticias de África del Sur, rezó el informe de la Real Academia de Ciencias, y después hizo una pausa y continuó con palabras que indujeron a Oliver Mosedale a enderezarse bruscamente en su asiento y mirar fijo la figura de la pantalla.

"Los informes provenientes de Whitehall señalan que una serie de miembros del Parlamento y otros funcionarios del gobierno están en una situación difícil a causa de las investigaciones de la inteligencia británica en relación con la vida privada de estos personajes. Jeffrey Billows, miembro del Parlamento por Manchester usó de la palabra para denunciar lo que denominó las tácticas del Estado policial, y afirmó que sus vecinos habían sido interrogados acerca de su persona; también habían ido a ver a su vicario. Otro miembro del Parlamento, Angus Ferguson, explicó que no solo habían interrogado a los vecinos, sino que le habían revisado el cubo de los residuos, y que habían preguntado qué libros adquiere a la librería que él frecuenta. Al parecer incluso el Foreign Office no se salvó de la investigación, pues varios altos funcionarios declararon que renunciarán antes de someterse a esa "absoluta estupidez" como dijo uno de ellos. Se reserva los nombres a pedido del secretario del Foreign Office.

"Estos hechos parecerían reflejar las noticias que vienen de Estados Unidos, donde destacadas figuras, algunas miembros del gobierno y otras ajenas al mismo, están soportando la misma intromisión en su intimidad. Un artículo del Chicago Tribune subrayó la cuestión: ¿La caza persigue a los comunistas incorregibles o a los fascistas reorganizados? Aquí, desde la BBC, los mantendremos informados a medida que se desarrolle la historia.

"Ahora nos ocuparemos de las piruetas demasiado conocidas de la familia real... "

Mosedale abandonó su sillón, apagó el televisor y extendió la mano hacia el teléfono depositado sobre una mesa estilo Reina Ana puesta contra la pared. Marcó frenéticamente un número.

-¿Qué demonios sucede? –gritó el consejero dirigiéndose a la secretaria del Foreign Office.

-Todavía tiene tiempo, Rute –dijo la voz femenina en la línea. Estábamos por llamarlo en la mañana, para sugerirle que no fuese a Whitehall. Todavía no llegaron a su sección, pero están cerca. Tiene una reserva en la compañía aérea británica mañana con destino a Munich, a mediodía; el billete está a su nombre. Todo está aprobado.

-Eso no es suficiente. Quiero irme esta noche.

-Por favor, un momento. Verificaré las computadoras. –El silencio que siguió representó una tortura para Mosedale. Finalmente, la voz reapareció. –Hay un vuelo de Lufthansa a Berlín, a las once y veinte. ¿Puede alcanzarlo?

-Tenga la certeza de que podré hacerlo. –Oliver Mosedale cortó la comunicación, salió al vestíbulo y gritó desde el comienzo de la escalera: –¡Ángel, empiece a prepararme una maleta! Nada más que una muda de ropa, como ya hizo otras veces. ¡De prisa!

"Ángel", que estaba desnuda, apareció al final de la escalera.

-¿Adónde vas, amor? Ya estaba poniéndome el camisón que a ti tanto te agrada quitarme. Y después el paraíso, ¿verdad, Ollie?

-¡Calla, y haz lo que te mando! ¡Tengo que hacer otro llamado, y cuando haya concluido espero que mi maleta esté aquí abajo! –Mosedale corrió de regreso a la mesa Reina Ana, descolgó el teléfono y de nuevo marcó furiosamente. –Me marcho –dijo a la voz que apenas contestó con un gruñido.

-Mi indicador telefónico me dice que este es el número de Rute. ¿Es usted, código Switch ?

-Usted sabe muy bien que soy yo. Cuide mis cosas aquí en Londres.

-Ya lo hice, Switch. La casa ha sido ofrecida en venta, y el producto será enviado a Berna, cuando la propiedad se venda.

-Usted probablemente embolsará la mitad...

-Por lo menos, Herr Rute –lo interrumpió la voz en la línea telefónica–. Me parece bastante justo. ¿Cuántos millares transferí a Zurich a mi propio riesgo?

-¡Pero usted es uno de los nuestros!

-No, no, usted se equivoca. Soy nada más que un procurador que atiende a hombres perversos que pueden o no ser traidores a la Corona. ¿Cómo puedo saberlo?

-¡Usted no es más que un tramposo cambista de dinero!

-También en eso se equivoca, Switch. Soy un promotor, y para el caso poco importa mi propia angustia. Y para decirle la verdad, usted podrá considerarse afortunado si recibe diez libras por su casa. A decir verdad, usted no me agrada.

-¡Usted trabajó para mí... para nosotros... durante años! ¿Cómo puede decir eso?

-Con la mayor facilidad del mundo. Adiós, código Switch, y para su dominio, lo único que se mantiene constante entre nosotros es la confidencialidad de la relación entre el cliente y el procurador. Como usted comprenderá, ésa es mi fuerza. –El letrado inglés cortó la comunicación, y Mosedale paseó la mirada por la enorme sala, asustado ante la perspectiva de no ver nunca más tantos recuerdos de su vida. Después, enderezó el cuerpo, adoptó una postura rígida, y recordó las palabras que su padre había gritado desde el final de la escalera, cuando estalló la guerra: "Lucharemos por Inglaterra, ¡pero rescataremos a Herr Hitler! ¡Tiene muchos más aciertos que errores! Las razas inferiores están corrompiendo a nuestras naciones. ¡Triunfaremos en ese conflicto temporario, estableceremos una Europa unificada, y él será el canciller del facto del Continente! "

-La jóven llamada Ángel descendió la escalera con una maleta, adecuadamente –o impropiamente, como uno lo desease– cubierta con su camisón sintético.

-Vamos, amor, dime qué sucede aquí.

-Tal vez pueda llamarte después, pero por ahora debo marcharme.

-¿Después? ¿De qué estás hablando, Ollie?

-No hay tiempo para explicaciones. Debo alcanzar un avión.

-¿Y yo? ¿Cuándo regresarás?

-Me ausentaré un tiempo.

-Bien, ¡qué belleza! ¿Y yo qué debo hacer?

-Quédate aquí, hasta que alguien te expulse de la casa.

-¿Me expulse?

-Ya me escuchaste. –Mosedale alzó la maleta, se abalanzó sobre la puerta principal, y la abrió; lo que vio lo dejó desconcertado. La bruma

londinense se había convertido en un aguacero, y dos hombres protegidos por impermeables estaban de pie sobre los peldaños que conducían a la puerta principal. Más lejos, en la calle, una camioneta negra con una antena lateral en el techo.

-Al amparo de la autoridad legal, se intervino su teléfono, señor –dijo el primer hombre–. Creo que es mejor que nos acompañe.

-Ollie –gritó la mujer apenas vestida que estaba ahora en el vestíbulo–. ¿No me presentarás a tus amigos?

Los gritos de los niños reunidos en grupos por los padres y los entrenadores se mezclaban con los llamados de incontables pájaros que estaban detrás de los alambrados, en la enorme pajarera del zoológico de Rock Creek Park. Los visitantes estivales formaban un público ruidoso, y la excepción estaba representada por los habitantes de Washington que habían llegado al parque para dar un paseo tranquilo, lejos del ritmo acelerado de la capital de la Nación. Cuando se enfrentaban con las hordas de turistas, estos nativos generalmente suspendían la conversación, y preferían el silencio de los monumentos. Un cóndor especialmente antipático, las alas abiertas con un alcance de por lo menos dos metros y medio, de pronto descendió desde una alta percha, y emitió un alarido cuando sus garras aferraron el tejido de alambre de la enorme jaula. Tanto los niños como los adultos retrocedieron instantáneamente; los ojos brillantes del ave gigante expresaron su satisfacción hostil.

-Ese es la madre de los depredadores, ¿verdad? –dijo Knox Talbot, de pie detrás de Wesley Sorenson.

-Nunca entendí el empleo de la palabra "madre" para describir las cosas enormes –replicó el director de Operaciones Consulares, mirando al frente.

-Es una alusión a la tenacidad. La agresividad implacable de la hembra cuando protegía a sus crías fue el factor que nos permitió sobrevivir a la Edad de Hielo.

-¿Qué hacían los hombres?

-Más o menos lo mismo que ahora. Salían a cazar, mientras las mujeres protegían las cavernas de bestias mucho más peligrosas que nuestras presas.

-Usted tiene una actitud bastante tendenciosa.

-Estoy muy bien casado, y mi esposa llegó a esa conclusión. Puesto que llevamos unidos sólo treinta y seis años, ¿por qué debemos reñir en un período tan temprano del matrimonio?

-Pidamos una salchicha caliente. El puesto está a unos quince metros a la izquierda, y podemos sentarnos en un banco. Generalmente hay mucha gente, de modo que dudo de que alguien nos vea.

-El chili me provoca gases.

-Pruebe el sauerkraut.

-Peor.

-Entonces la mostaza.

-Wes, ¿alguna vez vio cómo fabrican las salchichas?

-¿Y usted?

-Creo que soy dueño de una empresa que las produce.

Siete minutos después Sorenson y Talbot estaban sentados uno al lado del otro, como dos abuelos que se toman un descanso muy necesario, lejos de sus bulliciosos nietos.

-Knox, hay algo que no puedo decirle –comenzó el director de Operaciones Consulares–, y usted se irritará más tarde, cuando lo sepa.

-¿Por ejemplo eliminar el nombre de Moreau de la lista de Harry Latham, la que le enviamos?

-Algo muy parecido a eso.

-En ese caso, estamos a mano. ¿Qué puede decirme?

-En primer lugar, puedo decirle francamente que el pedido viene de un ex especialista del G–2 que operó en los sectores berlineses en los tiempos difíciles. Se llama Witkowski, coronel Stanley Witkowski...

-Actual jefe de seguridad de la embajada en París –lo interrumpió Talbot.

-¿Usted lo conoce?

-Sólo de nombre. Es un hombre tan inteligente que podría haber competido con usted por mi puesto si le hubiesen otorgado el reconocimiento que merece. Pero no pudo; él trabajaba en la zona silenciosa.

-En este momento parece que está cumpliendo la función de canal de comunicación de Harry Latham, que no quiere arriesgarse a una conexión directa con Langley.

-¿A causa de las computadoras AA–Zero?

-Parece que sí... Latham quería un vínculo clandestino con usted, pero no lo conoce. Recuerde que usted ocupó su cargo cuando ascendió el nuevo gobierno, casi dos años después de que Harry pasó a la clandestinidad. Como conocía a Witkowski de los viejos tiempos, decidió aprovecharlo; y puesto que yo conocía al coronel también desde esa época, decidió utilizarme como intermediario especial.

-Lógico –dijo Talbot, asintiendo.

-Quizás lógico, Knox, pero después, cuando yo aclare el asunto, usted verá que es una situación tan irónica que quizás incluso me perdone.

-¿A qué viene la necesidad del secreto?

-Hay un hombre, un médico alemán, que tal vez ejerce enorme influencia en el movimiento nazi, o inversamente quizás se trata de un hombre con conciencia, que se volvió contra ellos. Tenemos que saber todo lo posible acerca de él, y ustedes son los especialistas en ese tema.

-Así me dicen –coincidió Knox–. ¿Cómo se llama?

-Kroeger, Gerhardt Kroeger. Pero hay un problema, y es grave.

-Dígame.

-Usted tiene que ocultar cuidadosamente el asunto, y dije cuidadosamente. No es posible difundir su nombre por los canales de la Agencia.

-¿Otra vez las computadoras AA–Zero?

-La respuesta directa a eso es un sí, pero también es posible que haya otras cuestiones, además de las computadoras. ¿Puede aceptarlo?

-Supongo que sí. Cuando acepté este cargo, el mismo que usted debería haber ocupado, insistí en traer conmigo a mi secretaria de veinte años. Es ágil e inteligente, al extremo de que no necesito completar las oraciones. También es británica, lo cual al parecer le confiere cierta autoridad sobre nosotros, los coloniales... Kroeger, Gerhardt, médico, antecedentes. Ella misma descenderá al subsuelo y traerá todo lo que haya.

-Gracias.

-De nada. Lo llamaré cuando tenga los papeles. Y beberemos algunas cervezas.

-Bien, lo tendré en cuenta.

-Wes, hay otra cosa que ninguno de nosotros ha dicho, ¿verdad?

-Naturalmente, la cacería de brujas. La lista de Harry está descontrolándose.

-Me dije exactamente lo mismo hace apenas unos instantes, antes de que usted llamase. ¿Recibió las últimas noticias del Reino Unido? –Sí, el escándalo en el Parlamento. Incluso las insidiosas comparaciones con lo que está sucediendo aquí. Imagino que eso era inevitable. Sua culpa, para el secretario Bollinger, y ojalá que él lo comprenda así.

-Entonces no está enterado de todo. Imagino que nos informaron antes que a ustedes.

-¿De qué habla?

-Un hombre llamado Mosedale, que ocupa un cargo muy alto en el Foreign Office.

-¿Qué hay con él?

-Cuando se le propusieron distintas alternativas, confesó. Estuvo trabajando para la Fraternidad los últimos cinco años. Estaba en la lista de Harry, y afirma que hay centenares y quizás miles como él en todas partes.

-Dios mío. Un tanque de nafta arrojado al fuego. En todas partes.

Librodot

14

Gerhardt Kroeger se acercó a la plataforma del Aeropuerto de Orly con dos piezas de equipaje, una maleta con elementos médicos, y otra de nailon de tamaño mediano, ambas con rueditas. Se desvió hacia la izquierda y caminó sobre el largo sendero de concreto hasta que el área que decía PETITE CARGAISON, es decir carga pequeña. Paseó la mirada sobre el tránsito en constante movimiento, y después concentró la atención en los pocos vehículos estacionados junto al cordón, frente a las enormes puertas corredizas de metal, a través de las cuales las cajas y los cartones de mercancías que ya habían sido inspeccionadas salían en carritos para llegar a manos de quienes los esperaban. Vio lo que había venido a buscar, una camioneta gris con letras blancas al costado, ENTREPOTS AVIGNON, (Depósitos Avignon), un gran depósito comercial donde más de un centenar de distribuidores guardaban sus artículos de consumo antes de entregarlos a las tiendas minoristas de París. Y en algún punto de ese complejo laberíntico estaban las instalaciones del grupo de la Blitzkrieg, los asesinos selectos de la Fraternidad. El médico se aproximó a un hombre de camisa roja y blanca, apoyado sobre el costado del vehículo. Exactamente como se le había ordenado que hiciera.

-Monsieur, ¿llegó el Malasol? –preguntó.

-El mejor caviar de las aguas iraníes –replicó el hombre musculoso de la camisa de rugby, arrojando el cigarrillo y mirando con fijeza a Kroeger.

-¿Realmente es mejor que el ruso? –insistió Gerhardt.

-Cualquier cosa es mejor que lo ruso.

-Bien. En ese caso, usted sabe quién soy.

-No, no sé quién es, monsieur, y no quiero saberlo. Simplemente vaya atrás, con el resto del pescado, y yo lo trasladaré adonde está otro que en efecto lo conoce.

El viaje hasta el lugar de destino fue muy desagradable para Gerhardt, tanto por el olor abrumador del pescado congelado como por el hecho de que se vio obligado a permanecer sentado en un banco duro, mientras la camioneta de resortes duros corría sobre caminos deteriorados, que podrían haber sido los restos de la línea Maginot. Finalmente, después de casi treinta minutos, se detuvieron, y una voz áspera llegó por un altavoz invisible.

-Afuera, monsieur. Y le rogamos recordar que usted nunca nos vio y nosotros jamás lo vimos, y usted nunca viajó en nuestro vehículo.

Las puertas abiertas de la camioneta se abrieron mecánicamente. Kroeger se apoderó de su equipaje, se inclinó para evitar que su cabeza chocase contra el techo, y medio en cuclillas se acercó a la salida y al aire puro. Un hombre jóven de traje oscuro, los cabellos muy cortos, lo examinó en silencio mientras la camioneta se alejaba de prisa, y los neumáticos chillaban al rozar el pavimento.

-¿Qué clase de transporte es éste? –exclamó Gerhardt–. ¿Ustedes saben quién soy?

-¿Usted sabe quiénes somos, Herr Kroeger? En caso afirmativo, su pregunta es absurda. Nuestra presencia debe ser el dato más secreto en Francia.

Librodot

-Discutiremos esto cuando me encuentre con sus superiores. ¡Lléveme inmediatamente a ellos!

-Herr Doktor, no hay nadie superior a mí. Insistí en recibirlo personalmente.

-Pero usted... usted...

-¿Soy demasiado jóven, señor? Sólo los jóvenes pueden hacer lo que hacemos. Nuestros reflejos están en la cumbre de su fuerza, y nuestros cuerpos se encuentran soberbiamente entrenados. Los viejos como usted se verían rechazados durante la primera hora de adoctrinamiento.

-Dicho y aceptado eso, usted se vería descalificado al cabo de dos horas por incumplimiento de sus órdenes!

-Nuestra unidad es la mejor. Debo recordarle que mataron a uno de los objetivos en las condiciones más hostiles...

-¡No al hombre a quien debían liquidar, imbécil!

-Encontraremos al otro. Es sólo cuestión de tiempo.

-¡No hay tiempo! Debemos analizar mejor este asunto; ustedes se equivocaron. Vayamos a su cuartel general.

-No. Hablamos aquí. Nadie va a nuestras oficinas. Le hemos reservado habitación en el Hotel Lutetia, que antes fue el cuartel general de la Gestapo. Ha cambiado, pero los recuerdos están en las paredes. Se sentirá cómodo, Herr Doktor.

-Debemos hablar ahora.

-En, ese caso hable, Herr Kroeger. Conmigo no irá más lejos.

-Usted es un insubordinado, jóven. Ahora soy el comandante de Vaclabruck hasta que se designe al sustituto de von Schnabe. Usted recibe de mí las órdenes.

-No estoy de acuerdo con usted, Herr Doktor. Después de la separación del general von Schnabe, hemos recibido instrucciones en el sentido de aceptar órdenes exclusivamente de Bonn; de nuestro jefe en Bonn.

-¿Quién es?

-Si lo supiera, habría jurado guardar el secreto, pero como no lo sé, eso poco importa. Se utilizan códigos, y a través de ellos reconocemos la absoluta autoridad de esa gente. Todas nuestras misiones deben ser aprobadas por él y sólo por él.

-Este Harry Latham debe ser hallado y muerto. ¡No hay que perder un momento!

-¡Así nos dijeron! Bonn lo aclaró bien.

-Sin embargo, usted está aquí y me dice con total tranquilidad que es "solo cuestión de tiempo".

-Mein Herr, de nada serviría gritar. El tiempo se mide en segundos, minutos, horas, días, semanas y...

-¡Basta! Esta es una crisis, y exijo que usted acepte ese hecho.

-Lo acepto... Lo aceptamos, señor.

-Entonces, ¿qué hicieron y qué están haciendo? ¿Y dónde demonios están sus dos hombres? ¿Tuvieron noticias de ellos?

El jóven miembro del grupo de la Blitzkrieg, el cuerpo rígido pero los ojos parpadeando a causa del aprieto en que estaba, contestó con voz lenta y serena:

-Como se lo expliqué al Tordo, Herr Kroeger, hay varias posibilidades. Escaparon pero ambos quedaron heridos, ignoramos de qué gravedad. Si la situación de esos hombres fuese desesperada, habrían adoptado una actitud honrosa, como cada uno de nosotros ha jurado hacer, y se habrían eliminado con cianuro o apelando a los disparos.

-Usted está diciéndome que nada saben de ellos.

-Así es, señor. Pero sabemos que huyeron en el automóvil.

-¿Como lo sabe?

-Apareció en todos los diarios y el noticiario. Asimismo, hemos sabido que se montó una cacería masiva de esos hombres, una persecución con agentes de la policía, la Sûreté, incluso el Deuxième Bureau. Se han distribuido por todas partes: ciudades, aldeas, incluso las colinas y los bosques, y han interrogado a todos los médicos en un radio de dos horas de París.

-Entonces, ustedes piensan en un suicidio doble, y sin embargo dijeron que había varias posibilidades. ¿Cuáles son las restantes?

-Esa es la más firme, señor. Pero es concebible también que hayan recuperado fuerzas, y se hayan restablecido mínimamente, pero estén lejos de un teléfono. Como usted sabe, estamos adiestrados para atender nuestras propias heridas en aislamiento, hasta que recobramos suficiente fuerza para restablecer contacto. Todos estamos educados en la prestación de primeros auxilios eficaces en los casos de heridas en el cuerpo y la atención de huesos fracturados.

-Espléndido. Me desprenderé de mi diploma y les enviaré mis pacientes.

-No es una broma, mein Herr, simplemente estamos entrenados para sobrevivir.

-¿Otras posibilidades?

-Usted quiere saber si los capturaron, ¿verdad?

-Sí.

-Lo sabríamos si hubiera sido el caso. Nuestros informantes de la embajada se habrían enterado, y por otra parte es indudable que se ha organizado una búsqueda gigantesca. El gobierno francés cuenta con más de un centenar de personas que están tratando de descubrir a nuestra unidad. Los hemos observado y escuchado.

-Usted se muestra persuasivo. ¿Y qué más? ¿Dónde están ustedes? ¡Es necesario encontrar a Harry Latham!

-Señor, creo que estamos cerrando el cerco. Latham cuenta con la protección de los Antinayous...

-¿Eso lo sabemos! –lo interrumpió irritado Kroeger–. Pero saber eso nada significa si usted ignora dónde se encuentran, o dónde lo ocultaron.

-Mein Herr, tal vez conozcamos el paradero del cuartel general de esa gente en el plazo de dos horas.

-¿Qué...? ¿Por qué no lo dijo antes?

-Porque preferiría mostrarle un hecho consumado más que una conjetura. Dije "podemos enterarnos", pero todavía no lo sabemos.

-¿Cómo?

-El jefe de seguridad de la embajada estableció contacto telefónico con los Antinayous; el teléfono de este jefe, lo mismo que el aparato del embajador está sometido a nuestra intercepción. Sin embargo, una reserva rigurosa protege los llamados que él hace; nuestro hombre cree que puede echar una ojeada a la lista, y reproducirla con una fotocopiadora de mano. Una vez que tengamos los números, podemos sobornar fácilmente a un empleado de la compañía telefónica para desenterrar los lugares. A partir de ese momento es un proceso de eliminación.

-Parece demasiado sencillo. Entiendo que los números que no han sido publicados gozan de una gran protección. Dios sabe que es el caso con los nuestros. Dudo de que ustedes puedan entrar en la oficina de un funcionario de la compañía telefónica y simplemente depositar dinero sobre su escritorio.

-No entraremos en ninguna oficina. Usé la palabra desenterrar, y es exactamente lo que quise decir. Buscamos a un operario de las líneas troncales subterráneas, pues allí están las computadoras con los lugares reales. Es necesario, para realizar instalaciones y reparaciones.

-Usted parece conocer su trabajo, Herr... ¿cómo se llama?

-Carezco de nombre; ninguno de nosotros tiene nombre. Yo soy el número Cero Uno, de París. Venga, arreglé transporte para usted, y permaneceremos en contacto permanente, quizás nos comunicaremos a los pocos minutos de su llegada al hotel.

Sentado frente al escritorio de su habitación en la Maison Rouge de los Antinayous, Drew descolgó el teléfono y marcó el número de la embajada; cuando lo atendieron pidió al conmutador que lo comunicase con la señora de Vries, de Documentos e Investigación.

-Habla Harry Latham –dijo Drew en respuesta al saludo de Karin. –¿Puede hablar?

-Sí, monsieur, aquí no hay nadie, pero primero debo comunicarle algunas instrucciones. Me llamó el embajador y me pidió que se las comunicase apenas usted llamara.

-Adelante –dijo Latham, que ahora personificaba a su hermano muerto Harry; entrecerró los ojos y escuchó atentamente. Karin se disponía a enviarle un mensaje. Se apoderó del lápiz mientras ella hablaba.

-Debe verse con nuestro correo número dieciséis en la cima del funicular del Sacré–Coeur, esta noche a las nueve y media. Tiene comunicados de Washington para usted... Comprende, ¿non?

-Comprendo, sí –replicó Drew, consciente de que la palabra francesa non en lugar de una acostumbrada n'est–ce pas, significaba que él debía desechar la información. Witkowski estaba tendiendo otra trampa, basándose en el conocimiento de que el teléfono de Karin estaba intervenido. –¿Algo más?

-Sí. Usted debía reunirse con el amigo de su hermano Drew, miembro de la oficina londinense de Operaciones Consulares junto a las fuentes del Bois de Boulogne, a las ocho y cuarenta y cinco, ¿no es así?

Librodot

-Sí, es lo que se arregló.

-Monsieur, esa cita está cancelada. Interfiere con la cita en el Sacré–Coeur.

-¿Puede comunicarse con él y suspender el encuentro?

-Ya lo hicimos, oui... si, arreglaremos otro encuentro.

-Por favor. Él puede decirme las cosas que deseo saber acerca de las últimas semanas de Drew, y sobre todo los detalles del asunto de Jodelle... ¿Eso es todo?

-Por ahora, sí. ¿Usted tenía algo?

-Sí. ¿Cuándo puedo regresar a la embajada?

-Se lo diremos. Estamos convencidos de que la vigilan las veinticuatro horas.

-No me agrada esta clandestinidad. Es muy incómoda.

-Usted sabe que siempre puede regresar a Washington.

-¡No! Aquí es donde mataron a Drew, aquí es donde están sus asesinos. Y aquí me quedaré hasta que los encontremos.

-Muy bien. ¿Llamará mañana?

-Sí. Quiero más materiales de los archivos de mi hermano. Todo lo que tenga sobre ese actor.

-Au revoir monsieur.

-Adiós. –Latham cortó la comunicación y estudió las breves notas que había recogido; breves porque Latham había entendido rápidamente el método de las instrucciones disimuladas de Karin. El Sacré–Coeur quedaba anulado, y se confirmaba la cita en las fuentes de Bois de Boulogne; el non francés eliminaba el primer encuentro, el doble oui–sí confirmaba el segundo. El resto era mero "relleno" para subrayar la insistencia de Harry Latham que afirmaba su deseo de permanecer en París. Con quien debía encontrarse en el Bois era algo que él no sabía; pero sin duda reconocería a la persona en cuestión; o si no la reconocía, alguien se le acercaría.

Al final de su turno, el informante de la Fraternidad en el área de comunicaciones de la embajada había salido a la avenida Gabriel; allí esperó, y de pronto cruzó la avenida, y casi tropezó con un motociclista. Deslizó el cartucho en la canasta del motociclista, y la motocicleta salió disparada por la calle, deslizándose a través del tránsito. Veintiséis minutos después, exactamente a las 16:37 de la tarde, la grabación fue entregada en el cuartel general clandestino de los asesinos, en los Depósitos Avignon.

Teniendo delante una fotografía de 12,5 por 15 centímetros de Alexander Lassiter/Harry Latham, Cero Uno, París, del grupo de la Blitzkrieg, por tercera vez escuchó la grabación en cinta de la conversación telefónica entre Latham y la mujer de Vries.

-Parecería que nuestra búsqueda ha concluido –dijo Cero Uno, inclinándose sobre la mesa y extendiendo la mano para interrumpir el funcionamiento del pasacasetes. –¿Quién irá al Sacré–Coeur? –preguntó, dirigiéndose a los colegas que estaban alrededor de la mesa de conferencias.

-Como una sola persona, todos levantaron la mano.

-Cuatro de ustedes serán suficientes, más podrían ser evidentes –continuó el líder–. Divídanse y lleven la fotografía, y recuerden que sin duda Latham disimulará su apariencia.

-¿Qué puede hacer? –preguntó el hombre que estaba más cerca de Cero Uno. –¿Ponerse un bigote y usar barba? Conocemos su estatura la estructura de su cuerpo y de su cara. En definitiva, se acercará a un correo que estará esperándolo, un hombre o una mujer detenidos en la calle, a quienes sin duda identificaremos en la zona de contacto.

-No sea tan optimista, Cero Seis –dijo el jóven líder–. Recuerde que Harry Latham es un agente clandestino veterano. Así como tenemos recursos, también los tiene él. Y por Dios, recuerden que deben liquidarlo con un balazo en la cabeza, un golpe de gracia que le destroce el costado izquierdo del cráneo. No me pregunten por qué. Sencillamente, no lo olviden.

-Si tiene tan graves dudas acerca de nuestra eficacia –intervino un veterano de más edad que estaba al final de la mesa, en un tono de voz que sugería hostilidad–, ¿por qué no va personalmente?

-Instrucciones de Bonn –contestó fríamente Cero Uno. –Debo permanecer aquí para recibir las órdenes que llegarán a las diez. ¿Alguno de ustedes desea ocupar mi lugar en el supuesto de que no encontremos a Harry Latham y debamos comunicar la noticia?

-Non.

-Nein.

-Es claro que no.

Tales fueron las respuestas de los que estaban alrededor de la mesa, algunos sonrientes y otros sombríos.

-De todos modos, yo cubriré el Bois de Boulogne.

-¿Por qué? –preguntó Cero Siete. –Esa cita está anulada; todos oyeron la grabación.

-De nuevo les preguntó: –¿Alguno de ustedes desea dejar sin cobertura el Boulogne, en la eventualidad de que una negación enfática fuese la señal de una afirmación, o de que los planes se cambiaran otra vez?

-Es cierto –dijo Cero Siete.

-Probablemente será un esfuerzo inútil –reconoció el juvenil líder, de todos modos, me llevará sólo quince o veinte minutos, y después regresaré y estaré aquí a eso de las diez. Si yo estuviese en el Sacré–Coeur, jamás llegaría a tiempo.

Una vez seleccionada la unidad que debía ir al Sacré–Coeur, Cero Uno, París, regresó a su oficina y se sentó frente a su escritorio. Se sentía aliviado, pues las supuestas instrucciones de Bonn no habían sido cuestionadas, y tampoco nadie había insistido en que puesto que era el superior encabezara el ataque a Harry Latham, y en que otro recibiera el llamado de Bonn. En verdad, no deseaba intervenir en el ataque por la sencilla razón de que quizás no tuviese éxito. Podían sobrevenir muchas contingencias imprevistas que lo frustrasen, y Cero Uno, de París, no podía permitirse otro "fracaso" en su foja de servicios, por ejemplo el conductor que no había sabido dominar al finado Drew Latham, o la unidad enviada a liquidar a los dos norteamericanos, que había fracasado con el más importante, y después

había desaparecido, o la camarada que no había sobrevivido al episodio de Montecarlo. Si Alexander Lassiter/Harry Latham caía víctima del atentado, con el cráneo destrozado a Cero Uno se le atribuiría el mérito, pues había organizado la operación. Si la trampa fallaba, él no estaría en el lugar la culpa recaería sobre otro.

Pues Cero Uno de París comprendía lo que escapaba al entendimiento de los restantes; como era el líder, él debía ejecutar las órdenes. Si un miembro del grupo de la Blitzkrieg fracasaba una vez se lo censuraba severamente; si fracasaba dos veces se lo liquidaba, y otros de los hombres que estaban siendo entrenados ocupaba su lugar. Si la operación en el Sacré–Coeur fallaba él sabía quién sería eliminado: Cero Cinco de treinta años; el resentimiento que sentía frente a su superior más jóven se manifestaba con demasiada frecuencia y ese hombre se había opuesto energicamente a la selección de la unidad desaparecida "¡Uno es un niño a quien sencillamente le agrada matar, y el otro es un bruto; excesivo número de riesgos! ¡Permítanme manejar esto!" Esas habían sido las palabras de Cero Cinco, dichas en presencia de Cero Seis. Ambos se encaminaban hacia el Sacre–Coeur; ambos serían ejecutados si el golpe fallaba. Cero Uno, de París, no podía permitir otra mancha en su foja de servicios. Tenía que llegar al círculo interior de la Fraternidad; necesitaba conquistar el respeto de los auténticos líderes del movimiento, del nuevo Fuhrer, y manifestar su obediencia con todo el corazón y toda el alma. Pues creía, creía de veras.

Llevaría su cámara al Bois de Boulogne, y tomaría fotografías nocturnas en número suficiente para demostrar que estaba allí; la prueba provenía de la propia cámara, que marcaba Ia fecha y la hora de cada foto. Era simplemente una cobertura, en el caso de que la necesitara, de lo cual dudaba.

Llamó el teléfono, y sobresaltó al jóven jefe de los Blitzkrieg. Descolgó el auricular.

-El código es exacto –dijo la operadora– en la línea el representante del caviar Malasol.

-Herr Doktor…

-¡Usted no llamó –exclamó Gerhardt Kroeger. –Estoy aquí desde hace más de tres horas y usted no me llamó.

-Porque estamos perfeccionando la estrategia. Si mis subordinados no equivocan los cálculos, es posible que alcancemos el objetivo, mein Herr. He organizado el asunto hasta el último detalle.

-¿Sus subordinados? ¿Por qué no usted?

-Fue recibida una información contraria, la que puede ser mucho más peligrosa quizás igualmente útil. He decidido afrontar personalmente el riesgo.

-¡Usted carece de lógica!

-No puedo tenerla hablando por teléfono.

-¿Por qué no? ¡El enemigo no tiene la más mínima idea del lugar en que estoy, o siquiera de que estoy aquí, de modo que el conmutador del hotel no podría ser intervenido. ¡Exijo saber qué está sucediendo!

-Hay dos situaciones que confluyen en el lapso de una hora. Dígale a Bonn que Cero Uno, París, ha utilizado todos sus recursos para controlar

Librodot

ambas, pero no puede estar en dos lugares al mismo tiempo. Como no puede, eligió dirigirse al sitio de más elevado riesgo. Eso es todo lo que puedo decirle, mein Herr. Si no sobrevivo, tenga de mí un buen recuerdo.

-Sí... sí, por supuesto.

El jóven revolucionario neo cortó la comunicación. No importaba lo que sucediera, estaba cubierto. Cenaría largamente con absoluta tranquilidad, en el restaurante Au Coin du Famille, y después se dirigiría a la fuente principal del Bois de Boulogne tomaría fotografías inútiles y regresaría a los Depósitos Avignon, para aceptar lo que la suerte le deparase. O el mérito del golpe, o la muerte de los dos miembros del grupo de la Blirzkrieg, ejecutados por incompetencia.

Era un auténtico creyente.

Drew se desplazó alrededor de la reluciente fuente de Bois de Boulogne, iluminada por los faros que estaban bajo las aguas; se paseó entre los caminantes nocturnos, buscando una cara conocida. Había llegado al lugar de cita poco antes de las ocho y media; ahora eran casi las nueve y no, había visto a ningún conocido, ni tampoco nadie se le había aproximado. ¿Quizás había interpretado mal las instrucciones de Karin? ¿Quizás las palabras modificadas suponían el reconocimiento al revés para los que intervenían el teléfono y por, lo tanto había que interpretarlas literalmente? No, eso carecía de sentido. A pesar de los años vividos por Karin en Ámsterdam, no se conocían tan bien uno al otro como para jugar juegos de cobertura y contracobertura; no tenían antecedentes de una comunicación intuitiva en condiciones de estrés. Latham consultó su reloj. Eran las 21:03. Rodearía de nuevo el área, y después regresaría a la Maison Rouge.

-¡Américain! –Se volvió al oír la voz. Era Karin, la cara modificada por una peluca rubia, la mano derecha vendada. –Camine hacia la izquierda, de prisa, como si yo hubiese tropezado con usted. Hay un hombre tomando fotografías a la derecha. Reúnase conmígo en el sendero que corre del lado norte.

Latham obedeció, aliviado al saber que ella estaba allí, pero preocupado por lo que había dicho. Rodeó con ritmo irregular a la gente que estaba cerca de la fuente, hasta que llegó al camino de lajas que corría sobre la extrema derecha. Entró por él, caminó internándose en el túnel bordeado de árboles a lo largo de diez o quince metros, y esperó. Dos minutos después llegó Karin... Como respondiendo a una casualidad que ninguno de ellos había previsto, cayeron uno en brazo del otro, sosteniéndose, no mucho tiempo, pero sí bastante.

-Lo siento –dijo de Vries, apartándose suavemente, y acariciándose inútilmente la peluca rubia con la mano derecha vendada.

-Yo no –la interrumpió Drew sonriendo–. Creo que hace un par de días que deseo hacer esto.

-¿Hacer qué?

-Retenerla.

-Yo sencillamente estaba complacida al verlo bien.

-Estoy muy bien.

-Muy amable de su parte.

Librodot

-También fue grato abrazarla –dijo Latham, riendo por lo bajo. –Vea, amiga, usted me sugirió la idea. Usted fue la que dijo que su excusa en la embajada era que me consideraba atractivo, etcétera, etcétera.

-Drew, no fue un deseo autorrealizado. Fue una excusa, utilizada estratégicamente.

-Vamos, no soy Quasimodo, ¿verdad?

-No, es un hombre bastante corpulento, no del todo desagradable, que sin duda parece bastante atractivo a muchas mujeres.

-Pero no a usted.

-Mi preocupación está en otro lado.

-Eso quiere decir que no soy Freddie... "Freddie de V", el incomparable.

-Nadie, ni bueno ni feo, podría ser Freddie.

-¿Eso significa que todavía estoy en carrera?

-¿Qué carrera?

-La carrera por sus afectos, aunque se trate de sentimientos provisionales y de escasa intensidad.

-¿Se refiere a la posibilidad de acostarse conmigo?

-Demonios, eso todavía está lejos. Recuerde que soy un norteamericano de Nueva Inglaterra. Amiga, eso está muy lejos.

-Usted también es un prevaricador.

-¿Un qué?

-No diré un mentiroso, eso sería demasiado duro.

-¿Qué?

-También es un hombre brutal que golpea a otros hombres en los encuentros de hockey. Oh sí, oí hablar de eso. Harry me lo dijo.

-Sólo cuando se me cruzan en el camino. Nunca gratuitamente.

-¿Y quién adoptaba las decisiones?

-Supongo que yo.

-Eso demuestra mi tesis. Usted es un individuo belicoso.

-¿Qué tiene que ver eso con nada?

-Sólo que en este momento me siento agradecida porque usted está aquí.

-¿Qué?

-El hombre con la cámara, que está del lado opuesto de la fuente.

-¿Qué hay con él? La gente toma fotos de París durante la noche. Toulouse–Lautrec pintaba las escenas, hoy toman fotos.

-No, es un neo. Lo siento, lo sé.

-¿Cómo ?

-En la postura, su actitud tan... tan agresiva.

-No es un argumento muy sólido.

-Entonces, ¿por qué está aquí? En realidad, ¿cuánta gente toma fotos de noche en el Bois de Boulogne?

-Sí, tal vez tenga algo de razón. ¿Dónde está?

Librodot

-Directamente frente a nosotros... o estaba allí. Hacia el lado sur.

-Quédese aquí.

-No. Iré con usted.

-Maldita sea, haga lo que digo.

-¡Usted no puede impartirme órdenes!

-No tiene un arma, y aunque la tuviera, no puede disparar. Tiene la mano vendada.

-Tengo un arma, y si usted prestase más atención, sabría que soy zurda.

-¿Qué?

-Vamos.

Juntos corrieron entre los árboles hasta que llegaron al camino sur, que terminaba en la fuente iluminada. El hombre que tomaba fotografías aun estaba allí, el cuerpo erguido, y tomando fotografías al parecer casuales de los paseantes que caminaban alrededor de la fuente. Latham se aproximó en silencio, y su mano aferraba la automática que llevaba al cinto.

-A usted le agrada tomar fotos de personas que no saben que están siendo fotografiadas –dijo Drew, tocando al individuo en el hombro.

El neonazi se volvió al sentir el contacto, y miró con ojos desorbitados a Drew.

-¡Usted! –exclamó con voz gutural. –¡Pero no, no es el mismo! ¿Quién es usted?

-Tengo una para usted –Latham aferró del cuello al hombre y lo arrojó contra el troncó de un árbol. –¡Kroeger! –gritó–. ¿Quién es Gerhardt Kroeger?

El neo reacciónó de prisa, y descargó un puntapié en la ingle de Drew; Latham retrocedió, evitando el golpe, y golpeó la cara del nazi con el cañón de su automática.

-Hijo de perra, estaba buscándome, ¿verdad?

-¡Nein! –gritó el neo, mientras la sangre le cubría la cara y lo cegaba parcialmente. –¡Usted no es el hombre de la fotografía!

-Pero alguien como yo, ¿verdad? El mismo tipo de cara, o parecida, ¿verdad?

-¡Usted está loco! –grito el nazi, descargando un golpe letal sobre el cuello de Drew; Latham aferró la muñeca y la torció violentamente en dirección contraria a las agujas del reloj. –¡Yo sólo estaba tomando fotografías! –gritó el hombre mientras caía entre los arbustos.

-Ahora que hemos aclarado eso –dijo sin aliento Drew, a horcajadas sobre el neo, y de pronto golpeando con la rodilla el torax del individuo, hablemos de Kroeger.

-Latham apretó el cañón de la automática entre los ojos del nazi. –¡Hable, dígamelo, o le perforo la cabeza!

-¡Estoy dispuesto a morir!

-Excelente, porque enseguida llegará a eso. Tiene cinco segundos... Uno, dos, tres, cuatro...

-¡Nein!... Está aquí en París. ¡Tiene que encontrar a Aguijón!

-Y usted creyó que yo era el Aguijón, ¿verdad?

-¡Usted no es el mismo hombre!

-Tiene mucha razón, no lo soy. ¡Siéntese!

Drew no pudo determinar de donde había salido, pero antes de que pudiera reaccionar una enorme pistola apareció en la mano del neo. Sin que lo precediera ningún sonido, un estampido de pronto resonó tras ellos; la cabeza del nazi cayó hacia atrás, y de su cuello brotó la sangre. Karin de Vries había salvado la vida de Latham. Descendió corriendo por el sendero, en dirección al norteamericano.

-¿Está bien? –preguntó.

-¿De dónde sacó la pistola? –preguntó el desconcertado Drew.

-Del mismo lugar donde usted obtuvo la suya –contestó de Vries.

-¿Es decir?

-El cinto. Usted lo aferró y le enderezó el cuerpo para sentarlo. En ese momento lo vi deslizando la mano bajo la chaqueta.

-Gracias...

-No me agradezca, haga algo. La gente está alejándose a toda prisa de la fuente. La policía llegará muy pronto.

-¡Vamos! –ordenó Latham metiendo la automática bajo el cinturón y extrayendo el teléfono celular del bolsillo interior. –Hacia los árboles... de prisa. –Corrieron unos veinte metros atravesando el follaje oscuro, y de pronto Drew alzó una mano. –Suficiente –dijo, sin aliento.

-¿Donde consiguió eso? –preguntó Karin, señalando el perfil apenas visible del teléfono en las manos de Lathám.

-Los Antinayous –replicó Drew entrecerrando los ojos y pulsando los botones a la tenue luz que llegaba de la fuente–. Poseen una tecnología excelente.

-No es muy eficaz cuando cualquiera puede captar la frecuencia de un teléfono móvil, aunque en situaciones urgentes imagino que...

-¿Stanley? –dijo Latham, que interrumpió lo que estaba diciendo Karin–. Demonios, sucedió de nuevo. En el Bois de Boulogne un neo estaba cubriendo el sector; lo enviaron con el fin de que me atrapase.

-¿Y?

-Está muerto. Karin le disparó cuando se disponía a volarme la cabeza... Pero Stanley, escúcheme. ¡Dijo que Kroeger estaba aquí, en París, con el propósito de encontrar al Aguijón!

-¿Cuál es su situación?

-Estamos en el bosque, al costado de un sendero, quizá a veinte o veinticinco metros del cadáver.

-Ahora, escúcheme –dijo Witkowski con voz dura–. Si pueden hacerlo sin chocar con la policía... demonios, aunque eso implique cierto peligro... revisen los bolsillos de ese canalla y salgan de allí.

-Como hice con Harry... –La voz de Drew se convirtió en un murmullo doloroso.

-Ahora hágalo por Harry. Si lo que usted dice acerca de este Kroeger no es del todo absurdo, ese cadáver es nuestro único vínculo con él.

-Por un momento el neo creyó que yo era Harry; dijo que les habían suministrado una fotografía.

-Está perdiendo el tiempo.

-¿Y si llega la policía...?

-Utilice su jerga oficial para salir del paso. Si eso no funciona, después me haré cargo, aunque preferiría no atenerme a las normas en este asunto. ¡Dése prisa!

-Lo llamaré después.

-Más bien antes que más tarde.

-Vamos –dijo Latham, aferrando la muñeca de Karin por encima del vendaje y volviendo hacia el sendero.

-¿De regreso allí? –exclamó de Vries, asombrada.

-Órdenes de nuestro coronel. Tenemos que actuar de prisa...

-¡Pero la policía!

-Lo sé, de modo que démonos más prisa. ¡Tenemos que llegar allí! Usted quédese en el sendero, y si llega la policía muéstrese asustada, lo cual no requerirá mucho talento si usted se parece en algo a mí; y dígales que su novio se internó en el bosque para atender una necesidad.

-No es imposible –reconoció Karin, avanzando y esquivando los árboles y los matorrales en compañía que Latham–. Un recurso más norteamericano que francés, pero no es imposible.

-Arrastraré a nuestro presunto asesino a la oscuridad del bosque, y le limpiaré los bolsillos. Tiene un reloj mejor que el mío; también eso me lo, llevaré.

Llegaron al sendero, y ahora la fuente estaba prácticamente desierta solo unos pocos observadores dominados por una mórbida curiosidad estaban dispersos cerca de los límites del parque. Varios miraban constantemente hacia los límites externos, sin duda esperando la llegada de la policía. Drew arrastró el cadáver hacia el matorral, y le revisó los bolsillos, retirando todo lo que había en ellos. No se molestó en buscar el arma que una fracción de segundo más tarde habría acabado con su propia hvida. No les diría nada. Cuando concluyó, regresó a la carrera al sendero y a Karin, mientras a sus oídos llegaban los gritos.

-¡Les geradarmes, les gendarmes! ¡De lautre côté!

-¿Où?

-¿Oú donc?

-Felizmente, respondiendo a las preguntas de los dos oficiales de policía acerca del lugar exacto, los civiles que aún permanecían en el área señalaron en varias direcciones, incluso varios senderos sumidos en la oscuridad. Frustrados, los policías se dividieron y se internaron por diferentes caminos. Fue suficiente; Latham y de Vries atravesaron el sector de la fuente y se internaron por el sendero que apuntaba hacia el norte, hasta que al fin se encontraron en el espléndido panorama de los jardines de verano, alrededor de un pequeño estanque artificial en que los cisnes blancos se desplazaban majestuosamente iluminados por los grandes focos. Vieron un banco vacío, y jadeantes se sentaron, y apoyaron el cuerpo sobre las tablas del respaldo.

Karin se quitó de la cabeza la peluca rubia y lo guardó en su bolso, y se sacudió los cabellos, de modo que éstos se desprendieron de los alfileres.

-Apenas pueda hablar, llamaré a Witkowski –dijo Drew, respirando hondo–. ¿Cómo está su mano? ¿Le duele?

-¿Puede pensar en mi mano en una situación como ésta?

-Bien, la aferré del brazo porque usted estaba sosteniendo todavía el arma con la izquierda, y pensé que el maldito artefacto podía dispararse si yo lo tocaba... es decir, si yo intentaba apoderarme de su mano izquierda.

-Sé lo que quiere decir. En ese momento no tuve tiempo para devolver el arma a mi bolso... Por favor, llame al coronel.

-Está bien. Latham de nuevo retiró del bolsillo el teléfono celular, y marcó y comprobó agradecido que los números eran claramente visibles a los focos del estanque. –Stanley, lo conseguimos –dijo.

-Muchacho, alguien fracasó –lo interrumpió el coronel–, e ignoramos como demonios sucedió.

-¿De qué está hablando?

-Ese neo que apresamos... lo embarqué en un jet militar con destino a Washington, a las cinco de la madrugada.

-¿Y qué sucedió?

-Llegó a la Base Andrews de la Fuerza Aérea a las tres y media de la madrugada, hora de Washington –digamos de pasada que en la más absoluta oscuridad– y lo balearon mientras estaba bajo vigilancia militar en la zona de espera.

-¿Como?

-Un maldito rifle, un arma poderosa con rayos infrarrojos, desde uno de los techos. Por supuesto, no encontraron nada.

-¿Quién estaba al tanto del envío?

-No lo sabemos. De acuerdo con lo convenido, comuniqué la información a los altos jefes de Knox Talbot que necesitaban estar al tanto del asunto... les dije que teníamos un nazi auténtico, el programa de viaje y todo el resto.

-¿Entonces?

-Alguien envió a un asesino.

-Entonces, ¿dónde estamos?

-En definitiva, enumerando objetivamente los datos, ésta es la situación. Sabemos acerca de las computadoras AA, y ahora hay cuatro o cinco subdirectores más en la lista. Así se hace, amigo; uno continúa clausurando puertas hasta que quedan sólo una o dos en una habitación.

-¿Y qué hay conmigo, y con París?

-Es el juego del gato y el ratón, ¿no es así, muchacho? Este Kroeger quiere encontrar a Harry... es decir, a usted... tanto como usted quiere encontrarlo a él mismo. ¿No es ésa la situación?

-Aparentemente sí, ¿pero por qué?

-Lo sabremos sólo cuando lo atrapemos, ¿no lo cree?

-Usted no me alienta mucho.

Librodot

-Mi función no es alentarlo, entiéndalo de una vez. Quiero que usted se encuentre en estado de máxima movilización cada minuto del día y la noche.

-Muchísimas gracias, jefe.

-Tráigame lo que haya conseguido...

-Le traje lo que había –lo interrumpió furioso Latham– de modo que no diga "lo que haya". Excepto que olvidé apoderarme del maldito reloj.

-Me agrada eso –dijo el coronel–. Me agrada la cólera en situaciones como ésta. Mi casa, dentro de una hora, y cambie tres veces de vehículo.

Librodot

15

Las llamas se elevaron, y los intensos golpes de fuego iluminaron la oscuridad. El enorme complejo de Vaclabruck estaba casi terminado, e incluía un vasto campo segado que descendía desde una colina en pendiente, donde estaban mil quinientos discípulos selectos de la Fraternidad, individuos llegados de todas partes del mundo. Esa noche no había nubes y las antorchas ocupaban el enorme escenario natural a lo largo de los límites del predio como frente al estrado, una mesa de quince metros de largo sobre la cima de la colina, donde estaban sentados los jefes. Habían depositado un micrófono sobre el pupitre del centro, y sus cables se conectaban con los altavoces de toda el área; y sobre los altos postes que se levantaban detrás de la imponente mesa, iluminadas por los focos y agitándose a causa de la brisa, estaban las banderas rojo sangre y negras del Tercer Reich, con una sorprendente diferencia. Un rayo banco atravesaba las svásticas. Era la bandera del Cuarto Reich.

Una serie de oradores, todos con los uniformes militares de la Alemania nazi, ya había hablado, y sus exhortaciones habían llevado al público a un clamoroso crescendo de fanático apoyo. Finalmente, el penúltimo orador se aproximó al centro del estrado; cerró las manos sobre los bordes del pupitre, su mirada fiera recorrió las filas apretadas, y al fin habló con serena y resonante autoridad.

-Lo han oído todo esta noche, los gritos de los individuos que en todo el mundo nos necesitan, nos reclaman, insisten en que empuñemos la espada del orden global, purificando las razas y eliminando la escoria humana e ideológica que contamina el mundo civilizado. ¡Y nosotros estamos preparados!

-El aplauso, apoyado en grandes rugidos de aprobación, conmovió el suelo, reverberando en los bosques circundantes.

El individuo uniformado levantó las manos pidiendo silencio. Fue obedecido prontamente, y continuó hablando.

-Pero necesitamos una dirección, un Zeus, un Fuhrer más grande que el último... no por el pensamiento, pues nadie podría superar a Adolfo Hitler desde el punto de vista de la teoría... sino por la fuerza y la decisión, un líder que pulverice a los tímidos y no se deje impresionar por las cautelosas estrategias de los militares de corte intelectual; ¡que destruya a los enemigos del progreso racial, y que ataque cuando sepa que ha llegado el momento! La historia ha demostrado que si el Tercer Reich hubiese invadido Inglaterra cuando Herr Hitler impartió la correspondiente orden a sus ejércitos, tendríamos un mundo diferente y mucho mejor que el actual. Lo convencieron de lo contrario los diletantes privilegiados del cuerpo de los Junker. Nuestro nuevo líder, nuestro Zeus, jamás se someterá a esa cobarde interferencia... Sin embargo, y sé que esto representará una decepción para uscedes, todavía no es el momento de revelar su identidad, ni siquiera a ustedes. En cambio, ha grabado un mensaje para todos, para cada uno de ustedes y para el conjunto.

El penúltimo orador levantó el brazo derecho en el saludo nazi. Cuando él retrocedió bruscamente, una voz llegó por todos los amplificadores. Era una voz extraña, al mismo tiempo grave y áspera, y cortante, y pronunciaba cada consonante como un hacha que caía sobre la madera dura. En ciertos

aspectos evocaba el recuerdo de las diatribas de Hitler, en el sentido de que las culminaciones histéricas sobrevenían numerosas y rápidas, pero allí terminaba la semejanza. Pues este orador pertenecía más al momento actual; la impresión provocada por los alaridos finales estaba precedida por palabras frías, dichas lentamente, como expresiones heladas, seguidas por súbitos estallídos de excesos emocionales, que conferían fuerza a sus conclusiones. Sus arengas no se veían menoscabadas por los alaridos monótonos de Hitler; en cambio, se acentuaban a causa del contraste, como si él confiara en su público, que sin duda comprendía todo lo que el orador les decía, y después recompensaba su propia inteligencia con los gritos, reafirmando los juicios que ya había formulado. La Era de Acuario había pasado mucho tiempo antes; la edad de la manipulación había ocupado su lugar. En todo el mundo se tenían en cuenta las lecciones de la Avenida Madison.

-¡Estamos al comienzo, y el futuro es nuestro! Pero eso ustedes lo saben, ¿verdad? Ustedes, los que trabajan incansablemente, aquí en la Patria, y los que se esfuerzan sin descanso en los países extranjeros, ven lo que está sucediendo, ¿no es así? ¿Y acaso no es grandioso? No sólo se acepta el mensaje que traemos, sino que se lo ansía, se lo desea con el corazón y la mente de la gente de todo el mundo... ¡Y ustedes ven eso y lo oyen y lo saben!... Yo no puedo verlos, pero los escucho, y aceptó vuesta gratitud, aunque para ser francos está mal orientada. Yo no soy más que vuestra voz, la voz de los justicieros descontentos de todo el globo civilizado.

"Y ustedes comprenden eso, ¿verdad? ¡Ustedes comprenden el sufrimiento que afrontamos por doquier cuando los seres inferiores nos obligan a pagar por su inferioridad! Cuando los hombres y las mujeres laboriosos se ven privados de los beneficios que tanto esfuerzo les costaron por aquellos que rehusan trabajar, o son incapaces de hacerlo, o han perdido de tal modo el equilibrio que ni siquiera pueden intentarlo! ¿Debemos sufrir por la pereza de esa gente, por su incompetencia, o por su desarreglo? Si así son las cosas, los indolentes, los incompetentes y los desequilibrados gobernarán el mundo! Pues ellos nos despojarán de nuestro liderazgo mundial abrumándonos, agotando nuestros tesoros en nombre de la humanidad... pero no, no es la humanidad, soldados míos, ¡pues ellos son basura!... Pero no pueden hacer eso y no lo harán, ¡pues el futuro es nuestro!

"Por doquier nuestros enemigos están cada vez más confundidos desconcertados por lo que les sucede, pues no saben con certeza quién es y quién no es parte de nosotros, y en sus pensamientos más profundos aplauden nuestro progreso, a pesar de que niegan dichos pensamientos. Que continúe la marcha, soldados míos, ¡el futuro es nuestro!

De nuevo resonaron los aplausos, mientras los acordes del himno Horst Wessel colmaron el enorme estadio construido en el bosque. Y en una fila del fondo dos hombres, que alternativamente aplaudían y lanzaban gritos de adhesión, se volvían uno hacia el otro y hablaban en voz baja, ambos identificando las cejas parcialmente afeitadas del compañero.

-Una auténtica locura –dijo el francés en inglés.

Librodot

-No muy distinta de los noticiarios que hemos visto acerca de los discursos de Hitler –agregó el holandés, miembro del Servicio Exterior de Holanda.

-Creo que usted se equivoca, monsieur. Este Führer es mucho más verosímil. No impone sus juicios a la multitud mediante los gritos constantes. Lleva a la gente adonde quiere formulando preguntas que parecen razonables. Y de pronto estalla, y formula las respuestas que todos quieren escuchar. Comprende el sentido de la dinámica... en efecto, una actitud muy astuta.

-¿Quién cree que es?

-Podría ser cualquiera de los miembros de la extrema derecha que actúan en el Bundestag. De acuerdo con las instrucciones recibidas grabé el material, de modo que nuestro departamento pueda comparar las grabaciones de diferentes voces, si la máquina ridículamente pequeña que tengo en el bolsillo es suficiente para esa tarea.

-Hace más de un mes que no me comunico con la oficina –dijo el holandés.

-Y yo seis semanas –dijo el francés.

-Sin embargo, debemos reconocer el mérito de nuestros superiores.

Los satélites revelaron la existencia del claro en la selva, como los aviones que volaban a gran altura revelaron los misiles en Cuba hace casi treinta años. No podían aceptar la explicación de que se trataba de otro refugio religioso de una acaudalada secta de Lejano Oriente; y eso a pesar de los documentos oficiales. Y tenían razón.

-Mi gente se convenció de que había algo extraño en todo el asunto cuando reclutaron a obreros de la construcción extranjeros.

-Yo fui un sencillo carpintero, ¿y usted?

-Electricista. Mi padre era dueño de un magasin électrique en Lyon. Trabajé allí hasta que fui a la universidad.

-Ahora, tendremos que salir de aquí, y no creo que eso sea tan fácil. Este complejo de hecho se parece a los antiguos campos de concentración... empalizadas con alambre de púas, torres con ametralladoras, y todo lo demás.

-Tenga paciencia, monsieur, ya hallaremos el modo. Nos reuniremos a la hora del desayuno en la tienda seis. Tiene que haber una manera.

Los dos hombres se separaron, y se encontraron frente a un semicírculo de individuos uniformados, las túnicas adornadas con el estandarte del Cuarto Reich, los relámpagos blancos cruzando las svásticas.

-¿Oyeron lo suficiente, meine Herren? –dijo un oficial, adelantándose a los guardias que estaban frente a los dos extranjeros. Ustedes se creen muy astutos, ¿nicht wohr? Incluso conversan en inglés.

-El soldado les mostró un pequeño artefacto electrónico de escucha, usual en los ambientes policiales y de inteligencia, –Este equipo es maravilloso –continuó diciendo el oficial–. Uno puede apuntar, por ejemplo, a dos personas que están en una multitud y escuchar todo lo que dicen, anulando los ruidos externos. Notable... Se los vigiló desde el momento en que ustedes aparecieron en medio de nuestros huéspedes privilegiados, los

Librodot

verdaderos invitados, afirmando entusiastamente que eran dos de ellos. ¿Creen que somos tan torpes? ¿Creían realmente que no teníamos listas suministradas por la computadora, que nos permitían controlar a todo el mundo? Como no los encontramos en ninguna de esas nóminas, investigamos a las fuerzas de trabajo extranjeras. ¿Y qué descubrimos? No importa, por supuesto ustedes ya saben a qué atenerse. Un tosco carpintero holandés, y un electricista francés especialmente curioso... ¡Mitkommen! ¡Zackig! Charlaremos un rato, y por desgracia los meteremos en lugares no muy cómodos, pero después hallarán la paz, y sus restos terrenales irán a parar a una zanja profunda, junto a los gusanos y las larvas.

-Su gente está muy práctica en tales ejecuciones, ¿verdad?

-Lamento decir, holandés, que yo no vivía aún, y no podía participar. Pero nuestro tiempo llegará, mi tiempo llegará.

Witkowski, Drew y Karin se sentaron alrededor de la mesa de la cocina del coronel, en el apartamento de la rue Diane. Sobre la superficie de la mesa estaban distribuidos los artículos que Latham había extraído de los bolsillos del neo muerto.

-No está mal –dijo el veterano del G–2, recogiendo sucesivamente los objetos y estudiándolos–. Les diré lo siguiente –continuó–, ese canalla hijo de perra no esperaba tropezar con dificultades en el Bois de Boulogne.

-¿Por qué lo dice? –preguntó Latham, señalando con un gesto el vaso de whisky vacío.

-Sírvase usted mismo. –El coronel enarcó el entrecejo y señaló con un gesto de la cabeza el bar y mostrador que estaba exactamente detrás del arco que conducía a la sala de estar. –En esta casa yo sirvo el primero, el resto le toca usted. Excepto en el caso de las damas –pregunte a la dama, hombre torpe.

-Esa es una expresión peyorativa –dijo Drew, y se puso de pie y miró a Karin, que meneó la cabeza.

-¿Qué?

-No importa, coronel, este hombre tiene un carácter infantil –interrumpió de Vries–. Pero por favor, conteste a la pregunta. No hay papeles, ni identificación; ¿por qué dice que eso "no está mal"?

-En realidad, está bastante bien. Él mismo lo diría si hubiese examinado el material en lugar de dedicarse a la bebida.

-¡Jefe, bebí una sola copa! Y agregaré que perfectamente merecida.

-Lo sé, muchacho, pero la verdad es que usted todavía no revisó estas cosas, ¿no es así?

-Sí, las miré. Mientras las depositaba sobre la mesa. Hay un librito de fósforos de un restaurante llamado Au Coin du Famílfe; un recibo de una lavandería en la avenida George V a nombre de André, no tiene importancia; un pedazo de papel con un par de palabras en alemán, supongo que afectuosas, y nada más; Otro recibo correspondiente a una tarjeta de crédito, el nombre y el número evidentemente falsos, o tan deformados que se necesitarían varios días para rastrearlos y llegar a otro callejón sin salida. Los bancos pagan; es todo lo que desean los comerciantes, y en efecto se les paga... Reconozco que no examiné el resto, pero por otra parte lo que acabo

de decirle fue el resultado del trabajo de unos ocho segundos. ¿Algo más, coronel?

-Ya le dije, señora de Vries, este hombre es meritorio. Dudo de que haya consagrado ni siquiera ocho segundos a este tema... más bien cinco, según mi cálculo, porque estaba muy deseoso de que le sirvieran una copa.

-Estoy impresionada –reconoció Karin–, ¿pero usted encontró otras cosas, otros artículos?

-Solo dos. Uno, otro recibo por arreglos, emitido por un taller de zapatos, también a nombre de André; y la última, un billete de entrada a un parque de diversiones en las afueras de Neuilly–sur–Seine, una entrada gratuita.

-¡Jamás vi esas cosas! –protestó Latham, mientras se servía una copa.

-¡Y qué le dicen?

-Los zapatos, sobre todo las botas, son artículos sumamente personales, señora de Vries...

-Por favor, no continúe llamándome así. Karin es suficiente.

-Está bien, Karin. Yo diría que el calzado es un artículo característico; una zapatería de medida atiende la forma específica del pie de un individuo. Si una persona acude a una tienda de ese carácter, lo hace generalmente porque ya estuvo antes en el mismo lugar, es decir, si vive en París desde hace cierto tiempo. En caso contrario, retornaría a su zapatero original, ¿no es verdad?

-En efecto. ¿Y el parque de diversiones?

-¿Por qué le entregaron una entrada gratuita? –intervino Drew, acercándose con su copa a la mesa y tomando asiento. Realmente no entiendo eso, Scosh.

-Ya lo sé, chopark, y no intentaba desconcertarlo; pero allí estaban.

-De modo que mañana por la mañana encontramos un zapatero y un empleado de un parque de diversiones que distribuye entradas libres... lo cual no es precisamente una tradición francesa. Por Dios, estoy fatigado. Volvamos a casa... No, ¡espere un momento! ¿Qué hay– de la trampa que preparó en el Sacré–Coeur?

-¿Qué trampa? –preguntó el asombrado Witkowski.

-¡La trampa! El correo dieciséis en la cumbre del funicular.

-Nunca oí hablar de eso. –Los dos hombres miraron a Karin de Vries. –¿Usted?

-Lo hice muchas veces para Freddie –dijo Karin, sonriendo avergonzada. Solía decir: "¡Haz algo, cuanto más absurdo mejor, pues todos somos tontos!"

-Un momento, los dos –dijo Witkowski, meneando la cabeza, y mirando a Drew–. ¿Están seguros de que nadie pudo haberlos seguido hasta aquí?

-Ignoraré el insulto, y le ofreceré mi respuesta profesional. No, hijo de perra, porque yo sabía que no debía protagonizar tres cambios de vehículo, una maniobra que podía develarse electrónicamente, aunque usted es demasiado antediluviano. Nuestros cambios fueron bajo tierra, en el Metro, y no tres sino cinco veces. ¿Entendió?

Librodot

-Oh, me agrada su irritación. Mi santa madre polaca siempre decía que en la cólera estaba la verdad. Era la única cosa en la cual uno podía confiar.

-Excelente. Ahora, ¿puedo llamar a un taxi y pedirle que los lleve a casa?

-No, eso es lo que usted no puede hacer, muchacho. Como nadie Sabe dónde están, los dos permanecerán aquí. Tengo un dormitorio de huéspedes, y allí hay un hermoso diván... Sospecho, jovencito, que usted ocupará el diván, y le ruego que no se beba todo mi whisky.

La frustrada unidad de miembros del grupo Blitzkrieg habían regresado al cuartel general desde la "trampa" en el Sacré–Coeur, y allí encontraron un ambiente de tremenda confusión. Ese estado de cosas vino a acentuar la cólera de los asesinos selectos.

-¡No hubo nadie! –exclamó el mayor París Cinco, mientras se desplomaba en un sillón, frente a la mesa de conferencias–. ¡Ni un hombre o una mujer que se pareciese siquiera a un contacto! Nos tendieron una trampa... y todo esto fue una absurda y peligrosa pérdida de tiempo.

-¿Dónde está nuestro líder tan brillante, Cero Uno? –preguntó otro miembro de la unidad, dirigiéndose a los tres restantes integrantes del grupo Blitzkrieg, que no habían sido enviados al Sacré–Coeur–. Es posible que esté al frente de las cosas entre dos cambios de pañales, pero tendrá que formular un par de explicaciones. Si se nos tendió una trampa, es indudable que hemos sido identificados.

-No está aquí –replicó otro asesino neo, el codo apoyado en la mesa, en la voz una mezcla de fatiga y hastío.

-¿De qué está hablando? –exclamó París Cinco, que se irguió bruscamente en su asiento–. El llamado de Berlín a las diez de la noche. Tenía que estar aquí para recibirlo.

-No estuvo, y no hubo ningún llamado –dijo otro.

-¿Quizá llegó por la línea privada?

-No, no pudo llegar de ese modo, y no hubo nada –contestó el fatigado miembro del grupo Blitzkrieg, cuyo número era Cero Dos, París. Cuando él no apareció, me instalé en su nauseabunda oficina desde las nueve y media a las once y cuarto. Nada... Es posible que Cero Uno sea un firme favorito de nuestros superiores, pero desearía que se bañase con más frecuencia. Esa habitación es una pocilga maloliente.

-Para tomar una ducha tendría que abandonar su trono, con todos los adornos.

-Es un niño loco en una tienda de juguetes electrónicos...

-Cuidado –interrumpió otro–. Les recuerdo que nuestros superiores no miran con buenos ojos esas discrepancias.

-La crítica legítima no es discrepancia –insistió París Cinco. ¿Donde está Uno, y porque no se encuentra aquí? Entiendo que ni siquiera oyeron hablar de él.

-Entiende acertadamente, pero por otra parte todos comprendemos los roces que se suscitan entre ustedes dos.

-Un estado de cosas reconocido y que carece de importancia –dijo Cinco, poniéndose de pie, e inclinando sobre la mesa su cuerpo delgado,

sostenido por las manos fuertes y abiertas–. De todos modos, su conducta actual es inaceptable, y lo diré a Bonn. Se envía a nuestro equipo en una falsa misión que implica muchos riesgos...

-Todos escuchamos la grabación de la embajada –interrumpió el fatigado París Dos–. Y convinimos en que el asunto era prioritario.

-En efecto, y yo insistí en eso más que nadie. Pero en lugar de dirigir este ataque prioritario, nuestro primer Cero eligió un lugar secundario, el Bois de Boulogne, con el pretexto de que no podía regresar del Sacré–Coeur a tiempo para atender el llamado de Bonn. No hubo ningún llamado, y él no está aquí. Es evidente que se requiere una explicación.

-Quizá no existe tal explicación –dijo otro miembro del grupo, que hasta allí había guardado silencio, y que se encontraba sobre el extremo derecho de la mesa–. Sin embargo, hubo otro llamado, proveniente de nuestro hombre en la embajada de Estados Unidos.

La unidad que había venido del Sacré–Coeur reaccionó simultáneamente como un grupo de gatos asustados. De nuevo habló Cinco.

-Está absolutamente prohibido que se comunique directamente con nosotros, y sobre todo si utiliza el teléfono.

-Él consideró que la información justificaba su desobediencia.

-¿Qué sucedió? –preguntó Tres.

-El clandestino, ese coronel Witkowski.

-El coordinador –agregó con voz neutra París Dos–. Sus notables relaciones en Washington son conocidas por nuestra... nuestra gente en esa ciudad.

-¿Qué sucedió? –insistió Cinco.

-Nuestro hombre se apostó en un automóvil frente al apartamento del coronel, en la rue Diane. Movido por el instinto, a su vez basado en las intercepciones telefónicas de las conversaciones sostenidas por la viuda de Frederik de Vries, que trabaja en Documentos e Investigación.

-¿Entonces?

-Hace más de una hora un hombre y una mujer entraron corriendo en el edificio. Estaban protegidos por las sombras, y a decir verdad él no pudo ver al hombre, pero le pareció que lo conocía. Conocía a la mujer. Era la viuda de de Vries.

-¡Ese hombre es Latham! –estalló París Cinco–. Ella está con Harry Lathatm no puede ser otra persona. ¡Vamos!

-¿Para hacer qué? –preguntó el escéptico miembro del grupo Blitzkrieg.

-Para completar el golpe que Uno calculó mal.

-Las circunstancias son diferentes, y en vista de los antecedentes del coronel en el área de la seguridad, el lugar es sumamente peligroso. En ausencia de Cero Uno, sugiero que obtengamos la aprobación de Bonn.

-Sugiero que no lo hagamos –intervino París Seis–. El Sacré–Coeur fue un fracaso considerable. ¿Qué necesidad tenemos de abrir una ventana, y mucho menos una puerta? Si completamos la operación, anularemos el fracaso.

-¿Y si fracasamos?

Librodot

-La respuesta a esa pregunta es evidente –replicó otro miembro del Sacré–Coeur, tocando con la mano derecha el perfil de la sobaquera que tenía bajo la chaqueta; con la izquierda rozó el cuello de la camisa, donde tenía cosidas tres cápsulas de cianuro–. Es posible que tengamos nuestras diferencias, nuestras fricciones, si así lo prefieren, pero el fundamento de todo esto es nuestro compromiso con la Brüderschaft, el ascenso del Cuarto Reich. Que nadie olvide ese compromiso.

-No creo que nadie lo olvide –dijo Dos–. ¿Entonces, usted coincide con París Seis? Vamos a la rue Diane.

-Ciertamente. Seríamos estúpidos si no lo hiciéramos.

-Presentaremos a Bonn un triple golpe, y nuestros líderes no tendrán más remedio que aplaudir –agregó el colérico y frustrado París Cinco. Sin la presencia de Cero Uno, que nos ha fastidiado bastante. Cuando regrese puede respondernos, lo mismo que a Bonn. Sospecho que en el mejor de los casos será convocado para ofrecer explicaciones.

-Usted realmente desea mandar esta unidad, ¿verdad? –preguntó Dos, mirando con expresión fatigada la figura imponente de Cinco.

-Sí –contestó el asesino más veterano, veterano porque había alcanzado la edad de treinta años–. Soy el mayor y el más experimentado. Él es un adolescente loco que actúa y adopta decisiones antes de reflexionar. Hubieran debido asignarme este cargo hace tres años, cuando nos enviaron aquí.

-¿Por qué no se lo ofrecieron? Después de todo, aquí todos estamos locos, de modo que la locura no importa, ¿verdad?

-¿Qué demonios está diciendo? –insistió otro miembro del grupo, enderezándose en su asiento y mirando con fijeza a Cero Dos.

-No me interprete mal; apruebo nuestra propia locura. Soy hijo de un diplomático y crecí en cinco países distintos. Vi de primera mano lo que ustedes saben a lo sumo de oídas. Tenemos razón, toda la razón del mundo. Los débiles, los inferiores mentales y raciales, están incorporándose a los gobiernos de todo el planeta; sólo los ciegos no lo ven. No es necesario Ser un historiador social para comprender que los niveles intelectuales están descendiendo en todo el mundo, y, no elevándose. Por eso tenemos razón... Pero mi pregunta a París Cinco comenzó esta discusión. Amigo mío, ¿por qué fue elegido Cero Uno?

-A decir verdad, no lo sé.

-Intentaré explicarlo. Cada movimiento debe tener sus fanáticos, seis tropas de choque que habitan esa zona oscura que se extiende más allá de la locura y que los obliga a arrojarse sobre las barricadas impenetrables con el fin de lograr que una declaración recorra de extremo a extremo el país. Después, desaparecen en el trasfondo, reemplazados –o por lo menos deberían ser reemplazados por personas superiores. El error más grave que el Tercer Reich cometió fue permitir que las tropas de choque, los matones, controlasen el partido y de ese modo al país.

-Usted es un pensador, ¿verdad, Dos?

-Las teorías filosóficas de Nietzche siempre me atrajeron, y eso vale especialmente para su doctrina del perfeccionamiento a través de la autoafirimación y la exaltación moral de los gobernantes supremos.

Librodot

-Ustedes son excesivamente cultos para mí –dijo Cero Seis–, pero ya escuché antes esas mismas palabras.

-Por supuesto. –París Dos sonrió. –Nos han inculcado diferentes variaciones del mismo concepto.

-¡Estamos perdiendo el tiempo! –interrumpió Cinco, manteniendo el cuerpo erguido, los ojos apenas sesgados que se habían clavado en Dos. Usted es un pensador, ¿verdad? Nunca lo escuché hablar tanto, sobre todo acerca de esas cuestiones. ¿Hay otra cosa bajo sus palabras? Quizá usted cree que debe mandar la unidad de París.

-Oh, no, usted está completamente equivocado. No reúno las condiciones necesarias. Lo que puedo tener en mi cabeza falta en la esfera de mi experiencia práctica, y además hay que tener en cuenta mi juventud.

-Pero hay otra cosa...

-Ciertamente, hay algo más, Número Cinco –interrumpió Dos. Los dos hombres se miraron fijamente. –Cuando surja nuestro Reich, no tengo la más mínima intención de hundirme en un oscuro trasfondo... como tampoco la tiene usted.

-Nos entendemos... Venga, elegiré al equipo que irá a la rue Diane... seis hombres. Dos de ustedes permanecerán aquí para impulsar los procedimientos de emergencia si tal cosa fuese necesaria.

Los seis elegidos se pusieron de pie, y tres fueron a sus habitaciones para ponerse los suéteres y los pantalones negros, y los restantes miembros del grupo Blitzkrieg estudiaron un amplio mapa de las calles de París, concentrándose en la zona de la rue Diane. Los tres asesinos adecuadamente vestidos regresaron; el equipo verificó sus armas, recogió los elementos indicados por Cero Cinco, y de pronto sonó el teléfono.

-¡La situación actual es intolerable! –gritó el doctor Gerhardt Kroeger–. ¡Los denunciaré a todos por grave incompetencia y por la negativa a mantenerse en comunicación con un miembro del más elevado nivel correspondiente a la Brüderschaft!

-En ese caso, señor, usted mismo se perjudicaría –dijo Cero Cinco con voz neutra–. Antes de que concluya la noche, habremos liquidado a la persona a quien usted desea eliminar, y también a dos blancos adicionales, Bonn sabrá complacido que usted contribuyó notablemente a la identificación de dichos individuos.

-¡Eso me dijeron hace casi cuatro años! ¿Qué sucedió? Comuníqueme con ese jóven de actitud insultante que afirma ser el jefe del grupo.

-Ojalá pudiera, mein Herr –replicó Cinco, eligiendo con mucho cuidado sus palabras–. Por desgracia, Cero Uno, París, no se ha mantenido en contacto con nosotros. Decidió seguir la pista aportada por una fuente secundaria, una fuente muy dudosa, si me permite decirlo, y no ha llamado para informar. En verdad, lleva un retraso de dos horas.

-¿Una fuente dudosa? Dijo que la misma implicaba el riesgo más elevado. Quizá le sucedió algo.

-¿En medio de los placeres del Bois de Boulogne, señor? Le repito que eso es muy improbable.

-Entonces, ¿qué sucedió en el primer lugar, por Dios?

Librodot

-Era simplemente una trampa, mein Herr, pero mi equipo, el equipo de Cero Cinco, la evitó. Sin embargo, nos condujo a una tercera fuente, una fuente inatacable, y es la que ahora estamos profundizando. Antes de que salga el sol, usted tendrá la prueba de la muerte del blanco principal, con una forma de ejecución muy evidente. Yo, Cero Cinco, le entregaré personalmente las fotografías en su propio hotel.

-Sus palabras me alivian; por lo menos usted habla de manera más razonable que ese condenado jóvencito de ojos de cobra.

-Es jóven, señor, pero muy eficaz en los aspectos físicos de nuestro trabajo.

-¡Si no tiene una cabeza sobre los hombros, esa clase de talento no significa nada!

-Tiendo a coincidir con usted, pero le ruego, mein Herr que recuerde que es mi superior, de modo que nunca dije lo que acabo de decir.

-No lo dijo usted, lo dije yo. Usted simplemente aceptó una generalización... ¿Cuál era su número? ¿Cinco?

-Sí, señor.

-Tráigame las fotografías, y Bonn se enterará de lo que usted vale.

-Usted es muy amable. Ahora, debo despedirme.

Stanley Witkowski estaba sentado en la oscuridad, detrás de una ventana, espiando la calle que corría más abajo. La cara ancha, de expresión dura, tenía una apariencia inmóvil y fija, y de tanto en tanto Witkowski acercaba a los ojos un par de binoculares infrarrojos. El objeto de su concentración era un automóvil que estaba detenido en la esquina de la derecha, la más lejana de la manzana, a lo sumo a unos cuarenta metros de la entrada de su edificio de apartamentos. Lo que había atraído la atención del veterano funcionario de inteligencia era el movimiento de una cara en el asiento delantero, los rasgos acentuados por la luz que venía de un farol callejero. De tanto en tanto la cara aparecía de nuevo, y después se hundía en las sombras, como si el hombre estuviese esperando a alguien o bien observando algo del lado opuesto.

La opresión sobre el pecho del coronel, una sensación que había experimentado centenares de veces en su vida anterior, era una advertencia que debía ser aceptada o rechazada a medida que pasaban los minutos o las horas. Y de pronto sucedió. La cara apareció de nuevo, pero hubo un teléfono apretado contra la oreja derecha del hombre. Parecía excitado y colérico, la cabeza apuntando hacia arriba, la mirada dirigida hacia los pisos altos del edificio de apartamentos, es decir la construcción en que vivía Witkowski. Ahora, el observador abandonó el teléfono, de nuevo impulsado por la cólera o la frustración. Fue suficiente para el coronel. Se levantó del sillón y caminó rápidamente hacia la puerta de su dormitorio y entró en la sala, cerrando tras de sí la puerta. Encontró a Drew Latham y a Karin de Vries acomodados en el diván, y lo complació ver que se sentaban en los extremos opuestos; Witkowski detestaba las relaciones personales en el trabajo.

-Hola, Stanley –dijo Drew–. ¿Está controlando el carácter de nuestra intimidad? En caso afirmativo, no tiene nada que temer. Nos hemos

dedicado a comentar la situación que prevalece después de la Guerra Fría, y la dama no simpatiza con mi posición.

-No dije eso –dijo Karin, riendo por lo bajo–. Usted no ha hecho nada que me induzca a profesarle antipatía, y en realidad lo admiro.

-Traducción. Estoy liquidado, Stosh.

-Ojalá que su afirmación tenga carácter puramente figurado –dijo el coronel con voz fría, y el tono de su voz inquietó a Drew.

-¿De qué está hablando?

-Jovencito, usted dijo que no lo habían seguido.

-Y así fue. ¿Cómo pudieron seguirme?

-No estoy seguro, pero allí abajo, en la calle, hay un hombre que vigila desde un auto, y esa presencia me llama la atención. Habla por teléfono e insiste en mirar hacia aquí. –Drew se puso rápidamente de pie, y se acercó a la puerta del dormitorio de Witkowski. –Apague la lámpara antes de entrar allí, maldito estúpido –ladró Witkowski–. Usted no puede permitir que salga luz por esa ventana. –Karin extendió la mano y apagó la lámpara del techo. –Muy bien muchacha –continuó el oficial de inteligencia–. Los binoculares con rayos infrarrojos están en el umbral; incline el cuerpo, y apártese del vidrio. Es el sedán que está enfrente, cerca de la esquina.

-Sí. –Latham desapareció en el dormitorio, dejando a Witkowski y a de Vries solos en la relativa oscuridad; únicamente el reflejo de los faros callejeros suministraban una iluminación escasa.

-Está realmente preocupado, ¿verdad? –preguntó Karin.

-He estado en este juego bastante tiempo y por lo tanto es lógico que me sienta preocupado –replicó el coronel, que se mantenía de pie. Usted podría decir lo mismo.

-Podría tratarse de un amante celoso, o de un marido demasiado borracho, que no quiere volver a su casa.

-Y también podría ser el hada buena, que intenta decidir a quién le regalará su varita mágica.

-No quise dármelas de ingeniosa, y no creo que sea justo que usted intente lo mismo.

-Lo siento. Hablé en serio. Para repetir lo que dijo en Washington mi antiguo conocido Sorenson (hablar de amigo sería engañoso), "las cosas se están moviendo con excesiva rapidez y se complican de prisa". Y tiene razón. Creemos que estamos preparados, pero no es así. El movimiento nazi está surgiendo del polvo como una colección de gusanos bancos en un montón de residuos; muchos son alimañas reales, y muchos no lo son, se trata simplemente de múltiples colores. ¿Quién es peligroso y quién no lo es? ¿Y cómo lo determinamos sin acusar a todos, y sin obligar a los inocentes a demostrar que no son culpables?

-Y eso sería demasiado tarde una vez que se hubiesen formulado las acusaciones.

-Absolutamente cierto, jóven señorita. He vivido esa experiencia. Perdimos docenas de agentes clandestinos y semiclandestinos. Nuestra propia gente destruía su cobertura, y hablaba con políticos y supuestos periodistas de investigación, ninguno de los cuales conocía la verdad.

-Seguramente fue muy difícil para usted...

-Las fórmulas usuales para renunciar al cargo incluían frases como: "No necesito esto, capitán", o mayor, o el nombre que se utilizara entonces. O "¿Quién demonios es usted para arruinar mi vida?" Y lo que era más terrible: "Usted limpia mi prontuario, hijo de perra, o denuncio toda su operación". Seguramente firmé cincuenta o sesenta "memos confidenciales" en los cuales decía que los individuos en cuestión eran operadores de extraordinaria inteligencia; muchas de esas reseñas eran bastante más halagadoras que lo que los aludidos merecían.

-Ciertamente, no tenía en cuenta lo que ellos habían hecho.

-Quizá no, pero muchos de esos individuos ahora están en el sector privado y ganan veinte veces más que yo, gracias a la mística de su empleo anterior. Varios de los menos importantes, que eran incapaces de descifrar el código de una caja de cereales, están dirigiendo la seguridad de grandes corporaciones.

-Eso suena a locura.

-Por supuesto, es locura. Todos estamos locos. No es lo que hacemos, sino lo que hicimos... En teoría, y para el caso poco importa si fueron actitudes ridículas. Querida, la extorsión es la consigna, de lo alto a lo bajo.

-Coronel, ¿por qué no renunció?

-¿Por qué? –Witkowski se sentó en, el sillón más próximo, los ojos fijos en la puerta del dormitorio. –Lo diré de este modo, por arcaico que pueda sonar. Porque soy muy bueno en lo que hago, lo cual no habla mucho en favor de mi carácter –ser sinuoso y suspicaz no revela rasgos precisamente admirables– pero si se los perfecciona y aplica al trabajo que yo ejecuto, pueden ser activos. El astro norteamericano Will Rogers dijo cierta vez: "Jamás conocí a un hombre que no me agradase". Y yo digo: en mi profesión nunca encontré un hombre de quien no sospechara. Quizá es el europeo que llevo en mí, mi herencia. Mis antepasados fueron polacos; en realidad, el polaco es mi primera lengua.

-Y Polonia que ha dado a las artes y las ciencias más que muchos otros países, ha sido traicionada en medida mayor que la mayoría de las naciones –dijo de Vries, asintiendo.

-Supongo que eso es parte del problema. Quizá uno puede decir que esa predisposición mental es un rasgo muy arraigado.

-Freddy confiaba en usted.

-Ojalá pudiera retribuir el cumplido. Yo nunca confié en su esposo. Era una mecha encendida que yo no podía controlar, ni apagar. Su muerte a manos de la Stasi fue inevitable.

-Él tenía razón –dijo Karin levantando la voz–. La Stasi y otros como ella son ahora el núcleo del nazismo.

-Sus métodos eran equivocados, y su rabia estaba mal dirigida. Ambos rasgos traicionaron su cobertura, hasta que lo mataron. No quise escucharlos, no aceptó escucharme.

-Lo sé, lo sé. Tampoco a mí me escuchaba... Pero en ese momento, en realidad nada importaba.

-No comprendo por qué dice eso.

Librodot

-Freddie se convirtió en una persona violenta, no solo conmigo sino con, cualquiera que manifestase una opinión diferente de la suya. Era enormemente fuerte –entrenado por los comandos en Bélgica– y llegó a creer que era invencible. En definitiva, era tan fanático como sus enemigos.

-Entonces usted comprende por qué llegó a decir que nunca confié en su esposo.

-Naturalmente. Nuestros últimos meses en Ámsterdam no constituyen recuerdos muy gratos.

De pronto la puerta del dormitorio de Witkowski se abrió con fuerza y apareció Latham.

-¡Caramba! –gritó–. Tenía razón, Stanley. Ese canalla que está en la calle es Reynolds, Alan Reynolds, de Comunicaciones.

-¿Quién?

-Stosh, ¿cuántas veces ha descendido al área de Comunicaciones?

-No lo sé. Quizá tres o cuatro veces el último año.

-Él es el topo. Le vi la cara.

-Entonces, algo está por suceder, y propongo que adoptemos contramedidas.

-¿Qué hacemos, y por donde empezamos?

-Señora de Vries... Karin, ¿quiere acercarse a la ventana de mi dormitorio e informarlos lo que ve?

-Ya voy –dijo Karin, levantándose del diván y corriendo hacia la habitación del Coronel.

-¿Y ahora qué? –preguntó Drew.

-Lo obvio –contestó Witkowski–. Ante todo, las armas.

-Tengo una automática con un cargador completo. –Latham extrajo el arma de su cinturón.

-Le daré otra con un cargador más.

-Entonces, ¿espera lo peor?

-Llevo esperándolo casi cinco años. Y si usted no ha hecho lo mismo, no me extraña que le vuelen el apartamento.

-Bien, tengo este instrumento, que impide que alguien, abra la puerta.

-Sin comentarios. Pero si esos canallas envían a dos o tres hombres para atacarlo, seguramente me complacería enviar una pareja de regreso a Washington. Compensaría la ausencia del que perdimos ahí. –El coronel se acercó a un imponente grabado de Mondrian, colgado de la pared, y lo retiró, revelando una caja fuerte. Movió el dial hacia adelante y hacia atrás, abrió la caja, y retiró dos armas de puño y una Uzi, que enganchó en su cinturón. Entregó la automática a Drew, que la recogió, seguida por un cargador de municiones, el que Latham no alcanzó a atrapar en el aire. Cayó al piso.

-¿Por qué no me las pasó las dos al mismo tiempo? –dijo el irritado Drew, inclinándose para recuperar el cargador.

-Deseaba observar sus reacciones. No está mal. No está bien, pero tampoco mal.

-¿Acaso marco la botella?

-No fue necesario. Considerando lo que queda en su vaso, usted ha bebido quizá unos tres tragos durante la última hora. Tiene el cuerpo grande, como yo; puede soportar esa ración de licor.

-Gracias, mamá. Y ahora, ¿qué demonios hacemos?

-La mayor parte ya fue hecha. Sencillamente tengo que activar las conexiones externas. –Witkowski caminó hacia el fregadero de la cocina, desenroscó el grifo de cromo que estaba en el centro, metió un dedo en el orificio y extrajo dos cables; en cada extremo había una pequeña terminal de plástico. Rompió los sellos y unió los cables; hubo cinco llamados sonoros, que se difundieron por las habitaciones contiguas. –Ya está –dijo el coronel, devolviendo a su lugar el grifo y retornando a la sala de estar.

-¿Dónde estamos, oh gran mago?

-Comencemos por las escaleras de incendio. En estos edificios antiguos hay dos, una en mi dormitorio, la otra en la alcoba, el lugar que absurdamente denomino mi biblioteca. Estamos en el tercer piso, y el edificio tiene siete. Al activar los elementos externos de seguridad, las escaleras de incendio entre el extremo superior del segundo piso y la base del cuarto quedan electrificados. El voltaje alcanza para provocar el desmayo, pero no la muerte.

-Supongamos que sean cuales fueren las personas malvadas, simplemente suben por la escalera o utilizan el ascensor.

-Por supuesto, uno tiene que respetar la intimidad y los derechos civiles de sus vecinos. En este pisos hay tres apartamentos más. Mi apartamento está en el cuadrante delantero izquierdo, la puerta a unos seis metros del residente más próximo a mi derecha. Ustedes probablemente no lo advirtieron, pero hay una gruesa alfombra oriental, bastante atractiva, que conduce a mi puerta.

-Y cuando usted activa los cables –lo interrumpió Latham–, sucede algo apenas los muchachos malos pisan la alfombra, ¿verdad?

-Exactamente. Se encienden focos de cuatrocientos vatios, acompañados por una sirena que puede oírse hasta la Plaza de la Concordia.

-Usted no atrapará a nadie de ese modo. Huirán como alma que lleva el diablo.

-No por la escalera contra incendio; y si usan la escalera, caerán de lleno en nuestros brazos acogedores.

-¿Qué? ¿Cómo?

-En el piso inferior vive un delincuente, un húngaro que se ocupa de... bien, digamos joyas mal habidas. Su actividad delictiva no es muy grave, y no provoca mucho perjuicio, de modo que le he concedido mi amistad. Un llamado telefónico o un golpecito a su puerta y podemos esperar en su apartamento. Quien descienda corriendo esas escaleras recibirá varios balazos en las piernas... confío en que usted tenga una puntería decente. No querría que nadie muera.

-¡Coronel! –La voz de Karin de Vries llegó enfática desde el dormitorio. –Una camioneta acaba de detenerse frente al automóvil; varios hombres están descendiendo... Cuatro, cinco, seis... seis hombres vestidos de negro.

Librodot

-Parece que están muy interesados en usted, jovencito –dijo Witkowski, mientras él y Drew corrían hacia el dormitorio, y se reunían con Karin frente a la ventana.

-Un par de ellos llevan mochilas –dijo Latham.

-Uno está hablando con el chofer del automóvil –dijo de Vries. Es evidente que le dice que se retire. Y el chofer ahora retrocede en su automóvil.

-Los otros están distribuyéndose, y examinando el edificio –confirmó el coronel, tocando el brazo de Karin y obligándola a volverse. –El jóven y yo nos marchamos. –Los ojos de la mujer se abrieron alarmados. –No se inquiete, estaremos abajo. Cierre la puerta del dormitorio y échele llave. Es de lámina de acero y nadie podrá forzarla si no dispone de un camión o de un ariete impulsado por un equipo de diez hombres.

-Por Dios, llame a la policía o por lo menos al personal de seguridad de la embajada –exclamó Drew.

-A menos que yo me equivoque mucho, los vecinos que son mis amigos se comunicarán con la policía, pero no antes de que usted y yo podamos atrapar a uno o dos de esos canallas.

-Y usted los perdería si nuestro personal de seguridad estuviese comprometido –intervino Karin–. Se verían obligados a cooperar con la policía, que detendría a todo el mundo para ponerlo bajo custodia.

-Cuando llega el momento de extraer conclusiones, usted es muy rápida –dijo Witkowski, asintiendo en dirección a Karin, los dos apenas iluminados por la escasa luz que venía de la calle. –Oirá una sirena muy retridente que viene del corredor, y probablemente un gran caudal de estática originada en la escalera de incendio...

-Está conectada a los cables. Usted activó la corriente.

-¿Usted estaba al tanto de todo esto? –preguntó Latham, asombrado.

-En Ámsterdam, Freddie hizo lo mismo con nuestra escalera.

-Yo le enseñé –dijo el coronel, sin acentuar demasiado la intensidad de su afirmación. –Vamos, chopak, no hay tiempo que perder.

Ochenta y cinco segundos más tarde, habían convencido al irritado húngaro de que aceptara el precio propuesto por un influyente norteamericano que había intercedido por él tiempo atrás, y podía serle útil en el futuro. Witkowski y Drew estaban de pie junto a la puerta del vecino del piso bajo, abierta y dejando un espacio de menos de tres centímetros. La espera fue interminable, y el tiempo transcurrido llegó a casi ocho minutos.

-Algo está mal –murmuró el coronel–. Esto no es razonable.

-Nadie subió por la escalera y no hay estática proveniente de ninguna de las salidas de incendio –dijo Latham–. Quizá todavía están rodeando el edificio.

-Eso tampoco tiene sentido. Estas viejas estructuras son como libros abiertos, y como los libros que están apilados en un estante... Dios mío, ahora veo... ¡Las mochilas!

-¿De qué está hablando?

-De mi propia estupidez, de eso habló. Tienen ganchos y cuerdas para escalar. Están cruzando de un edificio a otro y descendiendo por la pared

lisa. ¡Fuera! Arriba, a toda la velocidad posible, y por Dios, ¡no pise la alfombra!

Karin estaba sentada en la sombra, frente a la ventana, el arma en la mano, escuchando los sonidos de la electricidad de alto voltaje que venía del exterior. Pero no oyó nada, y ya habían pasado casi diez minutos desde la partida del coronel y Latham. Comenzó a inquietarse. A juzgar por su propia declaración, Witkowski abrigaba sospechas con respecto a todos y a todo, hasta el extremo de la paranoia, y Drew estaba agotado. ¿Podía suponerse que los dos se habían equivocado? ¿El coronel había confundido a un amante celoso o un esposo asustado con algo siniestro? ¿Y quizá el fatigado Latham había visto una cara que le recordaba a Alan Reynolds, de Comunicaciones, pero que en realidad era una persona completamente distinta? ¿Los hombres de la camioneta, individuos que se movían con tal rapidez que debían ser jóvenes, eran nada más que un grupo de estudiantes universitarios que regresaban de una excursión campestre, o una salida nocturna en París? Depositó la pistola sobre la mesita que estaba al lado del sillón y se extendió, la cabeza inclinada hacia atrás, bostezando. Santo cielo, necesitaba dormir.

Y entonces, como una enorme combinación de sonido y luz, una figura irrumpió a través de la ventana, destrozando el vidrio y la madera cayendo de pie y soltando una cuerda. Karin se apartó de su sillón, e instintivamente retrocedió, la mano vendada tanteándolo todo buscando algo. Y de pronto llegó otra silueta, un intruso temerario, que se deslizó sobre su cuerda hasta que aterrizó junto a la cama.

-¿Quiénes son ustedes? –gritó de Vries en alemán, tratando de ordenar sus pensamientos, y recordando que había dejado su arma sobre la mesita–. ¿Qué quieren aquí?

-Usted habla alemán –dijo el primer invasor–, ¡por lo tanto sabe lo que queremos! ¿Acaso tiene otros motivos para hablar nuestro idioma?

-Es muy parecido al mío, y pocos comprenden mi lengua nativa, el valón. –Karin describió un círculo, aproximándose a la mesa.

-¿Donde está él, señora de Vries –preguntó el segundo hombre, que estaba junto a la cama en actitud amenazadora–. Usted no saldrá de aquí, nuestros camaradas se lo impedirán; ahora están llegando. Sólo necesitaban nuestra señal, y esa ventana la suministró.

-¡No sé de qué están hablando! Puesto que ustedes saben quién soy, ¿no los impresiona que tenga una relación amorosa con el dueño de este piso?

-La cama está vacía, y no ha sido usada...

-Tuvimos una disputa de amantes. Bebió demasiado y reñimos. –El arma estaba casi al alcance de la mano de Karin, y ninguno de los nazis se había molestado en desenfundar su pistola. –¿Nunca tuvieron discusiones así con sus mujeres? ¡Si ésa es la situación, ustedes son verdaderos miños! –Se abalanzo sobre la pistola, la levantó y disparó contra el primer neo mientras el segundo llevaba la mano a la cartuchera. –¡Alto, o es hombre muerto! –dijo de Vries.

Mientras hablaba, la puerta de lámina de acero del dormitorio se abrió bruscamente, golpeando contra la pared.

Librodot

-¡Dios mío! –rugio Witkowski, mientras encendía la luz. Ella atrapó vivo a uno de los neos.

-Creí que se necesitaba un camión o un ariete para entrar aquí –dijo Karin, visiblemente conmovida.

-No si uno tiene nietos que lo vienen a visitar en París; los niños pueden llegar a mostrarse muy juguetones. Hay un botón disimulado en el marco.

El coronel llegó hasta allí. De pronto se oyó una sirena aguda, tan estrepitosa que en pocos segundos se encendieron las luces en los edificios vecinos.

-¡Vienen a impedir que ustedes huyan! –exclamó de Vries.

-Vamos a darles la bienvenida jovencita –dijo Witkowski. Él y Latham atravesaron a la carrera la sala, en dirección a la puerta principal. El coronel la abrió, y él y Drew se ocultaron detrás de la propia puerta. Dos hombres se abalanzaron hacia el interior, con sus armas automáticas puestas en posición de fuego rápido, y acribillaron a balazos todo lo que se les cruzó en el camino. El coronel y Drew apuntaron, y dispararon tres tiros cada uno, alcanzando los brazos y las manos de los asesinos. Los intrusos cayeron al suelo, retorciéndose y gimiendo. –¡Cúbranlos! –gritó Witkowski, que entró a la carrera en la cocina. Unos segundos después la sirena cesó, y se apagaron las luces del corredor. El coronel regresó, impartiendo de prisa sus órdenes mientras el ruido de pasos, cada vez más débil, se escuchaba cuando descendía hacia los pisos inferiores. –Maniaten a estos hijos de perra, y enciérrenlos en el cuarto de baño, con el prisionero que está en mi dormitorio, y pondremos en manos de los gendarmes el cuerpo de ese canalla a quien Karin envió al otro mundo.

-Stan, la policía querrá saber lo que sucedió.

-Hasta mañana... hasta esta mañana... tendrán que resolver su propio problema. Yo solamente quiero manipular algunos hilos diplomáticos y embarcar a esta basura en uno de nuestros aviones supersónicos que se dirigen a Washington. Con información únicamente para Sorenson.

De pronto llegó un grito desde el dormitorio; era Karin. Drew se abalanzó a través de la puerta y la abrió, el arma al costado del cuerpo, mirando la figura inmóvil de ojos agrandados, caída sobre la cama.

-¿Qué sucedió?

-No estoy segura. Se llevó la mano al cuello y la mordió. Unos segundos después se desplomó.

-Cianuro. –Latham buscó el pulso en el cuello del jóven neo.

-Deutschand über Alles –dijo en voz baja–. Me preguntó si los padres de este muchacho se sentirán orgullosos. Por Dios, supongo que no.

Librodot

16

Con las manos y los antebrazos vendados, los cuellos de las camisas arrancados, Cero Cinco, París, estaba sentado con París Dos en el reducido espacio del jet que volaba a través del Atlántico en dirección a Washington. Cinco pensó que era improbable que los ejecutasen; los norteamericanos exhibían cierta blandura en esa esfera, sobre todo si un prisionero parecía irracional y fingía arrepentimiento. Tocó con el codo al erudito Cero Dos, que estaba dormitando.

-Despierte –dijo en alemán.

-¿Was ist?

-¿Qué haremos al llegar allí? ¿Tiene alguna idea?

-Algunas –replicó Dos, bostezando.

-Explíquese.

-Los norteamericanos por naturaleza son propensos a la violencia, aunque sus jefes pontifican lo contrario. También está arraigada en ellos la inclinación a buscar conspiraciones, por remotas que puedan parecer.

Nuestros líderes tienen sus amantes, ¿y eso a quién le importa? Los líderes norteamericanos gozan con las prostitutas, y de pronto aparecen enredados con los grandes señores del delito. ¿Esos hombres realmente necesitan que algunos criminales les suministren mujeres? Es ridículo, pero los norteamericanos lo aceptan. Su hipócrito puritanismo rechaza el derecho natural. Una vida monógama sencillamente no corresponde a la naturaleza del macho.

-¿Qué demonios está diciendo? Eso no responde a mi pregunta.

-Ciertamente, responde. Cuando lleguemos allí tendremos en cuenta tanto su hipocresía como su necesidad de descubrir conspiraciones.

-¿Cómo?

-Creen, o seguramente deben creer a esta altura de las cosas, que somos una sección selecta de la Hermandad, y en cierto sentido eso es cierto, aunque no tal como ellos lo creen. Lo que debemos hacer es fingir que realmente somos importantes. Que tenemos vínculos con los fanáticos de Bonn, para quienes somos los auténticos miembros de las tropas de asalto, los hombres de Bonn que confían en nosotros porque nos necesitan.

-Pero no es cierto que confíen en nosotros. No tenemos nombres, solo códigos que varían dos veces por semana. Los norteamericanos nos administrarán drogas y se enterarán de todo.

-En los tiempos que corren los sueros de la verdad no son más confiables que la hipnosis en los círculos cultos; generalmente, uno puede ser programado para resistir. La inteligencia norteamericana lo sabe.

-Nosotros no hemos sido programados.

-¿Por qué deberíamos habernos preparado de ese modo? Como usted dice, no tenemos nombres, sólo códigos que nos autorizan a cumplir nuestras órdenes. Si nos someten a la acción de los productos químicos y nosotros revelamos esos códigos inútiles, lo único que conseguirán es sentirse aún más impresionados que antes.

Librodot

-De todos modos, usted aún no me ha contestado. Me agradaba mucho más cuando no hablaba tanto y era menos erudito. ¿Cómo enfrentamos a los norteamericanos?

-En primer lugar, reconocemos nuestra importancia, nuestros vínculos estrechos en el liderazgo tanto en Europa como en Estados Unidos. Después, aunque con renuncia, reconocemos también que hay un grado relativo de hipocresía en nuestros actos. Nuestras formas de vida son extravagantes –residencias disimuladas y caras, fondos ilimitados, las mujeres más voluptuosas cuando las deseamos, las fantasías de todos los jóvenes son nuestra realidad, y la causa que posibilita todo esto es la razón por la cual trabajamos, y no necesariamente una causa por la cual estaríamos dispuestos a morir.

-Muy bien, Dos, muy convincente.

-Ésa es la base. A partir de ese punto apelamos al apetito de conspiración que ellos padecen. Subrayamos de nuevo nuestra importancia, nuestra influencia, el hecho de que se nos consulta constantemente y debemos estar en contacto con nuestras contrapartes de todo el mundo en estos tiempos, que son el momento de los viajes supersónicos.

-Por supuesto, sobre todo en Estados Unidos –dijo Cero Cinco, París.

-Por supuesto. Y la información que tenemos –nombres específicos, y a falta de nombres cargos en el gobierno y la industria civil– en verdad es impresionante. Hombres y mujeres de quienes ellos ni siquiera pueden imaginar absolutamente nada, simpatizan con la Fraternidad del Reloj.

-Es lo que está haciéndose ahora.

-Elevaremos el proceso a mayor altura. Después de todo, nadie lo sabe por declaraciones obtenidas "de la boca del caballo", como dicen los propios norteamericanos. Si nuestras computadoras están en lo cierto, y espero que así sea, somos los primeros miembros de la nueva minoría selecta nazi a quienes se apresa vivos. Bien podemos exigir que se nos otorguen privilegios especiales, en el supuesto de que nos mostremos vacilantes. A decir verdad, miro con cierta expectativa la cercanía de los próximos días.

Ceros Cuatro y Siete, los individuos que escaparon casi histéricos de la rue Diane, irrumpieron en el cuartel general de la Blitzkrieg del depósito de Avignon, tratando de controlar más o menos sus sentimientos... aunque ninguno tuvo mucho éxito en el intento. Los dos camaradas restantes estaban en la sala de conferencias, uno sentado frente a la mesa, el otro sirviendo café.

-¡Estamos acabados! –exclamó el impulsivo Cero Cuatro de París, arrojándose sin aliento en un sillón. –¡Se desató el infierno!

-¿Qué sucedió? –El neo que estaba sirviendo café soltó la taza.

-No tuvimos la culpa. –Cero Siete de París, que estaba de pie, permaneció en el mismo lugar, y habló en voz alta, con una actitud defensiva. –Fue una trampa, y Cinco y Dos se dejaron dominar por el pánico. Corrieron hacia el interior del apartamento con las armas en posición de fuego rápido...

-Después, escuchamos los estampidos de otras armas, y oímos que los dos caían –intervino Cero Cuatro, los ojos desorbitados.

-Probablemente están muertos.

Librodot

-¿Qué me dicen de los otros, los dos que descendieron por el edificio hasta la ventana?

-¡Lo ignoramos; era imposible que supiéramos a qué atenernos!

-¿Qué hacemos ahora? –preguntó Siete–. ¿Hay noticias de Cero Uno? –Nada.

-Uno de nosotros debe reemplazarlo y comunicarse con Bonn -dijo el neo que estaba sirviendo el café.

Los tres restantes menearon enfáticamente la cabeza.

-Nos ejecutarán –dijo tranquilamente Cuatro, en un tono objetivo.

-Los líderes exigirán, y por mi parte diré que no estoy dispuesto a morir por los errores ajenos, o por el pánico que otros sintieron. Si fuera responsable, de buena gana tomaría la pastilla de cianuro; ¡pero no lo soy, y nosotros tampoco lo somos!

-Pero, ¿qué podemos hacer? –repitió Siete.

Cuatro, con el cuerpo muy erguido, se paseó en actitud reflexiva alrededor de la mesa, deteniéndose frente al hombre que manipulaba la máquina de café. –Usted administra nuestras cuentas, ¿verdad?

-Así es.

-¿Cuánto dinero tenemos?

-Varios millones de francos.

-¿Puede conseguir más con cierta rapidez?

-No se discuten nuestros pedidos de fondos. Formulamos un llamado telefónico, y nos envían un giro telegráfico. Justificamos después la asignación, y por supuesto sabemos cuáles son las consecuencias si el pedido encubre una falsedad.

-Las mismas consecuencias que afrontamos ahora, ¿verdad?

-En esencia, sí. La muerte.

-Haga su llamado, y pida el máximo posible. Tal vez convenga que de a entender la posibilidad de que atrapemos al presidente de Francia o al presidente de la cámara de Diputados.

-Eso exigiría el máximo. La transferencia será inmediata, pero los fondos no estarán disponibles antes de la apertura del Banco de Argelia... Ahora son más de las cuatro; el banco abre a las nueve.

-Menos de cinco horas –dijo Cero Siete, mirando fijamente a Cuatro. –¿En qué está pensando?

-En algo muy evidente. Si continuamos aquí, todos afrontamos la ejecución... Lo que les diré quizás les revuelva el estómago, pero afirmo que vivos y no muertos podemos servir mejor a nuestra causa. Sobre todo cuando nuestra muerte es el resultado de la incompetencia de otros; todavía podemos ofrecer mucho... Tengo un tío anciano en las afueras de Buenos Aires, a orillas del Río de la Plata. Fue uno de los muchos que huyó del Tercer Reich cuando el enemigo estaba destruyéndolo; pero en la familia todavía creen que Alemania es sagrada. Tenemos pasaportes; podemos volar allí y la familia nos ofrecerá refugio.

-Eso es mejor que la ejecución –dijo Siete.

Librodot

-Una ejecución injustificada –afirmó solemnemente uno de los miembros del grupo de la Blitzkrieg.

-Pero, ¿podremos mantenernos a salvo durante cinco horas? –preguntó el gerente que administraba la contabilidad del grupo de asesinos.

-Podemos, si arrancamos los teléfonos y nos vamos –replicó Cuatro. Llevaremos lo que necesitamos, quemamos lo que haya que destruir, y salimos de aquí. Nos espera un día y una noche muy largas. ¡De prisa! Destruyan los archivos y los restantes documentos, métanlos en los cubos metálicos, y quémenlos.

-Espero que llegue Cuanto antes ese momento –dijo más aliviado Cero Siete.

Los fanáticos del grupo habían encontrado una cómoda fórmula de escape en el pacto de muerte, y cuando comenzaron a quemarse los papeles del primer cubo, el contador abrió una ventana para permitir la salida del humo.

Knox Talbot, director de la CIA, abrió la puerta principal para permitir la entrada de Wesley Sorenson. Era el final del día, y el sol de Virginia descendía sobre los campos de la propiedad de Talbot.

-Bienvenido a nuestra humilde vivienda, Wes.

-Al demonio con la humildad –dijo el jefe de Operaciones Consulares, mientras entraba en la habitación. –¿Usted es dueño de la mitad de la propiedad?

-Solo de una parte minúscula. Dejo el resto en manos de los blancos.

-Realmente, es un lugar muy hermoso, Knox.

-No lo dudo –convino Talbot, mientras atravesaba una sala de estar amueblada con lujo considerable, y llegaba a un enorme porche de paredes de vidrio. –Si lo desea, y dispone de tiempo, le mostraré el galpón y los establos. Tengo tres hijas que se enamoraron de los caballos, hasta que descubrieron a los muchachos.

-Que me cuelguen –exclamó Sorenson, mientras se sentaba. –Tengo dos hijas que hicieron lo mismo.

-¿Usted quedó abandonado cuando encontraron marido?

-Bien, regresan de tanto en tanto.

-Pero le dejaron los caballos.

-Así es, amigo mío. Felizmente, mi esposa los adora.

-La mía no. Como ella dice a menudo, su infancia y su adolescencia en la calle 145 de Harlem no la preparó mucho para ocuparse de una propiedad dotada de establos. Permite que los conserve porque gracias a los caballos mis hijas regresan, a menudo con excesiva frecuencia... ¿Desea una copa?

-No, gracias. Mi cardiólogo permite tres tragos diarios, y ya bebí cuatro. Después, volveré a casa, y alcanzaré un total de seis en compañía de mi esposa.

-Entonces, vamos al asunto. –Talbot se inclinó sobre un revistero de mimbre, y extrajo una carpeta de tapas negras. –Primero, las computadoras AA –dijo–. No encontré nada, absolutamente nada que nos pueda servir de base. No estoy cuestionando el valor de lo que dijo Harry Latham, ni su

fuente, pero si eso es cierto, está tan enterrado que se necesitaría un arqueólogo para sacarlo a luz.

-Sin embargo, Knox, están en lo cierto.

-No lo dudo, de modo que mientras continúo profundizando, reemplacé a toda la unidad, como expresión de una nueva política de rotaciones. Expliqué que estaba abriendo paso a nuevas camadas de personal superior.

-¿Cómo reaccionaron?

-No muy bien, pero sin que hubiese objeciones perceptibles, y por supuesto esto último era lo que yo estaba buscando. Naturalmente, el primer equipo está siendo sometido a un examen microscópico.

-Comprendo –dijo Sorenson–. ¿Qué sabe de este Kroeger, Gerhardt Kroeger?

-Mucho más interesante. –Talbot volvió varias páginas del contenido de la carpeta. –En primer lugar, parece que fue una especie de genio en el campo de la cirugía del cerebro, no sólo por su capacidad para eliminar tumores delicados, sino para eliminar las "presiones subcutáneas", lo cual permitió que algunos enfermos mentales recuperasen la salud.

-¿Por qué usa el pasado? –preguntó Wesley Sorenson–. ¿Qué significa eso?

-Desapareció. Renunció a su cargo como jefe asociado de cirugía del cráneo en el Hospital de Nuremberg, a la edad de cuarenta y tres años. Afirmó que estaba agotado, y que no se encontraba en condiciones psicológicas de continuar operando. Contrajo matrimonio con una hábil enfermera especializada en cirugía, una mujer llamada Greta Frisch, y lo último que se supo de él –en realidad, la última pista– fue que ambos emigraron a Suecia.

-¿Y qué dicen las autoridades suecas?

-Eso es lo más interesante del caso. Entraron en Suecia, por Göteborg, hace cuatro años, ostensiblemente en el curso de un viaje de placer. Los registros del hotel muestran que él y su esposa pasaron dos días en el establecimiento y se fueron. Allí termina el rastro.

-Ha regresado –dijo el director de Operaciones Consulares. –Supongo que en realidad nunca se alejó. Encontró otra causa mucho más interesante que devolver la salud a la gente.

-¿Y cuál podría ser, Wes?

-No lo sé. Tal vez conseguir que enferme la gente sana. Sencillamente, no lo sé.

Drew Latham abrió los ojos, irritado por los sonidos que venían de la calle, ahora más intensos a causa de la ventana abierta en el dormitorio. Witkowski, acompañado por algunos infantes de marina, había llevado al aeropuerto a los nazis capturados, y había sido necesario que alguien permaneciese en la habitación del coronel. Una ventana abierta era una tentación demasiado intensa. Drew se acercó lentamente al lado opuesto de la cama y se puso de pie, evitando cautelosamente los fragmentos de vidrio. Se apoderó de los pantalones y la camisa depositados sobre una silla, se los puso y caminó hacia la puerta. La abrió, y vio que Witkowski y de Vries estaban en la sala, frente a una mesa, bebiendo café.

Librodot

-¿Cuánto tiempo hace que están aquí? –preguntó a los dos, aunque en realidad la respuesta no le interesaba mucho.

-Querido, lo dejamos dormir.

-Otra vez la palabra "querido". En realidad, creo que usted no utiliza muy sinceramente ese término.

-Es una expresión, Drew –dijo Karin–. Usted se comportó maravillosamente anoche... esta madrugada.

-Naturalmente, el coronel fue más eficaz.

-Naturalmente, jovencito, pero usted hizo lo suyo. Es un hombre sereno en presencia del enemigo.

-¿Me creerá, señor Superhombre, si le digo que ya lo hice antes? Aunque eso no significa que mi actitud me enorgullezca; es simplemente una cuestión de supervivencia.

-Venga –dijo de Vries poniéndose de pie–. Le serviré un poco de café. Aquí, siéntese –continuó, mientras se dirigía a la cocina. –Ocupe la tercera silla.

-Quisiera saber si en otras circunstancias me cedería el asiento –dijo Latham, mientras se acercaba con pasos vacilantes–. Y bien, ¿qué sucedió, Stosh? –preguntó al tiempo que se sentaba.

-Todo lo que deseábamos, jóven. A las cinco de la mañana deposité a esos canallas en un jet destinado a Washington, y el único que lo sabrá es Sorenson.

-¿Por qué dice "que lo sabrá"? ¿Todavía no habló con Wes?

-Hablé con su esposa. La conocí hace tiempo, y nadie podría saber qué significa nuestra jerga medio norteamericana y medio británica. Le dije que informase al director que un paquete debía llegar a Andrews a las cuatro y diez de la mañana, hora de Washington, bajo el nombre cifrado de Peter Pan Dos. Dijo que le informaría apenas se comunicase.

-Eso es demasiado flexible, Stanley. Debió haber solicitado la reconfirmación.

Llamó el teléfono del apartamento. El coronel se puso de pie y atravesó de prisa la habitación; atendió la llamada.

-¿Sí? –Escuchó seis segundos y después cortó. –Era Sorenson –dijo–. Tienen un pelotón de infantes de marina en tierra y apostados en los techos. ¿Algo más, señor Espía?

-Sí –replicó Latham–. ¿Nos ocuparemos del zapatero y el parque de diversiones?

-Me parece que no –contestó Karin, mientras entregaba el café a Drew y volvía a sentarse. –Hay dos neos muertos, y dos que están viajando a Estados Unidos. Otros huyeron, según mi cálculo también son dos.

-En total, seis –dijo Drew–. No es un pelotón –agregó, mirando a Witkowski.

-Ni siquiera la mitad de una patrulla. ¿Cuántos más hay allí?

-Tratemos de averiguarlo. Yo me ocuparé del parque de diversiones...

-Drew –exclamó de Vries, interrumpiéndolo con voz áspera.

-Usted no se ocupará de nada –agregó el coronel–. Jovencito, usted tiene la memoria muy corta. Quieren atraparlo... o mejor sería decir quieren apoderarse de Harry... y depositarlo sobre una loza afectado por el rigor mortis. ¿Lo recuerda?

-¿Y qué debo hacer? ¿Abrir una puerta trampa y ocultarme en el sistema de cloacas de la ciudad?

-No, Se quedará aquí. Enviaré a dos infantes de marina que protejan la escalera y un hombre del equipo de mantenimientos que repare la ventana.

-¿Se opone a que yo haga algo provechoso?

-Es claro que no. Pero ésta será nuestra base provisional, y usted mantendrá el contacto.

-¿Con quién?

-Con las personas que yo le indique. Yo lo llamaré al menos una vez por hora.

-¿Y yo? –preguntó Karin con expresión aprensiva. –Puedo ser útil en la embajada.

-Así lo creo, y más concretamente en mi despacho, con una guardia en la puerta. Sorenson sabe quién es usted, y sin duda también lo sabe Knox Talbot. Si cualquiera de ellos se comunica utilizando el teléfono seguro, reciba los mensajes, incorpórelos a la máquina de mi apartamento, y yo lo sabré de ese modo. Ahora, necesito imaginar el modo de enviarla a mi oficina, en el caso de que existan fuerzas hostiles en la calle.

-Quizás pueda ayudarle a resolver ese problema. –De Vries alargó la mano hacia su bolso, que estaba junto a la silla, se puso de pie y se dirigió al dormitorio. –Requerirá sólo un momento o dos, pero es necesario ejecutar algunas maniobras.

-¿Qué está haciendo? –preguntó Witkowski cuando Karin pasó por la puerta.

-Creo que lo sé, pero permitiré que ella lo sorprenda. Quizás así la ascienda al rango de ayudante.

-Yo podría hacer cosas peores. Freddie me enseñó una serie de trucos.

-Los mismos que usted le enseñó Freddie.

-Solo la escalera de incendios; el resto lo imaginó solo, y generalmente se nos adelantaba... a todos, excepto quizás a Harry.

-¿Qué sucede cuando ella abandona la embajada, Stanley?

-No lo hará. Hay una serie de habitaciones destinadas al personal. Yo expulsaré de allí a alguien por unos días, y ella puede ocupar el lugar.

-Por supuesto, con un guardia.

El coronel miró a Latham, una expresión serena en los ojos.

-Le preocupa, ¿verdad?

-Me preocupa –replicó sencillamente Drew.

-Normalmente, no aprobaría eso; pero en este caso atenuaré mis objeciones.

-No dije que eso nos llevará a ninguna parte.

-No, pero si lo hace, usted me sacará bastante ventaja. Y ella está en la misma profesión.

-No lo entiendo.

-Uno no tiene nietos porque un administrador lo ordena. Estuve casado trece años con una mujer excelente, una mujer espléndida que finalmente reconoció que no podía aceptar lo que yo hacía para ganarme la vida, así como todas las complicaciones que eso acarreaba. Por una vez en mi vida rogué, pero fue inútil... ella adivinó lo que había detrás de todos esos ruegos. Yo estaba excesivamente acostumbrado a lo que hacía, demasiado concentrado en mi tarea cotidiana. De todos modos, ella se mostró muy generosa... yo gozaba de amplios derechos de visita para ver a los niños. Pero por supuesto, yo no disponía de mucho tiempo para acercarme a ellos.

-Disculpe, Stanley, no tenía idea de lo que acaba de decirme.

-No es la clase de cosas que uno exhibe públicamente, ¿verdad?

-Supongo que no, pero es evidente que usted se lleva bien con sus hijos... me refiero a las visitas a los nietos, y todo eso.

-Demonios, sí, tienen buena opinión de mí. La madre de los chicos volvió a casarse, y lo hizo muy bien, ¿y qué demonios puedo hacer con el dinero que gano? Tengo más privilegios que los que puedo asimilar, de modo que cuando vienen a París... bien, usted ya se imagina como son las cosas.

Interrumpió la conversación la presencia de la figura en la puerta del dormitorio: una mujer muy rubia de anteojos oscuros, la falda por encima de la rodilla, la blusa desabotonada hasta la mitad del pecho. La mujer desplazó el peso de una pierna a la otra, en una actitud de fingida sensualidad.

-¿Qué dicen los muchachos que están en la habitación del fondo? –preguntó con voz grave, imitando la modulación un tanto indecente del clisé cinematográfico.

-¡Asombroso! –exclamó Witkowski.

-Y un poco más –dijo por lo bajo Drew, agregando un discreto silbido.

-¿Le parece que esto servirá, coronel?

-Seguramente, excepto que tendré que seleccionar a los guardias, y quizás encontrar alguno que sea homosexual.

-No se preocupe, estimado Brujo –dijo Latham–. Bajo la apariencia cálida, hay una voluntad de hielo.

-Por cierto, no puedo engañarlo, monsieur –dijo riendo Karin, que soltó la falda, se abotonó la blusa y comenzó a caminar hacia la mesa, en el instante mismo en que llamó el teléfono.

-¿Atiendo la llamada? –preguntó Karin. –Puedo decir que soy la doncella... usando el francés adecuado, por supuesto.

-Con mucho gusto –contestó Witkowski–. Hoy es la mañana en que vienen a retirar la ropa; en general el encargado llama a esta hora. Dígale que suba, y pulse el botón Seis del teléfono, para abrir la puerta del vestíbulo.

-¿Allo? C'est la résidence du grand colonel. –De Vries escuchó un momento o dos, apoyó la mano sobre el teléfono y miró al jefe de seguridad

de la embajada. –Es el embajador Courtland. Dice que debe hablarle de inmediato.

Witkowski se puso rápidamente de pie y cruzó la habitación. Recibió el teléfono de manos de Karin.

-Buenos días, señor embajador.

-¡Escúcheme, coronel! No sé qué sucedió en su apartamento anoche, o en el aerodromo anexo al aeropuerto de Orly... y no sé muy bien si quiero saberlo... pero si tiene planes para esta mañana, suspéndalos, ¡y esto es una orden!

-Señor, ¿eso significa que la policía se comunicó con usted?

-Por cierto. Y lo que es más importante, me habló el embajador alemán, que está cooperando de lleno con nosotros. Kretiz recibió hace varias horas un informe de la sección alemana del Quai d'Orsay, y le dijeron que había un incendio en una serie de oficinas de los Depósitos Avignon. Entre los restos había recuerdos del Tercer Reich, así como millares de páginas quemadas, los textos irreconocibles, y destruidas después de ser arrojadas a los cubos de residuos.

-¿Los papeles provocaron un incendio en toda la casa?

-Parece que dejaron abierta una ventana, y la brisa propagó el fuego, activando las alarmas contra incendios y los rociadores. ¡Vaya inmediatamente!

-¿Dónde está el depósito, señor?

-¿Cómo demonios quiere que lo sepa? ¡Usted habla francés, pregúnteselo a alguien!

-Consultaré la guía telefónica. Otra cosa, señor embajador, preferiría no ir en mi propio automóvil, ni en un taxi. ¿Puede tener la bondad de pedir... de ordenar a su secretaria que pida... un vehículo de la Sección Transportes, con un equipo seguro que enviarán a mi departamento en la rue Diane. Conocen la dirección.

-¿Equipo seguro? ¿Qué demonios es eso?

-Un vehículo blindado, señor, con una escolta de infantes de marina.

-Por Dios, ¡ojalá estuviese en Suecia! Pida lo que quiera, coronel. ¡Y dése prisa!

-Pídale a la gente de Transportes que se apresure, señor. –Witkowski cortó la comunicación, no sin antes hacer un gesto de burla destinado al teléfono. Se volvió hacia Latham y Karin de Vries. –Todo cambió, al menos por el momento. Quizás la suerte nos sonría y encontremos la clave del tesoro. Karin, quédese donde está. Usted, jovencito, vaya a mi armario, y vea si puede encontrar un uniforme que le siente bien. Tenemos más o menos las mismas medidas, y uno de mis uniformes seguramente le servirá.

-¿Adonde vamos? –preguntó Drew.

-A un grupo de oficinas en un depósito, los neos lo incendiaron. Una brigada nazi de demolición no funcionó como era necesario. Algún estúpido abrió una ventana.

El cuartel general neonazi era un desastre; las paredes estaban calcinadas, las pocas cortinas completamente quemadas, y por si eso fuera poco el sistema de rociadores había empapado todo. En una oficina atestada

de equipos electrónicos computadorizados, sin duda usada por el jefe de la unidad, había un enorme gabinete de acero. Cuando lo abrieron, reveló un arsenal de armas, desde los rifles de alta potencia, con miras telescópicas agregadas, a las cajas de granadas de mano, lanzallamas miniaturizados, garrotes, armas de puño surtidas, y diferentes estiletes –algunos protegidos por bastones y paraguas. Todo coincidía con la descripción que había suministrado Drew Latham del grupo selecto de asesinos nazis de París. Éste era el cubil.

-Usen pinzas –ordenó el coronel Witkowski, hablando en francés y dirigiéndose a la policía, mientras mostraba las hojas de papel chamuscado sobre el piso. –Utilicen láminas de vidrio y protejan con ellas todo lo que no esté totalmente destruido. Uno nunca sabe lo que puede hallar.

-Todos los teléfonos han sido arrancados de las paredes, y destruidos los receptáculos –dijo un detective francés.

-Las líneas están intactas, ¿verdad?

-No. En poco rato más llegará un técnico de la compañía telefónica. Restablecerá las líneas, y podremos rastrear los llamados.

-Quizás los que se originaron aquí, pero no los que se recibieron. Si conozco a estos individuos, los llamados que hicieron desde aquí fueron imputados a una cuenta de una viejecita de Marsella, que recibe un giro y una bonificación una vez por mes.

-Como hacen los traficantes de drogas, ¿verdad?

-Sí.

-De todos modos, en algún sitio tiene que haber instrucciones, ¿no les parece ?

-Sin duda, pero no podrán rastrearlas. Provienen de un banco de Suiza o de Caymán, y corresponden a cuentas secretas acerca de las cuales no se suministra información. Así se hacen ahora estas cosas.

-Monsieur, yo realizo investigaciones internas, sobre todo en París y sus alrededores, no a escala internacional.

-Entonces consígame alguien que se ocupe de eso.

-Tendrá que apelar al Quai d'Orsay, al Service d'Etranger. Esas áreas están fuera de mi dominio.

-Los encontraré.

Latham ahora uniformado y Karin de Vries, con una peluca rubia, se acercaron caminando cautelosamente, y evitando pisar las páginas chamuscadas.

-¿Aclaró algo? –preguntó Drew.

-No mucho, pero no cabe duda de que aquí estaba el centro de operaciones, sean quienes fueren los protagonistas.

-¿No parece indudable que se trató de los hombres que nos atacaron anoche? –dijo Karin.

-Acepto eso, pero, ¿adónde fueron? –convino Witkowski.

-Monsieur l'Américain –gritó otro policía de civil, que se acercó rápidamente viniendo de una habitación contigua. –Mire lo que encontré.

Librodot

Estaba bajo el almohadón de un sillón. Es una carta... el comienzo de una carta.

-Veamos. –El coronel se adueñó del pedazo de papel. –"Meine Liebste –comenzó a leer Witkowski, entrecerrando los ojos–. Etwas Entsetzliches ist geschehen."

-Démelo –dijo de Vries, impaciente con las vacilaciones de Witkowski. Tradujo al inglés: –"Querida, lo que sucedió esta noche es impresionante. Debemos partir inmediatamente, no sea que nuestra causa se vea perjudicada y todos afrontemos la pena de muerte a causa de los fracasos de terceros. En Bonn nadie debe saberlo, pero viajaremos en avión a América del Sur, a algún lugar donde tengamos protección hasta que podamos regresar a luchar otra vez. De veras, te adoro... Debo terminar después, alguien viene por el corredor. Enviaré esto por vía aérea..." Aquí termina la carta.

-¡El aeropuerto! –exclamó Latham. –¿Cuáles son las líneas aéreas que vuelan a América del Sur? ¡Podemos frustrar ese viaje!

-Olvídelo –dijo el coronel–. Son las diez y cuarto de la mañana, y hay por lo menos dos docenas de líneas aéreas que parten entre las siete y las diez, y terminan en una cualquiera de las veinte o treinta ciudades de América del Sur. No podemos controlar todos esos vuelos. Sin embargo, aquí hay un dato concreto. Nuestros asesinos decidieron salir a toda prisa de París, y sus superiores de Bonn no tienen la más mínima idea de lo que hicieron. Hasta que otros ocupen su lugar, dispondremos de cierta pausa.

Gerhardt Kroeger, cirujano y transformador de mentes, estaba a un paso de perder la suya propia. Había llamado a los Depósitos Avignon una docena de veces durante las últimas seis horas, utilizando los códigos adecuados, y la única respuesta que había obtenido de un operador era que todas las líneas que conectaban con la oficina estaban "momentáneamente fuera de servicio. Nuestras computadoras demuestran que se desconectaron manualmente los teléfonos". Por mucho que él protestase, era imposible modificar la situación; eso parecía muy evidente. El grupo de la Blitzkrieg había cerrado sus puertas. ¿Por qué? ¿Qué había sucedido? Cero Cinco, de París se había mostrado tan seguro. Las fotografías de la ejecución le llegarían por la mañana. ¿Dónde estaban? ¿Dónde estaba Cinco París?

No había alternativa. Necesitaba comunicarse con Hans Traupman, en Nureimberg. ¡Alguien debía tener una explicación!

-Es absurdo que usted me llame aquí –dijo Traupman. –No tengo los elementos telefónicos apropiados.

-No tuve alternativa. Usted no puede hacerme esto, Bonn no puede hacerme esto! Me ordenaron encontrar a mi propia creación cualquiera fuese el costo, incluso hasta el extremo de utilizar las cualidades supuestamente incomparables de nuestros colaboradores de París...

-¿Qué más puede pedir? –interpuso con arrogancia el médico que estaba en Nuremberg.

-¡Algo, lo que fuere, que tenga sentido! Me trataron en forma abominable, me formularon una promesa tras otra y no me ofrecieron el más mínimo resultado. ¡Y ahora, en este mismo momento, ni siquiera es posible comunicarse con nuestros asociados!

-Tienen sistemas especiales, como corresponde a los asesores confidenciales.

-Los utilicé. El operador dijo que sus computadoras muestran que los teléfonos de esas oficinas fueron desconectados, y que lo hicieron manualmente. Hans, ¿qué más necesitamos? Los... nuestros colaboradores nos han aislado, ¡nos han separado por completo! ¿Donde están?

Pasaron varios segundos antes de que Traupman hablase.

-Si lo que usted dice es exacto –observó con voz pausada–, es muy inquietante. Supongo que usted se encuentra en el hotel.

-Asi es.

-Continue allí. Iré a mi casa, me comunicaré con otras personas, y lo llamaré. Eso puede llevarme más de una hora.

-No importa. Pero llámeme.

Pasaron casi dos horas antes de que sonara el teléfono del Luteria.

-¿Sí? –preguntó Kroeger, después de abalanzarse sobre el aparato.

-Ha sucedido algo muy extraño. Lo que usted me dice es cierto... más que cierto, es catastrófico. El único hombre de París que sabe donde se encontraban nuestros colaboradores se acercó al lugar y encontró que estaba atestado de policías.

-¡Entonces han desaparecido!

-Algo peor. A las cuatro y treinta y siete de esta madrugada el "contador" de ese grupo se comunicó con nuestro departamento de finanzas, y con un pretexto plausible aunque inquietante, una historia en la cual participan mujeres y jovencitos y drogas y altos funcionarios franceses, solicitó una enorme suma de dinero... la que después se vería justificada con las correspondientes explicaciones.

-Pero no hay un después, ninguna verificación.

-Sin duda. Son cobardes y traidores. Los perseguiremos hasta el fin de la tierra.

-Esa persecución no me ayuda. Mi creación alcanzó el período crítico. ¿Qué hago? ¡Debo hallarlo!

-Hemos conversado de eso. No es el curso de acción más favorable, pero creemos que es el único que puede aplicarse. Comuníquese con Moreau, del Deuixième Bureau, él sabe todo lo que sucede en los círculos de la inteligencia francesa.

-¿Cómo lo veo?

-¿Conoce su aspecto físico?

-Sí, he visto fotografías.

-Debe hacerse con mucha prudencia, sin llamados telefónicos ni mensajes, un sencillo encuentro en la calle, o en un café, un lugar donde nadie sospeche que se trata de una cita. Diga algo breve, a lo sumo una oración o dos, de modo tal que sólo él pueda escucharlo. Lo importante es que usted use la palabra "fraternidad".

-¿Y entonces?

-Quizás él lo rechace, pero incluso en ese caso le dirá dónde podrá verlo. Será un lugar común y corriente, probablemente atestado de público, y a una hora tardía.

-Usted me dijo antes que sospechaba de él.

-Hemos tenido en cuenta eso, pero contamos con un contraataque si no es el simpatizante que afirma ser. Hasta la fecha, hemos pagado más de veinte millones de francos, depositados en su cuenta suiza, aportes comprobados con declaraciones por escrito. Resultaría destruido, y encarcelado durante años, si esos comprobantes llegaran por vía anónima al gobierno francés, sin hablar de la prensa. No puede negarlos. Úselos si es necesario.

-Me acercaré inmediatamente al Deuxième –dijo Kroeger–. Y quizás mañana a Harry Latham.

Librodot

17

En su oficina del Deuxieme Bureau, Claude Moreau estudió el mensaje desifrado remitido por su hombre en Bonn. El contenido formulaba juicios, no se limitaba a los hechos, y no era ,uy claro; pero en el había una sustancia que podía ser útil.

"En la sesión de ayer, el Bundestag abordó de lleno el problema del renacimiento nazi cada vez mas difundido en Alemania, la unión de sus diferentes partes, que confluyen en una serie de denuncias. Sin embargo, mis fuentes internas, varias de las cuales cenan a menudo con los líderes de la derecha y la izquierda, informan que en ambos sectores prevalece un cinismo cada vez mas acentuado. Los liberales no confían en las denuncias conservadoras, y un reducido número de conservadores parece burlarse abrumados, pues temen que el movimiento nazi les cierre el paso a algunos mercados extranjeros; pero se resisten a apoyar a la izquierda de inclinaciones socialistas, y no saben en que confiar en la derecha. Su dinero se derrama como una mancha de tinta cada vez mas ancha que cubre Bonn, pero es un movimiento sin una dirección segura."

Moreau se recostó en su sillón, y mentalmente extrajo del texto la frase que llamó su atención. No solo llamó su atención, sino que lo excitó. "Un pequeño círculo de conservadores parece burlarse de su propia oratoria" ¿Quienes eran concretamente esos hombres? ¿Como se llamaban? ¿Y por que el hombre de Bonn no los incluía en su nómina?

Alzó el teléfono de la consola, la línea que lo comunicaba con su secretaria.

-Quiero un llamado protegido por una mezcladora absoluta, sin posibilidad de interpretación.

-Activaré el procedimiento, señor, y usted se enterará por el zumbido que dura cinco segundos en la línea tres, como de costumbre –dijo la voz femenina que provenía de la oficina contigua.

-Gracias, Monique, y como mi esposa me espera a almorzar en L'Escargot dentro de pocos minutos, sin duda llamará cuando compruebe que yo no llegó. Por favor, dígale que estoy demorado, pero que estaré allí en pocos minutos más.

-Como usted diga, señor. Regine y yo somos buenas amigas.

-Ciertamente. Ambas conspiran contra mi. Por favor, deme la comunicación secreta.

El zumbido grave en la línea telefónica número tres apareció unos instantes mas tarde, y Moreau marcó el número de su hombre en Bonn.

-Hallo –dijo el hombre en Alemania.

-Ihr Mann in Frankreich.

-Adelante, hable – dijo el hombre de Bonn–. Aquí estoy tan cómodo, que he podido conectarme con la embajada de Arabia Saudita.

-¿Que?

-Utilizo las líneas de esa gente. Piense en el dinero que ahorro a Francia. Deberían darme una bonificación.

-Usted es un sinvergüenza.

-Pero, París, si no fuera así, ¿ustedes me pagarían?

-Leí el comunicado que nos envió. Omitió varias cosas.

-¿Por ejemplo?

-¿Quienes forman ese "pequeño círculo de conservadores que se burlan de su propia oratoria"? Usted no menciona nombres, ni siquiera un indicio de los sectores a los cuales están afiliados.

-Por supuesto. ¿Eso no es parte de nuestro acuerdo muy personal? ¿Usted desea realmente que todo el Deuxieme Bureau conozca esa información? Si así fuera, su banco en Suiza estaría mostrándose excesivamente generoso con este sinvergüenza.

-¡Basta! –Exclamó Moreau–. Haga lo que hace, y yo haré lo mío. Y ninguno necesita saber en que anda el otro. ¿Entendido?

-Imagino que sí. En fin, ¿que desea saber?

-¿Quienes son las personas que encabezan o están detrás del pequeño círculo que usted menciona?

-La mayoría son nada más que oportunistas con escasa capacidad, que desean aferrarse a lo que puede devolverlos a los viejos tiempos. Otros son adeptos que marchan al compás de antiguos tambores, porque no tienen música propia...

-¿Sus líderes? –preguntó secamente Moreau–. ¿Quienes son?

-Claude eso le costará.

-Le costará a usted si no me contesta la pregunta. Monetariamente y en otros sentidos.

-Le creo. Por desgracia, mi ausencia apenas será sentida. Usted es un hombre duro, Moreau.

-Y eminentemente justo –replicó el jefe del Deuxieme–. A usted se le paga bien, tanto en términos legales como en los ilegales, aunque lo primero es mucho más peligroso para usted. No necesito salir de esta oficina, y me bastaría impartir una sola orden:"Por favor, comuniquen la información selecta muy secreta a nuestros amigos en Bonn". Su exoneración probablemente ni siquiera llegaría a los diarios.

-¿Y si le suministro lo que usted pide?

-Entonces continuará una amistad hermosa y fecunda.

-Confío en que su observación no sea preludio de una ruptura.

-Por supuesto, no lo es. No soy tonto.

-En sus palabras hay cierta lógica. Por consiguiente, debe suministrarme esa información breve y limitada que se refiere a su pequeño círculo.

-Mis informantes me dicen que todos los martes por la noche se celebra una reunión en alguna casa a orillas del Rin, generalmente una casa amplia, una residencia. En todas hay embarcadero, y los que acuden llegan en barco, nunca en automóvil. –La estela de una nave es menos identificable que las huellas de los neumáticos –lo interrumpió Moreau–, o que los vehículos con chapas patente.

-Por consiguiente, esas reuniones son secretas, y se oculta la identidad de los asistentes.

–Sin embargo, las casas son conocidas, ¿verdad? ¿O ese hecho no llamó la atención de sus informantes?

–Estaba acercándome a eso. Por Dios, concédame cierto mérito.

–Soy un hombre impaciente. Por favor, los nombres de los propietarios.

–Claude, son un grupo heterogéneo. Tres son altivos aristócratas cuyas familias se repusieron a Hitler y pagaron por su actitud; tres, quizá cuatro individuos son parte del grupo de nuevos ricos que defienden sus activos de nuevas confiscaciones oficiales; y dos son religiosos, uno es un antiguo sacerdote católico, el otro un ministro luterano que al parecer toma en serio sus votos de humildad. Se dice que es el inquilino de la casa mas pequeña a orillas del río.

-¡Los nombres, maldito sea!

-Tengo solamente seis.

-¿Donde están los otros?

-Los tres desconocidos también alquilan, y los agentes de bienes raíces en Suiza no revelan su identidad. Es una práctica usual en los muy ricos, que quieren evitar el pago de impuestos por las ganancias excesivas.

-En ese caso, deme el nombre de los seis.

-Maximilian von Löwenstein, es el propietario del lugar más espacioso…

-Su padre, el general, fue ejecutado por la SS en el incidente de Wolfschanze, el intento de asesinato contra Hitler. ¿Quién más? –Albert Richter, otrora playboy, ahora convertido en un político serio.

-Continúa siendo un diletante, y tiene una propiedad en Mónaco. Su familia estaba dispuesta a cortarle los fondos, a menos que cambiase de actitud. Representa una comedia. ¿Quién más?

-Günter Jäger, el ministro luterano.

-No lo conozco, o por lo menos no recuerdo nada en este momento. ¿Después? –Monseñor Heinrich Paltz, el sacerdote.

–Un antiguo católico de derecha, que encubre sus prejuicios con frases santurronas. ¿Quién más?

–Friedrich von Schell, el tercero de los ricos a quienes hemos identificado. Su propiedad tiene más de…

–Es inteligente –lo interrumpió Moreau–, y se muestra duro frente a los sindicatos. Un prusiano del siglo XIX con trajes comprados en Armani. ¿Quien más?

–Ansel Schmidt, un hombre que no vacila en manifestar sus opiniones; ingeniero electrónico que ganó millones con exportaciones de elevada tecnología y que combate costantemente al gobierno.

–Un cerdo que pasó de una empresa a otra robando tecnología, hasta que tuvo todo lo que necesitaba y entonces formó sus propias compañías.

-Eso es lo que tengo, Claude; francamente, no vale gran cosa.

-¿Cuáles son las agencias suizas de bienes raíces?

-El contacto es una firma de bienes raíces que trabaja aquí, en Bonn. Uno envía un emisario con cien mil francos alemanes como prueba de seriedad, y ellos lo presentan a un banco de Zurich, acompañándolo con un

perfil del presunto locatario. Si devuelven el dinero, no hay acuerdo. Si no lo devuelven, alguien viaja a Zurich.

-¿Las facturas telefónicas y los gastos domésticos? Supongo que usted examinó ese material en el caso de los tres desconocidos.

–En cada caso se los envía a los gerentes personales, dos en Stuttgart y uno en Munich, todo cifrado, sin nombres.

–Ciertamente, el Bundestag tiene una lista de destinatarios.

–Las residencias privadas están muy vigiladas, como sucede con los gobiernos en todo el mundo. Podría intentar, pero sería peligroso si me sorprenden. Francamente, no puedo soportar el dolor, y ni siquiera la mención del mismo.

–En ese caso, ¿no tiene las direcciones en cuestión?

–Me temo que en eso le fracasé. Podría describir las casas desde cierta distancia, y desde el río, pero los números de las residencias han sido eliminados, los portones cerrados y hay patrullas con perros guardianes dentro y fuera de las casas. Por supuesto, no hay buzones para la correspondencia.

–Entonces, es uno de esos tres –dijo en voz baja Moreau.

–¿Quién es qué cosa? –preguntó el hombre de Bonn.

–El líder de "nuestro pequeño círculo"... Ordene a su gente que vigile los caminos de acceso a esas casas, y que identifique a los vehículos que entran y salen por los portones. Después compare los datos con los que provienen del Bundestag.

–Mi estimado Claude, quizá no me expresé claramente. Hay patrullas dentro y fuera de esas propiedades, y docenas de cámaras instaladas en los terrenos. Si pudiese contratar a esos hombres, lo que es improbable, y los sorprendieran, la pista llegaría hasta mí, y como ya mencioné, incluso la perspectiva del sufrimiento le parece detestable a su obediente servidor.

–A veces me pregunto como llegó al lugar en que ahora está.

–Viviendo bien, con las finanzas adecuadas para ganar el favor de los poderosos, pero lo que es más importante, evitando que me atrapasen. ¿Eso contesta a su interrogante?

–Dios lo ayude si alguna vez lo descubren.

–No, Claude, Dios lo ayude a usted.

–Yo no insistiría en eso.

–¿Mis honorarios?

–Cuando reciba los míos, usted tendrá los suyos.

–¿De qué lado está usted, mi viejo amigo?

–De ninguno y del lado de todos, pero sobre todo del mío propio. –Moreau cortó la comunicación y examinó las notas que había recogido. Dibujó círculos alrededor de tres nombres: Albert Richter, Friedrich von Schell y Ansel Schmidt. Uno era probablemente el líder a quien él buscaba, pero todos tenían la posibilidad de serlo, y los medios necesarios para organizar una base política. En todo caso, le aportaban la munición inmediata que él necesitaba. Vio que la línea azul del teléfono número tres

Librodot

estaba encendida. La mezcladora continuaba activada. Descolgó el receptor y marcó un número de Ginebra.

-L'Université de Genève –dijo el operador, a seiscientos cincuenta kilómetros de distancia.

-Por favor, el profesor André Benoit.

-¿Allo? –dijo la voz del más destacado erudito universitario de ciencias políticas.

-Su confidente de París. ¿Podemos hablar?

-Un momento. –El teléfono permaneció silencioso ocho segundos. –Ahora podemos –dijo el profesor Benoit, reanudando la conversación–. Sin duda usted llama por los problemas que tuvimos en París. Se lo digo ahora mismo. No sé nada. ¡Nadie sabe! ¿Puede aclararnos algo?

-Ni siquiera sé de qué me está hablando.

-¿Donde estuvo?

-En Montecarlo, con el actor y su esposa. Regresé esta mañana.

-En ese caso, ¿no se enteró de nada? –preguntó asombrado el hombre de Ginebra.

-¿Acerca de los ataques al norteamericano Latham y su asesinato ulterior en el restaurante de las afueras, sin duda un episodio promovido por la Unidad K, los psicópatas organizados aquí en la ciudad? Fue una iniciativa estúpida.

-¡No! Cero Uno, de París, ha desaparecido, y temprano esta mañana la policía mencionó un ataque a la rue Diane...

-¿En el apartamento de Witkowski? –lo interrumpió Moreau–. No leí la información.

-Ellos tampoco tienen lo que yo sé. Toda la Unidad K desapareció.

-Nunca supe dónde se encontraban instalados...

-Ninguno lo sabía, ¡pero desaparecieron!

-No sé qué decirle.

-¡No diga nada, asuma el control de las cosas y descubra lo que sucedió! –reclamó Ginebra.

-Me temo que tengo otras malas noticias para usted y para Bonn –dijo el jefe del Deuxième.

-¿Cuáles pueden ser?

-¿Mis agentes en Alemania me comunicaron algunos nombres. Personas que se reúnen todos los martes por la noche en casas que se levantan a orillas del Rin.

-¡Dios mío! ¿Cuáles son los nombres?

Claude Moreau los suministró, deletreando lentamente cada uno.

-Dígales que se muestren muy, pero muy cuidadosos –dijo–. Todos están sometidos al examen microscópico de los servicios de inteligencia.

-Fuera de ciertas reputaciones, no conozco a ninguno –exclamó el profesor de Ginebra–. No tenía idea...

-Usted no debía tener ideas, Herr Profesor. Usted cumple órdenes, lo mismo que yo.

-Sí, pero... pero...

-Los universitarios no son muy competentes cuando se trata de las cuestiones prácticas. Ocúpese de que nuestros asociados de Bonn reciban la información.

-Sí... sí por supuesto, París. ¡Oh, Dios mío!

Moreau cortó la comunicación y se acomodó mejor en su sillón. Las cosas –las cosas– seguían su propio rumbo. Tal vez no fuese lo mejor, pero estaban mejor que los asuntos de otra gente. Si él perdía, con su esposa siempre podía retirarse a un lugar agradable fuera de Francia. Por otra parte, también era posible que un pelotón de fusilamiento lo ejecutase. C'est la vie.

Hacia el final del día, el sol poniente entraba por las ventanas del a apartamento de Karin de Vries en la rue Madeleine.

-Esta tarde fui a mi apartamento –dijo Drew, sentándose en el sillón, y conversando con Karin, que se había acomodado en el diván–. Por supuesto, llegué acompañado por un infante de marina a cada lado... juraron secreto ante Witkowski, que podría despacharlos de regreso a Estados Unidos cuando se le antojase, y mantenían las manos sobre las cartucheras de sus armas; de todos modos, era agradable caminar por la calle. ¿Sabe lo que quiero decir?

-Sí, lo sé pero me preocupa que hayamos confiado excesivamente en algunas personas. ¿Y si hay otros de quienes nada sabemos?

-Demonios, conocemos la identidad de un hombre, Reynolds, de Comunicaciones. Me dijeron que huyó como una rata que se esconde en las cloacas, y que probablemente vive en una pensión nazi cerca del Mediterráneo, si es que no deciden resolver el problema pegándole un tiro.

-Si está en el Mediterráneo, sospecho que su cuerpo está hundido varios centenares de metros, cerca del fondo del océano.

-En realidad, es un mar.

-No creo que la definición del Mediterráneo le importe mucho.

Silencio. Finalmente, Drew habló:

-¿Donde estamos, amiga?

-¿Qué quiere decir?

-¿Qué tengo que hacer, ajustarme al reglamento?

-¿Qué reglamento?

-Por ejemplo "Uno, dos, tres, cuatro" Para qué demonios hago esto? Usted estuvo ocultándome toda la noche y todo el día, pero no puedo acercarme a su persona.

-¿De qué está hablando, Drew?

-Por Dios, ni siquiera sé cómo decirlo... Nunca creí que llegaría a pensar en eso, y menos que lo diría a una persona que quizá está haciendo todo lo necesario para evitar que me maten, una subordinada que tiene un apartamento que yo jamás podría pagar.

-Por favor, hable con más claridad.

-¿Cómo podría hacerlo? Siempre pensé que bailaría al compás de la música que tocara mi hermano. Él era tan justo, tan perfecto. Después, en

ese reservado, antes de que lo mataran, lo oí sollozando y diciendo cuánto la amaba, cómo la adoraba.

-Basta Drew –dijo bruscamente de Vries–. ¿Quiere decir que piensa imitar a su hermano incluso en sus engaños?

-No, nada de eso –dijo tranquilamente Latham, los ojos clavados en los de Karim–. Los engaños de Harry no son mis sentimientos, Karin. He superado ese síndrome, y de todos modos, nunca me sirvió de mucho. Usted llegó primero a su vida, y a la mía años más tarde; y la ecuación, a pesar de los puntos de semejanza, es muy diferente. Yo no soy Harry. Nunca podría ser él, pero soy yo mismo, y nunca conocí a una persona como usted. ¿Qué le parece eso como declaración?

-Muy conmovedor, querido.

-De nuevo la palabra "querido". Que no significa nada.

-No la subestime, Drew. Tengo que desembarazarme de mis fantasmas, y cuando lo consiga será grato pensar que quizá usted está allí, esperándome. Tal vez pueda unirme a usted, porque posee cualidades que no admiro mucho; pero una relación ahora me parece algo remoto y lejano. Es necesario sepultar el pasado. ¿Comprende eso?

-Lo comprendo o no, haré todo lo posible para convertirlo en realidad.

La multitud de transeúntes de la primera mitad de la tarde colmó la calle; los edificios de oficinas se vaciaron cuando las hordas de empleados llegaron caminando de prisa e ingresaron en los cafés y los restaurantes favoritos, con la intención de almorzar. El almuerzo Parisiense era más que una comida; con mucha frecuencia era un episodio de menor categoría, y Dios ayudase al empleado que esperase que su personal, y sobre todo las ejecutivas de manos manicuradas, regresarán a tiempo, muy especialmente durante las semanas del verano.

Y ésa era la razón por la cual el doctor Gerhardt Kroeger se sentía cada vez más nervioso, empujado constantemente por la multitud de transeúntes, mientras permanecía sosteniendo en la mano el periódico plegado frente a la cara, la mirada fija en el edificio del Deuxième Bureau, que estaba a la izquierda. No podía darse el lujo de ignorar la figura de Claude Moreau. El tiempo era un factor esencial, y no podía malgastar ni siquiera una hora. Su creación, Harry Latham, había iniciado la cuenta regresiva; eso significaba que disponía como máximo de dos días, cuarenta y ocho horas, e incluso eso no era muy exacto. Y lo que agravaba la tensión casi insoportable del cirujano era un detalle que no había mencionado a sus superiores de la Fraternidad. Antes de que el cerebro del sujeto rechazara definitivamente el implante, y de hecho estallase, el área alrededor de la zona quirúrgica se decoloraba horriblemente; aparecía una inflamación de la piel que tenía el tamaño de un platito de café, lo cual induciría a quien ejecutase una autopsia a investigar esa extraña manifestación. Contrariamente a la creencia general, los datos almacenados en la memoria para determinado fin y en cierto contexto, podían ser extraídos mediante un equipo ajeno a los controles originales.

En manos hostiles, la Fraternidad del Reloj podía ser destruida, revelados sus secretos, definidos claramente sus objetivos globales. "¡Mein Gott!", reflexiono Kroeger. Somos víctimas de nuestro propio progreso.

Después, pensó en la proliferación de las armas nucleares y percibió la verdad de su concusión escasamente original.

¡Ahí estaba Moreau! El jefe del Duexième, un hombre de anchos hombros, salió por la puerta del edificio y dobló hacia su derecha, apresurando su marcha sobre el pavimento. Llevaba prisa, lo cual determinó que Kroeger prácticamente tuviese que correr para alcanzarlo, pues el francés enfilaba en dirección contraria. Separando a las personas que se le cruzaron, disculpándose medio en alemán y medio en francés, redujo la distancia entre su persona y Moreau, dejando como estela una sucesión de irritados transeúntes. Finalmente, alcanzó el brazo del hombre.

-Monsíeur, monsieur –exclamó–, ¡se le cayó algo!

-¿Pnrdon? –El jefe del Deuxième se detuvo y se volvió. –Usted seguramente se equivoca. No se me cayó nada.

-Estaba seguro de que era a usted –continuó en francés el cirujano. Una Billetera o un anotador. ¡Un hombre lo recogió y huyó!

Moreau se palpó rápidamente los bolsillos, y su cara pasó de la inquietud al alivio.

-Se equivoca –dijo–. No me falta nada, pero de todos modos le agradezco la atención. Los carteristas abundan en París.

-Lo mismo que en Munich, monsieur. Me disculpo, pero la fraternidad a la cual pertenezco insiste en que apliquemos los preceptos cristianos de la avuda mutua.

-Comprendo, una fraternidad cristiana, qué admirable. –Moreau clavó los ojos en el hombre mientras los transeúntes pasaban a ambos lados. –El Pont Neuf, esta noche a las nueve –agregó, bajando la voz. La salida norte.

La bruma Parisiense difundió el reflejo de la luna en las aguas del Sena; era inminente una lluvia estival. En contraste con la mayoría de los transeúntes que cruzaban el puente, y que se apresuraban a escapar del tiempo inclemente, las dos figuras se acercaron lentamente la una a la otra por el sendero norte para transeúntes. Se encontraron en el punto medio; Moreau habló primero.

-Usted aludió a algo que puede parecerme conocido. ¿Quiere aclararlo?

-Monsieur, no hay tiempo para juegos. Ambos sabemos quiénes somos y lo que somos. Han sucedido cosas terribles.

-Eso entiendo... cosas de las cuales nada sabía hasta esta mañana. El aspecto alarmante es que mi oficina no fue mantenida al tanto de las cosas. Y debo preguntarme por qué no se nos informó. ¿Quizá uno de los correos que ustedes usan se mostró indiscreto?

-¡Le aseguro que no! Nuestra misión ahora, nuestra misión suprema, es encontrar al norteamericano Harry Latham. Es más vital de lo que usted puede imaginar. Sabemos que la embajada, con la ayuda de los Antinayous, está ocultándolo en algún lugar de París. ¡Necesitamos hallarlo! Seguramente usted recibe información de la inteligencia norteamericana. ¿Dónde está?

-Monsieur, usted se ha adelantado en varios puntos a lo que es el ámbito de mi conocimiento... ¿Como se llama? Yo no hablo con personas que carecen de identificación.

-Kroeger, doctor Gerhardt Kroeger, y un llamado a Bonn confirmará mi elevada jerarquía.

-Qué impresionante. ¿Y cuál es, doctor, su alto cargo?

-Yo fui el cirujano que... salvó la vida de Harry Latham. Y ahora debo encontrarlo.

-Sí, ya dijo eso. ¿Usted sabe seguramente que su hermano Drew fue muerto por esa estúpida unidad K?

-Fue el hermano a quien no debían liquidar.

-Entiendo. ¿Y lo hicieron los miembros de la Unidad K, asesinos que apenas han egresado de la escuela, en el supuesto de que alguna vez hayan asistido a alguna?

-¡No toleraré sus insultos! –exclamó el frustrado Kroeger. Francamente, a usted no se lo considera del todo confiable, de modo que le aconsejo que sea sincero conmigo. Conoce las consecuencias si intenta engañar.

-Si lo que usted dice es cierto, puedo considerarme afortunado por haberlo oído de sus propios labios.

-¡Encuentre a Harry Latham!

-Ciertamente, lo intentaré...

-Permanezca despierto la noche entera, acuda a todas las fuentes posibles... francesas, norteamericanas, británicas, a todas. ¡Descubra dónde ocultaron a Harry Latham! Estoy en el Lutetia, habitación ochocientos.

-El último piso. Sin duda usted es una persona importante.

-No descansaré hasta que reciba sus noticias.

-Doctor, eso es absurdo. Como médico, usted debe saber que la falta de sueño altera la capacidad de pensamiento. Pero como usted se muestra tan persuasivo, y también son persuasivas sus amenazas, tenga la certeza de que haré lo posible para satisfacerlo.

-¡Sehr gut! –dijo Kroeger, volviendo al alemán–. Ahora, me marcho. No me decepcione; no decepcione a la Fraternidad, pues usted sabe lo que sucederá.

-Comprendo.

Kroeger se alejó de prisa, y su figura rápidamente se perdió en la bruma. Y Claude Moreau caminó lentamente para encontrar un taxi en la Margen Izquierda. Tenía que pensar un poco, y una de sus preocupaciones era verificar los equipos de comunicaciones del Deuxième Bureau. Un número excesivo de cosas tenía ahora un carácter inseguro.

Eran las 7:42 de la mañana, hora de Washington, cuando Wesley Sorenson entró en su oficina de Operaciones Consulares; la otra persona presente allí era su secretaria.

-Señor, todos los informes de la noche están sobre su escritorio –dijo la empleada.

-Gracias, Ginny. Como dije muchas veces, realmente deseo que usted presente al cobro las horas extra. Nadie viene aquí antes de las ocho y media.

-Usted es muy comprensivo cuando mis hijos están enfermos, de modo que no vale la pena exagerar, señor director. Además, de este modo trabajo con mucha comodidad; puedo resolver todo antes de que lleguen las tropas.

"Ya llegaron, y la situación es más grave que lo que usted se imagina", pensó Sorenson. Había estado en la Base Andrews de la Fuerza Aérea a las cuatro de la madrugada, y personalmente había acompañado a los dos neonazis que descendieron del jet proveniente de París, y había supervisado su viaje en una camioneta de los infantes de marina hasta una casa de seguridad en Virginia. A pesar de su agotamiento, el director de Operaciones Consulares de nuevo sería llevado allí poco después del mediodía, para interrogar personalmente a los prisioneros; era una rutina que él conocía bien.

-¿Algo urgente? –preguntó a su secretaria.

-Todo es urgente.

-Nada cambia.

Sorenson entró en su propio despacho, cruzó la habitación para acercarse a su escritorio y se sentó. Las diferentes carpetas tenían rótulos: REPÚBLICA POPULAR CHINA, TAIWÁN, FILIPINAS, MEDIO ORIENTE, GRECIA, BALCANES... Y finalmente, ALEMANIA y FRANCIA.

Apartando el resto, Sorenson abrió la carpeta correspondiente a París. Era explosiva. Sobre la base de los informes policiales, describía el ataque al apartamento del coronel Witkowski, aunque no mencionaba que el oficial había enviado dos cautivos en un jet militar con destino a Washington. Mencionaba el incendio del cuartel general de una unidad neonazi en el depósito de Avignon. Afirmábase que algunos asesinos habían desaparecido. La última noticia de París era un mensaje cifrado de Witkowski, descifrado en Operaciones Consulares. Ésa era la explosión. "Gerhardt Kroeger en París. Está buscando a Harry Latham. Se ha informado al blanco."

Gerhardt Kroeger, cirujano, hombre misterioso, y la clave de muchas cosas. Fuera de la inteligencia norteamericana nadie sabía de su existencia. En cierto modo, pensó Sorenson, eso estaba mal. Hubiera sido necesario incluir a los franceses y los británicos, pero la CIA –con la anuencia de Knox Talbot– no podía confiar en ellos.

Y de pronto, a las ocho de la mañana, llamó el teléfono.

-Comunicación de París –dijo su secretaria–. Un señor Moreau, del Deuxième Bureau.

Sorenson contuvo una exclamación y palideció súbitamente. Moreau había sido aislado. Era un sospechoso. El director de Operaciones Consulares respiró hondo, descolgó el teléfono y habló con voz mesurada.

-Hola, Claude, me alegro de tener noticias suyas, viejo amigo.

-Al parecer, Wesley, no corresponde que yo escuche su voz gracias a un llamado iniciado por usted, si se me permite hablar claro.

-No sé qué quiere decir.

-Oh, vamos, en las últimas treinta y seis horas han sucedido muchas cosas que nos conciernen a los dos, pero no se ha comunicado una sola palabra a mi oficina. ¿Qué clase de cooperación es ésa?

-Yo... no lo sé, Claude.

Librodot

-Por supuesto, lo sabe. He sido excluido sistemáticamente de la operación. ¿Por qué?

-No puedo responder a esa pregunta. Usted sabe que no controlo la operación. No tenía idea de que...

-Por favor, Wesley. En el campo de batalla usted era un mentiroso consumado, pero no con alguien que mentía junto a usted. Ambos sabemos como funcionan estas cosas, ¿verdad? Alguien oyó algo de un tercero, y la ostra enferma crece, y produce una perla falsa. Pero ya aclaremos eso mas tarde. En el supuesto de que usted todavía esté en acción, tengo que darle una información fundamental.

-¿Que es?

-¿Quien es Gerhardt Kroeger?

-¿Que?

-Ya me oyó, y es evidente que antes ya le mencionaron el nombre. Es un médico.

Kroeger estaba fuera de los límites del Deuxieme. ¿Como era posible que Moreau conociera ese nombre? ¿Estaba intentando adivinar?

-No se muy bien si lo escuché antes, Claude. Gerhardt... Groeger, ¿no es verdad?

-Ahora, usted se muestra insultante. De nuevo lo dejaré pasar, pues mi información es tan importante. Kroeger me siguió, y me cortó el paso durante mi paseo vespertino. En pocas palabras, me dijo que o le revelaba donde estaba Harry Latham o yo era hombre muerto.

-¡Eso me parece increíble! ¿Por que acudió a usted?

-Le formulé la misma pregunta, y su respuesta fue la prevesible. Tengo gente en Alemania, lo mismo que en la mayoría de los países. Hace un año negocié la vida de un hombre apresado por un grupo de cabezas rapadas en Manheim. Conseguí su libertad por unos seis mil dólares, lo cual fue un gran negocio. De todos modos, ellos estaban al tanto de la intervención del Deuxieme, y sabían que el arreglo no podía haberse concertado sin mi aprobación.

-¿Pero usted nunca había oído hablar de Gerhardt Kroeger?

No hasta anoche. Ya se lo dije. Regresé a mi oficina y revisé los registros de los últimos cinco años. No encontré nada. A propósito , se aloja en el Hotel Lutetia, habitación ochocientos, y espera que yo lo llame.

-¡Por Dios, deténgalo!

-Oh, no se escapará, Wesley. Puedo asegurárselo. Pero, ¿por que no jugamos un poco con el? Es indudable que no actúa solo, y nosotros estamos buscando peces mas gordos.

Una sensación de alivio se instaló en Sorenson. ¡Claude Moreau estaba limpio! Jamás habría ofrecido en bandeja de plata a Gerhardt Kroeger, con nombre de hotel y número de habitación incluidos, si hubiese trabajado para la Fraternidad.

-Si eso logra que usted se sienta mejor –dijo el director de Operaciones Consulares– yo mismo fui excluido un tiempo. ¿Sabe por donde usted consiguió salvarme el trasero.

-Usted habría hecho lo mismo por mi.

-Es lo que dije irritado a la Agencia, y lo que les diré de nuevo, con más enojo todavía.

-Un momento, Wesley –dijo Moreau con voz pausada–. Hablando de Estambul, ¿recuerda la vez que los apparatchiks de la KGB creyeron que usted era un doble, y que se trataba en realidad de un informante de sus superiores en Moscú?

-Por cierto. Vivían como potentados con las riquezas del Topkapi a sus disposición. ¡Se asustaron mortalmente!

-De modo que le hicieron confidencias, ¿Verdad?

-Desde luego, no dijeron cosas... para justificar su estilo de vida. La mayor parte era basura, pero no todo.

-Pero le hicieron confidencias, ¿verdad?

-Sí.

-Entonces, por el momento, dejemos estar las cosas. Todavía estoy fuera del círculo, y no puede confiarse en mí. Quizá pueda jugar un poco con Herr Doktor y aprender algunas cosas.

-Lo cual significa que necesita primero contar con algo.

-Lo que fuera, como dijo usted mismo al recordar Estambul. No tiene que ser exacto, pero debe ser relativamente aceptable.

-¿Como qué?

-¿Dónde está Harry Latham?

No había un Harry Latham. Las dudas retornaron al ex funcionario de inteligencia.

-Ni siquiera yo sé eso –dijo Sorenson.

-No preguntó dónde está realmente –lo interrumpió Moreau–, sólo donde podría estar. Algo que ellos crean.

Las dudas retrocedieron.

-Bien, hay una organización llamada los Antinayous...

-Saben a qué atenerse con respecto a ese grupo –interrumpió Moreau–. Esa gente es inencontrable. Algo distinto.

-Sin duda saben a qué atenerse con respecto a Wiskowski y a la mujer de Vries...

-En efecto –dijo el jefe del Deuxième–. Deme un lugar donde con un poco de trabajo ellos podrían saber como opera su gente.

-Supongo que el lugar más conveniente sería Marsella. Llegamos a esa ciudad siguiendo la pista de los narcotraficantes; muchos de nuestros hombres fueron comprados o desaparecieron. En realidad, nuestra actuación determina que nos destaquemos bastante, si alguien está observando. Es una suerte de disuasor.

-Excelente. Lo usaré.

-Claude, seré sincero. ¡Quiero aclarar su foja de servicios aquí! Es insoportable que sospechen de usted.

-Todavía no, mi viejo amigo. Recuerde Estambul. Ya antes jugamos a estos juegos.

Librodot

En París, Moreau cortó la Comunicación, y de nuevo se recostó sobre el respaldo de su sillón, los ojos clavados en el techo, sus pensamientos saltando de un fragmento de información a otro. Ahora había comenzado a recorrer el tramo final de la carrera. Los riesgos que asumía eran gigantescos, pero no podía detenerse. La venganza era todo lo que importaba.

Librodot

18

Como Drew Latham supuestamente había abandonado este mundo, el Deuxieme le había retirado su vehículo. En su lugar, Witowski había ordenado que la sección Transportes de la embajada suministrara elementos de seguridad: tres miembros del personal en turnos de ocho horas, y un vehículo sin identificación que siempre estaba disponible para un oficial del ejército y su señora, los que en ese momento se encontraban en la rue Madeleine. El coronel aclaró a los infantes de marina, que se rotarían en la vigilancia, que si llegaban a identificar al hombre serían devueltos a la Isla París, para unirse a los reclutas mas bisoños, al mismo tiempo que se eliminaban de sus fojas de servicio todas las mencionadas al mérito.

-No necesita decir eso, coronel –afirmó un sargento de marina–. Si usted me perdona la observación, señor, lo que dice es muy degradante.

En ese caso, me disculpo.

-Mas vale así, señor –agregó un cabo–. Hemos estado en el servicio de las embajadas desde Beijing hasta Kuala Lumpur, y en todos esos casos la seguridad era un tema muy importante.

-¡Es muy cierto! –murmuró otro cabo, y después, en voz mas alta: –No somos el ejército... señor. Somos infantes de marina.

-Entonces, me disculpo de veras, amigos. Olviden a este viejo veterano. Soy nada más que un fósil.

-Coronel, sabemos quien es usted –dijo el sargento–. No tiene motivo para preocuparse, señor.

-Gracias.

Mientras los tres salían para dirigirse al sector de Transporte, Witowski se sintió impresionado por el comentario de uno de los cabos: "Este hombre hubiera debido ser infante de marina. Demonios, sería capaz de seguir a ese hijo de perra hasta el fondo de un cañón".

Stanley Witowski se dijo durante un momento que era el elogio mas elevado que había recibido en el curso de toda su carrera. Pero ahora tenía que pensar en otras cosas, y entre ellas en Drew Latham y Karin de Vries. La confluencia del tiempo transcurrido y el agotamiento imponía que Latham permaneciera en el apartamento de de Vries, en lugar de dirigirse a la casa estéril de los Antinayous, en realidad, los Antinayous insistieron en ello, ante la posibilidad de que el enemigo mantuviera el seguimiento. Después de varios días sin inconvenientes, reconsideraría la situación; pero solo la reconsideraría.

-El se comprometió en cosas excesivamente públicas para los fines que a nosotros nos interesan –había dicho bruscamente una mujer en la Maison Rouge–. Lo admiramos, pero no podemos tolerar la mas remota posibilidad de que nos descubran.

Con respecto a la posibilidad de que Karin continuase en la embajada, sencillamente no había dificultades. Como miembro del núcleo secreto de D e I que residía fuera de la embajada, su dirección estaba anotada unicamente en el sector de Seguridad, y quien la pidiese tendría que contar con la aprobación del propio coronel. Varios agregados habían requerido esa información; les fue negada. A lo cual se agregaba el hecho de que la viuda de Vries cierta vez había suministrado un dato que alivió mucho a su jefe.

Librodot

-Coronel, no soy una mujer pobre. En París tengo tres automóviles en diferentes garages. Cambio de apariencia con cada cambio de vehículo.

-Eso me alivia mucho –dijo Witkowski–. En vista de la información que usted guarda en su cabeza, su sistema es muy inteligente.

-La idea no fue mía. El general Raichert, comandante supremo de la OTAN, lo impuso en La Haya. Allí los norteamericanos pagaban el costo, pero las circunstancias eran distintas. No espero aquí nada parecido.

-Seguramente usted no es pobre.

-Me consagro a lo que hago, coronel. El dinero no es importante.

Habían celebrado esa conversación más de cuatro meses antes, y en ese momento Witkowski no sabía hasta qué punto la recién llegada era una persona "consagrada" a su misión. Ahora no alimentaba dudas. Sonó el teléfono en su línea privada, interrumpiendo la ensoñación del coronel.

-¿Sí?

-Stanley, habla su ángel vagabundo –dijo Drew–. ¿Alguna noticia de la Casa Raja?

-No hay espacio en la pasada, o por lo menos no lo hay durante un rato. El hecho de que usted sea un hombre marcado las inquieta.

-Visto uniforme, el uniforme que usted me dio. A propósito, usted es un poco más grande que yo en la cintura y el trasero. Pero la túnica me sienta bien.

-Eso me alivia mucho; disimulará los defectos cuando los fotógrafos de las revistas de moda vayan a sacarle una instantánea... Usted podría someterse al disfraz ideado por ese actor, Villier, y de todos modos insistirían en excluirlo del reparto.

-Creo que en realidad no puedo criticarlos.

-Yo tampoco –convino el coronel–. ¿Karin podrá soportarlo otro día o un par de días, hasta que yo encuentre alojamiento apropiado?

-No lo sé, pregúntele usted mismo. –La voz de Latham se debilitó cuando apartó de la cara el teléfono. –Es Witkowski. Quiere saber si mi arriendo ha concluido.

-Hola, coronel –dijo Karin–. Entiendo que los Antinayous están retrocediendo.

-Me temo que sí.

-Es comprensible.

-Sí, lo es, pero aún no tengo una alternativa apropiada. ¿Puede soportarlo un día más, quizá dos? De ese modo podré arreglar algo.

-No es problema. Según me dijo, esta mañana hizo su propia cama.

-Demonios, sí. –La voz de Drew llegó desde el fondo de la habitación. –¡He retornado al campamento de niños exploradores, con abundancia de duchas frías!

-No le preste atención, coronel. Creo que yo mencioné que puede ser una persona muy infantil.

-Karin, él no estuvo en el Trocadero o el Meurice, o el Bois de Boulugne. Incluso yo debo concederle eso.

Librodot

-De acuerdo –dijo de Vries–, pero si usted afronta dificultades, hay una solución posible, o por lo menos fue eficaz varias veces en Ámsterdam. Freddie elegía un uniforme –norteamericano, holandés, inglés, no importaba y se registraba en el Amstel para celebrar reuniones confidenciales.

-¿Ése era uno de sus trucos muy conocidos? –preguntó el fatigado Witkowski.

-Uno de los más inocuos, coronel. Como le dijo Drew, el uniforme que usted le prestó le sienta bastante bien, y yo podría achicarle fácilmente la cintura y otros lugares...

-Tengo cabal conciencia de lo que usted podría hacer... Y en ese caso, ¿cuntinuará siendo Latham?

-Con un leve cambio de apariencia.

-¿Qué significa eso?

-Un cambio del color de los cabellos –replicó Karin hablando con voz suave–, sobre todo alrededor de las sienes, donde es evidente bajo la gorra de oficial, y un par de anteojos de montura gruesa, por supuesto con lentes comunes, y una tarjeta falsa de identificación militar. Yo puedo peinarlo y suministrar los anteojos si usted trae la tarjeta de identificación. De ese modo, podrá registrarse en cualquier hotel de mucha clientela... algo que sin duda usted puede arreglar.

-Karin, ése no es un asunto que concierna a la embajada.

-Por lo que sé de las Operaciones Consulares, creo que corresponde a su área de operaciones.

-Creo que en eso tiene razón. En fin, por lo que veo usted realmente desea expulsarlo de su apartamento.

-Coronel, no es la persona, es el hecho de que es un hombre, a quien aquí se le atribuye la condición de un oficial militar norteamericano. Dudo de que en el edificio alguien sepa que yo trabajo para la embajada, pero si alguien lo sabe o lo sospecha, la situación compromete a Drew, me compromete a mí y pone en peligro nuestros objetivos.

-Dicho sencillamente, su residencia puede cunvertirse en otro blanco.

-Quizá exagero, pero no es inverosímil.

-Nada es inverosímil en esta guerra. Necesitaré una fotografía.

-Todavía tengo la cámara de Freddie. Le enviaré una docena por la mañana.

-Ojalá estuviese allí para verla cuando le tiñe el cabello. Será muy interesante.

De Vries colgó el teléfono, se acercó a un armario que estaba en el vestíbulo, lo abrió y extrajo una pequeña maleta con dos cerraduras de combinación. Latham la miró desde el sillón, con una copa en la mano.

-Confío en que en esa caja no haya un arma automática de armado rápido –dijo mientras Karin depositaba el objeto sobre la mesa de café, frente al diván, y se sentaba.

-Santo cielo, no –replicó ella, manipulando las cerraduras de combinación, y abriendo la maleta–. En verdad, abrigo la esperanza de que esto pueda ayudarle a evitar la necesidad de enfrentarse con un arma de ese tipo.

Librodot

-Un momento. ¿Qué hay allí? Alcancé a oír la mayor parte de lo que dijo cuando hablaba con Stanley. ¿Qué está preparándose en esa encantadora cabeza que tiene sobre los hombros?

-Esto es lo que Freddie denominaba su equipo para los viajes urgentes.

-Con eso ya me basta para decirle que prefiero no saber nada. Freddie se mostraba violento con usted, y eso lo convierte en una figura hostil.

-Drew, también hubo otros momentos.

-Gracias por nada. ¿Qué hay allí?

-Sencillos métodos de disfraz, nada dramático ni que pueda llegar a confundirlos. Varios bigotes con pegamento, también un par de barbijos, y muchos anteojos... y algunos colorantes básicos.

Mencionó esto último en voz más baja.

-¿A qué se refiere?

-Amigo mío, no puede permanecer aquí –dijo Karin, mirándolo por encima del borde de la maleta–. Bien, no adopte una actitud defensiva ni lo considere una ofensa personal, pero sucede que las casas y los pisos en el distrito de la Madeleine se parecen a los vecindarios norteamericanos. La gente habla, y se murmura mucho en los cafés y las panaderías. Para usar su propia expresión, estos comentarios podrían llegar a oídos "hostiles".

-Acepto eso, lo comprendo, pero no es lo que le pregunté.

-Usted se anotará en el hotel con un nombre distinto, suministrado por el coronel, y con una apariencia un tanto diferente.

-¿Qué?

-Voy a teñirle los cabellos y las cejas con una solución lavable. Creo que usaré un tono rubio rujizo.

-¿De qué está hablando? ¡Yo no soy Jean–Pierre Villier!

-No necesita serlo. Es suficiente que sea usted mismo; nadie lo identificará, a menos que esté de pie a pocos metros de distancia, mirándolo en los ojos. Bueno, si tiene la bondad de ponerse los pantalones del coronel, yo le tomaré las medidas y modificaré el tamaño.

-¡Usted está absolutamente loca!

-¿Piense en una solución mejor?

-¡Maldito sea! –rugió Latham, y bebió el resto de su whisky–. No, a decir verdad, no puedo.

-Pensándolo bien, primero nos ocuparemos de los cabellos. Por favor, quítese la camisa.

-¿Qué le parece mis pantalones? Me sentiría más natural, más cómodo de esa manera.

-Drew, no está en su país.

-¡Por supuesto, amiga!

Moreau se apoderó de su teléfono portátil, presionó un botón que grabaría la conversación, y se comunicó con el conmutador del Lutetia.

-Por favor, habitación ochocientos.

-Muy bien, señor.

-¿Sí? –dijo la voz sofocada y gutural al otro extremo de la línea.

-¿Monsieur le docteur? –preguntó el jefe del Deuxième, sin saber muy bien si estaba hablando al lugar deseado–. Soy yo, el hombre del Pont Neuf. ¿Es usted?

-Por supuesto. ¿Qué me trajo?

-He calado hondo, doctor, mucho más de lo que sería saludable para mí, he provocado a la CIA norteamericana, la cual me reveló que en efecto, está ocultando a Harry Latham.

-¿Dónde?

-Quizá no aquí, en París, tal vez en Marsella.

-¿Quizá, tal vez? ¡Eso no sirve de nada! ¿No está seguro?

-No, pero quizá usted pueda.

-¿Yo?

-Usted tiene gente en Marsella, ¿verdad?

-Por supuesto. Muchas cuestiones financieras pasan por allí.

-Busque a los "Consulares"... los llaman así.

-En efecto, los conocemos –dijo Gerhardt sin aliento–. El grupo de inteligencia formado por los canallas, Operaciones Consulares. Uno puede encontrarlos por todos los rincones, y en todos los cafés.

-Aborde a uno de ellos, y vea qué puede averiguar.

-Necesito un plazo de una hora. ¿Donde puedo encontrarlo?

-Dentro de la hora yo volveré a llamarlo.

Pasó la hora, y Moreau llamó al Lutetia.

-¿Hay algo? –preguntó al sobreexcitado Gerhardt.

-¡Es absurdo! –dijo el médico–. El hombre con quien hablamos es una persona a la cual pagamos millares para que pueda recolectar millones mediante la red. Dijo que estábamos locos; ¡que Harry Latham no estaba en su lista, ni se encontraba en Marsella!

-Entonces, todavía está en París –dijo Moreau, con acento de frustración en su voz–. Volveré a mi trabajo.

-¡Cuanto antes!

-Por supuesto –dijo el jefe del Deuxième, y cortó la comunicación; en sus labios se dibujó una sonrisa enigmática. Esperó exactamente catorce minutos y después volvió a llamar al Lutetia. Era el momento de acentuar todavía más el sentimiento de ansiedad.

-¿Sí?

-Soy yo nuevamente. Acaba de suceder algo.

-Por Dios, ¿de qué se trata?

-Harry Latham.

-¿Qué?

-Llamó a uno de mis ayudantes, un hombre con quien trabajo en Berlín Oriental, y que consideró necesario informarme. Al parecer, Latham se muestra muy nervioso... como usted sabe, el aislamiento puede producir ese efecto... hasta el extremo de que él cree que su propia embajada está infiltrada...

-¡Es Latham? –interrumpió el alemán–. Los síntomas son previsibles.

-¿Qué síntomas? ¿A qué se refiere?

-Nada, nada. Como usted dijo, el aislamiento puede producir efectos extraños en la gente... ¿Qué quería?

-Quizá la protección francesa, por lo que hemos podido deducir. Mi hombre debe reunirse con él en la estación del Metro, la Jorge V, a las dos de esta tarde, hacia el extremo de la plataforma.

-¡Debo estar allí! –gritó Gerhardt.

-No es aconsejable, y tampoco es nuestra política mezclar al cazador con el perseguido, cuando ninguno de los dos es miembro de nuestra organización.

-Usted no entiende, ¡yo debo acompañarlo!

-¿Por qué? Podría ser peligroso.

-No para mí, jamás para mí.

-Ahora no lo entiendo.

-¡No es necesario que me entienda! Recuerde las normas de la Fraternidad, usted debe obedecer y yo le impartiré las órdenes.

-En ese caso, por supuesto, debo obedecer, Herr Doktor. Nos encontraremos sobre la plataforma a las dos menos diez. No antes ni después, ¿entendido?

-Comprendo.

Moreau no cortó la comunicación; en cambio, pulsó el botón para desconectar y marcó los dígitos que lo comunicaron con su hombre de mayor confianza. Se llamaba Jacques, y cuando su subordinado apareció en la línea, Moreau dijo tranquilamente:

-Tenemos un encuentro muy importante a las dos. Solamente usted y yo. Reúnase conmigo en la planta baja a la una y media, y yo le informaré. A propósito, lleve su automática, pero cargada únicamente con balas de fogueo.

-Claude, es un pedido muy extraño.

-Es una confrontación muy extraña –dijo Moreau, y cortó la comunicación.

Drew miró su imagen reflejada en el espejo, los ojos agrandados por la impresión.

-Por Dios, parezco un dibujo animado de Dísney –exclamó.

-En realidad no –dijo Karin, de pie junto a Drew, al costado del fregadero de la cocina, mientras recibía el espejo de manos del norteamericano–. Sucede únicamente que no está acostumbrado a la imagen. Eso es todo.

-¡Es absurdo! Parezco el líder de un desfile por los derechos de los gays.

-¿Eso lo molesta?

-Caramba, no, tengo muchos amigos entre esa gente, pero no soy uno de ellos.

-El color puede desaparecer por efecto del agua, de modo que basta de quejas. Ahora, póngase el uniforme y yo le tomaré algunas fotografías destinadas al coronel Witkowski. Después, arreglaré los pantalones.

-¿En qué me metió ese hijo de perra?

-En esencia, es un intento de salvarle la vida. ¿No lo acepta?

-¿Usted siempre se muestra tan lógica?

-La lógica y lo ilógicamente lógico salvaron la vida de Freddie más veces que lo que usted se imagina. Por favor, póngase el uniforme.

Latham obedeció, y regresó dos minutos después con el uniforme de coronel del ejército norteamericano.

-El uniforme le sienta –dijo de Vries, observándolo–, sobre todo cuando usted mantiene erguido el cuerpo.

-Yo no elegí esta chaqueta... discúlpeme, esta túnica. Es una prenda tan rígida, que si uno no dobla la columna vertebral siente un pinchazo en alguna parte, y no puede respirar. Sería un pésimo soldado. Insistiría en usar la ropa de fajina,

-Los reglamentos no lo permitirían.

-Otro motivo por el cual sería muy mal soldado.

-En realidad, probablemente sería un soldado bueno mientras le permitiesen representar el papel de general.

-Lo cual es poco probable.

-Sí, muy poco probable. –Karin esbozó un gesto en dirección al vestíbulo. –Pase al vestíbulo; yo estoy preparada. Aquí tiene sus lentes.

-Le entregó un par de lentes con un grueso marco de carey.

-¿Preparada? ¿Lentes? –Drew miró hacia el vestíbulo, en uno de cuyos extremos se abría la puerta principal del apartamento. Había una cámara puesta sobre un trípode, y éste apuntaba hacia una pared completamente blanca, sin cuadros. –¿Usted también es fotógrafa?

-De ningún modo. Pero a menudo Freddie necesitaba una fotografía nueva para un pasaporte distinto. Me enseñó a usar esto, pese a que yo, no necesitaba instrucciones. Es una cámara para instantáneas, que aparecen con las proporciones típicas del pasaporte... Póngase los lentes manténgase de pie contra la pared. Quítese la gorra; quiero que se vea claramente la enorme belleza de sus cabellos rubios.

Pocos minutos más tarde de Vries tenía quince pequeñas fotografías Polaroid de un coronel de cabellos claros, con anteojos, que miraba en una actitud sombría, manifestando tanta incomodidad como suele ocurrir con las fotos de los pasaportes.

Espléndido –decretó la jóven–. Ahora, volvamos al diván, donde tengo mi equipo.

-¿Equipo?

-Los pantalones, ¿no lo recuerda?

-Oh, ésta es la parte agradable. ¿Me los quito?

-No, si desea que se ajuste a sus medidas. Vamos.

Quince minutos más tarde, después de haber soportado solo dos pinchazos de un alfiler, le ordenó a Latham que regrese a la habitación de huéspedes para recuperar su apariencia normal. Ahora, de nuevo regresó y Encontró a Karin junto a la mesa de la alcoba; sobre la mesa había depositada una máquina de coser.

-Los pantalones, por favor.

-Vea, amiga, usted me desconcierta –dijo Drew, entregando a Karim la prenda militar–. ¿Es usted algún tipo de agente secreto femenino que trabaja entre bambalinas?

-Monsieur latham, digamos que he representado ese papel.

-Si, no es la primera vez que dice esto.

-Acepte la situación, Drew. Además, no es asunto que le concierne.

-En eso tiene razón. Sucede únicamente que a medida que profundizamos nuestra relación, no sé muy bien con quien estoy hablando. Tengo que aceptar a Freddie, y a la OTAN, y a Harry, y el modo subterráneo en que llegó a París, pero, ¿por qué experimento la sensación de que hay algo más que es el verdadero motivo de su acción?

-Es su imaginación, porque usted vive en un mundo formado por probables e improbables, posibles e imposibles, lo que es real y lo que no lo es. Ya le dije todo lo que tiene que saber acerca de mí... ¿no le parece suficiente?

-Por el momento tiene que serlo –dijo Latham, la mirada fija en los ojos de Karin–. Pero mi instinto dice que hay otra cosa que usted no acepta decirme... ¿Por qué no ríe más? Se la ve radiante cuando ríe.

-No ha habido muchas cosas que me provoquen risa, ¿no le parece?

-Vamos, usted sabe a qué me refiero. Un poco de risa de vez en cuando alivia la tensión. Harry me lo dijo cierta vez, y tanto usted como yo hemos creído siempre en Harry. Dentro de varios años, si llegamos a vernos, probablemente nos reiremos de lo que pasó en el Boris de Boulogne. Tuvo sus momentos divertidos.

-Drew, una vida fue destruida. Haya sido la de un hombre bueno o de uno malo, yo lo maté; destruí la vida de una persona muy jóven. Nunca antes maté a nadie.

-Si usted no interviene, él me habría liquidado.

-Lo sé, y me lo repito constantemente. Pero, ¿por qué la matanza tiene que continuar. Era la vida de Freddie, no la mía.

-Y no hubiera debido ser la suya. Pero para responder lógicamente a la pregunta –la lógica es parte del léxico que usted utiliza–, si no matamos cuando es necesario, si no frenamos a los neos, sufriremos diez mil veces más fuertes. Diez mil, demonios, y después pasamos a seis millones. Ayer eran los judíos y los gitanos, y otros "indeseables". Mañana podrían ser los republicanos y los demócratas los que en mi país no pudiesen soportar la situación. No se engañe, Karin, si hacen pie en Europa el resto de este mundo descontento cae como las fichas del dominó, porque ellos están apelando constantemente, de manera incesante, a todos los fanáticos que quieren retornar a "los buenos viejos tiempos". No habrá delito en las calles, porque incluso los espectadores serán baleados a primera vista las ejecuciones abarcarán la escena total, porque no hay apelaciones; no habrá hábeas corpus porque no es necesario; los presuntos inocentes y los culpables se agrupan, de modo que tendremos que desembarazarnos de ambos, y recordar que la cárcel siempre es más cara que las balas. Ése es el futuro contra el cual estamos luchando.

Librodot

-¿Cree que no sé todo eso? –preguntó Karin–. Por supuesto, lo sé, ¡y usted es un tonto que pretende sermonearme! ¿Por qué cree que he vivido de este modo toda mi vida adulta?

-Pero pese a la existencia del encumbrado Freddie, hay algo más, ¿verdad?

-Usted no tiene derecho a indagar. ¿Podemos interrumpir esta conversación?

-Sí, por ahora. Pero creo que he aclarado los sentimientos que usted despierta en mí; haya o no reciprocidad, el tema volverá a surgir.

-¡Basta! –dijo de Vries, y las lágrimas se desprendieron lentamente de sus ojos y rodaron sobre sus mejillas–. No me haga esto. Latham corrió hacia ella, y se arrodilló frente al sillón.

-Lo siento, lo siento de verdad. No fue mi intención herirla. ¡Jamás haría semejante cosa!

-Sé que no quiere hacerlo –dijo Karin, tratando de controlarse y sosteniendo la cara de Latham con las manos–. Usted es una buena persona, Drew Latham, pero no haga más preguntas... duelen demasiado. En cambio... hágame el amor, ¡hágame el amor! Necesito tanto una persona como usted.

-Ojalá elimine el "alguien", y diga simplemente "tú".

-Entonces, lo digo. Tú, Drew Latham, hazme el amor.

Suavemente, Drew la ayudó a abandonar el sillón, después la alzó en brazos y la llevó hacia el dormitorio.

El resto de la mañana estuvo ocupada por el desenfreno sexual. Karin de Vries había estado demasiado tiempo sin un hombre; se mostró insaciable. Finalmente, apoyó el brazo derecho sobre el pecho de Latham.

-Dios mío –exclamó–, ¿ésa fui yo?

-Estás riendo –dijo Latham, agotado–. ¿Sabes que maravillosa pareces cuando ríes?

-Y me parece maravilloso reír.

-Mira, no podemos retroceder –dijo Drew–. Ahora tenemos algo, ahora somos algo, que no éramos antes. Y no creo que se trate sólo de lo que hicimos en esa cama.

-Sí, querido, y por otra parte no estoy muy segura de que eso que hicimos sea sensato.

-¿Por qué no?

-Porque debo comportarme con frialdad en la embajada, y si tú estás implicado, no creo que pueda mostrarme fría.

-¿Estoy oyendo lo que quiero oír?

-Sí, así es, y te diré que eres un naif norteamericano.

-¿Qué significa eso?

-Significa, para hablar en tu propio lenguaje, que yo creo que estoy enamorada de ti.

-Bien, como dijo otrora un muchacho de Misisipí, ¡"eso es de veras fantástico"!

Librodot

-¿Qué?

-Ven aquí, te lo explicaré.

A las dos menos doce minutos de la tarde Claude Moreau y Jacques Bergeron, su subordinado de más confianza, llegaron a la estación Jorge V del Metro de París. Caminaron separados hasta el fondo de la plataforma, cada uno de ellos portando un radiotrasmisor manual, las frecuencias calibradas para permitir la intercomunicación.

-Es un hombre alto, bastante esbelto –dijo el jefe del Deuxième, hablando a través de su aparato–. Tiende a inclinarse hacia adelante, porque generalmente habla con personas más bajas...

-¡Lo tengo! –exclamó el agente–. Está apoyado en la pared, esperando la llegada del próximo tren.

-Cuando llegue, haga lo que le ordeno.

El tren subterráneo llegó y se detuvo; se abrieron las puertas, y descendieron varias docenas de pasajeros.

-Ahora –dijo Moreau hablando por su radio–. Fuego.

Tal como se le había ordenado, Bergeron disparó, y las balas de fogueo reverberaron a lo largo de la plataforma mientras los pasajeros del Metro corrían en masa hacia la salida. Moreau se abalanzó sobre el asustado Gerhardt Kroeger, aferrándole el brazo y gritando: –¡Intentan matarlo! ¡Venga conmigo!

-¿Quién quiere matarme? –gritó el cirujano, corriendo con Moreau hacia una habitación abierta que había sido preparada previamente.

-Lo que queda de su estúpida Unidad K.

-¡Desaparecieron!

-Eso es lo que usted cree. Seguramente sobornaron a una doncella o un miembro del equipo de mantenimiento y pusieron un micrófono en su habitación.

-¡Imposible!

-Ya oyo los disparos. ¿Volvemos al tren, para ver de dónde vinieron las balas? Tuvo suerte de que el convoy estuviese atestado.

-¡Ach, mein Gott!

-Tenemos que hablar, Herr Doktor, o tal vez ambos caigamos abatidos por las balas de estos asesinos.

-Pero, ¿qué me dice de Harry Latham? ¿Donde estaba?

-Lo vi –mintió Jacques Bergerozl, caminando tras ellos, la pistola cargada con balas de fogueo en el bolsillo–. Cuando oyó el tiroteo, regresó al tren.

-Debemos conversar –dijo Moreau, mirando fijamente a Kroeger y dirigiéndose a una ancha puerta de acero parcialmente abierta–. De lo contrario, todos perderemos.

Entraron en el depósito.

El jefe del Deuxième Encontró la llave de la luz y la encendió. Estaban en un recinto de proporciones medianas, las paredes blancas; en el lugar había depositados artefactos antiguos y faros ferroviarios, así como cajas de equipo nuevo.

Librodot

-Espere afuera, Jacques –dijo Moreau a su agente–. Cuando llegue la policía, lo cual seguramente hará en pocos minutos más, identifíquese y dígales que usted estaba en el tren y descendió al oír los disparos. Por favor, cierre la puerta.

A solas con el alemán, a la tenue luz de una lamparilla protegida con alambre, Moreau se sentó en una de las cajas.

-Póngase cómodo, doctor, estaremos aquí un rato, por lo menos hasta que la policía haya llegado y se haya ido.

-Pero si me encuentran aquí...

-No lo hallarán; la puerta tiene un cierre especial que funciona apenas se unen las dos hojas. Tuvimos mucha suerte porque un idiota dejó abierto este lugar. Por otra parte, ¿quién querría robar nada de aquí? ¿Quién podría llevarse algo?

-¡Lo perdimos, los perdimos! –exclamó Kroeger, descargando el puño sobre una caja, y después sentándose sobre un gran cajón de madera, mientras se frotaba la mano lastimada.

-Volverá a llamar –dijo Moreau–. Quizás no lo haga hoy, pero seguramente mañana. Recuerde, se trata de un hombre desesperado y aislado, pero debo preguntarle... ¿por qué es tan importante que usted encuentre a Latham?

-Es... peligroso.

-¿Para quién? ¿Para usted? ¿Para la Fraternidad?

-Sí... para todos.

-¿Por qué?

-¿Qué es lo que usted sabe?

-Por supuesto, todo. Yo soy el Deuxiéme Bureau.

-Quiero decir concretamente.

-Muy bien. Escapó del valle alpino, consiguió atravesar la nieve de la montaña hasta que llegó a un camino, y allí lo recogió un aldeano que manejaba un camión.

-¿Un aldeano? Herr Moreau, ahora usted hace el papel del tonto. Lo recogieron los Antinayous. Su fuga fue arreglada desde afuera, y había un traidor en el valle. ¡Debemos encontrar a ese Hochuerrater!

-Sí, un traidor, entiendo. –En el curso de los años el jefe del Deuxième había aprendido a adivinar la existencia de una mentira cuando hablaban los aficionados en estado de tensión. La vaciedad de los ojos, las palabras atropellándose unas con otras, a menudo acompañadas por la espuma que se formaba en las comisuras de los labios. Cuando examinó a Gerhardt Kroeger, vio todos los signos.

-Entonces, ¿por eso tiene que encontrarlo? ¿Para interrogarlo antes de ejecutarlo, y conocer así la identidad del traidor?

-Usted debe comprender, era una mujer, y seguramente se trata de una persona que ocupa un lugar muy alto en la organización. ¡Hay que eliminarla!

-Sí, por supuesto, comprendo. –Gotitas de transpiración comenzaron a formarse en la raya de los cabellos de Kroeger, pese a que ese recinto estaba

Librodot

bastante fresco. –De modo que esa es la razón de la Unidad K, la razón por la cual un hombre tan importante como usted viene a París... para conocer la identidad de un traidor que ocupa un lugar elevado en las filas de la Fraternidad.

-Precisamente.

-Entiendo. ¿Y no hay otro motivo?

-Ninguno. –Dos hilos de transpiración descendieron por la frente del alemán, llegaron a las cejas y continuaron por las mejillas. –Hace un calor terrible aquí –dijo Kroeger, limpiándose la cara con el dorso de la mano derecha.

-No lo había advertido. En realidad, pensé que era un lugar bastante fresco, pero por lo demás, episodios como el de esta tarde no me parecen desconocidos, y no me inquietan demasiado. Con distintos intervalos, los tiroteos han sido parte de mi vida.

-Sí, sí, es su caso, no el mío. Me atrevo a decir que si yo lo llevase a una sala de operaciones durante una intervención particularmente cruenta, usted tal vez se desmayaría.

-No cabe la menor duda de que llegaríamos a ese resultado. Pero ya lo ve, doctor, si se quiere que yo sea muy eficiente, debo saberlo todo, y algo me dice que usted no me lo dijo todo.

-¿Qué más puede necesitar? –La transpiración de Kroeger ahora era más abundante.

-Quizás usted está en lo cierto, a veces me muestro excesivamente entusiasta. En fin, procederemos del siguiente modo. Cuando Harry Latham llame de nuevo, yo no le telefonearé al Lutetia, y en cambio lo llevaré personalmente. Una vez que lo atrapemos, le dispensaré un trato excelente, y pocas horas después me comunicaré con usted.

-¡Inaceptable! –exclamó el cirujano, apartándose del cajón, mientras le temblaban las manos. –¡Debo estar allí cuando usted lo encuentre! Debo estar a solas con él antes de que se inicie cualquier interrogatorio, y necesito sentirme lejos de todos ustedes, pues estaré comentando información que ninguno de ustedes puede conocer. ¡Eso es fundamental, y ésas son las órdenes que le imparte la Fraternidad!

-¿Y si, en beneficio de mi propio bienestar, no las acato?

-La noticia de la cifra superior a veinte millonnes de francos depositados en Suiza llegarán al Quai d'Orsay y a la prensa francesa.

-Bien, ese es ciertamente un argumento persuasivo, ¿no le parece?

-Yo diría que sí.

-Cuando usted dice "separados de todos", ¿a qué se refiere?

-Exactamente a lo que estoy diciendo. Traigo conmigo varias jeringas y diferentes narcóticos, que obligarán a Harry Latham a revelarme lo que necesito. Naturlich, nadie más puede estar cerca.

-¿Se refiere a una habitación destinada sólo a ustedes?

-De ningún modo. Las conversaciones en una habitación pueden transmitirse, del mismo modo que usted afirma que instalaron micrófonos en mi propia habitación del hotel.

-En ese caso, ¿como podremos satisfacerlo?

-Un automóvil que yo mismo elegiré, no uno de los que ustedes tiene. Llevaré a Latham a cierto lugar, le administraré mis productos químicos, sabré lo que necesito saber y lo devolveré.

-¿No habrá ejecución?

-Solo si me siguen.

-De nuevo le diré que entiendo. Parece que no tengo alternativa.

-El tiempo, Moreau, ¡el tiempo! Es muy importante. Es necesario encontrarlo dentro de las próximas treinta y seis horas!

-¿Qué? Ahora no comprendo nada de lo que usted dice. ¿Por qué treinta y seis horas? ¿Al cumplirse ese plazo, la tierra cesa de desplazarse alrededor del sol? Por favor, explíquese.

-Muy bien, es exactamente lo que usted percibió, y lo que yo todavía no le dije... Recuerde que soy médico, algunos afirman que el mejor cirujano de cerebro en Alemania, y no discutiré esa opinión. Harry Latham está loco, con un síndrome que es una combinación de esquizofrenia y manía depresiva. Le salvé la vida en nuestro valle, operándolo para aliviar la presión que era la causa de su enfermedad. Al revisar mis notas, llegué a una conclusión horrible. A menos que se le suministrase cierta medicación dentro de los seis días siguientes a su fuga, ¡él moriría! Ya ha invertido cuatro días y medio de ese total de seis. ¿Comprende ahora? Debemos interrogarlo antes de que descienda a la tumba con el nombre del traidor.

-Sí, ahora entiendo; pero, doctor, ¿se siente bien?

-¿Qué?

-Lo veo bastante pálido, y su cara está mojada de transpiración. ¿Quizás siente dolores en el pecho? Puedo conseguir una ambulancia en pocos minutos.

-No quiero una ambulancia, ¡quiero que me traigan a Harry Latham! ¡Y no tengo dolores en el pecho, ni angina, solo intolerancia para los burócratas de cerebro lento!

-¿Me creerá si le digo que también eso lo entiendo? Pues usted es un erudito, un individuo brillante, y además de mi devoción a su causa, me siento honrado de conocerlo... Venga, ahora saldremos, y movilizaré todas mis energías con el fin de que alcancemos nuestros objetivos.

En los Champs–Elysées, Moreau y su subordinado saludaron mientras Gerhardt Kroeger ascendía a un taxi; después se dirigieron al automóvil del Deuxième.

-¡De prisa! –dijo el verano de Estambul, y más cargos que los que nadie podía recordar. –¡Ese bastardo mentía hasta el extremo de que se le hacía agua la boca! Pero, ¿acerca de qué mentía?

-¿Qué piensa hacer, Claude?

-Sentarme y pensar, y realizar varios llamados telefónicos. Uno al eminente erudito Heinrich Kreitz, que es el embajador alemán. Ellos y su gobierno tendrán que desenterrar algunos prontuarios para mí, al margen de que les agrade o no.

Librodot

19

Drew Latham, con el portafolios en la mano, se presentó en la recepción del Inter–Continental. Depositó sobre el mostrador una orden de reserva de la Embajada de Estados Unidos, y una tarjeta militar de identificación. Fueron recogidas rápidamente y estudiadas por un empleado del hotel, que extrajo una tarjeta de su propio archivo.

-Ah, oui, coronel Webster, usted es un huésped bienvenido. La embajada solicitó una minisuite, y aunque usted no lo crea encontramos algo muy apropiado. Una pareja española se retiró temprano.

-Estoy muy agradecido.

-Además –dijo el empleado, leyendo la tarjeta–, es posible que usted reciba visitantes, y debemos avisarle antes de suministrar el número de su habitación, ¿n'est–ce pas?

-Efectivamente.

-¿Su equipaje, monsieur?

-Lo dejé junto al escritorio del portero, y le suministré mi nombre.

-Excelente. De modo que usted es un viajero.

-El ejército me obliga a ir de un lugar a otro –dijo Drew, firmando el registro. Anthony Webster coronel del ejército de Estados Unidos. Washington, D.C., Estados Unidos.

-Ah, qué interesante. –El empleado retiró el anotador y los datos asentados en el registro del hotel.

Desvió los ojos y tocó la campanilla.

-Lleve a Monsieur le Colonel a la Suite 703, e informe al portero que suba el equipaje. El nombre es Webster.

-Oui –replicó el botones uniformado. –Sígame, monsieur. Su equipaje llegará en pocos minutos.

-Gracias.

El traslado al séptimo piso en el ascensor fue una experiencia sin incidentes, excepto la presencia de una pareja norteamericana de mediana edad, en que los dos cónyuges discutían. La mujer, los cabellos azulados y el cuello y las muñecas cargados de joyas, criticaba ásperamente a su obeso marido que llevaba puesto un Stetson de ala ancha.

-Lucas, ¡por lo menos podrías mostrarte agradable!

-¿Mostrarme agradable por qué? No puedo conseguir una auténtica limusina, solo uno de esos vehículos minúsculos en que uno apenas puede meter el trasero, y nadie habla inglés norteamericano, hasta que les das una propina, y entonces dirías que se criaron en Texarkana.

-Eso es porque no sabes manejar el dinero.

-¿Y tú lo sabes?

-Voy de compras, ¿Sabes lo que le diste al último taxista?

-Demonios, no. Sencillamente, extraje un poco de papel moneda del bolsillo.

-El viaje costaba cincuenta y cinco francos, más o menos diez dólares. Le diste cien francos, es decir casi veinte dólares.

Librodot

-Que me ahorquen. Quizás por eso se quedó mirándome y parpadeando cuando tu descendiste, y dijo en perfecto inglés que estaría frente al hotel la mayor parte de la noche, y que fuese a buscarlo.

-¡De veras!

Felizmente, el ascensor llegó al sexto piso, se abrió la puerta y la pareja descendió.

-Pido disculpas por mis compatriotas –dijo Drew, que no sabía qué decir al ver el entrecejo fruncido del botones.

-No se preocupe Monsieur le Colonel. Es muy posible que bien entrada la noche ese caballero esté en la calle buscando el mismo taxi.

-Trouché.

-D'accord. Éste es el París de sus sueños, ¿n'est–ce pas?

-C'est vrai, me temo.

-Todo eso es muy inofensivo... Éste es su piso, monsieur.

La suite era pequeña, un dormitorio y un saloncito contiguo, pero el ambiente era encantador, muy europeo, y lo que la convertía en un sitio destacado era una botella de whisky en el bar. Witkowski seguramente había sentido atisbos de culpabilidad, lo cual era muy conveniente. Latham detestaba el maldito uniforme. El pecho, la cintura y el trasero estaban enterrados en una especie de tubo de lienzo. ¿Cómo era posible que en las fuerzas armadas no se observaran renuncias en gran escala, nada más que sobre la base de las prendas de vestir?

Tan pronto se fue el botones, Drew esperó que llegase su maleta, que incluía una muda completa de prendas civiles, retiradas de su apartamento por una Karin de peluca rubia. Se quitó la sofocante túnica, se sirvió una copa, encendió el televisor, pasó los canales hasta que encontró la estación CNN, y se sentó.

En ese momento transmitían noticias deportivas, referidas principalmente al béisbol norteamericano, un tema que no le interesaba; cuando llegara la temporada de hockey, la cosa sería distinta.

Sonó la campanilla; era un jóven botones con la maleta de Drew. El norteamericano agradeció y le dio una propina, y asombrado oyó que decía:

-Esto es para usted, monsieur. –El jovencito de ojos grandes le entregó una nota: –Es... ¿como se dice? ¿Confidentiel?

-Así es, y muchas gracias.

"Llame a la habitación 330. Un amigo."

¿Karim? Ese comportamiento imprevisible era característico en ella. Ahora eran amantes... Más que amantes. Había entre ellos algo que nadie podría arrebatarles. ¡Y eso era tan típico de ella! Descolgó el teléfono, estudió las instrucciones impresas, y marcó:

-Caramba, lo conseguí –dijo, tan pronto una persona atendió el llamado.

-Hola, ¿de modo que eres tú: –dijo una voz masculina en la línea.

-¿Que? ¿Quien es usted?

-Vamos, Bronco, ¿no reconoces a tu viejo compañero de los Manitoba Stars? ¡Habla Bell Lewis! Te vi en el vestíbulo. ¡Al principio pensé que estaba

Librodot

viendo doble, pero comprendí que eras tú! Por supuesto, te quitaste la gorra y pensé que yo estaba loco, hasta que te vi caminar en dirección a los ascensores.

-Yo... realmente no sé de qué está hablando.

-¡Termina de una vez, Bronco! El pie derecho. ¿Recuerdas cuando un hombre de los Toronto Comets te golpeo el tobillo? Te curaste en pocas semanas, y regresaste al hielo, pero tu pie derecho siempre quedó un poco torcido, apenas un desvío leve, hacia la izquierda. Nadie que no te conozca lo notará, pero yo sé a qué atenerme. ¡Sabía que eras tú!

-Está bien, está bien, Benny, soy yo, pero no puedes decir una palabra a nadie. Ahora trabajo para el gobierno y tienes que mantener la boca cerrada.

-Comprendo, amigo. Sabes, jugué para los Rangers durante dos temporadas...

-Lo sé, Benny, lo hiciste muy bien.

-Al demonio con eso. En el tercer encuentro me eliminaron.

-A veces sucede.

-No si hubieras sido tú. Eras mejor que cualquiera de nosotros.

-Eso es historia. ¿Cómo me encontraste, Ben?

-En el escritorio del portero. Pregunté adónde dirigían la maleta.

-¿Te lo dijeron?

-¡Por supuesto, porque afirmé que esa maleta era mía!

-Caramba, me traes recuerdos. Solíamos ir a un restaurante caro en Montreal, llegaba la cuenta, y si era excesiva, tú decías que pertenecía a otra mesa, o a un cliente que estaba más lejos, hasta que te traían una factura bastante reducida, que tú podías aceptar. ¿Qué estás haciendo en París?

-Estoy en el negocio de las comidas rápidas, y represento a las principales compañías; reclutan a tipos como tú y como yo, porque tenemos buena musculatura, y gozamos de cierta reputación. ¿Me creerás si te digo que mi resumen biográfico afirma que fui una estrella con los Rangers? ¿Qué saben aquí de todo eso? Yo era un hombre de segunda fila, pero estaba bien desarrollado.

-Yo jamás pude alcanzar la preparación atlética que tú tenías.

-No, no pudiste. Eras, como decía un periódico de Toronto, "todo tendones y rapidez". Ojalá hubieran dicho lo mismo de mí.

-Repito que eso es historia, Ben, pero debo decirte una vez más que es necesario que olvides que me viste. Es muy importante que lo recuerdes.

-Por supuesto, amigo. –El hombre llamado Lewis eructó, y después hipo dos veces.

-Benny –dijo Latham con voz firme–. ¿No habrás vuelto otra vez a la bebida, verdad?

-No –contestó el vendedor internacional de comidas rápidas, combinando otro eructo y otro hipo–. Pero qué demonios, amigo, esto es París.

-Te hablaré después, muchacho –dijo Latham, y cortó la comunicación. Apenas lo hizo, el teléfono llamó de nuevo–. ¿Sí?

Librodot

-Soy yo –dijo Karin de Vries. –¿Todo salió bien?

-No, maldito sea, un antiguo amigo me identificó.

-¿Quién?

-Un antiguo jugador de hockey de Canadá.

-¿Constituye un problema?

-No lo creo, pero es alcoholico.

-Entonces, es un problema. ¿Cómo se llama?

-Ben... Benjamín Lewis. Está en la habitación trescientos treinta.

-Nos ocuparemos de eso... ¿cómo estás, querido?

-Deseando que me acompañes, así estoy.

-Lo he decidido.

-Santo Dios, ¿qué decidiste? ¿Me conviene oírlo o no?

-Espero que sí. Te amo, Drew, y como tú dijiste, y con mucha razón, la cama no es más que una pequeña parte del asunto.

-Yo te amo lo mismo, no puedo encontrar las palabras necesarias para decírtelo...

-¡Me parece increíble que haya dicho esto hace un instante! Nunca creí que podría suceder...

-Tampoco yo. Ojalá no nos equivoquemos.

-Lo que sentimos no puede estar equivocado.

En pocos días hemos afrontado más cosas que la mayoría de la gente en una vida entera. Hemos sido probados, y ninguno de los dos quedó destruido. En cambio, nos hemos encontrado uno al otro.

-La europea que hay en mí puede afirmar que eso no es concluyente, pero sé lo que sientes, porque yo también lo siento. Lo siento, y experimento un deseo doloroso de estar contigo.

-Entonces, ven al hotel, con peluca rubia y todo.

-Esta noche no, querido. El coronel nos sometería a una corte marcial. Quizás mañana.

En el lapso de una hora, cuando era apenas mediodía en Nueva York, el presidente de la Asociación Empresaria Internacional de Servicios Gastronómicos, instalada en la Sexta Avenida, recibió un llamado de Washington. Treinta minutos después, uno de sus representantes, una ex estrella de los Rangers de Nueva York, que en ese momento estaba en París, recibió la orden de trasladarse a Oslo, Noruega, para preparar el camino a la explotación de nuevas oportunidades comerciales. Había una sola dificultad de carácter secundario. El vendedor en cuestión estaba completamente borracho en su cama, y hubo que apelar a dos de los ayudantes del portero para despertarlo y conseguir que atendiese el llamado, ayudarlo a preparar el equipaje y depositarlo en un taxi que se dirigió al Aeropuerto de Orly.

Por desgracia, como todo era un tanto desordenado, Benjamín Lewis se dirigió a la línea equivocada, perdió el avión, y compró un billete para Helsinki, pues no podía recordar el nombre de Oslo; pero sabía que su empleador había mencionado una ciudad escandinava, y él nunca había estado en Helsinki. Tal es el destino de los que interfieren en las grandes operaciones de inteligencia.

Librodot

En mitad del vuelo, Benny de pronto recordó a Oslo, y preguntó a la azafata si podía salir de la cabina y hacer señas a otro avión. La azafata, una espléndida rubia finlandesa, lo escuchó con simpatía, pero le explicó que no sería buena idea. De modo que Benny la invitó a una cena tardía en Helsinki. Ella rehuso cortésmente.

Wesley Sorenson abandonó las oficinas de Operaciones Consulares y fue llevado a la casa de seguridad de Fairfax, Virginia, donde retenían a los dos revolucionarios nazis. Mientras el automóvil atravesaba los portones y se internaba en un largo sendero circular que conducía a la imponente entrada principal, el director de Operaciones Consulares trató de recordar todas las maniobras que había utilizado en sus interrogatorios de campo. Por supuesto, el primero era: "Eh, amigos, prefiero verlos vivos antes que muertos, pero eso no lo decido yo, espero que ustedes lo comprendan así. Aquí no podemos jugar; hay un sótano con paredes que no dejan pasar los sonidos. Los muros están bastante marcados a causa de las ejecuciones precedentes"... etcétera, etcétera.

Naturalmente, no había esa pared, ni una habitación de esas características, y en general sólo los prisioneros más fanáticos descendían en el ascensor revestido de negro para ir al encuentro de la muerte. Los que decidían recorrer esos breves quince metros recibían una inyección de derivados de la escopolamina, y se sentían tan agradecidos cuando revivían que normalmente cooperaban sin desmayos.

El amplio calabozo para dos hombres no tenía las características de una cárcel. Medía seis metros de largo por cinco de ancho, e incluía dos camas de tamaño normal, un fregadero, un inodoro separado del resto, un pequeño refrigerador y un televisor. Se parecía más a una habitación de hotel de precio moderado que al anexo de la antigua cárcel de Alcatraz o de Attica. Lo que los prisioneros no sabían, pero probablemente sospechaban, es que en las paredes había cámaras disimuladas, y que ellas cubrían todo el espacio posible.

-¿Puedo entrar, caballeros? –dijo Sorenson, deteniéndose junto a la puerta del calabozo–. ¿O prefieren que hable alemán para entenderme mejor?

-Hablamos bien el inglés, mein Herr –replicó el más sereno, París Dos–. Fuimos capturados, y por lo tanto, ¿qué podemos decir?... ¿No, usted no debe entrar aquí?

-Entiendo que ésa es una respuesta afirmativa. Gracias.

-Que el guardia y su arma permanezcan afuera –dijo París Cinco, un hombre menos cordial.

-Yo no dicto los reglamentos. –Sorenson entró en el calabozo acompañado por el guardia, que retrocedió hasta la pared contraria, y retiró de la cartuchera su arma corta–. Creo que debemos hablar, y hablar seríamente, caballeros.

-¿De qué tenemos que hablar? –preguntó París Dos.

-De la posibilidad de que ustedes vivan o mueran. Supongo que ésa es la cuestión fundamental –replicó el director de Operaciones Consulares–. Ustedes comprenden, la decisión no es mía. Abajo, unos seis o siete metros bajo el nivel del suelo, hay una habitación... –Sorenson describió la cámara

de ejecución, lo cual provocó la incomodidad de París Cinco, y una recepción más fría de Cero Dos, que continuó mirando fijamente al director, una sonrisa tensa en los labios.

-¿Usted cree que nuestra adhesión a la causa es tan firme que le ofreceremos una excusa para matarnos? –dijo–. A menos que esté predispuesto a dar ese paso.

-En este país consideramos que quitar la vida es algo muy serio. Nunca se habla de predisposición, ni se acepta a la ligera la necesidad de dar ese paso.

-¿De veras? –continuó diciendo París Dos–. Entonces, ¿por qué sucede que fuera de ciertos estados árabes, de China, y de lo que queda de Rusia, ustedes son el único país del mundo civilizado que conserva la pena de muerte?

-Se trata de la voluntad del pueblo... por supuesto, en ciertos estados. Sin embargo, la situación en que ustedes se encuentran excede la política nacional. Ustedes son asesinos internacionales, terroristas que operan en nombre de un partido político desacreditado que no se atreve a dar la cara, porque sería denunciado a través del mundo.

-¿Está tan seguro de esto? –interrumpió París Cinco.

-Yo diría que sí.

-¡En ese caso, está equivocado!

-Lo que mi camarada está diciendo –intervino Dos– es que quizá tenemos más apoyo que lo que usted cree. Considere el caso de los nacionalistas rusos extremos. ¿Son tan diferentes del Tercer Reich? Y los fanáticos derechistas en Estados Unidos, y sus hermanos, los fundamentalistas religiosos que queman libros; el programa de actividades de esa gente podría haber sido redactado por Hitler y Goebbels. No, mein Herr, nuestras metas de higienización concitan mucha más simpatía que la que usted podría imaginar.

-Ojalá que no.

-La esperanza es una cosa con plumas, como lo sugirió uno de los mejores escritores norteamericanos, ¿no es así?

-Sucede que yo no creo eso; pero usted es un jóven bastante culto, ¿verdad?

-He vivido en distintos países, y espero haber asimilado parte de la cultura de cada uno.

-Usted mencionó algo acerca del nivel de adhesión –dijo Sorenson. Me preguntó si creía que ustedes profesaban una adhesión "tan firme" que yo podría utilizar ese compromiso como excusa para ejecutarlos.

-Dije "para matarnos" –corrigió Cero Dos–. La ejecución implica una justificación legal.

-Para lo cual, en este caso, hay pruebas más que sobradas. Me refiero a los intentos y al asesinato final del oficial Latham.

-¡Es la guerra! –afirmó París Cinco–. ¡En la guerra, los soldados matan a otros soldados!

-No tengo conciencia de que haya existido una declaración de hostilidades, ni un llamado nacional a las armas. Por consiguiente, es

Librodot

asesinato puro y simple... De todos modos, esto es puramente académico, y excede mis posibilidades de control. Yo solamente puedo transmitir información; la decisión corresponde a mis superiores.

-¿Qué clase de información? –preguntó Dos.

-¿Qué pueden ofrecernos ustedes a cambio de su vida?

-¿Por dónde quiere empezar... en el supuesto de que poseamos dicha información?

-¿Quiénes son sus colegas en Bonn?

-Puedo responder sinceramente a esa pregunta. No lo sabemos... Retrocedamos un poco, mein Herr. Somos un grupo selecto que vive una vida extraordinaria, las fantasías de todos los jóvenes que están soberbiamente entrenados para cumplir órdenes. Estas órdenes nos llegan a través de códigos, los cuales cambian constantemente. –París Dos describió las formas de vida de su grupo, como había dicho a Cero Cinco que haría en el viaje a Washington. –Somos las tropas de choque, las tropas de asalto si así lo desea, y mantenemos contacto con nuestras unidades en todos los países. Jamás se utilizan nombres el prefijo Cero es París –yo soy París, Cero Dos– Estados Unidos es el prefijo Tres, y el nombre del lugar siempre va primero.

-¿Cómo establecen contacto?

-Utilizando números telefónicos seguros indicados por Bonn. También en este caso se utilizan dígitos, no nombres.

-Con respecto a este país, ¿qué puede decirnos que me convenza de que debo recomendar compasión con respecto a las ejecuciones?

-Mein Gott, ¿por dónde quiere que empiece?

-Por donde se les antoje.

-Muy bien, comencemos con el vicepresidente de Estados Unidos.

-¿Que?

-Es uno de los nuestros, y hasta la médula. Después está el presidente de la Cámara de Representantes, por supuesto un hombre de antepasados alemanes, un anciano caballero que se declaró objetor de conciencia durante la Segunda Guerra Mundial. Por supuesto hay otros, muchos otros, pero sus nombres o cargos dependerán de lo que usted recomiende al comité de ejecución.

-Quizá ustedes mienten absolutamente.

-Si eso es lo que cree, más vale que nos fusile.

-Ustedes son basura.

-¡Como lo es usted a nuestros ojos! –gritó París Cinco–. Pero el tiempo está de nuestro lado, no del suyo. Más tarde o más temprano el mundo despertará y verá que tenemos razón. Los negros deshumanizados cometen la gran mayoría de los delitos; los árabes constituyen los grupos más nutridos de terroristas, y los judíos son los manipuladores del mundo, y estafan y corrompen todo lo que está a su alcance... ¡todo para ellos, nada para el resto!

-Pese a mi apasionado colaborador, ¿desea nuestra información o no? –preguntó Cero Dos–. Me encantaba mi vida de privilegio en París, pero si hay que suspenderla, ¿por qué no promovemos un cambio total?

Librodot

-¿Puede suministrar pruebas de las absurdas acusaciones que ha formulado?

-Solo podemos decirle lo que nos dijeron. Pero le ruego recuerde que somos el núcleo selecto de la Fraternidad.

-Die Briiderschaft –dijo el director de Operaciones Consulares, y en su voz se manifestaba la repulsión.

-Exactamente. Ese nombre recorrerá el globo y será honrado.

-No será así si depende de mí.

-Pero, ¿depende de usted, mein Herr? Usted no es más que un pequeño engranaje con muchas ruedas, lo mismo que yo. Francamente, todo el asunto ya me aburre. Dejemos que la historia siga su curso inevitable, que no puede cambiar por la voluntad de hombres como usted y como yo. Por otra parte, prefiero más bien vivir que morir.

-Hablaré con mis superiores –dijo fríamente Wesley Sorenson, se encaminó hacia la entrada, e hizo una señal al guardia.

Cuando los dos hombres desaparecieron, París Dos tomó un anotador y cubriendo la mano que escribía redactó en alemán: "No puede darse el lujo de ejecutarnos".

-Monsieur l'Ambassadeur –dijo Moreau, que estaba solo con Heinrich Kreitz en la oficina que éste ocupaba en la Embajada de Alemania–. Confío en que no se hará una grabación de nuestra conversación. A ninguno de los dos nos conviene.

-No hay grabación –replicó el anciano embajador, que con su reducida estatura, la cara pálida y arrugada y los anteojos con marco de acero parecía más bien un gnomo castigado por las inclemencias del tiempo que un gigante intelectual de Europa. –Tengo la información que usted solicitó…

-Que solicité usando una línea segura, –interrumpió el jefe del Duexième Bureau, sentado frente al escritorio.

-Naturalmente. Le doy mi palabra en ese sentido... Los registros se remontan a los primeros datos acerca de la niñez y la familia de Gerhardt Kroeger, la formación universitaria y médica, la designación en un hospital y más tarde su retirada de Nuremberg. Es una carpeta notable, que reseña los triunfos de un hombre brillante; y con la posible excepción del momento en que renunció bruscamente a la comunidad médica, no hay nada que implique impropiedad, y mucho menos simpatía por los movimientos neonazis. Naturalmente, preparé una copia para usted.

-Kreitz se inclinó hacia adelante y depositó el sobre de papel madera cerrado frente a Moreau, que lo recogió, impresionado por el grosor y el peso.

-Ahórreme un poco de tiempo, si está a su alcance, señor.

-No hay nada más importante que nuestra investigación combinada. Adelante.

-¿Leyó detenidamente este material?

-Como si fuera una tesis doctoral que debo aceptar o rechazar. Muy detenidamente.

-¿Quiénes eran los padres?

-Sigmund y Elsi Kroeger, y usted acaba de rozar el primer dato que desacredita cualquier relación con los neonazis. Sigmund Kroeger fue

Librodot

mencionado oficialmente como desertor de la Luftwaffe durante los últimos meses de la guerra.

-Sucedió lo mismo con millares de hombres.

-Quizá de la Wehrmacht, no de la Luftwaffe, y el número de altos oficiales que desertaron fue aun más reducido. Kroeger padre era un mayor condecorado, y por el propio Goering. Los registros militares, los nuestros y los de los aliados, demuestran que si la guerra hubiese continuado y hubieran capturado a Kroeger, lo habrían sometido a una corte marcial y fusilado. Eso lo habría hecho el Tercer Reich.

-¿Qué le sucedió después de la guerra?

-Las complicaciones habituales. Había volado con su Messerschmitt sobre las líneas aliadas, se arrojó en paracaídas, y dejó que su avión cayese a tierra. Los soldados británicos evitaron que los aldeanos de la zona lo matasen, y se le concedió la condición de prisionero de guerra.

-Y después de la rendición, ¿lo repatriaron?

-Otros problemas... ¿qué puedo decirle? Era hijo de un industrial que empleaba a centenares de personas. Sin embargo, en último análisis era un desertor, y no un abnegado partidario, lo cual ciertamente no auguraba que su hijo llegaría a merecer esa calificación.

-Sí, comprendo. ¿Y su esposa, la madre de Gerhardt?

-Una sólida Hausfrau de la alta clase media, que probablemente detestaba la guerra. En todo caso, nunca se dijo que ella había sido miembro del Partido Nacional Socialista, y tampoco se supo nunca que hubiera asistido a alguna asamblea.

-No era precisamente una influencia pronazi.

-Eso es lo que intento decirle.

-Y la formación universitaria y médica de Kroeger, ¿había grupos estudiantiles contrarios a la democratización de Alemania, continuadores del Tercer Reich que podrían haber impresionado al jóven Kroeger?

-No que yo sepa. En general, sus profesores lo consideraban un hombre de carácter reservado, un erudito nato y un médico en formación realmente destacado. Su residencia en cirugía fue tan soberbia que se le permitía operar meses antes de que ésa rutina fuese un hecho aceptado.

-¿La especialización?

-El cerebro. Dicen que tenía "manos de oro y dedos de mercurio; cita directa del famoso Hans Traupman, otro gigante en la especialidad.

-¿Quién?

-Traupman, Hans Traupman, jefe de cirugía de cráneo, de Nuremberg.

-¿Son amigos?

-Fuera de una asociación profesional, no hay referencia concreta a una relación amistosa.

-Sin embargo, elogió desmedidamente a un subordinado.

-Moreau, no todos los cirujanos son mezquinos.

-Imagino que tiene razón. ¿Hubo conclusiones u opiniones acerca de los motivos por los cuales Kroeger renunció a su cargo e inmigró a Suecia?

-No, fuera de su propio enunciado muy emotivo. Había estado ejecutando operaciones muy delicadas, por no decir inquietantes, durante casi veinte años. Su juicio personal era que estaba agotado, se había originado un temblor en esos dedos "de mercurio", y él no deseaba arriesgar la vida de los pacientes. Una actitud admirable.

-Y que podría confundir a cualquiera –dijo en voz baja Moreau. ¿Alguien fue a verlo donde está ahora?

-Solo se tienen informes de oídas, como usted verá en el prontuario. Algunos ex colegas que tuvieron noticias suyas, cuando mucho hace menos de cuatro años dijeron que inauguró un consultorio bajo un nombre sueco, al norte de Goteborg.

-¿Quiénes son esos "ex colegas"?

-Los nombres están en el informe. Puede buscarlos personalmente, si lo desea.

-Lo deseo.

-Bien, monsieur Moreau –dijo el embajador alemán, y su cuerpo enjuto y de escasa estatura se acomodó mejor en el sillón–, creo que es hora de que usted se sincere conmigo. Cuando hablamos –por una línea segura, como usted reclamó– usted dio a entender que cierto Gerhardt Kroeger, cirujano, podía ser parte del movimiento nazi. Pero no aportó evidencia, y mucho menos pruebas. En cambio, en una actitud insultante, usted dijo que si mi gobierno a través de esta oficina rehusaba satisfacer su reclamo y suministrarle un informe completo acerca de Kroeger, usted se quejaría al Quai d'Orsay diciendo que podía suponerse que estábamos ocultando la identidad de un poderoso miembro del nuevo grupo nazi. Tampoco en este caso hubo evidencia o pruebas; y una vez que usted incorpore ese informe a su sistema, es muy posible que un médico inocente que vive en Suecia vea amenazada su propia vida, pues yo no dudo de que usted encontrará a ese hombre. Ahí está su información, monsieur Moreau. Deme algo, aunque sea sólo para aliviar mi conciencia, pues como ya dije antes, estoy seguro de que usted lo encontrará.

-Lo hemos encontrado, Monsieur l'Ambassadeur. Está aquí, en París, a menos de veinte calles de distancia. Su misión es encontrar a Harry Latham y matarlo. Pero, ¿por qué él? ¿Por qué un médico, un cirujano? Éste es el interrogante al que debemos contestar.

En la calle, Moreau se dirigió directamente al vehículo del Deuxieme Bureau, ascendió y con un gesto indicó al chofer que pusiera en marcha el automóvil; y después se apoderó del teléfono que comunicaba con la embajada. Marcó el número de una casa estéril.

-¿Jacques?

-¿Sí, Claude?

-Realice una investigación profunda de un médico llamado Traupman, Hans Traupman, cirujano de Nuremberg.

La noche pasaba lentamente, con excesiva lentitud para el nervioso Drew Latham. La suite del hotel era su cárcel personal; incluso el aire reciclado comenzaba a parecerle opresor. Abrió una ventana, y la cerró inmediatamente; la noche Parisiense era húmeda, y prefería el aire acondicionado. Había pasado demasiado tiempo enclaustrado, como el

Librodot

fugitivo que supuestamente era. Necesitaba salir, como había hecho la víspera por la tarde, cuando había visitado su propio apartamento en la rue du Bac acompañado por el infante de marina. Había permanecido allí menos de una hora, y estuvo apenas unos minutos en la calle; pero esa hora, y esos minutos, fueron un breve respiro que vino a aliviar el encierro sofocante y restrictivo de la Maison Rouge de los Antinayous, el apartamento de Witkowski o incluso el de Karin, no, el de Karin no. Eso había sido una suerte de liberación que lo salvaba de otra cosa, algo de lo cual había estado huyendo durante años, y era espléndido, cálido y reconfortante.

-Pero ahora, ahora necesitaba sentirse de nuevo un hombre libre, aunque fuese por un rato; tenía que caminar por las calles entre la gente, quizá era así de sencillo. Había hablado con Karin dos horas antes, cuando ella aún estaba en la embajada, y convinieron que en beneficio de una seguridad absoluta él no la llamaría a la Madeleine. Ciertamente, no; lo que menos deseaba era que ella también tuviese que huir. Sin embargo, ella le había entregado un mensaje urgente de Washington. Debía comunicarse con Wesley Sorenson por la línea muy privada, e intentar hasta que el director de Operaciones Consulares respondiese. Si hacia las seis, hora de Washington, no se habían comunicado, debía llamar a Sorenson a su domicilio, sin importar la hora.

Lo había intentado repetidas veces, consciente de que era imposible rastrear el número. Había probado hasta las once de París, las seis de Washington. Después, telefoneó al domicilio de Wes. La señora Sorenson había atendido; la esposa del jefe de espías había dicho las palabras adecuadas.

-Mi esposo espera un llamado de nuestro marchand de antigüedades en París. Si se trata de él, le diré que el señor Sorenson estará ocupado hasta alrededor de las siete, hora local. Pero si no es mucha incomodidad, le ruego que intente entonces, pues nosotros no tenemos su número en París. Está muy interesado en el tapiz que vimos el mes pasado.

-No fue vendido, señora –respondió Drew–. Lo llamaré poco después de medianoche, hora de París, las siete para ustedes. Es lo menos que puedo hacer por clientes tan buenos.

¿Qué era tan importante que parecía "urgente" a Sorenson? Sin duda, tendría que esperar una hora, y conjeturar acerca de una docena de posibilidades en los límites de la pequeña suite del hotel era más de lo que él podía tolerar. Además, estaba usando ese uniforme restrictivo que apenas le permitía respirar; tenía los cabellos teñidos de modo que mostraban a los observadores un rubio ridículo; tenía que usar los anteojos que Karin le había suministrado, y el adminículo empeoraba su visión. Sin embargo, ¿había algo más seguro que la combinación de la apariencia modificada y la oscuridad? Finalmente, tenía ese fino teléfono celular. Si Witkowski o alguien autorizado de la embajada lo necesitaba en una situación urgente, probarían ese número, en caso de que no pudiesen comunicarse con él en la habitación del hotel.

Descendió en el ascensor hasta el vestíbulo, pasó frente al escritorio del portero, sintiéndose absurdo, cuando varias manos se acercaron a las gorras y lo saludaron con frases como "¿mon colonel?" y "señor coronel Webster", hasta que pasó por una puerta giratoria y salió a la rue de Castiglione. ¡Dios

Librodot

santo, qué grato era estar afuera, lejos de los muros de su prisión! Se volvió hacia la derecha, apartándose de los faroles callejeros, y descendió por el pavimento, respirando hondo el aire, el paso firme, casi militar, según advirtió con una suerte de sonrisa interior.

Y entonces sucedió. El teléfono que llevaba en el bolsillo de la túnica comenzó a sonar, con un timbrazo grave y enfático. Sobresaltó a Drew de tal modo que comenzó a manipular, olvidando los botones de la chaqueta militar, y deseando sólo que el maldito ruido cesara. Finalmente, consiguió extraer el instrumento, presionó el botón de la recepción y acercó el teléfono al oído.

-¿Sí, qué?

-Esta es la unidad W de infantes de marina. ¿Es usted, señor? ¿Qué está haciendo fuera del hotel?

-Tomando un poco de aire. ¿Tiene inconveniente?

-Puede apostar su trasero a que tenemos inconveniente, pero es demasiado tarde. Lo están siguiendo.

-¿Qué?

-Tenemos una fotografía, pero no podemos estar seguros. De todos modos, creemos que es Reynolds, Alan Reynolds, del centro de comunicaciones. Lo tenemos en nuestros binoculares, pero la luz no es muy buena, y él está usando sombrero y se levantó las solapas.

-¿Cómo demonios pudo hallarme, estoy de uniforme y mis malditos cabellos son rubios?

-Puede alquilarse el uniforme, y los cabellos rubios no significan mucho durante la noche, y la persona en cuestión usa una gorra de oficial... Continúe caminando, y ría muchísimo cuando devuelva el teléfono al bolsillo. Después, doble a la derecha en la primera calle angosta. Hemos estudiado la zona; saldremos y caminaremos detrás de usted.

-¡Por Dios, deténganlo, aprésenlo! ¡Si me encontró, es más que probable que también sepa cuál es el domicilio de la señora de Vries!

-No sabemos quién es esa señora, pero no constituye nuestra prioridad. Usted sí lo es, señor.

-¡Ella es una gran prioridad conmigo, señor infante de marina!

-Empiece a reír con fuerza, y deje el teléfono.

-¡Por supuesto!

Drew comenzó a hacer el papel del tonto en la atestada rue de Castiglione, y rio como una hiena aullante, devolvió el teléfono celular al bolsillo y entró por la primera calle angosta que estaba a pocos metros de distancia. Pero en lugar de caminar, echó a correr, y se acercó al portal más próximo de la derecha, y viró en la esquina para quedar fuera de la vista de su perseguidor. La calle misma, apenas un callejón un poco más ancho que lo común, era una de esas áreas residenciales Parisienses donde las historias son largas y los alquileres son bajos. La única luz provenía de dos faroles callejeros, instalados en extremos opuestos de la calle; el resto estaba sumido en la oscuridad. Latham se quitó la gorra de oficial, y moviéndose centímetro tras centímetro espió alrededor de la esquina. La figura que se acercaba cautelosamente por la calle angosta, sostenía un arma en la mano,

Librodot

y Drew juro por lo bajo. No había contemplado la posibilidad de traer un arma, ¡y además bajo la tela ajustada del uniforme no había lugar para ocultar una pistola!

Como no vio a nadie, el hombre que sostenía el arma en la mano echó a correr hacia el farol callejero que estaba encendido sobre el extremo contrario; fue todo lo que Latham pudo ohservar. Cuando la figura se acercó, Drew descargó hacia adelante el pie derecho, alcanzando al hombre en la ingle; después, se abalanzó, despidiendo a Alan Reynolds a través del callejón, hacia la pared. La mano de Latham aferró el arma que colgaba flojamente por la pérdida del equilibrio del traidor.

-¡Hijo de perra! –rugio Drew, lanzando a Reynolds hacia la pared de piedra más agresivamente que lo que solía hacer cuando cortaba el paso de un antagonista sobre el hielo–. ¿De donde viene, y qué sabe? ¿En qué parte de este asunto encaja mi hermano?

-¡Usted no es él! –dijo el nazi con voz sofocada–. Ya me lo sospechaba, ¡pero no querían escucharme!

-Estoy escuchando, canalla –dijo Latham, el arma del topo presionándole la frente–. ¡Hable!

-No hay nada de qué hablar, Latham. Ellos ya tienen mi informe, acerca de usted y la mujer de Vries, y la trampa que armaron.

De pronto la mano derecha de Reynolds se elevó en la sombra y tocó su propio cuello. Apretó el lienzo y mordió la tela.

-¡Ein Volk, ein Reich, ein Fiurer! –gritó Alan Reynolds con su último aliento.

La unidad de infantes de marina designada con la letra W corrió por la calle estrecha y oscura, las armas desenfundadas.

-¿Está bien? –gritó el sargento a cargo del grupo.

-¡No, no estoy, bien! –contestó enfurecido Drew–. ¿Cómo llegó hasta aquí este hijo de perra? ¿Cómo esquivó a todos estos microscopios de elevada tecnología y a los psiquiatras y a los investigadores que supuestamente pueden mencionar la fecha, la hora y el minuto en que fue concebido un solicitante? ¡Es todo basura! Este hombre no era solo un neo que vino a buscar dinero o algunas medallas; era un fanático comprobado que lanzó el saludo nazi apenas tomó el cianuro. ¡Hubieran debido identificarlo hace años!

-No discutiremos eso –afirmó el sargento–. Comunicamos por radio al coronel Witkowski que lo habíamos atrapado, o creíamos haberlo hallado. Nos dijo que hiciéramos lo que había que hacer, que lo baleásemos en las piernas o en los brazos, pero lo trajésemos vivo.

-Sargento, a menos que el Cuerpo le haya conferido poderes que no creo que posea, eso será un tanto difícil.

-Debemos llevar el cuerpo a la embajada, pero ante todo usted deberá regresar al Inter–Continental.

-Tendrán que rodear varias manzanas para dejarme allí. Caminando llegaré antes.

-El coronel nos freirá el trasero si le permitimos hacer eso.

Librodot

-Y yo lo freiré si no lo hacen. No soy responsable ante Witkowski, pero si de ese modo ustedes se sienten más cómodos, es la primera persona con la cual me comunicaré.

De regreso en su suite del hotel, Latham se apoderó del teléfono y marcó el apartamento del coronel.

-Sov yo –dijo.

-Y la próxima vez que usted diga a mi gente que hará lo que le plazca porque no es responsable ante mí, le retiraré la protección y haré lo posible para enfrentarlo con una unidad de asesinos nazis.

-Estoy seguro de que cumplirá su palabra.

-¡Puede estar absolutamente seguro! –Confirmó el irritado Coronel.

-Tuve mis razónes, Stanley.

-¿Cuales son?

-En primer– lugar, Karin. Reynolds envio a los neos un informe en el que afirmaba que yo no era Harry, sino el otro Latham, y que Karin era parte de la trampa.

-Bastante exacto. ¿Dijo cuál era la trampa?

-El cianuro se lo impidió.

-Sí, me lo dijo el sargento, y también me comunicó sus opiniones bastante duras con respecto a nuestros controles de seguridad.

-Creo que dije que eran una basura, y, eso es exactamente lo que son... Stanley, retire a Karin de su apartamento. Si Reynolds me Encontró, la rue Madeleine no está muy, lejos. ¿Retírela de allí!

-¿Tiene alguna sugerencia?

-Aquí, el Inter–Continental, con peluca rubia y, todo.

-Eso es lo más estúpido que pudo decir. Si Reynolds lo descubrió allí, ¿a quién se lo dijo, y, quién se lo comunicó a él?

-Estoy omitiendo algo.

-En efecto. Hay otro Alan Reynolds, otro topo en la embajada, y, ocupa un cargo muy, alto. Lo trasladó al Normandie, con el pretexto de que el Coronel Webster regresa a Washington con fines de evaluación.

-Una actitud un tanto negativa, ¿verdad?

-De hecho, es probable que demos a entender que usted es un tanto incompetente. A los franceses les encanta oír cosas por el estilo acerca de los norteamericanos.

-El Coronel Webster está ofendido. Por lo menos puedo lavarme esos cabellos rubios y quitarme el uniforme, ¿verdad?

-Equivocado –dijo Witkowski–. Conserve ambas cosas un rato más. Usted no puede regresar a su propio nombre, y se le entregó una tarjeta de identificación como Webster. La noticia se filtró, y al mantener las cosas en ese estado tal vez podamos hallar al topo. El círculo se está cerrando, y estamos observando a los pocos que saben, y en efecto forman un grupo muy reducido. Quizá sólo los infantes de marina, Reynolds, y ese vendedor de jugo de frutas, el hombre llamado Lewis, que probablemente está yendo de puerta en puerta en algún rincón de la tundra.

Librodot

-Si Reynolds me denunció a las personas convenientes, ya pueden tomarme las medidas para fabricar el ataúd.

-No necesariamente. Usted está protegido, coronel. Y a propósito, ¿no se lo dijo Karin? Wesley Sorenson estuvo intentando comunicarse con usted. No le suministramos su cobertura, y tampoco la pidió, pero es necesario que lo llame.

-Ocupa el lugar siguiente en mi lista. Vuelva a llamarme para dirigir mi traslado al Normandie, y evite que Karin continúe en una situación peligrosa. ¿Qué le parece el Normandie?

-Por ser espía, usted no es muy sutil, Latham.

Drew cortó la comunicación y consultó su reloj. Era pasada la medianoche, más de las siete en Washington. Tomó el teléfono y marcó los números correspondientes a Estados Unidos.

-¿Sí? –dijo la voz de Sorenson.

-Es su marchand Parisiense de antigüedades.

-¡Gracias a Dios! Lamento el hecho de que estuve muy, ocupado, pero ésa es otra historia, otra enorme jaqueca, por no decir una catástrofe.

-¿Puede explicarme de qué se trata?

-No por ahora.

-Entonces, ¿qué era lo urgente?

-Moreau. Está limpio.

-Me alegro de saberlo. Nuestra embajada no.

-Es lo que deduzco de los datos recibidos, pero como está en su sector a usted le toca decidir. Si está en un aprieto, y no sabe a quién dirigirse…

-Un momento, Wes, no tengo ningún problema con Witkowski –lo interrumpió Latham.

-Tampoco yo. Pero no sabemos quién lo sigue de cerca.

-De acuerdo. Alguien está haciéndolo.

-En ese caso, diríjase a Moreau. Él ignora que usted está vivo, de modo que antes de buscarlo, llámeme y yo le prepararé el terreno.

-¿Todavía está aislado?

-Uno de nuestros errores más graves.

-A propósito, Wes, ¿alguna vez oyó hablar de Adam Reynolds, del centro de comunicaciones de la embajada?

-Creo que no.

-Ojalá nadie lo conociera. Era un neo.

-¿Era?

-Ha muerto.

-Imagino que ésa es una bendición.

-No lo sé. Lo necesitábamos vivo.

-A veces las cosas salen mal. Manténgase en contacto.

Gerhardt Kroeger trabajó sobre el fax que había llegado de Bonn, con un libro de códigos en la mano izquierda y un lápiz en la derecha.

Librodot

Con movimientos cuidados insertó las letras apropiadas sobre los términos cifrados del mensaje. Cuanto más se aproximaba a la finalización de la tarea, más se excitaba su mente; una excitación de todos modos controlada, de manera que el científico que había en él exigía una concentración total. Cuando al fin concluyó, experimentó una profunda alegría. El informante de la embajada de Estados Unidos había tenido éxito allí donde el famoso equipo de la Blitzkrieg había fallado. La información del topo tenía defectos, ¡pero había encontrado al Latham sobreviviente! Su fuente definitiva se mantenía en el anonimato, pero el individuo afirmaba que era irrefutable, una persona a quien él había cultivado en el curso de los años, una mujer a quien había prestado muchos favores, y que ahora vivía en un nivel muy superior a lo que permitían sus medios. No mentiría al topo por dos razónes concretas: la primera, su actual y costoso medio de vida; la segunda, mucho más importante que la anterior, la amenaza de ser denunciada. Eran los ingredientes usuales para mantener sujeta a una fuente interior.

Donde el informante estaba equivocado era en su convicción de que el Latham que había sobrevivido al intento de asesinato no era Larry Latham, sino su hermano Drew Latham, el funcionario de Operaciones Consulares. Kroeger sabía que eso era absurdo; la evidencia se inclinaba abrumadoramente por la posición contraria. Una evidencia proveniente de tantos sectores distintos que no podía haber sido inventada. Además de los informes policiales, la prensa y la amplia red oficial tendida para atrapar a los asesinos, estaha la versión de Moreau del Deuxième y su colaborador. Este último había visto a Harry Latham cuando regresaba al tren del Metro, después del tiroteo. De todos los funcionarios de la Inteligencia francesa, Moreau era el que menos se habría atrevido a mentir a la Fraternidad. Si lo hacía, se convertiría en un paria, un hombre irremediablemente arruinado.

Las veintenas de transferencias financieras realizadas en beneficio de su cuenta en Berna lo garantizaban.

"Mi fuente interna –concluía el mensaje de Bonn–, no dice que la sección Documentos e Investigación fraguó los papeles de cierto coronel Anthony Webster, lo mismo que una tarjeta de identificación militar y, un pedido que realizó la embajada solicitando habitaciones en el Hotel Inter–Continental, en la rue de Castiglione. La misma fuente dice además que con unos instantes la tarjeta de identificación de material plástico. La fotografia inserta sin duda también era falsa, un hombre de rasgos conocidos, pero cabellos rubios mas que castaños oscuros, y vistiendo uniforme y usando anteojos de tamaño considerable. Aunque ella nunca vio una fotografía de Harry Latham, cree que el hombre de la foto es su hermano, Drew Latham, agente de Operaciones Consulares. De acuerdo con los registros de la embajada, autorizados por la Seguridad, el cuerpo de Drew Latham fue devuelto a la familia en Estados Unidos. Sin embargo, mi propia investigación, que incluye los manifiestos del avión diplomático norteamricano, demuestra que no hecho esa transferencia en la fecha mencionada. Por consiguiente, a mi juicio el Latham del Inter–Continental no es Harry Latham, sino su hermano. En colaboración con el personal de seguridad de la embajada y la holandesa De Vries, ellos trazaron una estrategia enderezada a obtener el apresamiento de un miembro o varios miembros de nuestra Fraternidad. Abrigo la esperanza de conseguir esta

Librodot

noche información acerca del carácter de la trampa; me apostaré frente al hotel de Latham, y aunque me lleve toda la noche y todo el día me apoderaré de él y sabré a qué atenerme. O lo mataré, de acuerdo con el método recomendado."

Kroeger pensó: ¡Tonterías! Los hermanos a menudo exhiben rasgos análogos. ¿Por qué los norteamericanos debían mentir acerca de la muerte de Latham? ¡No había motivos que justificaran esa actitud, y muchas razónes para rechazar dicha explicación! La lista de Harry Latham era la clave de la búsqueda global desatada en perjuicio de los nazis que reaparecían en distintos lugares. Lo necesitaban, y por eso hacían tantos esfuerzos con el propósito de mantenerlo vivo, desde el aprovechamiento de la ayuda de los belicosos Antinayous, a la emisión de tarjetas falsas de identidad militar, y el traslado de un hotel a otro. Harry Latham/Alexander Lassiter era un animal de presa en el ámbito de inteligencia; lloraba a su hermano, y deseaba venganza a toda costa. No tenía la más mínima sospecha de que en unas veintiocho horas la situación cambiaría básicamente; Harry Latham habría muerto. Pero el tema era importante para Gerhardt Kroeger. Kroeger necesitaba encontrarlo y volarle la cabeza. Ahora, él sabía a quién acudir, y al mismo tiempo alimentaba la viva esperanza de que su informante ya hubiese ejecutado a Harry... y lo hubiese hecho como era necesario.

A las dos y diez de la mañana Kroeger se puso la chaqueta y un impermeable liviano; el impermeable era necesario aunque fuera únicamente para disimular la pistola, de gran calibre, equipada con seis proyectiles Black Talon. Cada bala penetraba en el cuerpo y el impacto se distribuía como el de un proyectil letal, determinando un proceso de destrucción total.

-Lo recogerán a las tres en punto –dijo Witkowski.

-¿No antes? –preguntó Latham.

-Caramba, faltan sólo cuarenta y cinco minutos. Cuando usted descienda a la planta baja, quiero que haya una unidad en el vestíbulo y un equipo en la calle. Eso requiere un poco de organización, y hay que usar ropas civiles y otros elementos.

-De acuerdo. ¿Qué dice de Karin?

-Está a salvo, tal como usted deseaba. Con su peluca rubia, como creo que usted mismo sugirió.

-¿Donde?

-No en el lugar en que usted se encuentra.

-Stanley, usted es todo corazón.

-Y usted habla como mi madre, que en paz descanse.

-¿Por qué no puedo desear lo mismo para usted?

-Porque usted siempre quiere la satisfacción instantánea, y yo no lo permitiré... Uno de mis hombres recogerá su equipaje y su portafolios quince minutos antes de que usted descienda. Si alguien pregunta adónde va, dígale que no puede dormir. Otro de sus paseos callejeros. Más tarde nos haremos cargo del hotel.

-¿Usted cree realmente que Reynolds informó a otros neos del grupo de París?

Librodot

-Francamente no, porque sobre la base de lo que hemos podido averiguar, su pelotón de asesinos desapareció... ¿A quién puede avisar? En Alemania nadie podría llegar aquí a tiempo, y este Kroeger es médico, no un asesino. Mi opinión es que vino aquí para confirmar, no para desencadenar situaciones, en el supuesto de que sepa cómo hacerlo. Reynolds actuaba por su cuenta, pues lo vieron en la calle frente a mi casa, e intentó tomar la iniciativa. Matarlo a usted le habría significado una mención meritoria en su prontuario.

-Stanley, no podemos estar seguro de que él supo que lo habíamos localizado.

-¿De veras? Entonces, ¿por qué no apareció en la embajada por la mañana? Recuerde, chlopak, que dos neos huyeron después del encuentro con mis hombres...

-La escalera de incendios y la alfombra, ¿verdad? –lo interrumpió Drew.

-Lo veo cada día más inteligente. Si A es igual a B y B es igual a C, podemos deducir que A es igual a C. Es una norma bastante útil.

-Ahora usted se parece a Harry.

-Gracias por el cumplido. Prepárese.

Latham se ocupó de alistar su propia maleta, lo cual fue fácil porque estaba casi como al llegar al hotel, ya que había retirado sólo los pantalones y la chaqueta civiles, el uniforme del agregado diplomático en ese momento. Ahora, comenzó la espera, y los minutos transcurrieron entre los muros de su prisión. De pronto llamó el teléfono; suponiendo que era Witkowski, Drew atendió en el acto.

-Sí, ¿qué pasa ahora?

-¿Como qué pasa? Querido, habla Karin.

-Dios mío, ¿donde estás?

-Juré no decírtelo...

-¡Tonterías!

-No, Drew, protección. El coronel me informa que están mudándote... por favor, no quiero saber adónde.

-Esto está convirtiéndose en algo ridículo.

-Entonces, no conoces a nuestro enemigo. Yo sólo deseo mostrarme cuidadosa, muy cuidadosa.

-¿Te enteraste cual asunto de esta noche?

-¿Reynolds? Sí, Witkowski me informó, y por eso te llamó. No puedo comunicarme con el coronel; su teléfono está ocupado, lo cual significa que él está hablando constantemente a la embajada, pero hace apenas unos instantes me sucedió algo, y no debo reservar para mí lo que sé.

-¿A qué te refieres?

-Alan Reynolds a menudo venía a Documentos e Investigación con distintos pretextos, casi siempre en relación con nuestros mapas y la información acerca del transporte.

-¿A nadie le parecía extraño? –la interrumpió Latham.

-En realidad, no. Es más fácil que llamar a las líneas aéreas o revisar los horarios de los trenes, o lo que es peor, comprar mapas viales con textos

Librodot

en un francés escrito con letra pequeña. Los nuestros están en un inglés legible.

-Pero a ti te pareció extraño, ¿eh?

-Solo después que el coronel me habló del asunto de esta noche, no antes. Muchos hombres de nuestro personal salen los fines de semana a recorrer Francia, Suiza, Italia y España. Especialmente aquellos cuyas excursiones por París son muy limitadas. No, Drew, fue algo diferente, y eso me pareció extraño.

-¿Qué sucedió?

-En las dos ocasiones en que regresé a la sección Transportes, vi a Reynolds saliendo del último corredor que se abre antes de la puerta de acceso a Transportes. Imagino que pensé algo así como "Oh, tiene una amiga en una de las oficinas, y está preparando un almuerzo o una cena", o cualquier cosa por el estilo.

-¿Y ahora has concebido una idea diferente?

-Sí, pero podría estar completamente equivocada. Todos los miembros de Documentos e Investigación trabajan con materiales confidenciales, gran parte de los cuales no merece que se los considere tales; pero es sabido que los que están en el último corredor, el que se encuentra más lejos de la puerta, se ocupan exclusivamente de la información de secreto máximo.

-¿Un orden jerárquico? –preguntó Latham–. ¿Del primer corredor al último se elevan los niveles de confidencialidad?

-De ningún modo –replicó Karin–. Sucede sencillamente que las oficinas son distintas. Cuando uno trabaja con material muy secreto, pasa al último corredor, donde las computadoras tienen más capacidad y es posible comunicarse en un instante con cualquier lugar del mundo. Trabajé allí tres veces desde que llegué a París.

-¿Cuántas oficinas hay en el último corredor?

-Seis a cada lado del corredor central.

-¿De qué lado estaba Reynolds?

-Del izquierdo. Inclinó la cabeza hacia la izquierda, lo recuerdo bien.

-¿Las dos veces?

-Sí.

-¿Qué días, en qué fechas lo viste?

-Santo Dios, no lo sé. Fue hace varias semanas, quizá un mes o dos.

-Trata de pensar, Karin.

-Si pudiera determinar el momento, lo haría, Drew. En esa ocasión simplemente no me pareció importante.

-Es importante. Y "el" es importante.

-¿Por qué?

-Porque tu instinto no se equivoca. Witkowski dice que hay otro Alan Reynolds en la embajada, otro topo, muy encumbrado y con un alto grado de penetración.

-Conseguiré un calendario, y haré lo posible para determinar las semanas, y después los días. Me esforzaré todo lo posible para determinar en qué estaba trabajando.

Librodot

-¿Te serviría de algo estar en tu oficina de la embajada?

-Éso significaría acercarme a la supercomputadora, que esta bajo nuestro propio sótano. Allí se almacena todo durante cinco años, porque siempre destruimos nuestra propia documentación.

-Eso puede arreglarse.

-Aunque sea posible, no tengo la más imprecisa idea del modo de manejar la máquina.

-Alguien sabe.

-Querido, son las dos y media de la mañana.

-¡No me importa la hora que sea! Courtland puede ordenar que alguien maneje la máquina, y si él no puede, lo hara Wesley Sorenson, ¡y si él no puede, eso está al alcance del maldito Presidente!

-Drew, enojarse no servirá de nada.

-¿Cuántas veces debo decirte que no soy Harry?

-Yo amaba a Harry, pero él tampoco era como tu. En fin, haz lo que tengas que hacer. En tu irritación, que probablemente es el unico modo de hacer algo.

-Latham cortó la comunicación e inmediatamente marcó el número de la embajada, exigiendo hablar con el embajador Courtland. –¡No me importa que hora es! –gritó cuando el operador se opuso–. Ésta es una cuestión de seguridad nacional, y actúo por orden directa de Operaciones Consulares de Washington.

-Sí, habla el emnbajador Courtland. ¿Que puede ser tan urgente a esta hora?

-¿Este teléfono es seguro, señor? –preguntó Latham, en voz que era un murmullo.

-Espere un momento, pasaré a otra habitación. Tiene un teléfono controlado constantemente, y además, mi esposa está durmiendo. –Veinte segundos después, Courtland continuó desde un teléfono del piso alto.

-Muy bien, ¿quién es usted y de que se trata?

-Habla Drew Latham, señor...

-¡Dios mío usted está muerto! No entiendo...

-Usted no tiene que entender, señor embajador. Solo necesito que encuentre a los especialistas en la computadora, y ordene que vayan al subsuelo, donde está la máquina.

-Eso no es tan fácil... ¡Dios mío, usted fue asesinado!

-A veces las cosas son muy complicadas, pero por favor, haga lo que le pido... además usted tiene la autoridad necesaria para interrumpir la conversación telefónica de Witkowski y ordenarle que me llame.

-¿Dónde está?

-Él sabe. De prisa. Tengo que salir de aquí en quince minutos, pero no puedo marcharme antes de hablar con el.

-Esta bien. Como le parezca...tal vez debí mencionar que me alegro de que este vivo.

-También yo. Adelante, señor embajador.

Librodot

Tres minutos después llamó el teléfono de Latham.

-¿Stanley?

-¿Qué demonios sucede?

-Consiga que Karin y yo lleguemos cuanto antes a la embajada. –Drew explicó en pocas palabras lo que Vries le había dicho acerca de Alan Reynolds.

Jóven un par de minutos no cambiarán la situación. Aténgase al programa que yo tracé, y ordenaré que lo lleven a la embajada, y allí me reuniré con los dos.

Latham esperó; el infante de marina de Witkowski, con prendas civiles, llegó y recogió la maleta y el portafolios de Drew.

-Descienda dentro de cuatro minutos, señor –dijo el hombre–. Estamos preparados.

-¿Ustedes siempre se muestran tan corteses en estas situaciones? –preguntó Latham.

-Señor de nada sirve ponerse nervioso. Perjudica la claridad mental.

-¿Por qué me parece que ya escuché antes lo mismo?

-No lo sé. Lo veré abajo.

Tres minutos después, Drew salió por la puerta y se acercó a los ascensores. A esa hora el viaje a la planta baja insumió poco tiempo, pues el vestíbulo de hecho estaba desierto, excepto unos pocos trasnochadores la mayoría japoneses y norteamericanos todos los cuales se distribuyeron entre los distintos ascensores. Latham atravesó el piso de mármol, y sus movimientos eran actitudes típicas del militar, cuando de pronto hubo una sucesión de tremendos estampidos, que arrancaron ecos a las paredes y partían del entrepiso. Drew se abalanzó sobre un espacio que descubrió entre los muebles del vestíbulo, los ojos clavados en los dos hombres que estaban detrás del escritorio del portero. Vio que el estómago y el pecho de uno de ellos estallaba literalmente, en una monstruosa detonación, que desparramó las entrañas del hombre por todo el vestíbulo; el otro alzó la mano cuando le voló la cabeza, y los pedazos de cráneo se dispersaron por doquier. ¡Una auténtica locura! Otros disparos resonaron en el espacioso vestíbulo, seguido por voces que gritaron en un inglés con acento norteamericano.

-¡Lo tenemos! –gritó un hombre, que también estaba en el entrepiso–. ¡En las piernas!

-¡Está vivo! –rugió otro–. ¡Tenemos al hijo de perra! ¡Perdió la cabeza! ¡Grita y gime en alemán!

-Llévenlo a la embajada –dijo una voz mas tranquila en el vestíbulo, volviéndose hacia los aterrorizados empleados que estaban detrás del escritorio–. Esta es una operación antiterrorista –continuó–. Ahora ha concluido, y ustedes pueden asegurar a los propietarios que se pagarán todos los gastos en concepto de daños, y que también se suministrará una indemnización generosa a las familias del personal que perdió trágicamente la vida. Aunque ahora les parezca que eso carece de sentido, murieron como héroes, y la agradecida Europa los honrará... ¡De prisa!

Librodot

Los horrorizados empleados se inmovilizaron detrás del mostrador de mármol. El hombre de la izquierda comenzó a sollozar, mientras su colega extendió las manos hacia un teléfono, con movimientos lentos, como si estuviese en trance.

Latham y de Vries se abrazaron bajo la mirada desaprobadora del coronel Stanley Witkowski y el embajador Daniel Courtland, en la oficina que éste tenía en la embajada de Estados Unidos.

-¿Podemos ocuparnos del asunto inmediato, si lo permiten? –dijo el embajador–. El doctor Gerhardt Kroeger sobrevivirá, y nuestro equipo, los dos hombres especializados en la computadora, llegarán en un rato más. A decir verdad, uno ya está aquí, y su superior ha interrumpido sus vacaciones en los Pirineos, y viaja hacia aquí en avión. Y ahora, ¿pueden decirme qué demonios sucede?

-Algunas opecaciones de inteligencia escapan a su control, señor embajador –replicó Witkowski–. Para su propia protección.

-Vea, a decir verdad esa frase me parece un tanto obscena, coronel. ¿Desde cuándo la inteligencia civil o la militar, o cualquiera de los ejercicios clandestinos tienen precedencia sobre el control definitivo del Departamento de Estado?

-Por eso se creó la sección de Operaciones Consulares –contestó Drew–. El objetivo fue coordinar el Departamento de Estado, el gobierno y los servicios de inteligencia.

-En ese caso, no puedo decir que ustedes hayan considerado ese propósito, ¿no les parece?

-En situaciones de crisis, no podemos permitirnos los retrasos burocráticos –dijo Latham con firmeza–. Y me importa un cuerno si esto me cuesta el empleo. Quiero llegar a la persona, a los individuos que mataron a mi hermano. Porque son parte de una enfermedad mucho más grave, que debe ser contenida... no mediante el debate burocrático, sino a través de la decisión individual.

-Courtland se acomodó mejor en su sillón. Finalmente dijo: –¿Y usted, coronel?

-He sido soldado toda la vida, pero aquí debo rechazar la cadena de mando. No puedo esperar que un Congreso declare la guerra. Estamos en guerra.

-¿Y usted, señora de Vries?

-Les di a mi marido... ¿qué más pueden desear?

El embajador Daniel Courtland se inclinó hacia adelante en su sillón, las dos manos sobre las sienes, los dedos masajeando la piel.

-He vivido con compromisos toda mi carrera diplomática –dijo–. Quizás es hora de cambiar. –Levantó la cabeza. –Probablemente seré enviado a Tierra del Fuego, pero adelante, mis queridos renegados. Porque ustedes tienen razón, hay momentos en que no podemos esperar.

Los tres renegados fueron llevados al lugar en que estaba la supercomputadora, unos diez metros bajo el sótano. Era un máquina enorme y temible; sobre una pared de casi tres metros había una placa de

Librodot

vidrio grueso, con discos giratorios detrás, docenas de discos que giraban y se detenían bruscamente, recogiendo la información que se les trasmitía.

-Hola, soy Jack Rowe, uno de los genios que colaboran en el funcionamiento de este sector –dijo un hombre de cabellos rubios y aspecto agradable, que tendría menos de treinta años–. Mi colega, si ha recuperado la sobriedad, llegará en pocos minutos. Aterrizó en Orly hace media hora.

-No suponía que sería atendido por algunos borrachos –exclamó Witkowski–. ¡Éste es un asunto grave!

-Coronel, aquí todo es grave... sí, sé quién es usted, pues aquí aplicamos el procedimiento operativo normal. Y usted también, hombre de Operaciones Consulares, y la dama, que probablemente hubiera podido ocupar un alto cargo en la OTAN si fuera hombre y vistiese uniforme. Aquí no hay secretos. Todo está en los discos.

-¿Podemos llegar a ese material? –preguntó Drew.

-Sólo cuando llegue mi compañero. Vean, él tiene el otro código, pues no se me permite manipular las dos cosas.

-Para ahorrar tiempo –dijo Karin–, ¿usted puede coordinar los datos de mi oficina con determinadas fechas, a medida que los recuerde?

-No es necesario, es una y la misma cosa. Usted nos aporta los datos, y lo que se haya registrado esos días aparecerá en la pantalla. No podría cambiar ni borrar eso, aunque quisiera.

-No es mi intención hacer ninguna de las dos cosas.

-Lo cual me alivia. Cuando recibí la orden del Gran Hombre, imaginé que tal vez se trataría de uno de esos episodios acerca de los cuales leemos en los libros de historia.

-¿Los libros de historia ? –Witkowski frunció el entrecejo, indignado.

-Bien, yo tenía seis o siete años cuando sucedió todo eso, coronel. Quizá la palabra historia no es la apropiada.

-Besaré el trasero de un cerdo si eso es historia.

-Una frase interesante –dijo el jóven técnico de cabellos rubios–. Las raíces de las lenguas vernáculas son para mí una suerte de afición. Lo que acaba de decir corresponde al irlandés o al europeo central, probablemente una lengua eslava, en los tiempos en que sus scrofa –cerdos o cochinos– eran una propiedad valiosa. Besar el trasero de un cerdo implicaba propiedad, en realidad era un símbolo de jerarquía. Y si ustedes reemplazan la palabra "un" por la palabra "mi", y por lo tanto hablan de "mi cerdo", la frase significa que ustedes eran bastante ricos, o esperaban serlo muy pronto.

-¿Eso es lo que ustedes hacen con las computadoras? –preguntó el asombrado Latham.

-Lo sorprendería las montañas de datos casuales de inteligencia que estos Grandes Pájaros pueden acumular. Cierta vez encontré un cántico latino, un cántico religioso, que se remontaba a un culto pagano de Corcega.

-Eso es muy interesante, jóven –interrumpió Witkowski–, pero aquí lo que nos interesa es la velocidad y la exactitud.

-Coronel, le daremos ambas cosas.

Librodot

-Digamos de pasada –observó Witkowski–, que la frase que usé era polaca.

-No estoy segura de eso –dijo Karin–. Creo que proviene de raíces gaélicas, más concretamente irlandesas.

-¡Y a mí me importa un cuerno! –exclamó Drew–. Karin, ¿quieres tener la bondad de concentrar tus esfuerzos en los días y los momentos que todavía recuerdas?

-Ya lo hice –replicó de Vries, abriendo su bolso–. Aquí están, señor Rowe.

Entregó al experto en computadoras una hoja de anotador.

-Estos materiales están por todas partes –dijo el técnico aficionado a las raíces vernáculas.

-Las anoté en una secuencia, es lo mejor que pude hacer.

-No es un problema para el pájaro más grande de Francia.

-¿Por qué llaman "pájaro" a este artefacto? –preguntó Latham.

-Porque vuela hacia el éter de la evocación infinita.

-Lamento haberlo preguntado.

-Pero esto ayudará, señora de Vries. Yo programaré mi parte, de modo que cuando llegue Joel puede introducir lo suyo, y comenzará el espectáculo.

-¿El espectáculo?

-La pantalla, coronel, la pantalla.

Mientras Rowe insertaba los códigos y liberaba su sector de la enorme computadora, y tipeaba los datos, se abrió la puerta metálica del complejo subterráneo y apareció otro técnico, que estaría al comienzo de la treintena, o quizá tendría unos pocos años más. Lo que lo distinguía de su colega era una larga y pulcra cola de caballo, sostenida en su lugar por una cintita azul que descansaba sobre la nuca.

-Hola –dijo amablemente–. Soy Joel Greenberg, el residente general de este sitio. ¿Qué haces, Esclavo?

-Esperándote, Genio Dos.

-Eh, soy el Número Uno, ¿recuerdas?

-Acabo de reemplazarte. Llegué primero –replicó Rowe, sin interrumpir el tipeo del material.

-Usted debe ser el encumbrado coronel Witkowski –dijo Greenberg, mientras extendía la mano al perplejo jefe de seguridad, cuya mirada hostil no trasuntaba mucho placer ante la vision del hombre esbelto de vaqueros azules y la chaqueta de cuello abierto, sin hablar de la cola de caballo. Es un honor conocerlo, señor, y lo digo en serio.

-Por lo menos usted está sobrio –dijo nerviosamente el coronel.

-No lo estaba anoche. ¡Caramba, como bailé!... Y usted debe ser la señora de Vries. Señora, los rumores no se equivocaban. Me parece espléndida, sobresaliente.

-Señor Greenberg, también soy agregada a la embajada.

Librodot

-Estoy seguro de que mi jerarquía es superior a la suya, ¿pero qué importa?... Me disculpo, señora, no fue mi intención ofenderla. Sucede únicamente que soy del tipo entusiasta. No se habrá ofendido, ¿verdad?

-En absoluto –dijo Karin, riendo por lo bajo.

-Y usted debe ser nuestro hombre en Operaciones Consulares, ¿eh? –dijo Greenberg, mientras estrechaba la mano de Drew. Y un instante después su rostro recobró la seriedad. –Lo acompaño con todo el corazón, señor. Usted perdió un pariente, y eso es un golpe inesperado, ¿no es verdad? Usted perdió un hermano... sí, el Esclavo y yo fuimos informados del episodio... Bien, lamento sobre todo cómo sucedió. No sé qué más decir.

-Lo ha dicho muy bien, y lo aprecio... ¿Aquí hay otras personas que saben lo que usted acaba de decirme?

-Nadie, solamente Rowe y yo. Tenemos dos parejas de suplentes. La última salió cuando llegó el Esclavo, pero ninguna tiene los códigos necesarios para entrar en el superpájaro. Si cualquiera de nosotros sufre un accidente o un paro cardíaco, habrá un auténtico desastre en la OTAN.

-Nunca los vi en la embajada –dijo Witkowski–. Y estoy seguro de que los recordaría si me hubiese cruzado con ustedes.

-Coronel, no nos permiten fraternizar. Usamos una entrada especial, y tenemos nuestro propio y pequeño ascensor.

-Eso me parece un tanto excesivo.

-No lo es, si tiene en cuenta lo que está depositado en este Pájaro Madre. Las únicas personas aceptadas en esta función son los especialistas en computadoras, varones y solteros. Puede ser un enfoque machista, pero así son las cosas.

-¿Están armados? –preguntó Latham–. Es sólo curiosidad.

-Dos armas. Ambas Smith y Wesson, nueve milímetros. Tenemos una en la sobaquera, y la otra asegurada a la pierna. Y a propósito, estamos adiestrados en su uso.

-¿Podemos ponernos a trabajar? –dijo con firmeza Karin–. Creo que su compañero ya incorporó la información que necesito.

-De nada servirá hasta que yo la repita –dijo Greenberg; se encaminó hacia su silla, a la izquierda del gigantesco equipo, se sentó y comenzó a incorporar su código–. Imprímelo, mi querido esclavo, ¿quieres?

-Lo transfiero en una secuencia –respondió Rowe–. Está en tu sector. Repite y libera a pedido.

-Estoy contigo. –,Noel Greenberg giró en su silla, y– habló a los tres intrusos. –A medida que repita los datos de mi compañero, aparecerá en la impresora, bajo la pantalla central. De ese modo, ustedes no necesitarán recordar todo lo que aparece en la película.

-¿La película?

-La pantalla, coronel, la pantalla –dijo Jack Rowe.

A medida que la impresora emitía una página tras otra, una fecha tras otra, Karin arrancaba el papel y lo estudiaba. Pasaron veinte minutos. Concluida la impresion, ella repasó todo el material, dibujando círculos con un lápiz rojo. Finalmente dijo, en voz baja pero enfática:

Librodot

-Lo encontré. Las dos ocasiones en que regresé al sector de Transporte. Lo recuerdo exactamente... ¿Pueden indicarme ahora los nombres del personal de Documentos e Investigación que están sobre el lado izquierdo del corredor central? –Entregó a Greenberg las impresiones con los datos rodeados por un círculo rojo.

-Por supuesto –dijo el especialista de la cola de caballo, casi al mismo tiempo que su colaborador–. ¿Estás preparado, Jack?

-Adelante, Número Dos.

-Idiota.

Los nombres aparecieron en la pantalla antes de que hubiese concluido la demora de diez segundos correspondiente a la impresora.

-Señora de Vries, esto no le agradará –dijo el experto llamado Rowe–. De los seis días que usted mencionó, usted misma estuvo aquí tres veces.

-¡Eso es absurdo... una locura!

-Imprimiré esos datos, y veremos si puede recordar qué sucedió.

La pantalla presentó la información.

-¡Sí, eso es mío! –exclamó Karin, los ojos en la línea de letras verdes cuando aparecieron por primera vez–. Pero yo no estaba allí.

-Este Gran Pájaro no miente, señora –dijo Greenberg–. No sabría hacerlo.

-Pruebe las otras impresiones, y los datos correspondientes –insistió Latham.

Las letras verdes luminosas aparecieron de nuevo en la pantalla, y cada texto correspondía a diferentes oficinas. Y de nuevo, los datos identificados por Karin correspondían a otros dos sectores.

-¿Qué más puedo decir? No pude haber estado en tres oficinas al mismo tiempo. Alguien se ha infiltrado en estas sagradas computadoras.

-Eso exigiría una colección tan compleja de códigos, incluso con agregados y supresiones, que tendría que haber intervenido alguien con más conocimiento que el que tenemos Joel y yo –dijo Jack Rowe.

Lamento decirlo, señora de Vries, pero la información que Bruselas envió acerca de usted dejó claramente establecido que era una excelente experta en este sector.

-¿Y por qué habría de implicarme yo misma? ¿Con tres inserciones?

-No puedo contestar esa pregunta.

-Repase el personal superior, y no me importa si tiene que continuar hasta la salida del sol –dijo Drew–. Quiero ver todos los resúmenes, desde el Gran Jefe hasta el último empleado.

Pasaron los minutos, y la máquina continuó ofreciendo impresiones, estudiadas por todos, hasta que transcurrió una hora, y después una hora y media.

-¡Santo Dios! –exclamó Greenberg, contemplando su pantalla. Quizá tenemos aquí un probable.

-¿Qué es? –preguntó Witkowski con voz helada.

-A ninguno de ustedes les agradará esto. En todo caso, a mí no me complace.

-¿A quién se refiere?

-Léanlo ustedes mismos –dijo Joel, inclinando la cabeza, los ojos entrecerrados en un gesto de incredulidad.

-0h, Dios mio –dijo Karin, la mirada fija en la pantalla central. ¡Se refiere a Janine Clunes!

-La corrijo –dijo el coronel–. Janine Clunes Courtland, la esposa del embajador, para ser exactos su segunda esposa. Trabaja en D e I, con su nombre de soltera por razónes obvias.

-¿Cuales son sus calificaciones: –preguntó el asombrado Latham.

-Puedo mostrarlas en un par de minutos –replicó Rowe.

-No se moleste –dijo Witkowski–. Puedo presentarles un cuadro bastante exacto; no es frecuente que se pida a la sección seguridad que apruebe a la esposa del embajador. Janine Clunes, Universidad de Chicago, del equipo de pensadores de la entidad, título de doctora, y profesorado integral en ciencias de la computadora antes de casarse con Courtland, después de que éste se divorció hace aproximadamente un año y medio.

-Es brillante –agregó Karin–. También es la mujer más dulce y bondadosa de la sección. Si se entera de que alguien tiene un problema y cree que puede ayudar, acude inmediatamente a su marido. Todos la adoran porque, entre otras cosas, nunca aprovecha su posición; por el contrario, protege a los que llegan tarde, o no atinan a completar a tiempo sus tareas. Siempre está ofreciendo su ayuda.

-Una verdadera hada buena –dijo Drew–. Por Dios, ¿Courtland está en nuestra lista, la lista de Harry?

-No puedo creerlo –contestó el coronel–. No me inspira mucha simpatía, pero no puedo creerlo. Se mostró demasiado franco con nosotros, e incluso se arriesgó un poco. Le recuerdo, y eso vale para usted y para Karin, que no estaríamos aquí si él no nos hubiese facilitado las cosas, porque no nos llamaríamos en este lugar si no contáramos con la aprobación del Departamento de Estado, la CIA, el Consejo Nacional de Seguridad, y probablemente el Estado Mayor Conjunto.

-Las únicas personas excluidas son las que cumplen funciones en la Casa Blanca –dijo el irreverente Greenberg–. Por otra parte, ¿qué saben? Están muy atareados tratando de recuperar los lugares gratuitos para estacionar.

-Recuerdo haber leído acerca del divorcio de Courtland en The Washington Post –interrumpió Drew, mirando a Stanley Witkowski. Según recuerdo, entrego todo lo que tenía a su esposa y sus hijos, pues reconoció que los constantes traslados de un funcionario del Departamento de Estado no le permitían afrontar su responsabilidad en la educación de los hijos.

-Entiendo todo eso –dijo fríamente el coronel, mirando a su vez a Latham–. Pero eso no significa necesariamente que su esposa actual sea el otro informante.

-Por supuesto –intervino Jack Rowe–. Mi camarada de la computadora se limitó a decir que tenía un candidato posible, ¿no es así, Joel?

-Creo que dijo "probable", ¿no es así, Joel? –intervino Latham.

Librodot

-Muy bien, Operaciones Consulares, porque sucede que creo en lo que dije. El Gran Pájaro nos suministró muchos elementos, y debemos considerarlos. No me diga que Courtland no conoce el pasado de esta dama en la OTAN, y por favor no me diga que no hablaron acerca del asunto. Su belleza, su actitud distante, sus tareas en la OTAN –todo eso es alimento sustancioso para los rumores. Afirmo que la señora de Vries era el candidato lógico para la sospecha. Por lo menos, desvía la atención de la gente, que así no se ocupa del auténtico topo.

-¿Y los idiomas? –dijo Latham, volviéndose hacia Karin–. Tendrían que ser importantes.

-Janine habla un francés y un italiano aceptables, pero su alemán es totalmente fluido... –De Vries se interrumpió, consciente de lo que acababa de decir.

-Una candidata "probable" –murmuró Drew–. Y ahora, ¿hacia donde vamos?

-Yo ya fui –replicó Greenberg–. Acabo de enviar un pedido a Chicago, solicitando datos completos de la profesora Clunes. Ese material está acumulado en la computadora, de modo que lo tendremos en un minuto o dos.

-¿Cómo puede estar seguro? –preguntó Karin–. Allá es casi la medianoche.

-¡Silencio! –murmuró el especialista en la computadora, en una actitud de fingido secreto–. Chicago es una base de datos financiada por el gobierno, lo mismo que el equipo destinado a prever los terremotos; pero no se lo diga a nadie. Alguien siempre está de guardia, porque los que viven del dinero de los contribuyentes no desean verse en dificultades acusados de retener información solicitada por una máquina como la nuestra.

-¡Aquí vienen! –exclamó Jack Rowe, mientras la pantalla se encendía a causa de la emisión proveniente de Chicago.

La mujer llamada Janine Clunes ocupó el cargo de profesora plena de ciencias de la computadora durante un periodo de tres años, previos a su reciente matrimonio con Daniel Courtland, que entonces era embajador en Finlandia. Tanto los miembros del claustro como los estudiantes tenían elevada opinión de ella, por su capacidad para explicar con mucha claridad los problemas de la computadora. Se mostraba activa en los debates políticos del claustro; era una firme conservadora cuando no abrazaba las causas populares; pero su personalidad seductora suavizaba las reacciones negativas. Se rumoreaba que tubo varias aventuras mientras cumplía su residencia, pero nada importante o perjudicial para su prestigio. Sin embargo, se observó que, con excepción de los episodios políticos, no aparecía a menudo en las ocasiones sociales, y vivía fuera del claustro, en Evanston Illinois, a una hora de automóvil de la universidad.

Sus antecedentes son muy conformistas por referencia a la época en que vivimos. Emigró de Baviera a fines de los años cuarenta, cuando era muy pequeña, después del fallecimiento me sus padres, y la criaron sus parientes, el señor Charles Schneider y su esposa, en Centralia, del condado de Marion, Illinois. Su foja de servicios demuestra que era una alumna destacada en el colegio secundario que ganó una Beca al Mérito para asistir

Librodot

a la Universidad de Chicago, y que después de obtener el diploma de bachiller la licenciatura y el doctorado, se le ofreció un cargo en la facultad. Realizó frecuentes viajes como asesora política honoraria a Washington, D.C., donde conoció al embajador Courtland. Eso es mas o menos todo, París. Saludos, Chicago. –Eso no es más o menos todo –dijo tranquilamente Witkowski, mientras leía las letras verdes brillantes en la pantalla. Es una Sonmnekind.

-Stanley, ¿de qué demonios está hablando?

-Creí que la teoría de los Sonnenkinder estaba desacreditada –dijo Karin en voz baja, casi audible.

-A juicio de la mayoría de la gente –replicó el coronel–, pero no a mi entender. Nunca rechacé esa posibilidad. Y veo lo que está sucediendo ahora.

-¿Qué es un Sonnen... en fin, lo que sea?

-Un concepto, Drew. La premisa era que antes y después de la guerra los fanáticos del Tercer Reich enviaron a un conjunto selecto de niños a diferentes padres en todo el mundo; su misión era educar a los Kinder de modo que ocuparan cargos influyentes y poderosos, y allanasen el camino de un Cuarto Reich.

-Eso es mera fantasía sería imposible.

-Quizá no lo fue –dijo Witkowski–. ¡Por Dios, el mundo ha enloquecido! –estalló el jefe de seguridad de la embajada.

-Un momento –dijo Joel Greemberg, que estaba frente a la computadora, y que con su advertencia se impuso a la explosión de Witkowski–. Aquí viene un agregado que envía Chicago. Presten atención al espectáculo.

Todas las cabezas se volvieron hacia la pantalla y las letras intensamente verdes.

Mas información acerca de Janine Clunes. Aunque defendía las causas conservadoras, se opuso violentamente a la marcha nazi a través de Skokie, Illinois. Ocupó el estrado el día del desfile, a su propio riesgo, y afirmó que ese episodio era una manifestación de barbarie.

-¿Qué le parece, Stanley? –preguntó Drew.

-Te diré que me parece –lo interrumpió de Vries–. ¿Qué mejor modo de apoyar un plan en definitiva horrible, que precisamente negándolo? Tal vez usted tiene razón, coronel. Es posible que la operación Sozmnenkinder esté desarrollándose.

-En ese caso, explíquenme cómo puedo acercarme al embajador. ¿Qué demonios puedo decirle? ¿Que está viviendo y durmiendo con una hija del Tercer Reich?

-Permítame resolver esto, Stanley –dijo Latham–. Yo soy el coordinador, ¿verdad?

-¿Y qué piensa decirle jovencito?

-¿Acaso otro puede hacerlo? Quizá un hombre a quien ambos apreciamos. Wesley Sorenson.

-Que Dios se apiade de su alma.

El teléfono sonó sobre la computadora de Rowe. El especialista atendió la llamada.

-Aquí, S–Dos, ¿qué sucede?... Sí señor inmediatamente señor. –Se volvió hacia Witkowski. –Coronel, tiene que ir inmediatamente a la sección médica. Su "detenido" está despierto y habla.

21

Gerhardt Kroeger, aprisionado por una camisa de fuerza, estaba tendido en la estrecha cama, agazapado contra la pared, el cuerpo encogido y presionando contra la madera. Estaba solo en la enfermería de la embajada, las piernas heridas vendadas bajo el pijama, los ojos grandes, hostiles, moviéndose en todas direcciones, pero sin fijarse en nada.

-Men Vater war ein Verräter –murmuró con voz áspera–. ¡Mein Vater war ein Verrriter!... ¡Meirz Leben ist vorbei, alles Vernichtet!

Dos hombres lo observaban a través de un vidrio transparente, desde una oficina contigua –uno era el médico de la embajada, el otro el coronel Witkowski.

-Se lo ve muy nervioso –dijo el jefe de seguridad.

-No comprendo alemán. ¿Qué dice? –preguntó el médico.

-Algo acerca de que su padre es un canalla, un traidor, y de que su vida está concluida, todo está destruido.

-¿Qué saca en limpio de eso?

-Sólo lo que oigo. Es un caso psiquiátrico, cargado con un enorme sentimiento de culpa que lo empuja hacia una pared por la cual no puede trepar.

-En ese caso, manifiesta tendencias suicidas –dijo el médico–. Y continuará con el chaleco de fuerza.

-Usted tiene razón –convino el coronel–. Pero de todos modos entraré para interrogarlo.

-Cuidado, su presión sanguínea es muy elevada. Lo cual imagino que es natural, en vista de su identidad... o de lo que fue. Cuando los poderosos caen, el golpe es muy fuerte.

-¿Usted sabe quién es... quién era?

-Por supuesto. La mayoría de los que concurrieron a la facultad de medicina lo conocen. Sobre todo los que se especializaron en problemas psiquiátricos.

-Acláreme eso, doctor –dijo Witkowski, mirando al médico.

-Es o era un famoso cirujano alemán... ahora no se oye hablar de él desde hace varios años... pero su especialidad eran las afecciones cerebrales. Decíase por entonces que curaba a más pacientes afectados por disfunciones mentales que cualquier otro especialista. Con el bisturí, no con drogas, que siempre aparecen acompañadas por efectos colaterales.

-Entonces, ¿por qué este maldito genio fue enviado a París para matar a alguien cuando sería incapaz de dar en la pared de un establo con una escopeta?

-No lo sé, coronel, y si él dijese algo al respecto, yo no lo comprendería.

-De acuerdo, doctor, pero con eso no me alcanza. Por favor permítame entrar allí.

-Por supuesto, pero recuerde que estaré observando. Si veo que su situación se agrava –la chaqueta tiene medidores de la presión sanguínea, el ritmo cardíaco y el consumo de oxígeno– usted sale, ¿entendido?

Librodot

-No recibo de buen grado órdenes como esa cuando se trata de un asesino...

-Pues la recibirá de mí, Witkowski –interrumpió secamente el médico. Mi tarea es mantenerlo vivo, y quizá usted sea uno de los beneficiados. ¿Nos entendemos?

-No tengo alternativa, ¿verdad?

-No, no la tiene. Y le aconsejo que le hable sin levantar la voz.

-No necesito que usted me ofrezca ese consejo.

El coronel se sentó en una silla frente a la cama; permaneció inmóvil hasta que el inquieto Kroeger comprendió que estaba allí.

-Guten Abend, Herr Doktor ¿Sprechen zie Englisch, mein Herr?

-Usted sabe perfectamente que lo hablo –dijo Kroeger, debatiéndose para desprenderse de la camisa de fuerza–. ¿Por qué me aplican esta prenda indigna? Soy médico, un cirujano prestigioso, ¿por qué me tratan como un animal?

-Porque la familia de dos de sus víctimas en el Hotel Inter–Continental sin duda lo consideran un animal cruel. ¿Debemos permitirles que manifiesten su cólera? Le aseguro que la muerte a manos de esa gente sería mucho más dolorosa que la ejecución a la que nosotros podríamos someterlo.

-¡Eso fue un error, una equivocación! ¡Un hecho trágico provocado por la actitud que ustedes adoptaron, al ocultar a un enemigo de la humanidad!

-¿Un enemigo de la humanidad...? Ésa es una acusación muy grave.

¿Por qué Harry Latham es un enemigo de la humanidad?

-Está loco, es un esquizofrénico violento y es necesario aliviar su tortura, o administrarle una medicación para internarlo en una institución. ¿Moreau no se lo dijo?

-¿Moreau? ¿El Deuxième Bureau?

-Por supuesto. ¡Yo se lo expliqué todo! ¿No habló con usted? Por supuesto, es francés, y esa gente suele callar las cosas, ¿verdad?

-Quizá no presté atención al informe.

-Vea –dijo Kroeger, siempre debatiéndose, pero ahora sentado en la cama–. Traté a Harry Latham en Alemania... no importa dónde... y le salvé la vida, pero debe llevarme donde está él, para inyectarle las drogas que traje entre mis ropas. ¡Es el único modo de que pueda conservar la vida y le sirva de algo!

-Una propuesta tentadora –dijo Witkowski–. Él trajo una lista de nombres, varios centenares...

-¿Quién sabe dónde la consiguió? –lo interrumpió Gerhardt Kroeger–. Se mezcló con la chusma de los drogadictos alemanes. Algunos nombres pueden ser válidos, pero muchos seguramente están equivocados. Por eso debe llevarme donde está él, a un lugar neutral, de modo que podamos conocer la verdad.

-Dios mío, usted está tan desesperado que pretende abordar todos las cuestiones, ¿verdad?

-¿Weas ist?

Librodot

-Usted sabe muy bien was ist Doktor... Hablemos un minuto acerca de otra cosa, ¿quiere?

-¿Was?

-Su papá, su Vater, ¿tiene inconveniente?

-Señor, nunca hablo de mi padre –dijo Kroeger, con los ojos en blanco, la mirada extraviada, en realidad sin ver nada en la pared.

-Creo que es necesario –insistió el coronel–. Vea, estuvimos revisando su historia, todo su pasado, y creemos que su padre es un héroe, un notable héroe de Alemania.

-¡Nein! ¡Ein Verraten!

-No creemos eso. Quiso salvar vidas, alemanas, inglesas y norteamericanas. Finalmente adivinó toda la basura representada por Hitler y sus matones, y decidió formular una declaración a riesgo de su propia vida, o incluso de su muerte. Doctor, fue un auténtico héroe.

-¡Nein! ¡Traicionó a la patria! –Kroeger se retorció bajo el chaleco hombre poseído por un intenso sufrimiento, las lágrimas brotando de sus ojos. –Durante el Gymnasium, y después en la Universitat, mis condiscípulos se acercaban... y a menudo me castigaban. ";Tu padre fue un traidor, todos lo sabemos!" y "¿Por qué los norteamericanos lo designaron Burgermeister, si ninguno de nosotros lo quería?" Mein Gott ¡qué tortura!

-Entonces, usted decidió hacer lo que él nunca concluyó, ¿es así, Herr Kroeger?

-¡Usted no tiene derecho a interrogarme de este modo! –gritó el cirujano, irguiendo el cuerpo, los ojos humedos y enrrojecidos–. ¡Todos los hombres, incluso los enemigos, tienen derecho a la intimidad de su propia vida!

-Y yo respeto eso –dijo Witkowski, el cuerpo también erguido en la silla–. Pero usted es una excepción, doctor, porque usted es demasiado educado para aceptar la fábula que le presentaron, y que ahora intenta difundir. Dígame, ¿usted respeta la santidad de la vida fuera de la matriz?

-Naturalmente, la vida que respira es vida.

-¿Eso incluye a los judíos, los gitanos, los impedidos y los deficientes mentales, así como a los homosexuales de cualquiera de los dos sexos?

-Ésas son decisiones políticas, más allá del dominio de la profesión médica.

-Doctor, usted es un hijo de perra. Pero le diré una cosa. Es posible que lo lleve en presencia del Latham que usted busca, aunque sólo sea para ver como él lo escucha, y después le escupe en la cara... "¿Decisiones políticas? "Usted me provoca náuseas.

Wesley Sorenson miró fijamente por la ventana de su oficina de Washington, y distraídamente percibió la congestión del tránsito matutino en la calle. La escena parecía un tanque laberíntico colmado de peces o de insectos, todos tratando de alcanzar el siguiente tubo horizontal, para encontrarse al fin en otro tubo, que a su vez conducía a un tercero, ninguno de los cuales era el final de la carrera. Todo eso constituía una metáfora visual de sus pensamientos, fue la conclusión a la cual llegó el director de Operaciones Consulares. Hizo girar su sillón, y enfrentó las diferentes pilas de notas sobre el escritorio, las mismas notas que serían despedazadas y

Librodot

quemadas antes de salir de la oficina, al final del día. Los girones de información estaban llegando demasiado rápido, atestando los canales de su mente; cada revelación parecía no menos exclusiva que la precedente. Los dos alemanes custodiados en Fairfax habían comprometido al vicepresidente de EStados Unidos y al Presidente de la Cámara de Representantes, en el marco de la cacería cada vez mas amplia de neonazis, y habían prometido mas nombres; la CIA estaba comprometida en los niveles mas altos (¿cuantas agencias mas estaban afectadas del mismo modo?); un laboratorio de comunicaciones del Departamento de Defensa había sufrido la pérdida de un año entero de investigación, los datos extraídos de sus computadoras por un neo que había desaparecido en un vuelo de Lufthansa dirigido a Munich; senadores, representantes, poderosos empresarios e incluso periodistas famosos estaban manchados por la sospecha de una participación en las organizaciones nazis, sin que hubiera ningún género de prueba importante; las acusaciones habían sido rechazadas hasta que un influyente miembro del Foering Office britanico había sido detenido, y al parecer había suministrado los nombres de otras figuras influyentes de la jerarquía del gobierno británico. Finalmente, Claude Moreau había quedado limpio, pero no podía decirse lo mismo de la embajada norteamericana en París, ¡santo Dios, lejos de ello, si la información más reciente era exacta! ¿La esposa del embajador Courtland?

Era un torbellino de aclaraciones y contraacusaciones, de implicaciones insidiosas negadas con furia, un campo de batalla en que se derramaría sangre, y los inocentes sufrirían heridas mortales, mientras los culpables desaparecían de la escena. Era como si locura del periodo McCarthy se hubiese fusionado con la locura nazi de fines de los años treinta, con organizaciones que marchaban por doquier, todas marcando el paso dictado por líderes demoníacos cuyos alaridos y exhortaciones determinaban que los ignorantes se movilizaran, con sus miedos y sus odios (a menudo ambos eran lo mismo) que encontraban vías de escape volcánicas que les permitían expresar sus propios defectos. La enfermedad del fanatismo de nuevo comenzaba a extenderse por todo el mundo; ¿donde acabaría, si alguna vez esa veta se agotaba?

Pero lo que en ese momento inquietaba a Sorenson (la palabra inquietar era pálida, lo impresionaba) era la información, seguida por un informe retrospectivo enviado por fax, referido a la segunda esposa de Courtland, Janine Clunes. En la superficie parecía algo inconcebibles; era lo que él había dicho a Drew Latham por unas líneas seguras, apenas unos minutos antes.

-¡No puedo creerlo!

-eso es lo que Witkowski dijo hasta que leyó el informe de Chicago. Después dijo otra cosa, aunque se limitó a murmurarla. Fueron palabras apenas audibles, pero pude escucharlas claramente: "Ella es una Sonnekind".

-Drew, ¿sabe lo que eso significa?

-Karin me lo explicó. Es absurdo, Wes, y es posible que jamás haya sido algo real. Niños, infantes, enviados a distintos lugares del mundo...

Librodot

-Usted omitió una serie de aspectos –lo interrumpió Sorenson. Niños seleccionados, de pura sangre aria, padres con concientes de inteligencia combinados que superaban la cifra de doscientos setenta, nada menos.

-¿Usted estaba al tanto de eso?

-Se los denominaba los productos de los Lebensborn. Los oficiales de la SS fecundado a mujeres noreuropeas de cabellos rubios y ojos azules, provenientes de las fronteras escandinavas, o sus cercanías, siempre que eso era posible.

-¡Una locura!

-Todo organizado por Heinrich Himmler. Era su concepto.

-¿Y fue un hecho real?

-No, según todas las investigaciones de los servicios de inteligencia realizadas después de la guerra. La conclusión fue que se abandonó el plan de los Lebensorn, a causa de las dificultades del transporte y el tiempo requerido por las evaluaciones médicas.

-Witkowski no cree que haya sido abandonado.

Silencio. Después, Sorenson habló.

-Yo estaba convencido de que se había renunciado a la idea –dijo. Ahora no estoy tan seguro.

-¿Qué desea que hagamos? ¿Qué quiere que yo haga?

-Que mantenga la calma y guarde silencio. Si los neos se enteran de que Kroeger está vivo, atropellarán a todo el mundo en sus esfuerzos por encontrarlo. Si usted guarda silencio, no matarán a ninguno de los nuestros.

-Wes, el suyo es un cálculo bastante frío.

-"Recuerdos de antaño", si usted perdona el bastardeo literario –dijo Sorenson–. Envíe una señal a los Antinayous. Dígales que consiguió apoderarse de la presa.

-Caramba, ¿por qué?

-Porque a esta altura de las cosas no confío en nadie, y estoy cubriendo todos nuestros flancos. Haga lo que le digo. Vuelva a llamarme dentro de una hora, o menos, de acuerdo con el desarrollo de las cosas.

Sin embargo, las cosas en efecto se habían desarrollado para el veterano funcionario de inteligencia, ahora director de Operaciones Consulares. Nadie había encontrado jamás un Sonnenkind. Incluso aquellos de quienes antes se había sospechado, eran niños del todo inocentes, o por lo menos eso se creía, gracias a los documentos oficiales y a las parejas perfectamente americanizadas y tan afectuosas que se habían hecho cargo de los pobres huérfanos. ¡Pero ahora, pese a lo que dijeran los tribunales, había surgido un posible Sonnenkind! Una mujer adulta, otrora hija de la Alemania nazi, ahora era una académica integral y muy apreciada, que había atrapado en sus redes a un alto funcionario del Departamento de Estado. Era la expresión típica de un Sonnenkinder, en el supuesto de que hubiera existido algo parecido.

Sorenson descolgó el auricular de su teléfono y marcó los números del teléfono privado del director del FBI, un hombre decente de quien Knox Talbot había dicho que "merecia confianza".

-¿Sí?

Librodot

-Habla Sorenson, de Operaciones Consulares. ¿Lo molesto?

-Por esta línea, no. ¿Qué puedo hacer por usted?

-Iré directamente al grano. Pienso entrometerme en su sector, pero no tengo alternativa.

-No nos sucede lo mismo a todos alguna vez. –preguntó el director del FBI–. Nunca nos hemos visto, pero Knox Talbot dice que usted es su amigo, y eso a mis ojos es una recomendación evidente. ¿En qué consistiría la transgresión?

-En realidad, todavía nunca sobrepasé los límites, pero ahora lo necesito, y creo que debo hacerlo.

-Dijo que no tenía alternativa.

-Creo que no. Sin embargo, el asunto debe mantenerse en los límites de Operaciones Consulares.

-Entonces, ¿por qué me llama? ¿Una actuación solista no es mejor?

-En este caso no. Necesito un atajo.

-Adelante, Wes... así lo llanla Knox. Yo soy Steve.

-Sí, ya lo sé. Steven Rosbician, el paradigma del respeto a la ley.

-Mis hombres llevan la búsqueda de los objetivos más allá de todos los límites. Yo fui un juez blanco de Los Angeles que tuvo suerte, porque los negros supusieron que era un hombre justo. Su pedido, por favor.

-¿Usted tiene una unidad en el condado de Marion, Illinois?

-Seguramente. Illinois es parte de nuestra historia antigua. ¿Qué ciudad?

-Centralia.

-Bastante cerca. ¿Qué necesita?

-Todo lo que tenga acerca de un señor Charles Schneider y su esposa. Es posible que hayan fallecido, y solo tengo su dirección, pero me parece que emigraron de Alemania a principios o mediados de los años treinta.

-No es mucho para empezar.

-Así lo comprendo, pero en el contexto de nuestra investigación, y considerando el tiempo transcurrido, es posible que el FBI tenga un prontuario de esa gente.

-Si lo tenemos, usted se enterará del contenido. Y bien, ¿donde está la transgresión? No hace mucho que estoy en este cargo, pero lo la veo.

-En ese caso, permítame aclarar algo, Steve. Me meto en una investigación relacionada con cuestiones internas, el dominio en que usted se mueve, y no puedo suministrarle los antecedentes de mi investigación.

En los viejos tiempos el sabueso J. Edgar habría reclamado una aclaración o habría interrumpido la comunicación.

-Yo no soy el maldito Hoover, y el FBI ha cambiado mucho. Si no podemos cooperar unos con otros, en margen de que sepamos hasta el último detalle, ¿para qué servimos?

-Bien, eso esta más o menos indicado en nuestras cartas fundacionales...

Librodot

-Quizá usted tenga razón –lo interrumpió Rosbician–. Deme un número de fax seguro. No sé lo que tenemos, pero estamos dispuestos a comunicarlo antes de que pase una hora.

-Muchísimas gracias –dijo Sorenson– y también, como usted sugirió, lo que haga ahora a partir de este momento, lo haré por mi cuenta.

-¿Por qué todo este preámbulo?

-Espere a enfrentar una audiencia del Congreso con seis caras agrias que no simpatizan con usted. Entonces comprenderá.

-Cuando llegue ese momento, regresaré a un estudio jurídico, y viviré muchísimo mejor.

-Me agrada su perspectiva, Steve. –Sorenson comunicó al director del FBI el número de su máquina de fax segura.

Pasaron treinta y ocho minutos antes de que el llamado estridente de la máquina de Operaciones Consulares precediera a la aparición de una sola página de papel originada en eI FBI. Wesley Sorenson la recuperó y leyó la información.

Karl y Johanna Schneider llegaron a Estados Unidos el 12 de enero de 1940, expatriados de Alemania, con parientes en Cicero, Illinois; estos parientes respondieron por ellos, y afirmaron que el jóven Schneider poseía conocimientos que le permitirían encontrar trabajo con facilidad en el sector técnico de la optometría. Tenían respectivamente veintiún y diecinueve años. La razón que esgrimieron para salir de Alemania fue que el abuelo de Johanna Schneider era judío, de modo que el Ministerio Ario de Stuttgart la hacía víctima de una discriminación perjudicial.

En marzo de 1946 el señor Schneider que en ese momento era Charles mas que Karl, poseía un pequeño taller de optometría en Centralia, y pidió al Servicio de Inmigración que permitiese el viaje de su sobrina, Janine Clunitz, que era una infanta, pues sus padres habían muerto en un accidente automovilístico. La petición fue otorgada, y los Schneider adoptaron legalmente a la niña.

En agosto de 1991 la señora Schneider falleció como consecuencia de un ataque cardíaco. El señor Schneider de setenta y seis años, todavía vive en la calle Cyprus 121, de Centralia, Illinois. Se ha retirado, pero concurre a su empresa dos veces por semana.

El material utilizado para redactar esta historia se basa en la antigua vigilancia de los inmigrantes alemanes a comienzos de la Segunda Guerra Mundial. En nuestra opinión como funcionarios, debería cerrarse el caso.

Sorenson pensó: Gracias a Dios, no hubo nada de eso. Si Charles Karl Schneider era realmente el hombre que había recibido a un Sonnenkind, podía obtenerse de él un gran caudal de información, en el supuesto de que los Sonnenkinder formaban una red. Sería absurdo suponer que no tenían nada de eso. El papeleo legal y técnico afectado por los procedimientos de inmigración a Estados Unidos era complejo, hasta el extremo de la confusión total: un sistema de apoyo era imperativo. Quizá el momento en que todo eso regía había pasado completamente, pero una grieta en el hielo ahora podía liberar las aguas estancadas que estaban debajo, y mostrar al observador el lodo relacionado con el momento actual. Sorenson, se apoderó de su teléfono y presionó el botón para comunicarse con su secretaria.

Librodot

-¿Sí, señor?

-Resérveme pasaje en un avión que vaya a Centralia, Illinois, o cualquier otro lugar cercano. Naturalmente, con nombre supuesto; y confío en que me informe cuál será el nombre elegido.

-¿Para cuándo, señor director?

-Temprano esta misma tarde, si puede. Después, comuníqueme con mi esposa. No volveré a cenar a mi casa.

Claude Moreau estudió el material proveniente de Nuremberg, Alemania. Era el prontuario de cierto doctor Hans Traupman, jefe de cirujía residente en el Hospital de Nuremberg.

Hans Traupman, nació el 21 de abril de 1922 en Berlín, hijo de dos médicos, los doctores Erich y Marlene Traupman, y demostró desde temprano indicios de un elevado cociente de inteligencia, de acuerdo con su desempeño durante los primeros años escolares...

El prontuario continuaba describiendo las realizaciones académicas de Traupman, incluso un breve período en el movimiento de la Juventud Hitleriana, impuesto por decreto, y el período de servicio que cumplió en Nuremberg después de cursar la facultad de medicina, en la condición de un médico jóven miembro de la Sanitätstruppe, es decir el cuerpo médico de la Wehrmacht.

Después del conflicto, Traupman regresó a Nurernberg,

donde cumplió el periodo de residencia y se especializó en cirugía de cerebro. Al cabo de diez años, después de haber

ejecutado veintenas de operaciones, se lo consideraba uno de los

principales cirujanos de cráneo en todo el país, o incluso en el Mundo Libre. Con respecto a su vida personal se sabe poco.

Estuvo casado con Elke Mueller y esa unión se disolvió a través

de un divorcio después de cinco años; no hubo hijos. A partir de

ese momento ha residido en un elegante apartamento del distrito

más acomodado de Nuremberg. Es un hombre acaudalado, que

a menudo cena en los restaurantes más caros, y de quien se sabe

que distribuye propinas muy generosas. Entre sus invitados hay

colegas médicos y figuras políticas de Boston, además de distintas

celebridades del mundo del cine y la televisión. En resumen si

tal sumario es posible, se trata de un bon vivant con los

conocimientos médicos que le permiten esa vida extravagante.

Moreau se apoderó de su teléfono y pulsó el botón que lo ponía en

contacto directo con el hombre de Nuremberg.

-¿Sí? –dijo la voz de Alemania.

-Soy yo.

-Le envié todo lo que sabía.

-No, no hizo tal cosa. Averigüe todo lo posible acerca de Elke Mueller.

-¿La ex esposa de Traupman? ¿Por qué? Ella es historia.

-Porque es la clave, idiota. Un divorcio después de un año o dos, es comprensible, después de veinte años perfectamente aceptable, pero no después de cinco. Allí hay algo. Haga lo que le pido, y envíeme el material con la mayor rapidez posible.

-Es una situación completamente distinta –protestó el agente que residía en Nüremberg. Ahora vive en Munich, bajo el nombre de soltera.

-Naturalmente Mueller. ¿Usted tiene la dirección?

-En efecto. –El agente del Deuxième suministró el dato.

-En ese caso, olvide mi orden anterior. Cambié de idea. Avise a Munich que viajo hacia allí en avión. Quiero hablar personalmente con esta dama.

-Lo que usted diga, pero creo que está loco.

-Todos están locos –dijo Moreau–. Son los tiempos en que vivimos.

El avión de Sorenson aterrizó en Mount Vernon, Illinois, unos cincuenta kilómetros al sur de Centralia. Utilizando la licencia de conductor y la tarjeta de crédito suministradas por Operaciones Consulares, Sorenson alquiló un vehículo, y siguiendo la ruta indicada por el empleado de la agencia se dirigió al norte, en dirección a la ciudad. Operaciones Consulares también le había suministrado un mapa de la ciudad de Centralia, con la dirección, la calle Cyprus 121, claramente marcada, y las instrucciones necesarias para pasar de los límites de la ciudad a la Autopista 51. Veinte minutos después, Sorenson recorría una tranquila calle bordeada de árboles, buscando el número 121. La calle misma era en efecto típica del centro de Estados Unidos, pero en una etapa diferente y antigua. Era una suerte de Rockwell de la alta clase media, con las casas espaciosas, los porches del frente amplios y abundancia de enrejados, e incluso de mecedoras. Uno podía imaginar fácilmente a los propietarios instalados allí, y bebiendo el té de la tarde con sus vecinos.

De pronto, vio el buzón marcado con el número 121. Sólo que esta casa era distinta, no por el estilo o las proporciones, sino por otra cosa, algo más sutil. ¿Qué era? El director de Operaciones Consulares se dijo que la clave estaba en las ventanas. Las ventanas de los pisos segundo y tercero tenían todas las persianas cerradas. Incluso en la planta baja, la amplia ventana flanqueada por dos rectángulos verticales de vidrio coloreado, estaba bloqueada por persianas de tablillas. Era como si esa residencia en particular no mirase con mucho entusiasmo a los visitantes. Wesley se preguntó si su propia persona correspondía a esa categoría, o algo peor. Estacionó adelante, descendió del vehículo y recorrió el sendero de concreto; subió los peldaños y tocó el timbre.

Se abrió la puerta, y apareció un anciano delgado de cabellos blancos, que usaba lentes de vidrios muy gruesos.

-¿Sí, por favor? –dijo con una voz suave y vacilante, que tenía apenas el indicio de cierto acento.

-Señor Schneider, mi nombre es Wesley Sorenson, y vengo de Washington, D.C. Tenemos que hablar, aquí o en un lugar mucho menos cómodo.

Los ojos del anciano se agrandaron, y palideció intensamente. Varias veces intentó responder, pero se ahogó con las palabras. Finalmente, pudo expresarse.

Librodot

-Ach, necesitaron tanto tiempo, fue hace mucho... Entre, estuve esperándolo casi cincuenta años. Venga, venga, hace demasiado calor allí afuera, y el aire acondicionado es caro... De todos modos, ahora nada importa.

-Señor Schneider, no somos muy diferentes por la edad –dijo Sorenson, mientras entraba en un amplio vestíbulo victoriano y seguía al hombre que había recibido el Sonnenkind y entraba con él en una sala penumbrosa, atestada de muebles tapizados–. Cincuenta años no es demasiado tiempo para ninguno de los dos.

-¿Puedo ofrecerle cerveza? Francamente, me vendrían bien uno o jarros, tal vez más.

-Un whisky pequeño sería suficiente, si lo tiene. Borbon sería magnífico, pero en el fondo poco importa.

-0h, excelente... en efecto, tengo borbon. Mi segunda hija está casada con un hombre nativo de una de las Carolinas, y él prefiere esa bebida. Sientese, siéntese, me retiraré un minuto o dos, y traeré nuestras bebidas.

-Gracias. –El director de Operaciones Consulares de pronto se preguntó si hubiera debido traer un arma. ¡Había estado alejado demasiado tiempo de las operaciones de la primera línea! Ese anciano hijo de perra podía estar buscando su propia arma. En cambio, Schneider regresó trayendo una bandeja de plata, vasos y dos botellas, sin que hubiera bultos bajo las ropas.

-Esto facilitará las cosas, ¿nicht wahr? –dijo.

-Me sorprende que usted esperase mi visita –observó Sorenson después que tuvieron las bebidas frente a ellos, la suya sobre una mesa de café, la del alemán sobre el brazo de un sillón–. Como usted dice, pasaron tantos años.

-Mi jóven esposa y yo éramos parte de la fanática juventud alemana de aquella época. Todos esos desfiles a la luz de las antorchas, los lemas, la euforia de ser la auténtica raza de los señores del mundo. Todo era muy seductor, y nos dejamos seducir. Nos asignó nuestra misión el propio y legendario Heinrich Himmler, que pensaba "en una amplia perspectiva", como decimos ahora. Sinceramente creo que él pensó que perderíamos la guerra, pero estaba totalmente consagrado a la tesis de la superioridad aria. Después de la guerra, hicimos lo que nos ordenó la organización Odessa, e incluso entonces, continuamos creyendo.

-¿De modo que usted formuló la petición, aceptó la inmigración de cierta Janine Clunitz, más tarde Clunes, y la adoptó?

-Sí. Era una niña extraordinaria, mucho más inteligente que Johanna y yo. Todos los martes por la noche, desde que cumplió los ocho o nueve años, venían varios hombres a buscarla y la llevaban a otro lugar donde... imagino que la palabra adecuada sería que la doctrinaban.

-¿Qué lugar era ése?

-Nunca lo supimos. Al principio simplemente le servían golosinas, helados y otras cosas, y la mantenían con los ojos vendados. Después, cuando creció, simplemente, nos dijeron que estaban educándola en nuestra "gloriosa herencia". Esas fueron las palabras que usaron, y naturalmente nosotros supimos lo que significaban.

-Señor Schneider, ¿por qué me relata ahora todo esto?

Librodot

-Porque viví cincuenta y dos años en este país. No puedo decir que es perfecto; ninguna nación lo es. Pero es mejor que el lugar de donde vine. ¿Sabe quiénes viven en esta misma calle, aquí enfrente?

-¿Como podría saberlo?

-Los Goldfarb, Jake y Naomi. Son judíos. Y eran nuestros mejores amigos... y un poco más lejos, la primera pareja de negros que vino a comprar aquí una casa. Los Goldfarb y nosotros organizamos una fiesta de bienvenida, y todos acudieron. Y cuando quemaron una cruz en su jardín, todos nos reunimos, perseguimos a los matones y los obligamos a comparecer ante el juez.

-Todo eso no es ciertamente la fórmula apreciada por el Tercer Reich.

-La gente cambia, todos cambiamos. ¿Qué puedo decirle?

-¿Cuánto hace desde la última vez que estuvo en contacto con Alemania?

-Mein Gott, esos idiotas insisten en comunicarse dos y tres veces al año. Les digo que soy un anciano y que me dejen en paz, pues ya no participo de todo eso. Seguramente mi nombre está en sus computadoras, o en las nuevas máquinas técnicas que ellos utilizan. Me siguen la pista; nunca abandonan, nunca cesan de amenazarme.

-¿No dan nombres?

-Sí, uno. El último que llamó, hace un mes, estaba casi histérico, y me gritó que cierto Herr Traupman podía ordenar mi ejecución. ¿Para qué? pregunté. De todos modos en poco tiempo más moriré, y el secreto descenderá conmigo a la tumba.

Claude Moreau fue conducido a la Leopoldstrasse por su hombre en Munich, que se había acercado para reconocer la casa de apartamentos donde vivía Elke Mueller, la ex frau Traupman. Para ahorrar tiempo a Moreau, la oficina secreta del Deuxième en la Königinstrasse había telefoneado a madame Mueller, para explicarle que un alto funcionario del gobierno francés deseaba abordar un asunto confidencial con ella, y que el asunto podía significarle una ventaja financiera... No, la persona que llamaba no tenía la más mínima idea acerca de la naturaleza de la cuestión confidencial, excepto que la entrevista de ningún modo perjudicaría a la eminente dama.

La casa de apartamentos era muy espaciosa, y la residencia misma aun más imponente, una lujosa mezcla de barroco y art déco. Elke Mueller armonizaba con el entorno; era una mujer alta e imperiosa en la setentena, los cabellos oscuros bien peinados con hilos grises y blancos, la cara angulosa, los rasgos aquilinos. Sin duda, no era una mujer con la cual fuese posible jugar; eso se le veía en los ojos, anchos y brillantes, y rozando la expresión hostil o suspicaz, o ambas cosas.

-Madame, mi nombre es Claude Moreau, y pertenezco al Quai d'Orsay de París –dijo el jefe del Deuxième Bureau en Alemania, después de ser llevado a una sala por la doncella uniformada.

-Monsieur, no es necesario hablar en alemán. Mi francés es fluido.

-Eso me alivia mucho –mintió Moreau–, pues mi alemán es bastante escaso.

Librodot

-Sospecho que usted exagera. Siéntese frente a mí y si lo desea explique esa cuestión confidencial. No imagino por qué el gobierno de Francia demuestra el más mínimo interés en mi persona.

-Perdóneme, madame, pero sospecho que usted imagina algo.

-Usted es impertinente, monsieur.

-Discúlpeme, solo deseo hablar claro y decir la verdad tal como la percibo.

-Ahora se muestra admirable. Se trata de Traupman, ¿verdad?

-Entonces, mi amable sospecha era exacta, ¿no es así?

-Por supuesto, no podía haber otra razón posible.

-Usted estuvo casada con él...

-No mucho tiempo –lo interrumpió Elke Mueller con una frase rápida y enérgica–., pero demasiado para mi gusto. De modo que sus viejos pecados ahora están saliendo a la luz, ¿verdad?... No se muestre tan sorprendido, Moreau, leo los diarios y veo televisión. Sé lo que está sucediendo.

-¿Con respecto a esos pecados? ¿Puedo preguntarle por ellos?

-¿Por qué no? Me alejé de todo eso hace más de treinta años.

-¿Sería impertinente pedirle que amplíe sus afirmaciones... por supuesto, sólo en la medida en que le parezca cómodo?

-Ahora, monsieur, usted miente. Preferiría que me sintiese terriblemente incómoda, incluso un poco histérica, y le dijese qué hombre horrible era. Bien, puedo seguir esa línea, al margen de que esa afirmación sea cierta o no. Sin embargo, puedo decirle que cuando pienso en Traupman, cosa que hago rara vez, me siento colmada de repugnancia.

-¿De veras?

-Si, los detalles que usted deseaba. Muy bien, los tendrá... Me casé con Hans Traupman bastante tardíamente. Yo tenía treinta y un años, y él treinta y tres, y ya era un cirujano de mucho éxito. Me impresionó su capacidad como médico, y creí que bajo la superficie un tanto fría había un hombre bueno. Manifestaba relámpagos de calidez que me entusiasmaban, pero pronto comprendí que todo eso era una comedia.

Qué era lo que le atraía en mi pronto fue evidente. Yo era una Mueller de Baden–Baden, los terratenientes más ricos de la región, y además una familia destacada en lo social; de modo que podía facilitarle el acceso a los círculos a los cuales ansiaba desesperadamente incorporarse. Vea, sus dos padres eran médicos, pero en realidad no se trataba de personas atractivas, y ciertamente no tenían mucho éxito; sus consultorios en definitiva eran clínicas formadas por miembros de las clases económicas inferiores...

-Si me permite una interrupción –dijo Moreau–, ¿él utilizó su posición en el matrimonio con usted para promover sus ambiciones sociales?

-Acabo de decírselo.

-Entonces, ¿por qué se arriesgó al divorcio?

-No pudo evitarlo. Además, en el plazo de cinco años había progresado todo lo que necesitaba, y sus conocimientos hicieron el resto. Por deferencia a la familia Mueller, acepté lo que podía denominarse un divorcio amistoso... mera incompatibilidad, sin que ninguna de las partes acusara de nada a la

otra. Fue el peor error que pude cometer, y antes de morir mi padre me lo criticó sin rodeos.

-¿Puedo preguntar por qué?

-Monsieur, usted no conoce a mi familia, y por otra parte Mueller es un nombre bastante usual en Alemania. Le explicaré la situación. Los Mueller de Baden–Baden se opusieron a ese delincuente de Hitler y a sus pistoleros. El Fuhrer no se atrevió a tocarlos a causa de nuestra riqueza y de los sentimientos de lealtad con que nos honraban varios miles de empleados. Los Aliados nunca comprendieron hasta qué punto Hitler temía la oposición interna. Si lo hubiesen comprendido, podrían haber aplicado en Alemania las tácticas que hubieran abreviado la guerra. .A semejanza de Traupman, el pequeño delincuente del bigote abarcó más de lo que podía apretar, y alternaba con gente a la cual había admirado desde lejos, pero que nunca lo aceptó. Mi padre siempre afirmó que las diatribas de Hitler eran los reniegos de un hombre asustado, decidido a eliminar mediante el asesinato la más mínima oposición, mientras no hubiese consecuencias. De todos modos, a través de la conscripción Herr Hitler consiguió que mis dos hermanos fuesen enviados al frente ruso, donde murieron, probablemente más a causa de las balas alemanas que de las soviéticas.

-Por favor, ¿podemos retornar a Hans Traupman?

-Él era el nazi integral –dijo sencillamente madame Mueller, volviendo la cara hacia la luz de la tarde que penetraba por la ventana. Era extraño, casi inhumano, pero él ansiaba el poder, sencillamente el poder, más allá de las recompensas que le aportaba su profesión. Solía recitar las desacreditadas teorías de la raza aria superior como si hubieran sido infalibles, aunque debía saber que no era el caso. Creo que se trataba del amargo resentimiento del jóven rechazado que no podía tratar con la minoría selecta de Alemania, a pesar de su reputación cada vez más sólida, por la sencilla razón de que era un hombre tosco y antipático.

-Me parece que usted está apuntando a otra cosa –dijo Moreau.

-Sí, así es. Comenzó a celebrar reuniones en nuestra casa de Nuremberg, reuniones con personas que, como yo sabía, eran nacionalsocialistas incorregibles, fanáticos de Hitler. Convirtió el sótano en una especie de fortaleza, donde se reunían todos los martes... No se me permitía asistir. Bebían mucho, y desde nuestro dormitorio yo alcanzaba a oír los gritos y los "Sieg Heil" y la cancion de Horst Wessel, que se repetía hasta el cansancio. Continuaron durante tres años, hasta el quinto año de nuestro matrimonio, cuando finalmente lo enfrenté... sencillamente lo sé por qué no lo hice antes. El afecto, aunque esté disminuyendo, nos lleva a adoptar una actitud protectora. Le gritaba, acusándolo de cosas terribles, del intento de volver a los horrores del pasado. Y cierto miércoles por la mañana, después de una de esas noches terribles, me dijo: "No importa lo que pienses, perrita adinerada, ¡teníamos razón entonces, y la tenemos ahora!" Me marché al día siguiente. Moreau, ¿le parece que le he ofrecido suficiente, número de detalles?

-Ciertamente, madame –replicó el jefe del Deuxième–. ¿Puede recordar alguno de los hombres o las mujeres que asistieron a esas reuniones?

-Eso sucedió hace mas de treinta años. No, no puedo.

-¡Ni siquiera a uno o dos de los "nazis incorregibles"?

-Permítame pensar... Había un tal Bohr, creo que se llamaba Rudolf Bohr, y un ex coronel, un hombre muy jóven, miembro de la Wehrmacht me parece que se llamaba von Schteifel. Fuera de esos dos, la memoria nada me dice. Los recuerdo solo porque a menudo venían a almorzar o a cenar, momentos en que no se discutía de política, y yo solía verlos cuando descendían de sus automóviles y me asomaba a la ventana de mi dormitorio.

-Madame, usted me ha ayudado muchísimo –dijo Moreau–, poniéndose de pie–. No la molestaré más.

-Deténganlos –murmuró Elke Mueller con voz dura–. ¡Serán la muerte de Alemania!

-Recordaremos sus palabras –dijo Claude Moreau, mientras caminaba hacia el vestíbulo.

En el cuartel general del Deuxième, que estaba en la Koniginstrasse, Moreau utilizó sus prerrogativas y ordenó a París que se comunicase inmediatamente con Wesley Sorenson.

Sorenson viajaban en el avión de regreso a Washington, cuando oyó el llamado del teléfono. Abandonó su asiento, se acercó al teléfono que estaba en la cabina de la primera clase, insertó su tarjeta y se comunicó con la oficina.

-Un momento, señor director –dijo el operador de Operaciones Consulares–. Llamaré a Munich y lo conectaré.

-Allô, ¿Wesley?

-Sí, ¿Claude?

-¡Es Traupman!

-¡Traupman es la clave!

Habían hablado simultáneamente.

-Llegaré a mi oficina más o menos en una hora –dijo Sorenson. Volveré a llamarlo.

-Ambos estuvimos muy atareados, mon ami.

-¡De eso puede estar absolutamente seguro!

Librodot

22

Drew estaba acostado al lado de Karin, en la cama de la habitación que ella ocupaba en el Hotel Bristol; que los dos compartieran el lugar era una concesión realizada de mala gana por Witkowski. Habían hecho el amor, y ahora experimentaban el grato y descansado goce de los amantes que saben que se pertenecen mutuamente.

-¿Donde demonios estamos? –preguntó Latham, después de encender uno de los escasos cigarrillos que fumaba a lo largo del día.

El humo se elevó sobre ellos.

-Ahora el asunto está en manos de Sorenson. Tú ya no controlas el asunto.

-Eso es lo que no me agrada. Está en Washington, y nosotros en París, y ese maldito Kroeger se encuentra en otro planeta.

-Las drogas podrían arrancarle información.

-El médico de la embajada dice que no podemos hacer nada con drogas hasta que él se estabilice de las heridas de bala. El coronel está más enojado que nunca, pero no puede desautorizar al médico. Yo tampoco me siento muy entusiasmado; cada veinticuatro horas que perdemos es más difícil encontrar a esos canallas.

-¿Estas seguro de ello? Los neos estuvieron preparándose durante más de Cincuenta años. ¿En qué cambia las cosas un solo día?

-No lo sé, quizás provoque la pérdida de otro Harry Latham. Digamos que me siento impaciente.

-Entiendo. ¿Hay alguna táctica relacionada con Janine?

-Tú sabes tanto como yo. Sorenson dijo que había que conservar la calma y guardar silencio, e informar a los Antinayous que teníamos a Kroeger. Hicimos las dos cosas, y comunicamos a la oficina de Wesley que sus instrucciones habían sido cumplidas. Firmado, París.

-¿Él cree realmente que los Antis fueron infiltrados?

-Me dijo que estaba cubriendo todos nuestros flancos; eso a nadie puede perjudicar. Tenemos a Kroeger, y nadie puede acercársele. Si alguien lo intenta, eso significará que hemos expuesto uno de los flancos.

-¿Janine podría ser una ayuda en todo eso?

-El problema corresponde a Wesley. Yo ni siquiera sabría cómo comenzar a resolverlo.

-Me preguntó si Courtland habló de Kroeger a Janine.

-Sin duda tuvo que decir algo después que lo despertamos a las tres de la madrugada.

-Pudo haber dicho cualquier cosa, no necesariamente la verdad. Todos los embajadores saben lo que pueden y lo que no pueden decir a su familia inmediata. Casi siempre para su propia protección.

-Karin, esa argumentación tiene una falla. Courtland incorporó a su propia esposa a D e I, un nido de avispas de información secreta.

Su matrimonio es relativamente reciente, y si lo que yo creo es cierto, Janine quiso que la enviasen allí. –Para una esposa nueva no sería muy difícil persuadir a su marido. Dios sabe que ella posee las cualidades

Librodot

necesarias, y sin duda ella habló del asunto desde el punto de vista de la contribución patriótica.

-Cierto, o por lo menos habrá que aceptar tu palabra en ese sentido; la base de tu razonamiento es la historia de Eva y la manzana...

-Machista –lo interrumpió de Vries, riendo y pellizcándole suavemente el muslo.

-Amiga, la manzana no fue nuestra idea.

-De nuevo adoptas una actitud peyorativa.

–Quisiera saber como Wes resolverá el problema –dijo Latham, aferrando la mano de Karin, y sosteniéndola mientras apagaba su cigarrillo.

-¿Por qué no lo llamas?

-Su secretaria dijo que no retornaría esta mañana, lo cual significa que viajó a algún sitio. Mencionó que tenía otro problema, bastante grave, de modo que quizás está intentando resolverlo.

-Yo creía que Janine Courland tendría precedencia.

-Quizás. Lo sabremos mañana... en realidad, hoy. Ya esta amaneciendo.

-Levantémonos, querido. No se nos permite ir a la embajada, de modo, que podemos considerar que este es nuestro día de descanso... tuyo y mío.

-Me agrada la idea –dijo Drew, volviéndose hacia ella, mientras los cuerpos se tocaban. Y entonces llamó el teléfono. –Vaya por el día de descanso –agregó Latham, extendiendo la mano hacia el teléfono que se entrometía de ese modo abusivo–. ¿Sí?

-Aquí es poco más de la una de la madrugada –dijo la voz de Wesley Sorenson. –Disculpe si lo desperté, pero Witkowski me dio su número en el hotel, y quería mantenerlo al tanto de las cosas.

-¿Qué sucedió?

-Los expertos de la computadora dieron en el blanco. Todo encaja. Janine Clunitz es una Sonnenkind.

-¿Janine qué?

-Clunitz es su verdadero nombre... Clunes es la forma inglesa. Fue criada por los Schneider en Centralia, Illinois.

-Sí, eso ya lo sabíamos. Pero, ¿cómo puede estar seguro?

-Volé allí esta tarde. El Viejo Schneider lo confirmó.

-¿Y qué demonios hacemos ahora?

-Nosotros nada; yo –replicó el director de Operaciones Consulares. El Departamento de Estado está convocando a Courtland por un periodo de treinta y seis horas, para celebrar una reunión urgente con otros embajadores europeos; se les revelará el tema al llegar.

-¿El Departamento de Estado aceptó esto?

-No lo saben. Es una directiva Cuatro Cero, emitida a través de esta oficina para evitar la intercepción.

-Confío en que eso tendrá lógica.

-¿A quién le importa la lógica? Lo recogeremos en el aeropuerto, y estará en mi despacho antes de que el secretario Bollinger meta las narices.

-Caramba, yo diría que estoy escuchando la voz de un viejo inquisidor.

Librodot

-Podría ser.

-¿Como piensa tratar a Courtland? Confío en que él sea tan inteligente como su prontuario dice. Grabé la voz de Schneider –con su autorización– y conseguí que confirmara de viva voz una declaración muy completa. Presentaré todo eso a Courtland, y abrigo la esperanza de que él vea la luz.

-Es posible que no llegue a eso, Wes.

-Estoy preparado para afrontar eso. Schneider acepta viajar a Washington. A decir verdad, no le agrada el lugar de donde proviene... y a propósito, son sus propias palabras.

-Felicitaciones.

-Gracias, Drew, no estuve mal, aunque sea yo quien lo diga... Hay otra cosa.

-¿Qué?

-Hable con Moreau. Hablé con él hace pocos minutos, y espera que usted lo llame esta mañana... hora de París.

-Wes, no me agrada actuar a espaldas de Witkowski.

-No lo hará, él lo sabe todo. Ya me comuniqué con Witkowski. Sería estúpido excluirlo; necesitamos su experiencia y sus conocimientos.

-¿Y Moreau?

-Él y yo nos acercamos partiendo de lugares diferentes, pero terminamos con la misma información. Encontramos nuestro canal de comunicación con la Fraternidad. Es un hombre, un médico de Nuremberg, donde se celebraron los juicios.

-Qué irónico. Uno comienza a recorrer un círculo, y vuelve al punto de partida.

-Hablaremos después, una vez que usted se haya comunicado con Moreau.

Latham cortó la comunicación y se volvió hacia Karin.

-Nuestras vacaciones han sido abreviadas un tanto, pero aún disponemos de una hora, o cosa así.

Ella extendió los brazos, y la mano derecha vendada estaba a menor altura que la izquierda.

La noche era oscura y estaba silenciosa, y una por una, con diez minutos de diferencia, las lanchas rápidas se acercaron al largo muelle a orillas del río Rin. Una luz roja estaba encendida en el pilón más alto, el lugar de llegada; la luna en ese momento no servía de mucho, a causa del cielo nublado. Sin embargo, los tripulantes de esas embarcaciones rápidas estaban familiarizados con los canales y las propiedades que ellos mismos frecuentaban. Los motores fueron apagados a treinta o cuarenta metros del muelle, y la marea fluvial empujó suavemente a las embarcaciones hacia los amarraderos, donde una pareja de hombres recogió las cuerdas que les arrojaron y sin hablar llevaron a las lanchas a los lugares prefijados. Y uno por uno los hombres que concurrían a la conferencia ascendieron al muelle y comenzaron a caminar por un sendero de lajas, que conducía a la mansión levantada a poca distancia del río.

Los recién llegados se saludaron unos a otros en un enorme pórtico iluminado por las velas, donde habían servido café, bebidas y canapés. La

Librodot

conversación fue neutra –los tantos alcanzados en el golf y las competencias de tenis, nada importante; pero eso cambiaría bruscamente. una hora y veinte minutos después el grupo estaba completo; despidieron a los criados, y comenzó la reunión formal. Los nueve jefes de Die Brüderschaft der Wacht (la Fraternidad del Reloj) se sentó formando un semicírculo frente a un estrado. El doctor Hans Traupman abandonó su sillón y se acercó al estrado.

-¡Sieg Heil! –gritó, adelantando el brazo derecho en el saludo nazi.

-¡Sieg Heil! –rugieron al unísono los líderes, poniéndose de pie como un solo hombre y adelantando el brazo.

-Por favor, tomen asiento –dijo el médico de Nuremberg. Todos obedecieron, el cuerpo erguido, la concentración absoluta. Traupman continuó diciendo: –Debemos comunicarles gloriosas novedades. En todo el globo, los enemigos del Cuarto Reich se retiran desordenadamente, tiemblan dominados por el miedo y la confusión. Ha llegado el momento de iniciar otra etapa, un ataque que agrave el desconcierto y el pánico, mientras nuestros discípulos –sí, nuestros discípulos– están preparados para avanzar con cautela pero firmemente y ocupar posiciones influyentes en todas partes... Nuestra acción exigirá sacrificios de muchos combatientes, el riesgo de la cárcel, incluso de la muerte, pero nuestra decisión es firme, nuestra causa poderosa, y el futuro es nuestro. Traspasaré la dirección de esta reunión al hombre a quien hemos elegido para que sea Fuhrer de la Fraternidad, el Zeus que guiará nuestro movimiento hacia su plena realización, pues se trata de un hombre sin compromisos y con una voluntad de acero. Es un honor pedir a Günter Yäeger que les dirija la palabra.

De nuevo, como un solo hombre, el pequeño grupo se puso de pie y otra vez cada uno extendió el brazo hacia adelante.

-¡Sieg Heil! –gritaron–. ¡Sieg Heil, Günter Jäger!

Un hombre delgado y rubio de casi un metro ochenta de estatura y ataviado con un traje negro, y cuello de sacerdote muy blanco, se apartó de una silla que estaba en el centro y se aproximó al estrado. Tenía el cuerpo erguido, y caminaba con paso enérgico. Se hubiera dicho que su cabeza era la de una escultura de Marte. Pero sus ojos eran lo que reclamaba atención. Eran Verdes grisáceos y de mirada penetrante, fríos pero al mismo tiempo extrañamente vivaces con chispazos cálidos cuando se clavaban en los individuos, lo que hacían cuando su dueño paseaba la mirada de una silla a otra, y cada destinatario gozaba de los beneficios de su observación.

-Yo soy el hombre que se siente honrado –comenzó con voz tranquila, al mismo tiempo que se permitía una suave sonrisa. –Como todos saben, soy un sacerdote separado de mi propia iglesia, pues ésta considera que mis posiciones son poco políticas; de todos modos, he hallado un rebaño mucho mayor que cualquier otro de la Cristiandad. Ustedes representan ese rebaño, representan a los millones que creen en nuestra causa. –Jäger calló, y deslizó el índice de la mano derecha entre la camisa y el cuello, agregando con un chispazo de humor: –A menudo deseo que las autoridades de mi lamentable iglesia hubieran declarado públicamente mi expulsión, pues el signo blanco de mi condición sacerdotal es sofocante.

Por supuesto, no pueden hacer; sería una mala política. Disimulan pecados más terribles que los que aparecen enumerados en las Escrituras;

Librodot

ellos lo saben y yo lo sé, de modo que hemos llegado a una suerte de conciliación.

Algunas risas de complicidad partieron de los presentes. Günter Yäeger continuó diciendo: –Como lo ha dicho Herr Doktor Traupman, estamos próximos al comienzo de la fase siguiente de la desorientación de nuestros enemigos. Será muy destructiva, un ejército invisible atacando la fuente más vital de la vida sobre la tierra... el agua, caballeros.

-La reacción fue ahora de desconcierto; los miembros de la congregación hablaban entre ellos.

-¿Cómo se lo logrará, hermano que ahorcó los hábitos? –preguntó el viejo sacerdote católico, monseñor Heinrich Paltz.

-Si su iglesia supiera quién y qué es usted, padre, ahora estaríamos acorralados.

De nuevo risas.

-¡Puedo fundamentar nuestras teorías remontándome incluso hasta el libro del Génesis! –dijo el monseñor. –Caín era sin duda negro, llevaba la marca de Caín en la piel, ¡y era negro! Y en el Levítico y el Deuteronomio, saluda a las tribus inferiores que rechazaron las palabras de los profetas!

-Padre, no iniciemos un debate erudito, pues ambos podríamos perder. En general, los profetas eran judíos.

-¡Lo mismo que las tribus!

-Similias similibus, amigo mío. Eso fue hace dos mil años, y ahora estamos aquí, dos mil años más tarde. Pero usted preguntó cómo podría realizarse esta operación. ¿Debo explicarlo?

-Por favor, hágalo, Herr Yäeger –dijo Albert Richter, un diletante convertido en político, pero provisto de propiedades y de otro modo de vida en Mónaco.

-Los reservorios, caballeros, las principales reservas de agua de Londres, París y Washington. Mientras estamos reunidos aquí, otros conciben planes para introducir toneladas de productos químicos tóxicos en esos depósitos centrales, arrojándolos desde aviones durante la noche. Una vez que se hayan disuelto dichos productos, morirán millares y millares de personas. Los cadáveres se apilarán en las calles, los gobiernos de cada nación serán acusados, pues a ellos les corresponde la responsabilidad de proteger los recursos naturales. En Londres, París y Washington será nada menos que una plaga catastrófica, y la ciudadanía quedará aterrorizada y ofendida. A medida que caigan las figuras políticas, nuestra gente ocupará sus lugares, afirmando que tiene las respuestas, las soluciones. Algunas semanas, quizás meses más tarde, una vez que las crisis hayan sido atenuadas mediante antitoxinas específicas incorporadas al agua con el mismo método, habremos penetrado considerablemente en los gobiernos y en sus fuerzas armadas. Cuando se restablezca una calma relativa, se atribuirá el mérito a nuestros discípulos, pues sólo ellos conocerán y encargarán los elementos químicos o contravenenos.

-¿Cuándo sucederá eso? –preguntó Maximilian von Löwenstein, hijo del general y traidor de Wolfschanze, ejecutado por la SS, pero cuya madre leal era amante de Joseph Goebbels, una devota cortesana del Reich que detestaba a su esposo. –Mi madre hablaba siempre de las promesas

Librodot

extravagantes que provenían de la Cancillería, las mismas que nadie fundamentaba jamás. Decía que eran episodios muy lamentables, y que debilitaban al Führer.

-Y nuestros libros de historia exaltarán los aportes que su madre realizó al Tercer Reich; entre otras cosas, cómo denunció a su traicionero esposo. Sin embargo, en la situación actual estamos estudiando distintas tácticas, incluso el costo de eludir el radar, los aviones que se desplazan a escasa altura. Todo está en el sitio que corresponde en un radio de doscientos kilómetros de los blancos; nuestros especialistas se encuentran en los lugares apropiados. De acuerdo con las más recientes proyecciones, Rayo en el Agua se realizará de tres a cinco semanas a contar desde esta fecha, y cada catástrofe nacional sobrevendrá en el mismo momento, en las horas nocturnas de mayor oscuridad a ambos lados del Atlántico. Ahora se ha determinado que será a las cuatro y media de la madrugada en París, a las tres y media en Londres, y a las diez y media de la noche de la velada precedente en Washington. Son las horas más propicias a causa de la oscuridad. Es todo lo concreto que puedo ser en las circunstancias actuales.

-¡Es más que suficiente, mein Fuhrer, nuestro Zeus! –exclamó Ansel Schmidt, el potentado múltimillonario de la electrónica, que había robado a otras firmas la mayor parte de su elevada tecnología.

-Veo un problema –dijo un hombre corpulento cuyas piernas enormes empequeñecían el perfil de la silla, la cara redonda como un globo, desprovista de arrugas a pesar de la edad. –Como ustedes saben, por mi formación soy un ingeniero químico, y a eso me dedicaba antes de empezar a ramificar mis actividades. Nuestros enemigos no son tontos; constantemente se analizan las muestras de agua. Se descubrirá el sabotaje, y habrá muchos tratamientos del agua. ¿Cómo resolvemos eso?

-La inventiva alemana aporta la respuesta más sencilla –contestó Günter Jäger con una sonrisa. –Así como hace varias generaciones nuestros laboratorios crearon el Zyklon B, que eliminó a millones de judíos y a otros indeseables, nuestro pueblo ha creado otra fórmula letal que utiliza compuestos solubles de elementos al parecer incompatibles, pero que llegan a ser compatibles gracias al bombardeo isogónico previo a la mezcla. –Aquí, Jäger se detuvo y encogió de hombros, mientras continuaba sonriendo. –Soy un religioso, de nuestra religión, y no pretendo dominar el tema; pero tenemos los mejores químicos, muchos de los cuales fueron reclutados en sus propios laboratorios, Herr Waller.

-¿El bombardeo isogónico? –dijo el individuo obeso, y sus labios gruesos esbozaron lentamente una sonrisa que se extendió a toda la cara.

-Una sencilla variación de la fusión isométrica, destinada a unir los elementos hostiles, imponiendo la compatibilidad, como se hace para aplicar cierto revestimiento a la aspirina. Quizás se necesiten días y semanas para analizar los compuestos, y más todavía para aislarlos con el fin de encontrar contravenenos específicos... Absolutamente ingenioso, Herr Jäger –mein Fuher–. Yo lo saludo, y saludo su talento para agrupar a otros talentos brillantes.

-Usted es muy amable, pero yo no sabría encontrar la salida si me abandonan en un laboratorio.

Librodot

-¡Los laboratorios son para los cocineros, las visiones deben ocupar el primer lugar! La suya se refirió a la necesidad "de atacar la fuente mas vital de la vida sobre la tierra. El agua..."

-Los ricos e incluso los individuos menos pudientes comprarán sus Evian y su Pellegrino en los mercados –observó un hombre de baja estatura y corpulencia mediana, los cabellos oscuros muy cortos. –Se ordenará a las clases inferiores que hiervan el agua durante los doce minutos prescritos, para purificarla–

-Herr Richter los doce minutos aceptados serán insuficientes –lo interrumpió el nuevo Fuhrer. –Reemplace ese número por el de treinta y siete, y después dígame cuántos podrán o querrán cumplir la norma. Reconozco que los peldaños inferiores de la escala social se verán afectados más gravemente, pero por otra parte eso nos perjudica nuestros propósitos higiénicos, ¿verdad? Eliminaremos guetos enteros lo cual más tarde nos ahorrará tiempo.

-Veo una ventaja todavía mayor –dijo von Löwenstein, hijo de una cortesana del Reich. –Según cual sea el éxito del Rayo en el Agua, esos mismos compuestos pueden ser arrojados sobre reservorios seleccionados de Europa, el Mediterráneo y Africa.

-¡Primero Israel! –gritó el senil monseñor Paltz. –¡Los judíos mataron a nuestro Cristo! –Varios miembros de la congregación se miraron, y después volvieron los ojos hacia Günte Jäger.

-Sin duda, hermano sacerdote –dijo el Zeus de la Fraternidad, pero nunca debemos elevar nuestras voces para evocar esas soluciones, por justificada que sea nuestra cólera, ¿no es verdad?

-Simplemente quise aclarar el carácter lógico de mi reclamo.

-Así es, padre, así es.

Esa misma noche en una pista aerea olvidada hacia mucho tiempo, a unos quince kilómetros al oeste del legendario Lakenheath, en Inglaterra un pequeño grupo de hombres y mujeres estudiaba varios planos y un mapa, a la luz de una sola lámpara. Tras ellos, a lo lejos, se encontraba un jet 727 parcialmente camuflado, fabricado a mediados de la década de los 70, estaba sobre el límite del bosque, y la funda de lienzo había sido recogida para permitir la entrada en la cabina delantera. El idioma que el grupo hablaba era el inglés; varios lo hacían con acento británico, el resto con acento alemán.

-Les digo que es imposible –afirmó un alemán–. La capacidad de carga es más que suficiente, pero la altura es inaceptable. Destruiríamos las ventanas a varios kilómetros de distancia del blanco, y seríamos descubiertos por el radar apenas ascendiéramos. Es un plan absurdo; cualquier piloto podría haberles dicho eso. Locura unida a la vocación suicida.

-En teoría, podría funcionar –dijo una inglesa–, un solo paso a baja altura como en la aproximación final al momento de aterrizar, y después la aceleración rápida para desprenderse, permaneciendo por debajo de los trescientos metros, para evitar de ese modo la detección hasta que la máquina este sobre el Canal. Pero comprendo la objeción. El riesgo es enorme, y la mas mínima disfunción, sería realmente suicida.

Y aquí los depósitos están relativamente aislados –agregó otro alemán. –Pero la región de París es traicionera.

-Entonces, ¿regresamos a los vehículos terrestres? –preguntó un anciano británico.

-Eso esta excluido –contestó el piloto–. Se necesitaría un número excesivo de vehículos grandes si uno quiere trazar un plan viable; y además se elimina el efecto de la difusión de modo que los venenos necesitarán semanas para incorporarse al flujo principal.

-Entonces, ¿dónde estamos? intervino un jóven neonazi que había estado en la periferia del grupo; ahora se adelantó, y con un gesto arrogante apartó los planos del avión. –Por lo menos para todo el que haya mantenido los ojos abiertos mientras nos entrenamos en el Hausruck.

-Esa es una observación gratuitamente dura objetó la inglesa. –Mi capacidad de visión es espléndida, se lo aseguro.

-Entonces, ¿qué vio usted, que vieron todos ustedes, cuando ascendían y descendían a menudo en el cielo sobre el valle?

-El planeador –replicó el segundo alemán–. Un planeador mas bien pequeño.

-¿En que pensó, mein junger Mann? –preguntó el piloto–. ¿Un escuadrón de esos aviones digamos cincuenta o cien, chocando a cierta altura sobre las reservas de agua?

-No, Herr Flugzeugführer. ¡Se trata de reemplazarlos con aviones que ya existen! Dos planeadores de transporte, dos artefactos militares de proporciones gigantescas, cada uno capaz de transportar doble o triple tonelaje que esa reliquia excesivamente pesada que esta allí al fondo del campo.

-¿De que esta hablando? ¿Donde se encuentran esos aviones?

-En el aerodromo de Constanza, bien protegidos, hay unas veinte máquinas de ese estilo. Y han permanecido allí desde la guerra.

-¿Desde la guerra? –exclamó el asombrado piloto alemán. –¡Realmente no lo comprendo, junger Mann!

–Entonces, señor, sus estudios del derrumbe del Tercer Reich no fueron muy buenos. Durante los últimos años de esa guerra los alemanes –que éramos los expertos en planeadores– creamos el enorme Gigant, el Messerschmitt ME 323, desarrollado a partir del ME 321, ambos los planeadores de transporte mas grandes que hubieran surcado el aire. Inicialmente se los creó para contribuir a abastecer las líneas del frente ruso, con la esperanza de que después fuera posible usarlos en la invasión a Inglaterra, pues la construcción con madera y lienzo permite esquivar el radar.

-¿Todavía están allí? –preguntó el anciano británico.

-Tanto como los destructores de la Marina Real y la norteamericana... con naftalina, creo que ésa es la frase. He conseguido que algunos aviadores los revisen. Con algunas pequeñas modificaciones, pueden funcionar.

-¿Cómo se propone elevarlos? –dijo el segundo alemán.

-Dos transportes jets pueden elevarlos fácilmente en aeródromos cortos, con la ayuda de algunos cohetes de propulsión bajo las alas. La Luftwaffe demostro que podía hacerse. Y lo hizo.

Hubo un breve silencio, quebrado por el británico de más edad.

-La idea del jóven tiene sus ventajas –dijo–. Durante la invasión de Normandía veintenas de estos planeadores, muchos de los cuales transportaban jeeps, tanques pequeños y personal, descendieron detrás de las líneas alemanas, y provocaron verdaderos desastres. Una buena demostración, amigo, una demostración realmente buena.

-Coincido –dijo en actitud pensativa el piloto alemán, que miraba de reojo–. Retiro mi sarcasmo, jóven amigo.

-Más aún, si se me permite, señor –continuó muy complacido el neo más jóven–, los jets encargados de elevar los planeadores desde una altura aproximada de tres mil metros sobre los depósitos, y después elevarse rápidamente a gran altura, y atravesar el Canal antes de que los operadores de radar pudiesen descubrir algo.

-¿Y qué dicen de los propios planeadores? –preguntó un neo británico de actitud escéptica–. A menos que la misión esté marcada específicamente como una operación sin retorno, tendrán que aterrizar en algún sitio... o destrozarse.

-Responderé a eso –replicó el piloto–. Los campos abiertos o los prados que están cerca de los depósitos de agua deben quedar marcados como campos de aterrizaje, y una vez en el suelo, los planeadores serán volados, mientras nuestros pilotos huyen en vehículos que estarán esperándolos.

-Jawohl. –El segundo alemán alzó la mano iluminada por la luz del foco. –Esta estrategia muy bien podría cambiar muchas cosas –dijo con serena autoridad–. Hablaremos con los ingenieros aeronáuticos para considerar las modificaciones que habrá que incorporar a los planeadores. Por mi parte, regresaré a Londres y hablaré con Bonn. ¿Cuál es su nombre, jóven?

-Von Löwenstein, señor. Maximilian von Löwenstein III.

-Usted, su padre y su abuela han borrado la traición que afectaba el escudo de la familia, y que era culpa de su abuelo. Muchacho, puede caminar orgulloso sobre la tierra.

-Señor, me he preparado toda la vida para afrontar este momento.

-Que así sea. Su preparación ha sido brillante.

-¡Mon Dieu! –exclamó Claude Moreau, mientras abrazaba a Latham. Estaban de pie junto a una pared de piedra, mirando el Sena, y Karin de Vries con su peluca rubia estaba varios pies a la izquierda. –Usted está vivo, y eso es lo que más importa. Pero, ¿qué le hizo ese loco de Witkowski?

-En realidad, creo que la idea fue mía, monsieur –dijo Karin, acercándose a los dos hombres.

-¿Usted es de Vries, madame? –preguntó Moreau, mientras se quitaba una gorra con visera.

-Así es, señor.

-Las fotografías que he visto de usted dicen lo contrario. Pero por otra parte, si este monstruo de cabellos amarillos es Drew Latham, imagino que todo es posible.

Librodot

-Monsieur Moreau, los cabellos no son míos. Es una peluca.

-Certanement. Pero, señora, debo señalar que no armoniza bien con una cara tan bella. Es... ¿cómo podría decirlo? Un tanto más llamativa.

-Ahora comprendo por qué se afirma que el jefe del Deuxième es uno de mis hombres más encantadores de París.

-Una observación muy amable, pero por favor no se lo diga a mi esposa.

-Si nadie tiene inconveniente –interrumpió Drew–, quiero recordar que yo soy la persona que al estar viva es el motivo de tanta alegría.

-Así es, amigo mío, pero me duele la pérdida de su hermano.

-A mi también, de modo que volvamos al motivo de nuestra presencia aquí. Quiero atrapar a los hijos de perra que lo mataron... entre otras cosas.

-Todos lo deseamos, entre otras cosas. Hay un café a poca distancia de aquí, en esta misma calle; generalmente está atestado y no llamaremos la atención. Conozco al dueño. ¿Por qué no nos acercamos y ocupamos una mesa alejada de la puerta? A decir verdad, ya la reservé.

-Una excelente idea, monsieur Moreau –dijo Karin, aferrando el brazo de Latham.

-Por favor, madame –continuó el jefe del Deuxième Bureau, y se puso la gorra mientras los tres comenzaban a caminar– Me llamó Claude, y sospecho que estaremos juntos hasta el final, si alcanzamos a ver algo parecido. Por consiguiente, el término "monsieur" apenas es necesario; pero por supuesto no necesita decir eso a mi adorable esposa.

-Me encantaría conocerla.

-No con esa peluca rubia, querida.

El propietario del café saludó discretamente a Moreau desde atrás de una hilera de canteros floridos, y acompañó a los tres hasta la mesa más alejada de la puerta. Lindaba con el cantero florido, y estaba más en la sombra que bajo la luz; había una sola lámpara en el centro del mantel a cuadros.

-Pensé que el coronel Witkowski nos acompañaría –dijo de Vries.

-Lo mismo yo –confirmó Latham–. ¿Cómo es posible que no haya venido? Sorenson dejó bien aclarado que necesitábamos sus conocimientos y su experiencia.

-La decisión fue suya –explicó Moreau–. Es un hombre corpulento e imponente, y en París muchos lo conocen de vista.

-En ese caso, ¿por qué no nos reunimos en otro sitio? –preguntó Drew–. Por ejemplo, ¿la habitación de un hotel?

-De nuevo, por decisión del coronel. Vean, por extensión su presencia está aquí. Estacionado junto al cordón, frente al café, hay un automóvil de la embajada norteamericana, un vehículo sin identificación. El conductor permanecerá detrás del volante, y los dos infantes de marina que lo acompañan y que están vestidos de civil, se pasean entre los transeúntes, a poca distancia del muro del jardín.

-Entonces, se trata de una prueba –dijo de Vries, formulando una afirmación, no una pregunta.

-Exactamente. Por eso nuestro común amigo aquí aparece como un soldado, lo cual implica un papel muy contradictorio. Witkowski desea asegurarse de que no hay otras filtraciones; pero si las hay su intención es tomar un prisionero y averiguar el origen de todo.

-Eso parece propio de Stanley –coincidió de nuevo Latham–. El único riesgo que corre es el que amenaza a mi vida.

-Usted está perfectamente a salvo –dijo el jefe del Deuxième. Respeto muchísimo a sus agresivos infantes de marina... Karin –agregó mirando la mano vendada–, su mano... el coronel me dijo que estaba herida. ¡Lo siento muchísimo!

-Está curándose bien, gracias, y más tarde una pequeña prótesis completará la reparación. Mañana veré al médico, y después supongo que usaré un elegante par de guantes.

-Por supuesto, un vehículo del Deuxième estará a su disposición.

-Stosh ya realizo los arreglos –dijo Drew–. Insistí en eso, porque deseo que todo quede asentado en los registros de la embajada. No permitiré que ella pague un solo centavo por sus cuentas médicas.

-Querido, en realidad no importa...

-¡A mí me importa!

-Ah, "mon chou". De modo que así están las cosas. Me alegro muchísimo por ambos.

-Se nos escapó, monsieur. Je regrette.

-Por favor, no se preocupe. A pesar de mi profesión, soy un romantique au coeur. El coronel Witkowski también mencionó del modo más confidencial una posible relación entre ustedes. Es mucho mejor no estar solo en estas circunstancias; la soledad es terriblemente perjudicial cuando uno se encuentra en situaciones de estrés.

-Bien dicho, monsieur.. mon ami, Claude.

-Merci.

-Una pregunta –interrumpió Latham–. Entiendo que Stanley no haya venido, pero, ¿y usted? ¿No lo conocen bastante bien en París?

-Apenas –replicó Moreau–. Mi fotografía nunca apareció en los diarios o la televisión... ésa es la política del Deuxième Bureau. Incluso la puerta de mi oficina no anuncia en el vidrio la presencia del Directeur. Con eso no quiero decir que nuestros enemigos no tengan instantáneas de mi persona; sin duda las tienen, pero mi presencia no es llamativa. No soy un hombre alto, y no visto de manera extravagante. A decir verdad soy bastante vulgar. Como dicen ustedes los norteamericanos, apenas me destaco en una multitud, y poseo una nutrida colección de sombreros; vea, por ejemplo esta estúpida gorra que uso ahora. Es todo lo que necesito.

-Excepto en el caso de nuestros enemigos –dijo Drew.

-Es un riesgo que todos afrontamos. Tal vez usted lo sabe, o quizá no. El embajador Courtland viajará en el Concorde en dirección a Washington mañana por la mañana...

-Sorenson dijo que estaría allí unas treinta y seis horas –lo interrumpió Drew–, y la explicación es cierto falso asunto del Departamento de Estado, acerca del cual dicho departamento no sabe una palabra.

-Precisamente. Entretanto, la señora Courtland está sometida a nuestra vigilancia; y créame, es absoluta. Todos sus movimientos fuera de la embajada serán vigilados, e incluso en el interior de la embajada todos los números telefónicos a los cuales ella se dirija serán trasmitidos al instante a mi oficina, por cortesía del coronel...

-¿No pueden escuchar las conversaciones? –lo interrumpió Latham.

-El riesgo es excesivo; no hay tiempo para reprogramar los teléfonos. Ella sin duda conoce estos métodos, y realizará sus propias pruebas. Si confirma la intercepción, sabrá que ha sido sometida a vigilancia.

-Del mismo modo que tú confirmaste que mi propio teléfono estaba intervenido, Drew.

-Los encuentros en lugares concretos –dijo Latham con un gesto de asentimiento–. Muy bien, supongamos que la sometemos a una observación cuidadosa. Y que no suceda nada.

-Entonces, no sucede nada –dijo Moreau–. Pero eso me parecería completamente extraño. Recuerde que bajo el exterior encantador de esa mujer hay una fanática, una creyente decidida a promover su propia causa. Aquí está, a una hora de las fronteras del sagrado Reich de sus pasiones, y ha alcanzado un nivel tan alto en el curso de los trabajos de su vida, que su ego exigirá cierta satisfacción. La palabra "aclamación" sería más apropiada, pues los Sonnenkinder deben tener un ego extraordinario. La tentación será también extraordinaria. A mi juicio, en vista de la ausencia del embajador, ella hará algo, y nosotros nos enteraremos de algunas cosas.

-Abrigo la esperanza de que usted esté en lo cierto –Latham frunció el entrecejo cuando un camarero se acercó a la mesa trayendo copas y dos botellas de vino sobre una bandeja.

-El propietario de este café siempre me presenta sus nuevos vinos, para solicitar mi aprobación –dijo el jefe del Deuxième Bureau mientras el camarero descorchaba las botellas–. Pero si usted prefiere otra cosa, le ruego me lo diga.

-No, está bien. –Dcew miró a Karin y ambos asintieron.

-Quiero preguntar –comenzó de Vries después que el camarero se retiró– lo que podríamos hacer en el caso de que Drew tenga razón y no suceda nada. ¿Tal vez podríamos obligar a Janine a tomar la iniciativa?

-¿De qué modo? –preguntó el francés–. A votre santé –agregó en voz baja, elevando su copa–. A nuestra salud... ¿De qué modo, mi estimada Karin?

-No lo sé muy bien. Quizá a través de los Antinayous. Los conozco y me conocen. Lo que es más importante, apreciaban mucho a mi marido.

-Adelante –dijo Latham, los ojos clavados en ella–. Pero recuerda que Sorenson no les concedió un respaldo total.

-Eso es una tontería.

-Es posible, pero el viejo Wesley tiene instintos que aparecen en pocas personas... excepto quizá Claude, y probablemente Witkowski.

-Usted es demasiado generoso en lo que a mí se refiere. Pero puedo responder por mi amigo Sorenson. La palabra brillante a lo sumo describe la mitad de sus cualidades.

Librodot

-Él dice lo mismo de usted. También me dijo que usted le salvó la vida en Estambul.

-Debió agregar: mientras salvaba mi propia vida. Pero volviendo a los Antinayous, Karin. ¿Cómo los usaríamos para inducir a la esposa del embajador a ejecutar un movimiento indiscreto?

-No estoy– segura, pero ellos conocen profundamente a los neos. Han desempolvado nombres, códigos, métodos de contacto; sus archivos contienen un millar de secretos que no comunican a otros. Sin embargo, ésta podría ser una excepción.

-¿Por qué? –preguntó Drew.

-Coincido con él –agregó Moreau–. A juzgar por todo lo que hemos sabido acerca de los Antinayous, en efecto no comparten nada. Son una organización de inteligencia en un todo independiente, completamente autónoma, responsable sólo ante ellos mismos. ¿Por qué ahora cambiarían las normas y abrirían sus archivos a terceros?

-No los archivos, sólo información selecta adecuada, quizá únicamente un método de contacto en que se utilizara un código de emergencia aceptado por los Somenkinder, si existe algo así.

-Amiga, no nos escuchas –dijo Latham, inclinándose hacia adelante y cubriendo suavemente la mano de Karin–. ¿Por qué harían tal cosa?

-Porque tenemos algo que ellos no conocen. Tenemos un Sonnenkind auténtico y muy visible aquí mismo, en París, y yo misma podría negociar.

-Uff –murmuró Drew, recostándose en el respaldo de su asiento. Eso sería una carnada poderosa.

-No es irrazonable –dijo el jefe del Deuxième Bureau, mirando a de Vries–. Pero, ¿no reclamarán una prueba?

-Sí, lo harán, y creo que usted puede suministrarla.

-¿De qué modo?

-Perdoname, querido –dijo Karin, mirando a Latham–, pero los Antinayous se sienten un poco más cómodos con el Deuxième que con la CIA. Es una organización europea, y esa actitud no siempre se justifica. –Se volvió hacia Moreau. –Una breve nota en su papel de cartas... fecha, hora y categoría de secreto registrada por su grupo de seguridad... diciendo que se me permite describir una operación de vigilancia en curso relacionada con un Sonnenkind confirmado de alta categoría que está aquí en París, aunque no puedo mencionar el nombre hasta que usted me lo autorice. Eso debería bastar. Si están dispuestos a cooperar, hablaremos por una línea provista de mezclador, y yo lo llamaré por una línea privada.

-Por el momento no veo ninguna falla –dijo Moreau admirativamente.

-Yo sí –objetó Drew–. ¿Y si Sorenson tiene razón? ¿Supongamos que un neo o dos se infiltraron entre los Antinayous? Matarán a Karin, y yo no puedo permitirlo.

-Por favor –dijo de Vries–. nos relacionamos al mismo tiempo con tres Antinayous, y los conozco desde que llegó a París; dos eran contactos de Freddie.

-¿Y el tercero?

-Por Dios, querido, ¡es un sacerdote! De pronto se oyeron gritos que venían de la calle, a poca distancia de la hilera de canteros. El propietario se acercó a la mesa y habló con aspereza a Moreau.

-Hay problemas –exclamó–. Ustedes deben irse. ¡De pie, y síganme! –Los tres se pusieron de pie y caminaron detrás del propietario, a lo sumo a tres metros de distancia; hasta que él oprimió un botón disimulado, y se abrió el último cantero. –Corran –gritó–, ¡hacia la calle!

-El vino era excelente –dijo el jefe del Deuxième mientras él y Latham sujetaban los brazos de Karin y pasaban de prisa por la abertura.

De pronto los tres se volvieron, atraída su atención por la multitud asustada que gritaba frente a la puerta del café. Después, entendieron. Karin contuvo la exclamación. Moreau cerró brevemente los ojos, dolorido, y Latham maldijo enfurecido. La luz de un farol callejero atravesó el parabrisas del automóvil de la embajada, iluminando al conductor que estaba detrás del volante. Estaba inclinado sobre el asiento, y un hilo de sangre recorría su cara descendiendo desde la frente.

Librodot

23

¡Dios mío están en todas partes, y no podemos verlos! –rugió Drew, descargando el puño cerrado sobre el escritorio del hotel–. ¿Como me encontraron?

Claude Moreau había estado de pie, en silencio, junto a una ventana, mirando hacia afuera.

-A usted no lo encontraron, amigo –dijo con voz serena–, no encontraron al coronel Webster en su uniforme; a mí me descubrieron.

-¿Usted? Me pareció oírle decir que casi nadie en París lo conocía –interrumpió irritado Latham–. ¡Que era un sujeto de aspecto muy vulgar, y tenía una colección de sombreros!

-Esto no tuvo nada que ver con el hecho de que me identificasen; no, lo que sucedió es que sabían dónde estaría.

-¿Como, Claude? –preguntó de Vries, sentada en la cama de su habitación en el Hotel Bristol, adonde habían decidido refugiarse, para lo cual habían ingresado cada uno por su lado.

-Su embajada no es el único lugar que está infiltrado. –Moreau se apartó de la ventana, y su expresión era una mezcla de tristeza y cólera. –Mi propio despacho se ha visto comprometido.

-¿Quiere decir que el sacrosanto Deuxième Boreau de hecho tiene un, topo o dos?

-Por favor, Drew –dijo Karin, meneando la cabeza, para recordar al norteamericano el hecho de que Moreau estaba profundamente turbado.

-No me referí al Bureau, monsieur. –El jefe del Deuxième clavó los ojos en Latham y habló fríamente: –Me refería a mi propia oficina.

-No entiendo. –Drew bajó la voz, y ahora en sus palabras no había sarcasmo.

-No podría entender, pues no conoce nuestro sistema. En mi condición de director, mi paradero debe ser conocido constantemente, para prevenir situaciones urgentes. Además de Jacques, que me ayuda a planear la jornada, informo a una sola persona, un subordinado que trabaja muy cerca de mí, y en quien confío por completo. Esta persona posee un teléfono y podemos comunicarnos con ella a cualquier hora del día o la noche.

-¿Quién es? –Karin se inclinó hacia adelante sobre la cama.

-No él, sino ella. Monique d'Agoste, mi secretaria desde hace seis años, aunque más que una secretaria es una ayudante de confianza. Ella fue la única que estaba enterada de nuestra reunión en el café... hasta que se lo dijo a otra persona.

-¿Usted jamás alimentó la más mínima duda acerca de esa mujer? –continuó Karin.

-¿Y tú dudaste alguna vez de Janine Clunes? –preguntó Drew.

-No, pero ella era la esposa del embajador.

-Y Monique es sin duda la amiga más íntima de mi esposa. En realidad, mi esposa la propuso. Fueron juntas a la universidad, y Monique fue entrenada en el Service d'Etranger, donde trabajó mientras duró un matrimonio desastroso. Todos esos años fueron como escolares que

compartían la vida... y ahora todo parece tan claro. Moreau se detuvo y se acercó al escritorio, frente al cual estaba sentado Latham. Se apoderó del teléfono y marcó. –Todos esos años –repitió el jefe del Deuxième, esperando que atendiesen su llamado–. Tan cordial, tan considerada... No, amigos, ustedes no eran los objetivos. Lo era yo. Adoptaron la decisión, y se me acabó el tiempo. Y me descubrieron.

-¿De qué está hablando? –dijo Latham desde su asiento.

-Lamento la imposibilidad de revelarle siquiera eso. –Moreau alzó la mano y habló en francés por el teléfono. –Vayan inmediatamente a la residencia de madame d'Agoste, en Saint Germain, y pónganla en custodia. Lleven policía femenina, y revisen inmediatamente a la prisionera, para evitar que ella misma se envenene... ¡No contestaré a las preguntas, hagan lo que ordené! –El francés cortó la comunicación y se movió con expresión fatigada en el diván puesto contra la pared. –El dolor tan triste de todo eso –murmuró por lo bajo.

-Son dos cosas diferentes, Claude –dijo Drew–. Usted no puede irritarse y estar triste al mismo tiempo; por lo menos una de las dos reacciones tiene que superar a la otra cuando se trata de salvar la vida.

-Mon amí, usted no puede dejar en suspenso las cosas –agregó de Vries–. En vista de todo lo que hemos pasado, afirmo que merecemos una explicación, aunque sea imprecisa.

-Estoy preguntándome cuánto tiempo dedicó a planear esto, cuánto supo, cuánto reveló...

-¿A quién, por Dios? –preguntó Latham.

-A los que sirven a la Fraternidad.

-Vamos, Claude –insistió Drew–. ¡Denos algo!

-Muy bien. –Moreau se recostó en la silla, y se masajeó los ojos con los dedos de la mano izquierda. –Durante tres años jugué un juego peligroso, llenando mis bolsillos con millones de francos que serán míos solo si yo fracaso y su causa triunfa.

-¿Usted se convirtió en agente doble? –lo interrumpió de Vries, sobresaltada, y apartándose de la cama–. ¿Como Freddie?

-¿Un agente doble? –Latham abandonó su silla.

-Como Freddie –continuó el jefe del Deuxième mirando a Karin. Estaban convencidos de que yo era un informante cómodo y poderoso; pero era una táctica que no podía mencionarse, que era imposible anotar en los registros del Boreau.

-En el supuesto, por remoto que fuese, de que usted se convirtiera en un "infiltrado" –dijo enfáticamente de Vries.

-Sí. Mi principal debilidad era que yo no podía encontrar un apoyo seguro. En el París oficial no había nadie, nadie, que me inspirase confianza. Los burócratas vienen y van, y los más influyentes pasan a los negocios derivados, y a los políticos se los lleva el viento. Tenía que actuar solo, sin autorización, convertido en un "solista" muy discutible, como suele decirse en estos casos.

-¡Dios mío! –exclamó Drew–. ¿Por qué se puso en esa situación?

Librodot

-Eso no puedo aclarárselo. Se remonta a mucho tiempo atrás, y debe continuar siendo un episodio olvidado... excepto para mí.

-Si es algo que está olvidado, no puede ser tan importante, mon ami.

-Lo es para mí.

-D'accord.

-Merci.

-Tratemos de aclarar esto –dijo Latham, paseándose distraídamente frente a la ventana–. Usted habló de "millones", ¿no es así?

-Sí, eso mismo.

-¿Gastó una parte de esa suma?

-Bastante, moviéndome en círculos que no están al alcance del sueldo de un directeur, siempre acercándome más, pagando a quienes podían ser comprados, enterándome de un caudal cada vez más considerable de datos.

-Una auténtica operación solista. ¿A quién benefició, y qué obtuvo usted, y quién hablará?

-Por desgracia, puedo responder a todas esas preguntas.

-De todos modos, usted nos dijo algo –lo interrumpió Karin–. Y eso debe tener cierto significado.

-Estimado amigo, usted no es francés. En cambio, es parte de los movimientos secretos, de las operaciones encubiertas que ningún país desea revelar, pero que a juicio del ciudadano medio están saturadas de corrupción.

-No creo que usted sea un hombre corrupto –afirmó enfáticamente Drew.

-Yo tampoco lo creo –convino Moreau–, pero quizá ambos estamos equivocados. Tengo esposa e hijos, y antes de que deban soportar versiones calumniosas acerca de un marido y un padre que les acarrea la vergüenza... sin hablar de un pelotón de fusilamiento oficioso o de años en la cárcel... huiré con mis millones y viviré cómodamente en cualquier lugar del mundo que se me antoje. Recuerden, soy un experimentado oficial de inteligencia con apoyos en todas partes. No, amigos míos, esto ya lo he pensado. Sobreviviré, aunque fracase. Se lo debo a mi familia.

-¿Y si no fracasa? –preguntó Karin.

-Entonces, todo el dinero sobrante será entregado al Quai d'Orsay, así como una contabilidad exacta de cada franco usado en mi operación solista.

-En ese caso, usted no fallará –dijo Latham–. Nosotros no fallaremos. Entre otras cosas, no tengo millones; tengo sólo un hermano a quien le volaron la cara, y Karin tiene un marido que fue torturado hasta la muerte. No sé cuál es su problema, Moreau, y usted no quiere revelarlo; pero debo suponer que se trata de algo tan importante para usted como lo nuestro es importante para nosotros.

-Pueden suponer eso.

-Entonces, creo que debemos empezar a trabajar.

-¿Con qué, mon ami?

-Con nuestras manos, con nuestra imaginación. Es todo lo que tenemos.

-Me agrada su fraseología –dijo el jefe del Deuxième. Ciertamente, es todo lo que tenemos.

-En la muerte, su hermano vive en él –dijo Karin, acercándose a Drew y tomándole la mano.

-Volvamos a Traupman y a Kroeger, y a la segunda señora Courtland –dijo Latham, soltando la mano de Karin y sentándose frente al escritorio, para abrir con movimientos impacientes un cajón y retirar varias páginas del papel con membrete del hotel–. Es necesario establecer cierta conexión, hay que llegar a eso. ¿Pero cómo? Podemos comenzar por su secretaria, Monique... cualquiera sea su apellido.

-Es muy posible. Podemos averiguar los llamados telefónicos que ella inició; de ese modo sabremos con quién habló.

-Y también los llamados locales...

-Certainement. Eso puedo lograrlo en pocos minutos.

-Reúna todo, y preséntele las pruebas. Diga que ella es una mujer prescindible... acérquele un revólver a la cabeza, si es necesario. Si Sorenson está en lo cierto, este Traupman tiene que saber lo que sucede, ¡y ella es la canalla que le informa! Y después pasaremos a ese notable erudito, Heinrich Kreitz, embajador de Alemania; y no me importa si es necesario sumergirlo en un tanque, hasta que envíe señales de alarma a Bonn.

-Usted se mueve muy de prisa, amigo mío; ignora los imperativos diplomáticos. Es un recurso atractivo, pero puede ser contraproducente.

-¡Al demonio! ¡Estoy impaciente!

Llamó el teléfono. Moreau descolgó el auricular, se identificó y escuchó. Los músculos de su cara enérgica se aflojaron; el francés palideció intensamente.

-Merci –dijo, y cortó la comunicación–. Otro fracaso –agregó, cerrando los ojos–. Monique d'Agoste fue muerta a golpes. Sin duda, de ese modo le arrancaron la información acerca de mi paradero... ¿Dónde está nuestro Dios?

El vicepresidente Howard Keller era un hombre de un metro setenta, pero suscitaba la impresión de una estatura mucho mayor. Muchos habían observado el hecho, pero pocos habían aportado una explicación satisfactoria. Quizá la persona que más se acercó a la solución fue un anciano coreografo neoyorquino, que había observado al vicepresidente durante una velada cultural en la Casa Blanca. Había murmurado a un bailarín: "Mírelo. Se limita a caminar hacia el micrófono para presentar a alguien, pero obsérvelo. Corta el espacio que tiene enfrente, separando el aire con el cuerpo. Truman hacía lo mismo; es un don. Como si fuera un gallo en el gallinero".

No obstante su arrogancia, Keller era un político importante, experto en los asuntos de Washington, que había sido representante durante cuatro períodos y senador por doce años; como tal, ocupó la jefatura del poderoso Comité de Finanzas. Empedernido bebedor de ponche de ginebra y sometido a sus implacables efectos, aceptó la nominación a la vicepresidencia a pesar de su edad avanzada y su distanciamiento del candidato a la presidencia designado por su partido. Lo hizo porque sabía que podía obtener, en todo caso, que los estados garantizaran la elección, un asunto que para él tenía

Librodot

carácter de prioridad nacional. Al margen de todo esto, simpatizaba sinceramente con el presidente, en quien admiraba el coraje tanto como la inteligencia, a pesar de que ese hombre aún tenía mucho que aprender en Washington.

Pero en ese momento tales consideraciones estaban muy alejadas de las cuestiones inmediatas. Howard Keller estaba sentado detrás de su amplio y atestado escritorio, y miraba a Wesley Sorenson, el director de Operaciones Consulares.

-He sabido de diferentes torpezas en ocasiones anteriores, pero lo que usted me dice consigue que King Kong parezca un delicado animalito doméstico –dijo con voz tranquila.

-Entiendo, señor vicepresidente...

-Termine con eso, Wes, nos conocemos hace demasiado tiempo para detenernos en esas tonterías –lo interrumpió Keller–. ¿Recuerda que yo fui quien intentó imponer su nombre para director general de Seguridad? La única persona que me frustró fue usted mismo; todo el Senado estaba dispuesto a respaldarme.

-Howard, nunca quise ocupar ese cargo.

-Y entonces aceptó otro peor. Una pequeña organización bastarda que supuestamente debe coordinar la actividad entre el Departamento de Estado, la CIA y el gobierno, sin hablar de los uniformados del Pentágono. Usted es un lunático, Wes. Y sabe muy bien que eso es una tarea imposible.

-Concedido. Pensé que el trabajo consistiría sobre todo en aconsejar Y aprobar... no, no me lo diga, ésa es la tarea del Congreso.

-Gracias por ahorrarme trabajo... Ahora bien, para agravar las locuras del manicomio en que usted se metió, dos nazis le dicen que yo coopero con ellos, y que soy parte del nuevo movimiento fascista. Esa versión sería divertida hasta la histeria, excepto que es una especie de arena movediza. Hitler fue quien dijo que si uno decía una mentira suficientemente grave durante bastante tiempo, sería creída... Wes, esto me parece realmente ofensivo.

-Por Dios, Howard, ¡jamás eché a rodar esa versión!

-Quizá ni siquiera pueda impedirlo. Más tarde o más temprano sus dos cabezas rapadas tendrán que ser interrogados por otros, entre ellos individuos que odian al gobierno y que serían capaces de aceptar un anillo como oro, aunque se tratase de bronce.

-No permitiré que la cosa llegue tan lejos. Primero mataré a esos canallas.

-Ése no es el modo norteamericano, ¿verdad? –preguntó Keller, sonriendo.

-Si no lo es, soy bastante antinorteamericano. Lo hice en ocasiones anteriores.

-Eso era en la línea del frente, y usted era mucho más jóven.

-Bien, si en alguna medida lo consuela, también comprometieron al presidente de la Cámara de Representantes, y él milita en el otro partido.

Librodot

-Dios mío, qué práctico. Una línea directa de sucesión para llegar a la presidencia. El propio presidente, después el vice, y el presidente de la Cámara. Es evidente que los nazis conocen nuestra Constitución.

-Reconozco que uno de ellos está bastante bien educado.

¿El presidente de la Cámara...? Ese tierno y bondadoso bautista veterano cuyo único pecado real es orar mientras concierta acuerdos que no le agradan, porque es el único modo de imponer la legislación? ¿Como demonios llegaron a él?

-Dijeron que tenía antepasados alemanes, y que había reclamado la condición de objetor de conciencia durante la Segunda Guerra Mundial.

-También se presentó voluntario como auxiliar médico no combatiente, y fue gravemente herido mientras salvaba vidas de soldados. En realidad, sus nazis no son muy inteligentes. Si hubieran investigado a fondo, habrían sabido que usa un sostén en la columna vertebral desde que lo retiraron de la Playa de Omaha, donde estaba rezando por los muchachos que habían quedado detrás, en el momento mis o en que casi él perdía su vida. Todo eso está incluido en el documento que acompañó al otorgamiento de la Estrella de Plata. ¡De modo que ése es un esbirro de Hitler!

-Escúcheme, Howard –dijo Sorenson, inclinándose hacia adelante. Acudí a usted porque pensé que debía saber lo que podemos hacer, no porque creyera que había ni un átomo de verdad en la acusación. Seguramente usted lo comprende así.

-Supongo que sí, y en vista de lo que está sucediendo en todo el país, cabe afirmar que la frase "hombre prevenido vale por dos" cobra nuevo sentido.

-No sólo aquí. En Londres y en París están escarbando en los sótanos y espiando bajo las camas, en busca de nazis.

-Por desgracia, encontraron unos pocos... digo por desgracia porque incluso una minoría muy reducida excita el interés de los cazadores. –Keller acercó un diario y lo depositó sobre el escritorio; estaba plegado de modo que se destacase un artículo de primera página, en la sección inferior derecha. –Vea esto –dijo el vicepresidente–. Está en el diario de Bouston, la edición del día.

- Maldito sea! –murmuró Sorenson, apoderándose del diario y leyendo, pues el breve titular había atraído instantáneamente su atención.

¿NAZIS EN EL ELENCO DE UN HOSPITAL? Las quejas de los pacientes mencionan un lenguaje insultante.

BOUSTON,14 de julio – Sobre la base de declaraciones escritas y orales, aunque los nombres mismos han sido mantenidos en reserva por el Consejo de Fideicomisarios, el Hospital Meridian ha iniciado una investigación relacionada con su propio elenco. Las quejas se centran en numerosas observaciones de médicos y enfermeras, que de acuerdo con los informes tienen un carácter absolutamente antisemita, además de ser insultantes para los afronorteamericanos y los católicos. Meridian es una institución no sectaria, pero es sabido por todos que su clientela está formada principalmente por protestantes, en su mayoría episcopales. Tampoco es un secreto que en los country clubs más distinguidos se denomina al hospital "el oasis de los blancos, anglosajones y protestantes", un juego de palabras,

pues el Meridian posee un anexo activo y muy confidencial de rehabilitación de alcohólicos, instalado a unos treinta kilómetros al sur de la ciudad.

Este periódico ha recibido copias de doce cartas enviadas por ex pacientes a la administración del hospital, pero por razónes de equidad, y hasta que se aclare la situación, nos abstenemos de publicar esas notas, pues deseamos proteger a las personas cuyos nombres han sido mencionados.

-Por lo menos no identificaron a nadie –dijo Sorenson, depositando el diario plegado sobre el escritorio.

-¿Cuánto tiempo cree que durará todo esto? Recuerde que estos incidentes ayudan a vender diarios.

-Es nauseabundo.

-Se está difundiendo. En Milwaukee hubo un sabotaje general contra una fábrica de cerveza hace dos días, porque los nombres de la cerveza y el propietario eran alemanes.

-Lo leí. No pude terminar el desayuno.

-¿Hasta dónde leyó?

-Más o menos lo mismo que ahora. ¿Por qué?

-El nombre era alemán, pero la familia era judía.

-Repulsivo.

-Y en San Francisco un concejal llamado Schwinn renunció a causa de las amenazas proferidas contra su familia. Motivo: Dijo en un discurso que no se oponía a los gays, muchos eran amigos suyos, pero creían que estaban absorbiendo una proporción de los fondos públicos destinados a las artes que excedían de lejos lo que les correspondía de acuerdo con su número. Su lógica podría ser discutible –sin los gays las artes se verían considerablemente perjudicadas– pero tenía una idea política, y le asistía el derecho de formularla... Se lo denominó nazi, y sus hijos, que asistían a la escuela, debieron soportar molestias.

-Por Cristo, otra vez lo mismo, ¿verdad, Howard? Es suficiente comenzar a aplicar rótulos, y los perros ya empiezan a gruñir y a ladrar, y a morder los talones... sin importarles mucho a quiénes lastiman.

-Como si no lo supiera –afirmó Keller–. Tengo muchos enemigos en esta ciudad, y no todos están en el partido contrario. Digamos que nuestros dos neos reciben una citación del Senado y afirman, con toda la autoridad de su pasado germánico, que por supuesto soy uno de ellos, y que otro tanto puede decirse del Presidente de la Cámara. ¿Cree que cualquiera de nosotros lograría sobrevivir?

-Son un par de repugnantes mentirosos; ciertamente, ustedes lo lograrían.

-Ah, pero las semillas están plantadas, Wes. Nuestro pasado será escudriñado por fanáticos hostiles, y mencionarán fuera de contexto centenares de observaciones que hemos formulado, y que en conjunto confirman la acusación... Usted acaba de mencionar el nombre de Cristo. ¿Sabía que la antigua KGB preparó un prontuario completo de Cristo, basando sus conclusiones solo en el Nuevo Testamento, y llegando a la conclusión de que él era el verdadero marxista, el auténtico comunista?

Librodot

-No sólo lo sé, sino que lo leí –replicó el director de Operaciones Consulares, sonriendo–. Un documento muy convincente, excepto que yo diría que demostraba que Cristo era un reformador socialista más que un comunista. Nunca aparecía una alusión a su defensa de la autoridad política única.

-¿Y "al César lo que es del César, Wes?

-Ésa es un área dudosa. Tendría que volver a leer el texto. –Los dos hombres se echaron a reír. Sorenson continuó. –Pero entiendo adónde quiere ir a parar. Como en el caso de las estadísticas, cualquier cosa puede significar lo que uno desea cuando se lo aparta selectivamente de un conjunto.

-En definitiva, ¿qué hacemos? –preguntó el vicepresidente.

-Yo mataría a esos hijos de perra. ¿Acaso existe otra posibilidad?

-No, porque otros sencillamente ocuparían su lugar. No, es mejor demostrar la estupidez de esa gente. Exija una audiencia senatorial, un circo completo e integral, y conviértalos en el hazmerreír de la nación.

-Usted bromea.

-En absoluto. Podría ser el remedio de la locura que ha infectado a este país, al Reino Unido y a Francia... y Dios sabe a cuántos países más.

-¡Howard, eso es absurdo! ;La presentación de esa gente en la televisión bastará para avivar el fuego del vigilantismo!

-No si la cosa se hace bien. Si ellos tienen un plan, nosotros también lo tenemos.

-¿Qué clase de plan? Lo que usted dice me desconcierta.

-Traiga a los payasos –dijo Keller.

-¿Los payasos? ¿Qué payasos?

-Exigirá un poco de trabajo, pero usted puede movilizar el pro y el contra –testigos que apoyen las acusaciones, y los que las rechazarán de manera vehemente. Será fácil encontrar estos últimos; el Presidente de la Cámara y yo tenemos antecedentes en esencia honrosos, y aparecerán hombres y mujeres razonables que hablarán en nuestra defensa de la Casa Blanca para abajo. Pero los que apoyen las acusaciones, los payasos, serán un poco más difíciles; sin embargo, son la llave de todo el asunto.

-¿La llave de qué?

-De la puerta detrás de la cual prospera ilimitada la locura. Usted tiene que encontrar un número regular de desequilibrados que al principio parezcan perfectamente cuerdos e incluso corteses, pero en el fondo son fanáticos. Deben ser sectarios inflexibles, consagrados a su causa, pero que examinados en el curso de las repreguntas, se derrumban y revelan su verdadera naturaleza.

-Eso parece tremendamente peligroso –dijo el director de Operaciones Consulares frunciendo el entrecejo–. ¿Y si no se quiebran?

-Usted no es abogado, Wes, y yo sí, y le aseguro que es el recurso más antiguo en la práctica procesal... en manos del abogado apropiado. Santo Dios, incluso las obras teatrales y las películas han recogido el tema, porque constituye un excelente melodrama.

-Empiezo a comprender. El motín del Caine, y el capitán Queeg.

Librodot

-Y mas o menos todo lo que Perry Mason demostró en diferentes obras –concluyó Keller.

-Pero Howard, ésas eran ficciones. Entretenimientos. ¡Estamos hablando de la realidad y los neos existen!

-Lo mismo podía decirse de los comunistas y los rosados y los "compañeros de ruta", y casi perdimos de vista a los discretos espías soviéticos profesionales, porque estábamos persiguiendo a los patos iluminados en un centenar de galerías, mientras Moscú se reía de nosotros.

-Coincido con usted en ese punto, pero no estoy seguro de que la analogía sea válida. La Guerra Fría fue real, y yo soy uno de sus productos. ¿Cómo pueden negar los abogados lo que está sucediendo ahora? No me refiero a los falsos patos exhibidos en una galería, como usted y el Presidente de la Cámara, sino a los buitres auténticos como ese científico Metz, o el ayudante británico del secretario del Foreign Office, el tal Mosedale... Y hay otra cuestión, pero es demasiado pronto para entrar en ese tema.

-No sugiero ni por un minuto que se paralice la caza de los auténticos buitres. Solamente deseo pinchar el globo, esa manía según la cual todos son posibles nazis, y nadie es un falso pato. Además, creo que usted coincide conmigo.

-Si. Pero no sé cómo una audiencia senatorial puede resolver el asunto. Veo únicamente una verdadera tempestad con fuerza.

-Me explicaré sobre la base de los hechos recientes, señalando ante todo que yo serví en las fuerzas armadas. Si el abogado, ese individuo llamado Sullivan que asesoró a Oliver North, en cambio hubiera sido un letrado al servicio del Comité del Senado, el señor North ahora estaría en una cárcel militar, y no contemplando la posibilidad de presentar su candidatura a un cargo público. Para decirlo sencillamente, era un mentiroso que quebrantó su juramento de soldado, una vergüenza para su uniforme y su país, que disfrazó su comportamiento ilegal con narcóticos santurrones, excusas para servir sus intereses egoístas, un hombre que traspasó su culpa a un poder superior –es decir, Dios, que nada tenía que ver con lo que él hizo.

-¿Usted sugiere que un abogado podría haberlo atrapado?

-Sugerí un nombre, y puedo pensar por lo menos en una docena de individuos. Durante esos días mis colegas y yo nos instalábamos en uno de nuestros estudios, y bebíamos unas copas mientras presenciábamos las audiencias por la televisión. La broma usual consistía en preguntarnos cuál de nuestros colegas de la profesión jurídica lograría imponerse a ese canalla mentiroso de todos formábamos una mezcla de ambas partes. En definitiva, nos inclinamos por un áspero senador del Medio Oeste, un ex fiscal que había irritado enormemente a muchos de nosotros, pero que era un abogado de primera calidad.

-¿Usted cree que él pudo haberlo hecho?

-Sin la menor duda. Vea, también había sido infante de marina, y merecido la Medalla de Honor del Congreso. Imaginábamos la posibilidad de vestirlo con el uniforme, adornado con la cinta púrpura y la medalla de oro alrededor del cuello, y después pensábamos en la posibilidad de lanzarlo a la acción.

-¿Habría conseguido lo que buscaba?

-¿Recuerdo sus palabras. "No vale la pena luchar por objetivos pequeños.Por mi parte, ¡estoy batallando como un demonio para atraer industrias a mi estado! Pero sí, creo que él lo habría conseguido.

-Revisaré discretamente los archivos –dijo Sorenson, poniéndose de pie–. De todos modos, todavía tengo graves dudas. Las cajas de Pandora nunca me parecieron atractivas; es una herencia de los años que pasé en la primera líneade fuego. Y ya que hablamos del caso, me preparo para abrir una en menos de una hora.

-¿Quiere hablarme del caso?

-Ahora no, Howard, pero quizá después. Tal vez necesite que usted interceda con el Presidente, aunque sea únicamente para mantener en línea a nuestro secretario de Estado.

-Entonces, ¿el problema está en el sector diplomático?

-En la jefatura de una embajada.

-Bollinger es un sujeto molesto, pero en Europa simpatizan con él. Creen que es un intelectual. No advierten que sus pausas tan reflexivas están ocupadas por reflexiones acerca del modo de sacar ventaja de algo, y no con verdaderas soluciones.

-Coincido con lo que usted dice. Siempre consideré que carecía de compromisos profundos.

-Se equivoca, Wes. Mantiene un compromiso realmente profundo: consigo mismo. Y por suerte para nosotros, tiene otro con el presidente, lo cual desde luego revierte sobre él mismo.

-¿El presidente lo sabe?

-Por supuesto, lo sabe. Es un hombre muy lúcido, incluso brillante. Se trata de un quid pro quo. Creo que es justo afirmar que nuestro hombre de la Oficina Oval necesita el auxilio de un individuo como Bollinger de tannto en tanto.

-No lo dudo, pero como usted dice, el presidente es inteligente y está aprendiendo.

-Si yo lograse que él distribuyese algunos puntapiés en distintos rincones de esta ciudad, aprendería mas rápido. Forzando las cosas a veces todo es más fácil.

-Gracias por su tiempo, Howard... Señor vicepresidente, me mantendré en contacto.

-No se mantenga muy alejado, señor director. Nosotros los dinosaurios tenemos que ayudar a las jóvenes criaturas bípedas a salir de las aguas profundas.

-Me agradaría saber si somos capaces de lograrlo.

-Si nosotros no lo hacemos, ¿quiénes podrán cumplir esa función? ¿Los Alan Bollinger de este mundo? ¿Los cazadores de brujas?

-Muy pronto me comunicaré con usted, Howard. A cinco mil kilómetros de distancia, en París, era la media tarde; el sol era cálido y luminoso, el cielo claro, un día perfecto para pasear por los bulevares, orecorrer los Jardines de las Tullerías, o gozar de las brisas del Sena, observando cómo las embarcaciones se deslizaban sobre el agua y bajo los puentes. París en verano era una bendición sin igual.

Librodot

Para Janine Clunes Courtland el día era no sólo una bendicion sino un símbolo de triunfo. Durante un día o dos estaba a salvo, con la posibilidad de dar la espalda a la moral de clase media de un marido aburrido que aún sufría por la pérdida de la esposa anterior, y con frecuencia repetía su nombre en sueños. Durante un momento o dos pensó que sería muy grato, muy satisfactorio, tener una cita con alguien, un amante que pudiera satisfacerla como lo hacían los muchos estudiantes jóvenes y viriles de Chicago, individuos seleccionados cuidadosamente, y la razón por la cual ella vivía a una hora de distancia de la universidad. Había un agregado de la embajada de Alemania, un individuo atractivo al principio de la treintena, que había coqueteado con ella de manera bastante evidente; podía telefonearle, y él acudiría corriendo al lugar que Janine sugiriese; de eso estaba segura. Pero no podía ser, por grato y tentador que fuese el pensamiento; debía consagrar el tiempo libre a cuestiones más inmediatas y menos egoístas. Se había disculpado en D e I, anunciando que se ausentaría por el tiempo que su marido el embajador estuviese fuera de la embajada, pues había tareas domésticas que ella podía ejecutar más fácilmente cuando Courtland no estaba. Por supuesto, nadie discutió las afirmaciones de Janine, y también por supuesto ella sugirió al principal ayudante de Daniel que había decidido recorrer las tiendas en busca de nuevas telas para decorar sus habitaciones particulares en la embajada... No, no podía aceptar una limusina; se trataba de la manifestación de sus gustos personales, y eso no podía imputarse al Departamento de Estado.

Todo lo había dicho con mucha fluidez y soltura. ¿Por qué no? Se la había adiestrado desde los nueve años de manera que pudiese afrontar el trabajo de su vida. De todos modos, Janine permitió que el ayudante llamase un taxi.

Janine había recibido la dirección del código que debía utilizar para comunicarse con un miembro de la Fraternidad antes de que ella saliera de Washington. Era un local de zapatería en los Campos Elíseos; el nombre "André" Debía ser utilizado dos veces en una conversación breve, por ejemplo, "André dice que usted es el mejor zapatero de París, y André casi nunca se equivoca". Suministró la dirección al conductor del taxi, y se recostó en el asiento, pensando en la información que enviaría a Alemania... Por supuesto, la verdad, pero fraseada de tal modo que el liderazgo no sólo admirase los logros extraordinarios de Janine, sino que además percibiese la sensatez de llevarla a Bonn. Después de todo, la embajada ante Francia era uno de los cargos diplomáticos más importantes de Europa, y en ese momento un lugar tan delicado que el Departamento de Estado había apelado a un candidato extraído de su cuerpo de experimentados profesionales, en lugar de aceptar la designación de un político inexperto. Y ella era la esposa de ese profesional. Se le había dicho que el funcionario del servicio exterior recientemente divorciado pronto sería una de las estrellas del Departamento. El resto fue fácil; Daniel Courtland se sentía solo y deprimido, y buscaba el consuelo que ella podía suministrarle.

El taxi llegó a la tienda del zapatero, que era más que una tienda; se trataba más bien de un pequeño emporio del cuero. Botas relucientes, monturas, y distintos arreos de equitación ocupaban las principales y elegantes vidrieras. Janine Clunitz descendió y despidió el taxi.

Librodot

Unos veinte metros detrás del taxi que ya se alejaba, el vehículo del Deuxième Bureau se acercó a un espacio en que estaba prohibido el estacionamiento. El conductor accionó el teléfono de ultrafrecuencia, e inmediatamente se comunicó con la oficina de Moreau.

-Sí –dijo el propio Moreau, pues aún no se había elegido secretaria para reemplazar a Monique d'Agoste, asesinada poco antes; la secretaria cuya muerte se mantenía en secreto, con el pretexto de una grave enfermedad.

-Madame Courtland acaba de entrar en la Tienda de Calzado y Talabartería de los Campos Elíseos.

-Proveedor de la gente acaudalada que practica equitación –dijo el jefe del Deuxième–. Qué extraño, en los antecedentes del embajador no había nada que sugiriese cierta afición a los caballos.

-La tienda también es famosa por sus botas, señor. Muy duraderas y cómodas, según oí decir.

-¿Courtland con botas, duraderas o no?

-Quizá la señora.

-Si prefiere ese tipo de calzado, sospecho que irá a Charles Jourdan, o a Ferragamo, en Saint–Honoré.

-Monsieur, nos limitamos a informar lo que sucede. ¿Envío a mi colega con el fin de que explore el terreno?

-Buena idea. Dígale que examine la mercadería, pregunte los precios, ese tipo de cosas. Si la señora está probándose calzado, nuestro hombre puede retirarse en el acto.

-Sí, señor.

En un Peugeot sedán que había descrito un círculo en el ancho bulevar de los Campos Elíseos y estacionado en un espacio que estaba frente a la Zapatería y Talabartería, un hombre que vestía un traje caro y muy elegante, también utilizó el teléfono de su automóvil. Pero en lugar de marcar un número de París, usó el código correspondiente a Alemania –es decir, a Bonn. En pocos segundos consiguió la comunicación.

-Guten Tag –dijo la voz en la línea.

-Soy yo, de nuevo desde París –dijo el hombre bien vestido que estaba en el Peugeot.

-¿Fue necesario matar anoche al infante de marina que manejaba el automóvil?

-No tuve alternativa, mein Herr. Me reconoció después de haberme visto en el cuartel general de la Blitzkrieg, en el complejo de los Depósitos de Aviñón. Como usted recordará, quiso que yo me enterase de todos los detalles de la desaparición de esos hombres, y como yo era el único que sabía donde operaban, usted mismo me ordenó que me dirigiese a ese lugar.

-Sí, sí, lo recuerdo. Pero, ¿por qué mató al infante de marina.

-Él llevó al coronel y a los dos restantes, el oficial militar y la rubia, hasta el depósito. Me vio entonces allí, y de nuevo anoche. Me gritó que me detuviese, ¿qué podía hacer yo?

-Muy bien, en ese caso imagino que debo felicitarlo.

Librodot

-¿Lo imagina, mein Herr? ¡Si me hubiesen capturado, me habrían llenado de drogas y se habrían enterado del motivo de mi presencia en el lugar! Hubieran sabido que yo había liquidado a la secretaria de Moreau, y que de ese modo sabía dónde se encontraba él.

-En ese caso, lo felicito sinceramente –dijo la voz de Alemania. Atraparemos a Moreau; en este momento es demasiado peligroso para nosotros. Es simplemente cuestión de tiempo hasta que usted lo consiga, ¿no es así?

-Confío en que así será, pero ésa no es la razón por la cual lo llamo.

-¿De qué se trata?

-Estuve siguiendo un automóvil sin identificación, perteneciente al Deuxième Bureau. Estuvo estacionado varias horas frente a la embajada de Estados Unidos. Supongo que usted coincidirá conmigo en que es un poco extraño.

-En efecto. ¿Y qué?

-Tienen bajo vigilancia a Frau Courtland, esposa del embajador. Ella acaba de entrar en una lujosa zapatería y talabartería...

-¡Dios mío! –interrumpió el hombre de Bonn–. ¡La conexión André!

-¿Cómo dice?

-Permanezca en la línea, volveré a hablar con usted en poco rato más. –Pasaron los minutos y el hombre del Peugeot tamborileó con los dedos de la mano izquierda sobre el volante, el teléfono en el oído derecho. Finalmente, la voz de Alemania volvió a la línea. –Escúcheme con cuidado, París –dijo el hombre enfáticamente–. La descubrieron.

-¿Descubrieron a quién, mein Herr?

-No importa. Escuche bien sus órdenes, y cúmplalas... ¡Mate a la mujer apenas sea humanamente posible! ¡Mátela!

Librodot

24

Daniel Rutherford Courtland, embajador ante el Quai d'Orsay de París, miró en silencio las páginas de la transcripción que tenía en las manos, leyendo y releyendo el texto hasta que se le fatigaron los ojos. Finalmente, las lágrimas descendieron por sus mejillas; las enjugó con la mano, y se sentó muy erguido en la silla, frente al escritorio de Wesley Sorenson.

-Lo siento, señor embajador –dijo el director de Operaciones Consulares–. Esto me duele muchísimo, pero era necesario decírselo.

-Comprendo.

-Si usted abriga la más mínima duda, Karl Schneider está dispuesto a venir en avión y hablar a solas con usted.

-He escuchado la grabación de la entrevista, ¿qué más necesito?

-¿Puedo sugerir que hable con él por teléfono? Una declaración puede ser falsa, es posible que se utilice otra voz. Su nombre está en la guía telefónica, y usted puede pedir el número mediante un telefonista común... Por supuesto, podríamos haber arreglado ambas cosas para confirmar nuestras conclusiones, pero dudo de que ni siquiera nosotros pudiésemos modificar con tanta rapidez el sistema de información telefónica.

-Usted quiere que dé ese paso, ¿no es verdad?

-Francamente, sí. –Sorenson tomó un teléfono y lo depositó frente a Courtland. –Ésta es mi línea privada, un teléfono común, y no está conectada con mi consola. Por supuesto, tendrá que aceptar mi palabra en ese sentido. Aquí está el código correspondiente al área.

-Acepto su palabra en ese sentido. –Courtland se apoderó del teléfono, marcó el código correspondiente a Centralia, Illinois, según los datos que encontró en la nota depositada frente a él, y suministró la información al operador. Presionó el botón para desconectar, lo soltó y marcó de nuevo.

-Sí, hola –dijo la voz con acento desde Centralia.

-Mi nombre es Daniel Courtland...

-¡Ach, él me dijo que usted podía llamar! Estoy muy nervioso, ¿comprende?

-Sí, comprendo. Yo también estoy nervioso. ¿Puedo formularle una pregunta?

-Ciertamente, señor.

-¿Cuál es el color favorito de mi esposa?

-El rojo, siempre el rojo. O a veces un poco más claro... el rosa.

-¿Y cuál es su plato favorito cuando sale a cenar?

-Ese guiso de carne de ternera... un nombre italiano. Creo que es "Piccata".

-Ella tiene un champú favorito; ¿puede decirme cuál es?

-Mein Gott, tuve que pedirlo en la farmacia local, y enviárselo a la universidad. Un jabón líquido con un ingrediente llamado ketoconzole.

-Gracias, señor Schneider. Esto es doloroso para ambos.

-Mucho más para mi, señor. Ella era una niña tan encantadora, y tan inteligente. Los caminos que sigue el mundo superan mi comprensión.

Librodot

-También la mía, señor Schneider. Gracias, y adiós. –Courtland cortó la comunicación telefónica, y se hundió en el sillón.

-Pudo haber mentido al responder a las dos primeras preguntas, pero no a la última.

-¿Qué quiere decir?

-El champú. Puede pedírselo únicamente con receta; es un remedio para prevenir la dermatitis seborreica, una dolencia que ella padece episódicamente. Nunca quiso que nadie lo supiera, de modo que yo tenía que comprarlo con mi propio nombre... como hacía el señor Schneider.

-¿Está convencido?

-Ojalá pudiese rechazarlo todo y volver a París con la conciencia limpia. Pero eso no es posible, ¿verdad?

-No, no es posible.

-Todo es tan absurdo. Antes de Janine, tuve un matrimonio maravilloso, o por lo menos eso creía. Una gran esposa, hijos extraordinarios, pero el Departamento de Estado me peloteaba de un lado para otro. Africa del Sur, Kuala Lumpur, Marruecos, Ginebra, siempre como agregado principal; después llegó Finlandia, una auténtica embajada.

-Lo pusieron a prueba. Santo Dios, hombre, lo retiraron del grupo de agregados y lo convirtieron en embajador en Francia, un cargo generalmente reservado para los grandes personajes provenientes de los apoyos políticos.

-Sólo porque yo pude aliviar ciertos rencores y enojos –dijo Courtland–. El Quai d'Orsay estaba adoptando una postura cada vez más antinorteamericana, y yo pude disimular los estereotipos antifranceses provenientes de Washington. Creo que en eso soy eficaz.

-Sin duda, así es.

-Y eso me costó mi familia.

-¿De qué modo Janine Clunces entró en su vida?

-Vea, es una pregunta muy interesante. A decir verdad, no estoy seguro. Tuve los padecimientos normales después del divorcio... vivir solo en un apartamento, no en una casa. Mi esposa y mis hijos de regreso a Iowa, y yo tenía que arreglármelas solo, buscando aquí y allá algún entretenimiento. Era una suerte de limbo. Pero el Departamento de Estado insistía en convocarme, y decía que yo debía presentarme en esta fiesta o en aquella recepción. Y de pronto una noche, en la Embajada de Gran Bretaña, esta hermosa dama, tan vivaz y tan inteligente, pareció sentirse atraída por mí. Se apoyó en mi brazo mientras pasábamos de grupo en grupo, donde decían cosas muy agradables acerca de mi persona; pero yo sabía que eran diplomáticos, de modo que no los tomaba en serio. Pero a ella sí le creí, y Janine alimentó el poco ego que aún me restaba... Estoy seguro de que usted puede imaginar el resto.

-No es difícil.

-No, no lo es. Lo difícil es la situación en este momento. ¿Qué haré? Imagino que tendré que sentirme desbordante de cólera, enfurecido por su traición, dispuesto a comportarme como un animal aullante que sale a matar;pero no siento ninguna de esas cosas. Sólo me siento vacío, quemado. Por supuesto, renunciaré, sería absurdo continuar. Si un alto funcionario

del servicio exterior puede ser engañado de este modo, tiene que correr, no caminar, en dirección a la escuela de plomería más próxima.

-Creo que usted puede beneficiarse y servir a su país más eficazmente –dijo Sorenson.

-¿Cómo? ¿Regresando para liquidar las filtraciones?

-No, pienso en que podría regresar a París y ejecutar la más difícil de todas las tareas... actuar como si jamás hubiésemos mantenido esta conversación.

Desconcertado, Courtland miró en silencio al director de Operaciones Consulares.

-Además de que eso es imposible –dijo al fin–, es inhumano. No podría hacerlo.

-Señor embajador, usted es un experto diplomático. Nunca habría llegado a París si no lo fuese.

-Pero lo que usted me pide excede los límites de la diplomacia, y va al núcleo mismo de la subjetividad, lo cual en verdad no es un buen aliado de la diplomacia. Sería imposible que yo disimulara mi desprecio. Los sentimientos que según afirmo ahora no existen en mi corazón, acudirían con violencia y se manifestarían apenas yo la viese. Lo que usted pide es sencillamente irrazonable.

-Señor embajador, permítame decirle lo que a mi juicio es irrazonable –lo interrumpió Sorenson, con una voz más dura que antes–. Es exactamente lo que usted dijo, que un hombre de su inteligencia y alta experiencia, un alto funcionario del servicio exterior, que sabe moverse en las embajadas de todo el mundo, y está siempre atento al peligro del espionaje interno y externo, pueda ser engañado y llegue a casarse con una Sonnenkind confirmada, una nazi. Y permítame decirle lo que es incluso más irrazonable. Esta gente se mantuvo oculta durante un período de treinta a cincuenta años. Ha llegado el momento para ellos, y están saliendo de las grietas en las paredes; pero ignoramos quiénes son o dónde están; solamente sabemos que están allí; han enviado una lista de centenares de hombres y mujeres que ocupan altos cargos, y que pueden ser o no ser parte del movimiento global. No necesito explicarle la atmósfera de miedo y confusión que está extendiéndose a lo largo y lo ancho de este país y los países pertenecientes a nuestros aliados más cercanos. Usted puede verlo con sus propios ojos. En muy poco tiempo más habrá reacciones histéricas... ¿Quién es y quién no es un espía?

-No discuto nada de lo que usted dice, pero, ¿de qué modo mi regreso a París en el papel del marido inocente modificará las cosas:

-El conocimiento, señor embajador. Tenemos que saber de qué modo actúan estos Sonnenkinder, con quién se relaciónan, cómo se comunican con sus contrapartes de la nueva generación de nazis. Ya lo ve, tiene que existir una infraestructura, una cadena de mandos relacionada con una jerarquía, y la actual señora Courtland, la brillante esposa del embajador en Francia, no es una figura de menor importancia.

-¿Usted cree realmente que Janine puede ayudarlo sin querer?

-Es mi mejor oportunidad que se nos ofrece... seamos sinceros, es la única oportunidad. Incluso si encontramos otro Sonnenkind de su jerarquía,

Librodot

las circunstancias y el hecho de que ella está a pocos minutos de la frontera de Alemania, la convierte en una candidata principal. Si ella se relacióna con la jerarquía, o ésta con ella, puede llevarnos directamente a los líderes ocultos que están detrás del movimiento. Debemos encontrar a esos jefes, y denunciarlos. Como dijo alguien, es el único modo de extirpar el cáncer... Ayúdenos, Daniel, por favor ayúdenos.

Nuevamente Courtland guardó silencio. Desplazó su peso en la silla, y adoptando una actitud poco característica en un diplomático, pareció no saber muy bien qué hacer con las manos. Movió los dedos, los pasó sobre los cabellos canosos, y se masajeó varias veces el mentón. Finalmente habló:

-He visto lo que hacen esos canallas, y los detesto... No puedo garantizar que tendré éxito, pero lo intentaré.

Janine Clunes Courtland se acercó al exquisito muestrario de artículos de cuero de la Talabartería y Zapatería, y pidió hablar con el gerente. Poco después apareció un hombre menudo y delgado, que usaba un costoso tupé amarillento que le cubría parte del cráneo y la nuca. Estaba vestido con un traje de montar, completo con sus espuelas y las botas.

-¿Sí, madame? ¿En qué puedo servirla? –dijo en francés, mirando más allá de Janine a varios clientes bien vestidos, algunos de pie y otros sentados.

-Usted tiene una hermosa tienda –replicó la esposa del embajador, y sus palabras revelaron su origen nacional.

-Ah, una norteamericana –dijo el gerente.

-¿Es tan evidente?

-Oh, no, madame, su francés es excelente.

-Mi amigo André me corrige constantemente, pero a veces pienso que André es demasiado amable. Sí, debería mostrarse más firme conmigo.

-¿André? –preguntó el hombre del traje de montar, mirando fijamente a Janine.

-Sí, dijo que quizá usted lo conozca.

-Es un nombre tan común, ¿no es verdad, madame? Por ejemplo, un cliente llamado André dejó aquí un par de botas, y creo que anteayer ya estaban reparadas.

-Tal vez André lo mencionó.

-Por favor, venga conmigo. –El gerente caminó hacia la derecha, detrás del mostrador, apartó una cortina de terciopelo verde que cubría una angosta entrada, e hizo señas a su nueva clienta. Juntos entraron a una oficina vacía. –¿Supongo que usted es la persona que... supongo que es?

-No nos ocupemos de mi identidad, monsieur.

-Por supuesto, madame.

-Un hombre de Washington me impartió instrucciones. Dijo que yo debía usar el nombre de Tordo.

-Suficiente... es una palabra de código que cambia cada pocas semanas. Sígame nuevamente. Saldremos por la entrada del fondo y usted será llevada a un lugar fuera de París, un parque de diversiones. Ingrese por la entrada sur, la segunda cabina, y proteste señalando que "André" hubiera debido dejarle una entrada de favor. ¿Comprende?

Librodot

-La entrada sur, la segunda cabina, protestar en nombre de André. Sí, entiendo.

-Un momento, por favor. –El gerente se inclinó y presionó un botón en un intercomunicador. –Gustavo, tenemos una entrega para monsieur André. Por favor, acérquese inmediatamente al vehículo.

Afuera, en un pequeño estacionamiento lateral, Janine ocupó el primer asiento trasero de una camioneta, mientras el conductor se instalaba detrás del volante y ponía en marcha el motor.

-No habrá conversaciones entre nosotros, por favor –dijo, mientras salía por el callejón a la calle.

El gerente regresó a la oficina desierta, de nuevo buscó el intercomunicador, presionó un segundo botón y dijo:

-Simone, hoy me retiraré temprano. No hay mucho trabajo y estoy agotado. Cierre a las seis, y yo la veré por la mañana. –Salió y se acercó a la motocicleta que se encontraba en el estacionamiento, detrás de la hilera de tiendas. Aplicó el pie al pedal de encendido; el motor comenzó a funcionar, y el hombre descendió por el callejón.

En la tienda, llamó el teléfono. El empleado que estaba en el mostrador atendió.

-La Selle et les Bottes –dijo.

-¡Monsieur Rambeau! –grito el hombre que llamaba. ¡Inmediatamente!

-Lo siento –contestó el empleado, ofendido por la arrogancia del interlocutor–. Monsieur Rambeau ya se retiró; volverá mañana.

-¿Donde está ?

-¿Como demonios puedo saberlo? No soy su madre ni su amante.

-¡Esto es importante! –gritó el hombre del teléfono.

-No, usted no es importante, yo lo soy. Yo vendo la mercancía, usted no hace más que interrumpir, y hay clientes en la tienda. Váyase al diablo. –El empleado cortó la comunicación y sonrió a una jóven que se había puesto un vestido de Givenchy, sin duda diseñado para su cuerpo femenino también sin duda muy caro. La mujer se acercó al mostrador, y habló con la voz medio murmurada de una amante bien educada.

-Tengo un mensaje para André –dijo con expresión seductora–. André querrá escucharlo.

-Lo lamento muchísimo, mademoiselle –dijo el empleado, clavando la mirada en el escote muy amplio–. Pero todos los mensajes para monsieur André están destinados exclusivamente al gerente, y él ya se retiró del local.

-¿Qué puedo hacer, entonces? –canturreó la cortesana.

-Bien, puede darme el mensaje, mademoiselle. Soy el confidente de Monseur Rambeau, el gerente.

-No sé si debo hacer eso. Es muy confidencial.

-Pero acabo de explicarle que soy su verdadero confidente, un colaborador confidencial de monsieur Rambeau. Quizá usted quiera explicarme de qué se trata mientras bebemos un aperitivo en el café que está al lado.

Librodot

-Oh, no, mi amigo me sigue de cerca a todas partes, y la limusina está enfrente. Sólo tiene que decirle que llame a Berlín.

-¿A Berlín?

-No sé más que eso. Y acabo de trasmitirle el mensaje. –La jóven vestida en Givenchy, una mujer de caderas anchas, salió de la tienda.

-¿Berlín? –repitió el empleado. Era absurdo; Rambeau odiaba a los alemanes. Cuando entraban en la tienda los trataba despectivamente, y duplicaba los precios.

El hombre del Deuxième Bureau salió tranquilamente de la tienda, y después atravesó de prisa la calle en dirección al automóvil sin señales de identificación. Abrió la puerta, ocupó el asiento al lado del chofer, y maldijo.

-¡Caramba, no estaba!

-¿De qué está hablando? Ella no salió a la calle.

-Me lo imagino.

-Entonces, ¿dónde está?

-¿Cómo demonios puedo saberlo? Probablemente en otro distrito de la ciudad.

-Habló con alguien y salieron por otra puerta.

-¡Dios mío, qué inteligente es usted!

-¿Por qué se la toma conmigo?

-Porque ambos hubiéramos debido reaccionar antes. Los lugares como éste tienen puertas de acceso para los proveedores. Cuando yo entré, usted debió rodear la manzana y esperar frente a la salida.

-No somos adivinos, amigo, o por lo menos yo no lo soy.

-No, somos estúpidos. ¿Cuántas veces realizamos este tipo de maniobras? Uno de nosotros sigue al sujeto, y el otro cubre la retirada.

-Usted se muestra demasiado severo –protestó el chofer–. Estamos en los Campos Elíseos, no en Montmartre, y esa mujer es la esposa de un embajador, no un asesino a quien estamos siguiendo la pista.

-Abrigo la esperanza de que director Moreau opine lo mismo. Por razónes que él no quiso explicar, parece casi obsesionado con esta mujer.

-Será mejor que lo llame.

-Por favor. Yo olvidé el número.

El hombre vestido con elegancia que estaba en el Peugeot, a cierta distancia sobre el ancho bulevar, se sentía muy impaciente; además, estaba profundamente turbado. Había pasado casi una hora y Frau Courtland no había salido de la tienda. Podía aceptar la demora; las mujeres, y especialmente las que eran personas acaudaladas, dedicaban mucho tiempo a sus compras. Lo que lo inquietaba era el hecho de que el vehículo del Deuxième se hubiese alejado rápidamente, unos treinta minutos antes, al parecer como consecuencia de la información traída por el segundo agente del Deuxième, que había corrido hacia el automóvil y conferenciado con su colega, el chofer. ¿Qué había sucedido? Sin duda, había algo, ¿pero qué? El hombre del Peugeot se había sentido tironeado entre seguir al automóvil oficial y esperar un rato más a la esposa del embajador. Al recordar sus órdenes, y la intensidad con que se las habían formulado, decidió esperar.

Librodot

"¡Mate a la mujer cuanto antes!" Su control en Bonn había estado a un paso de la apoplejía; había que asesinarla inmediatamente. El significado era evidente: habría desagradables consecuencias si se demoraba la ejecución.

Con sus antecedentes, no podía fallar. Después de ser el supervisor de la unidad Blitzkrieg, súbitamente lo habían enviado a la primera línea del frente. No se trataba de que no fuese un asesino bien entrenado; lo era. Había venido de la Stasi, una de las primeras organizaciones que había transferido su fidelidad del comunismo duro al fascismo integral. Los rótulos no eran más que rótulos, que carecían de significado para los hombres como él. Ansiaba tener el acceso y el poder necesarios para vivir al margen de las leyes, el goce de saber que no estaba subordinado a las órdenes de los pequeños burócratas. Los mismos que, cualesquiera fuesen sus posiciones, estaban aterrorizados cuando se hablaba de la Stasi, del mismo modo que los ministros del Tercer Reich observaban petrificados a la Gestapo. Esa conciencia, entonces como ahora, era realmente vivificante. Sin embargo, para conservar esos cargos envidiables, los hombres como él se subordinaban a las estructuras que los respaldaban.

¡Mate a la mujer tan pronto sea posible! ¡Mátela!

Una bala en la cabeza a corta distancia en los atestados Campos Elíseos era una opción atractiva. Quizá un choque, seguido por un disparo de poco calibre, fácilmente cubierto por el tránsito; sí eso era viable. Después se apoderaría del bolso de la mujer, un trofeo para enviarlo a Bonn, y desaparecería confundido con la multitud de los paseantes vespertinos. El tiempo transcurrido no sería superior a los dos o tres segundos. Eso podía funcionar; había sido eficaz cuatro años antes en Berlín occidental el día que liquidó a un hombre del MI–5 británico, que había exagerado el número de ingresos clandestinos a través del Muro.

El hombre del Peugeot abrió la guantera, retiró un revólver 22 de caño corto y lo guardó en el bolsillo de la chaqueta. Puso en marcha el motor, y se unió al flujo del tránsito. Varios metros más lejos volvió a acercarse al cordón cuando una Ferrari azul abandonó su estacionamiento. Podía descender del automóvil y acercarse a la mujer en cuestión de segundos, apenas la viese; pero perderla de vista entre los transeúntes que se desplazaban formando una columna desordenada era un riesgo excesivo. Descendió del Peugeot, y se acercó a las recargadas vidrieras de la Silla y la Bota. Estudió los artículos extravagantes depositados detrás del vidrio, siempre atento a los que salían de la tienda por la puerta, a pocos metros de distancia.

Pasaron dieciocho minutos y la paciencia del individuo estaba agotándose. De pronto, la cara agradable de un empleado lo miró a través de la vidriera, detrás de un soporte cargado de artículos. El asesino se encogió cortésmente de hombros y sonrió. unos segundos después el jóven empleado salió por la puerta y le habló.

-Vi que usted observa nuestra mercadería desde hace un rato. ¿Puedo ayudarlo?

-A decir verdad, estoy esperando a alguien que llega tarde. Debíamos encontrarnos aquí.

-Sin duda, uno de nuestros clientes– ¿Por qué no entra, para protegerse del sol? Caramba, hace mucho calor.

-Gracias. –El ex hombre de la Stasi siguió al empleado después de entrar en la tienda– –Creo que voy a examinar estas botas –continuó diciendo en perfecto francés.

-Señor, no las hay– mejores en París. Si usted necesita ayuda, por favor llámeme.

El alemán paseó la mirada por la tienda, al principio sin confiar demasiado en el testimonio de sus ojos. Después, estudió calmosamente a cada una de las mujeres; había siete, de pie y probándose las botas compradas poco antes, o sentadas en distintas sillas, mientras se probaban el calzado. ¡Pero ella no estaba alií!

¡Por eso el hombre del Deuxième había regresado corriendo al automóvil policial! Se había enterado de lo que el asesino había llegado a saber casi una hora después. La esposa del embajador había escapado a la vigilancia. ¿Adónde había ido? ¿Quién había posibilitado que ella saliera sin ser vista? Sin duda, un miembro del personal de la tienda.

-¿Monsieur? –El asesino, de pie frente a una hilera de botas lustradas, hizo señas al empleado. –Un momento, por favor.

-Sí, señor –replicó el empleado, acercándose con una sonrisa en los labios– ¿Encontró algo que le agrade?

-No precisamente, pero debo formularle una pregunta. No fui del todo franco con usted allí afuera, y me disculpo. Vea, soy funcionario del Quai d'Orsay, y se me encomendó la misión de acompañar a una importante norteamericana, para protegerla de los peligros de París. Como ya dije, ella llegó tarde, pero no es posible que se haya retrasado tanto. La única respuesta es que entró antes de que yo llegase, y después se marchó y yo no la vi.

-¿Qué aspecto tiene?

-Mediana estatura y muy atractiva, quizá poco más de cuarenta años. Tiene cabellos castaños, ni rubios ni negros, y según me dicen tiene puesto un vestido de verano, blanco y rosado, sin duda muy caro.

-Monsieur, mire alrededor. ¡Usted podría estar describiendo a la mitad de las clientas que tenemos aquí!

-Escúcheme –dijo el asesino–, ¿es posible que haya salido por otra puerta, quizá por el fondo?

-Eso sería muy extraño. ¿Por qué motivo?

-No lo sé –contestó el asesino en ciernes, en un tono de voz que expresaba su ansiedad–. Sólo pregunté si tal cosa era posible.

-Permítame pensar –dijo el empleado, frunciendo el entrecejo y paseando la mirada de un extremo al otro de la tienda–. Había una mujer con un vestido rosado, pero después no la vi, pues yo estaba con la condesa Levoisier, una clienta hermosa pero muy exigente.

El asesino de nuevo se sintió abrumado por la situación. Su control había dicho que la Silla y la Bota era "la conexión André". Si insistía demasiado en su interrogatorio, quizá la noticia de su descuido llegase a Bonn. Por otra parte, si la esposa del embajador estaba en la trastienda, o la habían llevado a otro sitio, él debía saberlo. Frau Courtland había salido sin protección de la embajada, y no había utilizado la limusina de costumbre

manejada por un guardia armado. Las circunstancias eran óptimas y quizá no se repitieran durante días enteros. ¡Días enteros! Y no podía demorarse la ejecución.

-Si me permite la pregunta –dijo al servicial empleado–, como éste es un asunto oficial y el gobierno apreciará mucho lo que usted haga, ¿puede decirme si "André" se encuentra en este local?

-¡Santo Dios, de nuevo ese nombre! "André" hoy es muy popular, pero aquí no hay, ninguna persona de ese nombre. De todos modos, cuando llegan mensajes para él se encarga de recibirlos el gerente, Monsieur Rambeau, y Rambeau ya se ha retirado de la tienda.

-¿Hoy es... "muy popular"? –repitió desconcertado el asesino.

-Francamente –dijo el empleado, moderando su voz–, creemos que el misterioso André es el amante de Rambeau.

-Dijo muy popular... hoy...

-Oh, sí. Hace apenas unos minutos una jóven encantadora con un cuerpo magnífico me entregó un mensaje para André.

-¿Qué era? Recuerde que soy Funcionario del gobierno.

-Dudo de que el gobierno manifieste el más mínimo interés. Es algo en realidad inofensivo, incluso divertido, si uno empieza a buscarle explicaciones.

-¿Qué explicaciones?

-Ciudades, probablemente también los países... son verdaderos sustitutos.

-¿Sustitutos de qué?

-Probablemente de hoteles. "Llame a Londres", puede significar el Kensington o el Angleterre; "llame a Madrid" podría ser el Esmeralda; "llanle a Saint–Tropez", el Saint–Pères; ¿entiende lo que quiero decir?

-No tengo la más mínima idea.

-Citas de amantes, monsieur. Cuartos de hotel donde los extraños pueden reunirse sin alarmar a los vecinos.

-¡El mensaje, por favor!

-Éste a decir verdad es muy sencillo. El hotel Abbaye Saint–Germain.

-¿Qué...?

-La denominación inglesa de Allemngne, Germain... Germania.

-¿Qué?

-Monsieur, este fue el mensaje para André. "Llame a Berlín".

Conmovido, el asesino miró fijamente la cara de rasgos suaves del empleado. Después, sin decir palabra, salió corriendo de la tienda.

25

Karin de Vries se trasladó con Drew al Hotel Normandie.

-Deseamos ahorrar dinero al Departamento de Estado, Stosh, ¡y en mi condición de contribuyente insisto en ello!

-Cuántas tonterías dice. Continúe con el uniforme y los cabellos rubios un día más; lo vigilamos como si fuese un caballo de carrera destinado a participar en el Derby. Explicaré al personal del hotel que ustedes son una pareja de maniáticos de la computadora, que no podemos soportarlos, pero nos ordenaron colaborar.

El coloquio había concluido en una atmósfera de tensión; a Stanley Witkowski no le agradaba que lo contrariasen.

Era bastante tarde, y Latham estaba sentado frente al escritorio, leyendo la transcripción del informe de su hermano en Londres, después de haber escapado del Valle de la Fraternidad. Karin había sugerido que él lo solicitara; había muchos interrogantes acerca de la lista de Harry Latham.

-Todo está aquí –dijo Drew, mientras subrayaba algunas palabras de una página–. Harry nunca afirmó que los nombres eran seguros... Escucha esto: "... Yo traje el material, a ustedes les toca evaluarlo".

-Por lo tanto, ¿él también dudaba? –preguntó Karin, sentada en el diván de la sala de estar de la suite, mientras apartaba los ojos del diario que tenía en las manos.

-En realidad, no, pero contempló cierta posibilidad en ese sentido, no una probabilidad. Cuando sugirió que podían haberlo engañado, realmente se enfureció. Mira: ".. ¿Por qué habrían hecho tal cosa? Yo era un importante colaborador de su causa. ¡Creían en mí!"

-La misma clase de irritación que me mostró cuando le hablé del prontuario de su persona utilizado por la Fraternidad.

-Esa vez nos atacó a los dos. Y poco después, cuando le pregunté quién era Kroeger, pronunció las palabras que continuaré recordando por el resto de mi vida: "... No creo que pueda decirte eso. Alexander Lassiter puede contestarte". Era dos personas, en cierto momento él mismo, y al siguiente Lassiter. Una situación tremenda.

-Lo sé, querido. Pero eso ha terminado, y él descansa en paz.

-Eso espero, realmente lo deseo. A decir verdad, no soy una persona religiosa. En general, las religiones no me agradan. La violencia practicada en nombre de las distintas religiones tiene con Dios la misma relación que podemos hallar en Gengis Khan. Pero si la muerte es el proverbial Sueño Eterno, aceptaré eso, y lo mismo hará Harry.

-¿Nunca fuiste a la iglesia cuando eras niño?

-Por supuesto. Mi madre es una presbiteriana de Indiana corrompida por la Nueva Inglaterra académica, y por consiguiente consideraba que Harry y yo Debíamos asistir regularmente hasta los dieciséis años. Yo llegué hasta los doce, pero Harry desertó cuando tenía diez años.

-¿Y ella no protestó?

-Ella nunca fue buena para reñir, excepto cuando se ventilaban asuntos relacionados con la propiedad. Y en ese caso era una tigresa.

-¿Y tu padre?

Librodot

-Otro ejemplar muy especial. –Drew se acomodó mejor en la silla, y sonrió. –Un domingo mamá tenía gripe y pidió a papá que nos llevase a la iglesia, olvidando que él jamás había concurrido a ese lugar. Por supuesto, se perdió, y Harry y yo no deseábamos ayudarle. Finalmente, detuvo el automóvil y dijo: "Entren allí. Es todo más o menos lo mismo, de modo que bien pueden escucharlo de labios del sacerdote que está en ese lugar". El único inconveniente era que no se trataba de nuestra iglesia.

-Bien, por lo menos era una iglesia.

-No precisamente, era una sinagoga. –Ambos rieron, y en ese momento sonó el teléfono. Latham atendió. –¿Sí?

-Soy yo, Moreau.

-¿Alguna novedad acerca de su secretaria? ¿Tiene idea de la identidad de los asesinos?

-Absolutamente nada. Mi esposa está muy dolorida; está encargándose de los arreglos. Nunca me perdonaré mis sospechas.

-Abandone la tortura –dijo Drew–. De nada sirve.

-Ya lo sé. Felizmente, tengo que ocuparme de otras cosas. La esposa de nuestro embajador realizó el primer movimiento. Hace aproximadamente una hora entró en una lujosa tienda de artículos de cuero de los Campos Elíseos, despidió a su taxi y después desapareció.

-¿Artículos de cuero?

-Equipo de montar, sillas, botas... son bastante famosos por sus botas.

-¿Un fabricante de botas?

-En efecto.

-Ésa fue una de las cosas que encontramos en las ropas del neo que intentó volarme la cabeza –lo interrumpió Latham–. El comprobante de una reparación a nombre de André.

-¿Dónde está ese papel?

-Witkowski se lo llevó.

-Enviaré a alguien que lo reclame.

-Creí que a usted no le agradaba enviar a la embajada a hombres del Deuxième.

-Es irritante cuando empiezan a formular preguntas.

-Entonces, no se moleste. Stanley mandará un automóvil para enviar a Karin al consultorio de un médico. Le diré que entregue el recibo al infante de marina... ¡un momento! –Drew irguió la cabeza, porque de pronto concibió una idea; entrecerró los ojos como hace una persona cuando intenta desesperadamente recordar algo. –¿Usted dijo que desapareció la esposa de Courtland...?

-Entró en la tienda y no salió. Mi gente cree que la llevaron a otro sitio; encontraron otra entrada al fondo del local, con acceso a un pequeño estacionamiento. ¿Por qué?

-Probablemente es una conjetura sin fundamento, Claude, pero en nuestro nazi del Bois de Boulogne había otra cosa. Un pase libre para un parque de diversiones en las afueras de la ciudad.

-Un elemento extraño es un hombre así...

Librodot

-Es lo que pensamos –lo interrumpió Latham. Pensábamos verificar el asunto, lo mismo que el recibo del fabricante de botas, cuando estalló ese arsenal en el Depósito Aviñón. El episodio nos llevó a olvidar esa pista.

-¿Cree que pueden haberla llevado allí?

-Como ya dije, es una conjetura, pero estamos de acuerdo en que resulta muy extraño que un asesino nazi conserve en su billetera un pase libre para entrar en un parque de diversiones.

-Ciertamente, vale la pena intentarlo –dijo Moreau.

-Me comunicaré con Witkowski; en un rato más él enviará el automóvil para Karin. Cuando llegue aquí, tendré el recibo y el pase libre. Entretanto, ordene que uno de sus vehículos especiales me espere frente al hotel.

-De acuerdo. ¿Tiene un arma?

-Tengo dos. Anoche no entregué al sargento de Stanley la automática de Alan Reynolds. Estaba tan irritado porque yo había salido que temí que se pusiera un par de guantes, me disparase y después dijera que lo había hecho el propio Reynolds.

-Un razonamiento sensato. Uno de mis hombres probablemente lo habría hecho. A bientot.

-Dése prisa. –Drew cortó la comunicación, y miró a Karin, que ahora estaba de pie frente al diván, en el rostro una expresión poco agradable. –Llamaré a nuestro coronel. ¿Deseas saludarlo?

-No, quiero ir contigo.

Vamos, amiga, irás a ver al médico. Crees que anoche me engañaste, pero no fue así. Abandonaste la cama y fuiste al cuarto de baño, y allí estuviste muchísimo rato. Encendí la luz y vi la sangre que manchaba tu almohada. Después, descubrí la venda en el cubo de los residuos. Te sangraba la mano.

-No fue nada...

-Que lo diga el médico. Y si es cierto, ¿por qué tienes el brazo derecho doblado en el codo, para mantener la mano cruzada sobre el pecho? ¿Estás en mitad de una bendición, o quieres evitar que el vendaje se manche de nuevo?

-Canalla, eres muy observador.

-Te duele, ¿si es verdad?

-Solo por momentos, de tanto en tanto. Probablemente eres el culpable.

-Es la cosa más agradable que haz dicho en mucho tiempo. –Latham se apartó del escritorio; los dos se abrazaron. –Dios mío; cuánto me alegro de haberte conocido!

-Querido, ésa es una calle de doble mano.

-Ojalá yo supiera hablar mejor, decir las cosas que siento. No he tenido mucha práctica, no he realizado una gran experiencia... imagino que estoy diciendo tonterías.

-De ningún modo. Eres un hombre adulto, no un monje. Bésame. –Se besaron, con una caricia prolongada y sensual, y comenzaron a sentir una calidez especial. Naturalmente, llamó el teléfono. –atienda, señor Latham –

dijo Karin, desprendiéndose con suavidad de su compañero, y mirándolo a los ojos–. Alguien intenta detenernos, y tiene razón. Hay cosas que hacer.

-¿Ese uniforme me convirtió en general? –dijo Drew, ahora vestido de civil–. Si se trata de eso, el muy hijo de perra pasará cincuenta años en la cárcel. –Se acercó al escritorio y atendió el teléfono. –¿Sí?

-¡Si usted estuviese realmente bajo mi mando –dijo con voz dura el coronel Stanely Witkowski– pasaría el resto de su vida en Leavenworth por incumplimiento del deber!

-Exactamente lo que pensé, pero a la inversa. Sólo que perdí provisionalmente mi rango.

-Cállese. Moreau acaba de hablarme y preguntó si había hablado con usted acerca del parque de diversiones.

-Pensaba llamarlo. Sufrí un ataque de acidez...

-Muchas gracias –murmuró de Vries.

-¡Acabe de una vez! –continuó el coronel desde el extremo repuesto de la línea–. El automóvil ya salió para recoger a Karin, y el sargento tiene lo que usted necesita. Creo que debería acompañarlos, pero Sorenson quiere que permanezca cerca. Estamos tratando de imaginar el modo de facilitar el retorno de Courtland.

-¿Como recibió la noticia?

-¿Cómo reaccionaría usted si descubriese que Karin es una neo?

-No quiero pensarlo siquiera.

-Courtland se desempeñó mejor que eso. Se mostró conmovido, pero aceptó la situación. Wesley es un veterano, como yo. No emprende una acción a menos que disponga de bases suficientes para frustrar cualquier resistencia.

-Su lenguaje es extraño, pero lo entiendo.

-El resultado final es que el embajador cooperará con nosotros. Representará su papel.

-Es mejor que convoque al actor Villier. El retorno al lecho conyugal, mañana por la noche, será extraordinario.

-En eso estamos trabajando. Courtland teme la perspectiva de encontrarse a solas con ella. Estamos organizando una serie de situaciones urgentes que lo obligarán a permanecer levantado hasta bien entrada la noche.

-No está mal. Además, hay que tener en cuenta el cambio de horario y de climas originado en el viaje trasatlántico. En definitiva, tal vez sea posible alcanzar el resultado deseado.

-Hay que hacerlo. ¿Cómo está su amiga?

-Me miente constantemente. Le duele la mano, pero no lo reconoce.

-Un auténtico soldado.

-Una auténtica idiota.

-El automóvil arrivará dentro de diez minutos. Espere hasta que lleguen los infantes de marina, y después sáquela del hotel.

-Eso haremos.

Librodot

-Que tengan éxito.

-No fracasaremos.

Latham, vestido con pantalones grises y chaqueta, ocupó el asiento trasero del vehículo blindado del Deuxième, al lado de Moreau, a quien entregó el recibo del fabricante de botas, y el pase para ingresar en el parque de diversiones.

-Éste es mi ayudante Jacques Bergeron–, puede llamarlo Jacques.

-dijo el jefe del Deuxième, indicando con un gesto al hombre que ocupaba el lugar del copiloto. Hubo un intercambio de saludos. –Y creo que usted ya conoce a nuestro chofer –agregó Moreau, cuando el agente que estaba al volante se volvió para saludar.

-Bonjour, monsieur. –Era el hombre que le había salvado la vida en la avenida Gabriel, el hombre que había insistido en que ascendiera al auto apenas unos segundos antes de que cayera sobre el parabrisas una granizada de balas.

-Usted se llama Francois –dijo Drew–, y yo jamás lo olvidaré. No estaría vivo si no fuera porque...

-Sí, sí –lo interrumpió Moreau, cortando la frase de Latham. Todos leímos el informe, y Francois ha sido muy recomendado. Durante el resto del día dedicó horas a calmar sus propios nervios.

-C'est merde –dijo por lo bajo el chofer, mientras ponía en marcha el vehículo–. Se trata del parque, Monsieur –continuó cortésmente en inglés.

-Sí, pasando Issy–les–Moulíneaux. ¿Cuánto tiempo nos llevará?

-Una vez que lleguemos a la rue de Vaugirard, no mucho. Quizá unos veinte minutos. Hasta allí, todo depende del tránsito.

-Francois, no preste demasiada atención a las normas del tránsito. Sería conveniente que no atropellase a nadie ni chocase con otro vehículo, pero fuera de eso, llévenos con toda la rapidez posible.

Lo que siguió fue un episodio del más absurdo programa de televisión, esos espectáculos en que los automóviles reemplazan a los personajes y se convierten en máquinas rugientes, decididas a conseguir su propia destrucción. El vehículo del Deuxième no sólo seguía una línea peligrosa esquivando a los automóviles que estaban al frente, sino que dos veces Francois ascendió a los pavimentos relativamente vacíos para evitar congestiones menores, y en esos casos dispersó a los transeúntes que estaban allí, que corrieron para salvar la vida.

-¡Conseguirá que nos arresten! –dijo el asombrado Latham.

-Podrían intentarlo, pero no disponemos de tiempo para eso –dijo Moreau–. Nuestro automóvil está equipado con un motor superior al de cualquier vehículo policial de París. Incluso podríamos usar la sirena, pero el sonido sobresalta a la gente, y en realidad puede provocar accidentes, un lujo que no podemos darnos.

-¡Este tipo está loco!

-Entre las cualidades de Francois, se incluye una cualidad extraordinaria como conductor. Sospecho que antes de que se incorporase a la policía fue lo que los norteamericanos denominan "la rueda" en algunos robos de bancos... ese tipo de cosas.

-Lo vi hace un par de días en el Gabriel.

-Entonces, no se queje.

Treinta y dos minutos más tarde, las frentes de Drew, Jacques e incluso Moreau cubiertas de sudor a causa de la absurda carrera, llegaron al Parc de Joie, una mezquina imitación del Euro Disney, aunque popular porque era francés y barato. De hecho, era un mediocre y lejano pariente del espectáculo de Disney, más feria de diversiones que parque, con grandes y grotescas caricaturas a cierta altura sobre los diferentes juegos y los espectáculos; los senderos que atravesaban el parque estaban saturados de papeles. Los gritos de goce de las multitudes de niños, definían un sentido de igualdad con el grandioso competidor norteamericano.

-Monsiearr director, hay dos entradas –dijo el conductor–. Una al norte y otra al sur.

-Francois, ¿usted conoce este lugar?

-Sí, señor. Varias veces traje aquí a mis dos hijas. Usé la entrada norte.

-¿Usamos el pase y vemos qué sucede? –preguntó Drew.

-No –replicó el jefe del Deuxième–. Eso podemos hacerlo más tarde, si creemos que será útil... Jacques, usted y Francois entren juntos, dos padres buscando a sus esposas y sus hijos. Monsieur Latham y yo entraremos por puertas diferentes. Francois, ¿cuál sería a su juicio el lugar más conveniente para reunirnos?

-Hay un carrousel en el centro del parque. Generalmente está atestado, y el estrépito provocado por el entusiasmo de los niños y la música determina que sea el sitio ideal.

-Ambos estudiaron la fotografía de madame Courtland, ¿verdad?

-Ciertamente.

-Entonces, divídanse y recorran todo el lugar, buscándola. Monsieur Latham y yo haremos lo mismo, y nos reuniremos en el carrousel dentro de media hora. Si cualquiera de ustedes la ve, utilicen las radios y nos aproximaremos.

-Yo no tengo radio –se quejó Drew.

-Ahora la tiene –dijo Moreau, mientras metía la mano en el bolsillo.

Madame Courtland había sido llevada a una pequeña construcción en el extremo sur del parque que cubría unas tres hectáreas y media. La antesala era un lugar desordenado y sucio, con viejos carteles tijados a las paredes sin atender un orden especial, y sin preocupación por la simetría. Dos escritorios y una larga y deteriorada mesa de bufé aparecían cubiertos de una serie de volantes multicolores, muchos manchados por el café derramado y la ceniza de los cigarrillos, mientras tres empleados trabajaban con un mimiiógrafo y varios estenciles. Dos eran mujeres excesivamente maquilladas, con los atuendos propios de las bailarinas que ejecutaban la danza del vientre; y había un varrin jóven con un atuendo extrañamente ambiguo –calzas anaranjadas muy sucias y una blusa azul– su sexo revelado por una barba desordenada. Había cuatro ventanitas en las paredes, demasiado altas, de modo que quienes estaban afuera no podían ver a través de ellas, y el repiqueteo de un viejo acondicionador de aire parecía acompañar el ritmo del mimeografo.

Librodot

Janine Clunes Courtland se sentía desconcertada. La Silla y la Bota era un palacio comparado con ese lugar. Sin embargo, este lugar, esta oficina maloliente, sin duda tenía una jerarquía superior a la de la exquisita tienda de artículos de cuero en los Campos Elíseos. Sus dudas se vieron parcialmente acalladas cuando apareció un hombre alto de edad mediana, que pareció surgir de la nada, aunque en realidad entró por una angosta puerta que estaba en la pared izquierda. Vestía informalmente, pero los vaqueros azules y la chaqueta de cuero marrón eran las mejores prendas que podían hallarse en Saint–Honoré; el pañuelo que le protegía la garganta era la prenda más costosa que el Hermès podía ofrecer. Con un gesto indicó a la mujer que lo siguiera.

A través de la angosta puerta, pasaron a un corredor igualmente estrecho pero oscuro, hasta que llegaron a otra puerta, ésta sobre la derecha. El hombre alto ataviado con las extravagantes prendas deportivas, pulsó una serie de dígitos en un panel electrónico cuadrado, y abrió la puerta. También ahora ella lo siguió, y entró en una oficina que era tan distinta de la primera como el Hotel Ritz podía serlo de un puesto destinado a distribuir víveres a los pobres.

En las paredes y los muebles se habían utilizado las maderas y el cuero más lujosos, y los cuadros eran obras auténticas de los maestros impresionistas; el bar con su mostrador tenía una colección de vasos y copas, así como botellones de cristal de Baccarat. Era el refugio de un hombre muy importante.

-Willkommen, Frau Courtland –dijo el hombre con una voz cálida y acariciadora–. Yo soy André –agregó en inglés.

-¿Sabe quién soy yo?

-Por supuesto, usted usó dos veces mi nombre, y el código del mes, Tordo. Ya hace muchas semanas que esperábamos que se pusiese en contacto con nosotros. Por favor, siéntese.

-Gracias. Janine se sentó frente al escritorio y el gerente del parque se instaló en una silla próxima a la mujer, no detrás de su propio escritorio. –Hasta aquí el momento no había sido oportuno.

-Lo supusimos. Usted es una mujer brillante, y sus mensajes cifrados a Berlín fueron recibidos con regularidad. A través de su información acerca de los altibajos financieros en París y Washington, nuestras cuentas han mejorado. Todos le estamos eternamente agradecidos.

-Herr André, siempre me pregunté, ¿por qué Berlín? ¿Por qué no Bonn?

-Bonn es una ciudad tan pequeña, ¿nich wahr? Berlín es y continuará siendo el centro de la confusión. Tantos intereses, un caos tan terrible... el derrumbe del Muro, el aflujo de inmigrantes; es mucho más fácil disimular cosas en Berlín. Después de todo, los fondos permanecen en Suiza, y cuando se los necesita en Alemania las transferencias se ajustan a sucesivos incrementos, apenas visibles en una ciudad de finanzas tan complejas que se despachan millones por computadora a toda hora del día.

-Entonces, ¿se aprecia mi trabajo? –preguntó la esposa del embajador.

-Absolutamente. ¿Acaso usted pensaba otra cosa?

-No. Solamente creo que es hora, después de todos estos años de trabajo, de que me permitan pasar a Berlín y ser reconocida. Ahora estoy en

condiciones de prestar un servicio todavía más extraordinario. Soy la esposa y mantenida de uno de los embajadores más importantes en Europa. No importa lo que nuestros enemigos proyecten contra nosotros, yo lo sabré. Me agradaría oír de labios de nuestro Fiuhrer que los riesgos cotidianos que yo asumo serán recompensados. ¿Es demasiado pedir?

-No, no es demasiado, gnadige Frazt. Pero yo soy André, por supuesto no un embajador, aunque quizá la conexión más fundamental en Europa, y acepto estas cosas como acto de fe. ¿Por qué usted no puede hacer lo mismo?

-¡Porque yo jamás vi a la Patria! ¿Usted puede comprender eso? La vida entera, desde que era niña, fui entrenada y trabajé hasta el agotamiento por una sola causa. Una causa que nunca pude mencionar, en relación con la cual nunca pude confiar en nadie. Llegué a ser el exponente más eficaz en todo lo que hago, y sin embargo nunca pude explicar ni siquiera a mis amigos más íntimos cuál es la razón de mis esfuerzos. ¡Merezco cierto reconocimiento!

El hombre llamado, André examinó a la mujer que estaba enfrente.

-Sí, eso es cierto, Frau Courtland. Precisamente usted merece eso. Esta noche llamaré a Bonn... Ahora bien, volviendo a temas más mundanos, ¿cuándo regresará a París el embajador?

-Mañana.

Drew esquivó las hordas de padres e hijos, un público formado sobre todo por madres que perseguían a sus hijos, quienes a su vez perseguían a otros niños, y reían o gritaban incontrolables mientras corrían de un entretenimiento al siguiente. Continuó desplazando su atención, estudiando a todas las mujeres que parecían formar una amplia gama, desde el comienzo hasta el final de la mediana edad, de modo que el conjunto abarcaba prácticamente a todas las mujeres que se encontraban en el parque de diversiones. De tanto en tanto alzaba la radio que llevaba en la mano, como si esperase escuchar la breve señal para lanzarse hacia adelante, una señal que le diría que alguien había visto algo –es decir, había visto a Janine Clunes Courtland. No le llegó ningún sonido; continuó caminando recorriendo y cruzando los senderos, dejando atrás las figuras grandes y deformes cuyas extrañas muecas tentaban a los espectadores de modo que pagaban su dinero e ingresaban en los diferentes recintos.

Claude Moreau eligió los lugares más tranquilos, basándose en la premisa de que la esposa del embajador evitaría instintivamente las zonas más ruidosas; esas áreas tranquilas eran también el lugar donde había más probabilidades de que se encontrase el contacto buscado por la mujer. Por consiguiente, merodeó alrededor de las jaulas de los animales y los puestos de los adivinadores de la suerte y los vendedores de recuerdos, los lugares en que se ofrecían remeras y gorras con insignias, elementos que formaban altas pilas bajo los toldos. El jefe del Deuxième continuaba espiando más allá de las mercaderías, tratando de descubrir qué había en los interiores semioscuros, abrigando la esperanza de ver a un hombre o una mujer que no debían estar allá. Pasaron dieciocho minutos, con resultados negativos.

Jacques Bergeron, el subordinado de más confianza de Moreau, se vio atrapado por una avalancha de personas que corrió hacia una montaña rusa recién reabierta; el artefacto había sufrido un corte de corriente, de modo

Librodot

que una serie de personas había quedado suspendida a unos quince metros de altura. En consecuencia, la gente agrupada en la entrada incluía a los padres que estaban convencidos de que habían sacrificado a sus hijos a la avaricia de los propietarios del parque, individuos tan mezquinos que no se decidían a pagar la cuenta de electricidad. En cierto punto Jacques chocó con un niño pequeño, y recibió en la cara un golpe asestado por la madre con su bolsa; cayó al suelo y varios lo pisotearon. Permaneció allí, los brazos cubriendo la cabeza hasta que la avalancha, mezcla de entusiasmo e histerismo, pasó sobre él y se alejó. Tampoco él había visto a nadie que se pareciese a madame Courtland.

Francois, el chofer, caminó entre las deterioradas estructuras de la entrada meridional, donde los anuncios estaban escritos con letra pequeña y un tanto descolorida, y revelaban la presencia de la sala de primeros auxilios, la sección destinada a escuchar las quejas de los clientes, los objetos perdidos y encontrados, la administración (un letrero apenas legible), y un gran cartel que señalaba la oficina de atención al público. De pronto Francois oyó las voces; hablaba una mujer obesa, que se dirigía a su acompañante, una dama delgada de cara congestionada.

-¿Para qué demonios una persona como ésa viene aquí? ¡Con lo que vale ese vestido rosado podría alimentar a mi familia un año entero! –dijo la mujer obesa.

-Charlotte, esa gente es así. Creen que son mejores que nosotros, y tienen que demostrarlo.

-Basura, eso es lo que son. ¿Viste esos zapatos blancos? ¡Seguramente costaron cinco mil francos, o incluso más!

Francois no dudó de la identidad de la persona a la cual se referían. La unidad apostada en las Campos Elíseos había comunicado que la esposa del embajador usaba un vestido de verano, rosa pálido y blanco; sin duda, adquirido en una de las tiendas más elegantes. El chofer observó a las dos mujeres, y con aire distraído se les acercó, mientras ellas descendían por el camino ancho y polvoriento.

-Te diré lo que creo –dijo la mujer delgada con el gesto perpetuo de descontento en los labios–. Apuesto al inútil de mi marido a que ella es uno de los propietarios de este parque maloliente. Mira, los ricos proceden de este modo. Compran lugares así porque administrarlos es barato, y la caja registradora funciona el día entero.

-Probablemente estás en lo cierto. Después de todo, ella entró en la oficina del gerente. ¡Malditos sean los ricos!

Francois se rezagó, y después se volvió y caminó de regreso hacia la hilera de cabañas que cumplían la función de oficinas. Vio el cartelito que decía Administración; la construcción tendría unos seis metros de ancho, y estaba separada de las casas laterales por estrechos senderos que parecían más bien zanjas. Las ventanas del frente eran muy altas, y abajo había una puerta que parecía encontrarse fuera de lugar. Al parecer, la puerta misma era mucho más gruesa o más pesada que la madera que la rodeaba. Francois extrajo el intercomunicador portátil que llevaba en el bolsillo de la chaqueta, pulsó el botón de "Transmitir" y acercó el instrumento al oído.

Librodot

Entonces bruscamente, sin previo aviso, escuchó dos voces conocidas, muy conocidas, y después una tercera, la misma que había estado escuchando durante años.

-¡Papá, papá!

-¡Notre père! ¡C'est lui!

-Francois, ¿qué estás haciendo acá?

La imagen de su esposa y sus dos hijas impresionó profundamente al chofer. Recuperó la voz mientras abrazaba desconcertado a las dos niñas, y dijo: –¡Dios mío, Yvonne! ¿Y tu qué haces aquí?

-Llamaste diciendo que llegarías tarde y probablemente no vendrías a cenar a casa, de modo que decidí visitar el parque para distraer a nuestras hijas.

-Papá, ¿puedes venir con nosotras al carrusel? Por favor, papá.

-Queridas, papá está trabajando...

-¿Trabajando? –exclamó la esposa–. ¿Qué tiene que hacer el Deuxième aquí?

-¡Calla! –El perplejo Francois desvió la cara un instante y habló de prisa por el intercomunicador. –El sujeto está aquí, cerca de la entrada sur. Reúnanse conmigo allí. Tengo complicaciones, como quizá ustedes ya lo advirtieron... Vamos Yvonne; ustedes también, niñas, ¡fuera de aquí!

-Santo Dios, no estabas bromeando –dijo la esposa mientras la familia se alejaba rápidamente por el camino de tierra en dirección a la entrada sur.

-No, querida, no estaba bromeando. Ahora, por lo que más quieras, suban al automóvil y vuelvan a casa. Después te explicaré todo.

-¡Non Papa! ¡Acabamos de llegar!

-¡Obedece mis órdenes, o la próxima vez que vengan aquí las despacharé a la Sorbona!

Lo que Francois no había advertido era un jóven vestido con calzas anaranjadas y una blusa azul deshilachada; sólo la barba descuidada mostraba que era un hombre. Estaba de pie a la izquierda de la pesada puerta, fumando un cigarrillo, su atención atraída por el ruido y la reunión de familia sin duda inesperada. Era especialmente visible el intercomunicador manual utilizado por el hombre, y más notable aún la pregunta formulada por la mujer: "¿Qué tiene que hacer aquí el Deuxième?" ¿El Deuxième?

El jóven aplastó con el zapato la colilla del cigarrillo y corrió hacia el interior.

El elegante propietario, que utilizaba el nombre de André, interrumpió su conversación con Frau Courtland y se disculpó cortésmente mientras abandonaba su silla y se acercaba al teléfono depositado sobre el escritorio.

-¿Sí? –y después escuchó en silencio a lo sumo durante diez segundos. –¡Preparen el automóvil! –ordenó, devolviendo el teléfono a la horquilla y regresando adonde estaba la esposa del embajador. –¿Vino con escolta, madame?

-Sí, me trajeron desde la Silla y la Bota.

-Quiero decir, ¿se encuentra bajo la protección de funcionarios franceses o norteamericanos? ¿La siguen?

-¡Santo cielo, no! La embajada no sabe donde estoy.

-Alguien sabe. Debe partir enseguida. Venga conmigo. Hay un túnel subterráneo que comunica esta oficina con el estacionamiento; descienda por esta escalera. ¡De prisa!

Diez minutos después, André estaba de regreso en su oficina lujosamente amueblada; se sentó detrás del escritorio y aflojó los músculos, suspirando fuerte. El teléfono llamó de nuevo; lo atendió.

-¿Sí?

-Aplique la mezcladora –ordenó la voz que venía de Alemania–. ¡De inmediato!

-Muy bien –dijo preocupado André, que abrió un cajón y accionó una llave que se encontraba en su interior. –Adelante.

-¡Usted tiene una organización muy ineficiente!

-No pensamos lo mismo. ¿Qué es lo que lo inquieta?

-Necesité casi una hora para descubrir el modo de comunicarme con usted, y lo logré sólo después de amenazar a la mitad de nuestras unidades de inteligencia!

-Yo diría que eso está muy bien. Sugiero que usted rectifique lo que acaba de decir.

-¡Estúpido!

-Ahora, eso me parece muy ofensivo.

-Se sentirá mucho menos ofendido cuando le explique la razón de mi actitud.

-Acláreme lo que pasa, por favor.

-La esposa del embajador Daniel Courtland se dirige allí para hablar con usted...

-Ya vino y ya se fue, mein Herr –interrumpió André muy satisfecho de sí mismo, y de ese modo esquivó a los que venían siguiéndola.

-¿La seguían?

-Cabe suponer que así era.

-¿Como?

-No tengo idea, pero atrajeron la atención de nuestro personal, hasta el extremo de utilizar el nombre del Deuxième de un modo bastante extraño. Naturalmente, conseguí que saliera de aquí sin ser vista y durante la próxima hora estará a salvo en la embajada de Estados Unidos.

-¡Idiota! –gritó el hombre que estaba en Alemania–. No debía regresar a la embajada. ¡Había que matarla!

26

Moreau, su ayudante principal Jacques Bergeron y Latham cayeron sobre Francois con pocos segundos de diferencia unos respecto de otros. El grupo avanzó unos cuarenta metros hacia el oeste de la entrada sur, y allí el jefe del Deuxième alzó una mano; el lugar estaba menos atestado, las sórdidas tiendas que se levantaban a la derecha servían como cuartos de vestir de los empleados y como retretes.

-Podemos hablar aquí –dijo Moreau, mirando al chofer–. Mon Dieu, amigo mío, qué mala suerte. ¡Su esposa y sus hijas!

-Tendré que inventar una explicación muy convincente.

-Francois, las niñas no le hablarán durante una semana –dijo Jacques, sonriendo con cierta timidez–. Usted sabe a qué atenerse, ¿no es verdad?

-Tenemos que hablar de otras cosas –dijo Francois en actitud defensiva–. Escuché a dos mujeres, y estaban hablando... –El chofer relató la conversación que había escuchado disimuladamente, y concluyó diciendo: –Está allí, en la administración.

-Jacques –dijo Moreau–. Explore el edificio con su mejor técnica profesional. Sugiero la representación teatral del borracho; quítese la chaqueta y la corbata, nosotros los cuidaremos.

-Volveré en tres o cuatro minutos. –El agente se quitó la chaqueta y la corbata, extrajo uno de los faldones de la camisa y lo dejó colgando sobre el cinturón; finalmente, comenzó a avanzar a tropezones hacia la entrada sur y más lejos.

-Jacques lo hace muy bien –observó Moreau, contemplando con admiración a su subordinado–. Sobre todo por tratarse de un hombre que jamás prueba el whisky y apenas puede tolerar una copa de vino.

-Quizá antes toleró demasiado de las dos cosas –dijo Drew.

-No –respondió el jefe del Deuxième Bureau–. Se trata de su estómago. Algo que tiene que ver con la acidez. Un rasgo que puede ser muy embarazoso cuando cenamos con los ministros de la Cámara de Diputados, que controlan nuestros recursos. Lo miran como si fuese un burócrata almidonado.

-¿Qué haremos si la esposa de Courtland continúa adentro? –preguntó Latham.

-No lo sé muy bien –replicó Moreau–. Por una parte, sabemos que ha venido aquí, lo cual confirma nuestra sospecha de que se trata de un contacto de la Fraternidad; pero por otra, ¿deseamos que esta gente advierta cuánto sabemos? Es mejor mostrarse pacientes, y mantener esta presunta oficina bajo vigilancia permanente, para saber quién viene y quién sale. ¿O forzamos la situación atacando de frente?

-Yo preferiría lo segundo –contestó Latham–. Si no hacemos eso, estamos perdiendo el tiempo. Retiremos de aquí a esa mujer y detengamos a sus contactos.

-Drew, ése es un atajo tentador, pero peligroso, y podemos suponer que contraproducente. Si como ahora los dos creemos que esta sórdida habitación de un parque de diversiones es un nexo con la Fraternidad, ¿lo

Librodot

clausuramos, dejando un desagradable vacío, o permitimos que continúe y aprendemos un poco más?

-Yo digo que lo eliminemos.

-¿Y enviamos señales de alarma a los nazis de Europa entera? Hay otros caminos, amigo mío. Podemos intervenir los teléfonos, las máquinas de fax, las transmisiones de radio en ultrafrecuencia, si tal cosa existe. Tal vez estaríamos renunciando a una jugosa recompensa y aceptando un muñeco de trapo. Podemos observar a la esposa de Courtland, y mantener una vigilancia de veinticuatro horas diarias sobre este parque. Debemos planear muy cuidadosamente nuestros actos.

-¡Su actitud es muy francesa! Habla demasiado.

-Para bien o para mal, es mi herencia, mi escepticismo galo.

-Y probablemente tiene razón. Pero ojalá que no la tuviera. Me siento impaciente.

-Drew, asesinaron brutalmente a su hermano. No es mi caso. Si estuviese en su lugar, quizá sentiría lo mismo.

-Me pregunto si Harry reaccionaría de ese modo.

-Es extraño que diga eso. –Moreau estudió la cara de Latham, y percibió la expresión lejana, un poco extraviada, en los ojos del norteamericano.

-De sang Freud –dijo en voz baja Drew.

-¿Cómo dice?

-Nada, absolutamente nada. –Latham parpadeó varias veces, y la realidad del momento se impuso. –¿Qué cree que encontrará nuestro amigo Jacques?

-A la esposa del embajador, si está a su alcance –replicó Francois, el chofer temerario–. Espero que la descubra, pues cuanto antes llegue a mi casa tanto mejor. Mis hijas lloraban a lágrima viva cuando se fueron con Yvonne... Lo siento, señor director, no es mi intención permitir que las cuestiones personales interfieran... y por supuesto, no habrá nada de eso. A decir verdad, carece de importancia.

-Francois, no necesita disculparse. Un hombre que carece de vida al margen del Deuxième es un hombre que no tiene vida, y eso es en sí mismo una condición peligrosa.

-¡Alors! –dijo el chofer, volviendo la mirada hacia el sendero de tierra.

-¿Qué sucede? –preguntó Moreau.

-¡Ese tipo vestido de un modo tan extraño, con calzas anaranjadas y camisa azul!

-¿Qué hay con él? –preguntó Drew.

-Busca a alguien. Va y viene a la carrera... se aproxima a este lugar, pasando la entrada.

-¡Sepárense! –ordenó el jefe del Deuxième.

Los tres hombres se alejaron en direcciones diferentes, mientras el jóven barbudo con calzas anaranjadas pasaba corriendo, de tanto en tanto deteniéndose para mirar alrededor. Francois caminó entre dos tiendas de las que ocupaban los empleados, su espalda vuelta hacia el camino. Un minuto después una mancha anaranjada regresó febrilmente, y volvió a la derruida

Librodot

oficina denominada Administración. Moreau y Latham se reunieron con Francois junto al estrecho espacio que mediaba entre las tiendas.

-Sin duda, estaba buscando a alguien –dijo Drew–. ¿Se trataba de usted?

-No veo nada que lo justifique –contestó el chofer, frunciendo el entrecejo–. Pero me parece recordar la presencia de un punto o una mancha anaranjada, cuando volvía de llevar a mi esposa y las niñas y los convoqué a todos.

-Quizá era su radio –dijo Moreau–. Pero, como usted dice, nada justificaba que concentrase la atención en usted... Creo que exíste una explicación bastante simple. Los lugares como estos pequeños parques de diversiones son adecuados para esquivar los impuestos. Todo se compra y se vende en efectivo, y esta gente imprime ella misma los comprobantes. Es probable que alguien supusiera que ustedes pertenecían al Departamento de Impuestos, y que venían a verificar las ventas. Lo cual no tiene nada de extraño; esos investigadores suelen ser accesibles al soborno.

-¡Mes amis! –Jacques, que ahora había abandonado su actuación como borracho, corrió hacia ellos, y recibió su chaqueta y su corbata de manos de Francois. –Si madame Courtland entró en la oficina del administrador, todavía está allí adentro. No hay otra salida.

-Esperaremos –dijo Moreau–. Asimismo, debemos separarnos pero permaneciendo en el sector; y uno de nosotros vigilará constantemente la puerta. Rotaremos, veinte minutos cada uno. Yo seré el primero, y recuerden, mantengan los receptores de radio de tal modo que puedan escuchar la señal.

-Después, yo lo reemplazaré –dijo Drew, consultando su reloj.

-Y yo lo seguiré –agregó Jacques.

-Después será mi turno –dijo Francois.

Pasaron dos horas, y cada uno de los hombres había cumplido dos veces su turno. Ahora, el jefe del Deuxième ordenó que se reuniesen junto a las tiendas que estaban al oeste de la entrada sur.

-Jacques –dijo Moreau–, ¿estás seguro de que no había una puerta en cualquiera de los costados, o al fondo de la construcción?

-Ni siquiera una ventana, Claude. Excepto las que están al frente, no hay una sola ventana.

-Comienza a oscurecer –observó Francois–. Quizá ella esté esperando que oscurezca todavía mas, para marcharse en el momento mismo en que el resto del público vespertino regresa a sus hogares.

-Es una posibilidad, pero repito la pregunta: ¿por qué?

-Escapó de su unidad en los Campos Elíseos –dijo Latham, las cejas fruncidas en un gesto inquisitivo.

-No había modo de que ella pudiera saber que la sometíamos a vigilancia –observó Jacques.

-Tal vez alguien se lo dijo.

-Drew, eso incorpora una dimensión completamente distinta. Acerca de la cual no tenemos ningún tipo de prueba.

-Estoy buscando, eso es todo. Quizá ella es sencillamente paranoica... caramba, una persona así podría serlo... Permítanme preguntar a todos: ¿a quién vieron salir por esa puerta? Alcancé a ver a ese individuo tan original con las calzas anaranjadas, fue a reunirse con un hombre vestido de payaso, que estaba esperándolo.

-Vi a dos mujeres horriblemente maquilladas, que parecían provenir del harén de un jeque muy pobre –dijo Jacques.

-¿Cualquiera de ellas podía haber sido la esposa de Courtland? –se apresuró a preguntar Moreau.

-La respuesta es negativa. Pensé lo mismo, de modo que retorné al papel del borracho y prácticamente tropecé con ellas. Eran harpías bastante sucias, y una tenía un aliento terrible.

-Ya ve qué buen policía es –dijo a Latham el jefe del Deuxième. ¿Y usted, Francois?

-Había solamente un hombre de elevada estatura, con grandes lentes oscuros, más o menos de las proporciones de nuestro norteamericano, vestido con prendas sencillas pero caras. Sospecho que era el propietario, pues probó la puerta para ver si estaba cerrada con llave.

-Entonces, si madame Courtland no salió, y la oficina está cerrada por el resto de la noche, eso significa que ella todavía se encuentra en ese lugar, ¿no les parece?

-Ciertamente –replicó Drew–. Podría permanecer allí por distintas razónes. Incluso un llamado telefónico mientras el embajador se encuentra en Washington... ¿Quién de ustedes es el mejor violador de domicilios?

-¿Violador de domicilios? –preguntó Francois.

-Se refiere a la habilidad para abrir puertas cerradas con llave e ingresar ilegalmente en un lugar –aclaró Moreau.

-En esa especialidad, el mejor es Jaques.

-Usted es un hombre realmente talentoso –dijo Latham.

-Si Francois fue conductor de una banda de asaltantes de banco, sospecho que mi amigo Jacques fue probablemente un ladrón de joyas antes de ver la luz e incorporarse a nuestra organización –dijo Moreau.

-Monsieur, eso también es merde –dijo Jacques, sonriendo. Monsieur le Director tiene formas extrañas de elogiarnos. De todos modos, el Bureau me envió a un taller de cerrajería durante un mes. Con las herramientas apropiadas, todas las cerraduras son vulnerables, pues todos los principios son los mismos, con excepción de los mecanismos computadorizados que han sido desarrollados recientemente.

-Esa choza arruinada parece tan computarizada como un retrete al aire libre. Adelante, Jacques, lo seguiremos enseguida.

El agente del Deuxième que había recibido instrucción en cerrajería retrocedió rápidamente mientras sus compañeros lo imitaban, y permanecían al amparo de las sombras, sobre la izquierda del sendero de tierra. En pocos momentos más, se demostró que el juicio formulado por Claude Moreau estaba groseramente equivocado; surgió de pronto un clamor de campanas y sirenas, que arrancó ecos a distintos rincones del parque. Varios guardias con diferentes atuendos, algunos uniformados, otros con

Librodot

vestiduras ridículas –payasos, tragasables semidesnudos, enanos y africanos ataviados con pieles de tigre confluyeron sobre la estructura violada, con la agresividad de una avalancha de guerreros mongoles. Jacques huyó de la escena, y con gestos indicó a sus compañeros que evacuasen el área. Así lo hicieron, corriendo con la mayor velocidad posible.

-¿Qué sucedió? –gritó Latham cuando llegaron al vehículo del Deuxième y comenzaron a alejarse de prisa.

-Más allá de los contrapesos, a los que pude penetrar fácilmente –contestó el jadeante Jacques–, seguramente había un analizador electrónico que determinaba el peso y la densidad del instrumento que obligaba a los contrapesos a ocupar sus respectivos lugares.

-¿Qué significa eso?

-Se lo ve todos los días en los automóviles más modernos. El pequeño elemento negro en la llave del encendido; sin él, usted no puede poner en marcha el motor. En los automóviles más caros, si uno insiste, comienzan a funcionar las sirenas.

-Claude, ¿qué le parece su miserable choza?

-¿Qué puedo decir? Me equivoqué, pero la experiencia nos indicó algo, ¿no es verdad? Le Parc de Joie es en todo sentido el refugio fundamental para la Fraternidad, es decir la función que le asignábamos.

-Pero ahora ellos saben que ha sido infiltrado.

-No es así, Drew. Tenemos formas de resolver estas situaciones urgentes, cooperando con la policía y la Sûreté.

-¿Qué?

-Todas las semanas tenemos veintenas de delincuentes, muchos que son infractores de primera vez, y que caen en el delito a causa de sus circunstancias difíciles; pero que esencialmente son seres humanos decentes. El ejemplo perfecto es Jean Valjean, en Los miserables.

-Cristo, usted habla demasiado. ¿Qué intenta decir?

-Tenemos listas de estos criminales en potencia, que cumplen condenas por algún delito –por ejemplo, el intento de robar en un parque de diversiones. Se procede a reducir sus sentencias, y en algunos casos se destruyen los prontuarios.

-¿Comenzamos a trabajar con esto? –preguntó Jacques desde el asiento delantero, extendiendo la mano hacia el teléfono del vehículo.

-Por favor. –Mientras el subordinado marcaba el número y comenzaba a hablar, Moreau explicó: –En quince o veinte minutos la policía llamará al personal de seguridad del parque, para decir que vieron a un automóvil que huía, ocupado por dos hombres que son conocidos asaltantes. ¿Está clara la historia que presentaremos?

-Creo que sí. Por supuesto, preguntarán si hay un robo, y en caso afirmativo qué sustrajeron, y si hay alguien que puede identificar a los delincuentes.

-Exacto. Y por supuesto, agregarán que la policía, agradecida a los posibles testigos, de buena gana los trasladará a la estación de policía donde retienen a los detenidos.

Librodot

-Una invitación rehusada prontamente –agregó Latham, inclinando la cabeza bajo la protección de las sombras que envolvían el asiento trasero.

-No siempre, mon ami –lo contradijo Moreau–, y ésa es la razón por la cual debemos atrapar a nuestros falsos delincuentes. De tanto en tanto los objetos de nuestra hostilidad son demasiado curiosos, están tan nerviosos a causa de su propia situación que aceptan la invitación. Sin embargo, invariablemente presentan el mismo pedido... en realidad, exigencia.

-Déjeme adivinar –dijo Drew–. Acuden a la exhibición de posibles culpables con la condición de que ellos puedan ver a los sospechosos, pero no los sospechosos a ellos mismos.

-Como ya lo dije, usted es muy astuto.

-Si yo pudiera imaginar esa maniobra, me habría retirado el mismo día que concluyó mi entrenamiento. Pero el concepto de... ¿cómo lo llamó?... "falsos culpables", es muy interesante. Por Dios, no permita que Washington conozca la idea, pues los "Gates", se multiplicarán. El Watergate y el Iran–gate serán juegos de niños comparados con el CIA–gate y el Departamento de Estado–gate. Los grandes personajes imaginarán que pueden utilizar dobles, y eso incluirá al propio presidente.

-Francamente, allá nosotros no atinamos a comprender por qué todavía no lo hicieron.

-No difunda esa pregunta, porque ya tenemos problemas suficientes.

-Claude –interrumpió Jacques, volviéndose en el asiento–. Esto le agradará. Nuestros perpetradores son un par de tenedores de libros mal pagados que intentaron robar una cadena de carnicerías que estaba vendiendo carne en malas condiciones a precios muy baratos.

-La premisa fue válida. Hay que robar a los ladrones.

-Por desgracia, los ladrones modificaron su programa de suministros durante la noche, y nuestros tenedores de libros fueron sorprendidos y se los filmó abriendo una caja fuerte.

-No estaban bien adaptados a sus nuevas actividades.

-Los gendarmes de buena gana intervinieron. El jefe de detectives había estado comprando carne en esa cadena durante años.

-Sus papilas gustativas no eran muy sensibles. ¿Cuándo las activarán?

-Mientras hablamos.

-Bien, el señor Latham descenderá en el Normandie, y yo en la oficina. Y después, por Dios, lleve a Francois a su casa.

-No tengo ningún inconveniente en acompañarlo, señor director –dijo el chofer–. En caso de que haya una situación urgente.

-No, Francois, usted no logrará esquivar sus responsabilidades domésticas. Su hermosa mujer jamás lo perdonará.

-Señor, no es su perdón lo que me preocupa. Los niños son mucho más brutales.

-He podido sobrellevar ese tipo de situaciones, y usted también lo conseguirá. Fortalece el carácter.

-Usted es todo corazón –dijo Drew al oído de Moreau. –¿Qué piensa hacer en la oficina?

Librodot

-Profundizar lo que hicimos durante la tarde y la noche. Lo mantendré informado. Además, mon ami, usted tiene su propio problema, relativamente doméstico. La encantadora Karin fue a ver al médico. ¿Recuerda que sufrió una herida?

-¡Dios mio, lo olvidé!

-Le aconsejaría que no se lo diga.

-Se equivoca, Moreau. Ella comprenderá.

Cuando Latham abrió la puerta, Karin, que tenía puesta una bata del hotel, se paseaba ida y vuelta frente a la ancha ventana.

-¡Dios mío, desapareciste largo rato! –exclamó, corriendo hacia él para abrazarlo.

-¿Estás bien?

-Caramba, amiga, estuve en un parque de diversiones, y no en la batalla de Bastogne. Por supuesto, estoy bien; ni siquiera consideramos la posibilidad de apelar a nuestras armas.

-¿Eso les llevó casi cuatro horas? ¿Qué sucedió?

-Drew explicó lo que había pasado, y después preguntó: –¿Y tú? ¿Qué te dijo el médico?

-Lo siento, querido, ésa es la razón por la cual nunca debí enredarme contigo. Pensé que esos sentimientos habían desaparecido, pero es evidente que no se trata de eso. Cuando amo a alguien, lo amo muy profundamente.

-Eso es terrible, pero no respondiste a mi pregunta.

-¿Mira? –de Vries exhibió orgullosamente su mano derecha, el vendaje ahora tenía menos de la mitad de sus proporciones anteriores; era a lo sumo una pequeña protección. –Estudió la posibilidad de aplicarme una prótesis de unos dos centimetros de longitud. Se deslizará sobre mi dedo, con el auxilio de un clavo, y será prácticamente invisible.

-Magnífico. ¿Pero cómo te sientes? Anoche estuviste sangrando.

-El médico dijo que seguramente yo estaba muy nerviosa, y mencionó varias posibilidades. Querido, ¿tienes cardenales en la espalda?

-Tendremos que cuidarnos más –Drew de nuevo abrazó a Karin. Los labios de los dos se unieron, y ella interrumpió lentamente la caricia.

-Quiero hablar –dijo Karin.

-¿Acerca de qué? Te dije lo que sucedió.

-Acerca de tu seguridad. Llamaron de la Maison Rouge...

-¿Sabían dónde hallarte? ¿Aquí en el Normandie?

-A menudo conocen cosas antes de que lleguen a nuestros oídos.

-En ese caso, ¡están recibiendo información que no debería llegar a sus oídos!

-Creo que tienes razón, pero por otra parte sabemos de qué lado están los Antinayous.

-No necesariamente. Sorenson cortó las comunicaciones con ellos.

-Sorenson era el espía secreto más temido durante la Guerra Fría.

Sospecha de todos.

-¿Cómo lo sabes? ¿Por qué hablas de su condición de agente secreto?

Librodot

-En parte por ti, pero principalmente por Freddie.

-¿Freddie...?

-Por supuesto. Las redes secundarias se protegen ellas mismas. La información circula. ¿Con quién puedes contar, en quién puedes confiar.

La supervivencia es la respuesta definitiva, ¿no te parece?

-¿Para qué llamó la Maison Rouge?

-Sus informantes en Bonn y en Berlín dicen que dos equipos de miembros entrenados de la Blitzkrieg están siendo enviados a París para encontrar y matar al hermano Latham que sobrevivió al ataque de la posada de Villejuif. El hombre que según ellos creen es Harry Latham.

-Por Dios, eso no es nada nuevo.

-Dicen que el número de asesinos oscila entre ocho y doce. No vienen a buscarte unos pocos hombres, sino un pequeño ejército.

Silencio, y después Latham habló.

-Supongo que eso es muy impresionante, ¿verdad? Es decir, mi popularidad ha superado todo lo que había soñado antes, y ni siquiera son el tipo a quien buscan.

-Estoy de acuerdo contigo.

-¿Pero por qué? Ésa es la pregunta, ¿verdad? ¿Por qué necesitan con tanta urgencia encontrar a Harry? La lista de Harry comenzó a circular, y con la confusión y la discrepancia que está provocando, ellos tienen que saber que todo lo que sucede los beneficia. Entonces, ¿por qué tanta preocupación?

-¿Quizás eso tiene algo que ver con el doctor Kroeger?

-Ese individuo está flotando en el espacio, y no tiene máscara de oxígeno. Dice una mentira tras otra, y olvida las que dijo antes.

-No sabía eso. ¿En qué sentido?

-Dijo a Moreau, de quien cree que es uno de ellos, que tenía que encontrar a Harry para conocer la identidad de la mujer que los traicionó y que estuvo en el valle de la Fraternidad...

-¿A qué traidora se refirióo? –preguntó de Vries.

-No lo sabemos, y tampoco Harry tenía idea. Cuando estuvo en Londres y hablamos por teléfono, mencionó algo acerca de una enfermera que había avisado a los Antinayous que el propio Harry estaba próximo a salir; pero el hombre que manejó el camión y que lo recogió no aportó detalles.

-Si ésa fue la mentira de Kroeger, quizás no hubo tal mentira.

-Excepto que él dijo a Witkowski algo por completo distinto. Insistió en que tenía que encontrar a Harry antes de que se agotasen los efectos de la medicación que le habían administrado; y Harry murió. Stanley no le creyó ni un instante, y por eso quiso saturarlo de productos químicos... para ver si podía conocer la verdad.

-Pero el médico de la embajada no lo permitió –dijo en voz baja Karin–. Ahora comprendo por qué Witkowski estaba tan irritado con él. Que es también la razón por la cual ese santo de la medicina se verá desautorizado si me ven obligado a conseguir que Sorenson extorsione al presidente.

-¿De veras? ¿Es posible... extorsionarlo?

Librodot

-Todos pueden ser extorsionados, y especialmente los presidentes. Se lo denomina genocidio político, según el partido al cual uno pertenezca.

-Por favor, ¿podemos retornar a otro tema?

-¿Qué tema? –Latham se acercó al escritorio y al teléfono. –Quiero destruir a un médico que prefiere prolongar la vida de un canalla en lugar de impedir la muerte de gente decente de nuestro lado.

-Que podrías ser tú mismo, Drew.

-Imagino que sí. –Latham descolgó el auricular del teléfono.

-¡Detente, y escúchame! –exclamó de Vries. –Corta la comunicación y escucha.

-Está bien, está bien –Drew devolvió el teléfono a su lugar, y se volvió lentamente para mirar a Karin. –¿Qué pasa?

-Seré brutalmente sincera contigo, querido... porque eres un hombre a quien amo.

-¿Por el momento? ¿O puedo contar con un mes o dos?

-Eso no sólo es gratuitamente injusto, sino también degradante.

-Discúlpame. Solo que preferiría oírte decir "el" hombre, no "un" hombre.

-Y he amado a otro hombre, por errado que fuese mi sentimiento, y no me disculparé por eso.

-Dos tantos a tu favor. Adelante, muéstrate brutalmente sincera.

-Eres un hombre inteligente, incluso brillante a tu propio modo. Lo he visto, te he observado, aplaudí tu capacidad para adoptar decisiones rápidas así como tu esfuerzo físico... lo cual ciertamente ha sido superior al de mi marido y al de Harry. Pero no eres Freddie, y no eres Harry, dos hombres que vivieron con el espectro de la muerte una mañana tras otra, al despertar, y también por la noche, cuando recorrían esas calles para acudir a peligrosas entrevistas. Drew, es un mundo que tú no conoces, un mundo horrible y sinuoso en el cual jamás te zambulliste... sufriste sus efectos, sí, pero no eres un veterano de sus pesadillas.

-Tienes que ir al punto. Necesito hacer un llamado telefónico.

-Por favor, te lo niego, suministra toda la información que tienes, todas las conclusiones elaboradas por tu imaginación, a los que estuvieron en ese mundo... Moreau, Witkowski, tu superior Sorenson. Ellos vengarán la muerte de tu hermano; poseen las cualidades necesarias para obtener dicho resultado.

-¿Y si no lo hago?

-¡Dios mío, un grupo de asesinos viene a buscarte! Personas con recursos y contactos de los cuales nada sabemos. Llegarán programados con distintos nombres, con fondos ilimitados para corromper esos nombres, y es suficiente que uno de ellos te traicione. Por eso los Antinayous me llamaron. Francamente, creen que tu situación es desesperada a menos que te ocultes.

-De modo que volvemos a la pregunta original, ¿verdad? ¿Por qué esta concentración de fuerza contra Harry Latham? ¿Por qué?

-Querido, que otros lo averigüen. Quiero que tú y yo salgamos de este horrible juego.

-¿Tú y yo...?

-¿Eso responde a tu pregunta anterior?

-Es tan tentador... Yo podría llorar como un niño, pero no funcionará. Karin, es posible que no posea la experiencia de los otros, pero tengo algo de lo cual ellos carecen. Se lo denomina cólera, y unido a las cualidades secundarias que poseo, me convierte en el jefe del grupo. Lo siento, lo siento realmente, pero así tiene que ser.

-Estoy apelando a tu sentido de la supervivencia –nuestra supervivencia y no a tu coraje, que no necesita más comprobación.

-¡El Coraje nada tiene que ver en esto! Nunca pretendí ser valeroso; no me agrada la bravura, porque consigue llevar a la muerte a los idiotas. Estoy hablando de un hombre que era mi hermano, un hombre que impidió que yo me convirtiese en desertor del colegio secundario o la universidad; de no haber sido por él, en este momento sería un animal consagrado al hockey, con la cara hinchada, las piernas fracturadas y ni un solo dólar a mi nombre. Jean–Pierre Villier me dijo que debía tanto o más que yo a un padre a quien jamás conoció. Discrepo con esa posición. Debo más a Harry, porque en efecto lo conocí.

-Comprendo. –Karin guardó silencio cuando las miradas de los dos se encontraron, cada uno apuntando al otro. –En ese caso, afrontaremos juntos la situación.

-Demonios, ¡no estoy pidiendo que hagas eso!

-No podrá ser de otro modo. Drew, solamente pido una cosa. No permitas que tu rabia te mate. No creo que pueda soportar la pérdida del segundo hombre a quien amé, del mismo modo que perdí al primero.

-Puedes estar segura de que haré lo que pides. Tengo muchas razónes para vivir... y ahora, ¿puedo realizar ese llamado telefónico? Es poco más de mediodía en Washington, y me agradaría encontrar a Sorenson antes de que salga a almorzar.

-Quizás le eches a perder la comida.

-Seguramente así será. Él no aprueba lo que yo hago, pero evitó bloquearme el paso, por una razón excelente.

-¿Cuál es?

-Él haría exactamente lo mismo.

En Washington, Wesley Sorenson se sentía irritado y frustrado. El vicepresidente Howard Keller le había enviado por fax los antecedentes de ciento once senadores y representantes de ambos partidos, los mismos que reaccionarían ofendidos si se acusaba de nazi al ex colega, y que estaban perfectamente dispuestos a declarar. A estos nombres se agregaba otra lista de posibles adversarios, que incluía desde los líderes fundamentalistas rechazados pero todavía poderosos, a los miembros fanáticos del sector de lunáticos marginales, todos los cuales rechazarían el Segundo Advenimiento de Cristo como una manipulación política, si se pretendía hablarles del asunto. Al pie del fax, de puño y letra del mandatario, estaba el resumen del vicepresidente.

Estos payasos ocupan sus respectivos lugares, y están dispuestos y se muestran deseosos de destruir a todos los que aunque sea lejanamente

Librodot

discrepen con ellos. He ido a consultar a los abogados. ¡En unión con los hombres buenos, convertiremos en estiércol de mulas a toda la manada de imbéciles! Vayamos al Senado y denunciemos el verdadero carácter de estos falsificadores y enemigos de la gente decente.

Pero Sorenson no estaba dispuesto a incurrir en esa flagrante manifestación pública. Podía ganarse mucho, pero también cabía perder cosas importantes. Los Sonnenkinder en efecto existían. Pero aún no se sabía dónde estaban y cuán alto habían llegado. Desde el punto de vista de los perseguidos, el recurso más fácil era convertirse en uno de los "tipos buenos". Llamaría a Howard Keller, y trataría de aclarar su propia posición. Y entonces llamó el teléfono, y Sorenson vio la línea roja que indicaba que la comunicación provenía directamente de su propia oficina.

-¿Sí?

-Jefe, es su agente renegado.

-Ojalá no fuese el caso... quiero decir que ojalá yo no fuese su jefe.

-Continúe conmigo, estamos progresando.

-¿Cómo?

-Bonn y Berlín envían un par de medias brigadas para encontrarme... es decir, para hallar a Harry, y eliminarme.

-¿Y eso es el progreso?

-Un paso siempre lleva al otro, ¿verdad?

-En su lugar, y hablo por experiencia, saldría cuánto antes de París.

-Wes, ¿habría hecho eso?

-Probablemente no, pero poco importa lo que yo habría hecho. Los tiempos son distintos, Latham. Los nuestros eran más fáciles. Sabíamos quiénes eran nuestros enemigos, usted lo ignora.

-Entonces, ayúdeme a descubrirlos. Diga a ese humanitario médico que está en la embajada que administre a Kroeger todos los Amytal que poseemos, de modo que podamos saber algo.

-Dijo que eso podría matarlo.

-Pues que lo mate. ¡Deme una posibilidad! ¿Por qué hacen todo lo posible para matar a Harry?

-Tenemos ciertos códigos de ética médica...

-Al demonio con ellos. ¡Yo también aprecio mi vida! No propongo la pena capital, entre otras cosas porque es imposible aplicarla con justicia... ¿cuándo fue la última vez que un tipo rico de raza blanca respaldado por un estudio jurídico muy caro fue enviado a la silla eléctrica? Pero si jamás hubo una excepción en relación con esta fórmula, corresponde al caso de Kroeger. ¡Vi a ese bastardo volar a dos inocentes empleados de hotel con balas explosivas, sencillamente porque estaban allí! Y además, nuestro benévolo médico de la embajada no dijo que las inyecciones lo matarían, solo que podían matarlo. Son chances más positivas que las que Kroeger otorgó a esos dos hombres del hotel.

-Usted está desarrollando algunas de las cualidades propias... Digamos que acuerdo con usted, y consigo que el Departamento de Estado acepte su punto de vista, ¿qué cree que podemos obtener de Kroeger?

Librodot

-Por Dios, no lo sé. Pero tal vez algo que explique la obsesión de los neos por apoderarse de Harry.

-Reconozco que es un enigma.

-Es más que eso, Wes, es la clave de muchas más cosas que las que podemos entender.

-¿Quizás incluyendo la lista de Harry?

-Posiblemente. Leí la transcripción de su informe en Londres. Es indudable que creía que la lista era auténtica; pero también admitió la posibilidad de que hubiera una maniobra de desinformación... más bien en el sector de la información errónea, lo reconozco; pero en todo caso contempló esa posibilidad.

-Error humano, nombres equivocados, no falsedades –dijo Sorenson.

Con calma–. Sí, recuerdo haber leído eso. Si la memoria no me falla, lo irritaba la sugerencia de que lo habían engañado, e insistía en que correspondía a los refinados analistas de la contrainteligencia evaluar definitivamente el material.

-No lo decía con tal precisión, pero era el sentido de sus palabras.

-¿Y usted cree que Kroeger puede llenar algunos huecos?

-Digámoslo así. En todo caso no concibo que otras personas puedan suministrar esa información. Kroeger era el médico de Harry, y por extraño que parezca (probablemente porque Kroeger lo trató con cierta decencia), ejercía influencia sobre mi hermano. Por lo menos, Harry no lo odiaba.

-Su hermano tenía una actitud demasiado profesional para permitir la manifestación del odio, y más todavía la posibilidad de que ese sentimiento interfiriese.

-Comprendo, y admito que es una línea divisoria muy delgada, pero sospecho que Harry lo respetaba (quizás respeto es la palabra equivocada) pero en todo caso había una evidente adhesión. No puedo explicar cómo era, porque yo mismo no entiendo bien el asunto.

-Quizás usted acaba de decirlo. El médico lo trató bien, de modo que el aprehensor atendía al cautivo.

-¿De nuevo el síndrome de Estocolmo? Por favor, tenga en cuenta que esa teoría tiene muchas fallas, sobre todo en relación con Harry.

-Dios sabe que usted lo conocía mejor que nadie... Muy bien, Drew, impartiré la orden, y ni siquiera molestaré a Adam Bollinger, en el Departamento de Estado. Él ya nos concedió carta blanca, aunque por motivos equivocados.

-¿Motivos? ¿No razónes?

-El razonamiento es una actividad secundaria para Bollinger. Los motivos ocupan el primer lugar. Trate de pasarlo bien, conserve la vida y cuídese muchísimo.

En la enfermería de la embajada, que en realidad era una clínica moderna de seis habitaciones con la última palabra del equipo médico, Gerhardt Kroeger estaba atado a la camilla. Un solo tubo transparente combinaba los flujos de dos sacos de plástico suspendidos sobre su cabeza, y estaba inserto en el brazo izquierdo; la aguja penetraba la vena antecubital. Se le había administrado un tranquilizante antes de comenzar

Librodot

la intervención, y ahora era un paciente pasivo que no tenía idea de lo que le esperaba.

-Si muere –dijo el médico de la embajada, los ojos fijos en la pantalla del electrocardiograma–, ustedes, cretinos, afrontarán la responsabilidad. Estoy aquí para salvar vidas, no para liquidarlas.

-Dígaselo a las familias de los hombres a quienes mató sin saber siquiera quiénes eran –replicó Drew.

Stanley Witkowski apartó a un costado a Latham.

-Infórmeme cuando entre en coma –ordenó al médico.

Drew retrocedió un paso, y se mantuvo al lado de Karin, mientras todos observaban, fascinados y repelidos por lo que estaba sucediendo.

-Está ingresando en la zona de mínima resistencia –dijo el médico. Ahora –agregó con gesto severo–, y órdenes o no órdenes, suspendo el paso de la droga en dos minutos. ¡Cristo, un minuto más y es hombre muerto!...No necesito este empleo. Puedo pagar los gastos oficiales en la facultad de medicina en un lapso de tres o cuatro años, pero no puedo borrar de mi memoria este episodio aunque me entreguen todo el oro del Departamento del Tesoro.

-En ese caso, apártese, y déjeme trabajar. –Witkowski se inclinó sobre el cuerpo de Kroeger, y al principio le habló suavemente al oído izquierdo, formulándole las preguntas usuales acerca de su identidad y su cargo en el movimiento neonazi. Obtuvo respuestas breves y sucintas, con voz monótona, y después el coronel elevó la voz; poco a poco adquirió un tono amenazador, hasta que comenzó a arrancar ecos a las paredes. –¡Ahora, hemos llegado al centro, doctor! ¿Por qué quieren matar a Harry Latham?

Kroeger se retorció en la mesa, esforzándose para romper las correas mientras tosía y escupía una flema gris. El médico de la embajada aferró el brazo de Witkowski; el coronel lo apartó con un gesto brutal.

-Tiene treinta segundos –dijo el médico.

-¡Hable ahora, Hitler de pacotilla, o muera! ¡Usted no me importa, hijo de perra! Hable, o irá a reunirse con su Oberfuhrer en el infierno. ¡Ahora o nunca! ¡La muerte, Herr Doktor!

-Basta ya –dijo el médico de la embajada, aferrando de nuevo el brazo del coronel.

-¡Apártese de mí, canalla! ¿Me oyó, Kroeger? ¡No me importa en absoluto si usted vive o muere! ¡Hable! ¡Por qué necesitaban matar a Harry Latham? ¡Hable!

-¡Su cerebro! –gritó Gerhard Kroeger, retorciéndose sobre la mesa con tanta fuerza que rompió una de las correas de cuero. –¡Su cerebro! –repitió el nazi, y después se sumió en la inconciencia.

-Eso es todo lo que conseguirá, Witkowski –dijo firmemente el médico, cerrando las válvulas de la inyección intravenosa combinada. –Su corazón llegó a ciento cuarenta. Cinco puntos más, y está terminado.

-Le diré una cosa, médico –dijo el veterano coronel del G–2, ¿sabe cuál es el ritmo cardíaco de los dos empleados del hotel a quienes este hombre mató? Es cero, doctor, y no creo que eso sea muy agradable.

Librodot

Los tres estaban sentados frente a una mesa en un café al aire libre de la rue de Varenne. Drew continuaba con ropas civiles, y Karin sostenía la mano de su amigo. Witkowski seguía meneando la cabeza, y su desconcierto era evidente.

-¿Qué demonios quiso decir ese hijo de perra cuando insistió en hablar de "su cerebro"?

-La primera idea que me viene a la mente –dijo de mala gana Latham–, es la del lavado de cerebro, pero me parece difícil creer tal cosa.

-Coincido –dijo de Vries–. Conocía esa faceta de Harry, su obsesión con el control, si prefieren decirlo así, y no puedo imaginar que nadie consiguiera deformarlo mentalmente. Tenía un elevado número de defensas.

-Entonces, ¿donde estamos? –preguntó el coronel.

-¿Una autopsia? –sugirió Karin.

-¿Qué podría revelarnos? ¿Que lo envenenaron? –contestó Witkowski. –Podemos suponer eso, o algo por el estilo. Además, los tribunales son los encargados de ordenar todas las autopsias, y la intervención debe anotarse en el Ministerio de Salud, con los registros médicos concomitantes. No podemos correr ese riesgo. Recuerden que Harry ahora no es Harry.

-Entonces, volvemos al comienzo –dijo Drew–. Y ni siquiera sé donde está. En la morgue de la rue Fontenay, el ayudante cuya obligación era vigilar el estado de los cadáveres en sus tumbas provisionales refrigeradas, recorrió la línea, extrayendo cada cadáver para asegurarse de que los cuerpos exangües estaban bien identificados, y que no se los había desplazado por falta de espacio. Llegó al número ciento uno, un caso especial según lo indicaba una marca roja que prohibía la remoción del cuerpo; y abrió el habitáculo.

Contuvo una exclamación, no muy seguro de que lo que estaba viendo tuviese el más mínimo sentido. El cráneo del cadáver casi sin cara exhibía un agujero enorme y oscuro, como si hubiese sufrido una explosión posmorten; los fragmentos de piel y tejido estaban distribuidos como en una frutilla abierta; del hueco manaba un fluido gris de aspecto maligno. El empleado se apresuró a cerrar la bóveda, evitando en lo posible aspirar el residuo gaseoso. Que otro hiciera el correspondiente descubrimiento.

Librodot

27

Claude Moreau impartió una orden irreversible a las ocho y media de la mañana. Latham y de Vries estaban nuevamente bajo la protección del Deuxième. La agencia norteamericana podía formular sugerencias acerca de la seguridad de los dos, pero las decisiones definitivas correspondían exclusivamente al Deuxième. Por supuesto, a menos que los dos decidieran permanecer confinados en su propia embajada, lo cual de acuerdo con el derecho internacional era territorio norteamericano, y por consiguiente estaba fuera de la jurisdicción del Deuxième. Cuando Drew formuló a gritos sus objeciones, la respuesta de Moreau fue breve.

-No puedo permitir que los ciudadanos de París arriesguen la vida al quedar atrapados en el fuego cruzado de los que intentan matarlo –dijo el francés, sentado frente a Drew y a Karin en la suite del Hotel Normandie.

-¡Eso es absurdo! –aulló Latham, y depositó sobre la mesa su café matutino con tanta fuerza que la mitad se derramó sobre la alfombra. Nadie piensa comenzar una guerra en las calles. ¡Es lo último que pensarían hacer!

-Quizá sí, y quizá no. En tal caso, ¿por qué los dos no se trasladan a la embajada, de modo que desaparezca el problema? Yo no formularía ninguna objeción, y los ciudadanos de París estarían a salvo.

-¡Usted sabe que necesito moverme de un lugar para el otro.! –Drew se puso de pie, irritado, y la bata del hotel, que era demasiado estrecha, comenzó a molestarlo.

-Entonces, proceda con mi gente, o manténgase fuera de las calles. Eso es definitivo, mon ami... Oh, y otra cosa. Los lugares a los cuales vaya, y lo que haga, deberá contar con mi aprobación.

-¡Usted no solo habla demasiado, sino que es imposible!

-Hablando de lo imposible –continuó el jefe del Deuxième–, el embajador Courtland llega en el Concorde a las cinco de la tarde. Su esposa lo recibirá en el aeropuerto. No sé qué entrenamiento necesita un hombre para afrontar la situación que se le presentará al llegar a nuestro país.

-Si Courtland no puede resolver el problema, debería autoexcluirse –dijo Drew, llenando de nuevo de café su taza, y regresando al diván.

Moreau enarcó el entrecejo ante el tono áspero de Latham.

-Quizá usted tenga razón, mon ami. De un modo o de otro tendremos nuestra respuesta antes de que finalice el día, ¿n'est–ce pas?... Ahora bien, con respecto al resto del día, quiero que se familiaricen con los procedimientos de protección del Deuxième Bureau. Son bastante distintos de los que aplica mi amigo Witkowski, pero por otra parte el coronel no dispone de tantos recursos como nosotros.

-A propósito –lo interrumpió Drew–, ¿ha conversado todo esto con Witoski? ¿El acepta que usted imparta las órdenes?

-No solo lo aceptó, sino que se siente muy aliviado. Creo que deberían saber que él simpatiza profundamente con los dos... quizá una pizca más con la hermosa Karin... y sabe muy bien que sus recursos son mucho más amplios que los suyos. Asimismo, él y Wesley Sorenson están muy atareados preparando la reunión del embajador con su esposa, una situación

Librodot

sumamente delicada que exige una supervisión constante. ¿Qué más puedo decirles?

-Ya lo dijo –afirmó Latham sin entusiasmo–. ¿Qué desea que hagamos?

-En primer lugar, que se reúnan y familiaricen con nuestros acompañantes. Todos hablan muy bien inglés, y a decir verdad el jefe es el hombre que le salvó la vida en la avenida Gabriel...

-¿Francois, el chofer?

-Precisamente. Los otros lo acompañarán noche y día. Habrá siempre dos hombres en el corredor del hotel, cuando ustedes estén allí. Además, quizá a usted le interese conocer las distintas vigilancias organizadas en Le Parc de Joie y sobre la persona de Madame Courtland. Todo está preparado.

-Me vestiré –dijo Drew, y de nuevo se puso de pie y llevó consigo su café mientras caminaba hacia la puerta del dormitorio.

-No olvides afeitarte, querido. La barba oscura se destaca bastante en contraste con los cabellos.

-Ésa es otra cosa –masculló Latham–. Quiero lavarme el cabello cuanto antes –agregó claramente, y dicho esto entró en la habitación y cerró enseguida la puerta.

-Bien –dijo Moreau, que ahora continuó hablando en francés. Madame, supongo que ha llegado el momento de que conversemos.

-Sí, sabía que esto era inminente. Hace unos instantes sus ojos parecían dos fusiles que me apuntaban.

-¿Desea que hablemos alemán?

-No es necesario. Él no puede oír nada de lo que digamos aquí, y de todos modos, si se habla con cierta rapidez no puede entender el francés. ¿Por dónde empezamos?

-Por lo evidente –replicó con acento objetivo el jefe del Deuxième Bureau–. ¿Cuándo piensa decírselo? ¿O no es ésa su idea?

-Comprendo –dijo Karin, con voz pausada–. Y si se me permite hablar por los dos, podría preguntarle lo mismo a usted, ¿no es así?

-Usted se refiere a mi propio secreto, ¿verdad? ¿La razón por la cual afronto tantos riesgos para destruir al alemán fanático dondequiera puedo hallarlo?

-En efecto.

-Muy bien. Usted no estará en condiciones de difundir la información, y de perjudicar a mi familia. Por consiguiente, ¿qué me impide hablar? Yo tenía una hermana, llamada Marie, un poco más jóven que yo, y como nuestro padre había fallecido ella consideraba que yo venía a ocupar el lugar de nuestro progenitor; y ciertamente yo la adoraba. Era una muchacha tan vivaz, tan colmada de la inocencia de una juventud en flor, y como para perfecciunar esa corona de flores primaverales, era bailarina... tal vez no una figura de primera línea, pero ciertamente un miembro cabal del cuerpo de ballet. Sin embargo, durante los peores momentos de la Guerra Fría, sólo con el propósito de vengarse de mí, la Stasi alemana oriental destruyó a esa niña maravillosa. La secuestraron, y muy pronto la convirtieron en drogadicta, y la obligaron a ejercer la prostitución para alimentar el hábito inducido artificialmente. Se desmayó y falleció en la Unter den Linden a la

Librodot

edad de veintiséis años, mientras mendigaba alimento o dineral, pues ya no estaba en condiciones de vender su cuerpo... Ése es mi secreto, Karin. No es muy hermoso, ¿verdad?

-Es horrible –dijo de Vries–. ¿Y usted nada pudo hacer para remediar eso, para ayudarla?

-No sabía nada. Muestra madre había fallecido, y yo estuve en condiciones de absoluta clandestinidad en el sector del Mediterráneo durante trece meses. Cuando regresé a París, encontré con mi correspondencia acumulada cuatro fotografías, cortesía de la Polizei de Berlín Oriental, a través de la Stasi. Mostraban lo que había quedado en la muerte de mi hermanita.

-Siento deseos de llorar, y habló en serio, Claude. No es una nuva frase.

-Estoy seguro de que así es, querida, pues usted puede relatar una historia igualmente dolorosa, ¿no es verdad?

-¿Cómo lo supo?

-Lo explicaré después. Ante todo, le preguntó de nuevo. ¿Cuándo hablará con nuestro amigo norteamericano? ¿O no piensa hacerlo?

-En este momento no puedo...

-Entonces, usted se limita a usarlo –la interrumpió Moreau.

-Sí, así es –exclamó de Vries–. Así comenzó, pero no es la forma hacia la cual derivó después. Piense lo que quiera de mí, pero lo cierto es que lo amo... he llegado a amarlo. Para mí es un golpe mayor que para otra persona cualquiera. Tiene tantas cualidades semejantes a las de Freddie, el hombre con quien me casé... a decir verdad, muchísimas, y eso me asusta. Es cálido y tenaz, y tiene mal carácter; es un hombre bueno que intenta encontrar su eje, o su brújula, o como usted quiera llamarlo. Se lo ve tan perdido como nos sucede a todos nosotros, pero está decidido a encontrar respuestas. Freddie era así al principio. Antes de cambiar y convertirse en un animal obsesivo.

-Ambos escuchamos a Drew hace varios minutos, cuando hablaba de Courtland. Me desconcertó su frialdad. ¿Éste es el síndrome de Freddie?

-No, en absoluto. Drew está convirtiéndose en el hermano a quien personifica. Tiene que ser Harry.

-Entonces, ¿en qué punto del camino se convierte en Freddie? ¿En un animal?

-No puede, no puede. Es demasiado decente para llegar a eso.

-Entonces, dígale la verdad.

-¿Cuál es la verdad?

-Empiece por la sinceridad, Karin.

-¿Y qué es ahora la sinceridad?

-Su esposo vive. Frederik de Vries vive, pero nadie sabe donde está o quien es.

La escolta del Deuxième Bureau consistía en el chofer temerario, Francois, y dos guardias cuyos nombres fueron pronunciados con tal rapidez que Latham los apodo "Monsieur Frick" y "Monsieur Frack".

Librodot

-¿Sus hijas le hablan, Francois? –preguntó Drew desde el asiento posterior, donde él y Monsieur Frack estaban a los costados de Karin.

-Ni una palabra –replicó el chofer–. Mi esposa se mostró bastante dura con ellas, y les explicó que debían respetar a su padre.

-¿Eso sirvió de algo?

-De nada. Se dirigieron a su habitación, y cerraron la puerta, y colgaron del lado externo un cartel que decía: "Privado".

-¿Esto es algo que me concierne en especial? –preguntó de Vries.

-Sólo si se tiene en cuenta la evidente conclusión de que los niños del sexo femenino pueden ser notoriamente crueles con sus santos padres –contestó Latham.

-Creo que dejaré pasar eso.

Veinte minutos después llegaron al Deuxième Bureau, un edificio de piedra escasamente atractivo, con un estacionamiento subterráneo donde podía entrarse solo después de soportar el examen de los guardias armados. Frick y Frack ascendieron con Drew y Karin en un ascensor de paredes de acero, cuyo funcionamiento exigía una serie extraordinariamente larga de códigos. Llegaron al quinto piso, y fueron acompañados hasta la oficina de Moreau, en realidad menos una oficina que una amplia sala de estar, con las persianas de tablas medio cerradas. Las comodidades existentes se veían desplazadas por una serie de computadoras y otras piezas de equipos de elevada tecnología.

-¿Usted sabe como funciona todo esto? –preguntó Drew, describiendo con la mano un movimiento que abarcó toda la habitación.

-Lo que yo no sé, lo conoce mi secretaria designada hace poco, y lo que ella no sabe, lo sabe mi colaborador Jacques. Y si nos metemos en problemas, simplemente llamo a mi nueva amiga, Madame de Vries.

-Mon Dieu –exclamó Karin–, ¡esto es el sueño de un tecnólogo! Vea eso, esta máquina está en contacto instantáneo con media docena de satélites de retrasmisión y allí veo un sistema de telecomunicaciones con todos los sectores remotos del mundo que tienen equipo de recepción, lo que sin duda ustedes poseen, porque de lo contrario no tendrían aquí esta máquina.

-Tengo algunas dificultades con ésta –dijo Moreau–. Quizá usted pueda ayudarnos.

-Las frecuencias cambian constantemente, incluso en el lapso de minisegundos –dijo de Vries–. Los norteamericanos trabajan en eso.

-En efecto, pero un especialista en computadoras llamado Rudolph Metz les provocó algunas dificultades cuando huyó de Estados Unidos y se internó en Alemania. Introdujo un virus perjudicial en todo el sistema; todavía están tratando de reparar las tallas.

-Quien perfeccione esta máquina, tendrá los secretos del globo –dijo Karin.

-Entonces, esperemos que la Fraternidad necesite el equipo que Metz dejó detrás –agregó el jefe del Deuxième Bureau–. Sin embargo, éstas no son más que inútiles conjeturas. Tenemos que mostrarles otras cosas, o más exactamente, es necesario que ustedes escuchen la información relacionada con diferentes aspectos. Como les prometí antes, y con la ayuda de

Witkowski en la embajada, hemos invadido el teléfono privado del embajador, un aparato que pasa de un canal a otro y funciona solo con uno de ellos, supuestamente libre de intromisiones. Le Parc de Joie era mucho más simple; sencillamente bloqueábamos las líneas con el pretexto de un incendio en la compañía telefónica. La noticia se difundió mucho, y, provocó millares de quejas, pero se aceptó el pretexto... En realidad, provocamos un incendio, con más humo que llamas, pero la cosa funcionó.

-¿Llegamos a saber algo? –preguntó Latham.

-Escuchen ustedes mismos –replicó Moreau, acercándose a una consola puesta contra la pared de la izquierda–. Esta grabación corresponde al teléfono del embajador en su oficina privada, un aparato constantemente inspeccionado. Está en los pisos altos. Hemos corregido el material, de modo que sólo se oye la información pertinente. ¿A quién le interesa escuchar cortesías inocuas?

-¿Está seguro de que son inocuas?

-Mi estimado Drew, usted puede escuchar la grabación básica cuando se le antoje; está identificada con marcas digitales.

-Disculpe, continúe.

-Madame Courtland acaba de llegar a la Silla y la Bota, en los Campos Elíseos.

La grabación ya comenzaba.

-Debo hablar con André, en Le Parc de Joie. ¡Es urgente, una verdadera emergencia!

-¿Y quién habla?

-Una persona que conoce el código de André, y fue llevada ayer al parque de diversiones en su propio vehículo.

-Estoy informado de esto. Manténgase en la línea, volveré en pocos instantes. –Silencio. –Debe ir al Louvre esta tarde a las trece horas. La galería de exposición de obras del Antiguo Egipto, en el segundo piso. Ustedes se reconocerán mutuamente, y él le dirá que lo siga. Si por cualquier casualidad usted se ve interrumpido, él se llama Louis, conde de Estrasburgo. Usted es una antigua conocida, ¿entendido?

-Así es.

-Adiós.

-La grabación siguiente corresponde a lo conversado entre el gerente de la tienda y André, en Le Parc de Joie –dijo Moreau–. En realidad, él es realmente el conde de Estrasburgo.

-¿Un auténtico conde? –preguntó Latham.

-Como hay tantos, digamos que es mas real que la mayoría. Es una cobertura bastante ingeniosa y mas o menos auténtica. Es el barón sobreviviente de una antigua y distinguida familia de Alsacia–Lorena, que pasó tiempos duros después de la guerra; la familia finalmente se desintegró.

-¿De la condición de conde pasó a la de propietario de una feria de diversiones? –preguntó Drew–. Un descenso considerable. ¿Cuál fue el factor que desintegró a la familia?

-En alemania, la región de Alsacia recibe el nombre de Elsass–Lothringen. Uno de sus lados peleó por Alemania, el otro por Francia.

-De modo que Louis, el conde de Estrasburgo, apoyó a los nazis –dijo Latham, asintiendo.

-No, de ningún modo –discrepó Moreau, los ojos avivados por la sorpresa–. Eso es lo que determina que la cobertura sea ingeniosa. Él era solo un niño, pero su "mitad" luchó valerosamente por Francia. Por desgracia, el contingente alemán desvió la fortuna hacia los bancos suizos y norafricanos, y dejó al grupo más noble completamente en la indigencia.

-Sin embargo, ¿él trabaja para los neos? –lo interrumpió Karin. En efecto, es nazi.

-Sin duda.

-No entiendo –dijo Drew–. ¿Por qué adaptó esa actitud?

-Lo envolvieron –contestó de Vries, mirando a Moreau–. Fue corrompido por el sector de la familia que tenía el dinero.

-¿Y lo indujeron a administrar un parque de diversiones de quinta categoría, ciertamente muy sucio?

-Con la promesa de muchísimo más –agregó el jefe del Deuxième–. Es un hombre en Le Parc de Jolie, y otro muy distinto en los salones de París.

-Yo diría que tendrían que burlarse de él –dijo Latham, y jamás permitirle que se acercase a dichos salones.

-¿Porque administra una feria de diversiones?

-Bien, sí.

-Se equivoca, mon ami. Los franceses admiramos el sentido práctico, y sobre todo el humilde sentido práctico de los ricos destronados, que encuentran el modo de reorganizar sus recursos. Ustedes hacen lo mismo en Estados Unidos, y se muestran todavía más estridentes a la hora de exaltar el valor de la gente que sabe reaccionar. Un empresario multimillonario pierde sus compañías, o sus hoteles, o sus distintas empresas; lo pierde todo. Después recupera su fortuna, y ustedes lo convierten en héroe. Drew, no somos tan diferentes. El gran señor se convierte en el miserable oprimido, y después en un acceso de energía recupera su trono. Lo aplaudimos, al margen de la moraleja implícita en el asunto. Y con respecto a lo que el conde espera obtener de los nazis, ¿quién puede saberlo realmente?

-Escuchemos la grabación.

-Por supuesto, puede oírla, pero simplemente confirma la orden que recibió Estrasburgo de llevar a Madame Courtland al Louvre a la una de la tarde. Washington, D.C. Eran poco más de las cinco de la madrugada, pero Wesley Sorenson no lograba dormir. Con movimientos lentos y silenciosos abandonó la cama gemela contigua a la de su esposa, y caminó con pasos discretos atravesando el dormitorio para llegar a su cuarto de vestir.

-¿Qué estás haciendo, Wes? –dijo su esposa con voz somnolienta. Fuiste al cuarto de baño hace apenas media hora.

-¿Me oíste?

-Solo a lo largo de casi toda la noche. ¿Qué sucede? ¿Tienes un problema médico del cual nada me dijiste?

-No es médico.

-Entonces debo preguntar, ¿no lo crees?

-Kati, algo está mal; es algo que no atino a ver.

-Eso es un tanto increíble.

-¿Por qué? Se trata de la historia de mi vida, y de la búsqueda de los fragmentos perdidos.

-Querido, ¿piensas buscarlos en la oscuridad?

-Ya está amaneciendo en París, y de ningún modo reina la oscuridad. Vuelve a dormir.

-Es lo que haré. De ese modo gozaremos de más tranquilidad.

Sorenson hundió la cara en el agua fría... el retorno a las prácticas de la primera línea de fuego; se puso la bata, y descendió a la cocina. Presionó el botón de la cafetera automática, programada por el ama de llaves después de la cena de la noche anterior, esperó hasta que se llenó casi por completo una taza, sirvió la infusión y volvió a su estudio, que se encontraba después de la sala de estar. No se sentó frente al escritorio de dos metros y medio de ancho, bebió el café, y abrió uno de los cajones inferiores, buscando un atado de sus cigarrillos "absolutamente prohibidos", otras antiguas prácticas que ahora retornaban. Inhaló agradecido el humo tranquilizador, descolgó el teléfono depositado sobre la recargada consola, verificó que no había intercepciones, y marcó la línea privada de Moreau en París.

-Es Wes, Claude –dijo Sorenson después de escuchar el breve y seco "¿Oui?" por el teléfono.

-Wesley, es mi mañana norteamericana. Su irritable Drew Latham acaba de salir con la hermosa aunque enigmática Karin de Vries.

-¿Dónde está el enigma?

-Todavía no estoy seguro, pero cuando lo sepa se lo comunicaré. Sin embargo, estamos realizando progresos. Su increíble descubrimiento, Janine Clunitz, está guiándonos. Nuestra Sonnenkind está comportándose de un modo previsible en su esfera imprevisible. –Moreau describió los episodios de la mañana en París en lo que se relacionaba con la esposa del embajador. –Se reunirá con Estrasburgo en el Louvre temprano esta tarde. Por supuesto, los tendremos cubiertos.

-Los Estrasburgo de Alsacia son una historia de veras interesante, si la recuerdo bien.

-Así es, y el conde lleva el asunto varios pasos más lejos.

-¿Elsass–Lothringen? –preguntó el director de Operaciones Consulares.

-No, esos son los pasos suplementarios; pero los abordaremos más tarde, amigo mío. El cronograma del embajador perdura, ¿no es así?

-Su cronograma perdura, sí, y podremos considerarnos afortunados si no pierde los estribos y estrangula a esa perra.

-Le aseguro que aquí estamos preparados para recibirlo... Ahora bien, ¿qué sucede con usted, mon ami? ¿Qué está sucediendo de su lado del estanque?

-Sólo el embrollo más ingrato que usted pueda imaginar. ¿Conoce a esos dos asesinos nazis... como se llaman?

Librodot

-Supongo que usted se refiere a los dos hombres que Witkowski envió a la Base Andrews de la Fuerza Aérea.

-Los mismos. Escupieron una basura de tal carácter que podría significar la caída del gobierno si se la conociese públicamente.

-¿Qué está diciendo?

-Dicen que poseen pruebas directas y específicas que relacionan al vicepresidente y al Presidente de la Cámara de Representantes con el movimiento neonazi alemán.

-¡Esto es completamente absurdo! ¿De dónde salen esas supuestas pruebas?

-La inferencia fue que podían descolgar un teléfono, llamar a Berlín, y la documentación sería presentada inmediatamente, cabe presumir que a través del fax.

-Es un bluff, Wesley, seguramente usted sabe a qué atenerse.

-Ciertamente, pero un bluff que podría incluir documentos falsos.

El vicepresidente está furioso. Reclama una audiencia del Senado, y ha llegado al extremo de agrupar a un núcleo de senadores y representantes enfurecidos, pertenecientes a los dos partidos, cuya misión es refutar esas afirmaciones.

-Ése podría ser un gesto imprudente –dijo Moreau–, considerando la atmósfera que prevalece allí, y las cacerías de brujas.

-Eso es lo que debo aclararle. Lo único que puedo pensar es el efecto que puede tener incluso la "evidencia oficial" más endeble sobre nuestros medios caracterizados por el frenesí y el descontrol. La correspondencia oficial, y en especial la que tiene que ver con el espionaje, y la que se relaciona con el espionaje alemán, puede ser copiada en pocos segundos. Santo Dios, ¿se imagina difundiendo ese material de modo que llegue a las pantallas de los televisores de todo el país?

-Se condena a los acusados antes de haberlos escuchado –convino el jefe del Deuxième Bureau–. Espere un minuto, Wesley... –Moreau se interrumpió él mismo. –Para que sobrevengan esos episodios, los dos asesinos necesitarían la cooperación de la jerarquía neonazi, ¿no lo cree?

-Sí, ¿y qué?

-¡Imposible! ¡La unidad Parisiense de los hombres de la Blitzkrieg cayó en desgracia! Se los considera traidores, y no recibirán ayuda de la jerarquía, porque son demasiado peligrosos para el movimiento nazi. Se lo ha separado y abandonado... ¿Cuáles son allí las personas que están enteradas de la existencia de esos dos prisioneros?

-Bien, aquí andamos muy escasos de personal, de modo que utilicé a los infantes de marina y a un par de hombres de Knox Talbot para recibir a los detenidos en Andrews. Y aprovecho una casa segura de la CIA en Virginia para mantenerlos en la clandestinidad.

-¿Una casa segura de la CIA? ¿La CIA infiltrada?

-No pude elegir, Claude. Por nuestra parte no somos propietarios de ninguna casa de ese tipo.

-Comprendo eso. De todos modos, esos dos hombres representan un grave inconveniente para los neos.

-Usted lo dijo antes. ¿Y?

-Trabaje sobre esos prisioneros, Wesley, pero no difunda información acerca de lo que usted hace.

-¿Por qué?

-No estoy seguro. Digamos que son los instintos que ambos hemos adquirido en Estambul.

-Procederé en el acto –dijo Sorenson, desconectando la línea que lo comunicaba con París, y pulsando el número correspondiente a los transportes de Operaciones Consulares–. Necesito un vehículo en mi residencia dentro de media hora.

Treinta y seis minutos después, afeitado y vestido, el director de Operaciones Consulares ordenó a su conductor que lo condujese a la casa de seguridad de Virginia. Inmediatamente después de recibir la orden, el conductor descolgó el teléfono de ultrafrecuencia a prueba de intercepciones, para indicar el destino al despachante de la CIA.

-No se moleste con eso –dijo Sorenson desde el asiento posterior. Es demasiado temprano para pedir un comité de recepción.

-Pero señor, es el procedimiento normal.

-Sea bueno, jóven, el sol apenas ha salido.

-Sí, señor. –El conductor devolvió el teléfono a su horquilla, y su expresión manifestó la opinión de que el viejo era un tipo bastante bueno por tratarse de uno de los jefes. Media hora después llegaron al sinuoso camino rural que salía del bosque y conducía al portón de concreto, flanqueado por una empalizada electrizada. El portón permaneció cerrado mientras una voz brotó de un altoparlante incorporado a la columna de cemento, bajo una ventana provista de un grueso vidrio a prueba de balas.

-Por favor, identifíquese e indique el motivo de su visita.

-Wesley Sorenson, director de Operaciones Consulares –contestó el jefe de la sección mencionada, mientras bajaba la ventanilla del automóvil–, y el motivo que me trae es un secreto total.

-Lo reconozco, señor –dijo la figura confusa que estaba detrás del vidrio oscuro–, pero usted no se encuentra incluido en la nómina de esta mañana.

-Si revisa la lista de Visitas Permanentes, encontrará mi nombre.

-Un momento, señor... Chofer, abra el baúl del vehículo. –Hubo un chasquido interior, seguido por el resplandor de un foco que iluminó la parte posterior de la limusina. –Lo siento, señor director –continuó diciendo la voz que venía por el altoparlante–. Debería haber preguntado a mis superiores, pero los oficiales permanentes suelen llegar más tarde.

-No es necesario disculparse –dijo Sorenson–. Probablemente yo hubiera debido llamar al director general, pero también para él es un poco temprano.

-Sí, señor... Chofer, puede descender del vehículo y cerrar ahora el baúl. –El chofer obedeció, regresó a su asiento detrás del volante, y la pesada puerta de acero se abrió. Unos cuatrocientos metros más lejos, entraron en el sendero circular que llevaba a la escalinata de acceso a la antigua residencia. La limusina se detuvo frente a la gran puerta principal, y con las primeras luces del alba apareció un mayor del ejército, un hombre corpulento de mediana edad; las charreteras de su uniforme indicaban que

Librodot

pertenecía al batallón de Ranger. Descendio de prisa los peldaños, y abrió la portezuela para Sorenson.

-Mayor James Duncan, oficial de guardia, señor director –anunció con voz agradable–. Buenos días, señor.

-Buenos días, mayor –dijo el jefe de Operaciones Consulares, saliendo del asiento posterior–. Lamento no haber llamado antes para informar que llegaría tan temprano.

-Estamos acostumbrados a esto, señor Sorenson.

-La gente del primer portón al parecer no lo está.

-No sé cuál es la causa. Pues tuvieron una sorpresa todavía más grande esta madrugada a las tres.

-¿Sí? –La antena del veterano funcionario de inteligencia recogió una señal negativa. –¿Un visitante que no estaba anunciado? –preguntó mientras ascendía los peldaños que conducían a la puerta abierta.

-En realidad, no. Su nombre fue agregado a la nómina de Visitas Permanentes alrededor de la medianoche. Esta lista es bastante larga, y a él no le agradó la demora; el personal superior de la Agencia puede ser muy quisquilloso. Demonios, imagino que yo también reaccionaría de ese modo si trabajase el día entero y me obligaran a venir aquí interrumpiendo el descanso nocturno. Quiero decir que esto no es exactamente el Servicio en Vietnam, cuando de un momento a otro podía estallar el tiroteo.

-No, pero siempre hay situaciones urgentes, ¿verdad? –dijo Sorenson, que no deseaba profundizar el tema en ese momento.

-No suelen suceder muchas cosas a esta hora, señor –dijo el mayor Duncan, que condujo al director de Operaciones Consulares hasta el mostrador del personal de seguridad, detrás del cual estaba sentada una oficial de expresión fatigada–. ¿En qué podemos servirlo, señor? Si usted proporciona la información a la teniente Russell, ella suministrará una escolta.

-Deseo ver a los dos prisioneros alojados en la Sección E de aislamiento. –La teniente y el mayor se miraron, como si las palabras de Sorenson los hubiesen sobresaltado. –¿Dije algo impropio?

-No, director Sorenson –replicó la teniente Russell, y sus ojos oscuros se clavaron en las teclas de una computadora, mientras mecanografiaba–. Una mera coincidencia, señor.

-¿Qué quiere decir?

-Esos son los hombres que el subdirector Connally quiso ver a las tres de la mañana –respondió el mayor James Duncan.

-¿Dijo cuál era la razón de su pedido?

-Utilizó más o menos las mismas palabras que usted usó a la entrada, señor. La conferencia era tan secreta que nuestro propio guardia tuvo que permanecer fuera de la Sección E después de abrir la celda.

La señal ahora se había completado.

-Mayor, lléveme allí inmediatamente. ¡Solamente yo tenía derecho a interrogar a esos hombres!

-Discúlpeme, señor –interrumpió la teniente–. El Subdirector tenía autorización plena. Así lo indicaba una orden interna de la Agencia firmada por el director Talbot.

-¡Comuníqueme telefónicamente con Talbot! Si usted no tiene su número privado, yo lo conseguiré.

¿Hola? –dijo la voz gutural y somnolienta de Knox Talbot en la línea.

-Knox, habla Wesley...

-¿Quién demonios bombardeó a quién? ¿Sabe qué hora es?

-¿Usted conoce un subdirector Connally?

-No, no lo conozco, porque no existe.

-¿Qué me dice de una orden interior de la Agencia, firmada por usted, que lo autorizaba a reunirse con los neos?

-No hubo tal orden, de modo que no pude haberla firmado. ¿Donde está usted?

-¿Donde maldición cree que estoy?

-¿Aquí en Virginia?

-Solamente deseo que mi próximo llamado sea menos inquietante, porque si no es así, usted tendrá que iniciar una grave tarea de limpieza.

-¿Las Computadoras AA?

-Intente algo menos prfeccionado, algo muy humano. –Sorenson cortó bruscamente la comunicación. –¡En marcha, mayor!

Los dos hombres del grupo de la Blitzkrieg estaban en las camas, yaciendo de costado. Cuando se abrieron bruscamente las puertas de los calabozos, ninguno de ellos se movió. El director de Operaciones Consulares avanzó primero hacia uno y después hacia el otro, y apartó las mantas. Los dos hombres estaban muertos, los ojos muy abiertos en el momento de morir, la sangre todavía brotando por la boca cerrada, la nuca en cada caso destrozada por un tiro, ensuciando la pared.

El sonido sincopado de la jazz del piso bajo se elevaba flotando hasta el comedor privado; allí se unía al ruido vibrante de la calle Borbón, en el Distrito Francés de Nueva Orleans.

Alrededor de la amplia mesa estaban sentados seis hombres y tres mujeres, salvo una todos vestidos con relativa formalidad –trajes y corbatas de gusto conservador, y un atuendo severo en el caso de las mujeres. Asimismo, excepto una, eran blancas, pulcras, y parecía como si hubiesen sido arrancadas mucho tiempo atrás de los anuarios de las universidades aristocráticas de un pasado lejano, cuando las cuotas significaban algo. La edad oscilaba entre los cuarenta y el comienzo de la setentena, y todas y cada una poseía una aureola de fatigada superioridad, como si vivieran constantemente en presencia de inferiores irritantes.

En ese grupo estaban los alcaldes de dos importantes ciudades de la Costa Este, tres miembros del Congreso, un destacado senador, el presidente de una empresa muy ramificada que se dedicaba a la fabricación de computadoras, y una mujer vestida a la última moda, que era el vocero principal de los Cristianos en favor del Gobierno Moral. Todos estaban sentados con el cuerpo muy recto en sus sillas, las miradas escépticas en el hombre que estaba en la cabecera de la mesa, una figura grande y

corpulenta, de piel morena, ataviado con una chaqueta blanca, desabotonada hasta la mitad del pecho, y con grandes anteojos ahumados que impedían ver sus ojos. Su nombre original era Mario Marchetti; el apodo que le daban en los prontuarios del FBI, era el Señor de Pontchartrain. Ahora habló.

-Entendámonos bien –comenzó, con voz profunda y suave, las palabras medidas–. Tenemos lo que los historiadores podrían denominar un concordato, un acuerdo entre entidades que no siempre coinciden en todas las cosas, pero tienen una agenda común que les permite coexistir. ¿Me siguen?

Hubo murmullos afirmativos y algunos asintieron levemente, hasta que el senador interrumpió el discurso.

-Señor Marchetti, ése es un modo muy extraño de decirlo. ¿No sería más sencillo afirmar que ambos necesitamos algo, y que cada uno puede ayudar al otro?

-Señor, su historial en el Senado rara vez incluye esas expresiones tan francas. Pero sí, usted tiene razón. Cada entidad puede ayudar a la otra.

-Como nunca lo había visto antes –dijo la mujer lujosamente vestida, perteneciente a la derecha cristiana–, ¿cuál es exactamente la ayuda que usted puede prestarnos? Incluso en el momento mismo de hablar, la pregunta me parece un tanto degradante.

-Bájese de su miedoso caballo –dijo el señor de Pontchartrain.

-¿Qué? –La reacción alrededor de la mesa fue más bien de asombrado silencio que de cólera o impresión.

-Ustedes me oyeron –continuó Marchetti–. Ustedes vinieron a mí, yo no fui a buscarlos, señora. ¿Quiere tener la bondad de explicarle las cosas a esta mujer, usted, el hombre de la Fábrica de Computadoras?

Todas las miradas se concentraron brevemente en el director ejecutivo de una de las principales compañías norteamericanas productoras de computadoras.

-Fue una decisión investigada cuidadosamente –replicó el hombre delgado de atuendo Conservador–. Era imperativo que frenásemos los progresos realizados por uno de mis ejecutivos, un hombre de espíritu inquisitivo, un sujeto de piel negra a quien contratamos evidentemente con fines de publicidad. Comenzó a cuestionar nuestros embarques a Munich –destinados al Hausruck– e incluso llegó al extremo de investigar al destinatario; lo cual, naturalmente, fue bastante complicado. No podíamos despedirlo, de modo que volé muchos kilómetros, y me reuní con el señor Marchetti.

-Y él realizó su propia investigación –lo interrumpió el señor de Pontchartrain y en sus labios se dibujó una sonrisa cordial. Quiero decir, ¿por qué tendríamos que echar a perder a un negro muy inteligente, agregando un montón de letras después de su apellido? Eso no tenía sentido. De modo que antes de que el caballero se refugiara en los brazos de Jesús, conseguí que mis colaboradores practicasen una pequeña investigación... lo cual los llevó a entrar violando su domicilio... Santo cielo, señor propietario de la Fábrica de Computadoras, él sabía mucho de usted, o estaba cerca de eso. Sus notas, las que guardaba bajo llave en su escritorio,

Librodot

lo explicaban todo. Usted estaba despachando equipos muy perfeccionados, prácticamente al costo, a personas de las cuales nadie había oído hablar; y recibían el material otros desconocidos. Señor, eso era muy descuidado, cuando no directamente antiprofesional. El caballero del cual hablamos se disponía a llamar la atención de las autoridades de Washington... Sin embargo, nos ocupamos de su problema y le encontramos una especie de socio... "una especie de" fue la frase operativa.

-No veo la relación –insistió la mujer cristiana vestida con elegancia, Como si estuviese hablando con la pared.

-Señora, si usted fracasa una vez, la culpa es suya. Si fracasa dos, es mía. No vuelva a fallar.

-¡De veras!

-Por favor, no nos insulte a ambos –continuó diciendo serenamente Marchetti–. Nuestros amigos de Alemania no sabían adónde iban los embarques, lo cual fue un tanto a favor de usted misma, pero descubrieron quiénes recibían los artículos.

-Creo que se ha dicho bastante –interrumpió el alcalde de una importante ciudad del noreste–. Usted no tiene idea del modo en que el delito y las minorías se interrelaciónan constantemente. Es necesario adoptar medidas drásticas.

-¡Basta! –Por primera vez el señor Marchetti alzó la voz. ¡Intente la educación, la verdadera educación! Yo soy un "tano", un sucio "latino" grasiento", y no hace mucho tiempo ni siquiera podíamos solicitar empleos, excepto para poner ladrillos y cultivar jardines. Después, llegaron los inteligentes, los Gianninis y los Fermis, la herencia de los Da Vincis, los Galileos, sí, incluso los Maquiavelos. Pero ustedes no nos aceptaban... No me hable de las minorías, señor Alcalde de las Soluciones Rápidas, por ejemplo las que significan arrasar los guetos. Conozco la historia, usted no.

-¿Adónde nos lleva todo esto? –preguntó otro alcalde frustrado de una gran ciudad de Pennsylvania.

-Le diré adónde inmediatamente –dijo Marchetti–. Usted no me gusta y yo no le gusto. Usted me considera una basura, y yo creo que ustedes son un conjunto de estúpidos, pero podemos cooperar.

-Teniendo en cuenta su censurable estallído –dijo otra mujer, muy pulcra y con los cabellos largos recogidos en un rodete–, no creo que eso sea posible.

-Permítame explicarle, querida señora. –El señor de Pontchartrain se inclinó hacia adelante, sobre la mesa, y la chaqueta entreabierta reveló el pecho velludo, la voz profunda otra vez tranquila y suave. –Usted quiere un país con su correspondiente gobierno... eso me parece muy bien, y realmente no me inquieta. Lo que yo quiero son las ganancias que se obtienen controlando el país y el gobierno. Quid pro quo. Yo la dejo tranquila, usted me deja tranquilo. Yo ejecuto el trabajo sucio –lo que hice antes y estoy dispuesto a hacer en el futuro– y usted concede grandes contratos oficiales a las personas que yo señalo. Así de sencillo es todo. ¿Hay algún problema?

-No que yo sepa –dijo el senador–. Estoy seguro de que tales precedentes existen. Uno se adapta al bien general.

-Naturalmente –coincidió el mafioso–. Considere los casos de Mussolini y Hitler. El Duce y el Führer estaban muy distanciados, pero canalizaron las ganancias globales de la guerra. Por desgracia, los dos eran paranoicos, y estaban dominados por el sueño de la invencibilidad. No es nuestro caso, pues la guerra no es parte de nuestra agenda. Buscamos otra cosa.

-¿Cómo describiría esa otra cosa, señor Marchetti? –preguntó el más jóven de los hombres que estaban sentados frente a la mesa, un rubio de cabellos muy cortos que llevaba puesta la chaqueta de una destacada universidad de Massachusetts–. Me he diplomado en ciencias políticas, completando mi doctorado... aunque me temo que un poco tarde.

-Es muy sencillo, señor Alfabeto, y no es lo que usted aprendió en la escuela –contestó Marchetti–. La política es influencia, y la política exitosa es el poder, y el poder político es esencialmente el dinero, qué va adónde y en beneficio de quién. Al supuesto pueblo, que paga las cuentas, le importa un rábano adonde va el dinero, porque la gente prefiere ver un encuentro deportivo por televisión, o leer un tabloide relacionado con un supermercado. Si ustedes quieren saber la verdad, somos una nación de idiotas... Por eso gente estúpida como ustedes en definitiva puede imponerse.

-Su lenguaje es muy ofensivo –intervino el jóven candidato a doctor–. ¿Puedo recordarle que aquí hay damas presentes?

-Qué extraño, no las veo. Asimismo, permítanme recordarles que ésta no es una escuela complementaria, y que yo no soy un asesor en temas relacionados con la etiqueta... Lo que soy es un proveedor de recursos definitivos. Si ustedes necesitan algo acabado... y las circunstancias son tales que ustedes sienten que no pueden usar sus propios y amplios recursos... vengan a mí. Me encargaré de hacer lo que sea necesario. Afronto el riesgo, y no podrán rastrear nada para descubrir que ustedes son culpables... como habría sucedido en el caso del señor de la Fábrica de Computadoras y su ejecutivo negro excesivamente curioso. ¿Capisce?

-Sin embargo, como usted acaba de señalarlo –dijo la tercera mujer, una dama anciana y delgada de ojos oscuros y luminosos, ampliados por los anteojos de gruesos cristales, tenemos nuestros propios y amplios recursos. ¿Por qué tendríamos que usar los suyos?

-¡Va bene! –exclamó Marchetti, abriendo las manos en un gesto amplio–. No los usen, y les deseo buena suerte. Sencillamente quiero que sepan que estoy aquí para servirlos si se advierte que es necesario. Por eso invité a nuestro gigante de las computadoras, y a su amigo en el Congreso, con el propósito de que los traiga aquí, para aclarar nuestro acuerdo. Por supuesto, viajaron a bordo de mis jets privados.

-¿Su amigo...? –preguntó el alcalde de Pennsylvania.

-Yo –replicó en actitud ligeramente incómoda pero sin pedir disculpas, un miembro de la Subcomisión de Inteligencia de la Cámara de Representantes–. Se crata de órdenes enviadas por la célula de Berlín. Es posible que en la CIA haya un hombre totalmente descontrolado, a quien es necesario someter a vigilancia total y supervisar, si se requiere tal cosa. Usar a uno de nuestros hombres implica un riesgo excesivo. El señor Marchetti ha afrontado la tarea.

-Por lo tanto, parece que tenemos un matrimonio en el estilo de La Rochefoucauld... es decir, una especie de matrimonio –dijo la mujer de setenta y tantos años, con los ojos grandes y luminosos. Puede ser un episodio secundario, pero será un matrimonio de conveniencia.

-Querida señora, es lo que estuve intentando decir en mi propio estilo, por cierto ineficaz.

-Sí, bien, usted lo dijo de un modo excelente, y como siempre los actos dicen volúmenes, más que las palabras... Usted tiene su acuerdo, señor Marchetti, y yo creo que mis colaboradores coincidirán conmigo cuando diga que prefiero salir de aquí cuanto antes.

-Las limusinas esperan abajo, y también las máquinas Lear en el aeropuerto privado.

-Los miembros del Congreso y yo usaremos la entrada de servicio y viajaremos en automóviles separados –dijo el senador.

-Puesto que llego, señor –dijo el hombre de Pontchartrain, poniéndose de pie junto al resto–, agradezco desde lo más profundo de mi corazón siciliano. La conferencia ha sido un éxito, y el concordato ha cristalizado.

Uno por uno, con diferentes niveles de incomodidad, los nazis norteamericanos abandonaron el recargado comedor de Nueva Orleans. Marchetti hundió la mano bajo la mesa, y accionó una llave oculta. Detuvo el funcionamiento de las móviles cámaras de video disimuladas en las paredes revestidas de terciopelo. Su nombre, su voz y su imagen serían eliminados de las grabaciones, y se incorporaría el nombre de otra persona, quizá un enemigo.

-Estúpidos –dijo por lo bajo Marchetti–. Nuestra familia será la más rica de Estados Unidos, o sus miembros serán héroes de la República.

Librodot

28

Los artefactos del antiguo Egipto, de proporciones espectaculares a veces y otras delicados en su pequeñez, se cuentan entre los artículos más fascinantes que forman las exposiciones del Louvre. Las fuentes luminosas ocultas permiten destacar ciertos aspectos y dejan otros sumidos en sombras misteriosas, como si los siglos de la historia despertasen a la vida en beneficio del observador actual. Sin embargo, el ámbito de esa vida existe el recordatorio constante de la mortalidad; esos hombres y esas mujeres vivieron, respiraron, amaron y tuvieron hijos a los cuales debieron alimentar, generalmente aprovechando la generosidad del Nilo.

Y después perecieron, gobernantes y esclavos, y su legado fue al mismo tiempo majestuoso y melancólico; no eran seres especialmente buenos ni especialmente malos. Sencillamente eran.

En el marco de esa escena etérea los dos agentes del Deuxième Bureau manipulaban las herramientas de su profesión, esperando que llegase el momento del encuentro de Luis, conde de Estrasburgo, y Janine Courtland, esposa del embajador norteamericano. Esas herramientas consistían en una camcorder miniaturizado de 8 milímetros, con un haz sonoro capaz de recoger conversaciones discretas a seis o siete metros de distancia, y un grabador de bolsillo activado por la voz para cubrir los encuentros cercanos. El agente provisto de la camcorder, con el audífono en su lugar, se instaló entre dos enormes sarcófagos, manteniendo en un nivel mediano el videograbador, mientras el agente del Deuxième se inclinaba sobre el aparato, ocultándolo, como si él mismo hubiese sido un erudito que descifraba una antigua inscripción. Su colega se paseaba por la sala entre la gente, que a esa hora no era muy numerosa, porque era el momento del almuerzo en París. Finalmente, los dos hombres se mantenían en contacto gracias a los pequeños receptores fijados a las solapas de las chaquetas.

Janine Courtland llegó primero. Paseó nerviosamente la mirada por el salón de exposiciones, y entrecerró los ojos para penetrar en las zonas menos iluminadas. Como no encontró a nadie, caminó distraídamente frente a las obras exhibidas, y en cierto momento permaneció de pie al lado del "erudito" inclinado, estudiando la inscripción de un sarcófago, y después se alejó para contemplar una vitrina con objetos de antiguo oro egipcio. Finalmente, André –Luis, conde de Estrasburgo– entró pasando bajo el arco principal, magnífico con sus prendas elegantes y modernas, completadas con un pañuelo de seda azul. Vio a la esposa del embajador, estudió pausadamente los distintos rincones del salón, y satisfecho se aproximó a la mujer. El primer agente del Deuxième Bureau apuntó su cancorder activo el haz sonoro, y puso en marcha el mecanismo casi totalmente silencioso. Escuchó al mismo tiempo que observaba a través de la lente, el brazo izquierdo cubriendo el instrumento.

-Usted se equivoca por completo, Monsieur André –comenzó a decir con voz suave Janine Clunitz Courtland–. Hablé como de pasada pero de un modo convincente con el jefe de seguridad de la embajada. Se sintió muy chocado cuando le sugerí que había ordenado que me siguieran.

-¿Acaso podría haber reaccionado de otro modo? –preguntó fríamente Estrasburgo.

-He mentido demasiado tiempo y con mucha frecuencia... en realidad, toda mi vida... como para que me pase inadvertido un mentiroso. Le dije que había pasado por una tienda, y que uno de los empleados se me acercó y dijo que mis dos o tres acompañantes esperaban en la calle, y que si yo deseaba invitarlos a pasar para defenderlos del sol del mediodía.

-Madame, una historia bien concebida, lo reconozco –dijo con más calidez el hombre llamado André–. Ciertamente, ustedes están maravillosamente entrenados.

-¿Lo reconoce? Yo digo lo mismo, gracias. Hemos pasado la vida entera perfeccionando nuestras habilidades, y teniendo en vista un solo propósito.

-Admirable –admitió Estrasburgo–. ¿El jefe de seguridad de su embajada sugirió quiénes podían ser los acompañantes?

-Yo se lo sugerí de un modo natural; eso también es parte de nuestro entrenamiento. Le pregunté si era posible que los franceses hubiesen ordenado un seguimiento. Su respuesta fue sincera y probablemente acertada. Replicó que si las autoridades Parisienses veían a la atractiva y conocida esposa del embajador extranjero más poderoso de Francia en momentos en que ella hacía compras completamente sola, fácilmente podían ordenar que se me otorgase una discreta protección.

-Imagino que esa respuesta es lógica, salvo el caso de que su jefe de seguridad esté entrenado con la misma eficacia que usted.

-¡Tonterías! Ahora, escúcheme. Mi esposo llega en el Concorde dentro de pocas horas, y ambos dedicaremos un día o dos al reencuentro conyugal; pero yo insisto en la necesidad de viajar a Alemania para conocer a mis superíores. Tengo un plan. De acuerdo con los registros oficiales, en Stuttgart vive una tía abuela; tiene cerca de noventa años, y me agradaría verla antes de que sea demasiado tarde...

-El escenario es perfecto –la interrumpió Estrasburgo, indicando a Janine con un gesto que lo siguiese hasta los lugares más oscuros del salón de exposición–. El embajador no podrá oponerse, de modo que haremos lo siguiente, y Bonn ciertamente lo aprobará.

Observando a través de la lente, el hombre del Deuxième Bureau apuntó la camcorder, siguiendo a la pareja hacia la zona mal iluminada que se formaba en un rincón de la sala. De pronto, contuvo una exclamación, y vio horrorizado que el conde deslizaba la mano en el bolsillo de la chaqueta y extraía lentamente una jeringa, la aguja hipodérmica protegida por una cubierta de plástico. Con la otra mano en la sombra, Estrasburgo retiró la protección, y desnudó la aguja.

-¡Deténganlo! –murmuró duramente el agente hablando con los labios pegados a la radio que tenía en la solapa. ¡Intervengan! Dios mío, se propone matarla. ¡Tiene una aguja!

-¡Monsineur le Comte! –exclamo el segundo hombre del Deuxième Bureau, abalanzándose a través de los cuerpos y desconcertando tanto a Estramburgo como a la esposa del embajador–. ¡No podía creer en el testimonio de mis ojos, pero es usted, señor! Yo era el niñito que solía jugar en los jardines de su familia hace años. ¡Qué agradable volver a verlo! Ahora soy abogado en París.

Librodot

-Sí, sí, por supuesto –dijo Estrasburgo, frustrado y colérico, dejando caer la jeringa sobre el piso oscuro, protegido por el ruido de la intromisión, y aplastando el artefacto con el pie–. Abogado... qué feliz debe sentirse... Lo siento, este es un momento inoportuno. Me comunicaré con usted. –Dicho esto, Luis, conde de Estrasburgo, se perdió entre los grupos de visitantes, y salió de la sala de exposición.

-¡Lamento la intromisión, madame! –dijo el hombre del Deuxième, y la expresión de arrepentimiento en su cara sugería la idea de que creía haber frustrado una cita de enamorados.

-No tiene importancia –balbuceó Janine Courtland; se volvió y comenzó a alejarse de prisa.

Poco después de las diecisiete horas, Latham y Karin de Vries regresaron por segunda vez después de visitar el Deuxième Bureau. Habían sido convocados por Moreau después que las grabaciones del Louvre, tanto en video como en audio, fueron reproducidas y preparadas para un examen más detenido. Los acompañantes, Monsieur Frick y Monsieur Frack, llegaron en distintos ascensores, separados por una diferencia de cinco minutos, para asegurarse de que no hubiese extraños impulsados por la curiosidad en el vestíbulo, personas que manifestasen un interés indebido en el empleado norteamericano o belga de la embajada.

-¿Qué hay entre ustedes dos? –preguntó Drew mientras caminaban por el corredor en dirección a la suite en el Normandie.

-¿De qué estás hablando?

-De ti y de Moreau. Esta mañana parecían dos viejos amigos y estaban muy unidos. El resto del día apenas se hablaron.

-No lo advertí. Si eso es lo que pareció, estoy segura tengo la culpa. Yo estaba intensamente interesada en todo lo que sucedía. La operación en el Louvre fue brillante, ¿Verdad?

-Fue una maniobra realizada con inteligencia y desenvoltura, especialmente el bloqueo de Estrasburgo; pero por otra parte, el Deuxième posee una experiencia considerable.

-Estarás de acuerdo en que esos dos agentes reaccionaron con extraordinaria eficacia.

-Sería estúpido no reconocerlo. –Latham se aproximó a la puerta de la suite, levantó una mano con el fin de que los dos se detuvieran, y extrajo del bolsillo una caja de fósforos.

-Me pareció que estabas reduciendo drásticamente el consumo de cigarrillos. ¿Eso significa que ahora ya no puedes esperar hasta que entramos en la suite para encender uno?

-Estoy reduciendo el consumo de tabaco, pero esto no tiene nada que ver con los cigarrillos. –Drew encendió un fósforo y lo movió cerca de la cerradura de la puerta. De pronto hubo una pequeña llamarada, que se apagó muy pronto. –Todo está muy bien –dijo Latham, insertando la llave–. No hubo intrusos.

-¿Qué?

-Ése era tu cabello real, no tu peluca.

-¿Qué dices?

-Encontré el cabello sobre la cama.

-Tendrías inconveniente en...

-¿Quieres que te lo explique? Es muy sencillo, y casi infalible. –Latham abrió la puerta, y dio paso a Karín; la siguió y después de entrar cerró la puerta. –Harry me enseñó este truco –continuó–. Un cabello, sobre todo negro, es prácticamente invisible al ojo desnudo. Puede fijarse uno en la cerradura, y si alguien entra, el cabello desaparece. El tuyo estaba en el lugar en que yo lo había dejado, por lo tanto nadie se acercó desde el momento en que salimos del hotel.

-Estoy impresionada.

-Con la técnica de Harry. Y a mí me sucedió lo mismo. –Drew se quitó de prisa la chaqueta, la depositó sobre una silla y se volvió hacia de Vries. –Muy bien, amiga, ¿qué sucede?

-En realidad, no te comprendo.

-Hubo algo entre tú y Claude, y me agradaría saber qué fue. La única vez que estuviste sola con él fue cuando llegó temprano esta mañana para imponernos la ley, y yo me retiré un momento para vestirme.

-Oh, es eso –dijo Karin como a la pasada, pero sus ojos no mostraban una expresión indiferente–. Imagino que yo exageré... un modo mejor de explicarlo sería decir que me atreví a desafiar su autoridad.

-¿A desafiar su autoridad...?

-Sí. Le dije que no tenía derecho a imponer tales restricciones a un hombre de la sección Operaciones Consulares de Estados Unidos. Respondió que tenía todo el derecho del mundo a hacer lo que le pareciera mejor fuera de la embajada, y yo respondí si le agradaría que se indicara a los hombres del Deuxième o del Service Etranger que lo podían desplazarse alrededor de Washington, y entonces él contestó...

-Está bien, está bien –la interrumpió Latham–. Ya comprendo de qué se trata.

-Santo Dios, Drew, yo protestaba en tu nombre.

-Muy bien, acepto eso. Vi que se enojaba mucho cuando yo me resistía. Los franceses se molestan mucho cuando se cuestiona su autoridad todopoderosa.

-Sospecho que la mayoría de las personas que desempeñan cargos de responsabilidad, trátese de franceses, alemanes, ingleses o norteamericanos, reacciónan hostiles cuando se niega su autoridad.

-¿Y qué me dices de los belgas, o mejor todavía de los flamencos?

Todavía nunca puedo comprender bien las diferencias entre esos dos pueblos.

-No, somos personas demasiado civilizadas, nos sometemos a la razón –replicó de Vries, sonriendo. Los dos rieron por lo bajo; la discusión había concluido. –Me disculparé con Claude por la mañana, y le explicaré que yo estaba un poco fatigada... dime una cosa, Drew, ¿crees realmente que Estrasburgo se disponía a matar a Janine con esa aguja?

-Por supuesto. La cobertura de Janine ya no sirve, una Sonnenkind estaba expuesta a las miradas del enemigo, los neos no tenían alternativa. Y ciertamente, esta situación determina que la tarea de Moreau sea más difícil.

Librodot

Ahora no sólo tiene que continuar vigilando a Janine, sino que necesita prepararse para afrontar un ataque directo a la vida de esta mujer. ¿Qué te molesta? Hace una hora estabas de acuerdo con nuestra posición.

-No sé. Todo parece tan extraño. El Louvre, la multitud de turistas. Lo siento , sucede sencillamente que éstoy agotada.

-¿Estás transmitiéndome algo? ¿Debo mandar a buscar alguna medicina?

-Dije agotada, no desequilibrada. –Se abrazaron y se besaron, con besos prolongados y entusiastas. Llamó el teléfono. –Creo realmente –dijo Karin– que el teléfono es nuestro enemigo natural.

-Lo arrancaré de la pared.

-No, no harás tal cosa. Contestarás al llamado.

-La mujer fue entrenada por la Inquisición. –Latham se acercó al escritorio y descolgó el auricular. –¿Sí?

-Soy yo –dijo Moreau–. ¿Wesley lo llamó?

-No, ¿usted espera que lo haga?

-Lo hará, pero en este momento está sumamente preocupado, y nuestro amigo Witkowski está dispuesto a volar a Washington y destruir personalmente el complejo de la CIA en Langley, Virginia.

-Bien, Stanley fue G–2, y nunca sintió mucho afecto por la Compañía. ¿Qué sucedió?

Los dos hombres de la Blitzkrieg que el coronel envió a Washington con las órdenes más severas aparecieron muertos en la casa de seguridad, cada uno con una bala en la cabeza.

-¡Demonios! ¿En una casa de seguridad?

-Eso me dijo Wesley, "¿Dónde estás, James Jesús Angleton, y por qué no vienes a ayudarnos?" Están distribuyendo fotografías de todos los miembros de todas las secciones de la Inteligencia Central, y mostrándolas a todo el personal de la guardia de esa casa de Virginia.

-No llegarán a ninguna parte. Con mis cabellos rubios y los anteojos puedo impedir cualquier identificación. Dígales que busquen a un hombre de nivel bajo o medio, que en cierto momento actuó en los teatros universitarios o comunitarios.

-¿Otro Ames?

-En todo caso, no un Jean–Pierre Villier. Un aficionado, alguien que pudo tener acceso a los datos secretos.

-Dígaselo usted a Wesley. Ya tengo bastante sobre mis espaldas. El embajador Courtland llegará en media hora, y necesito mantener viva a su esposa.

-¿Cuál es el problema? Ella se desplaza en un vehículo blindado de la embajada.

-Lo mismo hacía usted cuando casi lo mataron la otra noche. Au revoir. –Se cortó la comunicación.

-¿Qué sucede? –preguntó Karin.

-Los dos neos enviados por Stanley a Washington fueron asesinados en una casa segura... una casa segura, ¡por Dios!

Librodot

-Lo dijiste anoche –dijo en voz baja de Vries–. Están en todas partes, pero no podemos verlos... ¿Por qué la gente se somete a ellos? Las muertes, las traiciones, todo es tan absurdo. ¿Por qué?

-Los expertos dicen que hay tres tipos de motivación. El primer tipo es el dinero, mucho dinero, sumas que superan de lejos las circunstancias normales; y en este grupo están los jugadores, los amantes del lujo y los exhibicionistas de carácter psicótico. Después están los fanáticos que se identifican con una causa gracias a la cual se sienten superiores, con la única condición de que la causa sea absoluta y obligue a todo el resto del mundo a inclinar la cabeza... por ejemplo, en el caso de la raza superior. Aunque parezca extraño, los analistas afirman que el tercer tipo es el más peligroso. Son los descontentos convencidos de que el sistema los estafó, y no otorgó a sus cualidades la recompensa merecida.

-¿Por qué son los más peligrosos?

-Porque se convierten en parte del paisaje, y desempeñan sus funciones años enteros, y cumplen sus tareas, en general secundarias, con la eficacia suficiente para evitar que los despidan.

-Y si son poco importantes, ¿por qué se los califica de peligrosos.

-Porque conocen el sistema mismo al que desprecian. Dónde están los secretos, como llegar a ellos, o incluso cómo interceptarlos cuando pasan de una sección a otra. Mira, nadie presta mucha atención a los accesorios; sencillamente están allí, leyendo los aburridos informes burocráticos, o investigando material tan secreto como una guía telefónica. Si se dedicasen a sus tareas tan asiduamente como se consagran al análisis del sistema, algunos podrían ascender de manera legítima; pero no son muchos los que están en esas condiciones. Los psicólogos dicen que en general son perezosos, como los estudiantes que prefieren presentarse al examen con papelitos secretos en la manga en lugar de estudiar.

-¿Asiduamente? Comienzas a hablar como Harry.

Se oyó un golpe a la puerta de la suite del hotel.

-Y ahora, ¿qué demonios es eso? –dijo Latham y atravesó la habitación. –Sí, ¿qué pasa?

-El Deuxième –replicó la voz de monsieur Frack.

-Oh, por supuesto. –Drew abrió la puerta, y de pronto se encontró con una pistola que le apuntaba a la cabeza. Descargó la mano, y al mismo tiempo lanzó hacia adelante el pie derecho, alcanzando la ingle del agente.

El hombre cayó hacia atrás, sobre el piso del corredor. Drew se arrojó sobre él, arrancándole el arma de la mano, mientras monsieur Frick descendía por el corredor, gritando.

-¡Alto, monsieur! ¡Por favor, alto! Esto fue nada más que un ejercicio.

-¿Qué? –gritó Latham, que se disponía a golpear con el arma a su presunto atacante, quien se aferraba dolorido la ingle.

-Si usted quiere tener la bondad de escuchar –dijo con voz ahogada Frack, tendido en el piso–. ¡Nunca debe abrir la puerta hasta que tenga la certeza de que es uno de los nuestros!

-¡Usted dijo que era el Deuxième! –dijo Drew, enderezando el cuerpo–. ¿Cuántos Deuxième hay aquí?

Librodot

-Se trata de eso, señor –dijo Frick, mirando dolorido a su colega que estaba en el suelo–. Monsieur le Directeur le entregó una lista de códigos que varían cada dos horas. Usted debía preguntar cuál era el código correspondiente a esta hora.

-¿Códigos? ¿Qué códigos?

-Nunca los miraste, querido –replicó Karin, de pie en el umbral, y sosteniendo una hoja de papel–. Me lo entregaste, y dijiste que lo leerías después.

-Lo había olvidado por completo –dijo Drew.

-¡Usted nunca debe suponer que es uno de los nuestros hasta que nos identificamos! –afirmó el guardia tendido en el suelo, un poco avergonzado por la aparición de de Vries, y retirando un instante la mano del área afectada.

-Por Dios, entren todos –dijo Karin–. Lo menos que usted puede hacer, monsieur Latham, es ofrecer una copa a nuestros amigos.

-Por supuesto –dijo Drew, ayudando al presunto atacante a incorporarse, mientras dos huéspedes del hotel se asomaban al corredor. Al verlos, Latham agregó con claridad suficiente para ser oído: –¡Pobre hombre! Seguramente fueron las últimas dos copas.

En la habitación, con la puerta cerrada, el agente golpeado se desplomó sobre el diván.

-Usted es muy rápido, monsienrr Latham –dijo, recuperada la voz–. Y muy fuerte.

Karin ya estaba preparando las bebidas en el pequeño bar.

-¿Desea hielo con el whisky? –preguntó al detective francés.

-Sí, gracias. Pero más whisky que hielo, por favor.

-Naturalmente.

De acuerdo con las órdenes impartidas por el gobierno de Francia, el embajador Daniel Courtland fue acompañado desde el Concorde hasta una rampa que estaba en la sección delantera del aeródromo. Los motores del jet emitían un ruido ensordecedor mientras Courtland, flanqueado por un grupo de guardias, se dirigía a la limusina de la Embajada de los Estados Unidos, que lo esperaba sobre la pista.

Se preparó para los minutos siguientes, pues sabía que serían los más difíciles de su vida. Recibir el abrazo del peor enemigo, un enemigo entrenado desde la niñez para engañar a una persona como él, era casi pero que perder a la mujer amada.

Abrieron para él la portezuela de la limusina, y Courtland cayó en brazos de su adorada y consumada enemiga.

-Pasaron sólo tres días, pero cómo te extrañé –exclamó Janine Clunitz Courtland.

-Y yo a ti, querida. Trataré de compensarte... y de aliviar mis propios sentimientos.

-¡Tienes que hacerlo, es necesario! El hecho de que estuvieras a miles de kilómetros de distancia de mí realmente me enfermó.

Librodot

-Esto ha terminado, Janine, pero debes acostumbrarte a las exigencias de Washington. Yo debo acudir al lugar en que me necesitan. –Se besaron con violencia, y Courtland percibió el veneno en la boca de su esposa.

-En ese caso, debes llevarme contigo... ¡el amor que te profeso es tan intenso!

-Ya hallaremos una solución... Ahora, por favor, querida, no podemos incomodar a los dos infantes de marina que están en el asiento delantero, ¿verdad?

-Yo puedo. Podría arrancarte los pantalones y, hacerte cosas maravillosas.

-Después, querida, después. Recuerda que soy el embajador de Estados Unidos en Francia.

-Y yo una de las principales autoridades en ciencias de la computación, ¡y digo que al infierno con esas dos cosas! –La doctora Janine Courtland deslizó la mano hacia la entrepierna de su marido.

La limusina descendió veloz por la avenida Gabriel en dirección a la entrada principal de la embajada; era el camino más corto para llegar a los ascensores que los trasladarían hasta sus habitaciones personales. El enorme vehículo se detuvo cuando otros dos infantes de marina se acercaron para ayudar al embajador y su esposa.

De pronto, al parecer saliendo de la nada, tres automóviles sin elementos de identificación ni chapas patente se abalanzaron sobre el vehículo diplomático, y rodearon a la limusina mientras Courtland y su esposa descendían a la calle. Se abrieron las portezuelas y varias figuras con máscaras negras saltaron de los vehículos, las armas automáticas preparadas para atacar con tiro rápido, distribuyendo balas en todas direcciones. Casi simultáneamente llegaron más disparos de dos automóviles que sin duda habían estado siguiendo al vehículo de la embajada. La gente que caminaba por la avenida Gabriel corrió en busca de protección. Cuatro terroristas enmascarados cayeron, un infante de marina se desplomó, aferrándose el estómago destrozado; el embajador Courtland se arrojó al pavimento, y se llevó una mano a la pierna derecha y la otra al hombro. Y Janine Clunitz, una Sonnenkind, estaba muerta, el cráneo destrozado, brotándole la sangre del pecho. Una serie de asesinos enmascarados –era imposible saber cuántos– huyó a la carrera, y pocos metros más lejos se quitaron las máscaras y se unieron a los paseantes vespertinos de París.

-¡Merde, merde, merde! –rugió Claude Moreau, apareciendo detrás de uno de los vehículos del Deuxième que habían estado protegiendo a los norteamericanos–. ¡Lo hicimos todo, y no hicimos nada! Entren en la embajada todos los cuerpos, y no digan una palabra a nadie. ¡Es mi vergüenza, y no tengo salvación! Atiendan al embajador. Está vivo. ¡De prisa!

Entre los norteamericanos que salieron de la embajada para ayudar estaba Stanley Witkowski. Corrió hacia Moreau, lo aferró por los hombros mientras las sirenas policiales se elevaban cada vez más sonoras, y gritó:

-¡Escúcheme, francés! Usted hará y dirá exactamente lo que yo le ordene, o le declararé la guerra a usted y a la CIA! ¿Eso está claro?

-Stanley –dijo el jefe del Deuxième, completamente desalentador he fracasado miserablemente. Haga lo que le parezca.

Librodot

-¡No, usted no fracasó, estúpido, porque no podía haber controlado esto! ¡Estos malditos asesinos estaban dispuestos a morir, y cuatro perdieron la vida! Nadie puede controlar a los fanáticos como ellos. Usted no puede, nosotros no podemos, nadie puede cerrarles el paso, porque les importa un rábano su propia vida. No podemos bloquear sus compromisos fanáticos, pero podemos pensar mejor que ellos, y usted sobre todo debería saberlo.

-¿Qué dice, coronel?

-Venga conmigo, y le pasaré una antorcha encendida por el trasero si se niega a hacer lo que yo le mando.

-¿Puedo preguntarle a qué se refiere?

-Por supuesto, puede. Usted mentirá descaradamente a su gobierno, al periodismo, o a cualquier hijo de perra que acepte escucharlo.

-¿Usted quiere que yo me hunda más profundamente?

-No, estoy mostrándole el único modo de salir del aprieto.

29

El doctor Hans Traupman maniobró la pequeña lancha de motor para acercarla al modesto muelle del pequeño cottage que se levantaba a orillas del río. No era necesario tener luces, pues la luna estival brillaba luminosa, reflejándose en las aguas, y no había personal que ayudase a Traupman a amarrar su embarcación; hubieran significado un gasto más que el ex ministro luterano no podía permitirse. Como lo sabían sus pocos amigos en el Bundestag, Günter Jäger cuidaba su dinero; se rumoreaba que pagaba un alquiler mínimo por el depósito reformado, que ahora era un cottage a orillas del Rin. La propiedad que antes estaba más lejos había sido demolida previendo la construcción de una nueva residencia en un futuro próximo. En realidad, se proyectaba construir una nueva casa, pero más que una mansión sería una grandiosa fortaleza con la tecnología más moderna, destinada a garantizar el aislamiento y la seguridad del nuevo Führer. Ese día llegaría pronto, cuando la Fraternidad controlase el Bundestag. Las moncañas de Berchtesgaden serían sustituidas por las aguas del poderoso Rin, pues Günter Jäger prefería el río siempre móvil a los Alpes estacionarios y coronados de nieve.

Güntes Jäger... ¡Adolfo Hitler! Heil Hitler... ¡Heil Jäger! Incluso el ritmo silábico se adaptaba al hombre. Cada vez más Jäger asumía las características públicas de su predecesor: la cadena absoluta de mando; la minoría selecta destinada a ser sus ayudantes personales, y los que controlaban todas sus citas; su desprecio por el contacto físico, salvo algunos bruscos apretones de mano; su afecto en apariencia sincero por los niños pequeños, pero no por los infantes, y finalmente, la sexualidad. Podía admirarse por razónes estéticas a las mujeres, pero no correspondía introducir en esa actitud un componente sensual; incluso las observaciones de color subido eran inaceptables en su presencia. Muchos atribuían esta veta puritana a sus anteriores normas eclesiásticas, pero Traupman, que era médico de cerebro, no opinaba lo mismo. En cambio, sospechaba una explicación mucho más sombría. Al observar a Jäger en presencia de mujeres, le había parecido percibir breves chispazos de odio en los ojos del nuevo Führer, cuando una mujer vestía provocadoramente o utilizaba sus encantos físicos para halagar a los hombres. No, Günter Jäger no se sentía impulsado por el sentimiento de la pureza; lo mismo que su predecesor, estaba obsesionado patológicamente por el miedo a las mujeres; por la capacidad destructiva de las argucias femeninas. Pero el cirujano había decidido sensatamente callar sus conjeturas. La nueva Alemania era todo, y si había que tolerar un defecto o dos en la figura carismática para promover aquella, tendría que soportar la situación.

El médico había solicitado una audiencia esa noche, pues estaban sobreviviendo hechos de los cuales quizá Jäger no tuviera noticias. Sus ayudantes le profesaban intensa fidelidad, pero ninguno deseaba ser el portador de noticias inquietantes. En todo caso, Traupman sabía que él pisaba suelo firme, pues era el hombre que literalmente había arrancado al orador de las filas de su congregación para llevarlo a la primera línea de la Fraternidad. En último análisis, si había un hombre que aún podía obligarlo a escuchar, era el celebrado cirujano.

Librodot

Amarró la lancha, y con movimientos torpes y un poco dolorosos ascendió al muelle, donde lo recibió un guardia corpulento que surgió de las sombras de un árbol que se levantaba a orillas del río.

-Venga, Herr Doktor –el Fuhrer lo espera.

-Por supuesto, ¿en la casa?

-No, señor, en el jardín. Sígame, por favor.

-¿El jardín? ¿Un huerto de repollos ahora es un jardín?

-Yo mismo planté muchas flores, y nuestro personal despejó la orilla del río. Pusieron losas donde antes había únicamente juncos y restos.

-No exagera –dijo Traupman mientras se acercaban a un pequeño claro a orillas del río. Allí había dos linternas colgadas de las ramas de los árboles; otro ayudante ahora estaba encendiendo las mechas. Alrededor del reducido patio de lajas había varios muebles de jardín, tres sillas de respaldo recto y una mesa blanca de hierro forjado. Era un enclave pastoral para la meditación privada o los encuentros confidenciales. Y sentado en la silla del fondo, los cabellos rubios iluminados por la luz irregular de las linternas, estaba Güllter Jäger, el nuevo Fuhrer. Al ver a su antiguo amigo, se puso de pie y extendió los brazos, pero inmediatamente bajó el izquierdo y extendió la mano derecha.

-Hans, cuánto me alegra que haya venido.

-Günter, yo solicité el encuentro.

-Tonterías. Usted no necesita pedir nada de mí, simplemente diga lo que desee. Siéntese, siéntese. ¿Puedo traerle algo, quizá una copa?

-No gracias. Necesito regresar cuanto antes a Nuremberg. Los mensajes directos mantuvieron siempre ocupado mi teléfono.

-¿Mensajes directos?... Oh, sí, los mezcladores.

-Exactamente. Usted también los tiene.

-¿De veras?

-Quizás con diferentes canales, pero lo que yo sé, usted debe llegar a saberlo también.

-Aceptado eso, ¿qué es tan urgente, mi estimado doctor?

-¿Qué es lo que usted sabe de los hechos recientes de París?

-Supongo que todo.

-¿Gerhardt Kroeger?

-Liquidado por los norteamericanos en ese embrollo del Hotel InterContinental. Buen viaje; nunca debió haber ido a París.

-Pensaba que debía completar una misión.

-¿Qué misión?

-La muerte de Harry Latham, el hombre de la CIA que infiltró el Valle y fue denunciado por Kroeger.

-Lo encontraremos, aunque eso poco importa –dijo Jäger–. El Valle ya no existe.

-Pero usted está convencido de que Gerhardt Kroeger murió.

Librodot

-Es lo que dice el informe de nuestra embajada a la Inteligencia de Bonn. En esos círculos todos lo saben, aunque lo acallan porque no desean atraer la atención sobre nosotros.

-Si no me equivoco, se trata de un informe que partió de la embajada norteamericana.

-Posiblemente. Sabían que Kroeger era uno de los nuestros... ¿Cómo podían ignorarlo? El muy tonto comenzó a disparar su arma creyendo que podía liquidar a este Latham. Sin embargo, los norteamericanos no descubrieron nada; Kroeger murió cuando lo llevaban a la embajada de Estados Unidos.

-Comprendo –dijo Hans Traupman, moviendo su cuerpo en la silla, y solo de tanto en tanto observando a Günter Jäger, como si le molestase mirar en los ojos a su nuevo Fuhrer. –¿Y nuestra Sonnenkilld, Janine Clunitz, la esposa del embajador norteamericano?

-Hans, no necesitábamos que nuestros infiltrados supieran lo que había sucedido. Estaba en todos los periódicos europeos y norteamericanos, y de otros países, y fue confirmado por los testigos. Ella escapó por poco a una emboscada de los extremistas israelíes, decididos a matar a Courtland como reacción frente a lo que ellos denominan un Departamento de Estado "arabizante". Él recibió heridas, y por desgracia nuestra Sonnenkind Clunitz sobrevivió. Pero morirá en un día o dos, eso me lo aseguraron.

-Finalmente, Günter... mein Fuhrer...

-Ya le dije, Hans, que entre nosotros, ese tratamiento no es obligatorio.

-Me lo exijo yo mismo. Usted es mucho más que lo que fue jamás ese pistolero de Munich. Es un hombre sumamente educado, con fundamentos históricos, y una posición ideológica en relación con todo lo que sucede, no sólo en Alemania sino en diferentes países. Los malnacidos, los indignos y los mediocres están ocupando posiciones de poder en los gobiernos de todo el mundo, y usted comprende que es necesario frenar esa tendencia destructiva. Usted puede lograrlo... mein Fuhrer.

-Gracias, Hans, pero, ¿qué estaba diciendo? En definitiva... ¿qué?

-Este hombre Latham, el agente secreto de la CIA que se infiltró en el valle y fue descubierto por Gerhardt Kroeger...

-¿Qué hay con él? –lo interrumpió Jäger.

-Todavía vive. Es más capaz de lo que creímos.

-Hans, no es más que un hombre. Carne y sangre, y con un músculo cardíaco que puede ser destruido, perforado por una bala o un cuchillo.

Autoricé a dos unidades de hombres de la Blitzkrieg que irán a París y ejecutarán la tarea. No fracasarán. No se atreverán a fracasar.

-¿Y la mujer con la cual él vive?

- Esa prostituta de Vries? –preguntó el nuevo Fuhrer. –Debe morir con él.. o mejor todavía antes. Su muerte súbita lo destrozará, conseguirá que él sea más vulnerable, cometerá errores... Hans, ¿todo esto es lo que vino a decirme?

-No, Jünter –dijo Traupman, levantándose de la silla y paseándose entre las sombras y el resplandor de las dos linternas. –Vine a decirle la verdad, según he llegado a conocerla gracias a mis propias fuentes.

Librodot

-¿Sus propias fuentes?

-Le aseguro que no son diferentes de las suyas, pero soy un veterano que conoce todos los recovecos de la cirugía; y con mucha frecuencia los pacientes ocultan sus síntomas, atemorizados por el carácter de mis diagnósticos cuando son completamente sinceros. Con el tiempo, uno aprende a intuir cierto grado de falsedad y autoengaño.

-Le ruego que hable más claramente.

-Lo haré, le confirmaré lo que digo con mis propias investigaciones... Gerhard Kroeger no falleció. Sospecho que vive y que lo retienen en la embajada de Estados Unidos.

-¿Qué? –Jäger se adelantó bruscamente en su silla.

-Envié a uno de nuestros hombres al hotel Inter–Continental, por supuesto con una identificación oficial francesa, para interrogar a los empleados subrevivientes. Todos hablan inglés, y dicen que oyeron claramente cuando dos de los guardias que estaban en el balcón gritaron que el "loco" había sido baleado en las piernas, pero aún vivía. Se lo llevaron, y lo pusieron en una ambulancia. Repito: Todavía vivo.

-¡Dios mío!

-Después, ordené a nuestra gente que interrogara a los supuestos testigos del ataque a la embajada de Estados Unidos, el episodio en que hirieron gravemente al embajador, y su esposa supuestamente sobrevivió. Esos testigos no podían entender el sentido de los informes ulteriores pasados por la televisión y publicados en los diarios. Dijeron a nuestra gente que el pecho y la cara de la mujer estaban bañados en sangre... y preguntaban: "¿Cómo pudo haber vivido?"

-De modo que nuestra gente alcanzó el objetivo. Ella ha muerto.

-En ese caso, ¿por qué silencian el asunto? ¿Por qué?

-Ese maldito Latham, ¡él es la causa! –exclamó Jäger, y el odio volvió a manifestarse en sus ojos fríos como el hielo. –Intenta engañarnos, llevarnos a una trampa.

-¿Usted lo conoce?

-Es claro que no. Pero conozco a los hombres como él. Todos corrompidos por las prostitutas.

-¿Y a ella la conoce?

-Santo Dios, no. Pero desde los tiempos de los faraones y sus legiones, las prostitutas siempre corrompieron a los ejércitos. Los siguen en sus caravanas de carros, privando de su vigor a los soldados, ¡y todo por unos pocos minutos de placer impío! ¡Putas!

-Günter, por exacto que sea ese juicio, y no lo discuto, no me parece que guarde una relación muy estrecha con lo que ahora estoy diciendo.

-Entonces, ¿qué está diciendo, Hans? Usted me explica que las cosas no son como se informó, y yo contesto que usted puede estar en lo cierto, que nuestros enemigos intentan atraparnos mientras nosotros les tendemos trampas. En todo esto no hay nada nuevo... excepto que estamos venciendo. Amigo mío, evalúe las circunstancias. Los norteamericanos, los franceses y los británicos nos ven por doquier y en ninguna parte. En Washington, recaen sospechas sobre senadores y miembros del Congreso; en París

Librodot

tenemos veintisiete miembros de la Cámara de Diputados que preparan leyes beneficiosas para nuestra causa, y tenemos en el bolsillo al jefe del Deuxième Bureau. Londres es ridículo; descubre a un consejero sin importancia del Foreign Office, e ignoran al primer colaborador del secretario de Relaciones Exteriores, un hombre tan encolerizado a causa del tema de la inmigración negra que podría haber escrito Mein Kampf. –Jäger se detuvo un momemnto, cuando abandonó su silla y permaneció de pie en el patio de lozas, mirando un seto florido a poca distancia de las aguas serenas del Rin. –Y pese a todo, nuestro trabajo en las áreas menores es incluso más impresionante. Un político norteamericano dijo cierta vez: "Toda la política tiene carácter local", y tenía razón. Adolfo Hitler así lo entendía; es lo que le permitió llegar a dominar el Reichstag. Usted enfrenta a una raza con otra a un grupo étnico con otro, a una clase económica con otra que aparentemente explota a la primera, y así provoca el caos, y el caos crea un vacío. Hitler lo hizo en una ciudad tras otra –Munich, Stuttgart, Nuremberg, Mannheim; los hombres de las tropas de asalto estaban por doquier difundiendo rumores, sembrando el descontento. Finalmente, Hitler intervino y se adueñó del Berlín político; no podría haber hecho eso sin el apoyo irregular pero decisivo de las áreas periféricas.

-Bravo, Günter –exclamó Traupman, y aplaudió. –Usted ve el paisaje con tanta claridad, con una sagacidad tan intensa.

-Entonces, ¿cuál es la causa de su inquietud?

-Cosas que tal vez usted no conozca...

-¿Por ejemplo?

-Dos hombres del grupo de la Blitzkrieg fueron capturados con vida en París y enviados en avión a Washington.

-Nadie me lo dijo –declaró Jäger con voz áspera y dura.

-Es cierto, pero el asunto carece ahora de importancia. Fueron muertos en una casa segura de Virginia por nuestro infiltrado Tres en la Agencia Central de Inteligencia.

–¡Es un estúpido, un vulgar empleado! Le pagamos veinte mil dólares norteamericanos anuales con el fin de que nos diga lo que investigan los restantes departamentos.

-Ahora reclama doscientos mil para cumplir una orden que según cree hubiéramos debido impartirle si él hubiese ocupado un lugar más alto en la jerarquía.

-¡Ejecútenlo!

-No es buena idea Günter. Por lo menos hasta que sepamos con quién pudo haber hablado de nosotros. Como usted señaló antes, es un estúpido, pero también es un fanfarrón.

-¡Ese cerdo! –rugió Jäger, apartándose del resplandor de la linterna, la cara hundida en las sombras.

-Un cerdo que nos prestó un servicio importante –agregó el médico–. Conviviremos con él un tiempo, e incluso lo ascenderemos.

Llegará el momento en que podremos asignarle otras tareas, y él se convertirá en un esclavo agradecido.

Librodot

-Ach, mi querido Hans, usted es tan bueno conmigo. Su mente se asemeja a su pulso quirúrgico tan seguro. Si mi predecesor hubiese tenido cerca más hombres como usted, aún estaría impartiendo sus órdenes al Parlamento británico.

-Günter, precisamente por eso abrigo la esperanza de que usted me escuche ahora. –Traupman avanzó varios pasos a través del patio; los dos hombres se enfrentaron en ese lugar poblado de sombras inseguras.

-¿Cuándo no lo escuché, mi viejo amigo y mentor? Usted es mi Albert Speer, la mente tan analítica de un arquitecto reemplazada por la mente precisa y analítica de un cirujano. Hitler cometió el error de despreciar en definitiva a Speer en favor de individuos como Goering y Bormann. Yo jamás cometeré ese error. ¿De qué se trata, Hans?

-Usted acertó cuando dijo que estábamos ganando la guerra de nervios con nuestros enemigos. También dio en el clavo cuando declaró que en ciertos lugares, y sobre todo en Estados Unidos, nuestros Sonnenkinder se han desempeñado admirablemente, provocando sismas y descontento.

-Estoy impresionado con mis propios juicios –lo interrumpió Jäger, sonriendo.

-Ése es el asunto, Günter, no son más que juicios basados en la información corriente... Sin embargo, la situación podría cambiar, y cambiar de prisa. Ahora todo eso podría ser la culminación de nuestro éxito estratégico.

-¿Por qué la culminación?

-Porque están tendiéndonos muchas trampas, y no podemos descubrirlas todas. Es posible que nunca volvamos a ocupar una posición tan ventajosa.

-Entonces, lo que usted está diciendo en realidad es: "mein Führer no espere, invada ahora a Inglaterra" –lo interrumpió de nuevo Jäger.

-Por supuesto, el Rayo en el agua –dijo Traupman–. Es necesario darse prisa. Se han recuperado y están siendo reacondicionados seis planeadores Messerschmitt ME 323 Gigant. Tenemos que atacar cuánto antes, y desencadenar el pánico. Los depósitos de agua de Washington, Londres y París deben ser envenenados apenas nuestro personal de vuelo haya sido adiestrado. Cuando los gobiernos estén paralizados, nuestra gente en todas partes estará dispuesta a ejercer su influencia y su poder.

La mujer depositada en la camilla fue retirada de la Embajada de Estados Unidos a la vista de los paseantes que caminaban por la avenida Gabriel. Una sábana y una liviana manta de algodón cubrían su cuerpo; los largos cabellos negros descansaban sobre la pequeña almohada blanca, y tenía la cara escondida bajo una máscara de oxígeno, mientras una visera gris protegía sus ojos del sol Parisiense. Los rumores se difundieron enseguida, facilitados por varios hombres de la embajada que circulaban entre los transeúntes y los curiosos, y respondían en voz baja a las preguntas.

-Es la esposa del embajador –dijo en francés una mujer–. Lo dijo hace un momento un norteamericano. Pobrecita, la hirieron anoche durante ese terrible tiroteo.

Librodot

-El delito ha llegado a ser intolerable –dijo un hombre delgado, de lentes. –¡Deberíamos restablecer la guillotina!

-¿Adonde la llevan? –preguntó otra mujer, con un gesto de compasión.

-Al Hospital Hertford, en Levallois–Perret.

-¿De veras? Es un hospital inglés, ¿verdad?

-Dicen que su equipo es el más avanzado en el caso de heridas graves.

-¿Quién dijo tal cosa? –preguntó un indignado francés.

-Ese jóven que está allí... ¿quién es? Bien, estuvo en dicho establecimiento, eso es lo que dijo.

-¿Cuál es la gravedad de las heridas? –preguntó una adolescente, su mano derecha aferrando el brazo de un jóven estudiante, equipado con una mochila llena de libros.

-Oí decir a uno de los norteamericanos que las heridas eran sumamente dolorosas, pero que no representaban un peligro –contestó otra francesa, secretaria del ejecutivo de una pequeña empresa; sostenía bajo el brazo un grueso sobre de papel madera. –Tiene una perforación en el pulmón, y eso le dificulta la respiración. Le pusieron una máscara de oxígeno. ¡Qué vergüenza!

-Vergüenza es que los norteamericanos pretendan entrometerse en todo –dijo el estudiante. –Ella tiene dificultad para respirar y un francés que quizás está gravemente enfermo tiene que dejarle el lugar de modo que la vida de esa mujer sea un poco más agradable.

-Antoine, ¿cómo puedes decir una cosa tan terrible.

-Muy fácilmente. Me he diplomado en historia.

-¡Usted es un desagradecido! –exclamó un anciano que ostentaba una Cruz de Guerra en la solapa. –Yo luché al lado de los norteamericanos, y entré en París con ellos. ¡Salvaron a nuestra ciudad!

-¿Ellos solos, veterano? No lo creo. Vamos, Mignon, salgamos de aquí.

-¡Antoine, de veras! Tu extremismo no solo está pasado de moda, sino que me resulta aburrido.

-Canallíta –dijo el anciano soldado para quien pudiera oírlo. –Canallíta es el nombre que hay que aplicar a los que opinan como tú.

En la oficina de Stanley Witkowski en la embajada, Claude Moreau se había derrumbado en un sillón, frente al escritorio del coronel.

-Felizmente –dijo con voz fatigada–, no necesito dinero, pero nunca podré gastar lo que tengo en París o ni siquiera en Francia.

-¿De qué está hablando? –preguntó Stanley, encendiendo un cigarro cubano, en la cara una expresión muy satisfecha.

-Si no lo sabe, coronel, habría que otorgarle lo que los militares norteamericanos denominan la Sección Ocho.

-¿Por qué? Tengo todo lo que me interesa, y estoy obteniendo resultados en mi propia especialidad.

-¡Por Dios, Stanley, mentí a mi propia organización, a la comisión de la Cámara de Diputados, convocada de prisa; al periodismo, y al propio presidente! De hecho juré que Madame Courtland sobrevivió, que no falleció, y que se le aplicó un tratamiento excelente en su clínica!

-Bien, Claude, usted no estaba bajo juramento.

-¡Mercie! ¡Usted está loco!

-De ningún modo. Llevé el cuerpo cubierto al subsuelo, antes de que nadie pudiese decir que esa canalla estaba muerta.

-Pero, Stanley, ¿eso tendrá éxito?

-Hasta ahora lo tuvo... Vea, Claude, sólo intento provocar confusión.

El Latham a quien los neos buscan es el mismo a quien mataron, pero no lo saben. De modo que tratan de atrapar al otro, y nosotros los esperamos. La mujer del embajador no es menos importante para ellos, quizás incluso lo es más, porque se imaginaron que sabemos quién es ella. Después de todo, el conde de Estrasburgo no se disponía a aplicarle una inyección antitetánica. Con un poco de suerte, y con la ayuda de nuestras propias maniobras, este juego rendirá sus frutos...

-¿Pequeñas maniobras? –preguntó Moreau. –¿Tiene idea de lo que hice? ¡Mentí al presidente de Francia! ¡Jamás volverán a confiar en mí!

-Demonios, amplíe un poco su justificación racional. Usted lo hizo por el bien del presidente. Tenía motivos para suponer que su oficina estaba infiltrada.

-Absurdo. ¡El Deuxième tiene la obligación de comprobar que tal cosa no suceda!

-Creo que usted no puede usar ese argumento –dijo Witkowski. ¿En qué punto están los exámenes de seguridad de los altos funcionarios?

-Lo hicimos del modo más exhaustivo hace algunos meses. Sin embargo, su sugerencia acerca de la ampliación de mi justificación racional puede tener cierto mérito.

-Por el bien de su presidente –insistió el coronel, mientras aspiraba el humo de su cigarro.

-Sí, exactamente. Si él no sabe algo, no puede achacar la responsabilidad del asunto a nadie, y aquí estamos tratando con sicópatas, con asesinos fanáticos.

-No ven la relación, Claude, pero es un comienzo. A propósito, gracias por el personal agregado al hospital. Excepto mis dos sargentos y un capitán, mis infantes de marina no hablan muy bien el francés.

-Su capitán participó en un programa de intercambio de estudiantes, y uno de los sargentos desciende de padres franceses; sabía nuestro idioma antes que el inglés. El empleo del francés en el otro sargento consiste principalmente en obscenidades y en el modo de obtener determinados servicios.

-¡Magnífico! Los neos son obscenos, de modo que él es perfecto.

-¿Como está nuestra taquígrafa, esa Madame Courtland reencarnada?

-Es una pistola cargada –dijo el coronel.

-Espero que no.

-Lo que quiero decir es que se trata de una judía neoyorquina, y odia a los nazis. Sus abuelos fueron gaseados en Bergen–Belsen.

-Qué extraño, ¿eh? Drew Latham utilizó la frase "Lo que se va, vuelve". Parece que es bastante acertada en términos humanos.

Librodot

-Lo que es realmente cierto es que cuando un hijo de perra de los neos se acerque a la nueva señora Courtland, y alguno de ellos lo hará, podremos atraparlo y quebrarlo.

-Stanley, ya le dije que tengo mis dudas acerca de la posibilidad de que alguien se acerque. Los neos no son tontos. Olfatearán una trampa.

-Ya lo pensé, pero apuesto a la naturaleza humana. Cuando lo que se juega es tan importante, y una Sonnenkind viva llevó las cosas a este límite, se responde a todas las apuestas. Los canallas no pueden darse el lujo de la indiferencia.

-Ojalá tenga razón, Stanley... ¿Como reaccióna frente a esta situación nuestro discutidor colega, el caballero Drew Latham?

-Bastante bien. Hemos dejado filtrar selectivamente su cobertura como el coronel Webster en los ambientes relacionados con la embajada, e incluso para beneficio de los Antinayous, quienes al parecer de todos modos ya estaban informados. Ahora, usted haga lo mismo. Además, estamos trayendo a esta embajada a de Vries, con una dotación completa de infantes de marina en las habitaciones contiguas.

-Me sorprende que ella haya aceptado tan fácilmente –dijo Moreau. –Ella es capaz de muchas argucias, pero creo que este hombre le interesa realmente, y dados sus antecedentes, en estas circunstancias ella se apartará por propia voluntad.

-Todavía no lo sabe –dijo Witkowski–. La trasladaremos esta noche.

Era el comienzo de la noche, los días en París eran cada vez más cortos, y Karin de Vries estaba sentada en un sillón junto a la ventana; la luz suave de una lámpara de pie iluminaba sus largos cabellos negros, originando un tenue sombreado en la cara atractiva

-¿Tienes idea de lo que estás haciendo? –preguntó, mirando a Latham, que de nuevo estaba medio vestido con el uniforme militar, la túnica depositada sobre uno de los sillónes.

-Por supuesto –replicó Drew. –Soy la carnada.

-¡Por Dios, eso equivale a estar muerto!

-Al demonio. Por lo menos las probabilidades están de mi lado. Si así no fuera no habría aceptado.

-¿Por qué? ¿Porque lo dijo el coronel?... No comprendes, Drew, que cuando se trata de la terminación de una misión, tú eres nada más que el factor X o Y, y que eres un elemento descartable en esta lucha? Witkowski puede ser tu amigo, pero no te engañes, es un profesional. ¡La operación ocupa el primer lugar! ¿Por qué crees que insiste en que utilices ese maldito uniforme?

-Eh, eso lo sé, o por lo menos imaginé que yo era parte de la ecuación. Pero me enviarán un chaleco antibalas y una chaqueta más grande, o como quieras llamarla; no se trata de que me envíen desnudo al frente. Asimismo, no digas a Stanley cuán a menudo no utilizo este desagradable conjunto, porque se enojará... Me agradaría saber qué clase de chaleco antibalas me enviará.

-Los asesinos no apuntan al cuerpo, querido, apuntan a la cabeza utilizando miras telescópicas.

Librodot

-Siempre olvido que tú conoces bien el tema.

-Felizmente, así es, ¡y por eso deseo que le digas a nuestro mutuo amigo Stanley que se vaya al infierno!

-No puedo hacer tal cosa.

-¿Por qué no? Puede enviar un señuelo a recorrer las calles. ¡Sería tan sencillo! Pero no a ti.

-¿A otra persona? ¿Quizás a alguien que tiene un hermano que es agricultor en Idaho, o mecánico de automóviles en Jersey Cicy?... No podría soportar eso.

-¡Y yo no puedo vivir sin ti! –gritó Karin, abandonando el asiento y arrojándose en brazos de Drew. –Jamás, jamás pensé que diría eso por alguien en este mundo, pero lo afirmo con todo el corazón. Solo Dios sabe por qué, pero a veces me parece que eres la prolongación del jóven con quien me casé hace años, sin la fealdad y sin el odio. No me desprecies por decir esto, querido. Sencillamente debo hacerlo.

-Jamás podría despreciarte –dijo en voz baja Drew, abrazándola. Nos necesitamos el uno al otro, aunque por razónes diferentes, y durante años no necesitaremos analizar el asunto. –Echó hacia atrás la cabeza y miró en los ojos a Karin. –¿Sería conveniente que volviésemos a tocar el tema cuando seamos mas viejos y estemos sentados en nuestras mecedoras, contemplando las aguas?

-O las montañas. Me encantan las montañas.

-Ya lo analizaremos. –Hubo un rápido llamado a la puerta de la habitación. –Demonios –dijo Drew, soltándola–, ¿donde demonios está esa hoja con los códigos?

-La fijé junto a la pared del corredor. No puedes equivocarte.

-Entiendo. ¿Qué hora es?

-Las siete y media. El turno cambia a las ocho.

-¿Quién es?

-El conejito bueno –dijo la voz de Frack detrás de la puerta.

-Esto es infantil –dijo Latham, al mismo tiempo que abría.

-Es hora, monsieur.

-Sí, lo sé. Deme un par de minutos, ¿quiere?

-Certaimement –dijo Frack mientras Drew cerraba la puerta y se volvía hacia Karin.

-Tienes que marcharte, querida.

-¿Qué?

-Ya me oíste. Te trasladan a la embajada.

-¿Qué?... ¿Por qué?

-Eres empleada de la embajada de Estados Unidos, y se ha decidido que tu trabajo en el área de las comunicaciones secretas es razón suficiente para apartarte del peligro, así como de los posibles riesgos.

-¿Qué estás diciendo?

-Karin, tengo que continuar solo.

-¡No lo permitiré! ¡Me necesitas!

Librodot

-Lo siento. O vas por las buenas, o los señores Frick y Frack te aplican una inyección y te llevan a su modo.

-¿Como pudiste aceptar, Drew?

-Es fácil responder a esa pregunta. Te quiero viva, para que podamos sentarnos en esas mecedoras en Colorado, contemplando las montañas. ¿Qué te parece?

-¡Canalla!

-Nunca dije que fuera perfecto. Solo que era perfecto para ti.

Los agentes del Deuxième Bureau acompañaron a Karin en el ascensor, asegurándose de que las pertenencias de la mujer fuesen retiradas del hotel y entregadas en la embajada antes de transcurrida una hora. De mala gana, ella aceptó la situación; se abrió la puerta del ascensor y el grupo pasó al vestíbulo. En el mismo instante dos miembros más del personal del Deuxième Bureau se acercaron, los cuatro agentes se miraron unos a otros, y los señores Frick y Frack se volvieron, y caminaron de prisa de regreso a la fila de ascensores.

-Madame, permanezca entre nosotros, por favor –dijo un hombre corpulento y barbudo, que estaba a la derecha de Karin de Vries. –El automóvil está afuera, exactamente a la izquierda de la entrada, pasando las luces del toldo.

-Confío en que advierten que yo no elegí todo esto.

-El director Moreau no nos revela los detalles de todas las tareas, madame –dijo el segundo funcionario del Deuxième, un hombre de cara bien afeitada. –Sencillamente, debemos asegurarnos de que usted llegue a la embajada de Estados Unidos.

-Podría haber ido en taxi.

-Personalmente –dijo el agente barbudo, sonriendo–, y sin ánimo de ofender, me alegro de que no lo hayan permitido. Mi esposa y yo Debíamos cenar con sus padres. ¿Puede usted creer que después de catorce años y tres nietos, todavía no están seguros de que yo sea el esposo apropiado para su hija?

-¿Y qué dice la hija?

-Ah, madame, de nuevo está embarazada.

-Monsieur, creo que eso es suficiente. –Karin sonrió apenas mientras los tres se aproximaban a las puertas de vidrio. Ya en la calle, abandonaron la protección del toldo y se desviaron hacia la izquierda, apartándose de la doble fila de luces encendidas bajo el dosel rojo oscuro. En la oscuridad relativa y esquivando a los numerosos transeúntes vespertinos de la rue de I,Echelle, los dos agentes del Deuxième obligaron a de Vries a recorrer de prisa los diez metros que la separaban del vehículo policial blindado que esperaba en la zona de estacionamiento prohibido. El hombre barbudo abrió la portezuela que correspondía al cordón para dar paso a Karin, sonriéndole e indicándole con un gesto que ascendiera al vehículo.

En ese instante hubo un chasquido audible; la sien izquierda del agente voló por el aire, y comenzó a brotar sangre del lugar en que la bala había perforado el cráneo del policía. Al mismo tiempo el segundo agente del Deuxième arqueó el cuerpo hacia atrás, los ojos muy grandes, la boca

abierta, emitiendo un grito gutural que brotó de su garganta cuando un cuchillo de larga hoja fue extraído de su espalda. Los dos hombres cayeron al suelo; de Vries comenzó a gritar pero una mano fuerte le cubrió la boca y ella misma se vio empujada violentamente hacia el automóvil, seguida por su atacante, que la arrojó sobre el asiento trasero. Apenas unos segundos después, se abrió la puerta del lado contrario y apareció jadeante un segundo asesino, el cuchillo manchado de sangre en la mano derecha, la hoja sucia teñida de un rojo tan intenso como el toldo del hotel.

-¡Los schnell! –grito el hombre.

El automóvil dio un salto hacia la calle, y en pocos momentos más se incorporó al movimiento del tránsito. El primer asesino habló al mismo tiempo que retiraba la mano delgada de la cara de Karin.

-Gritar de nada le servirá –dijo–, pero si lo intenta, tendrá cicatrices en ambas mejillas.

-Willkommmen, Frau de Vries –dijo el chofer, volviendo parcialmente la cabeza mientras empujaba sobre el asiento un cadáver acurrucado. –Parece que usted está decidida a reunirse con su esposo. Lo cual ciertamente sucederá si se niega a cooperar con nosotros.

-Ustedes mataron a esos dos hombres –murmuró Karin, la voz áspera, porque ella no atinaba a recuperar su acento normal.

-Somos los salvadores de la nueva Alemania –dijo el chofer. Hacemos lo que tenemos que hacer.

-¿Como me descubrieron?

-Fue muy simple. Usted tiene enemigos donde cree que tiene amigos.

-¿Los norteamericanos?

-En efecto. Y también los británicos y los franceses.

-¿Qué piensan hacer conmigo?

-Eso depende de usted. Puede ir a reunirse con el que fue otrora su famoso marido Frederick de Vries, o puede unirse a nosotros. Sabemos que usted está en venta.

-Sencillamente quiero encontrar a mi marido, que antaño fue un hombre famoso. Ustedes también saben eso.

-Usted carece de lógica, Frau de Vries.

Silencio.

30

La ruidosa estación de radio cubría gran parte del irritante sonido del tránsito de la calle, fuera del hotel. Latham se probó la chaqueta antibalas, y se puso encima la túnica de oficial del ejército, ahora más holgada. Continuó mirando el teléfono depositado sobre el escritorio, y preguntándose por qué Karin no lo había llamado; ella le había dicho que lo haría apenas llegase a su habitación en la embajada. Había partido más de dos horas antes, y su equipaje la había seguido de cerca. Meneando la cabeza inconscientemente mientras sonreía, Latham imaginó el encuentro de Karin con Witkowski, un episodio en que el coronel debería soportar muchas críticas, e incluso gritos, a causa de la decisión de dejar solo a Drew. Pobre Stosh, a pesar de su áspero exterior, no estaba preparado para soportar el ataque de la futura esposa del agente de la sección Operaciones Consulares. A decir verdad, compadecía al coronel; en cierto modo podía imponerse solo apelando a la autoridad oficial, lo cual era esencialmente insatisfactorio. Karin tenía de su lado el amor, un sentimiento que tanto Stanley como el embajador Courtland habían conocido y perdido, por cortesía de las respectivas carreras profesionales.

Latham se acercó al espejo de cuerpo entero que estaba en el corredor, y observó su propia imagen. El chaleco antibalas que protegía su tórax lograba que pareciese más imponente que lo que era el caso en realidad, y le recordaba la época en que usaba un uniforme verde y blanco en Canadá, donde los controles físicos y las reacciones a quemarropa eran asunto de vida o muerte... algo realmente ridículo cuando lo miraba retrospectivamente... Se dijo que ya había pasado bastante tiempo, y regresó al escritorio y al teléfono. Descolgó el auricular y comenzó a marcar, y de pronto oyó un llamado a la puerta. Depositó el teléfono, se acercó a la puerta mientras examinaba la lista de códigos, y preguntó:

-¿Quién es?

-Witkowski –contestó la voz del lado opuesto.

-¿Cuál es su código?

-Al demonio con eso, soy yo.

-Debería decir "El buen rey Wenceslao". ¡Estúpido!

-Abra la puerta antes de que destroce la cerradura con mi cuarenta y cinco.

-Esa afirmación es muy propia de un cretino, porque probablemente no sabe que una cerradura de bronce puede provocar que una bala rebote y se le hunda en el estómago.

-No si uno dispara sobre el burde, gusano. ¡Abra!

En contraste con los insultos proferidos a gritos, Witkowski serio hasta llegar a mostrarse sombrío, y Claude Moreau, aparecieron ante Latham. En ambos había una expresión dolorida.

-Debemos hablar –dijo el jefe del Deuxième Bureau mientras él y el coronel entraban. –Sucedió algo terrible.

-¡Karin! –estallo Drew. –No llamó... dijo que llamaría por lo menos hace una hora! ¿Donde está?

Librodot

-No lo sabemos, pero los hechos conocidos son inquietantes –contestó Moreau.

-¿Qué hechos?

-Dos de los hombres de Claude fueron muertos en la calle, enfrente –replicó Witkowski–. Uno con una bala en la cabeza, el otro de una cuchillada. El automóvil policial desapareció, y suponemos que el chofer también está muerto.

-¡Vinieron para llevarla a la embajada! –rugió Latham. –¡Estaba protegida!

-La secuestraron –dijo Moreau tranquilamente, sus ojos clavados en los de Drew.

-¡La mataron! –gritó Latham, girando sobre sí mismo y descargando el puño contra la pared.

-Lamento esa posibilidad –replicó el jefe del Deuxième–, pero por el momento siento más la muerte de mis colegas, pues por lo menos dos están muertos, y muy probablemente también un tercero. Con respecto a Karin, no tenemos pruebas de que haya sufrido la misma suerte, y en realidad creo que por ahora está viva.

-¿Como puede afirmar eso? –preguntó Drew, volviendo los ojos hacia Moreau.

-Porque para ellos es más valiosa como rehén que como cadáver. Quieren atrapar al hombre llamado Harry Latham, y ése es usted.

-¿Entonces?

-La usarán para atraer a Harry Latham, ignoramos por qué motivo; pero lo cierto es que quieren atrapar a su hermano, y ahora usted es él.

-Entonces, ¿qué hacemos?

-Esperamos, chlopak –dijo el coronel Witkowski, el cuerpo erguido y la voz suave. –Como ambos sabemos, es la parte más dificil de nuestro trabajo. Si hubiesen deseado matar a Karim como una actitud ejemplarizadora, su cuerpo habría quedado junto a los dos policías. No fue así. De modo que esperamos.

-¡Está bien, está bien! –exclamó Drew, que caminó dos o tres pasos, y se detuvo frente al escritorio, la mano apoyada en el borde. –Si así son las cosas, quiero los nombres de todos, de todos los que sabían quién soy yo y donde estoy. Las filtraciones. ¡Quiero saber donde comenzó cada filtración!

-¿De qué le serviría eso, mon ami? Esas filtraciones son como piedras arrojadas a mi estanque; los círculos concéntricos se extienden cada vez más anchos, sobre la superficie del agua.

-Necesito tener eso, por eso lo reclamo.

-Muy bien. Le entregaré los nombres de las personas a quienes hemos llegado, y Stanley suministrará las que corresponden a la embajada.

-Comiencen a escribir –ordenó Latham, rodeando el escritorio, abriendo el cajón y extrayendo manojos de papel de carta del hotel.

-Todos los hombres que conozcan.

Librodot

-Les entregamos doscientos treinta y seis nombres, así como las correspondientes fotografías –dijo Knox Talbot, director de la CIA, que hablaba por teléfono con Wesley Sorenson.

-¿Hay respuestas?

-Nada concreto, pero una serie de candidatos posibles. Tenemos un poco de suerte, porque siete personas de las que trabajan en la casa segura en efecto vieron al "subdirector Connally", pero somos desafortunados porque sólo cuatro estuvieron tan cerca que pueden proporcionar descripciones más o menos detalladas.

-¿Qué me dice de los posibles? –preguntó el director de Operaciones Consulares.

-Son datos muy poco concluyentes. Sospecho incluso que uno de esos testigos estaría dispuesto a señalarlo a usted por fotografía, si lo incluimos entre ocho personas más.

-Si todos fueran aproximadamente de mi edad, eso nos diría algo.

-No todos eran de su edad. Aclaramos que quien quiera fuese el impostor modificaría drásticamente su apariencia, que su cabello probablemente no sería el original, que tal vez modificara el color de los ojos con lentes de contacto... en fin, todos los recursos usuales.

-Excepto uno, Knox. Pudo aparentar más edad, pero no menos, salvo que aceptara adquirir una apariencia más o menos grotesca.

-Eso es lo extraño, Wes. Todos, hasta el último hombre y la última mujer, dijeron más o menos lo mismo: que este Connally era tan vulgar que parecía un ser anónimo... por supuesto, suprimo la verborrea.

-Por supuesto. ¿Y sus ropas?

-Extraídas de las normas tradicionales de la Agencia. Traje oscuro, camisa blanca, corbata rayada, zapatos marrones con cordones. Oh, y un impermeable liviano, del tipo corto y amplio. La mujer que estaba en el mostrador del grupo de seguridad dijo que se parecía al que usaba un oficial amigo, y que se denomina Niebla Londinense.

-¿La cara?

-También neutra, muy común. Sin bigote ni barba, Sólo la piel pálida y ningún rasgo destacado; usaba lentes bastante gruesos, yo diría que demasiado gruesos.

-¿Cuántos son los candidatos posibles?

-Si eliminamos a los obvios, como usted, veinticuatro.

-Y si no se elimina a nadie, ¿cuántos son?

-Cincuenta y uno.

-¿Puedo verlos?

-Los veinticuatro ya vienen para aquí. Enviaré después a los veintisiete restantes. ¿O más vale que usted sea eliminado? quiero decir que debe tenerse en cuenta que usted ni siquiera trabaja aquí.

-¿Por qué me incluyó?

-Imagino que por un perverso sentido del humor. Como digo con frecuencia a nuestro colega Adam Bollinger, una broma de tanto en tanto sitúa las cosas en perspectiva.

Librodot

-Admitido, amigo mío, sucede únicamente que no me siento muy alegre. ¿Tuvo noticias de París?

-Nada las últimas veintitantas horas.

-Pues entérese. Karin de Vries desapareció. Fue secuestrada por los neos.

-¡Dios mío!

-Parece que él no está cerca cuando uno lo necesita.

-¿Qué dice Witkowski?

-Está preocupado por Latham. Dijo que Drew se comportaba como si estuviese controlado, pero Witkowski cree que fue una representación teatral.

-¿Cómo es eso?

-Porque exigió saber dónde estaban las filtraciones que destruyeron su cobertura.

-Yo diría que fue un pedido razonable. Él es la carnada.

-Knox, usted no me escucha. Dije "exigió", y Stanley aclaró que Latham formuló el pedido en tono "accedan o me marcho".

-Todavía no comprendo por qué eso lo convierte en un individuo descontrolado.

-Ambos estuvimos casados demasiado tiempo y ya no recordamos. Amigo, está enamorado. Tal vez un poco tardíamente, pero es probable que esto haya sucedido por primera vez. Le quitaron a la dama, y está en la cumbre de su capacidad profesional, la cual incluye una serie de cualidades letales. A su edad uno con frecuencia se forja ilusiones acerca de su propia invencibilidad. Quiere recuperar a la mujer.

-Comprendo, Wes. ¿Qué podemos hacer?

-Ante todo él tiene que hacer algo, dar un paso que nos suministre la excusa para frenarlo.

-¿Frenarlo...?

-Digamos recluirlo en una habitación segura con paredes acolchadas, por lo menos sacarlo de París. No sirve de nada si la carnada se convierte en el cazador.

-Suponía que él estaba siendo vigilado, que había una guardia que se encargaba de su persona.

-Lo mismo sucedió con su hermano Harry, y escapó del valle de la Fraternidad. No subestime a los genes Latham. Por otra parte, Witkowski y Moreau no son precisamente novatos en el contraespionaje.

-No sé muy bien qué significa eso en este contexto, pero supongo que es reconfortante.

-Ojalá no se equivoque –dijo Sorenson.

A la luz de la lámpara del escritorio, Drew examinó los nombres. En la lista de posibles filtraciones presentada por Witkowski había siete nombres –incluso los que correspondían a los Antinayous–, y en la de Moreau nueve, tres de ellos miembros de la Cámara de Diputados en el Quai d'Orsay, personas que a juicio del jefe del Deuxième adoptaban posiciones de extrema derecha en el cuadro político; en una palabra, eran fascistas. En la lista de

Librodot

Stanley había varios agregados que solían difundir rumores, "flotadores", como él los llamaba, que dedicaban más tiempo a lisonjear a influyentes empresarios franceses que a atender sus propias tareas; dos secretarios cuyas ausencias sugerían la existencia de problemas de alcoholismo; y un padre Manfried Neuman, de la Maison Rouge de los Antinayous. La lista de Moreau, más allá de las personas pertenecientes al Quai d'Orsay incluía los habituales informantes pagos, cuya fidelidad dependía exclusivamente del dinero, completamente al margen de la ideología y la moral.

Con el propósito de reducir el número, Latham eliminó a los informantes de Moreau –no había mantenido relaciones con esa gente así como a dos de los diputados; había conocido al tercero en el curso de sus tareas diplomáticas. Llamaría a ese hombre, y escucharía con mucha atención lo que el otro dijese. La lista de Witkowski era más fácil, pues conocía a cinco de vista y por el nombre; eran relaciones casuales de la embajada. Los dos nombres restantes correspondían a mujeres, y de ambas se sospecha que tenían un problema de alcoholismo. No alimentaba muchas esperanzas en ese sentido. De todos modos, necesitaba los número telefónicos.

-Stanley, me alegro mucho de que usted esté trabajando hasta tarde, porque olvidó algo en relación con sus siete candidatos.

-¿A qué demonios se refiere? –dijo el irritado Witkowski–. Éstas son las personas que nos parecen los mejores candidatos.

-Usted habló de "nosotros". ¿Quién se hizo cargo de las tareas iniciales de investigación de los candidatos?

-Mi secretaria, que vino conmigo desde el antiguo G–2, una ex sargento a quien yo ascendí a primer teniente antes de su baja.

-¿Una mujer?

-Amigo, enamorada del servicio. El marido fue artillero hasta su retiro, después de cumplir los treinta años, y entonces tenía sólo cincuenta y tres. Los hijos son todos cadetes militares.

-¿Qué hace ahora?

-Juega al golf, va a los museos, y todavía recibe lecciones de francés. No puede dominar la jerga.

-Entonces, no necesito el número telefónico de esa mujer, pero quiero los de todo el resto. Las residencias, incluso la Maison Rouge de los Antinayous.

-Veré qué tengo en mi computadora.

Claude Moreau resultó un poco más difícil. Estaba en su casa discutiendo de política con un hijo. ,

-Los jóvenes actuales, ¡no entienden nada!

Tampoco yo, pero necesito los números telefónicos, a menos que usted quiera que yo envíe amablemente a sus guardias a iniciar una larga noche de descanso.

-¿Cómo se atreve a decir semejante cosa?

-Fácilmente. Porque puedo hacerlo.

Librodot

-Mon Dieu, Stanley tiene razón, ¡usted es imposible! Muy bien, le suministraré un teléfono del Deuxième Bureau. Llame dentro de cinco minutos, y tendrá los números que desea.

-No los números que deseo, Claude. Los que necesito.

Once minutos después, Latham estaba comparando los números telefónicos con todos los nombres de las dos listas. Comenzó a llamar, utilizando esencialmente las mismas palabras en cada caso.

-Habla el coronel Webster, y creo que usted conoce mi verdadera identidad. Lo que me inquieta es que otros la conocen, y hemos rastreado la filtración y llegamos a usted. ¿Que tiene que decir en su defensa, antes de que no le quede nada que decir?

Cada respuesta es una variación del mismo tema. Negativas de carácter explosivo, hasta el extremo de que todos propusieron que controlasen sus llamados telefónicos, en las oficinas o en el domicilio; varios propusieron que se aplicase el detector de mentiras. Terminado ese trabajo, solo restaba un venerable Antinayou de la Maison Rouge.

-El padre Neuman, por favor.

-Está rezando las vísperas, y no puedo molestarlo.

-Moléstelo. Es una cuestión de suma urgencia, relacionada directamente con el secreto de su organización.

-Mein Gott. No sé qué hacer. El padre es un hombre muy religioso. ¿Puede volver a llamar, en unos veinte minutos?

-Cuando pase ese plazo, es posible que la Casa Roja haya volado en pedazos, y que no queden sobrevivientes.

-¡Ach! Hablaré con él.

Cuando el padre Manfried Neuman llegó finalmente al teléfono, exclamó:

-¿Qué tontería es ésta? Estoy en una ceremonia religiosa, y usted me aparta de los feligreses.

-Mi nombre provisional es coronel Webster, pero usted sabe quién soy, padre.

-¡Por supuesto que lo sé! Y también muchos otros.

-¿De veras? Su respuesta me impresiona. Suponía que era una información sumamente secreta, en realidad completamente reservada.

-Bueno, supongo que otros están al tanto. Y bien, ¿qué quiso decir con ese asunto de la bomba en esta casa?

-Que quizás yo sea el que la deposite allí, si usted no responde a mis preguntas. Recuerde que estuve en esa casa, y que en este momento estoy bastante desesperado.

-¿Cómo puede comportarse de ese modo? Los Antinayous lo protegieron, le ofrecieron refugio cuando usted lo necesitaba.

-Y rehusaron admitirme de nuevo cuando la necesidad aún persistía.

-Ésa fue una decisión colectiva basada en nuestras necesidades de seguridad.

-Eso no alcanza, padre. Estamos luchando contra la misma gente, ¿verdad?

-No juegue con nosotros, Herr Latham. Yo soy un hombre de Dios y aborrezco la violencia, pero aquí hay otros que no adoptan la misma actitud.

-Padre, ¿eso es una amenaza?

-Interprételo como se le antoje, hijo mío. Sabemos dónde está y nuestros vehículos recorren constantemente la ciudad.

-Dígame, ¿sabe dónde está Karin de Vries?

-¿Frau de Vries...? ¿Nuestra colega?

-Desapareció. Se la llevaron.

-¡No! ¡Eso está muy mal...!

-Acaba de confesarlo, chiflado de la Biblia. ¿Y qué es lo que está bien? Sospecho que después de todo no estamos del mismo lado.

-¡Falso! Lo he dado todo...

-Usted dará lo último que tenga que dar a menos que me diga con quién habló de mí –lo interrumpió Latham–. ¡Ahora!

-Como que Dios es mi testigo, solo a nuestro informante en la embajada... y a una persona más.

-En primer lugar, el informante. ¿Quién es?

-Una secretaria, una mujer llamada Cranston que necesita la ayuda de Cristo.

-¿Cómo la conoce?

-Hablamos, nos conocemos y la carne es débil, hijo mío. No soy perfecto, que Dios me perdone.

-¿Y la otra persona? ¿Quién es?

-Es una confidencia tan grave, que sería un sacrilegio revelarla.

-En ese caso, está poniendo en peligro la Maison Rouge, y el ataque incluirá un par de granadas que iluminarán la entrada.

-Usted no se atreverá.

-Al demonio que no me atreveré. Soy un agente de Operaciones Consulares, en mi conjunto de recursos hay algunos que los hombres de la Blitzkrieg nunca conocieron. ¡Hable!

-Otro sacerdote, un ex sacerdote. Ahora es un anciano, pero de jóven era un erudito, un talentoso codificador de la rama de la inteligencia francesa que se convirtió en el Deuxième Bureau. Los servicios secretos todavía lo respetan mucho, y a menudo confían en él y buscan su ayuda. Se llama Lavolette, Antoine Lavolette.

-Usted dijo que es un ex sacerdote. Pero entonces, ¿por qué es un sacrilegio tan grave suministrarme su nombre?

-¡Porque, maldito sea, acudí a él buscando Consejo religioso, no orientación política! Tengo un problema, no muy distinto del problema que él afrontó hace años, pero el mío es mucho más grave, pues se trata de una compulsión y no se limita a una sola mujer. Soy un hombre imperfecto e indigno de mi santa iglesia. ¿Qué más puedo decirle?

-Quizás mucho más. Ya le informaré. A propósito, padre, ¿por qué dijo que estaba "muy mal" que secuestrasen a Karin?

Librodot

-Porque fue un acto estúpido. ¡Simplemente por eso! –escupió el sacerdote.

-Por Dios, ¿de qué lado está usted?

-¿Es necesario que utilice de ese modo el nombre del Señor?

-Depende del Señor al que usted se refiera. Ahora, basta de teatro. ¿Por qué fue errado y estúpido secuestrarla?

-Hablando con egoísmo, porque eso muy bien podría afectar la operación que estamos preparando. Si el objetivo era matarla, pues había que matarla y dejar el asunto así. Pero secuestrarla y no completar la operación con una muerte comprobada implica abrir las compuertas... todos empezarán a buscarla, como ahora hace usted. Podría descubrirse nuestro cuartel general... y ser destruido, como usted amenazó hacer con sus granadas y sus bombas. Le pido, en nombre de todo lo que es sagrado y positivo, que no nos denuncie ni revele nuestro paradero.

-Usted acaba de darme dos nombres, de modo que haré todo lo posible para atender su pedido, pero Karin de Vries ocupa el primer lugar, y eso es todo lo que puedo prometer. –Latham cortó la comunicación, inmediatamente se sintió tentado de hablar con Moreau para formularle algunas preguntas muy serias acerca del ex padre Antoine Lavollette, especialista en cifrado, un hombre extraordinario pero por el momento retirado. Después lo pensó mejor; el jefe del Deuxième era un maniático del control, sobre todo en lo que se refería a cierto Drew Latham. Era seguro que Moreau se entrometería, llamaría por su cuenta al sacerdote retirado y se apoderaría de la iniciativa. No, ése no era el camino. Era necesario arrinconar, sorprender a este Lavolette, obligarlo mediante la fuerza a revelar lo que supiera, o a declarar lo que no sabía que sabía mediante la revelación de otros nombres. Lo mismo cabía decir de la mujer Cranston, Phyllis Cranston, secretaria de un agregado de nivel medio incluido en la lista de "flotantes" de Witkowski, probablemente la razón por la cual ella conservaba su empleo.

En primer lugar, estaba la tarea principal de salir del hotel. Cada hora y cada minuto que permanecía allí era una hora y un minuto perdidos en su búsqueda de Karin.

Karin había dicho que el cabello rubio de Drew era el producto de un enjuagatorio que provocaba cierta decoloración, y que se unía a una "tintura especial", cualquiera fuese ésta; pero había insistido en que con un champú más un tubo de algo que oscurecía los cabellos grises, él podía regresar al color normal de sus cabellos, o a algo parecido. Karin había depositado el tubo mágico en el botiquín del cuarto de baño, y él lo había trasladado a un cajón de su dormitorio, con el propósito de que ella no lo retirase. Aún estaba allí.

Media hora después, con el cuarto de baño convertido en una caldera cargada de vapor, Latham continuaba echando agua sobre el lavatorio, para eliminar los restos de colorante. Sus cabellos exhibían ahora un extraño tono castaño oscuro, con matices cobrizos; pero ya no eran rubios. Había conseguido alcanzar una de sus metas.

Ahora tenía que considerar a los señores Frick y Frack, o más exactamente a quienes viniesen a relevarlos para atender el turno siguiente.

Librodot

Y se trataba de otro turno, como la propia Karin había mencionado. Drew conocía a cada uno de los guardias, pero conocía a Frick y a Frack mejor que al resto, y dudaba de que los miembros de la pareja hubiesen redactado los detalles del vergonzoso episodio relacionado con el código faltante. ¿Un norteamericano solitario que desarmaba a un hombre del Deuxième, le quitaba la pistola y le golpeaba ferozmente la ingle? ¡Mon Dieu, fermez la bouche!

Drew retiró el otro uniforme del armario y varias prendas más de los cajones de la cómoda. El conjunto continuaba siendo el atuendo prescrito para un agregado de sexo masculino: pantalones grises, chaqueta oscura, camisa blanca y una corbata muy sobria, preferiblemente a rayas, con los tonos suaves permitidos en las actividades informales de la noche. Le agradó hasta cierto punto que el chaleco antibalas se adaptase bien; que fuese cómodo sin estorbar sus movimientos. Completamente vestido, la maleta preparada, abrió la puerta del hotel y salió por el corredor; se detuvo un momento, esperando lo que era obvio. Llegó de inmediato, con la aparición del guardia que estaba junto al ascensor; su colega surgió al mismo tiempo de las sombras, en el extremo opuesto del corredor.

-S'il vous plaît –comenzo Drew en un francés incluso más defectuoso que el que solía usar–, voulez–vous venir ici…

-¡En anglais, monsieur! –exclamó el hombre de los ascensores. Podemos entenderlo.

-Oh, muchas gracias, aprecio esa actitud. Si uno de ustedes quiere tener la bondad de ayudarme. Sucede que acabo de recibir un mensaje telefónico y escribí las palabras lo mejor posible. Creo que es una dirección, pero el individuo no sabía inglés.

-Acércate, Pierre –dijo el guardia que estaba en el otro extremo, hablando en francés–. Yo permaneceré aquí.

-Muy bien –replicó el hombre y comenzó a acercarse desde la fila de ascensores–. ¿En Estados Unidos enseñan únicamente el inglés?

-¿Los romanos aprendían francés?

-No lo necesitaban, y ésa es su respuesta. –El primer guardia entró en la suite de Latham, y Drew lo siguió y cerró la puerta. –¿Dónde está el mensaje, monsieur?

-En el escritorio –dijo Latham, que venía caminando detrás del detective francés–. Es el papel que está escrito, ahí en el centro mismo. Lo invertí de modo que usted pueda leerlo.

El guardia recogió la hoja de papel en la cual estaban anotadas las palabras extrañas, con cierta escritura fonética. Al proceder así, Latham elevó ambos brazos, formando ángulo hacia abajo, como dos martillos que cayeron sobre los omóplatos del hombre, desmayándolo instantáneamente. Fue un golpe demoledor, doloroso pero que no lo lastimó. Drew llevó el cuerpo al dormitorio, donde había deshecho la cama y desgarrado las sábanas formando varias tiras angostas. Noventa segundos después el guardia estaba boca abajo sobre el colchón, los brazos y las piernas asegurados a los postes del lecho, la boca silenciada por un delgado trozo de lienzo, que le permitía respirar.

Librodot

Recogiendo un puñado de sábanas rotas, Latham salió rápidamente del dormitorio y cerró la puerta. Dejó caer los restos de la sábana sobre una silla, y abrió una puerta de acceso al corredor. Salió tranquilamente y se dirigió al segundo guardia, apenas visible en el rincón poblado de sombras.

-Su amigo Pierre dice que debe hablar con usted inmediatamente, antes de que llame a ese hombre... ¿cuál es su apellido? ¿Montreaux o Moneau?

-¿Monsieur le directeur?

-Sí el mismo. Dice que lo que yo escribí es incomprensible.

-¡Fuera de mi camino! –aullo el segundo guardia, avanzando por el corredor y abalanzándose hacia el interior de la suite–. ¿Dónde...?

-Su pregunta se vio interrumpida por un golpe de aikido, seguido por la presión de dos dedos en el espacio debajo de la caja torácica, una combinación que dejó al guardia provisionalmente sin aliento e inconsciente, pero también en ese caso sin daño aparente. Drew lo arrastró hasta el diván y ejecutó el mismo ejercicio que había practicado con el primer miembro del Deuxième, sólo que ahora introdujo algunas variaciones necesarias. Acostó al hombre sobre las almohadas, los brazos y las piernas abiertos y atados a los pies del sofá, la boca amordazada, pero la cabeza en un ángulo, sin pérdida de aire. El último movimiento de Latham consistió en arrancar los teléfonos de ambos cuartos. Ahora estaba en libertad de comenzar la cacería.

Librodot

31

Ascendió los peldaños que llevaban a la casa de apartamentos de Phyllis Cranston, en la rue Pavée, entró en el vestíbulo y pulsó el botón del piso de la mujer. No hubo respuesta, de modo que insistió en sus llamados, pensando que ella podía encontrarse en cierto estado de sopor, si la opinión de Witkowski se justificaba. Se disponía a renunciar, cuando una mujer obesa y bastante madura salió al corredor, observó el botón que él estaba presionando y habló en francés.

-¿Está buscando a la Mariposa?

-No sé si la comprendo bien.

-Ah, Américain. Su francés es terrible –agregó la mujer en inglés. Fui la mujer más afligida de París cuando los aviadores norteamericanos se retiraron de Francia.

-¿Usted conoce a la señorita Cranston?

-¿Quién no la conoce? Es una persona muy simpática, y cierta vez fue tan bonita como yo lo era. ¿Por qué necesito decirle algo diferente?

-Porque necesito hablar con ella; es urgente.

-Usted me parece un poco sospechoso. Le diré una cosa, monsieur, es posible que ella esté enferma, pero no es una prostituta.

-Madame, no estoy buscando una prostituta, estoy tratando de hallar a una persona que puede suministrarme la información que necesito rápidamente, y esa persona es Phyllis Cranston.

-Hum –murmuró la mujer, mientras estudiaba a Drew–. ¿Su intención no será aprovecharse de ella a causa de su enfermedad? Si se trata de eso, tiene que saber que sus amigos en este edificio la protegen. Como ya le dije, es buena y dulce, y ayuda a la gente que necesita ayuda. Aquí no somos pobres, pero muchos de nosotros nos acercamos a esa condición... hay que tener en cuenta los impuestos y los altos precios. La Mariposa se muestra generosa con su dinero norteamericano, y nunca pide que le devuelvan lo que da. En los días libres se ocupa de los niños, y las madres pueden salir a trabajar. Usted no le hará daño, por lo menos aquí.

-No quiero dañarla, y no estoy buscando una Madre Teresa. Ya le dije, quiero encontrarla porque es posible que posea cierta información que yo necesito.

-Monsieur, no mencione conmigo la palabra "católico". ¡Soy católica, pero dijimos a ese sucio sacerdote que se alejara de ella!

"Caramba, qué acierto", pensó Latham.

-¿Un sacerdote?

-Se aprovechó de ella, y continúa haciéndolo.

-¿Como?

-¡Viene por la noche tarde, y la absolución que él busca es la que concede con eso que tiene entre sus dos piernas!

-¿Y ella lo acepta?

-Ella cree que no tiene alternativa. Él es su confesor.

Librodot

-¡Hijo de perra! Escúcheme, necesito encontrarla. Hablé con ese sacerdote, y me suministró el nombre. No por la razón que usted puede creer, sino porque quizá él le dijo cosas que no hubiera debido mencionar.

-¿Y quién es usted?

-Alguien que, créase o no, está luchando por Francia... además de luchar por su propio país. ¡Madame, los nazis, esos condenados nazis comienzan a actuar de nuevo en Europa entera! Sé que eso suena melodramático, pero es cierto.

-Yo era una niña pequeña, y los vi ejecutando a personas en las calles –dijo la mujer, murmurando, la cara arrugada y abotagada. ¿Podrán volver a lo mismo?

-Todavía están lejos de eso, pero es necesario detenerlos ahora.

-¿Qué tiene que ver con todo eso nuestra Mariposa?

-Recibió información y quizá sin querer la transmitió a otros. O quizá no lo hizo con inocencia. Contestó su pregunta con absoluta sinceridad. Si ella no está aquí, ¿dónde puedo hallarla?

-Pensaba decirle que fuese a Le Trois Couronnes, un café que está al final de la calle; pero ha pasado la medianoche, de modo que no necesita ir allí. Está precisamente detrás de usted, y ahora su vecino monsieur Du Bois la ayuda a subir la escalera. Como es muy evidente, su enfermedad es el exceso de vino. Monsieur, ella tiene que olvidar cosas, y lo consigue con el vino.

-¿Sabe cuáles son las cosas que necesita olvidar?

-No me corresponde saberlo, y lo que sé me lo reservo. Aquí cuidamos a nuestra Mariposa.

-¿Quiere acompañarme hasta su apartamento, de modo que tanto usted como monsieur Du Bois puedan ver con sus propios ojos que mi intención no es perjudicar a esa señora? Solamente quiero formularle algunas preguntas.

-No estará solo con ella. Eso puedo asegurárselo. No habrá sacerdotes vestidos con elegantes trajes de calle.

Phyllis Cranston era una mujer diminuta de cuarenta y cinco o cincuenta años, el cuerpo compacto, incluso atlético. Aunque se la veía insegura y vacilante, afirmaba cada pie con energía, casi desafiante, reconociendo y negando al mismo tiempo su estado de embriaguez.

-Quién preparará un poco de café? –preguntó con un acento pronunciadamente nasal del Medio Oeste norteamericano, mientras se instalaba en un sillón, al fondo de su apartamento, en compañía de su amigo Du Bois.

-Lo puse al fuego, Mariposa, no te preocupes –dijo la mujer que había hablado con Drew en el vestíbulo.

-¿Y quién es éste? –preguntó Cranston, señalando con un gesto a Latham.

-Un norteamericano, men chou, que conoce a ese sucio sacerdote de quien debes mantenerte apartada, si tienes en cuenta nuestras recomendaciones.

-¡Ese cerdo perdona a las viejas locas como yo, porque somos las únicas mujeres a quienes puede atrapar! ¿Este bastardo es uno de ellos? ¿Vino aquí para calmar sus deseos?

-Difícilmente usted podría imaginarme en el papel de sacerdote –dijo Drew con voz suave y serena–. Y con respecto a la satisfacción sexual, estoy muy unido a una dama que se ocupa de esas necesidades, y con quien deseo permanecer el resto de mi vida, con sanción religiosa o sin ella.

-Muchacho, usted parece un hombre muy derecho. Amiguito, ¿de dónde viene?

-Inicialmente de Connecticut, ¿y usted? ¿De Indiana u Ohio, o quizá del norte de Missouri?

-Caramba, casi dio en el blanco. Soy una muchacha de St Louis, nacida y educada en el sistema parroquial... qué problema, ¿verdad?

-No sé qué decirle.

-¿Pero cómo supo que yo venía de esa parte de nuestra vieja y querida patria?

-Por el acento. Estoy adiestrado para identificar esas cosas.

-¿Sin bromas?... Eh, gracias por el café, Eloise. –La secretaria de la embajada aceptó el jarro de café y bebió varios sorbos, meneando la cabeza después de cada trago. –Usted se imaginará que yo soy una auténtica perdedora, ¿no es así? –continuó, mirando a Latham, y de pronto se enderezó en el asiento y miró fijamente a Drew. Un momento, ¡yo lo conozco! ¡Usted es el hombre de Operaciones Consulares!

-Así es, Phyllis.

-¿Qué demonios está haciendo aquí?

-El padre Manfried Neuman me dio su nombre.

-¡Ese canallíta! ¿Y usted vino para poder despedirme?

-No veo motivo para despedirla, Phyllis.

-Entonces, ¿por qué está aquí?

-A causa del padre Neuman. Él le dijo quién era cierto coronel Webster, ¿verdad? Que era un agente secreto de la inteligencia norteamericana, que estaba pasando a la clandestinidad con una nueva identidad y una apariencia distinta. Le dijo eso, ¿no es verdad?

-Oh, por Dios, tenía la cabeza tan repleta de estupideces, que se hubiera necesitado un día entero para enumerarlas. Hablaba siempre de ese modo, pero especialmente cuando se excitaba tanto, que yo temí que fuera a lastimarme. Era como si estuviese representando el papel de Dios, mencionando secretos que solo Dios podía conocer, y entonces de pronto explotaba, me sujetaba la cara y decía que Dios me condenaría a los fuegos del infierno si alguna vez repetía lo que él había dicho.

-¿Y por qué está diciéndomelo ahora? –¿Por qué? –Phyllis Cranston bebió un largo trago de café. Se limitó a contestar: –Porque mis amigos me explicaron que yo era una condenada idiota. Soy una buena persona, señor Fulano de Tal... y tengo un problema que se limita a estas pocas calles de la ciudad, de modo que váyase al infierno.

-Fuera de lo que es evidente, ¿en qué consiste su problema, Phyllis?

-Yo contestaré esa pregunta, monsieur I'Américain –dijo la mujer mayor–. Esta hija bilingüe de padres franceses perdió al marido y tres hijos en las inundaciones del noventa y uno en el Medio Oeste norteamericano. El río desbordó y destruyó su casa con todo lo que allí había. Sólo ella sobrevivió, aferrada a las rocas hasta que la rescataron. ¿Por qué cree que se ocupa de los niños siempre que se le ofrece la ocasión?

-Tengo que formularle una pregunta más, en realidad la única pregunta.

-¿Cuál es señor Latham... ése es su nombre, verdad? –dijo Phyllis Cranston, irguiéndose en su asiento, ahora más agotada que borracha.

-Después que el padre Neuman le dijo quién era yo, ¿a quién se lo contó?

-Esto tratando de recordar... Sí, en lo peor de la borrachera, hablé con Bobby Durbane en el centro de comunicaciones, y con una taquígrafa de la embajada. Apenas la conozco, ni siquiera sé su nombre.

-Gracias –dijo Latham–. Y buenas noches, Phyllis.

Drew descendió los peldaños de la casa de apartamentos de la rue Pavée; ahora era un hombre desconcertado. No tenía idea de la identidad de la taquígrafa, pero su jerarquía no sugería que ejerciera demasiada influencia. Pero el nombre de Robert Durbane lo impresionaba. ¿Bobby Durbane, el zorro gris del centro de comunicaciones, el experto veterano en comunicaciones, el hombre que apenas unos días antes se había comunicado con Drew utilizando sus misteriosos aparatos, y que había enviado vehículos de la embajada para salvarlo del ataque de los neos? Eso parecía incomprensible. Durbane era el hombre tranquilo, el asceta, el intelectual que se inclinaba sobre las misteriosas palabras cruzadas los acrósticos, que era tan generoso con su personal que a menudo atendía el turno de la medianoche a la madrugada, con el fin de que sus subordinados pudiesen descansar un poco después de la actividad de la jornada.

¿O quizá había otro Robert Durbane, un individuo de actitudes mucho más subrepticias? Un hombre que prefería las primeras horas de la mañana, las horas solitarias, para enviar sus propios mensajes a través del éter a otros individuos que poblaban las frecuencias desconocidas y leían sus códigos. ¿Y por qué los vehículos armados de la embajada, con todo su poder de fuego, habían llegado apenas un minuto después que la limusina nazi entró por la calle, rociando con sus balas todo lo que se movía, y matando a un neo llamado C–Zwölf? ¿Quizá Bobby Durbane había orquestado toda la masacre alertando primero a los nazis? Ésas eran preguntas que merecían respuesta; la anónima taquígrafa de la embajada también debía ser rastreada. Ambos casos podían esperar hasta la mañana; ahora era el turno de Antoine Lavolette, consejero del padre Neuman, sacerdote retirado y ex especialista en códigos de inteligencia.

Extrajo fácilmente la dirección de la guía telefónica. Latham encontró un taxi vacío dos calles más hacia el este. Era casi la una de la madrugada, precisamente la hora, en opinión de Drew, para enfrentar al anciano padre Lavolette, sacerdote que había renunciado a los hábitos, y que poseía secretos que quizá alguien le había arrancado.

Librodot

La casa en el quai de Grenelle era una estructura sólida de tres pisos, piedra blanca y láminas recién pintadas de madera verde; el conjunto evocaba una tela de Mondrian. El propietario seguramente también era sólido, por lo menos desde el punto de vista del ingreso, pues el vecindario rivalizaba con la avenida Montaigne por la notable opulencia; no era para los individuos marginalmente ricos; era sólo para los ricos. El ex especialista en cifrado y el hombre que había renunciado a los hábitos religiosos había logrado una excelente posición en el mundo material.

Drew ascendió el corto tramo de peldaños que llevaba a la puerta pintada de verde, con su bronce reluciente y el picaporte iluminado por el reflejo de los faroles callejeros. Pulsó el botón del timbre y esperó; era la una y veintiséis minutos de la madrugada. A la 1:29 abrió la puerta una sobresaltada mujer vestida con una bata; podía tener cerca de cuarenta años, y sus cabellos castaños exhibían el desorden de la persona que había abandonado el lecho.

-Dios mío, ¿qué desea a esta hora? –dijo la mujer en francés–. ¡La casa duerme!

-¿Vous parlez anglais? –preguntó Latham, mostrando su identificación diplomática, un documento que tranquilizaba y al mismo tiempo podía intimidar.

-Un peu –replicó nerviosamente la que parecía ser un ama de llaves.

-Necesito ver a monsieur Lavolette. Es una cuestión muy importante, y no puede esperar hasta mañana.

-Quédese allí afuera. Llamaré a mi esposo.

-¿El es monsieur Lavolette?

-No, es el chofer del patrón... entre otras cosas. Y también habla mejor que yo el inglés. ¡Fuera!

La puerta se cerró con fuerte golpe, obligando a Drew a permanecer en el pequeño porche de ladrillo. El único hecho reconfortante fue que la mujer encendió las lámparas puestas a los costados de la entrada. Unos momentos después se abrió de nuevo la puerta, y apareció un hombre alto y corpulento, también con el cuerpo protegido por una bata, la cara ancha y con un pecho y unos hombros que demostraban que era un posible zaguero, que no necesitaría protegerse mucho el cuerpo antes de salir a jugar. Además de las proporciones amenazadoras, los ojos de Latham se sintieron atraídos por el bulto en el bolsillo derecho de la bata; el acero llegó de la culata de una automática era claramente visible a través de la abertura del bolsillo.

-¿Qué asuntos tiene con el patrón, monsieur? –preguntó el hombre con una voz extrañamente suave.

-Asunto oficial –contestó Drew, mostrando de nuevo su identificación. Puedo explicarlo solo al propio monsieur Lavolette. –El chofer tomó la tarjeta de identificación y la examinó a la luz del vestíbulo.

-¿El gobierno norteamericano?

-Mi rama es la inteligencia. Coopero con el Deuxième.

-Ah, el Deuxième, el Service d'Etrangers, la organización secreta de la Sûreté, y ahora los norteamericanos. ¿Cuándo dejarán en paz al patrón?

-Es un hombre que posee mucha experiencia y sabiduría, y siempre hay cuestiones urgentes.

-También es un anciano que necesita dormir, sobre todo después de la muerte de su esposa. Dedica muchas horas en su capilla a hablar con ella y con Dios.

-De todos modos, necesito verlo. Él seguramente aceptará recibirme; uno de sus amigos podría encontrarse en terribles dificultades a causa de un hecho que concierne a los gobiernos de Francia y Estados Unidos.

-Ustedes siempre hablan de situaciones "urgentes", y cuando se los complace, después retienen la información durante semanas y meses, incluso años.

-¿Cómo lo sabe?

-Porque trabajé para gente como ustedes durante años, y eso es todo lo que diré al respecto. Dígame, ¿por qué debo creerle?

-¡Maldición, porque estoy aquí! A la una y media de la madrugada.

-¿Por qué no a las ocho y media, o a las nueve y media, de manera que el patrón pueda dormir? –La pregunta fue formulada con inocencia; en la voz del chofer no se manifestaba la más mínima amenaza.

-Vamos, hombre, ¡me hace perder el tiempo! ¿No pensó que yo preferiría estar en casa con mi esposa y mis tres hijos?

Un zumbido estridente vino a interrumpir la mentira. En un movimiento instintivo, el hombre corpulento se volvió mientras la puerta se abrió un poco más, revelando el vestíbulo y un largo corredor. Al final del vestíbulo apareció una puerta pequeña con picaporte de bronce; unos segundos más tarde descendió frente a ellos un ascensor en miniatura.

-¡Hugo! –exclamó la voz frágil de la figura de cabellos blancos que viajaba en el ascensor–. ¿Qué sucede, Hugo? Oí el timbre, y después una discusión en inglés.

-Sería mejor, patrón, que mantuviese cerrada la puerta. De ese modo podría dormir más.

-Vamos, vamos, me sobreproteges. Ahora, ayúdame a salir de este condenado aparato. De todos modos, no estaba durmiendo.

-Pero Anna dijo que usted no comió bien y después pasó dos horas arrodillado en la capilla.

-Hijo, lo hice con buena intención –dije el ex padre Antoine Lavolette. Descendió del ascensor, y pasó con movimientos prudentes al corredor. Era un hombre alto y delgado, el cuerpo protegido por una mata de cuadros rojos, con una estatura de más de un metro ochenta, pero delgado hasta la exageración. Su cara tenía los rasgos cincelados de un santo gótico –una nariz aquilina, las cejas severas y los ojos grandes.

-Creo sinceramente que Dios escucha mis plegarias. Le dije que como él todo lo creó, era responsable por los sentimientos relacionados con mi esposa. Incluso lo censuré, señalándose que ni su hijo ni la Sagrada Escritura dijeron nunca nada que prohibiese el matrimonio de un sacerdote.

-Estoy seguro de que él lo oyó, patrón.

-Si no lo hizo, me quejaré de viva voz por estas rodillas que me duelen siempre... en el supuesto caso de que llegue a encontrarme con él. Me

pregunto a veces si nuestro Señor tiene rodillas y las usa. Pero por supuesto, las tiene... fuimos creados a su imagen y semejanza... lo cual quizá fue un grave error. –El anciano se detuvo frente a Latham, que ahora estaba de pie en el vestíbulo. –Bien, bien, ¿a quién tenemos aquí?

¿Usted es el intruso que irrumpe durante la noche en mi tienda?

-Así es, señor. Me llamo Latham y estoy en la Embajada de Estados Unidos. Pertenezco a la sección Operaciones Consulares de Estados Unidos.

Su chofer todavía tiene en su mano mi identificación.

-Por Dios, devuélvesela, Hugo. Ya habrás concluido con toda esta tontería –dijo el ex sacerdote, de pronto conmovido, la cabeza temblorosa.

-¿Tontería, señor? –dijo Drew.

-Mi amigo Hugo fue uno de los guardias pretorianos extraídos de la Legión Extranjera y enviados al comando de Saigón cuando era jóven. Allí lo dejaron, pero consiguió salvarse.

-Habla muy bien el inglés.

-Debería hacerlo, era un encargado de actividades especiales bajo la dirección de los norteamericanos.

-Nunca oí hablar de una guardia pretoriana, o de la presencia de oficiales franceses en Saigón.

-La palabra "pretoriano" era un eufemismo para las brigadas suicidas, y en ese asunto había muchas cosas de las cuales usted jamás habrá oído hablar. Los norteamericanos le pagaban diez veces más de lo que podía ganar en la Legión; traían información recogida detrás de las líneas. La gente olvida tan fácilmente. El francés era una lengua mucho más conocida que el inglés en los cuadros gobernantes de Asia suroriental. Bien, ¿qué lo trae por aquí?

-El padre Manfried Neuman.

-Entiendo –dijo Lavolette, mirando en los ojos a Latham, pues el ex sacerdote era tan alto como Drew–. Acompáñanos a la biblioteca, Hugo, y tetira su arma a monsieur Latham. La conservarás contigo hasta que hayamos concluido.

-Oui, patrón. –El chofer extendió la identificación de Latham, y simultáneamente indicó con los dedos de la mano derecha que Drew le entregase su pistola. Al ver que la mirada de Hugo se centraba en el pequeño bulto que se había formado sobre el costado izquierdo de su chaqueta, Latham movió lentamente la mano y retiró su arma. –Merci, monsieur –dijo el chofer, recibiendo el arma y entregando la tarjeta de identificación a Drew. Ahora, sostuvo el codo de su patrón, y condujo a los dos hombres, pasando bajo un arco, a una habitación con las paredes revestidas de libros, y con abundancia de gruesos sillónes de cuero y mesas de mármol.

-Póngase cómodo, monsieur Latham –dijo Lavolette, sentado en una silla de respaldo recto, indicando con un gesto a Drew que ocupase un sillón frente al dueño de casa–. ¿Le agradaría beber algo? Yo lo desearía. Creo que las conversaciones a esta hora exigen un poco de alcohol.

-Beberé lo que usted elija.

-Por supuesto, de la misma botella –dijo sonriendo el ex sacerdote. Hugo, dos Courvoisier.

Librodot

-Buena elección –dijo Latham, mientras paseaba la mirada sobre la biblioteca elegante y de alto techo–. ¡Qué hermosa habitación! –exclamó.

-Como soy un lector ávido, conviene a mis propósitos –dijo Lavolette–. Los invitados a menudo se sorprenden cuando me preguntan si he leído todos los volúmenes, y yo contesto "Generalmente dos o tres veces".

-Implica un gran esfuerzo de lectura.

-Monsieur Latham, cuando usted llegue a mi edad, descubrirá que las palabras son mucho más permanentes que las fugaces imágenes de la televisión.

-Alguna gente dice que una imagen vale mil palabras.

-Quizá eso suceda con una fotografia de cada diez mil; eso no lo negaré. Sin embargo, uno agota las imágenes conocidas, aunque se trate de un cuadro.

-No sé qué decirle. No he pensado mucho en ello.

-No, probablemente no tuvo tiempo. A su edad yo jamás lo tenía. –Llegaron dos vasitos de coñac, y el licor contenido en cada uno representaba exactamente dos centímetros y medio a contar desde la base. –Gracias, Hugo –continuó diciendo el experto retirado y ex sacerdote, y si cierra las puertas y espera en el vestíbulo, se lo agradeceré mucho.

-Oui, patron –dijo el chofer, abandonando la habitación y cerrando las pesadas puertas dobles.

-Muy bien, Drew Latham, ¿qué sabe usted de mí? –preguntó secamente Lavolette.

-Que usted abandonó el sacerdocio para casarse, y que cuando era muy jóven trabajó en tareas de cifrado para la inteligencia francesa. Fuera de eso, prácticamente nada. Excepto, por supuesto, lo que agregó Manfried Neuman. Me dijo que usted está ayudándolo a resolver su problema.

-Solamente puede ayudarlo un psiquiatra experto en problemas de la conducta; y en efecto, yo le imploré que lo buscase.

-Dice que usted le suministra asesoramiento religioso, porque soportó el mismo problema.

-Eso es un modo extraño de narrar las cosas. Me enamoré de una mujer y le fui fiel durante cuarenta años. Neuman siente el impulso de fornicar con muchas mujeres; en su caso, la selectividad es a lo sumo una consecuencia del tiempo y el lugar y de la oportunidad máxima. Le rogué repetidas veces que buscase ayuda antes de llegar a la destrucción total... ¿Vino a esta hora para decirme eso?

-Usted sabe que no. Sabe por qué estoy aquí, porque vi su expresión cuando le dije quien era. Usted intentó ocultar su reacción, pero fue como si le hubiesen asestado un puñetazo en el estómago. Neuman le habló de mí, y usted se lo dijo a otra persona. ¿A quién?

-Usted no comprende, ninguno de ustedes puede comprender jamás –dijo Lavolette, respirando hondo.

-¿Comprender qué?

-Todos vivimos con la soga al cuello, y no sólo nuestros cuellos –sería fácil prescindir de la propia vida–, sino los cuellos de terceros, ¡de muchos otros!

-Neuman le dijo quién era cierto coronel Webster, ¿verdad? ¡Que era un hombre llamado Latham!

-No de buena gana. Le arranqué la verdad, pues conocía la situación.

Tenía que saberlo.

-¿Por qué?

-Por favor, soy un anciano y dispongo de muy poco tiempo. No se las ingenie de modo que mi vida sea más complicada de lo que es.

-Le diré una cosa, padre, el gorila que tiene ahí afuera puede haberme quitado el arma, pero mis manos son tan buenas como una pistola. ¿Qué demonios hizo usted?

-Escúcheme, hijo. –Lavolette bebió su coñac de dos tragos, y retornó el temblor en la cabeza. –Mi esposa era alemana. La conocí cuando la Santa Sede me designó en la Iglesia del Santo Sacramento de Mannheim después de la guerra. Era casada con dos hijos y un marido que la maltrataba, un ex oficial de la Wehrmacht que dirigía una compañía de seguros. Nos enamoramos, nos amamos desesperadamente, y yo abandoné la Iglesia porque deseaba que compartiéramos el resto de nuestra vida. Se divorció de su esposo ante un tribunal suizo, pero la ley alemana le dio al ex marido la custodia de los hijos... Estos crecieron y tuvieron sus propios hijos, y después esos niños a su vez tuvieron hijos. Son dieciséis en las dos familias que constituyen la descendencia de mi querida esposa; y ella a todos los amaba, lo mismo que yo.

-De modo que se mantuvo en contacto con ellos.

-Oh, sí. Nos habíamos trasladado a Francia, donde comencé mis actividades empresarias, con la considerable ayuda de mis ex colegas de los servicios; y cuando pasaron los años, los hijos a menudo venían a visitarnos, aquí en París y durante el verano en nuestra casa de Niza. Llegué a amarlos como si hubieran sido mis propios descendientes.

-Me sorprende que el padre les permitiese ver a la madre –dijo Drew.

-No creo que eso le importase en un sentido o en otro, excepto por los gastos, que yo solventaba de buena gana. Él volvió a casarse y tuvo tres hijos más con la segunda esposa. Los dos primeros hijos, de mi mujer, eran más bien un obstáculo, pues a ese hombre le recordaban a un sacerdote de vida muy complicada que había quebrantado sus votos y trastornado la existencia de un empresario alemán. La vida de un oficial de la Wehrmacht... ¿Comienzo a entender?

-Dios mío –murmuró Latham, sus ojos nuevamente clavados en los de Lavolette–. Es un canje. Él todavía es nazi.

-Exactamente, salvo que ya no es un factor importante, pues falleció hace varios años. De todos modos, dejó sobrevivientes, rehenes fácilmente aprovechables por el movimiento.

-Sus propios hijos, y los hijos de éstos, perfectas vías de acceso a un ex sacerdote, otrora muy prestigioso y que todavía goza de la confianza de la inteligencia francesa. Un canje, y yo soy una de las piezas de este juego de ajedrez.

-Su vida, señor Latham, por la vida de dieciséis hombres, mujeres y niños inocentes, en efecto peones en un juego letal del cual nada saben. ¿Qué habría hecho usted en mi lugar?

-Probablemente lo mismo que usted hizo –reconoció Drew–. Ahora bien, ¿qué hizo usted? ¿con quién habló?

-¿Usted comprende que todos podrían haber muerto?

-No, si las cosas se hacen bien, y pondré todo mi esfuerzo para lograr que se hagan bien. Nadie sabe que vine aquí; eso depende de usted. ¡Dígame!

-Hay un hombre. Lamento decirlo, otro clérigo, pero no pertenece a mi Iglesia. Un ministro luterano, bastante jóven, al final de la treintena o al principio de la cuarentena. Es el líder de esa gente aquí en París, el principal contacto con la jerarquía nazi en Bonn y en Berlín. Es el reverendo Whilhelm Koenig, y tiene su iglesia en Neuilly–sur–Seine; es la única iglesia luterana en el distrito.

-¿Usted lo ha conocido?

-No. Cuando hay que entregarle documentos, envío a un feligrés de nuestra Asociación de la Alianza Cristiana, alguien muy anciano o muy jóven, cuyo único interés está en los francos que se le pagan. Por supuesto, interrogué a unos pocos, y me enteré de la edad aproximada y la descripción de nuestro hombre.

-¿Qué aspecto tiene?

-Es bastante bajo, y muy atlético, muy musculoso. Posee un gimnasio, donde tiene distintas máquinas y una colección de pesas, en el subsuelo de su parroquia. Se reúne allí con los mensajeros, sin su cuello clerical, y siempre sentado en una de esas bicicletas fijas, o en una máquina destinada a fortalecer el torso, al parecer para disimular su escasa estatura.

-Por supuesto, esto último usted lo imagina.

-Monsieur, trabajé para la inteligencia francesa, pero no necesito el entrenamiento especial para saber a qué atenerme. Envié a un devoto feligrés de doce años con la misión de entregarle un paquete, y Koenig estaba tan excitado que se apartó de la máquina en la cual estaba trabajando, y el niño me dijo: "Padre, no creo que sea tan alto como yo; pero Dios mío, es todo músculo".

-En ese caso, no será difícil encontrarlo –dijo Latham, terminando de beber su coñac y poniéndose de pie–. ¿Koenig tiene seudónimo?

-Sí, conocido sólo por unas cinco personas en toda Francia. Es Heracles, hijo de Zeus en la mitología griega.

-Gracias, monsieur Lavolette; trataré de proteger a los parientes de su esposa en Alemania. Pero como dije a alguien más esta noche, es todo lo que puedo prometer. Hay otra persona que tiene precedencia.

-Vaya con Dios, hijo mío. Muchos creen que he perdido el privilegio de decir eso, pero estoy convencido de que Él no perdió la fe en mí. A veces nuestro mundo es terrible, y todos debemos comportarnos ejercitando el libre albedrío que Él nos concedió.

-Tengo algunos problemas en ese sentido, padre Lavolette, pero no lo molestaré con ellos.

Librodot

-Gracias por su actitud. Hugo le devolverá su arma y lo acompañará hasta la salida.

-¿Puedo formular un último pedido?

-Eso depende de lo que sea, ¿entiende?

-Un trozo de cuerda o alambre de unos tres metros de longitud me alcanzarán.

-¿Para qué?

-Todavía no sé muy bien cómo lo usaré. Pero creo que debo contar con dicho elemento.

-Ustedes los agentes secretos siempre tienen actitudes muy esotéricas.

-Es propio de la profesión –observó calmosamente Drew. –Cuando no sabemos lo que nos espera, tratamos de imaginar las posibilidades. No son tantas.

-Hugo tratará de encontrar lo que usted necesita. Dígale que busque en la alacena.

Eran las tres y diez de la mañana cuando Drew llegó a la parroquia luterana de Neuilly–sur–Seine. Despidió el taxi y se acercó a la iglesia, que estaba unida con una sacristía por una columnata breve y cerrada. Todo estaba a oscuras, pero el cielo nocturno, iluminado por una brillante luna Parisiense, definía claramente las dos estructuras. Latham dedicó casi veinte minutos a caminar alrededor del edificio, examinando cada ventana y cada puerta, concentrando la atención en las habitaciones privadas de la sacristía, donde vivía el líder neo. Era fácil entrar en la iglesia; pero no podía decirse lo mismo de las habitaciones privadas. Había abundancia de alarmas contra intrusos. Los cables metálicos aparecían por doquier.

Accionar la alarma podía impresionar al nazi, pero también representaba la forma más negativa de advertencia. Drew tenía la dirección y el número de la parroquia. Extrajo el teléfono portátil suministrado por Witkowski, y después retiró del bolsillo el delgado anotador. Reflexionó en lo que diría, leyó el número y después marcó.

-¡Allô, allô! –dijo la voz masculina aguda al segundo llamado.

-Hablaré en inglés, pues soy un Sonnenkind nacido y educado en Estados Unidos...

-¿Qué?

-Asistí a una conferencia en Berlín y se me ordenó hablar con Heracles antes de regresar a Nueva York. Mi avión se vio retrasado por las condiciones del tiempo, pues de lo contrario me habría comunicado con usted hace varias horas; mi vuelo a Estados Unidos parte en tres horas. Debemos vernos. Ahora.

-¿Berlín... "Heracles"...? ¿Quién es usted?

-No me agrada repetirme. Soy un Sonnenkind, el Führer de los Sonnenkinder de Estados Unidos, y exijo que usted me demuestre respeto. Poseo información que debo transmitir.

-¿Donde está?

-A diez metros de su puerta principal.

-¡Mein Gott! ¡Nadie me dijo nada!

-No hubo tiempo; no podían usarse los canales comunes, pues están infiltrados.

-¡Eso me parece increíble!

-Créalo, o de lo contrario utilizaré este teléfono para comunicarme con Berlín, o incluso con Bonn, y llegarán otras instrucciones que removerán de su cargo a Heracles. Descienda y reúnase conmigo en treinta segundos, o llamaré a Berlín.

-¡No! ¡Espere! ¡Ya voy!

Antes de que hubiese pasado un minuto, se encendieron las luces de los pisos altos, y después las de los pisos bajos. Se abrió la puerta principal y apareció el reverendo Wilhelm Koenig, en piyama y protegido por un chal azul. Drew lo examinó desde las sombras que cubrían el jardín. Ciertamente, era un hombre pequeño, pero de anchas espaldas y piernas gruesas, no muy diferente de un sólido mastín, con las piernas muy arqueadas. Y como un enorme bulldog, la cara grande y rojiza parecía cristalizada en un gesto de desafío, como si estuviese dispuesto a atacar.

Latham salió de la oscuridad del prado y se acercó a la luz de la entrada.

-Por favor, venga aquí, Heracles. Hablaremos afuera.

-¿Por qué no entra? El aire está frío. Se está mucho mejor adentro.

-Yo no tengo frío –dijo Drew–. En realidad, está más bien tibio y húmedo.

-En ese caso nuestro aire acondicionado es preferible, ¿no le parece?

-Mis instrucciones fueron que no mantuviese conversaciones en su sacristía; la razón de esa norma es evidente.

-¿Supusieron que yo grabaría lo que dijésemos, incriminándome yo mismo? –exclamó Koenig con un murmullo áspero, saliendo de la sacristía. –¿Usted está verruckt?

-Podría formularse otro supuesto más razonable.

-¿A saber?

-Que los franceses han instalado micrófonos en la casa.

-¡Imposible! Tenemos artefactos que funcionan constantemente, y que revelarían cualquier invasión.

-Reverendo, la tecnología avanza a diario. Vamos, sígale la corriente a nuestros superiores de Berlím, aunque se equivoquen. Francamente, los dos debemos obedecer.

-Muy bien. –Koenig comenzó a descender el único peldaño del porche, cuando Drew lo contuvo.

-Un momento.

-¿Qué?

-Apague las luces y cierre la puerta. No queremos que un patrullero policial se detenga aquí, ¿verdad?

-Tiene razón.

-¿Quién más está en la casa?

Librodot

-Mi ayudante, cuyas habitaciones están en el desván, y mis dos sabuesos, que permanecen en la cocina hasta que yo los llamo.

-¿Puede apagar las luces del piso alto desde aquí?

-Las del corredor sí, pero no las del dormitorio.

-Apáguelas también.

-Usted es excesivamente prudente, Herr Sonnenkind.

-Es el resultado de mi entrenamiento, Herr Heracles.

El sacerdote entró en la casa; varios segundos después se apagaron las luces principales, tanto en la planta baja como en el primer piso, Y de pronto Koenig gritó:

-¡Hunde! ¡Aufrug! –Cuando el líder neo regresó al portal en sombras, la luz de la luna reveló dos figuras más, una a cada lado del dueño de casa. Se acostaron en el suelo, las cabezas grandes y los pechos sólidos, los dos apoyados en las cuatro patas ligeramente arqueadas. Los perros del reverendo se parecían al propio religioso; eran animales robustos.

-Son mis amigos, Donner y Blitzen; a los niños de la parroquia les agradan los nombres. Son completamente inofensivos, a menos que yo les imparta cierta orden, la cual por supuesto no puedo mencionar porque estos animales se arrojarían sobre usted y lo destrozarían.

-A Berlín esto no le agradará.

-En ese caso, no me de motivos para usarlos –continuó Kroenig, saliendo al jardín, con sus dos guardianes a los costados. –Y por favor, nada de comentarios acerca de los dueños que se parecen a sus perros, o a la inversa. Esas observaciones las escucho a cada momento.

-No comprendo por qué. Usted es un poco mas alto.

-Sonnenkind, usted no me parece divertido –dijo el nazi, mirando a Drew y protegiéndose los hombros con un amplio chal azul que le disimulaba la mano izquierda. No era difícil saber lo que Koening sostenía bajo el chal. –¿En qué consiste esa información de Berlín? Por supuesto, trataré de reconfirmarla.

No lo hará desde esta casa –lo contradijo enérgicamente Latham. Salga a la calle o mejor todavía va a a otro distrito y llame a quien se le antoje; pero desde aquí no. Usted ya tiene graves problemas, no los complique. Es un consejo amistoso.

-Entonces hablan en serio. ¿Creen que a pesar de todas mis precauciones estoy corriendo riesgos.

-Ciertamente, Heracles.

-¿Sobre qué bases?

-Ante todo, quiero saber si usted tiene a la mujer.

-¿De Vries?

-Creo que ese era el nombre. No estoy seguro la transmisión era terrible. Tengo que comunicarme con Berlín en la próxima hora.

-¿Como pueden haberse enterado del episodio de esa mujer? ¡Todavía no hemos presentado nuestro informe! Estamos esperando los resultados.

-Supongo que hay topos en la inteligencia francesa, la Sûrete, esa clase de organizaciones... Vea, Koenig, no deseo saber nada que no corresponda a

mi órbita; tengo mis propios problemas allá en Estados Unidos. Solo deseo que me suministre las respuestas para enviarlas a nuestros superiores. ¿Sabe quien es esta mujer?

-Por supuesto.

-Ustedes no la mataron. Era una afirmación, no una pregunta.

-Todavía no. En pocas horas la liquidaremos si no nos suministra resultados. Y dejaremos su cadáver en los peldaños de la embajada de Estados Unidos.

-¿Qué resultados? Y no me venga con una serie de hechos complicados... solo la síntesis, para satifacer a nuestra gente. Créame, le conviene hablar.

-Está bien. Apenas amanezca nuestra unidad atrapará al amante de esta mujer, ese Latham, para decirle que si él quiere volver a verla viva debe acudir a una cita, un parque o un monumento... un lugar donde varios de nuestros tiradores expertos puedan disimularse. Cuando el llegue, una serie de disparos los liquidará a los dos.

-¿Donde es esa cita?

Ésta es una decisión que corresponde a la unidad, no a mí. No tengo la más mínima idea.

-¿Donde la retienen ahora?

-¿Por qué esa información interesa a Berlín? –El neonazi de pronto entrecerró los ojos, y miró inquisitivo a Drew. –Antes nunca reclamaron ese tipo de información táctica.

-¿Como demonios puedo saberlo? –Cuando Drew alzó la voz, los perros gruñeron. –¡Simplemente repito lo que ellos me dijeron que preguntase! –Dominado por la ansiedad, Latham pudo sentir la transpiración que le corría por la cara. ¡Control, maldición, control! ¡Unos pocos instantes más!

-Esta bien. ¿Por que no? –Dijo el religioso. –Lo que esta en marcha, no puede ser frustrado por hombres que se encuentran a ochocientos kilómetros de distancia. Se encuentra en un apartamento de la rue Lacoste, número veintitrés.

-¿Que apartamento?

-No me lo dijeron. Alquilaron el lugar, y ni siquiera tienen teléfono. Por supuesto, al llegar la mañana desaparecerán, y el propietario tendrá varios meses de alquiler pero sin inquilinos.

"Primer paso –pensó Drew–. El segundo paso era desembarazarse de los malditos perros, y caer sobre Koening."

-Creo que eso es todo lo que Berlín quiere –dijo.

-Y bien, ¿cual es la información que debía suministrarme? –preguntó el neo veterano.

-Órdenes mas que información –dijo Latham–. Usted tiene que suspender provisionalmente todas las actividades, y no impartir ni aceptar instrucciones de nadie. Cuando llegue el momento oportuno, Berlín se comunicará y le dirá que reanude las operaciones. Además, si quiere confirmar las instrucciones que yo le traje, hágalo en los niveles mas bajos, preferiblemente a través de España o portugal;.

-¡Eso es absurdo! –dijo el diminutoprelado mientras los dos perros gruñían y rezongaban simultáneamente. –¡Halten! –gritó, tranquilizando a los animales. –¡Soy el hombre mas seguro de Francia!

-Me dijeron que le explicase que eso es lo que pensó un individuo llamado Andre; y ahora esta acabado.

-¿Andre?

-Ya me oyo... y no se quien es ni lo que significa.

-¡Mein Gott, Andre! –La voz del nazi se debilitó, y en su cara se dibujó una expresión de confusión y miedo. ¡El era tan getarnt!

-Lo siento, no puedo acompañarlo en sus reflexiones, las celulas norteamericanas no quieren reclutar exclusivamente a los que hablan alemán. Imaginan que eso puede ser una desventaja.

-Era imposible que alguien lo descubriese.

-Creo que usted se equivoca. Berlín dijo algo acerca del retorno de Andre a Estrasburgo, dondequiera se encuentre su lugar.

-¿Estrasburgo? Entonces, usted sabe.

-No se nada, y no quiero saber. Solo deseo llegar a Heathrow y abordar el avión en dirección a Chicago.

-¿Que debo hacer?

-Ya se lo dije, Heracles. Por la mañana comuníquese con sus enlaces en España o Portugal... de un teléfono que este alejado de aquí... Confirme mis órdenes, y haga como dice Berlín. ¿Puedo hablar mas claramente?

-Todo me parece tan confuso...

-Al demonio con la confusión –dijo Latham, comenzado a apretar el codo de Koenig, y en ese momento los perros gruñeron. –Vamos, dígale a sus sabuesos que entren, y yo lo seguiré. En todo caso, usted me debe una copa.

-Oh, ciertamente... Rein –ordenó Koenig, y los dos animales entraron por la puerta abierta. –Aquí estamos, Herr Sonnenkind, entre.

-Todavía no –dijo Drew, y de pronto cerró con fuerza la puerta de modo que el neo quedó afuera, y enseguida le quitó el chal azul que le cubría los hombros, revelando la pequeña automática que sostenía en la mano izquierda. Antes de que el confundido Koenig pudiese reaccionar, Latham aferró el arma, y describió un violento movimiento suponiendo que fracturaría la muñeca del nazi o el arma caería al suelo; aflojo la presión cuando los dedos de Koenig se abrieron a causa del sufrimiento, Drew se apoderó de la pistola y la arrojó lejos.

Lo que siguió fue nada menos que una lucha de vida o muerte entre dos animales humanos, perros feroces ambos, cada uno animado con un impulso que lo consumía, uno ideológico y el otro intensamente personal. Koenig era un felino lanzado al ataque, con zarpazos y garras mortales; Latham era el lobo que gruñía, mostrando los colmillos, siempre apuntando al cuello, en este caso, a cualquier apéndice al que pudiese aferrar, retener e inmovilizar. En definitiva, prevalecieron el tamaño del lobo y la fuerza levemente superior. Los dos animales, ensangrentados y exhaustos, sabían quién había ganado la batalla. Koenig yacía en el suelo, un brazo fracturado, el otro dislocado, los músculos de ambas piernas parcialmente paralizados. Latham, las manos lastimadas y sangrantes, el pecho y el estómago tan

Librodot

castigados que sentía el impulso irrefrenable de vomitar, permaneció de pie sobre el nazi, y escupió en dirección a su cara.

Drew se arrodilló, extrajo de su cintura la cuerda suministrada por Hugo, y procedió a maniatar de brazos y piernas al líder neo, uniendo ambas ataduras sobre la espalda de Koenig; cada vez que él se debatía el cordel se tensaba más. Finalmente, Latham rompió en pedazos el chal azul, como había hecho con las sábanas del hotel Normandie, y amordazó al religioso. Después de consultar su reloj, arrastró a Koenig hacia los arbustos, de un golpe lo desmayó, extrajo su teléfono y marcó el número de Stanley Witkowski.

Librodot

32

¡Hijo de perra! –rugió el coronel. –¡Moreau quiere su trasero frente a un pelotón de fusilamiento, y no puedo decir que estoy en desacuerdo con él!

-Entonces, ¿sus dos hombres consiguieron liberarse?

-¿Qué creyó que estaba haciendo? ¿Qué es lo que pretende?

-Si usted se calma un momento o dos, se lo diré.

-¿Que yo me calme? Oh, tengo mucho por lo cual calmarme. Courtland tiene que presentarse por la mañana en el Quai d'Orsay, para explicar lo que usted hizo; a usted se lo declara persona no grata, y se lo expulsa del país; un gobierno extranjero presenta una protesta formal contra mí, ¿y usted me dice que me calme?

-¿Moreau está detrás de todo esto?

-Precisamente.

-Entonces, podemos controlarlo.

-¿Está escuchándome? ¡Agredió a dos agentes del Deuxième, los amordazó y los retuvo prisioneros maniatándolos, sin que pudieran comunicarse durante varias horas, con lo cual arruinó una importante investigación de la inteligencia francesa!

-Sí, pero Stanley, realicé progresos. La clase de progresos que Moreau desea más que nada.

-¿ Qué...?

-Envíe una unidad de infantes de marina a una iglesia luterana de Neuilly–sur–Seine. –Latham suministró la dirección a Witkowski, y explicó la posición de Koenig entre los arbustos. –Es el jefe supremo del movimiento neo en París, creo que con más rango que Estrasburgo; por lo menos, su cobertura es mejor.

-¿Cómo lo descubrió?

-Ahora no hay tiempo para eso. Llame a Moreau y ordene a los infantes de marina que lleven a Koenig al Deuxième Bureau. Dígale de mi parte a Claude que la presa es auténtica.

-El querrá algo más que un ministro luterano maltratado ¡Dios mío, tal vez usted está loco, y él perderá su empleo, y tendrá que afrontar toda clase de reclamos judiciales!

-De ningún modo. El seudónimo de Koenig es Heracles, un nombre extraído de la mitología.

-¿La mitología griega? –interrumpió el coronel. –Heracles es hijo de Zeus, y era famoso por su fuerza.

-Excelente –dijo Drew con amabilidad–. Ahora, active las cosas lo cual le llevará sólo un minuto o dos. Después, quiero que se reúna conmigo...

-¿Con usted? ¡Será para volarle la tapa de los sesos!

-Postérguelo, Stanley. Sé dónde tienen a Karin.

-¿Qué?

-Rue Lacoste, número veintitrés. No conozco el apartamento, pero lo alquilaron hace poco.

-¿Lo supo por el sacerdote?

Librodot

-En realidad, no fue difícil. Estaba asustado.

-¿Quizás él...?

-¡No hay tiempo, Stosh! Tenemos que ser solamente usted y yo. Si perciben un cambio, si ven un auto desconocido o dos estacionando en la calle a esta hora, la matarán. De todos modos, se proponen liquidarla en una hora o dos, si no llegan a mi y me atrapan.

-Me reuniré con usted a unos cien metros al este del edificio, entre los faroles, en el rincón más oscuro de la calle.

-Gracias Stanley. Le aseguro que hablo en serio, sé cuándo una operación individual necesita refuerzos, y en esto no hay nadie mejor que usted.

-No tengo alternativa. Sería imposible que usted conociese un hombre como Heracles, a menos que se lo hayan informado hace poco.

Karin de Vries estaba sentada en la silla recta, las manos atadas a la espalda, y un neo delgado y de espaldas anchas se encontraba frente a ella, sentado a horcajadas en una silla de madera los brazos sobre el respaldo, una pistola en la mano derecha; la pistola tenía un cilindro agregado al cañón. Un silenciador.

-¿Por que cree que su esposo esta vivo, Frau de Vries? –preguntó el nazi en alemán. –Lo que es más importante, si eso es cierto, y lo aceptamos con un enorme esfuerzo de la imaginación, ¿por qué tenemos que saber nada al respecto? En realidad, buena mujer, todos saben que fue ejecutado por la Stasi.

-Tal vez sea la noticia difundida, pero es mentira. Si una mujer vive con un homhre ocho años, conoce su voz cuando la oye, por irregular o incoherente que sea.

-Eso es fascinante. ¿Usted oyó su voz?

-Dos veces.

-Los archivos de la Stasi dicen lo contrario, y agregaré que lo dicen del modo más gráfico.

-Ése es el problema –observó fríamente Karin. –De un modo demasiado gráfico.

-Sus palabras carecen de lógica.

-Ni siquiera los individuos más perversos de la Gestapo describieron detalladamente la tortura y la ejecución de los prisioneros. No les convenía.

-Eso fue antes de mi tiempo.

-También de mi tiempo, pero hay registros. Tal vez usted podría leerlos.

-No necesito sus instrucciones, madame... Esas voces, ¿como las escuchó?

-¿Como podría haberlas oído? Naturalmente, por teléfono.

-¿Por teléfono? ¿Él la llamó?

-No usando su nombre, pero con las diatribas que él solía usar a menudo durante el último año de nuestro matrimonio, antes de esa supuesta ejecución a manos de la Stasi.

-Por supuesto, usted increpó a esta persona que le habló por teléfono, ¿no es así?

-De ese modo solo conseguí que los gritos pareciesen más enloquecido. Herr Nazi, mi esposo es un hombre muy enfermo.

-Considero que esa designación es un cumplido –dijo el neo, sonriendo y manipulando la pistola–. ¿Por que dice que su esposo esta enfermo, o para decirlo de otro modo, por que me lo comunica?

-Porque creo que es uno de ustedes.

-¿Uno de los nuestros? –preguntó incrédulo el alemán–. ¿Freddie de Vries, el provocador de Ámsterdam, el enemigo jurado del movimiento? ¡Perdóneme, Frau de Vries, pero debo afirmar que ahora usted perdió el juicio! ¿Como podría existir una cosa semejante?

-Se enamoró del odio, y ustedes son la personificación del odio.

-No la comprendo.

-Yo misma no me comprendo, porque no soy psicóloga, pero se que tengo razón. Su sentimiento de odio le impedía avanzar en la dirección que fuese, pero tampoco podía vivir sin el. Ustedes le hicieron algo... que fue, lo ignoro; tengo una teoría, pero evidentemente carezco de pruebas. Ustedes lo encauzaron, encauzaron su odio, orientaron sus fuerzas lanzándolas contra todo aquello en lo cual él creía...

-Ya oi bastante de todas esas tonterías. ¡Realmente, usted está loca!

-No, estoy completamente cuerda. Incluso creo saber cómo lo consiguieron.

-¿Consiguieron qué?

-Volverlo contra sus amigos, que para ustedes son el enemigo.

-¿Y cómo logramos realizar el milagro?

-Consiguieron que dependiese de ustedes. Durante los últimos meses, las variaciones de humor llegaron a ser más extremas que nunca... Se ausentaba mucho tiempo, pero cuando estábamos juntos era otro hombre, en cierto momento deprimido, y violento al siguiente. Había días en que parecía un niño, un pequeño que deseaba un juguete con tanta intensidad que cuando no lo conseguía huía del apartamento y desaparecía horas enteras. Después regresaba, arrepentido, pidiendo perdón por sus estallídos.

-¡Madame –exclamó el neo–, no tengo la más mínima idea acerca de lo que usted está diciendo!

-Drogas, Herr Nazi, estoy hablando de las drogas. Creo que ustedes administraban narcóticos a Frederick, y que por eso llegó a depender tanto de los neos. Sin duda, ahora lo retienen en algún refugio de las montañas, y mantienen su adición, y le arrancan información cada vez que la necesitan. Es un verdadero reservorio de secretos, incluso teniendo en cuenta los secretos que él mismo ya olvidó.

-Usted está loca. Si tuviésemos un hombre así, hay otras drogas que podrían revelar esos secretos en cuestión de minutos. ¿Qué nececidad tendríamos de perder tiempo y dinero y prolongar su vida?

-Porque el Amytal y los derivados de la escopolamina no pueden producir secretos que ya desaparecieron de la memoria.

-En ese caso, ¿para qué sirve una fuente así?

-Las situaciones cambian, las circunstancias varían. Uno tropieza con un obstáculo, que puede ser un hombre o una táctica determinada, afronto

Librodot

la situación, y los recuerdos retornan. Pueden revelarse las identidades, y explicarse las tácticas antaño conocidas.

-Dios mío, usted leyó un número excesivo de novelas.

-Nuestro mundo –el suyo, y hasta no hace mucho tiempo el mío se basa sobre todo en hipótesis imaginadas.

-¡Suficiente! Usted es excesivamente culta para mí... Sin embargo, una pregunta, Frau de Vries. Dada una hipótesis imaginada, como usted la llama, digamos que usted acierta y que tenemos a su marido en las condiciones que usted misma ha descrito. ¿Por qué quiere encontrarlo? ¿Está ansiando llegar a una reunión?

-Estimado Nazi, eso es lo que menos deseo.

-¿Entonces?

-Podríamos decir que deseo satisfacer mi curiosidad mórbida. ¿Qué determina que un hombre se convierta en un ser diferente del que conocimos? ¿Cómo puede convivir con él mismo? O también usted podría decir, que si estuviese a mi alcance, desearía verlo muerto.

-Ésas son palabras graves –dijo el neo, acomodándose mejor en la silla y apuntando burlonamente la pistola a su propia cabeza–. ¡Bum! ¿Usted haría eso si pudiese?

-Probablemente.

-¡Por supuesto! Usted ya Encontró a otro hombre, ¿no es verdad? un hombre de la inteligencia norteamericana, un excelente agente secreto de la CIA, llamado Harry Latham.

Karin permaneció inmóvil, la expresión inescrutable.

-Eso carece de importancia. No guarda relación con nuestro asunto.

-No creemos eso, madame. Ustedes son amantes, ya lo hemos comprobado.

-Comprueben lo que se les antoje, eso no cambia la realidad. ¿Por qué están interesados en... Harry Latham?

-Usted conoce la razón tanto como yo. –El neo sonrió, y apoyó los dos talones en el piso; ahora era un alegre caballero montado en su corcel. –Sabe demasiado acerca de nosotros. Se infiltró en nuestros antiguos cuarteles generales del Hausruck, y vio cosas, aprendió cosas que no debía haber visto o conocido. Pero es solo cuestión de una hora o dos, y ya no será una espina clavada en el cuerpo de nuestros superiores. Cumpliremos las órdenes al pie de la letra, incluso descargando el golpe de gracia en el costado izquierdo de su cráneo. ¿Observa que somos maravillosamente concretos? No nos movemos con hipótesis, y menos todavía con invenciones. Somos la realidad, ustedes son la ficción. Y nada pueden hacer para detenernos.

-¿Por qué esa calavera, sobre el costado izquierdo de su cráneo? –preguntó de Vries en un tono neutro, como hipnotizada por las palabras del nazi.

-También nosotros lo hemos preguntado, pero entonces uno de nuestros reclutas más jóvenes, un individuo muy culto, suministró la respuesta. Se remonta al siglo XVII, cuando la ejecución de los hombres condenados estaba a cargo de un solo oficial. Si el condenado había exhibido valor en el combate, le disparaban sobre el costado derecho de la cabeza; si

carecía de cualidades especiales, recibía el tiro sobre el lado izquierdo, sinistra, en italiano, el país donde comenzó la costumbre, sinister en inglés. Harry Latham es basura. ¿Necesito decir más?

-Eso me parece un rito bárbaro –dijo Karin en voz apenas audible, mientras contemplaba al asesino delgado y musculoso.

-Los ritos, estimada señora, son la base de toda la disciplina. Cuanto más antiguos, más arraigan en el ser humano y más veneración merecen.

De la habitación contigua llegó el breve sonido de la estática, seguido por una voz masculina sofocada que hablaba en alemán. La voz cesó, y unos segundos después apareció otro neo en la puerta; éste era más jóven que el interrogador que hablaba con de Vries, pero no menos delgado y musculoso.

-Berlín por la radio –dijo–. Las autoridades de París nada saben; no han averiguado nada, de modo que debemos proceder de acuerdo con el programa.

-Fue una comunicación inútil. ¿Cómo pudieron saber algo?

-Bien, estaban los cuerpos frente al hotel Normandie...

-Y un automóvil del Deuxième sobre la margen del Sena. ¿Entonces?

-Dijeron que asegurásemos que todo... bien, usted sabe a qué me refiero... y el Château de Vincennes, al norte del Bois.

-Sí, sé lo que usted quiere decir, y a lo que Berlín alude. ¿Algo más?

-Comenzará a amanecer en una hora.

-Helmut está en su lugar, ¿verdad?

-Así es, y conoce las palabras que debe pronunciar.

-Dígale que realice el llamado en veinte minutos.

-Pero aún estará oscuro.

-Lo sé. Es mejor que ocupemos nuestros lugares y realicemos un reconocimiento, ¿verdad?

-Como siempre, señor, usted se muestra brillante.

-Eso también lo sé. ¡Adelante!

El segundo neo desapareció y el interrogador se volvió hacia Karin.

-Frau de Vries, me temo que deberé amordazarla. Después, le quitaré las cuerdas y usted nos acompañará.

-¿Adónde iremos, como no sea a mi propia muerte?

-No sea tan pesimista. Matarla no es una prioridad para nosotros.

-Y Hitler protegió a los judíos.

-Ach, usted puede ser realmente divertida.

Latham se reunió con Witkowski a unos sesenta metros de distancia de la rue Lacoste 23, en un callejón estrecho y oscuro.

-Buen lugar –dijo Drew.

-No había otro. No sé quién paga las cuentas de electricidad de la Ciudad Luz, pero seguramente son facturas impresionantes.

-Hablando de luces, éste es el único lugar desde el cual podremos apuntar al centro del apartamento.

-Se equivoca –dijo el coronel–. Lo que buscamos está en el quinto piso, en la esquina oeste.

-Bromea.

-No bromeo cuando estoy portando dos automáticas con silenciadores adaptados especialmente, cuatro cargadores y una escopeta recortada bajo el impermeable.

-¿Como lo supo?

-Gracias a Moreau, que continúa reclamando su cabeza, pero que recibió su paquete.

-¿Koenig?

-Exacto. Cosa extraña, la Sûreté tenía en sus archivos a ese buen prelado.

-¿Como neo?

-No, a causa de su predilección por los jovencitos. Llegaron a la policía cinco quejas anónimas.

-¿Y qué pasó con el apartamento?

-Claude investigó al propietario del edificio; el resto fue fácil. Nadie quiere disgustarse con un organismo que puede castigarlos apelando a las oficinas de impuestos y de salud pública.

-Stanley, usted es una maravilla.

-No lo soy, lo es Moreau, y parte del acuerdo es que usted se disculpe ante sus hombres, les compre regalos muy caros y los lleve a compartir una cena sumamente costosa en la Tour d'Argent. Con las familias.

-¡Eso me costará dos meses de sueldo!

-Yo acepté en su nombre... Y ahora, veamos como podemos ejecutar esta misión sin apoyo.

-Primero entramos, y después ascendemos la escalera –replicó Latham–. Nos movemos muy discretamente y con mucho cuidado.

-Seguramente tienen vigilancia en la escalera. Es mejor usar el ascensor. Seremos dos borrachos cantando algo parecido a Auprès de Ma Blonde, con voces bastante estridentes, pero no en exceso.

-No está mal, Stosh.

-Yo estaba en esta profesión cuando usted todavía participaba en los concursos de las fábricas de cereales. Usamos el ascensor hasta el piso sexto o séptimo, y descendemos. Pero tiene razón acerca de la necesidad de evitar el escándalo y ser muy cuidadosos. Se lo concedo.

-Gracias por el cumplido. Lo incluiré en mi resumen.

-Si sale de esto, tal vez necesite un resumen antes de los que cree. Sospecho que Wesley Sorenson querrá verlo apostado en algún lugar de la Mongolia. Ahora, en marcha. Manténgase cerca de los edificios; a partir del quinto piso la línea de visión de esta gente es negativa.

Latham y Witkowski, uno detrás del otro, caminaron a lo largo de la calle Lacoste, escondiéndose en un portal tras otro hasta que llegaron al número 23. La entrada estaba al nivel del suelo; llegaron al vestíbulo, probaron una puerta cerrada y después examinaron la lista de apartamentos y ocupantes.

-Sé hacer esto –dijo el coronel, la mano extendida para presionar el botón de un apartamento del noveno piso. Cuando una voz femenina sobresaltada y somnolienta contestó por el intercomunicador, el coronel dijo en buen francés: –Soy el capitán Louis d'Ambert, de la Sûreté. Usted puede llamar a mi oficina para confirmar mi identidad, pero el tiempo es un factor indispensable en este caso. En este edificio hay una persona peligrosa, que constituye una amenaza para los inquilinos. Necesitamos entrar y arrestarlo. Le indicaré el número de mi oficina en la Sûreté, con el fin de que usted pueda comprobar mi autoridad.

-¡No se moleste! –dijo la mujer–. En los tiempos que corren los delitos son cada día más graves... criminales, asesinos en nuestras propias casas.

Sonó el llamador, y Drew y Witkowski consiguieron entrar. El ascensor estaba a la izquierda; el indicador mostraba que se había detenido en el cuarto piso. Latham pulsó el botón; el mecanismo crujió instantáneamente. Cuando se abrió la puerta, una luz en el indicador interior demostró que en el quinto piso alguien había apretado el botón rojo, para descender.

-Tenemos prioridad –dijo Stanley–. Marque el segundo piso.

-Son los neos –mumuró Drew–. Tienen que ser ellos.

-A esta hora, imagino que usted tiene razón –convino el coronel. De modo que descenderemos por la escalera, nos mantendremos al fondo del corredor y veremos si nuestros instintos todavía sirven para algo.

Así lo hicieron. Retornaron de prisa a la planta baja, se agazaparon al fondo del vestíbulo embaldosado, y observaron cuando se abrió la puerta del ascensor y Karin de Vries, la cara cubierta, apareció ante ellos acompañada por tres hombres, todos vestidos con prendas civiles comunes.

-¡Alto! –gritó Witkowski, emergiendo de las sombras. Latham estaba a su lado, y ambos apuntaban con sus armas. El neo que estaba más lejos giró bruscamente, llevando la mano hacia la sobaquera. El coronel disparó con la automática provista de silenciador. El hombre giró de nuevo, aferrándose el brazo, y cayó al suelo. –Esto fue más fácil de lo que yo creía, chlopak –continuó Witkowski–. Estos arios no son tan inteligentes como ellos creen.

-¡Mein! –gritó el que sin duda era el jefe del trío, aferrándose a Karin y escudándose tras ella y después desenfundando una pistola–. Un solo movimiento y esta mujer muere –gritó, apuntando con el arma a la sien de de Vries.

-En ese caso, debo demostrar mi valor en combate –dijo fríamente Karin, arrancándose la mordaza.

-¿Was?

-Usted aclaró que debía administrar el golpe de gracia sobre el costado izquierdo del cráneo de Harry Latham. Su arma está sobre mi lado derecho.

-¡Halt's Mnul!

-Me alegro de que usted no me considere despreciable, me alegro de no ser cobarde. Por lo menos, mi ejecución será honrosa.

-¡Cállese! –El líder neo la arrastró, los tacos de Karin arañando el piso, en dirección a la puerta. –¡Suelten las armas! –gritó.

-Suéltela, Stanley –dijo Drew.

Librodot

-Por supuesto –dijo el coronel.

Y entonces de la escalera llegó una voz, una voz irritada que hablaba en francés.

-¿Qué significa todo este escándalo? –exclamó una mujer anciana en camisón, descendiendo la escalera–. Pago mi alquiler para dormir bien después de trabajar todo el día en la panadería, ¿y tengo que soportar esto?

Aprovechando la súbita interrupción, Karin se desprendió de los brazos de su aprensor, mientras Witkowski extraía su segunda automática. Cuando de Vries se inclinó, Witkowski disparó dos tiros, uno en la frente del neo, y el otro en su cuello.

-¡Mon Dieu! –gritó la mujer de la escalera, y subió de prisa.

Latham corrió hacia Karin, sosteniéndola fieramente, y sus brazos parecían dos abrasaderas de enorme fuerza.

-Estoy bien, querido, estoy bien –dijo, al ver las lágrimas que descendían por la cara del hombre–. Pobre querido –continuó–, esto ya terminó, Drew.

-¡Al demonio si terminó! –gritó el coronel, apuntando con su arma a los dos neos vivos. El nazi a quien había herido estaba incorporándose. –Aquí –dijo Stanley, recogiendo su arma y la de Latham y entregando una a de Vries–. Cubran a este canalla que puede caminar, y yo me ocuparé del otro. Usted utilice su teléfono para llamar a Durbane, en la embajada. Que envíe aquí algunos vehículos.

-No puedo hacer eso, Stosh.

-¿Por qué demonios no puede?

-Quizá es uno de ellos.

Era medianoche, hora de Washington, y Wesley Sorenson estudiaba los materiales enviados por Knox Talbot, provenientes todos de los archivos de la CIA. Había dedicado horas a examinarlos; eran cincuenta y una carpetas, y buscaba en ellas la información que distinguiese a un sospechoso de los restantes. Su concentración se había visto turbada por un frenético llamado telefónico de París, para describir el ofensivo comportamiento de Latham.

-Quizá está detrás de algo, Claude –dijo Wesley, tratando de calmar a su colega.

-En ese caso, hubiera debido informarnos, en lugar de actuar solo. ¡No toleraré esto!

-Concédale un poco de tiempo…

-De ningún modo. ¡Saldrá de París, y de Francia!

-Veré lo que puedo hacer.

-Ya lo hizo, mon ami.

Más tarde, después de una embarazosa conversación con Witkowski, que estaba igualmente furioso, Moreau volvió a llamar a las cinco de la madrugada, hora de París. El horizonte cargado de nubarrones comenzó a aclararse. Drew había entregado a un auténtico neo disfrazado de ministro protestante.

-Debo reconocer que eso atenúa un poco su culpa –había dicho el francés.

Librodot

-Entonces, ¿le permitirá continuar en París?

-Con la rienda muy corta, Wesley.

El jefe de Operaciones Consulares había retornado al examen de un grupo selecto de candidatos posibles, extraídos del material que le envió la CIA; después, el jefe de Operaciones Consulares procedió a eliminar a los que sin duda eran negativos, más o menos como había hecho Knox. De los veinticuatro restantes, podó a varios más, basándose en los antiguos y venerables principios del motivo y la oportunidad, más un elemento al que Sorenson denominaba "el por qué al cubo", es decir el por qué a la tercera potencia; más allá de los motivos primarios y secundarios, invariablemente se ocultaba otro. Por último, como resultado de una vida adulta consagrada por entero a buscar lo que era esquivo, quedaron tres probables, una lista que debía ampliarse si ninguno de los tres candidatos era el culpable. Cada sospechoso tenía lo que él denominaba una cara "neutral", fisonomías que carecían de la definición de los rasgos salientes, el tipo de cara que los caricaturistas políticos subrayan. Segundo, ninguno ocupaba una posición influyente o de elevado perfil, los aspectos que negaban la posibilidad de afrontar riesgos. Sin embargo, cada uno de ellos era miembro de los equipos de examinadores, o tenía acceso a ellos, como correos o como investigadores. En tercer lugar, todos vivían en un nivel superior al de sus ingresos aparentes.

Peter Mason Payne. Encargado de reclutamiento de acuerdo con las necesidades de una de las divisiones. Casado, con dos hijos; residencia, una casa con un valor de 400.000 dólares en Vienna, Virginia, completa con una piscina agregada poco antes, de un costo estimado de 60.000 dólares. Automóviles: Cadillac Brougham y un Range Rover.

Bruce N.M.I. Withers. Funcionario de intendencia, uno de muchos. Divorciado, una hija, derechos de visita limitados. Ex esposa en la costa oriental de Maryland. Una casa por valor de 600.000 dólares, supuestamente comprada por los padres de la dama. Residencia del sujeto, un condominio en un distrito de Fairfax de altos alquileres. Automóvil: Jaguar SJ6.

Roland Vásquez–Ramírez. Investigador de tercer nivel y coordinador; había cuatro de éstos, incluyendo los dos niveles superiores. Casado, sin hijos. Residencia, complejo de apartamentos con jardín en Arlington. La esposa es una abogada de nivel inferior del Departamento de Justicia.

Se los conoce como frecuentadores de restaurantes caros, visten prendas de medidas. Automóviles: Porsche y Lexus.

Éstos eran los hechos esenciales, y probablemente ninguno tenía importancia hasta que uno examinaba las relaciones internas de la agencia. Peter Mason Payne buscaba reclutas cuando se solicitaban cualidades específicas. Era inevitable que interrogase a las diferentes divisiones, y pidiera con todo derecho ejemplos del tema, para alcanzar una visión más clara. La tarea de Bruce Withers era justificar las enormes erogaciones en equipos de oficina, incluso la electrónica completa. Era natural que tuviese que observar e incluso manejar personalmente ciertas máquinas, con el fin de solicitar a un superior que refrendase las enormes órdenes de compra. Roland Vásquez–Ramírez coordinaba el flujo de información entre los tres niveles de investigadores. Admitido que había restricciones extraordinarias,

Librodot

sobresellados, y otras cosas por el estilo, y un hombre que infringiese las normas no solo podía perder el empleo, sino que era concebible que se lo acusaría. De todos modos, esas restricciones, a menudo violadas inocentemente en beneficio de la practicidad, no impedirían la acción de un enemigo del Estado que ignoraría las normas pero no en una actitud inocente.

Los tres hombres se adaptaban a las formas del topo neo. Tenían la motivación que los inducía a sostener cierto estilo de vida, las opurtunidades a causa del acceso que sus cargos les facilitaban... lo que faltaba era ese abstracto "por qué a la tercera potencia". ¿Qué impulsaba a cualquiera de ellos a sobrepasar todo eso y convertirse en traidor? Un nazi que había liquidado a dos nazis capturados. Y después, Sorenson creyó que podía haberlos encontrado... pero sólo quizá. Cada candidato era esencialmente un mensajero, un enlace entre superiores; ninguno ejercía verdadera autoridad por sí mismo. Payne estudió los resúmenes de los solicitantes, y los que él proponía, a menudo ganaban mucho más que el propio Payne. Wither sólo podía recomendar compras extraordinarias, adquisiciones que aumentaban la eficiencia de quienes habían solicitado esos equipos... ¿y cuántos había que se beneficiaban con los "premios" aportados por las casas proveedoras mientras él no conseguía nada? Y Vásquez–Ramírez en efecto era un mensajero, y recogía sobres sellados, A, B y C, secretos que otros evaluaban, mientras él se mantenía al margen. Y cada uno había permanecido en esa tarea neutra, adoptando decisiones que otros anulaban fácilmente, durante una serie de años, con escasas posibilidades de progreso. Hombres así eran calderos de resentimiento.

No había tiempo para continuar racionalizando, para profundizar el análisis. O acertaba, pensó Sorenson, o se equivocaba. Y esto último significaba retornar al estudio de los materiales. Como había enseñado a Drew Latham en las primeras etapas del entrenamiento de la gente, a veces un ataque frontal era mejor, sobre todo si resultaba del todo inesperado. Se preguntó si Drew había utilizado esa estrategia para atrapar al ministro religioso neo. Si no lo había hecho concretamente, fue la conclusión de Wesley, por cierto había utilizado una variación. En vista de las limitaciones de tiempo, no había muchas alternativas. Extendió la mano hacia el teléfono.

-Por favor, el señor Peter Mason Payne.

-Habla Pete Payne, ¿quién habla?

-Kearns, de la Agencia –respondió Sorenson, utilizando el nombre de un subdirector relativamente conocido–. Pete, nunca nos hemos visto, y lamento molestarlo a esta hora.

-No hay problema, señor Kearns, estoy viendo televisión en mi madriguera. Mi esposa fue a acostarse; dijo que el programa era absurdo, y tenía razón.

-Entonces, ¿no se opone a interrumpir la televisión unos minutos?

-En absoluto. ¿Qué puedo hacer por usted?

-Es un poco delicado, Pete, pero la razón por la cual lo llamo ahora es que quizá mañana le pidan que ascienda a los pisos altos, y quizá usted desee pensar sus respuestas.

Librodot

-¿Qué respuestas? ¿Qué preguntas? –Quizá Peter Mason Payne no era el topo asesino, pensó Wesley, pero estaba recibiendo información de alguien. Lo adivinó por la exclamación ahogada que precedió a las palabras.

-Hemos tenido graves problemas de reclutamiento, de modo que estamos celebrando reuniones de evaluación, y continuamos con este trabajo casi las veinticuatro horas del día. Algunos de sus recomendados han sido descalificados, y eso costó a la Compañía la pérdida de muchas horas hombre.

-Entonces, el defecto estuvo en los resúmenes, o bien los solicitantes ensayaron las respuestas que ofrecerían en las entrevistas, señor Kearns. ¡Jamás propuse a nadie que no me inspirase confianza para la tarea en cuestión, y nunca recibí dinero bajo la mesa para formular una recomendación!

-Comprendo. –De modo que era eso, murmuró Sorenson. El rechazo era demasiado rápido, y el propio Sorenson ni siquiera había llegado a sugerir algo. –Pero yo no sugerí eso, ¿verdad, Peter?

-No, pero he oído los rumores... familias acaudaladas que desean que sus hijos ingresen en la Agencia para trabajar un par de años, porque es un buen antecedente cuando salen a buscar otros empleos... No quiero decir que es imposible que unos pocos se nos hayan escapado, como dije antes a causa de la falsa información y las respuestas ensayadas, pero tendrá que investigar a otros reclutadores para encontrar esas cosas. Ellos podrían suministrar dicha información, ¡yo nunca lo hice!

"Gracias a Dios, señor Payne, usted se mantuvo fuera del asunto –pensó el director de Operaciones Consulares–. Duró apenas once segundos." De todos modos, Peter Payne había llevado a Sorenson a la pregunta decisiva.

-Entonces, quizá uno de los otros intentan achacarle la culpa. Vea, los padres de uno de nuestros hombres fracasados dijeron que se habían reunido con un reclutador en las primeras horas de la madrugada, anteanoche, para entregarle el pago definitivo.

-¡Por Dios, no fui yo!

-¿Dónde estaba, Pete?

-Demonios, es fácil comprobar eso. –Era evidente el alivio en la voz de Payne. –Mi esposa y yo fuimos de visita a la casa de un vecino que está al final de esta calle, el Representante Erlich, para compartir un asado vecinal... un tanto tardío, porque la Cámara permaneció sesionando hasta esa hora. Estuvimos en esa casa hasta las dos y media de la madrugada. Y francamente, señor Kearns, ninguno de nosotros quiso ascender a un automóvil y salir a pasear.

Candidato rechazado.

-¿El señor Bruce Whithers, por favor?

-Amigo, nadie más vive aquí. ¿Quién es usted?

Sorenson repitió que era el subdirector Kearns, y ahora apuntó a los constantes y considerables excesos en las compras de materiales para la oficina.

Librodot

-Señor director, la alta tecnología es cara. No hay nada que yo pueda hacer al respecto, y francamente no me concierne adoptar esas decisiones.

-Pero sí le concierne formular recomendaciones, ¿verdad.

-Alguien tiene que ocuparse del trabajo especializado inicial, y eso es lo que yo hago.

-Digamos que varias empresas compiten para presentar la computadora más poderosa en la gama de los cien mil dólares. Su palabra tiene mucho peso, ¿verdad?

-No si mis jefes saben distinguir entre un megabyte y sus propios codos.

-Pero la mayoría no poseen ese conocimiento, ¿verdad?

-Algunos sí y otros no.

-Entonces, en el caso de los que no conocen,su recomendación probablemente es aceptada, ¿no le parece?

-Probablemente. Yo me encargo de mi trabajo.

-Y puede haber casos en que la elección de cierta compañía lo beneficia, ¿no es así?

-¡Acabe con esa clase de preguntas! ¿Qué intenta achacarme?

-La otra noche hubo un pago, para ser exactos al principio de la madrugada, y estuvo a cargo de una firma de Seattle que tiene un grupo de presión aquí en Washington. Y nos agradaría saber si usted fue el beneficiario.

-Eso es una estupidez –exclamó Withers, casi sin aliento. Discúlpeme, señor director, pero estoy profundamente ofendido. Ya llevo siete años en este piojoso cargo porque conozco la alta tecnología más que otros, ¡pero eso no me ha llevado a ninguna parte! No pueden reemplazarme, de modo que no me ascienden, y ni siquiera me degradan. Eso seguramente le dice algo.

-Bruce, no quiero ofenderlo. Sólo quiero saber dónde estuvo a las tres de la madrugada de anteayer.

-Usted no tiene derecho de preguntar eso.

-Creo que sí. A esa hora hicieron el pago.

-Escuche, señor Kearns, soy un hombre divorciado y debo encontrar mi placer donde puedo, si usted me entiende.

-Creo que sí. ¿Dónde estuvo?

-Con una mujer casada cuyo marido no está en el país. El marido es general.

-¿Ella respaldará su afirmación?

-No puedo indicarle el nombre.

-Usted sabe que la identificaremos.

-Sí, supongo que lo hará... Está bien, pasamos aquí la noche, y después ella se fue. El general está realizando una gira de inspección en Lejano Oriente, y la llama alrededor de la una...Dios no permita que él trastorne un cronograma militar por una esposa solitaria. Ésa es la historia de su matrimonio.

-Muy conmovedor, Bruce. ¿Cómo se llama?

-Necesita veinte a veinticinco minutos para volver a su casa.

-Su nombre, por favor.

-Anita Griswald, la esposa del general Andrew Griswald.

-¿El Loco Andy Griswald? ¿El azote de Songchow en Vietnam? Es un hombre bastante mayor, ¿verdad?

-Sí, para el ejército. Anita es su cuarta esposa. Es mucho más jóven, y el Pentágono le asigna diferentes tareas hasta que puedan desembarazarse de él dentro de un año; de hecho, sospecho que quieren sacárselo de encima cuanto antes.

-¿Por qué ella lo aceptó como esposo?

-No tenía dinero, y debía mantener a tres niños. Ya ha preguntado bastante, señor director.

Candidato todavía posible.

-Por favor, el señor Vázquez–Ramírez.

-Un momento –dijo una voz femenina con un leve acento hispánico–. Mi marido está hablando por el otro teléfono, pero terminará enseguida. ¿De parte de quién?

-Del subdirector Kearns, asesor de la CIA.

-¿Usted sabe que soy abogada?... Oh, pero por supuesto, debe saberlo.

-Le pido disculpas por llamar tan tarde, pero es urgente.

-Seguramente, señor. Mi esposo trabaja muchas horas para ustedes, a veces hasta bien esntrada la noche. Ojalá ustedes le pagaran de acuerdo con el esfuerzo, si se me permite el atrevimiento. Por favor, un momento.

Silencio. No había registros que indicasen que Vázquez–Ramírez trabajaba hasta muy tarde. Cuarenta y cinco segundos después, "Rollie" Ramírez apareció en la línea.

-Señor Kearns, ¿que es tan urgente?

-Filtraciones en su departamento, señor Vázquez–Ramírez.

-Por favor, ya nos hemos visto. Rollie o Ramírez es suficiente.

-Si, lo llamaré así. Es mas breve.

-¿Esta resfriado, señor Kearns? Tiene la voz cambiada.

-Es la gripe, señor Ramírez. No puedo respirar.

-Ron, té caliente y limón lo aliviarán... Bien, ¿que son esas filtraciones y como puedo ayudarlo?

-Se ha descubierto que provienen de su sección.

-En la cual somos cuatro –dijo el hombre de origen hispano–. ¿Por qué me eligió?

-Llamaré a todos; usted es el primero de la lista.

-¿Por que no tengo la piel tan clara como los demás?

-¡Oh, deje eso?

-No, no lo dejo, porque es la verdad. El hombre de habla hispana es el primero con quien usted habla.

-Ahora usted esta insultándome e insultándose a usted mismo. Alguien ganó dinero revelando información muy secreta de su sección hace dos noches... gano mucho dinero, y tenemos a la gente que pagó. De modo que

Librodot

no me venga con esas tonterías acerca del racismo. Estoy buscando una filtración, no un hispanoparlante.

-Le diré lo siguiente, americano. Mi gente no paga por la información, se la suministra gratis. Si, hubo ocasiones en que con vapor de agua abrí sobre sellados, pero solo cuando estaban destinados a la zona del Caribe. ¿Por que lo hice? Se lo explicaré. Yo fui un soldado de dieciseis años en la Bahía de Cochinos, y pasé cinco años en las sucias cárceles de Castro, hasta que me canjearon por un cargamento de medicinas. Este gran Estados Unidos habla y habla, pero no hace nada para liberar a Cuba.

-¿Como ingresó en la Agencia?

-Del modo mas sencillo posible, amigo. Me llevó seis años, pero me convertí en un erudito, con tres diplomas, supercalificado en vista de lo que ustedes ofrecían; pero acepté lo que me ofrecían, creyendo sinceramente que ustedes verían mis calificaciones y me instalarían en un cargo que yo pudiese ganar un poco, más. Nunca llegué a eso, pues yo era el hispanoparlante y ustedes se interesaban por los muchachos blancos y por los negros... oh, varias veces prefirieron a negros sin calificaciones y me postergaron. Ustedes tenían que limpiar ese prontuario racista, y ellos eran la solución.

-Creo que usted es injusto.

-Crea lo que le plazca. Saldré de esta casa en veinte segundos, y jamás volverá a encontrarme.

-Por favor, ¡no haga eso! Usted no es la persona a quien yo busco. Estoy buscando nazis, no gente como usted.

-¿De qué demonios está hablando?

-Es muy complicado –dijo tranquilamente Sorenson–. Continúe haciendo su trabajo, y haga lo que está haciendo. Yo no le traeré problemas, y me ocuparé de que sus calificaciones superiores sean consideradas por los que deberían prestarles más atención.

-¿Como puedo confiar en que hará eso?

-Porque le mentí. Yo no estoy con la Compañía. Soy el director de otro organismo que a menudo coordina con la CIA en los niveles más alto.

-Círculos dentro de los círculos –dijo Vásquez–Ramírez–. –¿Cuándo terminará eso?

-Es probable que nunca –replicó Sorenson–. Ciertamente no terminará si las personas no confían unas en otras...y no sé si alguna vez llegaremos a eso... Candidato posible.

33

De pronto, el director de operaciones Consulares pensó que debía atenerse a sus instintos inmediatos. Peter Mason Payne estaba excluido, Roland Vázquez– Ramírez era apenas un candidato posible, pero lo que lo inquietaba sobre todo era Bruce Withers, el hombre de la lengua ágil y la historia sumamente verosímil de una pobre viuda o divorciada con tres hijos, que había enganchado a un general del ejército sobrepasado en edad, con todos, con todos los beneficios jubilatorios que eso implicaba. Para el teléfono del automóvil, si ella realmente había pasado la noche con él, o él con la mujer en la residencia de ésta... para impartir instrucciones a la solitaria esposa del general. La respuesta podía estar en otro lugar. En la costa oriental de Maryland, quizá con la ex esposa de N.M.I. Whiters.

Sorenson se apoderó nuevamente del teléfono, con la esperanza de que el nombre de Whiters estaría en lista a causa de su hija adolescente. Estaba, con un agregado, McGraw. McGraw–Withers.

-Sí...hola –murmuró la voz somnolienta en la línea.

-Perdóneme, señorita McGraw, por llamarla a esta hora,pero es una situación urgente.

-¿Quién es usted?

-El subdirector Kearns, de la CIA. Este llamado se relacióna con su ex esposo,Bruce Withers.

-¿A quién engañó ahora? –preguntó la ex señora Withers, semidespierta.

-Quizá al gobierno de Estados Unidos, señorita McGraw.

-Gracias por decirme señorita...me lo gané. Por supuesto, engañó al gobierno, ¿por qué su actitud en este caso debía ser distinta? Él solía exhibir su identificación a todo el mundo, sin decir mucho, pero dando a entender que era el Súper Espía en persona, al mismo tiempo que estafaba a alguien.

-¿Usaba a la Agencia para obtener favores?

-Por favor, señor Fulano de Tal, mi familia tiene relaciones en Washington. Cuando descubrimos que se acostaba con todas las secretarias y las locas que trabajaban para los contratistas de la defensa, mi padre dijo que Debíamos desembarazarnos de él, y fue lo que hicimos.

-¿Todavía tiene el derecho de visitar a su hija?

-Bajo la más estrecha supervisión, se lo garantizo.

-¿Porque usted teme una violación?

-Santo Dios, no. Kimberly es probablemente la única persona en el mundo a quien ese canalla profesa cierto afecto.

-¿Por qué dice eso?

-Porque los niños no lo amenazan. Los abrazos de la niña alivian esa cosa terrible que lo carcome.

-¿Qué es esa cosa terrible, señorita McGraw?

-¡Es el fanático del universo! Odia a tantas personas, que es difícil presentar la lista completa. Los negros, o como él dice, esos piojosos negritos, y los italianos, y los asiáticos, y la gente de habla española, y los

Librodot

canallas judíos, todos los que no sean blancos puros y cristianos; y por cierto, él no es cristiano. Quiere eliminarlos a todos. Ése es su credo.

Candidato aceptado.

Eran las cuatro de la tarde, hora de París, la hora marcada por las campanillas graves y resonantes de un reloj de repisa en las habitaciones que el embajador Daniel Courtland ocupaba en la embajada de Estados Unidos. El embajador, sin chaqueta, las vendas que le cruzaban el pecho visibles bajo la camisa Oxford abierta, estaba sentado frente a una mesa antigua que cumplía funciones de escritorio, y hablaba tranquilamente por teléfono. En un rincón de la habitación amplia y bien decorada, Drew Latham y Karin de Vries estaban sentados uno frente al otro, en lujosos sillónes, y también hablaban en voz baja.

-¿Cómo está la mano? –preguntó Drew.

-Está muy bien; pero los pies todavía me duelen –contestó Karin, riendo discretamente.

-Te dije que te quitases los zapatos.

-En ese caso me lastimaría las plantas de los pies. ¿Cuánto caminamos desde la calle Lacoste hasta que te comunicaste con Claude y nos envió un transporte? Creo que casi cuarenta minutos.

-No pude llamar a Durbane. Ahora mismo sabemos a quién apoya, y Moreau estaba muy atareado con nuestro ministro nazi.

-Vimos tres automóviles policiales distintos. Estoy segura de que cualquiera de ellos nos habría aceptado.

-No, Witkowski tenía razón. Eramos cinco, lo cual habría significado dos de esos autos pequeños o una camioneta. Después, estaba el problema de convencerlos de que nos llevasen a la embajada y no a una seccional de policía, un pedido que naturalmente habrían rechazado, en vista de que uno de los neos estaba herido. Incluso Claude se sintió agradecido porque lo atendimos. Como él mismo dijo: "Ya hay un exceso de cocineros en la cocina". No necesitábamos más informes policiales dirigidos a la Sûreté.

-¿Y él Deuxième no encontró a nadie en el Château de Vincennes?

-A nadie con un arma, y revisaron minuciosamente el parque.

-Es sorprendente –dijo de Vries, frunciendo el entrecejo–.Yo estaba segura de que allí habrían procedido a la ejecución.

-Tú estás segura, y yo puedo confirmarlo, apoyándome directamente en el testimonio de Koenig. Es el escenario que él describió.

-Quisiera saber qué sucedió.

-Es bastante obvio. No recibieron la orden definitiva, y por eso se frustró la ejecución.

-¿Adviertes que estamos hablando de nuestras propias vidas?

-Intento mantener una objetividad clínica.

-Eres terriblemente eficaz.

En ese momento sonó el timbre en las habitaciones principales de la embajada. Latham se puso de pie y miró a Courtland, que asintió, con el teléfono todavía en la mano. Drew cruzó hasta la puerta, abrió y dio paso a Stanley Witkowski.

-¿Alguna novedad? –preguntó Drew.

-Creemos que sí –replicó el coronel–. Esperaré hasta que el embajador termine de hablar. Debe escuchar lo que diré. ¿Algunos de ustedes descansó?

-Yo, Stanley –contestó Karin desde el sillón.– El embajador Courtland tuvo la bondad de permitirnos el uso de sus habitaciones de huespedes. Yo me dormí enseguida, pero aquí mi amigo no pudo apartarse del teléfono.

-Solo después que tu juraste que el aparato estaba esterilizado –agregó Drew.

-Ninguno de los teléfonos de este sector podría ser intervenido ni siquiera por los principales especialistas mundiales. ¿Con quien habló, chlopak?

-Varias veces con Sorenson. El también realizó progresos.

-¿Hay novedades acerca del asesino de Virginia?

-Lo identificó. Ese hijo de perra no puede ir ni siquiera al cuarto de baño sin ser oído.

-Daniel Courtland cortó la comunicación telefónica, y se volvió en su sillón; en su cara se dibujó una expresión de dolor cuando saludó a Witkowski.

-Hola, coronel, ¿que sucedió en el hospital?

-Está en manos del MI–Cinco británico. Un neumonólogo llamado Woodward, del Real Colegio de Cirujanos, apareció allí y afirmó que el Foreign Office le había pedido que viniese en avión para examinar a la señora Courtland... el pedido lo habría formulado usted mismo. Y ahora están investigando el asunto.

-Yo no formulé ese pedido –dijo el embajador–. No conozco a ningún doctor Woodward, y mucho menos al Real Colegio de Cirujanos.

-lo sabemos –dijo Witkowski–. Nuestra unidad franconorteamericana en el hospital lo detuvo un instante antes de que inyectase estricnina a la falsa señora Courtland.

-Una mujer valerosa. ¿Como se llama?

-Moskowitz, señor. De Nueva York. Su finado esposo fue un rabino francés. Ella se presentó como voluntaria para cumplir esa misión.

-Entonces nosotros debemos proponerle una indemnización. Quizá un mes de vacaciones, con todos los gastos pagos.

-Lo propondré, señor... ¿Y como se siente usted?

-Muy bien. Un poco lastimado, nada grave. Puede decirse que tuve suerte.

-Usted no era el objetivo, señor embajador.

-Si, lo comprendo –dijo serenamente Courtland–. de modo que volvamos a las tareas habituales, ¿quieren?

-La señora de Vries acaba de decirme que agradece mucho que usted los haya invitado a alojarse aquí.

-En vista de lo que sufrieron, podrán permanecer en este lugar mientras dure este episodio, si es necesario. Supongo que todo su personal de seguridad se encuentra en estado de alerta.

Librodot

-De hecho, un pelotón completo de infantes de marina, señor. Es suficiente que escuchen pasos, o un estornudo, y desenfundan las armas.

-Muy bien. Siéntense, amigos, tenemos que recapitular. Primero usted, Stanley. ¿Dónde estamos?

-Volvamos al hospital –comenzó Witkowski, mientras se sentaba en un sillón, al lado de Karin–. Fue un embrollo, pero este Woodward, el neumonólogo británico, en efecto fue aprobado por el Quai d'Orsay como uno de los médicos de la señora Courtland, sólo que la autorización llegó demasiado tarde. El médico ya estaba en el hospital.

-Me parece que eso implica cierto descuido en los neos –dijo Courtland.

-Señor, París se adelanta una hora a Londres –dijo Latham, que también se sentó–. Es un error usual; pero usted tiene razón, allí hubo descuido.

-Quizá no se trató de eso –dijo de Vries, y todos se volvieron hacia ella–. ¿No es posible que tengamos un amigo en las filas de los neos ingleses? ¿Qué mejor modo de atraer la atención sobre el asesino que reteniendo la autorización cuando es necesaria, y enviándola con una sospechosa tardanza?

-Esto es excesivamente complicado, Karin –dijo el coronel–, y deja demasiado espacio para el error. El eslabón en la cadena es muy débil; podríamos identificar inmediatamente al topo.

-Stosh, las complicaciones son nuestra especialidad, y precisamente siempre buscamos los errores.

-¿Esa es una lección que viene de las alturas?

-Vamos –insistió Drew–, quizá ella tiene razón.

-Sí, podría tener razón; desgraciadamente, no podemos saberlo en este momento.

-¿Por qué no? Podemos comenzar a rastrear. ¿Quién fue la persona del Quai d'Orsay que aprobó a Woodward en el hospital, aunque era demasiado tarde?

-Precisamente por eso no podemos saber a qué atenernos. Esa autorización vino de la oficina de cierto Anatole Blanchot, miembro de la Cámara de Diputados. Moreau investigó el asunto.

-¿Y?

-No hay nada. Esste Blanchot jamás oyó hablar del doctor Woodward, y no hay constancia de un llamado telefónico desde su oficina al Hospital Hertford. En realidad, la única vez que Blanchot llamó a Londres fue hace más de un año, desde el teléfono de su domicilio, para apostar a Ladbrokes en los Irish Sweepstakes.

-De modo que los neos se limitaron a elegir un nombre.

-Así parece.

-¡Hijos de perra!

-Amén.

-Pensé que usted había dicho que hubo ciertos progresos.

-En efecto, pero no con Woodward.

-Entonces, ¿donde? –interrumpió Courtland.

Librodot

-Me refiero al paquete dirigido al agente Latham, entregado al Deuxiéme durante las primeras horas de la madrugada.

-¿El ministro luterano? –preguntó Karin.

-Koenig no lo sabe, pero es un pájaro cantor –dijo Witkowski.

-¿Y cual es la melodía? –Drew se inclinó hacia adelante en su silla.

-Un aria llamada "Traupman el maestro cantor". Ya la hemos escuchado antes.

-¿El cirujano de Nuremberg? –presionó Latham–. ¿El gran nazi que Sorenson desenterró de…? –Calló, mirando inquieto al embajador.

-Si, Drew –dijo tranquilamente Courtland–, fue un dato suministrado por el tutor legal de mi esposa, en Centralia, Illinois… Hablé personalmente con el señor Scheneder. Ahora es un anciano, con muchas añoranzas y muchos recuerdos dolorosos, y creo que todo lo que dice es cierto.

-Ciertamente, dice la verdad acerca de Traupman –afirmó el coronel. Moreau se reunió hace pocos días en Munich con la ex esposa de Traupman. Y ella lo confirmó todo.

-también eso lo sé. –El embajador de nuevo habló en voz baja–. Traupman fue uno de los principales instrumentos de la operación Sonnekinder en todo el mundo libre.

-¿Y que supo Claude acerca de Traupman cuando habló con el pastor luterano? –preguntó Karin.

-En esencia, que Koening y otros como él pertenecientes a los niveles superiores temen a ese hombre, y procuran conquistar su favor siempre que pueden. moreau entendió que Traupman era un protagonista importante, pero ahora piensa que es algo más. Considera que Traupman ejerce cierta clase de influencia sobre el movimiento neo, un control que somete a todo el mundo a sus deseos personales.

-¿El Rasputín nazi? –continuó de Vries–. ¿La figura intocable detrás del trono imperial, capaz de controlar al mismo?

-Sabemos que hay un nuevo Furher –dijo Witkowski–, pero desconocemos su identidad.

-Pero si este nuevo Hitler…

-Allí debo obligarla a callar, Karin –la interrumpió súbitamente Daniel Courtland, poniéndose de pie lenta y dolorosamente, abandonando su silla detrás de la mesa antigua.

-Lo siento, señor embajador…

-No, no, querida, yo debo disculparme, pues me lo ordena mi gobierno.

-¿Que demonios esta haciendo?

-Calma, Drew, calma –ordenó Courtland–. Tal vez le interese saber que hable por teléfono con Wesley Sorenson, que provisionalmente se convirtió en el director de ciertas actividades encubiertas. Yo no debo escuchar ni participar en cualquier conversación ulterior relacionada con este tema. Pero cuando yo salga de esta habitación, usted, agente Latham, lo llamará por el teléfono especial y oirá lo que él tenga que decir… Ahora, si me disculpa, me retiraré a la biblioteca, donde hay un bar bien provisto. Después, si les interesa compartir una charla inocente, pueden reunirse conmigo.

Librodot

El embajador atravesó cojeando la habitación, pasó por una puerta interior y la cerró con fuerza.

Drew saltó de la silla y corrió hacia el teléfono. Mientras se sentaba comenzó a presionar los botónes numerados.

-Wes, soy yo. ¿Qué sucede?

-El embajador Daniel Rutherford Courtland, acreditado en París, ¿salió de la habitación?

-Sí, por supuesto, ¿qué pasa?

-Si esta conversación se filtra, yo, Wesley Theodore Sorenson, director de Operaciones Consulares, asumo la total responsabilidad de esta acción, de acuerdo con el Artículo Setenta y Tres de los Reglamentos de Actividades Clandestinas, en su aplicación a las actividades individuales y unilaterales adoptadas en la primera línea de acción.

-¡Caramba, eso me concierne!

-¡Cállese!

-¿Por qué, Wes?

-Organice un equipo, vaya en avión a Nuremberg y apodérese del doctor Hans Traupman. Secuestre a ese canalla y tráigalo a París.

Librodot

34

Robert Durbane se sentó frente al escritorio de su oficina, contigua al Centro de Comunicaciones. Era un hombre turbado, Se trataba de algo más que un sentimiento, pues los sentimientos eran cosas abstractas, basadas en distintos aspectos, desde un desarreglo estomacal a una discusión por la mañana temprano con la esposa. Su estómago estaba en condiciones perfectamente normales, y su esposa, desde hacia veinticuatro años, continuaba siendo su mejor amiga; la última vez que habían discutido fue la ocasión en que la hija de ambos se casó con un músico de rock. Ella favorecía la unión; él no. Él perdió. El matrimonio no sólo fue exitoso, sino que ese yerno de cabellos largos alcanzó mucho éxito con su música, y ganó más dinero actuando durante un mes en Las Vegas que lo que Bobby Durbane ganaría en medio siglo. Y lo que realmente irritó al suegro fue que el marido de su hija era un jóven muy simpático que jamás bebía otra cosa que no fuese vino blanco, no consumía drogas, tenía un diploma de máster en literatura medieval, y terminaba las palabras cruzadas con más velocidad que Bobby. Un mundo absolutamente ilógico.

En fin, ¿por qué se sentía tan incómodo? La cosa probablemente había comenzado con el pedido del coronel Witkowski, que le había reclamado la nómina de todos los llamados telefónicos y radiales realizados desde el centro de comunicaciones durante los últimos siete días. El asunto se complicó después a causa del comportamiento quizá sutil pero de todos modos bastante obvio de Drew Latham, un hombre a quien Durbane consideraba su amigo. Drew estaba esquivándolo, y eso no era propio del Agente de Operaciones Consulares. Durbane había dejado dos mensajes para Latham, uno en su apartamento de la rue du Bac, que ahora estaba siendo restaurado, y otro en el centro de mensajes de la embajada. Ninguno había merecido respuesta, y Bobby sabía que Drew estaba en la embajada, y que había estado allí el día entero, recluído en las habitaciones del embajador. Durbane sabía que habían sobrevenido hechos calamitosos, que la esposa de Courtland había sido herida tan gravemente durante el ataque terrorista de la noche anterior que se creía que no sobreviviría; pero pese a todo no era propio de Latham ignorar los mensajes de su amigo "el intelectual", el hombre que resolvía esas "detestables palabras cruzadas". Sobre todo teniendo en cuenta que Bobby le había salvado la vida varias noches antes.

Algo estaba mal; había sucedido algo que Durbane no alcanzaba a comprender, y había un solo modo de averiguar qué era. Descolgó su teléfono, el teléfono que tenía entrada a todos los aparatos de la embajada, al margen de las restricciones, y marcó los números de las habitaciones de Courtland.

-¿Si?

-Señor embajador, habla Robert Durbane, del centro de comunicaciones.

-Hola…Bobby –dijo vacilante Courtland–. ¿Cómo está?

-Creo que a mí me corresponde formular esa pregunta,señor. –Algo estaba mal. El hombre del Departamento de Estado, generalmente imperturbable, se sentía incómodo. –Por supuesto, me refiero a su esposa. Oí decir que la llevaron a un hospital.

Librodot

-Están haciendo todo lo posible, y más no puedo pedir. Al margen de su conocida cortesía, la que yo aprecio, ¿hay otra cosa?

-Sí, señor. Sé que se supone que nadie sabe que Drew Latham está vivo; pero yo trabajo en estrecha relación con el coronel Witkowski. Por consiguiente, sé que Drew está allí, y desearía mucho hablar con él.

-Oh...señor Durbane, usted me sorprende un poco. Espere un instante, por favor.

La línea quedó muda, en un silencio irritante, como si estuviera formulándose una decisión. Finalmente, la voz de Drew apareció en el teléfono.

-Hola, Bobby.

-Le dejé un par de mensajes, pero usted no me contestó.

-Tampoco escribí a nadie. Además de que me dispararon con el propósito de enviarme a un mundo mucho mejor, estuve completamente sumergido en la confusión, amén de otras cosas menos atractivas.

-Me lo imagino. Sin embargo, creo que debemos hablar.

-¿De veras? ¿Acerca de qué?

-Eso es lo que quisiera averiguar.

-¿Se trata de una adivinanza? En esas cosas yo no soy bueno, como usted lo sabe.

-Sé que quiero hablar con usted, y no por teléfono. ¿Es posible?

-Espere un momento. –De nuevo un silencio ominoso, pero más breve que el anterior. –Está bien –dijo Latham, después de volver al teléfono–. Hay un ascensor cuya existencia ignoraba, y que se detiene en su piso. Lo usaré e iré acompañado por tres infantes de marina armados; usted debe despejar el corredor. Llegaremos allí dentro de cinco minutos.

-¿Las cosas han llegado a ese extremo? –preguntó Durbane calmosamente–. ¿Yo? ¿De pronto estoy en zona de peligro?

-Hablaremos, Bobby.

Siete minutos y veintiocho segundos después, Drew estaba sentado en una silla, frente al escritorio de Durbane. La oficina había sido inspeccionada por el contingente de infantes de marina, sin hallar armas.

-¿Que demonios significa esto? –dijo el jefe de operaciones del centro de comunicaciones– Por Dios. ¿que hice para merecer estas tácticas de estilo Gestapo?

-¿Qué quiere decir?

-¿Conoce a una mujer llamada Phyllis Cranston?

-Ciertamente. Es la secretaria de uno de esos tipos, el tercer o cuarto agregado subordinado al encargado de negocios del embajador.¿Y qué?

-¿Ella le dijo quién era cierto coronel Webster, y dónde se alojaba?

-En realidad, me lo dijo, pero tal cosa no era necesaria.

-¿Que significa eso?

-¿Quien cree que organizó las comunicaciones entre la embajada y el errante coronel Webster? Hubo dos o quizá tres cambios de hotel. Entre sus

Librodot

movimientos y los movimientos de la señora de Vries, ni siquiera Witkowski podía seguir la pista de las comunicaciones.

-¿Pero todo se hizo en el mayor secreto?

-Creo que la gastada frase "secreto máximo" fue agregada a otra igualmente usada, la "orden del día". ¿Por qué cree que me mostré tan duro con Cranston?

-No sabía que había sido así.

-Exigí saber cómo ella sabía. Incluso amenacé con denunciarla, lo que no fue fácil para mí, porque mi madre era una alcoholica. Es una enfermedad inmunda.

-¿Y ella que le dijo?

-Se derrumbó, llorando y murmurando algunas tonterías religiosas. Había estado de orgía la noche anterior, y sus defensas habían desaparecido.

-Usted seguramente la conoce muy bien.

-¿Quiere la verdad lisa y llana, Drew?

-Por eso estoy aquí, Bobby.

-Mi esposa y yo fuimos a una de esas recepciones de la embajada, y Martha, es mi esposa, vio a Phyllis merodeando por el bar, y bebiendo. Pensé que era muy difícil que una persona normal soportara una de esas situaciones sin que se le destrozaran los nervios. Pero Martha sabía a que atenerse; había compartido con nosotros los últimos años de mi madre. Me dijo que debía tratar de ayudarla, que necesitaba apoyo a causa de su "bajo nivel de autorrespeto", y frases por el estilo. De modo que lointenté, y fracasé.

-Entonces, ¿usted nunca mencionó a nadie quien era yo o en que hotel estaba?

-Santo Dios, no. Incluso cuando ese estúpido para quien trabaja Cranston se acercó a averiguar cuales eran el personal y los recursos con los cuales usted cuenta, le dije que no tenía la mas mínima idea acerca de la identidad de esas personas. Y felizmente Phyllis había comprendido mi mensaje acerca de la necesidad de mantener cerrada la boca.

-¿Y ese hombre por que estaba merodeando?

-Ese aspecto me pareció legítimo –replicó Durbane–. Demonios, todos saben que operaciones Consulares no supervisa el manejo interno de la embajada. Este hombre dijo que lo había abordado un promotor francés, invitándolo a invertir algunos bienes raíces muy interesantes. Pensó que ustedes podían investigar la seriedad del tipo. Una actitud muy lógica en ese hombre, Drew. Cranston dice que dedica mas tiempo a almorzar con los empresarios del país que a conversar con aquellos que podrían servirnos de algo en esta ciudad.

-¿Por qué no acudió a Witkowski?

-No necesitaba preguntarle para saber la razón de que no hubiese hablado con Witkowski. Este no es un tema de seguridad; no puede usar a un grupo de la embajada para atender una transacción financiera de carácter personal.

-¿Y qué soy yo, un peón al servicio de ese hombre?

Librodot

-No, usted es más bien un investigador activo, que supervisa las operaciones internas de un importante grupo consular, lo cual podría interpretarse como el asesoramiento en beneficio del personal, y en relación con su comportamiento, financiero o de otro género. Por lo menos, eso es lo que su currículum sugiere.

-Alguien debería reformarlo –dijo Latham.

-¿Por qué? Es un documento deliciosamente oscuro.

Drew se recostó en su asiento, arqueando el cuello, los ojos clavados en el techo, suspirando perceptiblemente.

-Le debo una disculpa, Bobby, y lo digo en serio. Cuando supe por Phyllis Cranston que usted era una de las dos personas a quienes ella había hablado acerca de mi identidad, salté a la conclusión equivocada. Pensé que mi actitud se justificaba en vista de lo que había sucedido la otra noche, cuando los neos casi me liquidaron en el automóvil de la embajada, junto a ese hijo de perra...¿cómo se llamaba?...C–Zwrof. La sincronización pareció...bien, me pareció un poco extraña.

-Lo era –coincidió Durbane–, y había una buena razón que explicaba por que los nazis llegaron antes que nosotros.

-¿Cómo es eso?

-C–Zwolf. Lo descubrimos la mañana siguiente, y lo incluimos en el informe. El chofer alemán comunicó los calibres de alta frecuencia del trasmisor interior del automóvil a sus amigos, que estaban a varios kilómetros de distancia, y dejó la llave de transmisión. Los cómplices oyeron todo lo que usted dijo desde el momento en que salió de la embajada. Cuando usted me llamó pidiendo dos grupos de apoyo, ellos se movieron de prisa.

-¡Cristo, era tan sencillo, y yo nunca pensé inspeccionar el trasmisor de radio!

-Si lo hubiese hecho, habría visto un pequeño punto rojo en el centro del panel, lo que indicaba, que el aparato estaba transmitiendo.

-¡Maldición!

-Por Dios, no se crea culpable. Usted había pasado una noche terrible. Eran las peores horas de la madrugada, y estaba exausto.

-Odio decirle esto, Bobby, pero eso no es nunca una excusa. Cuando uno llega a ese punto, necesita movilizar toda la adrenalina posible, porque es el momento en que uno resulta vulnerable...De todos modos es extraño, ¿verdad? Los neos centraron la atención en Phillis Cranston.

-¿Por qué es extraño? Es una mujer inestable, y la inestabilidad es leche y miel para los que desean infiltrarse.

-¿Y su jefe?

-No veo la relación.

-Está allí, amigo mío; santo Dios, está allí.

-Si está –dijo Durbane, mirando los ojos desorbitados de Latham, habrá que revisar todo el asunto. Concentrar la atención en los dos; castigar al alcohólico y presionar al supervisor avaro y ambicioso. Alguno de ellos se quebrará, incapaz de soportar la presión.

Librodot

-Gracias a usted, Bobby, el primero no falló. Ahora vayamos al segundo. Comuníquese con el jefe de Phyllis y dígale que usted habló con uno de los hombres que me protegen. Diga que mi ayudante aceptó preguntar a unos pocos banqueros si él suministra el nombre de este promotor.

-No entiendo...

-Si él no le da un nombre, sabremos que no puedo. Si le da un nombre, sabremos quién está detrás de él, quién está programándolo.

-Eso puedo hacerlo ahora mismo –dijo Durbane, apoderáándose de su teléfono y marcando la oficina del agregado–. Phyllis, soy yo, Bobby. Comuníqueme con ese estúpido de su jefe... y otra cosa, Phyl esto no tiene nada que ver con usted... Hola, Bancroft, habla Durbane, del centro de comunicaciones. Acabo de conversar con el principal investigador de Latham, y aunque ese hombre está sumamente atareado, cree que puede iniciar un par de llamados con algunos tipos de bancos. ¿Como se llama el promotor de bienes raíces que lo invita a invertir?... Comprendo, si, comprendo. Si, le diré eso. Volveré a comunicarme con usted. –Durbane cortó la comunicación mientras escribía en un anotador . – Se llama Vaultherin, Picon Vaultherin, y tiene una compañía del mismo nombre. Bancroft pidió que dijese a la gente de su oficina que este consorcio tiene derechos exclusivos a unas veinte millas cuadradas de excelentes terrenos en el Valle del Loira.

-Que interesante –Dijo Drew, volviendo la cabeza y mirando a la pared.

-Durante años se habló de que muchos de esos viejos chateux estan desintegrándose, y nadie puede invertir dinero para reconstruirlos. Asimismo, se dice que los promotores desean vivamente comprar tierras y organizar docenas de propiedades con enormes ganancias. Yo mismo podría invertir algunos dólares, o por lo menos invitar a mi yerno a que se ocupe del asunto.

-¿Su yerno? –preguntó Latham, volviendo los ojos hacia el jefe del centro de comunicaciones.

-No hablemos de eso, es demasiado vergonzoso. Usted sería incapaz de conocerlo, del mismo modo que yo no lo conocería si no estuviese casado con mi hija.

-Pues no hablaré del asunto.

-Y bien, ¿como desea actuar en relación con este Vaultherin?

Llevaré el asunto a Witkowski, que lo pasará a Moreau, del Deuxieme. Necesitamos conocer los antecedentes de Vaultherin... y también pasar revista a esos derechos exclusivos en el Valle de Loira.

-¿Que tiene que ver una cosa con la otra?

-No lo sé, sucede únicamente que desearía explorar el tema. Es posible que alguien haya cometido un error... Y recuerde, Bobby, yo nunca vine a visitarlo. No podría hacerlo. Estoy muerto.

Eran las nueve y media de la noche, y la cocina de la Embajada había enviado una excelente cena, con destino a Karin y a Drew, a las habitaciones del embajador. Los camareros habían preparado la mesa del comedor, incluyendo dos botellas de excelente vino –uno tinto a la temperatura ambiente (destinado a Latham), y el otro un Chardonnay refrigerado (para el pescado de de Vries). Pero Daniel Courtland no los había acompañado

Librodot

obedeciendo órdenes de su gobierno, pues se entendía que el coronel Stanley Witkowski vendría a reunirse con ellos y a discutir estrategias acerca de las cuales el embajador no debía saber nada. La negación de la responsabilidad de nuevo estaba en el orden del día.

-¿Por qué me persigue la idea de que ésta es mi última comida, antes de que me ejecuten –dijo Drew, mientras terminaba el último trozo de carne jugosa y bebía su tercera copa de vino Pommard.

-Será así si continúas comiendo de ese modo –replicó Karin. Has consumido colesterol suficiente para taponar las arterias de un dinosaurio.

-¿A quién debo creerle? A cada momento cambian. La margarina es buena, la manteca es terrible... la manteca es mejor, la margarina es peor. Estoy esperando un nuevo dictamen médico que diga que la nicotina es la cura del cáncer.

-Querido, la moderación y la variedad son la solución a todos los problemas.

-No me agrada el pescado. Beth nunca podía cocinar bien el pescado. Siempre olía a pescado.

-A Harry le agradaba el pescado. Me dijo que tu madre lo preparaba maravillosamente bien, y que le agregaba hierbas aromáticas.

-Harry y mamá siempre conspiraban y se oponían a papá y a mí. Él y yo solíamos salir a buscar una hamburguesa.

-Drew –comenzó Karin, cambiando de tema–, ¿te comunicaste con tus padres, para decirles la verdad acerca de ti y de Harry?

-Todavía no, no es el momento.

-Eso es terriblemente cruel. Eres el hijo que les queda, y estabas con él cuando lo mataron. No puedes ignorar a tus padres; se les destrozará el corazón.

-Puedo confiar en Beth, no en mi padre. Digamos que es un hombre muy franco, y que no simpatiza mucho con las autoridades. Dedicó su vida a la militancia en los claustros universitarios, y a combatir las diferentes limitaciones nacionales a las exploraciones arqueológicas. No sería extraño que exigiera una explicación, y yo no puedo ofrecerle ninguna.

-Yo diría que su carácter es bastante parecido al de sus dos hijos.

-Quizá. Por eso el momento no es oportuno. –Se oyó el timbre de la puerta de acceso al apartamento del embajador. Casi instantáneamente apareció un camarero que venía de la cocina. –Estamos esperando al coronel Witkowski –dijo Latham–. Por favor, hágalo pasar.

-Sí, señor.

Pocos segundos después el jefe de seguridad de la embajada entró en el comedor con expresión desaprobadora miró la mesa.

-¿Qué demonios es esto? –preguntó ásperamente–. ¿Ustedes de pronto se convirtieron en parte de la pandilla diplomática?

-Personalmente yo represento a la nación de Oz –replicó Drew, sonriendo–. Si las luces son demasiado intensas, ordenaremos a los esclavos que apaguen algunas.

-No le preste atención, Stanley –dijo Karin–, bebió tres copas de vino. Si desea algo, estoy segura de que podremos conseguirlo.

-No gracias –dijo Witkowski–. Mientras esperaba la llegada de Moreau comí en mi oficina.

-Exceso de colesterol –dijo Latham–. ¿oyó hablar de eso?

-Últimamente no, pero recibí noticias de Moreau.

-¿Que le dijo? –preguntó Drew, que de pronto recobró la gravedad.

-Este vaultherin aparece relativamente limpio en la superficie, pero hay dudas. Amasó una fortuna con las nuevas construcciones alrededor de París, y enriqueció también a muchos de sus inversores.

-¿Y que? Otros hicieron lo mismo.

-Pero ninguno con los mismos antecedentes. Es un jóven y arrogante filibustero de los círculos financieros.

-Preguntó otra vez: ¿que tiene de nuevo todo eso?

-Su abuelo era miembro de la Milicia...

-¿Que...?

-La policía francesa pronazi durante la guerra –respondió Karin–, formada bajo la dirección de los alemanes como contrapeso a la Resistencia. Eran matones de nivel medio sin los cuales los nazis no habrían podido controlar el país ocupado. Verdadero canallas.

-Stanley, ¿cual es la consecuencia de todo eso?

-Los principales inversores de Vaultherin provienen de Alemania. Están comprando todo lo que se les pone al alcance de la mano.

-¿Y que sucede con el valle de Loira?

-Controlan casi todo. Por lo menos son los dueños de grandes parcelas a lo largo del río.

-¿Pudo examinar los títulos de propiedad?

-Si, lo hice –dijo el coronel, extrayendo un papel plegado del interior de su chaqueta, y pasándolo a Drew. No sé muy bien qué podemos extraer de allí; la mayoría de las parcelas está en manos de familias que remontan a muchas generaciones. Las que no caen en esa categoría, han sido incautadas por el gobierno porque nadie pagó los impuestos, y por lo tanto son tierras fiscales, o fueron compradas hace poco por estrellas cinematográficas y otras celebridades, hasta que sus contadores les explicaron lo que costaban. La mayoría ahora esta en venta.

-¿Hay generales en la lista?

-Como usted puede ver, quince o veinte por nombre, pero eso es solo porque compraron sus parcelas de dos o tres hectáreas y pagan impuestos sobre esas tierras. Hay por lo menos una docena mas, generales y almirantes, a quienes se concedió "domicilios vitalicios", a causa de sus aportes militares a la República de Francia.

-Eso es absurdo.

-Nosotros hacemos lo mismo, chlopak. Tenemos unos pocos miles de altos jefes que viven en hermosas casas, construidas en el territorio de las bases militares. Las reciben después de retirarse. No es extraño, o si quiere injusto, si uno piensa un poco. Trabajan toda su vida y ganan una fracción de lo que podrían recibir en el sector privado, y si no se convierten en

individuos famosos, requeridos por distintas grandes empresas, no pueden permitirse vivir en Scarsdale, Nueva York.

-Nunca lo había pensado.

-Inténtelo, agente Latham. En poco tiempo más completaré mis treinta y cinco años y dieciocho meses, puedo invitar a mis hijos y mis nietos para que pasen una temporada muy agradable en París, pero si usted cree que uno de mis hijos puede venir a pedirme que le preste cincuenta mil dólares para una operación, más vale que lo olvide. Sin duda, lo haría, pero quedaría arruinado.

-Esta bien, Stanley, ya veo adonde quiere ir a parar –dijo Latham, estudiando la lista–. Dígame, Stosh, estas compras indicadas aquí, ¿por que no se incluye el nombre de los residentes?

-Normas del Quai d'Orsay. Lo mismo que sucede en nuestro país. En todas partes hay locos que miran con rencor a los comandantes. ¿Recuerda al veterano de Vietnam que trató de matar a Westmoreland disparándole a través de una ventana?

-¿Podemos conseguir esos nombres?

-Probablemente este al alcance de Moreau.

-Dígale que lo haga.

-Lo llamaré por la mañana... Ahora, ¿podemos hablar de la operación que nos asignaron? A saber, ¿el secuestro del doctor Hans Traupman en Nuremberg?

-Cinco hombres, sólo cinco –dijo Drew, mientras depositaba la lista de Witkowski sobre la mesa del comedor–. Todos con buen dominio del alemán, y todos con el entrenamiento de los Rangers; ninguno casado o con hijos.

-Eso tuve en cuenta. Extraje dos de las nóminas de la OTAN, con usted y yo hacemos cuatro, y hay un candidato de Marsella que puede ser conveniente.

-¡Alto –exclamó Karin–. Yo soy el quinto hombre... mucho mejor porque soy mujer.

-Ni soñándolo, amiga. Podemos descontar que Traupman esta muy vigilado, tanto como si tuviese al cuello el diamante Hope.

-Moreau se ocupa de eso –dijo el coronel–. Francamente, él quisiera hacerse cargo de la operación, pero si lo intentase el Quai d'Orsay y la inteligencia francesa se lo impedirían. Pero nada impide que nos ayude. En el plazo de veinticuatro horas espera recibir un informe de la rutina cotidiana y la seguridad de Traupman.

-Iré con ustedes, Drew –dijo tranquilamente de Vries–. No pueden impedirlo no lo intenten.

-Dios mío, ¿por qué?

-Por todas las razónes que tú conoces muy bien, y una que no conoces.

-¿Qué...?

-Como dijiste acerca de Harry y tus padres, te lo explicaré cuando sea oportuno.

-¿Qué clase de respuesta es ésa?

-Por el momento la única que recibirás.

Librodot

-¿Crees que aceptaré eso?

-Tendrás que hacerlo, es tu regalo. Si te niegas, y por mucho que eso me duela, me marcharé y nunca volverás a verme.

-¿Esto significa tanto para tí? ¿Esa razón que yo no conozco, significa tanto? –Sí.

-Karin, ¡estás acorralándome!

-No es mi intención, querido, pero sencillamente tenemos que aceptar algunas cosas. Por ejemplo esta.

-¡No encuentro palabras suficientes para decirte que no acepto este absurdo! –dijo Latham, tragando saliva mientras miraba a Karin. Sencillamente no lo acepto.

-Escúcheme, amigo –interrumpió Witkowski, estudiando a sus dos interlocutores–. La idea no me agrada demasiado, pero tiene su lado positivo. A veces, una mujer consigue penetrar en los lugares inaccesibles para los hombres.

-¿Que demonios propone?

-Evidentemente no lo que usted cree. Pero si esta decidida, puede ser útil.

-Coronel, ¡ésa es la cosa más dura e insensible que le oí decir jamás! ¿La misión es todo, el individuo es nada?

-Hay un terreno intermedio en que las dos cosas son fundamentales.

-¡Podría morir!

-lo mismo vale para todos. Creo que ella tiene tanto derecho a esa alternativa como usted. Usted perdió un hermano, ella perdió un esposo. ¿Quien es usted para representar el papel de Salomón?

Eran las cinco menos veinte en Washington, esos minutos angustiosos antes de que el tránsito más intenso se vuelque en las calles, el momento en que las secretarias, los empleados y los dactilógrafos presionan amablemente a sus jefes para reclamarles las últimas instrucciones, de modo que el personal pueda ir a los garajes, los estacionamientos y las paradas de ómnibus antes de que aparezca la multitud. Wesley Sorenson había dejado la oficina, y ya estaba en su limusina, pero no iba camino de su casa. Su esposa sabía cómo afrontar las situaciones urgentes, desechando las que eran falsas, para comunicarse con el automóvil y referirse a las que les parecía auténticas. Después de casi cuarenta y cinco años ella había adquirido instintos tan agudos como los de su esposo, y él agradecía esa situación.

En lugar de dirigirse a su casa, el director de Operaciones Consulares se encaminaba a una cita con Knox Talbot, en Langley, Virginia. El jefe de la CIA le había avisado una hora antes; era posible que ya se hubiera cerrado la trampa destinada a capturar a Bruce Withers, agente comprador de alta tecnología, fanático de derecha y principal sospechoso de los asesinatos en la casa de seguridad. Talbot había ordenado una intervención en el teléfono de Withers, y a las 14:13 horas había recibido un llamado de una mujer identificada sólo por el nombre de Suzy. Knox había pasado la grabación para beneficio de Wesley, utilizando los teléfonos seguros.

Librodot

-Hola querido, es Suzy. Lamento molestarte en el trabajo, querido, pero me encontré con Sidney, que dice que tiene un viejo juego de ruedas para ti.

-¿Las del coche plateado Aston–Martin, DB–Tres?

-Si es lo que tú deseas, él las tiene.

-Eh, ¡casi puedo olerlos! Es el automóvil de Dedos de oro.

-No quiere llevarlas al estacionamiento, de modo que encuéntrate con él en el oasis de Woodbridge, alrededor de las cinco y media.

-Wes, usted y unos pocos jóvenes forzudos lo seguirán –había dicho Talbot.

-Por supuesto, Knox, ¿pero por qué? El hombre es un fascista y un ladrón, así como un yuppie en los últimos tiempos; pero el hecho de que compre un automóvil deportivo inglés, ¿tiene que ver con lo que nos interesa?

-Recuerde que soy dueño de una compañía de repuestos de automóviles en Idaho... ¿o en Ohio?... y llame por teléfono al individuo que aministra el negocio. Dijo que todos los que tienen aficción por los automóviles saben muy bien que el automóvil de Dedos de oro es el Aston–Martin DB–Cuatro, no Tres. Llegó al extremo de afirmar que podía comprender que alguien dijera DB–Cinco, porque no hay mucha diferencia de diseño, pero jamás un DB–Tres.

-No puedo distinguir entre un Chevrolet y un Pontiac, salvo que alarguen uno de ellos para diferenciarlos.

-Un maniático de los autos puede, sobre todo si se dispone a pagar cien mil dólares por la pieza. Encuéntreme en el estacionamiento del lado Sur. Allí está el Jaguar de Withers.

La limusina entró en el enorme complejo de Langley, y el chofer enfiló hacia el lado Sur. Los detuvo un hombre vestido con traje oscuro que exhibía un distintivo en la chaqueta. Sorenson bajo la ventanilla.

-Sí, ¿qué pasa?

-Identifiqué el automóvil. Si usted desciende y me sigue, lo llevaré con el jefe. Hay un cambio de vehículos, y usarán algo menos evidente que una limusina.

-La idea es bastante sensata.

El cambio de vehículos determinó que pasaran a un sedán más o menos anónimo. Wesley se sentó en el asiento trasero, al lado de Knox Talbot.

-No se deje engañar por las apariencias –dijo el director de la Agencia–. Este artefacto tiene un motor que probablemente podría imponerse en las 500 millas de Indianápolis.

-Aceptaré su palabra en ese sentido, pero por otra parte, ¿que alternativa tengo?

-Ninguna. Además, tenemos no solo a los dos caballeros que viajan allí adelante, si no otro vehículo detrás, con cuatro hombres armados hasta los dientes.

-¿Esta esperando la invasión de Normandía?

Librodot

-Hice mi experiencia en Corea, de modo que no se mucho de historia antigua. Solamente sé que podemos esperar cualquier cosa de estos canallas.

-Estoy de su lado…

-Allí está –interrumpió el chofer–. Se encamina directamente hacia el Jaguar.

-Despacio, amigo –dijo Talbot–. Siga la corriente de vehículos, y no pierda de vista al hombre.

-Imposible, señor director. Me encantaría atrapar a ese hijo de perra.

-¿Por que, jóven?

-Atacó a mi novia, mi prometida. Pertenece al grupo de taquígrafas. La arrinconó en una habitación, y trató de manosearla.

-Comprendo –dijo Talbot, inclinándose hacia el hombro de Sorenson y murmurando: –Me encanta cuando hay una auténtica motivación, ¿usted no piensa lo mismo? Es lo que trato de introducir en mis organizaciones.

Después de casi una hora de viaje, el Jaguar entró en un sórdido motel de las afueras de Woodbridge. Sobre el extremo izquierdo de una hilera de cabañas había una suerte de establo en miniatura, con un cartel de neon rojo que decía COCTELES, TELEVISIÓN, HABITACIONES DISPONIBLES.

El Waldorf de las citas vespertinas rápidas –observó Wesley mientras Bruce Withers descendía de su automóvil y entraba en el bar–. Sugiero que rodee la construcción y se detenga a la derecha de la puerta –continuó diciendo el chofer–. Cerca de ese artefacto bajo de color de plata.

-Ese es el Aston, DB–Cuatro –dijo Talbot–, el automóvil de Dedos de oro.

-Si, ahora recuerdo haberlo visto. Una buena película. pero, ¿por que alguien paga cien mil. Probablemente mas cerca de los doscientos.

-pero entonces, ¿cómo es posible que Bruce Withers consiga tanto dinero?

-¿Cuánto vale para el movimiento neo desembarazarse de dos nazis capturados que quizá decidan dedicarse a hablar?

-Comprendo lo que usted quiere decir. –Sorenson de nuevo habló al chofer cuando éste se acercó al costado del vehículo deportivo británico. –¿Que les parece si uno de ustedes entra y echa una ojeada?

-Si –replicó el agente que ocupaba el asiento del copiloto–, apenas nuestros acompañantes estacionen… allí hay un lugar.

-Sugiero que usted se afloje o se quite la corbata. No creo que en este lugar haya muchos hombres con trajes de oficina… entrando en las cabañas, quizá, pero no allí.

El hombre que estaba al lado del chofer se volvió. Se había quitado la corbata y aflojado el cuello de la camisa.

-También la chaqueta –dijo, quitándosela–. Hace calor. –El agente descendió del vehículo, y el cuerpo erguido de pronto se agazapó, cuando se acercó a la puerta bajo el anuncio de neon.

En el interior del bar poco iluminado, la clientela era heterogénea: varios conductores de camiones, miembros de una cuadrilla de gente de la construcción, dos o tres universitarios, un hombre de cabellos blancos cuya

Librodot

cara arrugada u manchada otrora había sido aristocrática, y cuyas ropas gastadas aun mostraban su calidad original, y un cuarteto de prostitutas locales bastantes maduras. Bruce Withers había sido saludado por el corpulento barman.

-Hola, señor Withers –dijo el hombre– ¿Necesita una cabaña?

-Hoy no, Hank; vengo a encontrarme con un hombre. No lo veo...

-Nadie preguntó por usted. Quizá está retrasado.

-No, está aquí; he visto afuera su automóvil.

-Probablemente fue al cuarto de baño. Ocupe un reservado, y cuando él vuelva se lo enviaré.

-Gracias, y prepáreme uno doble, como de costumbre. Estoy celebrando.

-Enseguida.

Withers se sentó en el reservado que estaba al fondo del bar. Le sirvieron su martini y comenzó a beber, tentado de acercarse a la vidriera del frente para mirar de nuevo el automóvil Aston–Martin. ¡Una pieza auténtica! No veía el momento de salir a recorrer los caminos en ese vehículo, el momento de mostrarlo a Anita Griswald...¡especialmente no veía el momento de que su hija Kimberly lo viese! ¡Era muchísimo más sugestivo que todo lo que sus almidonados parientes políticos o la perra de su ex esposa podían conocer! Su agradable ensoñación se vio interrumpida por un hombre corpulento con una camisa a cuadros, que de pronto apareció y se sentó frente a él.

-Buenas tardes, señor Withers. Estoy seguro de que vio el DB–Tres. Hermosa máquina, ¿no le parece?

¿Quién demonios es usted. Usted no es Sidney, tiene doble corpulencia que él.

-Sidney no pudo venir, de modo que yo lo reemplazo.

-Nunca nos hemos visto. ¿Cómo supo que era yo?

-Gracias a una fotografía.

-¿Que?

-Es un recurso trivial.

-Hace por lo menos cinco minutos que estoy aquí. ¿Por qué esperó?

-Deseaba controlar algo –dijo el intruso, mirando constantemente hacia la puerta principal.

-¿Controlar qué?

-En realidad, nada. Para ser sincero con usted, le traigo grandes novedades y muchas ventajas.

-¿Que?

-En mi bolsillo tengo cuatro bonos al portador, cada uno por la suma de cincuenta mil dólares, un total de doscientos mil. Con ellos hay una invitación a visitar Alemania, por supuesto con todos los gastos pagos. Sabemos que usted no se ha tomado sus vacaciones de verano; quizá ahora decida utilizarlas.

-¡Dios mío, me deja mudo! Eso es grande. De modo que mi contribución fue apreciada. ¡Sabía que llegaríamos a eso! Corrí muchos riesgos, ustedes saben eso, ¿verdad?

-La prueba es el hecho de que estoy aquí, ¿no le parece?

-No veo el momento de llegar a Berlín, porque ustedes tienen razón, nosotros tenemos razón. Este país se está yendo al infierno. Y si hablamos de la limpieza étnica, necesitaremos cincuenta años para realizarla...

-¡Un momento! –murmuró con voz dura el desconocido, la mirada de nuevo fija en la puerta–. El tipo que llegó después de usted, el de la camisa blanca.

-No lo vi. ¿Que hay con él?

-Bebió un par de cervezas, pagó y salió.

-¿Y qué?

-Espere aquí, vuelvo enseguida. –El hombre se apartó del reservado, caminó de prisa hasta el extremo del mostrador, y se asomó fuera del local para espiar. Se retiró instantaneamente de la puerta, y regresó al reservado, la expresión sombría y los ojos entrecerrados. –¡Estúpido, permitió que lo siguieran! –dijo, sentándose.

-¿De que esta hablando?

-¡Ya me oyó, idiota! Allí afuera hay tres hombres, conversando con el de la camisa blanca, y créame, no son clientes de este tugurio. Tienen la marca de los agentes federales en toda la cara.

-¡Dios mío! Un subdirector llamado Kearns me llamó anoche para formular algunas preguntas tontas, pero lo puse en su lugar.

-¿Kearns, de la CIA?

-¿Recuerda que allí trabajo?

-Esta bien. –El desconocido se inclinó sobre la mesa, la mano izquierda encima, la derecha debajo. –Señor Withers, usted es una molestia para los que esperan que yo cumpla con mi tarea.

-Deme el dinero y yo saldré de aquí por la puerta del fondo, la que utilizan los proveedores.

-¿Y después que hará?

-Esperaré en una cabaña vacía hasta que se marchen, sobornaré a una de las prostitutas diciéndole que jure que estuvo conmigo si es necesario, y volveré a casa. Es una maniobra eficaz. Lo hice antes, Llámeme después para arreglar el asunto del Aston–Martin. ¡Vamos!

-No creo que su idea sea buena. –Hubo un estallído de risas aguardentosas que llegaron del mostrador, y estuvieron acompañadas por cuatro sordas estúpidas bajo la mesa. Bruce se irguió en el asiento, la mitad superior del cuerpo pegada a la banqueta, los ojos muy grandes, mientras la sangre descendía por la comisura de los labios. El desconocido de la camisa a cuadros salió del reservado y caminó tranquilamente hacia la puerta del fondo, mientras guardaba bajo el cinturón la pistola con silenciador. Abrió la puerta, y el secuaz de Mario Marchetti desapareció. El señor de Pontchartrain estaba ejecutando su parte.

Pasaron nueve minutos y veintisiete segundos hasta que los gritos reforzados por las exclamaciones de las mujeres resonaron en el bar del

Librodot

motel. Una mujer excesivamente maquillada corrió hasta la puerta y exclamó:

-¡Por Dios, que alguien llame a la policía! ¡Allá dentro mataron a balazos a un hombre!

-Los agentes de la CIA, acompañados por su director y Wesley Sorenson, corrieron hacia el interior. Ordenaron a todos los que estaban en el bar que permanecieron en el mismo lugar en que se encontraban, y que no intentaran realizar llamados telefónicos. Knox Talbot y Sorenson al lado, frustrados y deprimidos, salieron a la luz del sol. El Aston–Martin, DBCuatro, había desaparecido.

Librodot

35

El sujeto, doctor Hans Traupman (residencia indicada mas arriba) está acompañado por guardespaldas las veinticuatro horas del día; son unidades de tres hombres en turnos de ocho horas. Estos guardias están fuertemente armados, incluso cuando acompañan al cirujano a la sala de operaciones, donde permanecen mientras dura la intervención. Cuando Traupman va a restaurantes o asiste al teatro, a conciertos, o a cualquier otro tipo de acontecimientos, es frecuente que se duplique su guardia, distribuida alrededor del doctor Traupman, los hombres en las sillas o en las butacas, y a menudo explorando el sector, de un modo sumamente profesional, de tal modo que abarcan el área entera. Cuando están en el domicilio de Traupman, los guardespaldas patrullan constantemente los ascensores, los corredores y el exterior de su casa de apartamentos de lujo. Esto se suma a las múltiples alarmas y grupos de apoyo. En las raras visitas a los cuartos de baños públicos, dos guardias lo acompañan, y el tercero permanece afuera, y con palabras corteses prohibe que otros entren hasta que Traupman reaparece. El vehículo en que viaja es una limusina Mercedes blindada, con ventanas a prueba de balas, tubos de gas en todos los costados para inmovilizar a los agresores, y activados desde el tablero. Cuando viaja, utiliza su jet privado, guardado en un sector aislado de un aeródromo que está al sur de Nuremberg. Varias Cámaras digitales, operan día y noche, registran toda la actividad interna y externa.

La única variación en esta rutina de seguridad es el momento en que Traupman vuela a Bonn y utiliza su lancha de motor en las aguas del Rin, durante las noches en que según puede presumirse asiste a las reuniones clandestinas del movimiento neonazi. (Véase el informe precedente.) Al parecer a ninguno de los miembros se les permite tener tripulación o un capitán, lo cual explica el tamaño y la capacidad de maniobra de la embarcación. Es una lancha pequeña con un motor de 125 hp y flotadores inflables, a babor y a estribor. Sin embargo, incluso aquí hay un considerable nivel de seguridad, mediante cámaras giratorias que envían imágenes y sonidos a los guardias que están en el embarcadero, donde hay un helicóptero común preparado para un despegue urgente e inmediato. (Aquí, pueden realizarse observaciones especiales. Hay un radar que transmite las corrdenadas correspondientes a los lugares del río, y como en el caso del Mercedes, hay conductos que arrojan gas por la borda, con el fin de disuadir o matar a los intrusos. El hombre que maneja el timón está protegido por una sencilla máscara, que fue observada en diferentes ocasiones)

Buena suerte, Claude. Realmente me debe ésta. Tuve que abrirme paso en el club náutico de Bonn afirmando que deseaba comprar una Chris–Craft norteamericana. Felizmente, dejé el nombre de un sujeto de nacionalidad española que opera aquí y me debe dinero.

Drew Latham sonrió discretamente al leer el último párrafo, depositó el informe de Moreau sobre la mesa escritorio, y miró a Witkowski y a Karin, que estaban sentados en el diván.

-¿Hay alguna contingencia que ese sinvergüenza no haya contemplado?

-Es un informe bastante completo –dijo el coronel.

-No sé –dijo de Vries–. Yo no leí.

-Léelo ahora y quejate. –Drew se puso de pie y acercó el informe a Karin, y después se sentó en uno de los sillónes frente a sus dos interlocutores. De Vries comenzó a leer mientras Latham continuaba diciendo: –Ignoro por dónde empezar. Ese canalla está realmente protegido, incluso cuando va al retrete.

-Parece difícil en el papel, pero si nos acercamos al escenario quizá encontremos vacíos.

-Mas vale que así sea. De acuerdo con esto, sería mucho más fácil liquidarlo que apoderarse de su persona.

-Siempre es así.

-Una diversión –dijo de Vries, apartando la mirada del informe de Moreau. Es la única posibilidad que veo. Distraer la atención de los guardias.

-Eso es axiomatico –dijo Witkowski–. Ir más lejos, inmovilizar a un par de ellos y desencadenar un ataque. La cuestión es cómo, y cuál es el grado de disciplina de esos hombres.

-Como usted dice, Stosh, no podremos saber a que atenernos hasta que lleguemos allí.

-A propósito, los dos hombres de la OTAN están abajo, en mi oficina. Llegaron de Bruselas en el vuelo de las quince horas, con pasaportes nuevos y papeles que dicen que son vendedores de una compañía de material aeronáutico.

-Una buena cobertura –dijo Latham–. Ese tipo de vendedor aparece en todos los rincones de Europa.

-Tuvimos que trabajar bastante para ordenar los documentos. Se necesitó la mañana entera y parte de la tarde para asegurar la "autenticidad". De hecho, incluso están en la nómina de sueldos de la compañía.

-¿Todo eso era necesario? –preguntó Karin.

-Por supuesto, jóven. Las referencias a sus verdaderos nombres revelarían las fojas de servicios de dos comandos de las Fuerzas Especiales que operaron detrás de las líneas durante la Tormenta en el Desierto. Cada uno es tan práctico con un cuchillo como con las manos, sin hablar del garrote y las armas de fuego.

-Con la cual usted dice que son asesinos.

-Solo cuando es necesario, Karin. Francamente, son dos buenos muchachos, incluso un poco tímidos, a quienes hemos adiestrado para que reacciónen como corresponde en determinadas situaciones.

-Eso es un eufemismo para disimular el hecho de que son capaces de romperle a una la cabeza golpeándola contra una piedra si les parece que es necesario –explicó Latham–.¿Está satisfecho con ellos, Stosh?

-Absolutamente.

-¿Y los dos hablan bien el francés y el alemán? –agregó de Vries.

-En efecto. El primero es el capitán Christian Dietz, de treinta y dos años, diplomado de la Universidad Denison, y oficial militar de carrera. Los padres y los abuelos eran alemanes, y participaron en el movimiento alemán

clandestino mientras rigió el Tercer Reich. El padre y la madre fueron enviados a Estados Unidos cuando eran niños.

-¿El otro? –dijo Drew.

-Un teniente llamado Anthony, Gerald Anthony. Es un poco más interesante –dijo el coronel–. Se diplomó en literatura francesa y alemana, y estaba tratando de obtener el doctorado mientras enseñaba en una pequeña universidad de Pensilvania cuando decidió, según sus propias palabras, que no podía soportar la política en el claustro. Pensé que debía invitarlos a subir –continuó Witkowski–. Es necesario que los conozcamos, aunque sea informalmente.

-Una buena idea, Stanley –dijo Karin–. Pediré a la cocina que prepare algunos entremeses y café, quizá bebidas.

-No –dijo Drew–. Nada de entremeses ni café, y ciertamente nada de bebidas. Ésta es una fría operación paramilitar, y hay que conservarle ese carácter.

-¿No es una actitud un tanto fría.

-Tiene razón, jóven amiga, aunque nunca pensé que le oiría decir eso. Me equivoqué, el momento apropiado para practicar ese tipo de informalismo llega después. Después que uno ve las cualidades y los defectos de la actuación de estos hombres. De Vries miró al coronel con gesto dubitativo.

-Aún están siendo evaluados –explicó Latham–. Entrevistados en relación con la tarea... cómo se comportan, qué pueden ofrecer. Dos oficiales de las Fuerzas Especiales que han operado detrás de las líneas enemigas en una guerra cualquiera seguramente tienen algo que decir.

-No sabía que disponíamos de esa reserva de candidatos.

-No la tenemos, pero ellos no lo saben. Stanley, dígales que suban.

Salvo la estatura relativamente reducida, el capitán Christian Dietz hubiera podido salir de un cartel de la Juventud Hitleriana. Rubio, de ojos azules, y con un cuerpo que hubiera provocado la envidia de un campeón olímpico, se movía como el comando experimentado que era. En cambio, el teniente Gerald Anthony era igualmente musculoso, pero mucho más alto y con los cabellos oscuros; un hombre muy delgado, que evocaba la imagen de un látigo, preparado para encogerse y reaccionar mortalmente de un instante al siguiente. Aunque pareciera contradictorio, la cara de ambos estaban completamente desprovistas de maldad, en los ojos no había ni un atisbo de hostilidad. Y para completar la incongruencia, eran dos hombres, como lo había dicho Witkowski, esencialmente tímidos, vacilantes cuando llegaba el momento de explicar sus actividades anteriores o sus condecoraciones.

-Estuvimos en el lugar justo y en el momento oportuno –dijo Dietz sin comentarios.

-Nuestra inteligencia era excelente –agregó Anthony–. De no haber sido por ella, nos habrían cocido en un fuego iraquí, es decir, si hubieran aprendido a encenderlo en la arena.

-Entonces, ¿ustedes cooperaban?

-Nuestro código de radio era Alfa–Delta.

-Delta–Alfa –corrigió Dietz a Gerald Anthony.

Librodot

-Usábamos las dos formas –dijo Anthony, sonriendo a su amigo.

-Muy bien –aprobó el capitán, sonriendo con modestia.

-Ustedes leyeron el informe acerca de Traupman –continuó Latham–. ¿Tienen sugerencias?

-Un restaurante –dijo el teniente Anthony.

-El río –dijo casi simultáneamente el capitán Dietz–. Propongo que esperemos en Nuremberg y los sigamos hasta Bonn, usando el río.

-¿Por qué un restaurante? –preguntó Karin, dirigiéndose a Anthony.

-Es fácil distraer la atención…

-Yo dije lo mismo –lo interrumpió de Vries.

-…iniciando un incendio –continuó el teniente–, o identificando a los guardespaldas e inmovilizándolos mediante la fuerza o con sedantes instantáneos incorporados al agua o los alimentos. Francamente, creo que un incendio es mas eficaz. Todos esos platos a la llama; es tan sencillo desparramar las salsas, y todo el lugar se puebla de llamas que duran poco, pero distraen a todos mientras nos apoderamos del sujeto.

-¿Y el río? –intervino Witkowski.

-Uno puede taponar las salidas de gas de las embarcaciones… lo hemos hecho antes. Las patrullas de Saddam Hussein tenían esa defensa. Después, uno vuela las cámaras con proyectiles de alta potencia, como si los sistemas eléctricos hubiesen sufrido desperfectos. La clave consiste en hacerlo nadando bajo la superficie, fuera del alcance de las cámaras, y antes de que la embarcación llegue a la orilla. Uno sube a bordo, y sale de la zona.

-Volvamos al punto de partida –dijo Latham–. Teniente, ¿por qué cree que un restaurante en Nuremberg es más eficiente que el río en Bonn?

-En primer lugar, ahorro tiempo, y en el agua hay demasiadas posibilidades de error. La visibilidad es mediocre, podemos equivocar los orificios de salida del gas, o las cámaras trasmisoras… aunque sea una sola. El helicóptero para las situaciones urgentes tiene faros potentes, y es fácil identificar la lancha de motor. Según veo las cosas, el enemigo preferiría que el sujeto muriese a causa de las balas o las bombas, y no que lo tomen prisionero.

-Es cierto –dijo el coronel–. Y usted, capitán, ¿por qué cree que con restaurante es un lugar inapropiado?

-También porque hay excesivo margen para el error –dijo Dietz. Un grupo numeroso de gente dominado por el pánico es un bocado especial para las unidades de seguridad. Apenas se desencadene un incendio, correrán hacia el sujeto para protegerlo, y no hay modo de narcotizar a los guardias que no están en las mesas cercanas, aunque uno los conozca.

-De modo que usted discrepa con su colaborador –dijo Karin.

-No es la primera vez, señora. Generalmente resolvemos la diferencia.

-Pero usted es su superior –lo interrumpió bruscamente Witkowski.

-No prestamos mucha atención al rango –dijo el teniente–. Por lo menos en el combate. En un mes o dos ascenderé a capitán, y entonces tendremos que dividir las cuentas del almuerzo y la cena. No podré insistir en que él continúe pagando.

-El Hombre Delgado come como un buey –rezongó en voz baja el capitán Christian Dietz.

-Tengo una idea –interrumpió de pronto Latham–. Creo que merece un examen más atento. Pidamos una copa.

-Pero me pareció que usted había dicho…

-Olvide lo que dije, general de Vries.

Los cinco miembros de la Operación N–2 fueron en avión a Nuremberg en tres vuelos distintos; Drew embarcó con el teniente Anthony, Karin viajó con el capitán Dietz, y Witkowski fue solo. Claude Moreau había realizado los arreglos: Latham y de Vries ocuparon habitaciones contiguas en el mismo hotel; Witkowski, Anthony y Dietz fueron a diferentes hoteles de la ciudad. El encuentro fue la mañana siguiente en la biblioteca principal de Nuremberg, entre las pilas de volúmenes consagrados a la historia de la ciudad otrora imperial. Los llevaron a una sala de conferencias, por entender que eran tres candidatos al doctorado y su profesor, originarios de la Universidad Columbia en Nueva York, todo acompañados por la guía alemana de sexo femenino. No tuvieron que presentar documentos, pues los agentes de Moreau habían allanado el camino.

-No tenía idea de que era un lugar tan hermoso –exclamó Gerald Anthony, el único ex candidato al doctorado proveniente de Estados Unidos–. Me levanté temprano y fui a dar un paseo. Todo es tan medieval, los muros del siglo XI, el antiguo palacio real, el monasterio cartujo. Siempre que pensaba en Nuremberg, solamente recordaba los dos Procesos de la Guerra Mundial, las fábricas de cerveza y las plantas de la industria química.

-¿Cómo pudo estudiar las artes alemanas desentendiéndose de la ciudad que es la cuna de Hans Sachs y Alberto Durero? –preguntó Karin mientras se sentaban alrededor de la mesa redonda, sólida y reluciente.

-Bien, Sachs fue esencialmente músico y dramaturgo, y Durero grabador y pintor. Yo concentré mis esfuerzos en la literatura germánica, y en las influencias a menudo terribles…

-¿Los dos académicos tienen inconveniente? –interrumpió Latham mientras Witkowski sonreía–. Tenemos que ocuparnos de otras cosas.

-Disculpa, Drew –dijo Karin–. Es tan agradable poder… en fin, no importa.

-Puedo completar tu comentario, pero no lo haré –la interrumpió Latham–. ¿Quien quiere comenzar?

-Yo también me levanté temprano –replicó el capitán Dietz–, pero como no tengo esas inclinaciones estéticas, fui a estudiar la residencia de Traupman. El informe del Deuxieme lo dijo todo. Sus gorilas merodean alrededor del complejo como una manada de lobos. Entran y salen, rodean el edificio y retornan; uno desaparece, y el otro aparece. No hay modo de penetrar y vivir para contarlo.

-Nunca consideramos seríamente la posibilidad de apresarlo en su apartamento –dijo el coronel–. Los hombres del Deuxieme que se encuentran aquí en Nuremberg son nuestros observadores. Nos informarán telefónicamente cuando él salga de su residencia. Uno de ellos debería estar aquí muy pronto. Perdió su tiempo, capitán.

Librodot

-No necesariamente. Uno de los guardias bebe mucho; es un individuo muy robusto, y no demuestra su vicio, pero extrae un recipiente cuando está protegido por las sombras. Otro tiene un sarpullido en la ingle y el estómago... quizá un insecto, o la enredadera... literalmente corre a esconderse en los lugares oscuros, y se rasca desesperadamente.

-¿Adonde quiere ir a parar? –preguntó de Vries.

-A varias cuestiones, señora. Con esa información, podríamos ubicarnos de modo que nos apoderemos de uno de ellos o de ambos, y una vez que los hayamos apresado, podríamos usar lo que sabemos para arrancarles información.

-¿Usted utilizó esas tácticas en la Tormenta del Desierto? –era evidente que Witkowski estaba impresionado.

-Coronel, allí se trataba sobre todo de la comida. Muchos de esos iraquíes no habían comido en varios días.

-Necesito saber cómo entra y sale de su limusina –dijo Drew. Tiene que salir de la casa de apartamentos y entrar en su vehículo, y al llegar al hospital necesita salir de la limusina y entrar al establecimiento. Tanto si se trata de estacionamientos sobre el nivel del suelo o subterráneos, necesariamente tiene que mostrarse, aunque sea por muy poco tiempo. Tal vez ésas sean nuestras mejores oportunidades.

-Los horarios y los lugares excesivamente reducidos también pueden conspirar contra nosotros –dijo el teniente Anthony–. Si los tenemos en cuenta, otro tanto harán los guardespaldas.

-Tenemos pistolas para disparar dardos, silenciadoras y el factor sorpresa –dijo Latham–. Esos elementos suelen ser especialmente eficaces.

-Vayamos con calma –recomendó Witkowski–. Un error y nos eliminan. Si tienen la más mínima sospecha de lo que estamos haciendo aquí, enviarán al Herr Doktor Traupman a un bunker en la Selva Negra. Yo diría que podemos disparar una vez, y tenemos que dar en el blanco. De modo que esperamos, estudiamos y nos aseguramos de que es nuestro mejor disparo.

-Stosh, lo que me molesta es la espera.

-La perspectiva del fracaso me molesta mucho más –dijo el coronel. De pronto de la chaqueta de Witkowski brotó un sonido grave e irregular. Witkowski extrajo el pequeño teléfono portátil suministrado por la filial alemana del Deuxième. –¿Sí?

-Lamento llegar tarde al desayuno –fueron las palabras en inglés pronunciadas con mucho acento francés–. Estoy a poca distancia del café, y llegaré en unos minutos.

-Pediré que traigan otra porción de huevos. Seguramente ya están fríos.

-Muchas gracias. Los huevos escalfados fríos no sirven para nada.

El coronel se volvió hacia sus colegas sentados alrededor de la mesa.

-Uno de los hombres de Moreau llegará en un par de minutos. Karin, ¿quiere descender hasta la recepción y traerlo aquí?

-Como usted diga. ¿Como se llama y cuál es su cobertura?

-Ahrendt, profesor adjunto de la Universidad de Nuremberg.

Librodot

-Allá voy. –de Vries se puso de pie, caminó hasta la puerta y salió de la habitación.

-Esa dama es interesante –dijo el jóven Comando, el teniente Anthony–. Quiero decir que realmente sabe historia y artes…

-Conocemos sus cualidades –lo interrumpió secamente Latham.

El hombre con quien Karin regresó parecía un contador alemán común; estatura mediana, bien vestido con ropas ni muy caras ni muy pobres. Todo en él era mediano, lo cual significaba que era un operador muy valioso en el servicio del Deuxième.

-No se necesitan nombres, caballeros –dijo sonriendo amablemente. –Ni siquiera nombres falsos. Provocan confusión, ¿no es verdad? De todos modos, para mayor comodidad, llámenme Karl; es un nombre tan usual.

-Siéntese, Karl –dijo Drew, señalando con un gesto una silla vacía. No necesito decirle cuánto apreciamos su ayuda.

-Sólo ruego al cielo que sea realmente valiosa para ustedes.

-La oración me provoca cierta inquietud –lo interrumpió Drew. Usted no parece muy confiado.

-Ustedes se han embarcado en una tarea sumamente difícil.

-También contamos con una ayuda muy competente –dijo Witkowski–. ¿Puede agregar algo al informe?

-Algunas cosas. Comenzaré con lo que hemos agregado desde que el informe fue despachado a París. Traupman canaliza la mayor parte de sus asuntos personales a través de la oficina del director del hospital, un individuo inmensamente rico, muy relacionado política y socialmente… y eso además beneficia el ego de Traupman, como si ese hombre estuviera a disposición del cirujano.

-Resulta un poco extraño, en vista de la identidad de Traupman –dijo el erudito, Gerald Anthony.

-En realidad no, Gerry –discrepó Christian Dietz–. Es como si el secretario de Defensa pidiese un avión apelando a los servicios de la Oficina Ovalada. Puede ser un hombre importante en la línea de fuego, pero no hay nadie con más autoridad que el presidente. En realidad, es un sistema muy alemán.

-Exactamente. –El hombre llamado Karl asintió. –Y como esas instrucciones están anotadas, para evitar el error o la culpa, un sistema también muy alemán, conseguimos que un empleado del hospital nos transmita las indicaciones de Traupman.

-¿Eso no es peligroso?

-No si un informe lo convenció de que era un asunto relacionado con la seguridad policial.

-Ustedes son eficaces –dijo Dietz.

-Más vale así, porque de lo contrario nos jugamos la vida –dijo Karl–. En todo caso, Traupman ha reservado seis lugares en la terraza jardín del restaurante Gartenhof, a las ocho y media de la noche.

-Podemos intentarlo –dijo el teniente Anthony con acento enfático.

Librodot

-Por otra parte, nuestro hombre en el aeródromo nos informó que Traupman ordenó que le preparasen el avión para las cinco de la tarde de mañana. Con destino a Bonn.

-Una reunión neo a orillas del Rin –dijo Dietz–. El agua es un lugar más apropiado. Lo sé.

-Calma, Chris –observó el teniente–. Echamos a perder las cosas en la playa norte de Kuwait, ¿lo recuerdas?

-Nosotros no arruinamos nada, muchacho. Los hombres rana fueron los culpables. Estaban tan entusiasmados, que taponaron los escapes del motor... De todos modos, les salvamos el pellejo acercándonos por el costado y...

-Eso es historia –interrumpió el teniente Anthony–. Ellos recibieron las medallas, y las merecían. Dos perdieron la vida. Ojalá que nos olviden.

-No debió suceder –observó tranquilamente Dietz.

-Pero sucedió –agregó Anthony, con voz incluso más serena.

-De modo que tenemos dos oportunidades –dijo Latham con voz firme–. Esta noche en el restaurante, y mañana en el Rin. ¿Qué le parece, Karl?

-Las dos son igualmente traicioneras. Les deseo suerte, amigos míos.

En el aeródromo abandonado y obsoleto de Lakenheath, en medio de los prados del Condado de Kent, los dos enormes planeadores Messerschmitt ME 323 reacondicionados habían sido armados. Sólo restaba que los poderosos jets descendiesen, con los motores detenidos a diez mil pies, de manera que el descenso provocase el mínimo ruido posible. La operación relacionada con la provisión de agua se desarrollaría en el siguiente centenar de horas.

En la extensión lisa de suelo firme entre el depósito de Delecaria y el río Potomac, otros dos gigantescos planeadores ME 323 reacondicionados –habían sido desarmados y despachados a través del Atlántico continuaban en tierra. El enorme depósito, alimentado por gran número de conductos subterráneos, estaba al final del último tramo del bulevar MacArthur, y suministraba a Arlignton, Falls Church, Georgetown y el Distrito de Columbia, incluso los guetos y la propia Casa Blanca. En el momento señalado, ajustado hasta una fracción de minuto, dos jets Thunderbird descenderían raudos, con los motores suspendidos durante pocos instantes, y engancharían a la cola los cables dobles, de modo que los planeadores se elevarían en el aire. A causa de los factores determinados por el estrés, el ascenso contaría con la ayuda de cohetes de autopropulsión descartables, instalados bajo las alas de los planeadores. Se los activaría en el momento del impacto. Esa táctica había sido probada en los campos de Mettmach, Alemania, el nuevo cuartel general de la Fraternidad. Bien ejecutado era un sistema eficaz. Se lo aplicaría con destreza aquí, y toda la capital de Estados Unidos soportaría el envenenamiento y la parálisis. El período de espera: la hora cien.

A poco más de cuarenta kilómetros al norte de París, en la región de Beauvais, están los depósitos de agua que alimentan a grandes sectores de la ciudad, incluso a los distritos en que se encuentran importantes sectores del gobierno –todo el Quai d'Orsay, el palacio presidencial, las instalaciones de la seguridad militar y una serie de departamentos y organismos de menor

Librodot

categoría. A unos veinte kilómetros al este de las grandes instalaciones de agua las tierras de cultivo son lisas, y en el ámbito de esta gran extensión hay tres aerodromos privados que atienden a los ricos que desprecian las incomodidades de los aeropuertos de Orly y De Gaulle. En los campos más alejados, en direcciún al este, había dos enormes planeadores recién pintados. La explicación suministrada a los curiosos en verdad era exótica. Se les decía que pertenecían a la familia real saudita, y que ella los utilizaba para practicar deportes sobre el desierto; y como habían sido construidos y pagados en Francia, ¿quién exigía saber más? Varios jets –nadie sabía cuántos eran exactamente llegarían en un rato más, para remolcar a los planeadores en el viaje a Riad. La torre de control recibió la información de que se elevarían en el aire más o menos al cabo de un centenar de horas. ¡El asunto tenía escasa importancia!

La terraza jardín del restaurante Gardenhof pertenecía a una época anterior, mucho más elegante, cuando los cuartetos de cuerdas acompañaban las cenas elegantes servidas soberbiamente, y todos los platos llegaban traídos por manos protegidas con guantes blancos. El problema era que en efecto se trataba de un jardín, contiguo a una terraza, cargado de canteros de flores desde los cuales podían verse las antiguas calles de Nuremberg, y se gozaba del espectáculo de la misteriosa casa de Alberto Durero.

Gerald Anthony, teniente de las Fuerzas Especiales, y últimamente protagonista de la Tormenta del Desierto estaba furioso. Había preparado a todos para la misión, a su juicio una conflagración que estallaría de pronto, distrayendo a todos, y especialmente a los guardaespaldas sentados cerca de la mesa de Traupman, que podían quedar bastante inmovilizados durante el caos, de modo que de nada le sirvieran a su empleador. Sin embargo, las brisas tibias que soplaban entre los edificios y provenían del río Regnitz eran constantes, demasiado peligrosas para esa estrategia solo los globos de vidrio que protegían las velas impedían que ellas se apagasen. Un breve y desconcertante estallído de fuego era todo lo que se necesitaba para secuestrar a Traupman; pero la posibilidad de que las llamas se extendiesen por todo el sector, de modo que matasen o lesionaran a personas inocentes en el recinto cerrado, no era aceptable. También tenía importancia que el pánico provocado por ese fuego que se extendería a causa de la brisa podía perjudicarlos, taponando la única salida con clientes histéricos. Era suficiente que un guardia reaccionase en la medida necesaria para extraer un arma y la misión fracasaría con un solo disparo.

Con sucesivas miradas, cada miembro de la unidad N–2 estudió disimuladamente a Hans Traupman y sus invitados. El famoso cirujano era sin duda la figura principal del grupo; era un individuo delgado, de proporciones medianas, con gestos vivaces acompañados por súbitas expresiones faciales, todo un poco exagerado hasta el extremo de la comicidad, aunque los rasgos propios de la edad le conferían un carácter semigrotesco. No era un hombre atractivo, pero a pesar de su constante búsqueda de aprobación, o incluso de aplauso, estaba totalmente a cargo del grupo... era el anfitrión todopoderoso cuyos bruscos silencios determinaban que los otros esperasen las próximas palabras.

Latham, su apariencia modificada por los anteojos de gruesa montura de carey, las cejas abundantes y un bigote, miró a Karin, también

Librodot

irreconocible en la semipenumbra del local, con la cara pálida sin maquillaje y los cabellos severamente recogidos en un rodete. Ella no retribuyó la mirada. En cambio, parecía hipnotizada por algo o alguien que estaba en la mesa de Traupman.

El teniente Anthony miró a Drew y al coronel Witkowski. Con un gesto renuente, imperceptible, meneó la cabeza. Sus superiores hicieron otro tanto. Karin de Vries de pronto habló en alemán, el tono frívolo y despreocupado, una actitud muy extraña en ella.

-Creo ver a una antigua amiga que quiere empolvarse la nariz; y yo haré lo mismo. –Se apartó de la mesa y atravesó la terraza, caminando detrás de otra mujer.

-¿Qué dijo? –preguntó Drew.

-Fue al cuarto de baño –replicó Dietz.

-Oh, se trata de eso.

-Lo dudo –dijo Anthony.

-¿Qué significa eso? –insistió Latham.

-La mujer a quien ella sigue sin duda es la persona con la cual Traupman se citó esta noche –explicó Witkowski.

-¿Karin está loca? –estalló Latham, murmurando intensamente. ¿Qué pretende hacer?

-Lo sabremos cuando regrese, chlopak.

-¡No me agrada!

-No tenemos alternativa –le dijo el coronel.

Doce minutos mas tarde, de Vries regresó a la mesa.

-Para usar el vernáculo norteamericano –dijo tranquilamente en inglés–, mi nueva y jóven amiga detesta al "maloliente pervertido". Tiene veintiseis años y Traupman sale con ella para exhibirla. Le pega y le exige prácticas sexuales retorcidas cuando regresan a su apartamento.

-¿Cómo supiste todo eso? –preguntó Drew.

-Lo leí en sus ojos... ¿Recuerdas que yo viví en Ámsterdam? Es una cocainómana, y necesitaba desesperadamente una dosis para pasar la velada. La encontré consumiendo la droga... también suministrada por el buen doctor.

-Qué hombre hermoso –dijo despectivamente el capitán Christian Dietz–. Un día se llegará a saber a cuántos iraquíes les administraron una dieta cotidiana de esa basura. ¡Hussein convirtio la droga en parte de la dieta militar!... ¿Esto puede llevarnos a alguna parte?

-Solo si logramos entrar en el apartamento de este hombre –contestó Karin–, porque de ese modo tendríamos una enorme ventaja.

-¿Como es eso? –preguntó Witkowski.

-Él filma videos de sus episodios sexuales.

-¡Enfermizo! –escupió el teniente Anthony.

-Más de lo que ustedes piensan –dijo de Vries–. La mujer me explicó que él tiene una biblioteca completa, con toda clase de fotos de niñas y varones. Afirma que necesita eso para excitarse debidamente.

Librodot

-Ésa podría ser la artillería más pesada –afirmó el coronel.

-La vergüenza pública –dijo Latham–. El arma más poderosa jamás inventada por el hombre.

-Creo que podemos hacerlo –dijo Dietz.

-Pensé que habías afirmado que no podíamos –murmuró Anthony.

-Puedo cambiar de opinión, ¿verdad?

-Seguro, pero Ringo, tus primeras evaluaciones generalmente son las mejores.

-¿Ringo?

-Le agrada esa película; olvídelo, amigo... ¿Cómo es eso Chris?

-Ante todo, señora de Vries, como usted se enteró del asunto de las filamciones, sólo puedo suponer que realizó sutiles averiguaciones acerca del propio apartamento. ¿Estoy en lo cierto?

-Por supuesto. Los tres guardias dividen sus obligaciones, y se alternan de modo que todos puedan descansar. Uno permanece frente a la puerta, ante una mesa con un intercomunicador, y en cambio los dos restantes, como usted dijo antes, capitán, patrullan los corredores, el vestíbulo y el exterior del edificio.

-¿Qué me dice de los ascensores? –preguntó Witkowski.

-En realidad, no importa. Traupman ocupa el apartamento más alto, que abarca la totalidad del último piso, y para llegar allí mi perturbada y jóven amiga afirma que uno aplica un código, lo cual es el procedimiento normal, u obtiene la autorización del propio personal de seguridad del edificio, después de demostrar que Traupman lo espera.

-En ese caso, usted se refiere a dos obstáculos –dijo Drew–. Los guardias de Traupman y la seguridad interna del edificio de apartamentos.

-Probemos los tres –interrumpió Karin–. El guardia que está frente a la puerta del apartamento tiene que pulsar una serie de números para lograr que se abra la puerta. Si presiona los números equivocados, origina un escándalo tremendo. Sirenas campanas, ese tipo de cosas.

-¿La jóven le dijo todo eso? –preguntó el teniente Anthony.

-No fue necesario que hablase, Gerald, es el procedimiento estándar. Mi esposo y yo teníamos una variación de ese sistema en Ámsterdam.

-¿De veras?

-Teniente, es una historia complicada –interrumpió secamente Latham–. Ahora no hay tiempo para eso... De modo que si conseguimos cosa muy dudosa, esquivar a los guardias y a la seguridad que está en la planta baja, cerca de los ascensores, nos frenarán y probablemente nos atacarán a tiros en el corredor que pasa frente al apartamento del último piso. No es precisamente una perspectiva muy interesante.

-¿Usted reconoce que podemos superar los dos primeros obstáculos? –preguntó Witkowski.

-Sí –replicó Dietz–. Gerry y yo podemos ocuparnos del borracho y el hombre de la picazón en la ingle. La gente del escritorio interno podrá ser abordada por un par de tipos de aspecto muy oficial que exhiban credenciales también muy oficiales. –El capitán fijó la mirada en Latham y

Witkowski. –En el supuesto de que ellos posean auténtica experiencia en este tipo de cosas.

-Digamos que alcanzamos nuestros objetivos –afirmó Drew, cada vez más irritado–, ¿cómo conseguiremos dominar al autómata del último piso?

-Eso no lo sé, amigo.

-Quizá yo pueda responder a la pregunta –interrumpió Karin, poniéndose de pie–. Si las cosas salen bien, tardaré un rato –continuó, hablando en voz baja y enigmática–. Por favor, pídame un expreso doble; puede ser una noche agotadora. –Después de decir estas palabras, de Vries atravesó el jardín del restaurante en dirección a la entrada, y por si alguien la miraba retrocedió a lo largo de las paredes y dejó atrás las mesas atestadas, para dirigirse al cuarto de baño de las damas.

Unos cinco minutos después la jóven rubia sentada al lado del doctor Hans Traupman sufrió un leve acceso de estornudos, y el grupo de amables conocidos sentado a la misma mesa lo atribuyó al polen del verano de Nuremberg, y a la brisa. La jóven se alejó de las mesas.

Dieciocho minutos después, Karin de Vries regresó adonde estaban sus eruditos norteamericanos.

-Aquí están las condiciones –dijo–. Y ni ella ni yo aceptaremos nada menos que esto.

-Usted se encontró con la jóven en el cuarto de baño de las mujeres. –Witkowski no formuló una pregunta, sino que afirmó una idea.

-Ella entendió que si yo abandonaba esta mesa y caminaba hacia la entrada, debía presentar alguna excusa y reunirse conmigo en tres o cuatro minutos.

-¿Cuáles son las condiciones y cómo ella se hará acreedora a la recompensa? –preguntó Latham.

-En primer término la segunda pregunta –dijo Karin–. Una vez que ella esté adentro, con Traupman, hay que concederle una hora, y ella desactivará la alarma y soltará la cerradura de la puerta.

-Quizá haya que pensar en ella como futura presidenta de Estados Unidos –dijo el capitán Dietz.

-Pide mucho menos que eso. Quiere, y yo acepté, una visa permanente para ingresar en Estados Unidos, y dinero suficiente para sostenerse durante la rehabilitación, así como fondos adecuados para vivir con relativa comodidad durante tres años. No se atreve a continuar aquí, en Alemania, y después de tres años, mientras perfecciona su inglés, cree que podrá encontrar trabajo.

-Ya lo tiene, y no sólo trabajo –dijo Drew–. Podría haber pedido mucho más.

-Para ser sinceros, querido, es muy posible que más tarde aumente el nivel de su reclamo –es una sobreviviente, no una santa, y en efecto se trata de una drogadicta. Ésa es su realidad.

-Pero eso será problema para otros –interrumpió el coronel.

-Traupman acaba de pedir la cuenta –dijo el teniente Anthony.

-Lo mismo haré yo, en mi condición de guía alemana de este grupo. –de Vries se inclinó hacia adelante en su silla como si quisiera recuperar su

Librodot

bolso o una servilleta caída. A tres mesas de distancia, la rubia hizo lo mismo, y recuperó un encendedor de oro que se le había deslizado de los dedos. Los ojos de las dos mujeres se encontraron; Karin pestañeó dos veces, la acompañante de Traupman una sola.

Había comenzado el programa de la noche.

Librodot

36

El complejo de apartamentos –no hubiera sido razonable denominarlo casa– era una de esas frías estructuras de acero y vidrio que lograban que una persona añorase las paredes de piedra, las torres, los arcos e incluso las salientes. No era tanto el trabajo de un arquitecto, sino más bien el producto de una computadora automatizada, y su estética se basaba en los grandes espacios vacíos. De todos modos, era imponente, las ventanas del frente de hecho tenían dos pisos de alto, el vestíbulo estaba construido con mármol blanco, y en su centro había un gran estanque con una cascada iluminada por luces encendidas bajo el agua. A medida que se ascendía un piso tras otro, los corredores interiores aparecían limitados por una pared interior de granito moteado que permitía que todos observaran la opulencia de los pisos bajos. Se obtenía un efecto, caracterizado no tanto por la belleza sino por el sentido triunfal de la ingeniería.

A la izquierda del vestíbulo de mármol blanco estaba la ventana con vidrio corredizo de la oficina de seguridad; detrás del vidrio podía verse al guardia uniformado, cuya tarea era aceptar a los visitantes que se identificaban a través del intercomunicador instalado en la entrada, después de comprobar que eran aceptados por los residentes. Además, en beneficio de la intimidad y la seguridad, el guardia tenía al alcance de la mano las alarmas correspondientes a Incendio, Entrada mediante la fuerza y Policía; esta última, apostada a unos ochocientos metros de distancia, podía llegar al edificio a lo sumo en sesenta segundos. El complejo tenía una altura de once pisos, y el departamento del último piso lo ocupaba en su totalidad.

Como podía suponerse, el exterior armonizaba con los precios del establecimiento. Un camino circular conducía de un alto seto a otro, y todo el terreno sugería la iniciativa de un paisajista: el follaje recortado, los jardines floridos, cinco estanques de concreto, por supuesto, bien ventilados, y con caminos de losas para la personas a las cuales les interesara pasearse entre las bellezas naturales. Al fondo del complejo, a la vista del muro de estilo medieval, había una piscina de proporciones olímpicas, con las correspondientes cabañas que servían como vestuario, y un bar para los visitantes que llegaban en verano. Teniendo en cuenta todos estos detalles, el doctor Hans Traupman, el Rasputín del movimiento neonazi, vivía muy bien.

-Esto es como entrar en Leavenworth sin autorización –murmuró Latham, protegido por el verdor de los arbustos, frente a la entrada. A su lado estaba el capitán Christian Dietz, que antes había reconocido el sector.

-Todos los accesos a la piscina están activados con un sistema electrónico... uno toca un cable con la mano y las sirenas comienzan a funcionar. Conozco estas fibras. Responden al estímulo del calor.

-Conozco eso, señor –dijo el Ranger y veterano de Tormenta en el Desierto–. Por eso le dije que el único modo era eliminar a los dos guardespaldas, doblegar al personal de seguridad de la casa y llegar al undécimo piso.

-¿Usted y Anthony pueden desembarazarse de los guardias?

-Ése no es problema. Gerry derribará al tipo aficionado a la bebida, y yo me encargaré del hombre que se rasca constantemente. El problema, según

Librodot

veo el asunto, es si usted y el coronel pueden imponerse al personal de seguridad del apartamento.

-Witkowski habló por teléfono con un par de agentes del Deuxième. Dice que eso está controlado.

-¿Cómo?

-Dos o tres nombres de la Polizei. Llamarán a la guardia interior de la casa y, allanarán el camino. Un asunto muy secreto, y todo el resto de ese tipo de maniobra.

-¿El Deuxième colabora con la policía de Nuremberg?

-Pueden hacerlo, pero no es lo que yo dije. Dije "nombres", no personas. Supongo que son nombres importantes, al margen de que correspondan o no a personas reales... Caramba, Chris, es la medianoche pasada, ¿quién se ocupará de controlar el llamado? Cuando los Aliados atacaron en Normandía, nadie se atrevió a despertar a los principales ayudantes de Hitler, y mucho menos al propio jefe.

-¿El alemán del coronel es realmente bueno? Le oí hablar sólo unas pocas palabras.

-Es muy fluido.

¿Lo duda? Witkowski no habla, ladra.

-Oiga... acaba de encender un fósforo entre los arbustos, a la derecha. Sucede algo.

-Él y el teniente están más cerca. ¿Puede ver qué pasa?

-Sí –replicó el capitán Dietz, espiando a través del follaje–. Es el alemán corpulento de la botella de bebida. Gerry está acercándose hacia el extremo derecho; lo atrapará en las sombras, en el camino que lleva al edificio.

-¿Ustedes siempre se sienten tan seguros?

¿Por qué no? Es sencillamente un trabajo, y estamos entrenados para hacerlo.

-¿No pensó que en la lucha cuerpo a cuerpo el otro puede ser más duro?

-Por supuesto, por eso nos especializamos en los trucos mas sucios que se conozcan. ¿Usted no? Uno de mis amigos de la embajada de París lo vio a usted jugando hockey en Toronto o Manitoba u otro lugar por el estilo; dijo que usted era el gran maestro de las maniobras sucias.

-Cambiemos de tema –ordenó Latham–. ¿Qué sucede si el muchacho de la botella de whisky no regresa? ¿El otro guardia lo esperará?

-Son alemanes, se atienen al horario. Cualquier variación es inaceptable. Si un soldado se descuida, el otro puede sufrir la influencia del descuido. Continúa la marcha, y hace su parte. ¡Mire! Gerry lo atrapó.

-¿Qué?

-Usted no estaba mirando. Gerry encendió un fósforo y lo inclinó hacia la izquierda. Misión cumplida... Ahora, yo me arrastraré hasta allí, mientras usted se reúne con el coronel en un costado.

-Sí, ya lo sé...

-Pasará un rato, quizá incluso veinte minutos o cosa así, pero tenga paciencia, lo conseguiremos.

Librodot

-Como usted quiera.

-Si. Nos veremos después, amigo de Operaciones Consulares. –El capitán de las fuerzas especiales se arrastró hacia la entrada protegida por un toldo del complejo de apartamentos, mientras Drew se deslizaba entre las plantas florecidas del jardín de estilo inglés, y llegaba al seto en que Stanley Witkowski yacía tendido en el suelo.

-¡Estos hijos de perra son notables! –declaró el coronel, con un par de binoculares infrarrojos en los ojos–. ¡Tienen hielo en las venas!

-Bien, es simplemente un trabajo, están entrenados para hacerlo, y lo hacen bien –dijo Drew, pegándose al suelo.

-Lo que usted diga, amigo –replicó Witkowski–. Ahí va el otro... ¡caramba, son notables! ¡Derecho y a la cabeza, y nada menos que eso!

-Stanley, no necesitamos muertos. Preferimos cautivos.

-Acepto las dos cosas. Solamente quiero entrar allí.

-¿Podemos hacerlo?

-La trampa está armada, pero no sabremos a qué atenernos hasta que lo intentemos. Si hay un problema, atacamos con toda nuestra fuerza.

-La guardia avisará a la policía apenas vea un arma.

-Hay once pisos... ¿pero dónde comienzan?

-Observación sensata. ¡En marcha!

-Todavía no. El candidto del capitán todavía no llegó.

-Pensé que usted había dicho que ya estaba.

-Que estaba en posición, pero no preparado para apoderarse del premio.

-¿Que premios?

-Es una expresión de la marina. Uno no puede disparar hasta que no aparezca el blanco.

-¿Quiere hablar claro, por favor?

-El segundo de los dos guardias todavía no ha llegado.

-Gracias.

Pasaron seis minutos y Witkowski habló.

-Aquí viene, exactamente en hora. ¡Bendita sea la disciplina! –Treinta segundos después encendieron un fósforo, que cayó hacia la izquierda. –Acabado –dijo el coronel–. Vamos, y de pie. Recuerde que usted es miembro de la policía de Nuremberg. Permanezca detrás de mí y no habra la boca.

-¿Que podría decir? ¿O, Tannenbaum, mein Tannenbaum"?

-Aquí vamos. –Los dos hombres atravesaron el camino circular, y después de llegar al ancho toldo, delante de las puertas de vidrio de la entrada, se detuvieron. Conteniendo la respiración y manteniéndose erguidos, se acercaron al panel exterior que permitía comunicarse con el escritorio de la seguridad.

-Guten Abend –dijo el coronel, continuando en alemán–, somos los detectives llamados para controlar el equipo exterior de emergencia de la residencia del doctor Traupman.

Librodot

Sí, sus superiores llamaron hace una hora, pero como ya les dije, el doctor hoy tiene visitas…

-Y supongo que ellos le dijeron que no molestaremos al doctor –interrumpió secamente Witkowski–. En realidad, ni él ni su guardespaldas personales deben sufrir molestias; ésas son las órdenes del comandante, y por mi parte yo no tengo el mas mínimo interés en desobedecer esas instrucciones. El equipo externo está en el depósito, frente al piso en que está la puerta del doctor Traupman. Ni siquiera se enterará de que estuvimos aquí… ésas son las órdenes del jefe de la policía de Nuremberg. Por otra parte, estoy seguro de que él le explicó claramente todo eso.

-Y a propósito, ¿Que sucedió? Me refiero al equipo.

-Probablemente un accidente, alguien que trasladó muebles o cajas al depósito y cortó un cable. No lo sabremos hasta que examinemos los paneles, precisamente la tarea que nos encomendaron… Francamente, no sabría a qué atenerme aunque tuviera ante los ojos el desperfecto; mi colega es el experto.

-Yo ni siquiera sabía de la existencia de este equipo –dijo el guardia del apartamento.

-Amigo, hay muchas cosas que usted no sabe. Entre usted y yo el doctor tiene comunicación directa con todos los altos jefes de la policía y el gobierno, e incluso con Bonn.

-Sabía que era un gran cirujano, pero no tenía idea…

-Digamos que él se muestra sumamente generoso con nuestros superiores, los suyos y los míos –lo interrumpió de nuevo Witkowski, en un tono ahora más cordial–. En fin, para beneficio de todos debemos atenernos a nuestras órdenes. Estamos perdiendo el tiempo… Por favor, permítanos entrar.

-Ciertamente, pero todavía tienen que firmar el registro.

-¿Y quizá perder el empleo? ¿Y que usted pierda el suyo?

-Está bien, aplicaré los códigos de modo que puedan llegar en ascensor al undécimo piso; ahí está el apartamento. ¿Necesitan la llave del depósito?

-No, gracias. Traupman entregó una llave a nuestro comandante, y él nos la dio.

-Usted disipa todas mis dudas. Adelante.

-Por supuesto, le mostraremos nuestras tarjetas de identificación, pero insisto en que debe olvidarse de que nos vio.

0Naturalmente, éste es un buen empleo, y desde luego no deseo que la policía se me eche encima.

El ascensor estaba fuera de la vista de la entrada en el apartamento del cirujano, en el undécimo piso. Latham y el coronel se acercaron deslizándose junto a la pared; Drew espió por el costado de la pared de concreto revestida con mármol. El guardia sentado frente al escritorio estaba de mangas de camisa, y leía un libro mientras tamborileaba con los dedos al compás de la suave música proveniente de una pequeña radio portátil. Estaba por lo menos a quince metros de distancia, y la imponente consola que tenía enfrente era su conexión directa con varios hombres que podían conseguir

Librodot

que abortase la operación N–2. Latham consultó su reloj y murmuró a Witkowski.

-Stosh, no es una situación agradable.

-No esperaba que lo fuera –contestó el veterano del G–2, metiendo la mano en el bolsillo de la chaqueta y extrayendo cinco pequeñas esferas–. Vea, Karin tenía razón. La maniobra de distracción es todo.

-Ya pasó la hora en que la amiga de Traupman prometió que desactivaría la alarma. Seguramente está muy nerviosa allí adentro.

-Lo sé. Use los dardos y apunte al cuello. Continúe disparando hasta que lo hiera en la garganta.

-¿Qué?

-Se levantará y vendrá hasta aquí, créame.

-¿Y qué piensa hacer?

-Mire. –Witkowski envió una esferita rodando sobre el piso de mármol; repiqueteó hasta chocar con la pared de enfrente, y se detuvo. Después, Witkowski arrojó otra en dirección contraria, y ésta también al fin se detuvo. –¿Qué está sucediendo? –murmuró Witkowski a Drew.

-Usted dirige esto. Se puso de pie y viene hacia aquí.

-Cuanto más se acerca, mejor podrá dispararle. –El coronel arrojó dos esferitas por el corredor, en dirección a su derecha; repiquetearon, el mármol contra el mármol; el guardespalda corrió hacia adelante, con el arma en la mano. Dobló en la esquina y Latham disparó tres dardos narcóticos; el primero falló, y rebotó en la pared; el segundo y el tercero alcanzaron al neonazi en el costado derecho del cuello, y emitió un grito bajo y prolongado, mientras se derrumbaba lentamente.

-Retire los dos dardos, encuentre el tercero y lleve a ese hombre de regreso al escritorio –dijo Witkowski–. La droga pierde efecto en media hora.

Transportaron al neo hasta el escritorio, lo depositaron en la silla, el tronco y la cabeza inclinadas sobre la superficie de madera. Drew se acercó a la puerta del apartamento, respiró hondo y abrió. No sonó ninguna alarma, sólo la oscuridad y el silencio, hasta que habló una débil voz femenina... por desgracia, en alemán.

-Schnell. ¡Beeilen Sie sich!

-¡Un momento! –dijo Latham, pero la orden fue innecesaria, pues el coronel ya estaba al lado–. ¿Qué dice, y podemos encender la luz?

-Sí –replicó la mujer–. Habló poco inglés. –Después de decir esto, encendió la luz del vestíbulo. La muchacha rubia estaba completamente vestida, y sostenía en la mano el bolso y un maletín. Witkowski se adelantó –Salimos ahora, ¿ja?

-No nos adelantemos, Fraulein –dijo el coronel en alemán–. Primero el trabajo que vinimos a realizar.

-¡Me lo prometieron! –exclamó ella–. Una visa, un pasaporte... ¡protección para ir a Estados Unidos!

-Recibirá todo, señorita. Pero si no podemos retirar de aquí a Traupman, ¿dónde están las grabaciones?

Librodot

-Tengo quince... las peores... aquí en mi bolso. Con respecto a retirar de la casa de apartamentos a Herr Doktor, es imposible. La entrada de servicio tiene una alarma activa desde las ocho de la noche hasta las ocho de la mañana. No hay otra forma, y las cámaras de televisión registran todo.

El coronel tradujo para beneficio de Drew, que contestó:

-Tal vez podamos pasar con Traupman frente al escritorio del personal de seguridad. Qué demonios, sus guardias ya no están. –Witkowski de nuevo tradujo, ahora para la mujer alemana.

-¡Eso es una estupidez, que provocará la muerte de todos! –replicó enfáticamente la mujer–. Ustedes no entienden cómo está organizado este lugar. Los dueños son los más ricos de Nuremberg, y a causa de los secuestros que afectan a todos los ricos en Alemania últimamente, el residente mismo debe informar al escritorio que sale de la casa.

-De modo que usaré el teléfono y seré Traupman. ¿Y qué? Y a propósito, ¿dónde está?

-Dormido en su cama; es un hombre viejo y se cansa fácilmente... a causa del vino y de otras cosas. Pero realmente ustedes no entienden. Los ricos de toda Europa viajan con guardias y automóviles a pruebas de balas. Pueden haber entrado aquí, y los felicito por la hazaña, ¡pero si creen que pueden irse con el doctor, están locos!

-Le aplicaremos un narcótico, como hicimos con el guardia que estaba frente a la puerta.

-Todavía más absurdo. Es necesario llamar a la limusina desde el garaje antes de que el doctor salga del edificio; y solamente sus guardespaldas conocen la combinación de la bóveda...

-¿La boveda?

-Es posible robar o sabotear los automóviles... realmente, ustedes no entienden.

-¿De qué demonios están hablando ustedes dos? –interrumpió Drew–. ¡Basta de alemán!

-Estamos mal –dijo el coronel–. El informe del Deuxiéme ignoró algunas cosas. Por ejemplo, los vehículos blindados bajo el dosel antes de que Traupman salga, y las cerraduras de combinación en el garaje...

-¡Todo este maldito país es paranoico!

-Nein, mein Herr –dijo la mujer–. Comprendo algo de lo que usted dice. No toda Alemania... algunos sectores, donde viven los ricos. Tienen miedo.

-¿Y qué me dice de los nazis? ¿Alguien les tiene miedo?

-¡Ellos son basura, mien Herr! Las personas decentes no la paoyan.

-¿Y quién demonios cree que es Traupman?

-Un mal hombre, un viejo senil...

-¡Es un maldito nazi!

Fue como si hubiesen asestado un golpe en la cara de la jóven. Se estremeció y meneó la cabeza.

-No sé nada... de todo eso. Su Freunde... en der Medizin, se los respeta. Muchos son beruhmt. Famosos.

Librodot

-Esa es su cobertura –dijo Witkowski en alemán–. Es uno de los líderes del movimiento, y por eso queremos apresarlo.

-¡No puedo hacer más que lo que hago! Lo siento, pero no puedo. Ustedes tienen las grabaciones, y eso es lo que prometí. Ahora, ustedes deben facilitarme la salida de Alemania, pues si lo que dicen es cierto, esos cerdos nazis me matarán.

-Señorita, nosotros cumplimos las promesas. –El coronel se volvió hacia Latham y habló en inglés. –Saldremos de aquí, chlopak. No podemos retirar a este canalla sin amenazar toda la operación. Iremos en avión a Bonn en una hora o cosa así, en un avión del Deuxiéme, y esperaremos allí al hijo de perra.

-¿Usted cree que de todos modos irá mañana a Bonn?

-No creo que pueda hacer otra cosa. Además cuento con una cadena de mandos de los alemanes, la cual es mucho más rígida que la nuestra. Es necesario evitar a toda costa la culpa, y eso se parece bastante a lo que hacemos nosotros mismos.

-¿Quiere aclararme eso?

-Los guardespaldas de Traupman han sido drogados. Recuperarán el sentido en veinte o treinta minutos, sin duda muy asustados, e inmediatamente inspeccionarán el apartamento.

-Donde encontrarán a Traupman durmiendo pacificamente –lo interrumpió Latham–. Pero, ¿qué me dice de las cintas grabadas, Stosh?

Witkowski miró a la jóven rubia y formuló la misma pregunta. La acompañante nocturna de Traupman abrió su bolso y extrajo una llave.

-Esta es una de las dos llaves del gabinete de acero donde se guarda el resto de las cintas –contestó en alemán–. La otra está en el Banco Nacional de Nuremberg.

-¿Advertirá la pérdida de la llave?

-No creo que ni siquiera piense en eso. La guarda en el segundo cajón de su escritorio, bajo algunas prendas de vestir.

-Le haré la siguiente pregunta sólo porque es indispensable. ¿El filmó las actividades con usted esta noche?

-No, porque habría sido demasiado vergonzozo. Después que me reuní con su colaboradora en el cuarto de baño, me las arreglé para salir. Siempre llevo conmigo un gotero lleno con un narcótico y somnífero, en caso de que la velada llegue a ser excesivamente repulsiva.

-Pero usted también es adicta a las drogas, ¿verdad?

-Sería ridículo negarlo. Tengo dosis suficientes para tres días. Después, recibí de ustedes la promesa de ayudarme en Estados Unidos... No me convertí en drogadicta por mi propia iniciativa; me llevaron a eso, como sucedió con muchas de mis hermanas en Berlín Oriental. Todas nos convertimos en acompañantes delujo de los funcionarios, y nos entregamos a la drogadicción para sobrevivir.

-Salgamos de aquí –gritó Witkowski–. ¡Estas muchachas son víctimas!

-Adelante, Coronel –dijo Latham–. Después de todo, el capitán Dietz tendrá otra oportunidad a orillas del Rhin.

Librodot

Uno tras otro los confundidos guardespaldas confluyeron en el corredor de acceso a la puerta de Traupman. Cada uno de los relatos de lo que había sucedido era diferente, y sin embargo todos eran iguales; las variaciones eran imputables a las excusas con las cuales pretendían salir del paso, pues en realidad nadie sabía lo que había sucedido. Que los habían atacado era evidente, pero ninguno estaba gravemente herido.

-Será mejor que entremos y veamos cuáles son los daños –dijo el hombre de aliento alcohólico.

-¡Nadie podría entrar! –protestó el guardia que atendía el escritorio del corredor–. Encontraríamos una multitud en ese lugar si alguien lo hubiese intentado. La alarma avisa simultáneamente al personal de seguridad del vestíbulo y a la policía.

-De todos modos, fuimos atacados y drogados –insistió el guardespalda cuyas manos recorrían su propio bajo vientre en el intento de rascarse furiosamente.

-Usted debería consultar un médico –dijo el alcohólico–. No quisiera contagiarme su dolencia.

-En ese caso no vaya de excursión a orillas del Regnitz con una prostituta que hace el amor entre los arbustos. ¡La muy perra! Debemos entrar, porque sólo de ese modo podremos saber si es necesario que escapemos de Nuremberg.

-Desactivaré la alarma y abriré la puerta –dijo el guardia del escritorio, inclinándose con movimientos inseguros y pulsando una serie de números en su consola–. Ya está abierto.

-Usted primero –dijo uno de los hombres.

Cuatro minutos después los tres guardias regresaron al corredor, perplejos e inseguros, cada uno a su propio modo desconcertado,

-No sé qué pensar –dijo el hombre más corpulento–. El doctor duerme pacíficamente, no hay el más mínimo desorden y todos los papeles están como siempre...

-¡Y la jóven no está! –interrumpió el hombre de la picazón en la ingle.

-¿Ustedes creen...?

-Yo sé –declaró el guardia afectado por la irritación en la piel–. Traté de decir sutilmente al doctor que ella nole convenía. Ella vive con un policía de mal carácter que está separado de su esposa; y Dios sabe que ese hombre no puede pagarle la droga.

-La policía... las alarmas... ella pudo haber hecho todo eso con la ayuda de su amigo –dijo el guardia del corredor, sentándose frente a su escritorio y descolgando el teléfono de la consola–. Hay un modo de averiguarlo –continuó–. Llamemos a su apartamento. –Después de consultar una lista de números protegida por un alambre de plástico, el guardia marcó. Pasó un minuto entero, y el hombre devolvió el teléfono a su lugar. –No hay respuesta. Ellos salieron de la ciudad o están en algún sitio preparando una coartada.

-¿Para qué? –preguntó el guardia aficionado a la bebida.

-No lo sé.

Librodot

-Entonces, ninguno de nosotros sabe... nada. –El guardespalda se mostró inflexible. –El doctor está bien, la prostituta salió por propia voluntad, Heindrich puede comprobarlo... y todo parece normal, ¿no lo creen?

-¿Por qué no? –convino el guardia llamado Heindrich, sentado frente al escritorio–. Incluso Herr Doktor Traupman dirá que es una explicación aceptable. Sería preferible que él no viese a esas mujeres por la mañana.

-Entonces, amigos míos, aquí no sucedió nada –dijo el hombre, contemplando su envase vacío–. Continuaré vigilando y pasaré por el garaje y por mi automóvil para reabastecerme.

Los focos iluminaban con máxima intensidad los muelles a orillas del Rin, en Bonn. Salvo uno, todos serían apagados cuando la pequeña lancha de motor abandonase su amarradero en pocos minutos. A unos ochocientos metros de distancia, protegida por las sombras, había otra embarcación, el casco y el puente pintados de verde oscuro, el motor apagado, balanceándose a impulsos de la suave corriente del río; sus tripulantes se habían puesto trajes impermeables, y tenían tanques de oxígeno sujetos a la espalda. Eran seis, y el sexto, un capitán, era agente del Deuxieme. De los cinco dispuestos a sumergirse, sólo Karin de Vries había debido justificar a grito pelado su inclusión en el grupo.

-Probablemente tengo más experiencia que usted en este tipo de natación, oficial Latham.

-Lo dudo –había replicado Drew–. Me entrenaron en el Instituto Scripps de San Diego, y uno no recibe una formación más cabal que esa.

-Y yo aprendí con Frederik en el mar Negro, cuatro semanas de preparación... Teníamos una excelente cobertura, porque éramos marido y mujer. Si la memoria de Stanley todavía funciona, quizá recuerde ese ejercicio.

-Lo recuerdo, jóven –dijo Witkowski. –Nosotros pagamos toda la operación... Freddie trajo unas doscientas fotos tomadas bajo el agua, correspondientes a los navíos soviéticos que estaban en Sebastopol y sus alrededores. El tonelaje, el desplazamiento, todo...

-Y yo tomé por lo menos un tercio de esas fotos –agregó Karin con acento desafiante.

-Está bien –admitió Latham. –Pero si salimos vivos de todo esto, tendrás que aprender que tú no llevas los pantalones en esta familia.

-Y tú no te pondrás los míos a menos que cambies de actitud... ¿Quizás acabas de pedirme que me case contigo?

-Te lo pedí antes... no con las mismas palabras, pero con bastante claridad.

-Acaben con eso, los dos –ordenó Witkowski. –Aquí viene Dietz.

El capitán de comandos se acercó y se puso en cuclillas frente a ellos.

-Acabo de repasar el plan con el capitán de la lancha, y no le encuentra defectos. Ahora, examinemos de nuevo todo el asunto.

El plan del capitán Christian Dietz, si bien no era una obra maestra de confusión, ciertamente estaba destinado a evitar la infiltración en los momentos de actividad hostil. Arrastrado por la lancha de motor verde

Librodot

oscura, a la cual estaba unido por una cuerda, había un bote de goma negro, con un motor de 250hp, que podía desarrollar 40 nudos por hora. Además, atada a la popa había una lona negra, que podía cubrir toda la embarcación, incluso el motor. La estrategia era absolutamente sencilla... si todo funcionaba de acuerdo con el plan.

Aproximadamente a un kilómetro y medio de su amarradero la pequeña embarcación de Traupman sería atacada por la unidad submarina N–2. taponándole los caños de gas con cierres de una sustancia líquida que se endurecería en pocos segundos. Después, las cámaras giratorias de televisión serían anuladas mediante proyectiles silenciosos, disparados por pistolas poderosas como una 357 Magnum. Entonces, la unidad abordaría la embarcación de Traupman, dejaría fuera de servicio todos los restantes equipos de comunicación, narcotizaría al médico, y lo entregaría al bote negro al mando del capitán del Deuxiéme, que desplegaría la lona negra. Después, se activaría el piloto automático en la embarcación de Traupman, mientras la unidad retornaba a su lancha verde oscura, para enfilar hacia la orilla, cerca del lugar de destino de Traupman.

Los dos primeros ejercicios tuvieron éxito. Bajo la guía del teniente Anthony y el capitán Dietz, Latham, Witkowski y Karin emergieron al costado de la lancha rápida, aferrando los cables que pudieron encontrar marcados por círculos rojos. La embarcación aminoró la marcha; y ahora enfiló hacia la costa. Como un solo hombre, los cinco subieron a bordo, y enfrentaron al aterrorizado Traupman.

-¿Was ist los? –gritó, extendiendo la mano hacia su radio. Latham le retiró inmediatamente el aparato, mientras Karin se acercaba al nazi, le abría la chaqueta y le clavaba una aguja en la carne, bajo la camisa. –¡Ordenaré que la fusilen...! –fueron las últimas palabras que Traupman pronunció antes de caer sobre la cubierta.

-¡Pásenlo al bote! –gritó Witkowski mientras la embarcación negra se ponía al costado, y el cuerpo del nazi descendía pasando sobre la borda. –¡Ahora, a toda velocidad fuera de aquí!

-Rodearé la embarcación y la pondré en piloto automático, con rumbo norte–noroeste –exclamó Christian Dietz.

-¿Qué demonios es eso?

-No se preocupe –replicó el teniente Gerald Anthony. –Remontará el Rin, e incluso tendrá en cuenta los recodo. Estudiamos los mapas.

-Traupman fue llevado hacia esa luz amarilla encendida en un muelle, hacia la izquierda –dijo Karin.

-¿Estás pensando lo mismo que yo? –dijo Drew.

-Eso espero, pues ciertamente no me privaré de nada.

-Entonces, al agua, y nademos en dirección a nuestra propia lancha, si podemos verla.

-La anclé –dijo Anthony–. Está allí... a lo sumo a treinta metros de distancia. Una vez que estemos a bordo, me acercaré a la orilla al amparo de una arboleda.

-El capitán Dietz se volvió después de comprobar que Traupman estaba cubierto por la lona negra en el bote de goma con motor, y se alejaba en dirección a la orilla opuesta del Rin.

Librodot

-¡Salgamos de aquí! –dijo Dietz–. Tenemos que enviar río arriba esta lancha.

La sugerencia llegó justo a tiempo, pues al cabo de pocos minutos, mientras la embarcación vacía de Traupman llegaba al centro del Rin, el helicóptero apostado cerca del muelle descendió del cielo, como si se preparase para auxiliar a la embarcación. En cambio, una sucesión constante de descargas de ametralladoras roció la lancha, mientras el helicóptero describía dos círculos, y finalmente volaba la lancha con fuego de cañón.

La embarcación se hundió.

-Caramba –dijo Latham a Karin y a sus tres colegas, todos sentados a orillas del Rin.

-Creo conveniente que volvamos a ese muelle, y esperemos a ver quién llega y cuáles son sus intenciones –dijo Witkowski.

Librodot

37

Se quitaron los equipos de natación submarina que cargaban a la espalda, dejando intactos los trajes negros impermeables y los protectores de goma aplicados en los pies. De la mochila impermeable del capitán Dietz retiraron un surtido de armas y walkie–talkies miniaturizados; y los distribuyeron. Después, la unidad semicomando se deslizó por la orilla del río hasta que alcanzaron a divisar el muelle con la tenue luz amarilla. Lentamente, con intervalos de unos diez minutos, las pequeñas y esbeltas lanchas se acercaron a los lugares de amarra, viniendo de diferentes direcciones, hasta que casi todos estuvieron en sus respectivos lugares. De pronto, la luz amarilla se apagó.

-Creo que el grupo está reunido –murmuró Latham a Witkowski. Karin estaba a la izquierda del coronel, y los dos comandos a la derecha de Drew.

-Gerry y yo iremos a reconocer el terreno –dijo Dietz y con el teniente comenzó a adelantarse, y las hojas de sus largos cuchillos reflejaron la luz de la luna.

-Iré con ustedes –dijo Latham.

-Esa no es una buena idea... –protestó Anthony–. Trabajamos mejor si estamos solos... señor.

-Por favor, acaben con el "señor". No pertenezco al ejército, pero yo dirijo esta operación.

-Lo que él quiere decir, amigo de Operaciones Consulares –explicó el capitán–, es que él y yo tenemos señales que conocemos cuando estamos explorando un sector. Por ejemplo, el sonido de la brisa en los árboles, o el gorgoteo de una rana, todo lo que sea propio del lugar.

-Bromea.

-Ni por asomo –replicó el teniente–, es un aspecto básico de nuestro trabajo.

-Además –continuó Dietz–, si esta propiedad está preparada como lo sugiere mi informe, seguramente hay patrullas recorriendo el terreno.

-¿Como en el apartamento de Traupman? –interpuso Witkowski.

-Eso fue coser y cantar, señor... Ya sabíamos lo que nos esperaba.

-Esta bien, adelante –dijo Drew–. Dejen la radio en posición de transmitir, y avísennos cuando podamos avanzar... con mucho cuidado.

-Eso es esencial en este trabajo –dijo Anthony, mirando vacilante a Karin de Vries, y hablando en un murmullo de modo que Latham apenas alcanzó a escucharlo. –Las órdenes que recibimos en Nuremberg fueron de inmovilizar, no neutralizar. por lo que vimos con el helicóptero en el río, no creo que la regla sea aplicable aquí.

-No se aplica, teniente. Este es el núcleo del movimiento nazi, de modo que considérese en estado de guerra. Si es posible, tenemos que saber quiénes están allí; ése es nuestro objetivo más importante. De modo que si tienen que usar esos cuchillos, úsenlos bien.

Los minutos siguientes se parecieron a la banda de sonido de una película de terror, con imágenes mucho más intensas porque se las adivinaba, pero sin verlas. Karin y Witkowski tenían una sola radio entre los dos. Drew sostenía la suya frente a los ojos. Lo que los tres oían les

Librodot

provocaba entremecimientos, aunque el coronel parecía menos imprecionable que Latham y de Vries. Mientras los dos comandos avanzaban entre el follaje denso y enmarañado de la orilla del río, hubo movimientos de hojas y pasos y súbitos gritos sofocados e interrumpidos por las horribles expulsiones de aire y líquido, y la entrada de los filos en los cuerpos. Después ruido de pasos, carreras, sonidos que se debilitaban, gruñidos y toses acompañados por crujidos que seguramente eran disparos de pistola con silenciador. Más pasos a la carrera, ramas quebradas, ahora más intensos, poco a poco debilitándose. Después silencio –total y temible– interrumpió súbitamente por una explosión de la estática Drew y Witkowski se miraron, y las expresiones tensas reflejaron su temor de que hubiera sucedido lo peor. Después, voces, todas hablando en alemán, rogando y suplicando... ¡en alemán! Ruidos de metal y vidrio seguidos por gemidos y el grito explosivo de una voz en inglés.

-¡Dios mío, no me mate!

-¡Cristo! –estalló Witkowski. –Los capturaron. ¡Quédese aquí, voy tras ellos!

-Deténgase, Stanley –gritó Drew, aferrando el hombro del coronel con la mano fuerte de un ex campeón de hockey. –¡Quédese donde está, se lo digo en serio!

-¡De ningún modo! ¡Esos muchachos están en problemas!

-Si eso es cierto, sólo conseguirá que lo maten, y todos tenemos esa alternativa, ¿no es lo que usted mismo dijo?

-¡Esto es diferente! tengo en mi mano una automática con cargadores suficientes para disparar doscientos proyectiles.

-Siento lo mismo que usted, Stosh, pero ésa no es la razón por la cual estamos aquí, ¿verdad?

-Usted es un hijo de perra –dijo con más calma el coronel, inclinándose en actitud de cuerpo a tierra–. Realmente, podría ser oficial.

-No en ninguno de los ejércitos que conozco. No soporto los uniformes.

-Muy bien, ¿qué propone?

-Esperamos –otra vez sus recomendaciones... esperar es la parte más difícil de la tarea.

-En efecto.

Pero no fue así, pues la voz jadeante del capitán Christian Dietz llegó por la radio.

-Playa Uno a Playa Dos. Hemos eliminado a cuatro hombres porque era necesario, y maniatamos y amordazamos a dos más que no opusieron recistencia. Después, continuamos avanzando y capturamos el centro de seguridad de una especie de sótano que está bajo el cobertizo donde se guardan los vehículos, a cincuenta o sesenta metros de la casa. De los tres operadores que había allí uno está muerto, porque intentó activar una alarma auxiliar; otro fue maniatado y amordazado, y el tercero, un buen muchacho norteamericano que se casó con una jóven alemana mientras estaba en el ejército, todavía está llorando y cantando el himno nacional norteamericano.

-¡Ustedes son fantásticos! –exclamó Drew–. ¿Qué sucede en la casa? ¿Pudieron ver?

-Sólo un par de ojeadas a través de las ventanas después de eliminar a las patrullas del jardín. Hay entre veinte y treinta hombres y un sacerdote de cabellos rubios en el estrado; el religioso no está rezando, sino repartiendo fuego y brea. Por el aspecto de la cosa, es el principal rabino en este lugar.

-¿Un sacerdote?

-Bien, tiene un traje oscuro y usa un cuello blanco. ¿Podría ser otra cosa?

-Había un sacerdote en París... ¿Qué estatura tiene ese hombre?

-No la suya, pero bastante parecida. Yo diría un metro setenta o un metro setenta y cinco.

-¡Dios mío! –llegó la voz asustada de Karin de Vries, a quien le temblaba todo el cuerpo.

-¿Qué?

-¡Un sacerdote... de cabellos rubios! –Estremecida, Karin cubrió el aparato con la mano, y murmuró a Latham y a Witkowski: –Debemos acercarnos a una de esas ventanas.

-¿Qué pasa? –preguntó Drew mientras el coronel miraba fijamente a de Vries–. ¿Qué pasa?

-¡Haga lo que le digo!

-Hágalo –dijo Witkowski, los ojos fijos en Karin.

-Playa Dos a Playa Uno, ¿qué pasa en los terrenos?

-No creo que hayamos omitido a nadie, pero no puedo garantizarlo. Es posible que un tipo se haya metido entre los arbustos...

-Y cuando salió descubrió unos pocos cadáveres, ¿verdad?

-En ese caso, pudo llegar a la conclusión de que era mejor marcharse cuanto antes, y comunicarse con los neos de Bonn.

-Creo que hay mejores posibilidades que esa –dijo Drew–. Comenzamos a acercarnos.

-Tranquilícese, amigo. Espere a que nos situemos entre la casa y el río. Le informaré cuando pueda venir.

-Aceptaré eso, capitán. Ustedes son los expertos.

-Más vale que lo crea... señor –dijo la voz del teniente Anthony. –Y por favor, mantenga a la señora de Vries del lado del río, por si hay disparos.

-Por supuesto. –Latham cubrió la radio, y habló a Karin por sobre la cabeza de Witkowski. –Mira, ese jóven está comenzando a molestarme.

-Es buena persona –dijo Witkowski.

-Tiene doce años de edad.

-¡Por favor, las ventanas! –reclamó Karin.

-Cuando recibamos el aviso, jóven. –Con un gesto discreto, el coronel se apoderó de la mano temblorosa de deVries y la aferró. –Tranquila, muchacha –murmuró. –¿Recuerda que es necesario controlarse?

-¿Usted sabe...?

Librodot

-No sé nada. Sólo sé que hay algunos interrogantes sin respuesta que vienen del pasado.

-Playa Dos –llegó la voz serena de Dietz por el transmisor. –Pueden avanzar, pero cuídense. Es posible que haya rayos infrarrojos hasta el nivel de la cintura hasta que lleguen a la terraza superior.

-Pensé que habían anulado el sistema –dijo Witkowski.

-Las cámaras y las empalizadas, coronel. Tal vez eso sea suficiente, pero los hilos pueden estar al nivel del suelo, y depender de un circuito independiente.

-Entendido, capitán, nos mantendremos pegados al suelo.

El trío avanzó, encabezado por Latham, y las olas del Rin lamían el sendero en la orilla del río, por donde avanzaba Drew. Con el lodo pegándose a los trajes impermeables, las armas sobre la cabeza, llegaron al boede de la pendiente de la propiedad. Caminando uno al lado del otro, avanzaron sobre los pastos, hasta el primer patio que daba al muelle. Sobre la colina, con el césped bien cortado, había una segunda terraza en forma de patio, y después el fondo de la mansión junto al río. Un muro de puertas de vidrio corredizas indicaba un interior enorme, un salón de baile o una sala de banquetes, a juzgar por los candelabros encendidos.

-¡He visto antes este lugar! –murmuró Drew.

-¿Estuvo antes aquí? –preguntó Witkowski.

-No. Imágenes, fotográficas…

-¿Dónde?

-En una de esas revistas de arquitectura, no recuerdo cuál, pero sí recuerdo las terrazas escalonadas y la hilera de puertas de vidrio… ¡Karin! ¿Qué estás haciendo?

-Tengo que mirar adentro. –Como si estuviese en un trance, de Vries se puso de pie y comenzó a caminar como una autómata, atravezando el terreno cubierto de pasto, en dirección al muro de enormes paneles de vidrio. –¡Es necesario!

-¡Deténgala! –dijo el coronel–. ¡Por Dios, deténgala!

Latham se abalanzó, aferró por la cintura a Karin y la arrojó al suelo, obligándola a rodar hacia la derecha, lejos del área iluminada.

-¿Qué te sucede? ¿Deseas que te maten?

-¡Tengo que mirar adentro! No puedes impedirlo.

-Está bien, está bien, estoy de acuerdo contigo, todos estamos de acuerdo, pero reflexionemos un poco antes de hacer algo.

De pronto, los dos comandos de las Fuerzas Especiales estaban arrodillados a los costados, y Witkowski se acercaba cautelosamente.

-Eso no fue muy inteligente, señora de Vries –dijo irritado el capitán Dietz–. Usted no sabe lo que puede haber al lado de una de esas puertas de vidrio, y esta noche hay bastante luna.

-Lo siento, lo siento realmente, pero para mí es importante, muy importante. Usted mencionó un sacerdote, un sacerdote rubio… ¡debo verlo!

Librodot

-¡Oh, Dios mío! –murmuró Drew mirando a Karin, y percibiendo el pánico en los ojos de la mujer, y el temblor de su cabeza–. Eso fue lo que no quisiste decirme...

-¡Cálmese, amigo! –ordenó el coronel, interrumpiendo a Drew y aferrándolo por el brazo izquierdo.

-Usted –dijo Drew, volviendo la cabeza y mirando con dureza la cara arrugada y severa del veterano del G–2–. Usted sabe qué significa todo esto, ¿verdad Stosh?

-Quizá sí y quizá no. Pero yo no soy el problema. Quédese con ella, jóven, tal vez necesite todo el apoyo que usted pueda suministrarle.

-Sígannos –dijo el teniente Anthony–. Nos desviaremos hacia la derecha hasta llegar a la esquina , y después trataremos de alcanzar la primera puerta. Corremos el cerrojo y la abrimos unos centímetros, lo suficiente para escuchar que sucede detrás de esa cortina.

Medio minuto más tarde la unidad de cinco hombres estaba acurrucada junto a la esquina de la planta baja del edificio, en el limite de la terraza más alta. Witkowski tocó el hombro de Latham.

-Acompáñela –murmuró–. Mantenga las manos libres y preparadas. Tal vez no haya nada, pero esté atento ante la posibilidad de una sorpresa.

Drew empujó suavemente hacia adelante a Karin, sosteniéndole los hombros, hasta que llegaron a la primera puerta de vidrio. Ella espió por la abertura de la cortina interior, y vio al hombre que estaba de pie frente al estrado, y oyó al sacerdote rubio que eshortaba a la multitud a proferir gritos histéricos: ¡Sieg Heil, Gunter Jager! Con la boca abierta, los ojos desorbitados, ella empezó a gritar. Latham le cerró la boca con la mano, mientras los gritos de Sieg Heil colmaban el salón, y la obligó a retroceder hasta la esquina de la mansión.

-¡Es él! –dijo de Vries con voz sofocada–. ¡Es Frederik! Llévela de regreso a la lancha –casi gritó el coronel–. Nosotros terminaremos lo que hay que hacer aquí.

-¿Qué quiere terminar? ¡Maten al hijo de perra!

-Ahora, muchacho, no está comportándose como un oficial. Siempre hay un después.

-Y nosotros nos encargaremos de eso, coronel –dijo el capitán Christian Dietz, señalando a su teniente, que sostenía en las manos una camcorder miniaturizada, y estaba grabando la escena frenética del interior de la casa.

-¡Sáquenla de aquí! –repitió Witkowski.

Caminaron de regreso hasta el río casi en silencio, por respeto a la impresión sufrida por Karin. Durante largo rato ella prefirió permanecer sola en la popa, mirando la luz de la luna que se proyectaba sobre la orilla opuesta. En cierta ocasión se volvió y miró con expresión de ruego a Latham, que abandonó su asiento y se acercó a ella.

-¿Puedo ayudarte? –preguntó él en voz baja.

-Ya lo hiciste, pero, ¿podrás perdonarme?

-Por Dios, ¿qué debo perdonarte?

-Perdí el control. Mi actitud podría haber provocado la muerte de todos. Stanley me advirtió acerca de la pérdida del control.

Librodot

Tenías motivos suficientes para... De modo que ése era tu secreto, que tu marido estaba vivo y que...

-No, no –lo interrumpió Karin–. O quizá debería decir que sí, pero no de este modo, no lo que vimos esta noche. Estaba segura de que vivía, y creía que había cambiado de bando y era parte del movimiento nazi... que lo era voluntaria o involuntariamente... ¡pero nada como esto!

-¿Qué creías?

-Tantas cosas, tantas explicaciones posibles. Antes de la caída de Berlín oriental, lo abandoné, y le dije que habíamos terminado a menos que él devolviera cierto orden a su vida. Su bebida nunca fue problema, pues el alcohol a lo sumo lo convertía en un individuo agradable, expansivo y muy alegre. después cambió drásticamente, y se convirtió en una persona terriblemente ofensiva, que me golpeaba y me arrojaba contra la pared. No lo reconocía, pero consumía drogas, lo cual implicaba negar todo aquello que constituía el fondo de sus convicciones,

-¿Qué quieres decir?

-Creía en él mismo, apreciaba su propio ser, La bebida era un goce esporádico y casual, no una adicción. Si lo hubiera sido, tu hermano no lo habría tolerado... por razónes personales y profesionales.

-Acepto eso –dijo Drew. A Harry le agradaba el buen vino y el coñac, pero no aceptaba que una persona perdiese el control de sus actos. Tampoco yo lo acepto, ya que estamos.

-Eso es lo que quise decir; tampoco Freddie toleraba esa situación. Todo lo que modificaba lo que él era aunque fuese durante un lapso muy breve, le parecía detestable. Sin embargo, como dije antes, cambió drásticamente. Se convirtió en un enigma, y era un monstruo en cierto momento y se arrepentía al siguiente. Una noche en Ámsterdam, después de convencerme yo misma de que Harry tenía razón, de que Frederik había muerto, recibí un llamado telefónico obsceno. Era del tipo que realizan los adolescentes para vanagloriarse frente a sus amigos, disfrazando sus voces con tonos muy agudos o muy graves, y hablando después de aplicar un papel al teléfono. Los reclamos y los insultos sexuales de costumbre; por lo tanto, comencé a cortar la comunicación, cuando cierta frase o una serie de palabras atrajeron mi atención. Las había oído antes... ¡de labios de Freddie! Grité: "Dios mío, ¿eres tú, Freddie?" Todavía me parece oír el grito doloroso que siguió, y comprendí que yo tenía razón, y que Harry estaba equivocado.

-Lo que vimos esta noche fue una variación de ese monstruo –dijo Drew–. Me pregunto si todavía consume drogas.

-No tengo idea. Quizá la grabación que obtuvo el teniente Anthony debería ser vista por un psiquiatra.

-No veo el momento de inspeccionarla personalmente. Esa grabación podría ser una mina de oro... Karin, ¿qué sabe Witkowski?

No tengo la más mínima idea. Lo único que me dijo es que había preguntas sin respuesta que provenían del pasado. No sé a qué se refería.

-Preguntémosle primero. –Latham se volvió y se dirigió al coronel, que se había sentado a estribor con los dos comandos. –Stan, ¿puede acercarce un momento?

Librodot

-Por supuesto. –El coronel se acercó y se detuvo frente a Drew y a Karin.

-Stosh, usted sabía más de lo que confesaba acerca de lo que sucedió esta noche, ¿no es así?

-No, no sabía, simplemente presumía que había cierta posibilidad. Una de las personalidades favoritas de Freddie de Vries cuando pasaba a la clandestinidad era la del sacerdote, y Dios sabe que era más rubio que marilyn Monroe cuando no se teñía los cabellos. Cuando el capitán mencionó la presencia de un sacerdote rubio de alrededor de un metro ochenta, yo estaba cerca de usted, Karin, y vi cómo perdía el control. Y de pronto los recuerdos afluyeron a mi memoria.

-Eso no explica por qué usted pudo imaginar siquiera que se trataba del marido de Karin –dijo Latham. Bien, ahora hay que remontarse a unos pocos años atrás. Cuando el G–Dos recibió la noticia de la muerte de Frederik de Vries a manos de la Stasi, no estábamos en condiciones de reconstruir los hechos... por ejemplo, por qué ellos habían anotado con tanto detalle los "interrogatorios" y la muerte de Frederik. No era normal, de ningún modo era normal. En general, se ocultaban cuidadosamente esos detalles; habían asimilado las lecciones de los campos de concentración.

-Eso es lo que primero me impresionó –dijo Karin–. También a Harry, pero él lo atribuyó a la mentalidad de los fanáticos de la Stasi, que sabían que estaban próximos a perder su poder, a perderlo todo. Yo no podía adoptar la misma actitud, porque Frederik hablaba con mucha frecuencia de la Stasi, de los brutales que podían llegar a ser, de su capacidad para manipular, y del hecho de que en esencia eran individuos inseguros. Los hombres inseguros no suelen condenarse utilizando sus propias palabras.

-¿Cómo contestó mi hermano cuando le dijiste eso?

-No le hablé del asunto. Mira, Harry no sólo era el control de Frederik; además, le profesaba mucho afecto. No tuve corazón para hablarle de nuestras dificultades. No tenía sentido. Freddie estaba muerto... de acuerdo con los datos disponibles.

-Había también otras cosas –dijo en voz baja el coronel–, cosas que usted, Karin, no podía conocer. Durante las últimas tres infiltraciones, la información que trajo de Vries era visiblemente falsa. Por esa época nosotros mismos habíamos comprometido a unos pocos miembros de la Stasi, que sabían que pronto quedarían sin empleo y podían ser acusados, de modo que cooperaban de buena gana. varios aportaron pruebas que refutaban las comprobaciones de Vries.

-¿Por qué no le mostraron ese material? –preguntó Drew–. ¿Por qué no lo interrogaron?

-Se trataba de un área difícil y confusa –replicó Witkowski, meneando la cabeza en las sombras–. ¿Lo habían engañado, habían sido más hábiles que él? ¿Estaba quemado? Antes había sido un agente destacado, de modo que podía suponerse que esas caídas eran sencillamente el resultado del exceso de trabajo. En fin, no pudimos aclarar el asunto.

-Stanley, usted mencionó "un par de cosas" –dijo Karin–. ¿Cuáles eran?

-Eran en realidad, una sola, pero confirmada por dos de los hombres que se pasaron a nuestras filas, y que no se conocían entre ellos; y nosotros

Librodot

confirmamos esa información. La Stasi era un pulpo con cien ojos y mil tentáculos; en cierto sentido, era como el reverso del país... Su esposo fue enviado dos veces a Munich y allí se reunió con el general Ulrich von Schnabe, que según se demostró más tarde era uno de los líderes del movimiento neonazi. Fue asesinado mientras estaba en prisión por uno de sus propios hombres, antes de que pudiéramos interrogarlo.

-De modo que plantaron la semilla, y se abrió una flor envenenada llamada Gunter Jager –dijo Karin, en el rostro una expresión de incredulidad–. ¿Cómo? En nombre de Dios, ¿cómo?

-Quizá la grabación nos dirá algo. –Latham apartó suavemente al coronel, y pasó el brazo sobre los hombros de Karin, y después se volvió hacia Witkowski. –Utilice su teléfono y llame a la gente de Moreau en Bonn. Dígales que nos consigan una suite triple en el hotel Konigshof, un lugar con equipo de video y aparatos para obtener copias.

-¡Jawol, mein Herr! –dijo el coronel, sonriendo burlonamente al amparo de la penumbra de la oscuridad de la noche–. Casi diríamos que usted es un verdadero comandante, amigo mío.

-¿Pero cómo? –exclamó de pronto Karin de Vries, y su rostro de expresión dolorida se movió para contemplar las nubes en el cielo nocturno–. ¿Cómo es posible que un hombre se convirtiese de ese modo en otro?

-Ya lo descubriremos –dijo Drew abrazado a Karin. las voces, por momentos suavizadas y en otras ocaciones proferidas a gritos en alemán, adquirieron su propia y extraña cadencia, una suerte de flujo sonoro errático, que al mismo tiempo entumecía y electrizaba, una mezcla de sermón y amenaza. Las imágenes en la pantalla tenían un efecto igualmente hipnótico, a pesar del movimiento constante de la pequeña camcorder, que no podía mantenerse fijo, o de las frecuentes intromisiones de un lienzo que a cada momento bloqueaba la lente. El sacerdote rubio hablaba ante un público completamente masculino de treinta y seis hombres, varios de los cuales, a juzgar por las ropas, no eran alemanes, pero todos estaban muy bien vestidos, algunos con menos formalidad que otros, con las prendas propias de los que practican yachting, o con equipos de Dior contrapuestos a trajes de oficina. En general, prestaban suma atención, y algunas miradas revelaban una inquietud natural cuando la arenga del áspero sacerdote cobraba excesiva violencia; pero todos se ponían de pie como un solo hombre durante los frecuentes Sieg Heil. Y el sacerdote de cuerpo tenso, con los cabellos muy rubios y los ojos penetrantes, en efecto producía una sensación hipnótica.

Antes de poner la grabación en el reproductor, el teniente Anthony se había detenido frente a la unidad, en la amplia suite del hotel Konigshof, para formular un anuncio. La cámara tiene un zoom y un micrófono de elevada impedancia, de manera que ustedes oirán todo, y yo intenté obtener primeros planos de todos los que estaban en el lugar, con fines de identificación. Como el señor Latham no habla alemán, Chris y yo pedimos una máquina de escribir inglesa e hicimos todo lo posible para traducir lo que dijo este Gunter Jager. El texto no es absolutamente perfecto, pero si bastante claro.

-Muy considerado de su parte, Gerry –dijo Drew, sentándose entre Witkowski y Karin.

Librodot

-Fue más que eso. Fue una actividad de gran importancia –interrumpió el capitán Dietz, arrodillándose frente al televisor e insertando la cinta–. Todavía me siento conmovido –agregó con expresión enigmática–. Muy bien, ha llegado la hora de la magia.

La pantalla se colmó súbitamente de sonido e imágenes, o quizá de sonido y furia, como escribió el poeta. Latham leyó el texto en inglés.

"¡Amigos míos, mis soldados, auténticos héroes del Cuarto Reich! –comenzó diciendo el hombre que se llamaba Gunter Jager. –Les traigo maravillosas noticias. Una oleada de destrucción está por descender sobre las capitales de nuestros enemigos. Se ha establecido la hora cero, y ahora nos separan de ella exactamente cincuenta y tres horas. Todo aquello por lo cual hemos trabajado, por lo cual nos hemos esforzado y que nos llevó al sacrificio, ha fructificado. El fin todavía no está cerca, ¡pero hemos llegado al fin del principio! Será el momento al que denominaremos omega, la solución definitiva de una parálisis internacional! Como saben muy bien los que llegaron esta noche viniendo del otro lado de las fronteras y de allende los mares, nuestros enemigos se encuentran en un estado caótico, y muchos acusan a otros tantos de ser miembros de nuestra gran causa. En apariencia nos maldicen, pero millones ya nos aplauden en silencio, pues desean lo que nosotros podemos suministrar! Eliminaremos de las sedes del poder a los cómplices judíos, que quieren todo para ellos mismos, y al detestable Israel; deportaremos a los negros inferiores; aplastaremos a los socialistas que desearían imponernos el trabajo para beneficiarse ellos, y utilizar nuestros impuestos para promulgar el reino de la ociosidad... ¡En una palabra, lo reestructuraremos todo! El mundo debe recibir una lección de los romanos antes de caer en la indolencia y de permitir que la sangre de los esclavos infecte sus venas. ¡Debemos ser fuertes, y rechazar sin vacilaciones la inferioridad! Uno mata a un perro deforme, ¿por qué no podemos hacer lo mismo con el producto de los padres inferiores?... Y ahora vayamos a nuestra gran ofensiva... la mayoría de ustedes conocen su nombre, pero algunos lo ignoran. Ese nombre es el Rayo en el Agua, y se trata precisamente de eso. Así como el rayo golpea y mata, también el agua sufrirá el mismo efecto. En cincuenta y tres horas las reservas de agua de Londres, París y Washington estarán contaminadas con una toxicidad tan extraordinaria que centenares de miles morirán. Los gobiernos quedarán paralizados, pues se necesitarán días, quizá semanas, antes de que se analicen las toxinas, y más semanas todavía antes de que puedan aplicarse contramedidas. Al llegar ese momento..."

-Suficiente –dijo Latham–. Detenga ese maldito artefacto, y prepare enseguida los duplicados. No sé cómo lo hará, ¡pero envíe esa grabación a Londres, París y Washington! Y por fax remita la transcripción al número que le suministré. Hablaré por teléfono con todas las personas a quienes conozco. ¡Dios mío, sólo nos restan dos días!

Wesley Sorenson escuchó mientras Latham hablaba por teléfono desde Bonn; los ojos del director tenían una mirada fija e intensa, mientras en su frente se formaban gotitas de transpiración.

-Las reservas de agua, los depósitos –dijo, con voz apenas audible a causa del miedo–. Ése es el dominio del Cuerpo de Ingenieros militares.

Librodot

-¡Es el dominio de todos los miembros del Pentágono, Langley y el FBI, y de la policía que esté cerca de las reservas de agua en Washington!

-Esos depósitos están cercados y vigilados...

-Dupliquen, tripliquen y cuadrupliquen todas las patrullas –insistió Drew–. Ese maniático no habría prometido llegar a dicho resultado si no creía que estaba en condiciones de cumplir su palabra. Por lo menos en presencia de ese público. Apuesto a que había más dinero en esa asamblea que en la mitad de Europa. Son gente hambrienta de poder y sospecho que él movilizó recursos ilimitados para promover la causa nazi. Dios mío, ¡tenemos apenas dos días!

-¿Qué sabe de la identidad del público?

-¿Cómo quiere que lo sepa? Éste es el primer llamado que realizo. Estamos transmitiendo el material... el presidente de Alemania nos dio carta blanca para realizar transmisiones por satélite desde los estudios oficiales... transmisiones dirigidas a la inteligencia francesa, británica, y norteamericana. En nuestro caso todas las preguntas y los comunicados deberán ser atendidos por usted.

-¡No puede haber comunicados públicos! La atmósfera aquí y en todo el país es venenosa. Podría ser peor que en el período de McCarthy. Ya hubo varios disturbios, y una marcha sobre la capital del estado en Trento. La multitud comenzó a gritar "nazi" apenas se mencionaron los nombres de algunos políticos, burócratas líderes sindicales y ejecutivos de las corporaciones aunque estuviesen lejanamente relacionados con los que son objeto de una investigación directa. Y esto es sólo el comienzo.

-Un momento –dijo la voz de Latham en la línea–, ¡un minuto! Centenares de esos primeros nombres fueron traídos del valle de la Fraternidad por Harry, ¿no es así?

-Por supuesto.

-Y de acuerdo con las transcripciones del MI–Seis, mi hermano aclaró que debían investigarse no sólo los nombres sino a todos los que estaban vinculados con ellos.

-Naturalmente, ése es el procedimiento usual.

-Y entonces, después de difundir esos nombres el alto comando nazi impartió la orden de matar a Harry, ¿no es así?

-Por supuesto.

-¿Por qué... por qué, Wes? Me persiguieron como si yo hubiese sido un lobo hambriento enemigo de todos los rebaños.

-Eso nunca pude comprenderlo.

-Quizá yo comienzo a ver un poco más claro. Me duele decirlo pero supongamos que suministraron nombres falsos a Harry, intencionadamente, para provocar precisamente la atmósfera que usted está describiendo.

-Por lo que sé de su hermano, no creo que él los hubiera aceptado.

-¿Y si no tenía alternativa?

-Harry no había perdido la cabeza. Por supuesto, tenía alternativa.

-Supongamos que así fue... que perdió el juicio. Gerhardt Kroeger es cirujano del cerebro, y arriesgó su vida en París para matar a Harry. De acuerdo con uno de los planes él... es decir yo... debía ser decapitado. En

Librodot

otro se le asestaría un golpe de gracia que le volaría la cabeza... el lado izquierdo de la cabeza.

-Creo que se impone una autopsia –dijo el director de Operaciones Consulares. Y después agregó: –Cuando sea posible. En este momento, más vale que actuemos con la máxima velocidad posible, para detener la maniobra que puede llegar a matar a centenares de miles de personas en París, Londres y Washington.

-Wes, Jäger lo dijo claramente. El aumento de la toxicidad en el agua de los depósitos.

-No soy experto en los sistemas de provisión de agua, pero sé algo al respecto. Santo Dios, en distintos momentos todos contemplamos la posibilidad de apelar al sabotaje táctico, pero en definitiva siempre rechazamos la idea.

-¿Por qué?

-La tarea es sencillamente enorme. Para obtener algún efecto en el agua de las grandes ciudades, se necesitaría una columna de abastecimientos de camiones pesados con una longitud de por lo menos cinco a siete kilómetros de largo, un espectáculo que no podría disimularse. Además, está la dificultad de ingresar en el área de las reservas, una situación que en el caso de un número tan elevado de vehículos es prácticamente imposible. Esos muros son como las barricadas de las prisiones, están equipados con alarmas laterales por secciones; si hay infiltración, se envía una señal al personal de seguridad de la torre de agua, y se realizan inspecciones inmediatas.

-Señor director, yo diría que usted es experto en la materia.

-Tonterías, es probable que los Boy Scouts y ciertamente cualquier ingeniero civil al servicio del gobierno domine este tipo de información.

-De modo que excluyeron la posibilidad de llegar por tierra. ¿Y por aire?

-Igualmente imposible. Tendrían que usar por lo menos dos escuadrones de aviones de carga que vuelen bajo, y que apunten sus materiales a lugares cercanos a las torres de agua. Sería muy probable que chocaran unos contra otros, y aunque no lo hicieran, provocarían estampidos prolongados y ensordecedores en toda el área, sin hablar de la posibilidad de que sean rastreados por el radar.

-Caramba, usted consideró realmente este tipo de sabotaje, ¿no es verdad?

-Usted sabe tan bien como yo, Drew, que en los juegos que jugamos siempre es esencial contemplar varias alternativas.

-Wes, esto no es un juego. Ese canalla hablaba en serio. Encontró un modo, y piensa utilizarlo.

-En ese caso, más vale que nos pongamos a trabajar. ¿No le parece? Me mantendré en contacto con el MI–5 y el Quai d'Orsay. Usted concentre sus esfuerzos en la identidad de todos los que estaban en esa propiedad a orillas del Rin. Coordine con Claude, el MI–6 y la inteligencia alemana. Es necesario que mañana por la mañana todos esos fanáticos estén encarcelados. Y concentre el esfuerzo primero en los que no son alemanes; no les permita que salgan del país.

Librodot

Las computadoras oficiales de cuatro naciones activaron furiosamente sus discos durante las veintiuna horas siguientes, a medida que las diferentes fotografías fueron llegando a los organismos de inteligencia de Alemania, Francia, Inglaterra y Estados Unidos. De los treinta y seis hombres que gritaban "Sieg Heil, Günter Jäger", diecisiete eran alemanes, siete norteamericanos, cuatro británicos y cinco franceses; tres no fueron identificados, y puede suponerse que ya habían salído del país en avión. Todos fueron arrestados en secreto, y mantenidos incomunicados en calabozos aislados, sin darles explicaciones ni permitirles llamados telefónicos. En los casos en que los individuos eran personas destacadas, se habló de súbitos viajes de negocios y conferencias prolongadas; ésa fue la explicación presentada en los domicilios, y formulada en nombre de las respectivas compañías.

-¡Esto es ofensivo! –rugió el propietario de una fábrica alemana de productos químicos.

-Usted también nos parece ofensivo –replicó el oficial de policía alemán.

Restaba únicamente Günter Jäger, mantenido en la ignorancia de los hechos de las últimas veintiuna horas, y que estaba solo con su personal en la modesta vivienda a orillas del Rin. Era una decisión adoptada por el comando multilateral, pues ninguno de los neonazis apresados podía aportar detalles concretos acerca de la ofensiva contra los depósitos de agua. Los planes que supuestamente revelaron con la esperanza de merecer mejor trato eran totalmente imprácticos, y por lo tanto falsos. Incluso el histérico Hans Traupman, después que le mostraron las escandalosas filmaciones de sus experimentos sexuales, no pudo suministrar nada importante.

-¿Ustedes creen que les ocultaría algo? Dios mío, soy cirujano. Sé cuando una operación ha fracasado. ¡Estamos acabados!

Solo Günter Jäger conocía las respuestas, y la opinión reflexiva de los científicos de la conducta que habían estudiado la filmación era que se quitaría la vida antes que revelar nada.

-Su estado es una suerte de paranoia controlada, maníaco depresiva, lo cual significa simplemente que vive en el límite. Un empujón, e irá a parar al abismo de la locura total.

Karin de Vries se manifestó de acuerdo con esta opinión.

Por consiguiente, se procedió a supervisar todos los medios de comunicación utilizados por el nuevo Fuhrer: el teléfono, las frecuencias de radio, los mensajes en mano, incluso la posibilidad de que se usaran palomas mensajeras. Algunos agentes provistos de poderosos aparatos de estrella estaban ocultos entre los matorrales, entre los árboles, y entre las ruinas de la anterior propiedad demolida; había elementos de "escucha" apuntando a todas las áreas del cottage y los terrenos circundantes. Todos esperaban que Jäger se comunicase con alguien o con algo, que les suministrara una pista acerca de la ofensiva inminente. No hubo nada, y las horas pasaban.

En Londres, París y Washington las instalaciones de agua estaban prácticamente sitiadas. Los pelotones de soldados armados patrullaban cada metro de estos sectores; los caminos que conducían a los depósitos estaban bloqueados; y había muchos desvíos. En las torres de agua de Washington,

Librodot

los sistemas operativos y de seguridad contaban con el personal formado por expertos del Cuerpo de Ingenieros militares, con los hombres más experimentados que habían llegado desde los distintos rincones del país.

-Ningún hijo de perra nazi se acercará a este lugar –dijo el brigadier general que estaba al mando del depósito de Dalecarlia–. Sucede lo mismo en Londres y en París. Hemos analizado hasta la última posibilidad. No obstante, creo que los franceses exageran un poco. Tienen unidades de bazookas y lanzallamas cada cien metros, y ni siquiera beben agua.

Como no había pruebas de que la operación con el agua afectaría a la ciudad, en Boon el gobierno puso todos sus recursos a disposición de los aliados; ahora eran sus aliados, porque no había nadie sobre la tierra que detestase más que el líderazgo alemán la reaparición de los nazis. Sin embargo, no creían que la historia fuese a repetirse. Pues durante las horas de más oscuridad, la noche señalada como fecha de la ofensiva, una serie de camiones que ostensiblemente llevaban toda suerte de artículos, desde ropa blanca hasta equipos de cocina y elementos de limpieza, se acercó lenta y discretamente a las áreas de estacionamiento del Bundestag. En realidad en esos camiones se habían cargado grandes tanques de nafta de elevado octanaje, un combustible muy explosivo conectado con bombas que podían rociar una pista entera de fútbol. Era un símbolo al que Günter Jäger no se podía resistir, un símbolo personal que él compartía sólo con sus fieles disípulos, los que ejecutarían la tarea. Incendiarían el Bundestag, quemándolo hasta los cimientos.

"Repetición del Reichstag", escribió en su diario privado.

-¡No sucede nada! –exclamó Karin en la suite del Hotel Königshof. Era la una de la madrugada en Bonn; Witkowski y los dos comandos de la operación Tormenta en el Desierto, agotados después de casi dos días sin dormir, descansaban en las otras habitaciones.

-¡No estamos obteniendo ningún resultado!

-Todos coincidimos –dijo Latham, los párpados como láminas de plomo que él necesitaba mantener abiertos con los dedos–. Si no sucede nada hacia las seis de la mañana, lo atrapamos y comenzamos a apretarle las clavijas.

-¡No, habrá nada de eso, Drew! Freddie nunca fue a ejecutar una operación sin los medios necesarios para suicidarse en caso de que lo atrapasen. Siempre me dijo que no lo hacía por él mismo; era sólo su miedo a la tortura. Si lo descubrían, sabía que más tarde o más temprano debían ejecutarlo, de modo que prefería evitar el dolor... Fue una de las razónes por las cuales no pude creer en el informe de la Stasi.

-¿Te refieres a la cápsula de cianuro en el cuello y todo el resto de esa basura?

-¡Es algo auténtico, tu ya lo viste! ¡Tu hermano Harry estaba equipado con la misma píldora!

-Jamás la habría usado. –La cabeza de Latham cayó sobre su pecho, y después se le aflojó todo el cuerpo en el diván.

-¡Drew, centenares de miles de vidas están en juego! Tú mismo lo dijiste... ¡Él encontró el modo de hacerlo! –Nadie escuchó su ruego; Latham estaba dormido.

Librodot

-Hay otro modo de detenerlo –dijo de Vries, murmurando mientras corría hacia el interior del dormitorio, retiraba de la cama una manta y regresaba para cubrir a Latham. Después, volvió al dormitorio y descolgó el teléfono.

Llamó el teléfono, y Drew cayó desorientado; extendió la mano, buscando lo que no estaba allí. Se puso de pie con movimientos inseguros; el llamado del teléfono cesó, y treinta segundos después Witkowski, correctamente vestido, salió del dormitorio.

-¡Maldición, ella lo hizo! –gritó el coronel.

-¿Hizo qué? –preguntó Latham, regresando al diván y meneando la cabeza.

-Fue a ver por su cuenta a de Vries.

-¿Qué?

-Karin utilizó nuestros códigos y consiguió que le permitieran pasar.

-¿Cuándo?

-Hace pocos minutos. El oficial de guardia quiso saber si debía anotar la entrada de Karin por el código o por el nombre.

-¡Vamos enseguida! ¿Dónde está mi arma? Estaba aquí, sobre la mesa. ¡Dios mío, se la llevó!

-Póngase una chaqueta y un impermeable –dijo el coronel–. Hace una hora que está lloviendo.

-Un automóvil de la inteligencia alemana viene hacia aquí –anunció el capitán Dietz, que salió corriendo por la puerta del tercer dormitorio, seguido por su teniente, los dos completamente vestidos y con las automáticas en las cartucheras–. Descolgué el teléfono y escuché –dijo–. Debemos darnos prisa, necesitaremos por lo menos diez minutos para llegar allí.

-¡Llamen al jefe de seguridad y ordénenle que la detenga o que vaya a buscarla! –dijo el teniente Anthony.

-No –rugió Witkowski–. Jäger es como un perro rabioso. Si cree que está arrinconado, se enfurecerá y matará a todo el que se ponga por delante. Ya oyeron el veredicto de los psiquiatras. No sé qué demonios cree Karin que está haciendo, pero en todo caso es mejor que lo haga sola hasta que lleguemos al lugar.

-Y cuando estemos allí –dijo tranquilamente Drew, apoderándose de una chaqueta y un impermeable–, entraremos. Ustedes tienen una segunda arma. Que uno me entregue la suya.

Después de identificarse como miembro de la unidad N–2 y de que su nombre y su código fuesen comprobados por el oficial de inteligencia alemán a cargo del equipo de vigilancia de la casa de Jäger, Karin de Vries recibió un informe general e instrucciones específicas.

-Tengo nueve hombres distribuidos estratégicamente en los terrenos con sus correspondientes equipos –dijo el oficial, agazapado bajo la lluvia detrás de una pared semiderruida, que había pertenecido al edificio anterior–. Todos están camuflados y escondidos en el follaje, varios se treparon a los árboles, y la lluvia, aunque nos incomoda mucho, parece ventajosa para nuestros propósitos. Las dos patrullas de Günter Jäger están apenas a veinticinco metros del cobertizo de las lanchas. Usted dice que debe llegar a

Librodot

la puerta sin ser vista, y desde el punto de vista de nuestra situación es esencial que no la vean... de modo que escuche lo que le diré. Siga este viejo sendero de lajas hasta llegar a los restos de un viejo prado, donde hay un campo de croquet, reconstruido para permitir que Jäger se entretenga. Del lado contrario hay un pino grande; más o menos a unos cinco metros de las primeras ramas está uno de mis hombres, que desde allí vigila cómodamente el cottage. Tiene un lápiz–linterna que protege con la mano. Si lo enciende dos veces, significa que un guardia está caminando cerca; tres veces significa que todo está despejado. Cuando usted vea las tres luces corra por el centro de la pista de crocket, donde hay otro sendero de lajas que se desvía hacia la izquierda. Entre recorra aproximadamente cuarenta pasos, hasta llegar al lugar en que la curva es más cerrada. Mire a su derecha; habrá otro hombre en el arbusto, y otro lápiz–linterna. Ese hombre puede vigilar directamente una puerta lateral, y es inevitable que usted la vea.

-¿Una puerta lateral? –lo interrumpió Karin, tratando de enjugar las gotas de lluvia que le salpicaban la cara bajo el sombrero de lienzo negro.

-Las habitaciones de Jäger –contestó el oficial de inteligencia alemán–. Dormitorio, baño, despacho y un agregado a la pared norte, donde hay una pequeña capilla personal con su propio altar. Afirman que allí pasa horas meditando. La puerta lateral es su entrada privada, la que está más cerca de la orilla del río, y a la que no puede acercarse nadie más que él. La puerta principal está sobre la izquierda, y es la entrada original del viejo cobertizo de botes es la que usan los guardias y los visitantes.

-En otras palabras, en esencia está separado del resto de la casa cuando se encuentra en sus habitaciones.

-Así es. El director Moreau manifestó un interés especial por el arreglo que acabo de describirle. Se comunicó conmigo después que usted lo llamó a París, y ambos concebimos el plan para facilitarle la entrada con el mínimo de riesgo.

-¿Qué le dijo, si puedo preguntarle?

-Que usted conoce desde hace años a Günter Jäger, y que es una estratega muy bien entrenada, que puede lograr lo que no está al alcance de otros. Yo, lo mismo que la mayoría de los altos jefes de nuestra profesión, aceptamos los juicios de Moreau, por entender que son los de un experto. También mencionó que estaría armada y sería capaz de protegerse usted misma.

-Espero que él tenga razón en ambos aspectos –dijo suavemente Karin.

-¿Qué? –El oficial alemán miró fijamente a de Vries–. Por supuesto, sus superiores aprueban la táctica que piensa aplicar ahora.

-Naturalmente. ¿Acaso el famoso Moreau se habría comunicado con usted para avisarle de mi llegada si no fuera ésa la situación?

-No, no habría hecho tal cosa... Su impermeable pronto estará empapado, no puedo ofrecerle otra prenda, pero tengo un paraguas disponible. Puede utilizarlo.

-Gracias, es una excelente idea. ¿Usted mantiene contacto con su personal mediante la radio?

-Sí, pero lamento no poder facilitarle un aparato. El riesgo es excesivo.

-Comprendo. Pero infórmeles que estoy en camino.

Librodot

-Buena suerte, y tenga mucho, muchísimo cuidado, señora. Recuerde que podemos conducirla hasta la puerta, pero no podemos hacer nada más por usted. Aunque gritara, no podríamos contestarle.

-Sí, lo sé. Una vida comparada con tantos millares. –Dicho esto, Karin abrió el paraguas y comenzó a caminar por el sendero de lajas a través de ese diluvio. Limpiándose constantemente las gotas de lluvia que le golpeaban los ojos, llegó a lo que otrora había sido una elegante glorieta; los perfiles esqueléticos de la madera quemada y los tabiques rotos en cierto modo parecían reproducir una fotografía de tiempo de guerra, que ilustraba la lección de que la guerra era un igualador, que influía tanto sobre el rico como sobre el pobre. Y más allá, como si quisiera refutar esa lección, había una pista de croquet perfectamente mantenida; el césped bien cortado, los muebles de mimbre y las estacas pintadas con vivos colores intactos.

Karin levantó la cabeza, y entrecerró los ojos bajo el borde del sombrero de lienzo, estudiando el enorme pino y los árboles distintos, y menos imponentes que crecían a ambos lados. De pronto, percibió los resplandores apenas visibles. ¡Eran dos! Un guardia estaba patrullando. Karin se inclinó hacia el suelo, espiando en la oscuridad cargada de lluvia, y esperando otra señal. Llegó muy pronto: tres resplandores, repetidos dos veces. ¡El camino estaba despejado!

Atravesó corriendo la pista de crocket, los zapatos lisos hundiéndose en el pasto hinchado y húmedo, hasta que sintió la superficie dura del segundo sendero de lajas. Sin vacilar, corrió por él, teniendo en cuenta el total aproximado de cuarenta pasos y la curva cerrada; la encontró demasiado tarde, y se hundió de cabeza en el follaje muy crecido cuando las lajas vivaron bruscamente hacia la izquierda. No había visibilidad, ni modo de saber donde estaba. Se incorporó con movimientos torpes y dolorosos, y recogió el paraguas; estaba quebrado, y era inútil. De rodillas, miró hacia la derecha, según se le había ordenado. Vio únicamente la lluvia y la oscuridad, pero no se atrevió a hacer un solo movimiento hasta que llegó la señal. Finalmente la vio: tres golpes de luz. Karin caminó lenta y cautelosamente, hasta el extremo del sendero de lajas; estaba al borde del bosque, y vio el refugio del hombre que antes había sido su esposo y a quien ahora despreciaba. El Führer del Cuarto Reich. Había luces sobre el extremo izquierdo de la estructura, y oscuridad en el resto.

El ex cobertizo de botes era mucho más ancho, aunque no más largo que lo que ella había imaginado, pues estaba en un solo plano. El oficial de inteligencia alemán había dicho que hacia la derecha había un anexo que albergaba la vivienda aislada del hombre llamado Günter Jäger. También había agregados a la izquierda, pensó Karin, al observar la madera más clara y más reciente, que se prolongaba en una extensión de ocho o diez metros, y considerar el ancho hasta el comienzo del río, lo cual representaba un espacio suficiente para dos, tres o cuatro cuartos destinados al personal. El hombre de la inteligencia alemana había acertado en un aspecto: la puerta del frente estaba en el extremo izquierdo, al final del sendero cubierto de grava, en una suerte de desequilibrio simétrico, como si se tratase de algo temporario, pero apartado de las habitaciones de Jäger. Y directamente al frente, cerca del estrecho muelle y el ancho río, estaba la puerta lateral en forma de pórtico del pequeño porche de Günter Jäger. Karin respiró hondo varias veces, tratando de controlar su propio jadeo, extrajo del bolsillo del

Librodot

impermeable la automática de Drew Latham y comenzó a atravesar el área cubierta de pasto, en dirección al porche apenas iluminado por una tenue luz roja. Uno de ellos viviría, el otro debía morir. Era el final del infortunado matrimonio que los había unido. Pero en primer lugar había que considerar a Rayo en el Agua, el plan de Günter Jäger destinado a paralizar a Londres, París y Washington. Frederick de Vries, otrora el más brillante de los agentes provocadores, había imaginado un modo de resolver la dificultad. ¡Karin lo sabía!

Karin llegó al reducido porche con su fantasmal luz roja; ascendió el único peldaño, apoyándose en una de las dos columnas que sostenían el alero; la intensa lluvia repiqueteaba regularmente sobre el techo. De pronto, lanzó una exclamación, y sintió miedo y confusión. La puerta estaba entreabierta, dejando a lo sumo un espacio de diez centímetros; después, solo la oscuridad. Karin se aproximó, la automática de Latham en la mano izquierda, y abrió más la puerta. De nuevo vió sólo la oscuridad, y excepto la lluvia ahora torrencial, el silencio. Entró en la casa.

-Sabía que vendrías, mi querida esposa –dijo la figura invisible, la voz arrancando ecos a las paredes apenas adivinadas–. Por favor, cierra la puerta.

-¡Frederik!

-Mira, ya no soy Freddie. Me llamabas Frederik sólo cuando estabas enojada conmigo, Karin. ¿Ahora estás enojada conmigo?

-¿Qué hiciste? ¿Dónde estás?

-Es mejor que hablemos en la oscuridad, al menos durante un momento.

-¿Sabías que vendría aquí...?

-Esa puerta permanecía abierta desde el momento en que tú y tu amante llegaron a Bonn.

-Entonces, entiendes que ellos saben quién eres...

-Eso carece completamente de importancia –la interrumpió con voz firme de Vries/Jäger–. Ahora nada puede detenernos.

-No escaparás.

-Por supuesto, lo haré. Eso ya está arreglado.

-¿Cómo? Saben quién eres, ¡no te permitirán huir!

-¿Porque están allí distribuidos en dos hectáreas de arbustos y malezas y ruinas, con sus aparatos de escucha esperando que me comunique con otros que están en Alemania e Inglaterra, Francia y Estados Unidos? ¿Para acusar a otros, arrestar a otros, porque hablé con ellos? Te diré, querida esposa que la tentación de iniciar llamados a los presidentes de Francia y Estados Unidos, y a la reina de Inglaterra fue casi irresistible. ¿Te imaginas el desconcierto absoluto de las comunidades de inteligencia?

-¿Por qué no lo hiciste?

-Porque lo sublime rayaría en lo ridículo... y aquí todos actuamos con terrible seriedad.

-Por qué, Frederik, por qué? ¿Qué le sucedió al hombre que sobre todo detestaba a los nazis?

Librodot

-Eso no es del todo cierto –dijo secamente el nuevo Führer–. Detestaba ante todo a los comunistas, porque eran estúpidos. Malgastaron por doquier su poder, tratando de ajustarse a la doctrina marxista de la igualdad cuando esa igualdad no existe. Concedieron autoridad a campesinos sin educación, y a patanes toscos y desaliñados. No había en ellos nada que fuese realmente grande.

-Antes nunca hablaste en esos términos.

-¡Por supuesto que sí! Sucedía únicamente que tú nunca escuchabas con mucha atención... Pero eso también carece de importancia, pues yo descubrí mi vocación, la vocación de un ser humano realmente superior. Vi un vaóo y lo colmé, reconozco que con la ayuda de un cirujano de gran envergadura y sagacidad, que comprendió que yo era el hombre que ellos necesitaban.

-Hans Traupman –dijo Karin en la oscuridad, inmediatamente irritada consigo misma por haber pronunciado el nombre.

-Ya no está con nosotros, gracias a tu equipo de chapuceros. ¿Tu gente creyó realmente que podían dominar su embarcación y escapar con él? ¿Las cuatro cámaras inhabilitadas una tras otra, el receptor de radio que de pronto funcionaba mal, la embarcación misma remontando el río? Sinceramente, un comportamiento de aficionados. Traupman consagró su vida a nuestra causa, y no pudo desear otra salida, pues nuestra causa es todo.

Karin de Vries se dijo que Günter Jäger sabía mucho, pero no lo sabía todo. Creía que Traupman había muerto en su embarcación.

-¿Qué causa, Frederik? ¿La causa de los nazis? ¿Los monstruos que ejecutaron a tus abuelos y obligaron a tus padres a vivir como parias, hasta que finalmente se suicidaron?

-Esposa, después que tú me abandonaste aprendí muchas cosas.

-¿Yo te abandoné...?

-Hice un canje: mi ejecución por los diamantes, todos los diamantes que yo había dejado en Ámsterdam. Pero, ¿quién podía contratarme después de la caída del Muro? ¿De qué sirve un espía superclandestino, cuando no hay dónde infiltrarse? ¿Adónde iría a parar mi estilo de vida? ¿Las cuentas de gastos sin límite, las limusinas, los extravagantes lugares de descanso? ¿Recuerdas el Mar Negro y Sebastopol? Dios mío, ¡cómo nos divertimos, y yo robé doscientos mil dólares norteamericanos para esa operación!

-Yo estaba hablando de la "causa", Frederik. ¿Qué puedes decirme de la causa?

-He llegado a creer en ella con todo mi ser. Al principio, otros escribían mis discursos para el movimiento. Ahora yo escribo todo, compongo todas esas piezas, porque son como óperas breves heroicas, que despiertan a quienes ven y oyen, ¡y entonces sus voces resuenan entonando sus elogios a mi persona, honrándome, adorándome mientras yo los mantengo en ese estado de suprema exaltación!

-¿Cómo comenzó todo... Freddie?

-Freddie... eso está mejor. ¿Realmente quieres saberlo?

Librodot

-¿Acaso no quise enterarme siempre de tus misiones? ¿Recuerdas como a veces reíamos?

-Sí, esa parte de tu persona estaba muy bien, y no se parecía a la prostituta que eras la mayor parte del tiempo.

-¿Qué...? Karin modero inmediatamente su voz–. Lo siento, Freddie, lo siento sinceramente. Fuiste a Berlín Oriental, y ésa fue la última noticia que tuve de ti. Hasta que leímos que te habían ejecutado.

-Mira, yo mismo redacté ese informe. Un tanto sensacional, ¿no te parece?

-Ciertamente, fue muy expresivo.

-Escribir bien es como hablar bien, y viceversa. Tienes que crear imágenes instantáneas que se adueñen de la mente de los que leen o escuchan. ¡Tienes que convertirlas inmediatamente en fuego y luz!

-¿Berlín Oriental...?

-Sí, allí comenzó. Algunos miembros de la Stasi tenían vínculos con Munich y especialmente con uno de los generales del movimiento nazi. Reconocieron mis cualidades, y caramba, ¿por qué no? ¡Yo los había engañado con tanta frecuencia! Después que los jefes con quienes traté recuperaron mis diamantes de Ámsterdam y me devolvieron la libertad, varios acudieron a mí, y dijeron que podían asignarme tareas. Alemania Oriental estaba derrumbándose; toda la Unión Soviética seguiría muy pronto por el mismo camino. Todo el mundo sabía a qué atenerse. Me llevaron a Munich y me reuní con el general von Schnabe. Un hombre imponente, incluso quizá un visionario; pero era esencialmente un ariete, un burócrata duro. Carecía del fuego necesario para ser el líder. Sin embargo, tenía un concepto, y estaba convirtiéndolo paulatinamente en realidad. En definitiva, podía llegar a cambiar la faz de Alemania.

-¿Cambiar la faz de Alemania? –dijo Karin con expresión incrédula–. ¿De qué modo un general oscuro y desconocido de un movimiento extremista despreciado podía cumplir esa hazaña?

-Infiltrando el Bundestag; y la infiltración era una forma de actividad que yo conocía muy bien.

-Eso no responde a mi pregunta... Freddie.

-Freddie... eso me agrada. Lo pasamos bien varios años, esposa mía. –La voz de Günter Jäger parecía llegar del vaóo, y arrancar ecos a todos los rincones oscuros de la habitación; su origen se desdibujaba todavía más a causa del golpeteo de la lluvia contra las ventanas y el techo. -Responderé a tu pregunta. Para infiltrar el Bundestag, era suficiente elegir a las personas apropiadas. El general movilizó la ayuda de Hans Traupman, y exploró el país buscando hombres talentosos pero descontentos, que residían en distritos económicos que se encontraban en situación difícil; y después, les aportaba "soluciones" y financiaba sus campañas, con una amplitud que ninguno de sus antagonistas podía igualar. Me creerías si te digo que en este momento contamos con más de un centenar de miembros en el Bundestag?

-Esposo... ¿en cierto momento fuiste uno de esos hombres?

-¡Mujer mía, fui el más extraordinario! Se me asignó un nombre nuevo, una biografía distinta, una vida completamente renovada. Me convertí en Günter Jäger, un clérigo parroquial de una pequeña aldea de Kuhhorst,

Librodot

trasladado por las autoridades de la iglesia a Strasslach, en las afueras de Munich. Abandoné la iglesia, y luché por lo que yo mismo denominé la clase media explotada, los burgueses que eran la columna vertebral de la nación. Gané mi banca favorecido por una avalancha de votos, y mieneras estaba en campaña Hans Traupman me observaba, y en definitiva adoptó su decisión. Yo era el hombre que el movimiento necesitaba. Te lo aseguro, esposa y prostituta, ¡de veras es fantástico! ¡Me han convertido en emperador y rey, en el gobernante de todo lo que tenemos, en el Führer del Cuarto Reich!

-¿Y tú aceptas eso, Freddie?

-¿Por qué no? Es la prolongación de todo lo que hice antes. La capacidad de persuasión que manifesté mientras me internaba en el campo enemigo, los discursos que pronuncié para confirmar mis falsos compromisos, todas esas cenas y simposios... todo eso fue entrenamiento para mis logros más grandiosos.

-Pero antes creías que esa gente era tu enemiga.

-Ya no lo creo. Tienen razón. El mundo ha cambiado, y para peor. Incluso los comunistas con sus puños de hierro eran mejores que los que vemos ahora. Si uno destruye la disciplina de un Estado fuerte lo que resta es la chusma, los grupos que se gritan unos a otros, que se masacran, que no son mejores que animales en una jungla. Bien, tenemos que desembarazarnos de los animales y reestructurar el Estado, seleccionando y compensando sólo a los mejores. Esposa, se anuncia el alba de un día nuevo y grande, y apenas eso sea comprendido, la verdad de su fuerza y la fuerza de su verdad barrerán el mundo.

-El mundo señalará y recordará la brutalidad de los nazis, ¿no lo crees... Freddie?

-Quizá por un tiempo, ¿pero qué sucederá cuando el mundo vea los resultados de un Estado depurado, sometido a un líderazgo enérgico y benigno? Las democracias exaltan constantemente las virtudes del proceso electoral, ¡pero ninguna de ellas podría estar más equivocada! Las urnas y los votos son inmundicias, y ese calificativo es el que merece la mayoría de las elecciones. Al principio se permitía votar únicamente a los terratenientes, a los hombres que habían demostrado su éxito, y por lo tanto su superioridad. Ése era el concepto mayoritario en la Convención Conscitucional, ¿lo sabías?

-Sí, era una sociedad agraria; pero me sorprende que tú lo sepas. Esposo mío, la historia nunca fue uno tus aspectos fuertes.

-Todo eso ha cambiado. Si pudieras ver estos estántes... Están cargados de libros, y todos los días me traen títulos nuevos. Leo cinco o seis por semana.

-Permíteme verlos, permíteme verte. Te he extrañado, Freddie.

-Pronto, esposa, muy pronto. Hay cierto placer en la oscuridad pues te veo como prefiero recordarte. La mujer bella y vivaz que tanto se enorgullecía de su esposo, que me traía los secretos de la OTAN, a muchos de los cuales seguramente les debo la vida.

-Tú estabas del lado de la OTAN, de modo que yo no podía hacer otra cosa.

Librodot

-Ahora he abrazado una causa más amplia. ¿Estás dispuesta a ayudarme?

-Eso depende, querido esposo. No puedo negar que eres muy convincente. Después de escuchar tus propias palabras, me siento muy interesada por lo que haces. Siempre fuiste un hombre extraordinario incluso los que te desaprobaban llegaban a elogiarte...

-¡Por ejemplo mi amigo, mi ex amigo Harry Latham, que ahora es tu amante!

-Estás equivocado, Freddie, Harry Latham no és mi amante.

-¡Mentirosa! Siempre estuvo buscándote, esperando que aparecieras preguntándome cuándo llegarías.

-Repetiré lo que te dije antes, y hemos convivido demasiado tiempo como para que no sepas cuándo digo la verdad y cuándo miento. Después de todo, ésa es tu profesión, y tú me escuchaste decir muchísimas mentiras en tu nombre... Harry Latham no es mi amante. ¿Quieres que te lo repita?

-No. –La negativa arrancó ecos a las paredes invisibles. -Entonces ¿quién es el?

-Alguien que asumió el nombre de Harry.

-¿Por qué ?

-Porque tú deseas la muerte de tu amigo Harry, y Harry no quiere morir. ¿Cómo pudiste hacer eso Frederick? Harry te amaba como... como un hermano menor. No lo decidí yo –dijo la voz abstracta de Günter Jäger–. Harry infiltró nuestro cuartel general en los Alpes. Era parte de un experimento. No tuve más remedio que aceptarlo.

-¿Qué clase de experimento?

-Una cuestión médica. Nunca lo comprendí del todo. Sin embargo, Traupman se mostraba muy entusiasmado, y yo no podía oponerme a Hans. Era mi mentor, el hombre que me llevó al lugar en que estoy ahora.

-¿Y dónde estás, Freddie? ¿Eres realmente el nuevo Adolfo Hitler?

-Es extraño que lo menciones. He leído y releído Mein Kampf, y todas las biografías que pude conseguir. ¿Tienes idea del paralelismo de nuestras vidas, por lo menos de la vida que hicimos antes de unirnos al movimiento? Era artista, y a mi propio modo yo También lo soy. Estaba desocupado, una situación a la cual casi me vi arrojado. Fue rechazado por la Liga de Artistas Austríacos, así como por la Academia de Arquitectura, por la supuesta falta de talento, era un ex cabo que no tenía adónde ir. En mi caso sucedía lo mismo. ¿Quién emplea a una persona como yo? Y ambos carecíamos de dinero; en su caso, no tenía nada, y yo vendí todos mis diamantes para salvar la vida... Después, durante los años veinte alguien vio a un extremista de barricada lanzando gritos apasionados y convincentes, contra la injustícia de las condiciones sociales; y más tarde otra persona escuchó la oratoria de un soberbio ex agente provocador que incluso a ellos los había engañado. Hombres así son valiosos.

-¿Sugieres que tanto tú como Adolfo Hitler llegaron por casualidad a sus respectivas posiciones?

-Esposa, yo lo diría de otro modo. No encontramos nuestras causas, nuestras causas nos descubrieron.

Librodot

-¡Eso es obsceno!

-En absoluto. Las convicciones del converso son siempre más firmes, porque necesita llegar a ellas.

-Llegar a esos resultados implicará una enorme pérdida de vidas...

-Al principio sí, pero eso pasará muy pronto, será olvidado de prisa, y el mundo se convertirá en un lugar mucho más agradable. No habrá una gran guerra, ni enfrentamientos nucleares... nuestro progreso será gradual pero seguro, pues gran parte del mismo ya está encaminado. En cuestión de meses, cambiarán los gobiernos, se sancionarán nuevas leyes que beneficien a los más fuertes y los más puros, y en el curso de unos pocos años la basura inútil, la hez de la sociedad que nos está devorando, será eliminada.

-Freddie, no necesitas pronunciar un discurso ante mí...

-¡Todo eso es cierto! ¿No lo ves así?

-Ni siquiera a ti puedes verte, y me excitas cuando hablas de ese modo, porque en efecto eres un hombre extraordinario. Por favor, enciende una luz.

-Tengo un pequeño problema con eso.

-¿Por qué? ¿Cambiaste tanto en cinco años?

-No, pero yo uso lentes u tú no.

-Yo los uso cuando se me cansan los ojos, bien lo sabes.

-Sí, pero los míos son distintos. Puedo ver en la oscuridad, y veo la pistola en tu mano. Eso me recordó que eres zurda. ¿Recuerdas cuando decidiste que jugarías al golf conmigo, y fui a comprar un juego de palos, pero conseguí los que sirven a quienes usan la mano derecha?

-Sí, por supuesto, lo recuerdo... sostengo el arma en la mano porque tu me enseñaste que nunca acudiese desarmada a una reunión nocturna, ni siquiera contigo. Dijiste que ninguno de los dos podía saber si nos habían seguido.

-Y tenía razón. Yo estaba protegiéndote. ¿Tus amigos que están fuera de la casa sabían que venías armada?

-No vi a nadie. Vine sola, sin pedir autorización.

-Ahora estás mintiendo, por lo menos en parte, pero no importa. ¡Suelta el arma y déjala caer al piso! –Karin obedeció, y de Vries/Jäger encendió una lámpara, una especie de reflector que proyectó su luz sobre un pequeño altar, donde se destacó el crucifijo de oro depositado sobre un lienzo púrpura. El nuevo Fuhrer se sentó en un taburete puesto a la derecha; tenía una camisa de seda blanca, abierta al cuello, y sus cabellos rubios relucían, y su cara de rasgos regulares pero firmes se exhibía en la postura más atractiva. -¿Qué te parezco después de cinco años, querida esposa?

-Tan hermoso como siempre, pero eso tú lo sabes.

-Es un atributo que no puedo negar, y que Herr Hitler nunca poseyó. ¿Sabías que era un hombre de corta estatura, con la cara un tanto enjuta y abotagada, que usaba zapatos con tacos elevados? Mi apariencia me ayuda mucho, pero la uso con brillante humildad, y finjo una frialdad total cuando las mujeres la mencionan. La vanidad física no sienta bien a un líder nacional.

-A otros les importa. Solía creer que los impresiona. A mí me conmovía... y todavía me produce ese efecto.

Librodot

-¿Cuándo sospecharon ustedes que "Günter Jäger" era el nuevo líder neonazi?

-Cuando uno de los Sonnenkinder se quebró en el curso de un interrogatorio. Sospecho que con el agregado de algunas drogas.

-Eso es imposible. ¡Jamás revelé mi condición a cualquiera de ellos!

-Sin duda lo hiciste, al margen de que lo hayas advertido o no. Dijiste que habías asistido a reuniones, pronunciado discursos...

-¡Sólo a nuestra gente en el Bundestag! Todo el resto fue grabado.

-Entonces, alguien te traicionó... Freddie. Oí hablar de un sacerdote católico que fue a confesarse y se descargó con su confesor.

-Dios mío, ese idiota senil de Paltz. A menudo dije que había que excluirlo; pero Traupman afirmó que tenía muchos partidarios en la clase trabajadora. Ordenaré que lo fusilen.

Karin respiró un poco más aliviada. Había tocado la cuerda que ella necesitaba pulsar. El nombre de Paltz le llegaba de las identificaciones realizadas sobre la base de la grabación, y del hecho de que monseñor Paltz era un anciano que provocaba el rechazo casi histérico de la jerarquía católica alemana, otro hecho comprobado mediante un llamado al obispo de Boon. El obispo no había andado con rodeos: "Es un fanático confundido que debería ser retirado del servicio. Es lo que le dije a Roma". Karin esperó a que su descarriado esposo se calmase.

-Freddie –comenzó con voz baja y controlada–. Este Paltz, quienquiera sea, ese sacerdote, dijo que ocurrirá algo terrible en las ciudades de Londres, París y Washington. Desastres de tal magnitud que morirán centenares de miles de personas. ¿Eso es cierto... Freddie?

El silencio total del Führer era algo eléctrico, exagerado por el golpeteo de la lluvia. Finalmente Günter Jäger habló, y su voz sonó dura, y pareció vibrar como las cuerdas de un violoncelo muy tenso que están a un paso de saltar.

-De modo que por eso viniste, esposa prostituta. Te enviaron para explorar la posibilidad de que yo revele el carácter de nuestra gran ofensiva.

-Vine por mi cuenta. No saben que estoy aquí.

-Es posible, pues nunca supiste mentir. Sin embargo, la ironía es muy dulce. Dije antes que nada podía detenernos, y sucede que eso es la verdad. Mira, como todos los grandes jefes, yo delego la responsabilidad, sobre todo en las áreas en que carezco de conocimiento experto. Suministro las líneas generales de un plan o una estrategia, y sobre todo determino los resultados finales, pero no resuelvo los aspectos técnicos, y ni siquiera designo al personal que perfeccionará los detalles. Aunque quisiera, no podría saber cuáles son los candidatos más convenientes.

-Sabemos que el asunto tiene que ver con el agua de las tres ciudades, los depósitos o reservorios, como quiera que se los llame.

-¿De veras? Estoy seguro de que monseñor Paltz realizó una exposición cargada de detalles técnicos. Pregúntale.

-Frederik, ¡eso no puede funcionar! Suspende la operación. Todos los que participen serán apresados. Hay centenares de soldados dispuestos a

disparar sobre las personas o las cosas que se acerquen al agua. ¡Todos serán capturados y a ti te denunciarán!

-¿Me denunciarán? –preguntó serenamente Jäger–. ¿Quién? ¿Un anciano senil que no sabe en qué año vive, y mucho menos el mes o el día? No seas ridícula.

-Frederik, hay una grabación de la reunión de anoche. Todos los que participaron han sido detenidos y se los mantiene en total incomunicación. ¡Todo ha terminado, Freddie! ¡Por Dios, suspende la operación de Rayo en el Agua!

-¿Rayo en el... Agua? Dios mío, estás diciendo la verdad, lo leo en tu voz y en tus ojos. –Günter Jäger se levantó del taburete, y su cara y su cuerpo parecían los de un Sigfrido iluminado por los focos de la escena operística. –De todos modos, mi esposa y prostituta, eso nada cambia, pues nadie puede contener la gran ofensiva. En menos de una hora llegaré a un país que aplaude mi obra, nuestra obra, y veré cómo mis disípulos en todo el mundo occidental pasan a ocupar posiciones importantes.

-¡Jamás lograrás escapar!

-Te muestras ingenua, querida esposa –dijo Jäger, acercándose al centro del altar y presionando un botón bajo el crucifijo de oro. Bruscamente, respondiendo al contacto, se abrió un cuadrado del piso, y aparecieron las aguas agitadas del río. –Allí abajo hay un submarino para dos hombres, cortesía de un astillero cuyo director es uno de los nuestros. Me llevará hasta Königswinter, donde me espera un avión. El resto es la repetición de la historia.

-¿Y yo?

-¿Tienes idea del tiempo que ha transcurrido desde la última vez que estuve con una mujer? –dijo calmosamente Jäger, iluminado por el foco del altar–. ¿Cuántos años he tenido que revestir el manto de una rígida disciplina monástica, mientras sugería que quienes se sometían a esas tentaciones demostraban que eran vulnerables al compromiso y la corrupción?

-Por favor, Frederik, tus posturas no me interesan.

-¡Deberían interesarte! Durante más de cuatro años he vivido de este modo, demostrando que yo y sólo yo era el líder supremo incorruptible. Miraba con reprobación a las mujeres que vestían de manera indiscreta, y ni siquiera permitía anécdotas o bromas obscenas en mi presencia.

-Seguramente fue algo insoportable para ti –dijo Karin, la mirada paseándose por la habitación en sombras–. Cuando regresabas de tus incursiones al territorio del bloque oriental, invariablemente traías un exceso de condones y diferentes números telefónicos que correspondían a una lista de mujeres.

-¿Tú revisabas los bolsillos de mis trajes?

-Generalmente había que enviarlos a la tintorería.

-Siempre tienes respuesta para todo.

-Contesto sinceramente, y digo lo primero que me viene a la mente, lo que me aporta la memoria... Volvamos a mí, Frederik. ¿Cuál será mi destino? ¿Piensas matarme?

-Prefiero no hacerlo, esposa, porque eso eres todavía, por lo menos legalmente y a los ojos de Dios. Después de todo, mi submarino de cortesía puede llevar a dos personas. Tú podrías ser mi consorte, con el tiempo mi compañera, quizá la emperatriz del emperador, más o menos como Fräulein Eva Braun con Adolfo Hitler.

-Eva Braun se suicidó con su "emperador", y utilizó el cianuro y un disparo. Esa perspectiva no me atrae.

-Esposa, ¿no me complacerás?

-No te complaceré.

-Lo harás de otro modo –dijo Günter Jäger, con voz apenas audible, mientras se desabotónaba la camisa de seda blanca y se la quitaba, y después comenzaba a desabrocharse el cinturón.

Karin de pronto se abalanzó hacia la izquierda, y su cuerpo se elevó por el aire en el intento desesperado de llegar a la automática de Latham, que ella había dejado caer al piso. Jäger se adelantó, lanzando hacia adelante la pierna derecha, y la punta de su bota conectó con el vientre de Karin, con tanta fuerza que ella cayó al suelo en posición fetal, gimiendo de dolor.

-Ahora me complacerás, esposa –dijo el nuevo Fuhrer, quitándose los pantalones una pierna después de la otra y plegando la prenda, de modo que las rayas coincidieran; y depositándola sobre el taburete.

Librodot

38

-¿Cuándo entró? –preguntó Latham, elevando la voz para ser oído a pesar de la lluvia.

-Hace unos veinte minutos contestó el oficial alemán bilingüe en el vehículo del servicio de inteligencia, estacionado fuera de los terrenos de la propiedad, con los faros apagados.

-Dios mío, ¿estuvo allí tanto tiempo? ¿Y usted le permitió ingresar sin un aparato de radio, sin que tuviese un modo de comunicarse con usted?

-Ella entendió la situación, señor. Le aclaré que no podía entregarle un aparato de radio, y sus palabras textuales fueron: "Comprendo".

-¿No le parece que debió preguntarnos antes de permitirle que pasara? –preguntó Witkowski en alemán.

-¡Mein Gott, nein! –replicó irritado el alemán–. El propio director Moreau se comunicó conmigo y trazamos un plan de modo que atravesara la zona patrullada con el menor peligro posible.

-¿Moreau? ¡Estrangularé a ese hijo de perra! –explotó Latham.

-Para responder más exactamente a su pregunta, mein Herr –dijo el oficial de inteligencia alemán–, la Fraiulein no estuvo tanto tiempo en el cottage; nuestro hombre en la primera línea informó por radio que entró en la casa hace apenas doce minutos.

-Creo que es hora de que mi ayudante y yo –interrumpió el capitán Christian Dietz, que estaba a pocos metros de distancia bajo la lluvia, acompañado por el teniente Anthony– entremos en acción y nos apoderemos de los guardias. –El capitán se adelantó y continuó hablando en alemán, dirigiéndose al oficial. –Mein Oberführer –comenzó–, ¿cuántas patrullas hay allí, y existe un esquema de distribución? Le habló en alemán porque no deseo que haya malentendidos.

-Señor, mi inglés es tan bueno como su alemán.

-Pero es un poco más vacilante. Y su gramática...

-Me abstendré de pagar a mi profesor la semana próxima –interrumpió el oficial, sonriendo–. Para alcanzar un nivel más alto, necesito compartir el té de la tarde con ingleses de Oxford.

-¡Abfall! Jamás los entendería. Yo no lo consigo. ¡Hablan como si tuviesen ostras crudas en la boca!

-Sí, eso oí decir.

-¿Qué están diciendo? –grito Drew.

-Están conociéndose –contestó Witkowski–. Es lo que se denomina llegar a confiar el uno en el otro.

-¡Es lo que se denomina perder el tiempo!

-Son los detalles, chlopak. Escuche a un hombre hablar en su propio idioma aunque sea un minuto, y sabrá cuáles son sus puntos débiles. Dietz solo desea asegurarse de que no hay ambigüedades ni vacilaciones.

-¡Dígales que se apresuren!

-No necesito decirlo, casi han terminado.

-Hay solamente tres patrullas –continuó diciendo el oficial en alemán, y dirigiéndose al capitán de comandos–, pero existe un problema.

Librodot

Cuando un guardia regresa a la puerta que se abre sobre el extremo izquierdo del sendero, otro se acerca poco más tarde, pero sólo después que el primer guardia retorna. Y debo decirle que hemos identificado a dos, y son asesinos patológicos, siempre equipados con un arsenal de armas y granadas.

-Comprendo. Es una posta. El bastón pasa al hombre siguiente en presencia del primero.

-Exactamente.

-De modo que tenemos idear la forma de conseguir que los otros no intervengan.

-Sí, ¿pero cómo?

-Déjelo a nuestro cargo. Nos arreglaremos. –Se volvió hacia Latham y Witkowski. –Esa gente está loca –dijo Dietz–, lo cual no nos sorprende. Como dijo nuestro amigo: "Asesinos patológicos". Estos tipos prefieren matar más que comer; los médicos tienen una palabra para designarlos, pero eso no debe preocuparnos en este momento. Entraremos en acción.

-¡Y esta vez iré con ustedes! –dijo enfáticamente Drew–. Ni siquiera contemple la posibilidad de formular objeciones.

-Caramba, jefe –dijo el teniente–, sólo le pido que nos haga un favor.

-¿Y cuál es?

-No represente el papel de Errol Flynn, como en las viejas películas. Ése no es el modo de comportarse.

-¿Y usted me lo enseñará, jovencito? –indíquenos la distribución exacta –dijo Witkowski, volviéndose hacia el oficial alemán.

-Sigan el camino de losas en dirección a un cantero destruido...

Diez segundos después, el cuarteto avanzó, saliendo de su refugio, detrás de la pared semidestruida de la vieja propiedad, los comandos adelante y Drew a cargo de la radio. Llegaron a la pista de croquet y esperaron la señal luminosa desde el árbol. Llegó casi enseguida: tres luces, apenas entrevistas bajo ese horrendo aguacero.

-Vamos –dijo Latham–, ¡el terreno está libre!

-¡No! –murmuró Dietz, y su fuerte brazo derecho bloqueó los movimientos de Latham–. Queremos a la patrulla.

-¡Karin está allí! –exclamó Drew.

-Unos pocos segundos no importan –dijo el teniente Anthony, mientras él y su capitán se adelantaban corriendo–. ¡Permanezcan allí! –agregó mientras los dos atravesaban tropezando la pista de croquet y se zambullían en la lluvia y la oscuridad. No llegó ninguna señal; no había nada. Y de pronto la vieron: dos luces. Un guardia patrullando. De pronto, desde lejos, llegó un grito, un alarido brusco y breve. Y después otro, y tres golpes de luz; el terreno estaba libre. Latham y Witkowski atravesaron a la carrera la pista de croquet y descendieron por el camino de lajas; la linterna del coronel iluminaba el camino. Llegaron a la brusca curva hacia la izquierda y corrieron hasta el extremo del sendero, a cierta altura sobre el viejo cobertizo de botes. Sobre la izquierda, los comandos se veían en dificultades para someter a dos guardias que habían salido corriendo de la casa.

Librodot

-Vaya a ayudarles –ordenó Drew, mirando hacia el porche lateral con la luz roja, lo cual correspondía a la descripción del oficial de la inteligencia alemana–. Éste es mi turno.

-¡Chlopak...!

-Salga de aquí, Stosh, ellos necesitan ayuda. ¡Esto es mío! –Latham descendió por la pendiente cubierta de pasto, la automática en la mano. Llegó al pequeño porche, iluminado por la tenue luz roja, el techo batido por la lluvia, y de pronto oyó los gritos que venían del interior. ¡Los gritos de Karin! Sintió que el mundo estallaba en mil pedazos. Descargó su cuerpo sobre la puerta, arrancándola de los goznes, y enviando todo el panel hacia el sector iluminado del altar, con su reluciente crucifijo de oro. En el piso, desnudo desde la cintura, vio al rubio Fuhrer, su cuerpo encima de Karin, que gritaba y se debatía, y movía las piernas furiosamente tratando de liberarse del apretón de Frederik. Drew disparó la automática, y perforó el techo. Jäger, impresionado, se apartó de su esposa, y ahora mostró una cara y un cuerpo temblorosos; estaba tan aturdido que no atinaba a decir una palabra.

-De pie, basura nazi –dijo Latham, con voz helada, letal a causa de la concentración de su odio.

-¡Usted no es Harry! –dijo de pronto Jäger, mientras se incorporaba lentamente, como hipnotizado–. Se le parece algo... pero no es él.

-Me sorprende que pueda decir tal cosa con esta luz. –Drew se apartó del resplandor. –¿Estás bien? –preguntó a Karin.

-Con algullos golpes, pero nada más.

-Quiero matarlo. –Latham habló con voz serena y fría. –En vista de todo lo que pasó, tengo que matarlo. –Alzó la automática, y apuntó a la cabeza de Jäger.

-¡No! –exclamó Karin–. Siento lo mismo, pero no podemos, ¡de veras no podemos!... La operación Rayo en el Agua, Drew. Afirma que no podemos impedirla, que no conoce los detalles; pero hay que recordar que este hombre mintió toda su vida.

-¿Drew...? –la interrumpió Günter Jäger, y en su cara se dibujó una malévola sonrisa de alivio–. Drew Latham, el estúpido hermano de Harry. ¿Cómo lo llamaba? Mi hermanito el campesino. Sí, así decía. Y después de escucharlo muchas veces tuve que preguntarle a qué se refería. De manera que Hans Traupman se equivocó. El grupo de la Blitzkrieg en efecto mató a Harry, pero lo reemplazó el hermano. Mein Gott, ¡estuvimos persiguiendo al hombre equivocado! Después de todo, Harry Latham murió, y nadie lo sabía.

-¿Qué significa que nadie lo sabía? –preguntó Drew–. Recuerde que tengo el arma en la mano, y en vista de mi propio nerviosismo, fácilmente podría volarle la cabeza. Repito ¿qué quiso decir?

-Pregúnteselo al doctor Traupman. ¡Oh, olvidé que ya no está con nosotros! Y la policía, incluso los que están de nuestro lado, no pueden interceptar todas las frecuencias utilizadas desde el embarcadero, y conocer nuestros códigos urgentes. Lo siento, amigo, no podemos ayudarlo.

-Dijo que Harry era parte de un experimento –se apresuró a intervenir Karin al ver que Latham de nuevo alzaba su arma–, un experimento médico.

-Sorenson y yo llegamos más o menos a la misma conclusión. Podemos verificarlo; el cadáver de Harry continúa en una morgue... Está bien, muchacho encantador, empiece a caminar hacia la puerta.

-Mis ropas –protestó Jäger–, ¿seguramente permitirá que me vista? Llueve a cántaros.

-¿Me creerá si le digo que en realidad no me importa si usted se moja ? Además, no sé qué guarda entre sus ropas; por ejemplo, en el cuello de la camisa. Aquí, mi amiga se ocupará de transportar las prendas de vestir.

-¿Amiga? ¿Se refiere a su amante–prostituta? –gritó el nuevo Fuhrer.

-¡Hijo de perra! –Latham descargó el cañón de la automática sobre la cabeza de Jäger, pero de pronto el nazi adelantó el brazo izquierdo bloqueando el golpe con la pistola, y su puño derecho golpeó el pecho de Drew con tanta fuerza que éste fue despedido hacia atrás. Después, Jäger se arrojó sobre la automática, arrancándola de la mano de Drew, y se puso de pie, disparando dos veces mientras el norteamericano giraba primero hacia la derecha y después hacia la izquierda, los dos pies sobre los costados de las piernas del alemán; enganchó el tobillo derecho de Jäger, y descargó un puntapié sobre la rodilla del nazi, con toda la fuerza desesperada que pudo reunir. Jäger gritó de dolor mientras arqueaba el cuerpo, y disparaba dos veces más; las balas atravesaron las paredes. Karin se acercó rápidamente, aferrando la automática de Drew, la que había tenido que soltar obedeciendo la orden de Jäger. Karin se puso de pie y gritó.

-¡Basta, Frederik! ¡Te mataré!

-¡No podrías, esposa! –gritó Günter Jäger, rechazando los golpes de Latham y tratando de apuntar con su arma al pecho de Drew, mientras Latham intentaba inmovilizarle la muñeca al lado del orificio cuadrado, que permitía ver las olas del río que corría debajo. –¡Tú me adoras! ¡Todos me adoran, me veneran! –El nazi echó hacia atrás su propio brazo derecho, de modo que Drew no pudiera alcanzarlo. Arqueó la mano hacia la izquierda, y después hizo lo mismo con la derecha; estaba libre, y podía disparar.

Karin apretó el disparador de su pistola.

Los comandos irrumpieron por la puerta abierta, y pisándoles los talones llegó Witkowski. Se detuvieron bruscamente, mirando la escena que tenían ante ellos, bañados en el resplandor espectral del reflector que apuntaba al altar. Durante unos pocos segundos los únicos sonidos fueron los de la lluvia más allá de la puerta, y la respiración jadeante de los cinco individuos de la unidad N–2.

-Supongo que tuvo que hacerlo, chlopak –dijo finalmente el coronel, mirando el cuerpo de Jäger, con la cabeza destrozada.

-¡Él no lo hizo, fui yo! –exclamó Karin.

-Yo tuve la culpa, Stanley, yo fui la causa de este desenlace –intervino Latham, mirando al veterano oficial del G–2; la muerte de Günter Jäger era una derrota de inmensas proporciones–. Perdí el control, y él aprovechó la ventaja. Estaba dispuesto a matarme con mi propia arma.

-¿Su propia arma?

-Quise golpearlo con la pistola. No debí hacerlo, era un recurso peligroso.

-Stanley, no fue su culpa –exclamó Karin–. Aunque las circunstancias hubieran sido distintas, yo lo habría liquidado. Trató de violarme, y si Drew no hubiese aparecido, habría tenido éxito, y habría dejado aquí mi cadáver. Él mismo lo dijo.

-Lo incluiremos en nuestro informe –dijo el coronel–. Las cosas no siempre funcionan bien, y en realidad no me habría agradado asistir al funeral de Latham. ¿Pudo enterarse de algo, Karin?

-Principalmente cómo llegó al lugar en que estaba –el acuerdo con la Stasi, su nueva identidad, y sus cualidades como orador descubiertas por Hans Traupman. Con respecto a la operación Rayo en el Agua, afirmó que nadie podía impedirla, ni siquiera él, porque no conocía los detalles técnicos ni cuál era el personal concreto comprometido en la tarea. Pero por otra parte, siempre fue un consumado mentiroso.

-¡Maldición! –gritó Latham–. ¡Soy un tremendo estúpido!

-No sé, muchacho. Si yo hubiese descubierto a alguien intentando cometer un acto tan obsceno con una buena amiga, no creo que me hubiera comportado de manera muy distinta... Vamos, revisaremos toda la casa, y veremos si es posible descubrir algo.

-¿Qué les parece si pedimos la ayuda del grupo alemán que está allí afuera? Algo podrán aportar.

-No lo creo, capitán –se apresuró a decir Karin–. Frederik aclaró que la policía, incluso los que simpatizan con los nazis, no podían supervisar todas las frecuencias de radio. Eso significaría que los neos han infiltrado a las autoridades, como hicieron con el Bundestag. Sugiero que nos encarguemos solamente nosotros.

-Será una larga noche –agregó el teniente Anthony–. Empecemos de una vez.

-¿Qué pasa con los dos guardias restántes? –preguntó Drew–. O para el caso, ¿qué sucede con el primero?

-Están maniatados y adormecidos –contestó Dietz–. De tanto en tanto los inspeccionaremos, y cuando hayamos concluido los entregaremos a quienes ustedes indiquen.

-Ustedes revisen el resto de la casa; nosotros nos concentraremos en las habitaciones utilizadas como vivienda –ordenó el coronel–. Aquí hay tres cuartos y un baño, una oficina, un dormitorio y este lugar tan desagradable. Uno para cada uno de nosotros.

-¿Qué estamos buscando, señor? –preguntó Gerald Anthony.

-Todo lo que pueda relacionarse con la operación Rayo en el Agua... y cualquier otra cosa que incluya números o nombres... y uno de ustedes busque una sábana y cubra el cadáver.

No dejaron nada librado al azar, y cuando el día rompió sobre la orilla oriental del Rin, algunas cajas, descubiertas en la habitación destinada a depósito, fueron ocupadas con materiales y llevadas a la capilla. La mayor parte del contenido probablemente era inútil, pero en la Unidad N–2 había expertos sumamente experimentados que podían resolver esa cuestión. Excepto, quizá, Karin de Vries.

Librodot

-Flugzeug... gebaut... no hay nada más; el resto de la hoja ha sido arrancado –dijo Karin, después de examinár un pedazo de papel que mostraba la escritura de su esposo–. Todo lo que dice es: "Aeronave terminada".

-Nada acerca de Rayo en el Agua? –preguntó Witkowski, mientras inspeccionaba otras cajas.

-Parece que no.

-Entonces, ¿por qué perdemos tiempo con esto?

-Porque escribió estas palabras cuando estaba muy excitado, las "l" y las "b" se parecen; el resto está garabateado, pero escrito con mucha fuerza. Conozco ese tipo de escritura. Él solía dejarme listas de cosas que yo debía comprar u obtener antes de que él pasara a la clandestinidad. Cuando escribió esto se sentía muy nervioso.

-Si estás sugiriendo lo que yo pienso, me temo que carece de sentido –dijo Drew, de pie al lado del orificio cuadrado en el piso, la vía de acceso al submarino en miniatura que flotaba en el río–. No hay nada en esto que se refiera a Rayo en el Agua, Sorenson, que por lo que sé es hasta cierto punto un experto en depósitos de agua, excluyó la posibilidad de una máquina aérea.

-Es cierto –dijo el coronel, mientras inspeccionaba la última de las tres cajas–. El número y la altura impedirían utilizar ese método. Sería una estrategia destinada a fracasar.

-Wes mencionó que a menudo se contempló la posibilidad de sabotear los depósitos y otras fuentes de agua. Yo no lo sabía.

-Porque nunca se hizo, excepto en el caso de la guerra en el desierto, en que se envenenaron los oasis. En primer lugar, están las preocupaciones humanitarias... los vencedores tienen que convivir con los vencidos una vez finalizadas las hostilidades. Y segundo, la logística es casi insoluble.

-Stanley, idearon un modo. Estoy convencido de eso.

-¿Por qué debemos ir más allá de lo que ya hicimos? –preguntó Karin–. Restan menos de veinticuatro horas.

-Enviemos este material a Londres, y apelemos a todos los analistas del MI–5, él MI–6 y el Servicio Secreto. Que inspecciónen todo con microscopios múltiples; cuanto más elevado el número tanto mejor.

-Estas cosas pueden llegar allí en cuarenta y cinco minutos –dijo Witkowski, extrayendo el teléfono portátil y marcando un número.

-Quiero el modo más rápido de regresar a París, para reunirnos con quien esté a cargo de la vigilancia de las fuentes de agua, dondequiera estén.

-¿Por qué no descubrimos dónde están, y aterrizamos en las cercanías? –preguntó de Vries–. Claude puede facilitarnos los medios necesarios.

-¡Si vive después que yo lo encuentre! –explotó Latham–. Él te envió aquí. ¡Tu lo llamaste, y él te envió aquí sin avisarnos!

-Tenía muy buenos motivos para proceder así, pues yo se lo rogué... ¿me oyes? Se lo rogué.

-Podría agregar que con resultados maravillosos –dijo Drew–. Casi te violaron y mataron, y el poderoso Günter Jäger está muerto, y ya no nos servirá de nada.

Librodot

-Por lo cual yo jamás me perdonaré. No por haberlo liquidado –había que matarlo, o tú habrías perecido– sino por el hecho de que yo fui la causa de todo.

-¿En qué estabas pensando? –continuó colérico Latham–. ¿En que lo ibas a inducir a que hablase y lo revelara todo?

-Algo por el estilo, pero en realidad más que eso. Harry habría entendido.

-¡Explícate, porque yo también quiero entender!

-A pesar de todos sus defectos, Frederik otrora profesaba profundo afecto a sus padres y sus abuelos. Como muchos niños que pierden ese afecto a través de la separación o la muerte, era un temperamento apasionado en relación con esos vínculos. Si yo podía encender el fuego de esos recuerdos, era concebible que bajara la guardia, aunque fuese brevemente.

-Ella tiene razón –interrumpió tranquilamente el coronel mientras devolvía el teléfono al bolsillo de su chaqueta–. Los psiquiatras que oyeron la grabación afirmaron que era un hombre sumamente inestable. Entendí que eso significaba que podía pasar de un extremo al otro en condiciones de extrema tensión. Ella lo intentó con un coraje que yo he visto pocas veces; no funcionó, pero hubiera podido tener éxito. En nuestra profesión todos los días afrontamos riesgos de esa clase, y con frecuencia la iniciativa corresponde a personas a quienes rara vez se les reconoce el mérito, incluso si fracasan.

-Stosh, eso fue hace años, no hoy.

-Le recuerdo, estimado Latham, que hoy es el presagio sobre mis peores proyecciones. Usted no estaría aquí, a orillas del Rin, si no pensara lo mismo.

-Está bien, Stanley, aceptó eso. Sucede únicamente que deseo tener mejor control sobre mis hombres.

-Le informo que todo está arreglado en París. Moreau tiene dos jets alemanes en el aeropuerto; uno de ellos se dirigirá a Londres, y el otro descenderá en Francia. El lugar de destino se determinará en el curso del viaje.

El capitán Dietz y el teniente Anthony entraron en la capilla por la puerta que la comunicaba con el resto de la casa.

-Allí solamente quedan la vajilla y los muebles –dijo el capitán. Si hay papeles reveladores, están en esas cajas.

-¿Adónde vamos ahora, gran jefe? –preguntó el teniente.

Latham se volvió hacia Witkowski.

-Stanley, sé que no le agradará esto, pero quiero que usted lleve estas cajas a Londres. Allí están los mejores especialistas, y usted es uno de nuestros mejores jefes, y nadie puede manejar el látigo mejor que usted. Que nadie descanse, que nadie duerma, que todos continúen trabajando, leyendo, tratando de hallar pistas. Karin y nuestros dos nuevos amigos irán a Francia conmigo.

-Es cierto, lo que usted dice no me agrada, pero la lógica está de su lado. Sin embargo, Drew, necesitaré ayuda. Como usted sabe, no soy

miembro del Alto Mando. Necesito contar con más fuerza que la que puedo movilizar ahora.

-¿Qué me dice de Sorenson, o Talbot de la CIA, o el presidente de Estados Unidos?

-Me encantaría contar con la ayuda de esto último. ¿Usted puede hacerlo?

-Ciertamente, puedo... o mejor dicho, Sorenson puede. Comuníquese con la inteligencia alemana y consiga que traigan un automóvil en cinco minutos.

-Nunca se fue, está en el camino. Vamos, muchachos, que cada uno transporte una caja.

Mientras los dos comandos cruzaban la habitación para apoderarse de las cajas, el teniente Gerald Anthony vio un fragmento de papel en el piso, al pie del altar. Obedeciendo al instinto, se inclinó para recogerlo y lo desplegó. Encontró solo unas pocas palabras en un alemán ilegible. De todos modos, metió el papel en el bolsillo.

El jet a Londres, con los motores relativamente silenciosos pero funcionando sin descanso, se aproximó a la costa de Inglaterra. Witowski estaba pegado al teléfono internacional, comunicándose primero con Wesley Sorenson, después con Knox Talbot, director de la CIA, con Claude Moreau del Deuxième Bureau, y finalmente, poseído por cierto asombro, con el presidente de Estados Unidos.

-Witkowski –dijo el comandante en jefe–, usted controla ahora la operación en Londres. Tiene el acuerdo total del primer ministro. Bastará que usted imparta una orden, para que ellos obedezcan.

-Sí, señor. Es lo que deseaba escuchar. Puede ser un poco embarazoso que un coronel del ejército imparta órdenes, sobre todo a civiles de elevado rango. Esa clase de cosas les molesta.

-No habrá resentimiento, sólo gratitud, créame. A propósito, usted puede comunicarse con el conmutador de la Casa Blanca y hablar conmigo cuando lo desee. Apreciaría un informe cada hora o cosa así, si está a su alcance.

-Señor, intentaré hacerlo.

-Buena suerte, coronel. Varios centenares de miles de personas cuentan con ustedes, aunque no lo sepan.

-Comprendo, señor, pero si es posible, ¿no debería informarse de las posibilidades a la gente?

-¿Y presenciar el pánico en las calles, el atascamiento de las autopistas, los transportes públicos desbordados cuando la gente empiece a huir de Washington? Si se propaga la alarma y se anuncia que es posible que los terroristas envenenen toda la provisión de agua de la ciudad, ¿qué sucederá después? ¿Los alimentos contaminados, las enfermedades difundidas a través de los equipos de aire acondicionado, la guerra microbiana?

-No había pensado en eso, señor.

-Y puede agregar la destrución al por mayor de la propiedad, el saqueo y las pandillas de merodeadores, el estallído de hostilidades incontroladas. Además, nuestros expertos nos dicen que la reserva principal está armada

hasta los dientes, y que se han contemplado todas las posibilidades de infiltración. No creen posible que suceda nada por el estilo de esta operación Rayo en el Agua.

-Ojalá tenga razón, señor presidente.

-Más vale que así sea, coronel.

Cuando habían pasado veinte minutos desde la partida del aeropuerto de Bonn, Latham recibió un llamado de Claude Moreau.

-Drew, por favor no pierda el tiempo estúpidamente criticándome. Podemos discutir después mi decisión, y evaluar el riesgo que afronté.

-Le aseguro que lo discutiremos. En fin, ¿qué tiene ahora?

-Ustedes aterrizarán en un aerodromo privado del distrito de Beauvais; está a unos treinta kilómetros del principal depósito de agua de París. Los recibirá mi segundo comandante, Jacques Bergeron... supongo que usted lo recuerda.

-Lo recuerdo. ¿Y qué?

-Él lo llevará a la torre del depósito de agua y lo presentará al comandante militar a cargo de las defensas. Él responderá a las preguntas que usted formule y visitará con usted las fortificaciones.

-El problema es que a decir verdad no sé nada de los depósitos de agua, fuera de lo que me dijeron Sorenson y Witkowski.

-Bien, por lo menos usted fue preparado por expertos.

-¿Expertos? Ni siquiera son ingenieros.

-Todos nos convertimos en expertos y en ingenieros cuando el sabotaje de los servicios es una posibilidad.

-¿Y qué hace usted?

-Superviso un ejército de agentes, soldados y policías que están investigando cada metro cuadrado de territorio en un radio de quince kilómetros de los depósitos de agua. No sabemos qué buscan, pero algunos de nuestros analistas han sugerido la posibilidad de que se utilicen misiles o cohetes.

-No es mala idea...

-Otros afirman que la idea es absurda –lo interrumpió el director del Deuxième–. Afirman que utilizar lanzacohetes con la exactitud necesaria implicaría el uso de un par de toneladas de equipo con potencia eléctrica suficiente para iluminar una pequeña ciudad, o volarla por el aire. Además, necesitarían plataformas de lanzamiento, y hemos fotografiado cada centímetro de terreno mediante aviones y satélites.

-¿Plataformas subterráneas?

-Es lo que tememos, pero contamos con más de dos mil hombres distribuidos por toda la región, preguntando si alguien comprobó la presencia de equipos de construcción especiales. ¿Usted tiene idea de la cantidad de concreto que se utiliza en una sola plataforma? ¿O del cableado eléctrico requerido para extraer energía de una usina?

-Seguramente usted está muy atareado.

-No bastante atareado, mon ami. Sé que usted está convencido de que esos cerdos encontraron un modo, y coincido con esa idea. Francamente, fue

la razón por la cual permití que Karin me convenciera... pero no entremos en eso. Tengo la desagradable sensación de que hemos omitido algo, un aspecto que es más bien obvio, pero que de todos modos se me escapa.

-¿Qué le parece una cosa tan sencilla como un lanzacohetes del tipo bazzooka con carga agregada?

-Una de las primeras cosas en las cuales pensamos, pero el uso de tales armas exigiría la participación de muchos centenares de hombres todos apostados con miras especiales para ver claramente el terreno. Es imposible caminar veinte pasos en los bosques alrededor de los depósitos de agua sin tropezar con un soldado. Una docena de lanzacohetes, y con mayor razón si son centenares, sería identificado en un instante.

-¿Podría tratarse de un engaño? –preguntó Drew.

-¿Para engañar a quién? Ambos vimos esa grabación. El Führer Günter Jäger no estaba hablándonos, ni amenazándonos; estaba recitando ante sus fieles, algunos de ellos los hombres más acaudalados de Europa y Estados Unidos. No, él cree que puede hacerlo. De modo que es necesario que continuemos pensando. Quizá los analistas de Londres descubran algo, Dios mediante. Digamos de pasada que usted tuvo razón al enviar esos materiales a los británicos.

-Me sorprende que usted diga eso.

-No debería ser así. No sólo son gente de mucho profesionalismo, sino que el Reino Unido nunca fue ocupado. Concedo que la mayoría de los especialistas franceses que leerán el material probablemente no participaron en la Segunda Guerra Mundial, pero las heridas infligidas por la ocupación persisten en la psiquis nacional. Los franceses nunca pueden ser completamente objetivos.

-Es un verdadero reconocimiento.

-Es la verdad, tal como yo la veo.

Aterrizaron en Beauvais a las 6:47 de la mañana; el aeródromo privado estaba iluminado por la luz enceguecedora del sol que había aparecido poco antes. La unidad N–2 desembarcó y fue llevada directamente a un anexo del aeropuerto, donde recibieron ropas limpias y secas. Se cambiaron rápidamente, y vistieron las livianas ropas de fagina del ejército. Karin fue la última en terminar. Cuando surgió, vinieron del cuarto de baño de las damas, ataviada con el overol azul del ejército, Drew observó:

-Tienes mejor aspecto que lo que yo pensaba –dijo–. Ahora recoge tus cabellos y cúbrelos con la boina.

-Será incómodo.

-Más incómoda será una bala y si alguno de los miembros del grupo alemán que llegó a la casa de Jäger está con los nazis, se difundirá la noticia de que hay que liquidar a la mujer. Vamos, en marcha. Nos queda poco tiempo. ¿Cuánto tardaremos en llegar a... ¿cómo se llama eso, Jacques?

-El complejo de la torre de agua de la reserva –replicó el agente del Deuxieme mientras se acercaban al automóvil que los esperaba en el estacionamiento–. Son unos quince kilómetros desde aquí, de modo que nos llevará sólo unos diez minutos. Francois es nuestro conductor; recuerda a Francois ¿verdad?

-¿De la feria de diversiones? ¿El hombre con las dos hijas que lloraban porque las envió a su casa?

-El mismo.

Mi presión sanguínea lo recuerda muy bien, sobre todo el episodio en que manejaba a toda velocidad.

-Es un hombre muy hábil con el volante.

-Otro modo de decirlo es afirmar que cuando está al mando de un automóvil enloquece.

-El director envió varios centenares de fotos aéreas con el fin de que usted las examine, y vea si encuentra algo que nos pasó inadvertido.

-No es probable. Mientras yo estaba en la universidad conseguí mi licencia de piloto, y volé unas treinta horas completamente solo, pero sin el receptor de radio no podía encontrar el camino de regreso al aeródromo. Todo me parecía lo mismo.

-Lo compadezco. Pasé dos años desempeñándome como oficial piloto en la flota aérea francesa, y me sucedía lo mismo.

-¿No bromea? ¿La fuerza aerea francesa?

-Si, pero sobre todo no me agradaban las alturas, de modo que renuncié y estudié idiomas. La mística del piloto militar que domina diferentes lenguas todavía existe. El Deuxieme me aceptó.

Llegaron al vehículo del Bureau; era el mismo vehículo anónimo, con un motor diseñado para correr en Le Mans o en Daytona; Latham lo recordaba muy bien. Francois lo saludó efusivamente.

-¿Sus hijas lo perdonaron? –preguntó Drew.

-¡De ningún modo! –exclamó Francois–. Le parc de Joie está clausurado, y me echan la culpa del asunto.

-Quizá alguien lo compre y lo reabra. Vamos, viejo amigo, démonos prisa.

La unidad N–2 embarcó en el vehículo, despegó... podría decirse que literalmente, a juzgar por la expresiones de karin y los dos comandos que viajaban detrás. Los ojos de de Vries estaban completamente abiertos, y las caras de los veteranos de la Tormenta en el Desierto mostraban la típica palidez del miedo, mientras Francois tomaba las curvas a gran velocidad y apretaba el acelerador hasta el piso en los tramos rectos, hasta que el velocímetro llegó a los ciento cincuenta kilómetros por hora.

-¿Qué hace este loco? –preguntó el capitán Dietz–. ¿Es una carrera suicida? Porque en caso afirmativo quiero descender.

-¡No se preocupe! –gritó Drew, meneando la cabeza entre Francois y Jacques, y tratando de hacerme oir a pesar del rugido del motor–. Era conductor de automóviles de carrera antes de pasar al Deuxieme.

-Deberían quitarle el registro –exclamó el teniente Anthony–. ¡Esta loco!

-Es excelente –contestó Latham–. ¡Miren!

-Prefiero cerrar los ojos –murmuró Karin.

El sedan del Deuxième Bureau frenó bruscamente en el estacionamiento de una enorme estructura de ladrillo, la planta de filtro y depuración de la reserva de Beauvais. Mientras la unidad descendía

nerviosamente del automóvil, un contingente de dos pelotones de soldados franceses confluyó sobre el vehículo, apuntando con las armas.

-¡Arrêtez! –grito Jacques Bergeron–. Somos del Deuxieme; y aquí está mi identificación oficial.

Se acercó un agente, examinó el vehículo y la tarjeta de plástico.

Por supuesto, sabíamos que era usted –dijo en francés–, pero no conocemos a sus acompañantes.

-Están conmigo, y es todo lo que ustedes necesitan saber.

-Por supuesto.

-Avise a su comandante, y dígale que entraré con unidad N–Dos.

-Enseguida –dijo el oficial, desprendiendo del cinturón un walkie–talkie y anunciando a los recién llegados–. Adelante, señor, el comandante del sector lo espera. Dice que por favor se de prisa.

-Gracias. Jacques, Latham, Karin y los dos comandos pasaron frente a una hilera de fusiles que vigilaban la entrada de la planta. Adentro los cuatro recién llegados se sobresaltaron ante lo que vieron. Era como las entrañas de un viejo castillo, despojado de adornos, oscuro y oliendo a humedad. Todo era muy viejo; las paredes culminaban en altos techos; en el centro, flanqueada por dos anchas escaleras de piedra, la enorme área abierta se elevaba hasta el punto más alto de la estructura. –Vengan –ordenó en inglés Jacques Bergeron–, el ascensor está al fondo de este corredor, a la derecha. La unidad caminó detrás del francés, mientras el teniente Anthony hablaba.

-Este lugar seguramente fue construido hace más de trescientos años.

-¿Con el ascensor incluido? interrumpió Dietz con una sonrisa.

-Al ascensor lo instalaron mucho después –replicó Bergeron–, pero su colega tiene razón. Esta planta, con sus viaductos toscos pero prácticos, fue construida por la dinastía de Beauvais con el fin de recoger el agua y enviarla a sus campos y jardines. Eso fue a principios del siglo XVI.

El enorme y antiguo ascensor cuadrado era del tipo que aparece en los depósitos o los galpones en que es necesario enviar equipo pesado de un piso a otro. Crujía y gemía mientras se elevaba, con el metal frotándose contra el metal, hasta que llegó al último piso. Jacques abrió el pesado panel vertical con un esfuerzo tan evidente que el capitán Dietz lo ayudó a elevar la hoja metálica. En el acto apareció la figura imponente de un general con el uniforme del ejército francés. Habló rápidamente, con apremio, dirigiéndose al hombre del Deuxieme Bureau. Jacques frunció el entrecejo y Después asintió; murmuró unas pocas palabras en francés y se alejó rápidamente con el soldado.

-¿Que dijeron? –preguntó Drew, volviéndose hacia Karin mientras los cuatro salían del ascensor–. Hablaron demasiado rápido para mí pero entendí algo acerca de las "terribles novedades".

-En esencia, se trata de eso –contestó de Vries, entrecerrando los ojos para protegerlos de la luz muy intensa, mirando a los dos franceses que descendían por el oscuro corredor de ladrillos–. El general dijo que tenía noticias terribles, y que necesitaba hablar a solas con Jacques.

De pronto se oyó un grito desesperado.

Librodot

-¡Mon Dieu, non! ¡Pas vrai! –Siguió el gemido doloroso de un hombre herido que sufría. Como un solo individuo, la unidad N–2 se abalanzó sobre el corredor en sombras.

-¿Qué sucedió? –preguntó Karin en francés.

-Contestaré de modo que nuestro amigo Drew comprenda –dijo Bergeron, que apoyó el cuerpo contra la pared de ladrillos, mientras las lágrimas descendían por sus mejillas–. Claude fue asesinado hace veinte minutos en el estacionamiento subterráneo del Deuxième.

-¡Oh, Dios mío! –gritó de Vries, adelantándose y aferrando el brazo de Jacques.

-¿Cómo pudo suceder? –rugió Latham–. Ese lugar está muy bien vigilado… ¡por los propios miembros del Deuxième Bureau!

-Los nazis –murmuró el agente del Deuxième, y sintió que las palabras mismas lo sofocaban–. Están por doquier. La amplia ventana rectangular daba a la vasta extensión del depósito de Beauvais. Estaban en el enorme complejo de oficinas perteneciente al gerente de la entidad y a su personal, que había sido provisionalmente desplazado por el comandante militar que supervisaba las defensas. De todos modos, el general tenía inteligencia y sensibilidad suficientes para requerir el consejo del gerente civil, y rehusar el uso de su escritorio. Jacques Bergeron había hablado más de quince minutos por teléfono con París, a veces conteniendo la respiración, y otras enjugándose las lágrimas.

El general había desplegado un mapa y una serie de fotografías sobre una enorme mesa frente a la ventana, y con la ayuda de un puntero describía detalladamente sus defensas. Sin embargo, el veterano soldado veía que su público de cuatro personas no le dispersaba toda su atención, y que miraban y escuchaban al hombre del Deuxième Bureau instalado frente al escritorio. Finalmente, Jacques cortó la comunicación, se levantó de la silla y se acercó a la mesa.

-Me temo que el asunto es mucho peor de lo que imaginábamos –dijo con voz neutra, respirando hondo para recuperar el control. Aplicando un criterio macabro, diré que quizá es mejor que Claude muriese en este momento, si así tenía que ser. Pues si hubiese sobrevivido, habría hallado a su amada esposa muerta a tiros en su propio hogar.

-¡Maldición! –gritó Drew, y después su voz se convirtió en un murmullo gutural–. No hay cuartel –dijo–, ¡no hay cuartel para esos hijos de perra! Donde los veamos y los encontremos, los matamos.

-Hay otra cosa, y la considero completamente fuera de lugar, pues Claude Moreau era mi mentor, mi maestro y mi padre en tantas cosas; pero se trata de un hecho concreto. Por orden del presidente de Francia, soy el director provisional del Deuxième, y debo regresar a París.

-Jacques, sé que usted jamás habría deseado recibir esa designación de este modo –dijo Latham–, pero de todos modos felicitaciones. Usted no habría sido elegido si no fuera el mejor. Su mentor lo educó bien.

-No importa. No importa lo que suceda durante las próximas dieciséis horas, renunciaré y encontraré otro empleo.

-¿Por qué? –preguntó Karin–. Usted podría llegar a ser el director permanente. ¿Quizá hay otros candidatos?

-Usted es muy amable, pero yo me conozco. Soy un discípulo, un excelente discípulo, pero no un jefe. Uno tiene que ser sincero consigo mismo.

-Odio lo que sucedió –dijo Latham–, pero debemos regresar al trabajo. Usted se lo debe a Claude, y yo se lo debo a Harry. General comience por el principio –continuó–. Lo hemos ignorado durante unos minutos.

-Debo regresar a París –repitió Bergeron–. No lo deseo, pero ésas son mis órdenes, las órdenes del presidente; y debo obedecerlas. Es necesario obedecer las órdenes.

-Hágalo –dijo amablemente Karin–. Nosotros desarrollaremos nuestros mejores esfuerzos, Jacques.

-Muy bien. Vaya a París, y permanezca en contacto con Londres y Washington –dijo Latham con voz enérgica–. Pero Jacques... manténganos informados.

-Au revoir, mes amis. –El hombre del Deuxième se volvió y salió de la habitación.

-General, ¿dónde estábamos? –preguntó Drew, inclinándose sobre la mesa. Dietz y Anthony estaban uno a cada lado, Karin frente a ellos.

-Éste es el personal armado, lo dispersé en toda el área –comenzó el veterano soldado, señalando el enorme mapa del depósito y los bosques circundantes–. Sobre la base de muchos años de experiencia, incluso la guerra en el sureste asiático, donde la guerrilla enemiga realizaba los mismos intentos de infiltración, no concibo otras defensas adicionales que no hayamos contemplado. Un escuadrón de aviones de caza está en posición de alerta en una base que se encuentra a treinta kilómetros de aquí, y están completamente armados. Tenemos mil doscientos hombres distribuidos en los bosques y los caminos, todas las unidades en contacto permanente una con otra, además de veinte emplazamientos antiaéreos con aparatos para guiar instantáneamente la trayectoria de los proyectiles. Diecisiete brigadas de explosivos estuvieron trabajando sin descanso estudiando las orillas, tratando de hallar explosivos con mecanismos de relojería. Hay también una lancha patrullera con un equipo de análisis químico, que recorre constantemente las áreas próximas a los principales caudales. Ante los primeros signos de toxicidad, se enviarán señales de alarma, y se abrirán las válvulas para obtener el aporte de las fuentes de agua de otros distritos.

-Si fuera necesario –preguntó Drew–, ¿cuánto tiempo necesitaríamos para recibir el agua de las fuentes alternativas?

-De acuerdo con el administrador, que regresará en poco tiempo más, el lapso más prolongado que se conozca fue de cuatro horas y siete minutos a mediados de los años treinta... como consecuencia de una falla en las máquinas. Pero el primer problema importante es la reducción drástica de la presión del agua en todas partes, seguida por el aflujo inicial de grandes cantidades de impurezas de los flujos no aprovechados.

-¿Impurezas? –interrumpió Karin.

-No me refiero a los venenos y las toxinas; más bien al lodo o la tierra, o los residuos de las cañerías. Quizá en la cantidad suficiente para provocar trastornos gástricos, vómitos y diarrea, pero nada fatal. El auténtico peligro

proviene de los caudales subterráneos; el descenso de la presión puede impedir que se los utilice en caso de incendio.

-En tales circunstancias, la posible crisis alcanzará proporciones geométricas –dijo de Vries–. Porque si Rayo en el Agua obtiene siquiera un mínimo de éxito, y aunque nuestras soluciones sean activadas, la presión de todos modos descenderá, y pueden provocarse incendios en todos los rincones de París. Günter Jäger utilizó la frase "fuego y rayos"... fuego. Podría ser importante. Si recuerdo mi historia, la última orden de Hitler a sus comandantes que evacuaban la ciudad fue: "¡Incendien a París!"

-Todo eso es muy cierto, madame, pero yo me pregunto, y le preguntaré de nuevo después que visite nuestras defensas, ¿usted puede creer realmente en el éxito de esta Operación?

-No quiero creerlo, general.

-¿Qué sabemos de Londres y Washington? –preguntó Latham–. Moreau... Moreau me dijo que usted estaba en contacto con las dos ciudades.

-¿Ve a ese hombre calvo sentado frente al escritorio, con el teléfono rojo? –El veterano soldado señaló con la mano a un mayor del ejército instalado en el extremo opuesto de la habitación, con un teléfono rojo junto al oído. –No solo es mi ayudante de mayor confianza, sino mi hijo. La calvicie le viene por el lado de la madre, pobrecito.

-¿Su hijo?

-Sí, monsieur Latham –replicó el general, sonriendo–. Cuando los socialistas se instalaron en el Quai d'Orsay, muchos oficiales de las fuerzas armadas practicamos el nepotismo con fines defensivos, hasta que descubrimos que no eran tan malos.

-Una actitud muy francesa –dijo Karin.

-También eso es cierto, madame. La famille est éternelle. Sin embargo, mi hijo calvo es un oficial muy distinguido, por lo cual debo agradecer a mi rama de la familia... somos gente muy sagaz. Ahora mismo está hablando por teléfono con Londres o con Washington. Las líneas están siempre abiertas; un simple botón cambia la capital. –El mayor depósito el teléfono sobre la horquilla, y el general gritó: –Mayor ayudante, ¿hay alguna novedad?

-No, mi general –contestó el mayor de expresión severa, volviéndose para responder a su padre–. Y apreciaría que usted no insista en formular a cada momento la misma pregunta. Le informaré cuando haya algo inesperado, o se proponga un cambio de táctica.

-También es descarado –dijo en voz baja el general–. También eso es influencia de su madre.

-Mi nombre es Latham –dijo Drew, interrumpiéndolo.

-Sé quién es usted. Mi nombre es Gastón. –El mayor se puso de pie y estrechó la mano de cada miembro de la unidad N–2. Hubo un intercambio general de saludos, como si el mando hubiese pasado del padre al hijo. –Debo decirles que el general ha desplegado defensas extraordinarias, como sólo puede hacerlo un hombre que tiene su experiencia en las maniobras de ataque e infiltración; y todos nos sentimos agradecidos. Él ya ha vivido este tipo de campaña, y nosotros no; por lo menos, yo no realicé la misma

Librodot

experiencia, pero como la tecnología ha cambiado, también las reglas varían. Londres y Washington han reforzado sus fortificaciones, lo mismo que nosotros, utilizando la última palabra de la electrónica.

-¿Por ejemplo? –preguntó Drew.

-Sensores infrarrojos en los bosques, así como redes de hilo de plástico tendidas a lo largo de los caminos; cuando alguien los penetra o activan nubes de vapor, inmovilizando a todos los que están cerca. Por supuesto, nuestros hombres tienen máscaras. Además, señales de, radar y de radio que se proyectan sobre los árboles en todas direcciones, que pueden interceptar misiles que están incluso a doscientos kilómetros de distancia; son armas que disparan sus propios contramisiles orientados mediante las ondas térmicas...

-Como en el caso de los Patricios en la Tormenta del Desierto –lo interrumpió el capitán Dietz.

-Cuando funcionaban –dijo el teniente, con voz apenas audible.

-Exactamente –convino el mayor, que en su entusiasmo no escuchó la frase de su subordinado.

-¿Qué puede decir del propio depósito? –preguntó Karin.

-¿A qué se refiere, madame? Anticipándome a una de sus preguntas posibles, si hay veintenas de enormes tambores repletos de toxinas y unidos a explosivos preparados para volar los recipientes, nuestros nadadores no lo descubrieron. Le aseguro que han buscado incansablemente, y en vista de la enorme masa de metal que sería necesaria, el sonar submarino tampoco encontró nada. Por último, incluso en tiempos normales, el depósito está constantemente sometido a observación, los perímetros protegidos, de modo que conocemos al instante una posible infiltración. ¿Como podrían conocerlo?

-Es evidente que no podrán, pero por mi parte sólo trato de pensar en todo. Y no dudo de que ustedes ya recorrieron el mismo camino.

-Eso no es necesariamente así –discrepó el veterano general ustedes son expertos en inteligencia y conocen al enemigo; estuvieron luchando contra él. Cierta vez –eso fue antes de Dien Bien Phu– un espía cuya cobertura era su función como contador, un cargo que en efecto desempeñaba en Lyon, me dijo que las fuerzas contrarias al gobierno tenían poder de fuego mucho más elevado que todo lo que París admitía. París se burló, y perdimos un país.

-No veo la relación entre las dos cosas –dijo Karin.

-Tal vez no haya ninguna. Pero también es posible que ustedes hayan visto algo que nosotros omitimos.

-Eso es lo que me dijo Moreau –intervino Drew.

-Lo sé. Hemos hablado. De modo que suban a un camión y todos realicen una inspección personal. Analicen nuestras posiciones, examinen todo lo que hicimos, y encuentren fallas, en el supuesto de que existan.

La "gira" a través de los bosques y los campos, así como los caminos adyacentes, fue no sólo agotadora en el camión sin techo que parecía atraído por todas las zanjas y las depresiones menores, sino que insumió más de tres horas. Todos redactaron notas, en esencia afirmativas; sólo los dos

Librodot

comandos formularon opiniones negativas, y se refirieron a la posibilidad de una incursión subrepticia entre los arbustos.

-Yo, podría enviar a cincuenta hombres que se arrastren sobre el vientre a través de un sector de este follaje, se apoderasen de los soldados y se pusieran los uniformes –exclamó el capitán Dietz–. ¡Esto es un absurdo!

-Y una vez que se pongan los uniformes –agregó el teniente Antonhy–, pueden continuar actuando y crear una larga y ancha vía de acceso.

-Los caminos están protegidos por hilos de plástico, y activan las alarmas.

-General, se las desactiva con rociadores de nitrógeno frío –dijo Dietz–. Bloquean los impulsos eléctricos.

-Caramba...

-Miremos de frente el asunto, amigos –dijo Latham cuando regresaron al depósito de agua–, las teorías que ustedes formulan pueden ser valiosas, pero están pensando en muy pequeña escala. No habría cincuenta hombres; tendrían que ser quinientos para alcanzar cierto grado de eficacia. ¿Entienden a qué me refiero?

-Señor Latham, el general pidió críticas –replicó el capitán Dietz–, no soluciones.

-Examinemos las fotografías –dijo Drew acercándose a la mesa y advirtiendo que se las había distribuido en hileras, respondiendo a un orden más o menos exacto.

-Las he distribuido de arriba abajo por referencia a dos extremos, la mayor y la menor distancia respecto del depósito –explicó el hijo del general. Todas fueron tomadas mediante cámaras infrarrojas instaladas a alturas relativamente bajas, de acuerdo con un radar aéreo, y allí donde había imágenes sospechosas, se las repitió con frecuencia, a lo sumo a pocos centenares de pies sobre los objetivos.

-¿Qué es esto? –preguntó Dietz, señalando varios círculos oscuros. –Silos agrícolas –replicó el mayor–. Para asegurarnos, los hicimos examinar por la policía local.

-¿Y esos? –preguntó Karin, y su dedo índice apuntó a una serie de tres fotografías que mostraban imágenes rectangulares, largas y oscuras, con tenues luces a un costado–. Se parecen peligrosamente a plataformas de misiles.

-Estaciones ferroviarias. Ustedes están viendo las lámparas encendidas bajo los aleros, cerca de las vías –contestó Gastón.

-¿Y éstos? –Latham utilizó el puntero y señaló una fotografía que mostraba los perfiles de dos grandes aviones en lo que parecía ser un campo, junto al campino privado que comunicaba con un aeródromo privado.

-Aviones comprados por Arabia Saudita, esperando que se los transporte a Riad. Verificamos con el Ministerio de Exportación, y comprobamos que todo estaba bien.

-¿Compraron máquinas francesas, no norteamericanas? –preguntó Gerald Anthony.

-Muchos lo hacen, teniente. Nuestra industria aeronáutica es soberbia. Afírmase que los Mirage se cuentan entre los mejores aviones de caza del mundo. Asimismo, se ahorran millones de francos porque se los traslada de Beauvais, y no, por ejemplo, desde Seattle, en Washington.

-Reconozco eso, mayor.

Y así pasó el resto de la mañana, y cada fotografía fue examinada con lupas, se formularon muchas preguntas y obtuvieron la correspondiente respuesta. Todo eso no llevaba a ninguna parte.

-¿De qué se trata? –exclamó Latham–. ¿Qué es lo que ellos saben y nosotros ignoramos?

En el salón restringido y penumbroso instalado en las entrañas de la inteligencia británica, los analistas y criptógrafos más experimentados del MI–5, MI–6 y el Servicio Secreto de Su Majestad, examinaban las cajas de material retiradas de la casa de Gunter Jager a orillas del Rin. De pronto se oyó una voz firme y controlada que se elevó sobre el zumbido de las máquinas próximas.

-Tengo algo –dijo una mujer que estaba frente a una de las computadoras distribuidas de un extremo al otro de la enorme sala–. No sé qué significa, pero estaba sepultado en lo más profundo del código.

-Explíquese, por favor. –El director del MI–6 a cargo del grupo llegó corriendo, acompañado por el silencioso Witkowski.

-"Dédalo volará, nada puede impedirlo". Estas son las palabras descifradas.

-¿Qué demonios significan?

-Algo acerca del cielo. En la mitología griega, Dédalo escapó de Creta con alas emplumadas unidas a los brazos con cera, pero su hijo Ícaro voló demasiado alto y el sol fundió la cera, de modo que Ícaro cayó al mar y murió.

-¿Y qué demonios tiene que ver eso con Rayo en el Agua?

-Francamente, no lo sé, pero hay tres categorías de códigos: A,B y C. C es la más compleja.

-Si, conozco eso, señora Graham.

-Bien, esto pertenecía a la categoría C, equivalente a nuestra clasificación de "muy secreto", lo cual significa que es el cifrado más restringido. Otros miembros del movimiento neo podían interceptarlo, pero es muy dudoso que lograran descifrar el contenido. El mensaje estaba destinado a muy pocos ojos.

-¿Tiene idea del lugar de origen? –preguntó el coronel norteamericano. ¿Hay una fecha, una hora?

-Felizmente, puedo contestar afirmativamente a las dos preguntas. Fue un fax originado aquí, en Londres, y se lo despachó hace cuarenta y dos horas.

-¡Magnífico! ¿Puede rastrearlo?

-Ya lo hice. Es uno de los miembros de su personal. El MI–6, División Europea, sección alemana.

Librodot

-¡Mierda! Disculpe, muchacha. Hay más de sesenta oficiales en esa sección... ¡un momento! Cada individuo tiene que incorporar un marcador de dos dígitos, la máquina no transmite sin él. Tiene que estar allí.

-Está, señor. Es el oficial Meyer Gold, jefe de la sección.

-¿Meyer? ¡Imposible! En primer lugar, es judío, y perdió a sus cuatro abuelos en un campo. Solicitó la sección alemana precisamente por ese motivo.

-Señor, quizá en realidad no es judío.

-Entonces, ¿por qué todos asistimos al bar mitzvach de su hijo, el año pasado?

-Entonces, la única explicación que resta es que otra persona utilizó su señal de identificación.

-El manual aclara bien que cada individuo mantiene cuidadosamente oculta su propia marca.

-Me temo que no puedo ayudarlo más –dijo la señora Graham, una mujer de mirada luminosa y cabellos grises, mientras retornaba a su pila de materiales.

-Quizá pueda hacer algo... y quizá no –dijo otro analista que estaba varios lugares más lejos, un hombre de raza negra nativo de Indias Occidentales, y erudito educado en las Bahamas.

-¿De qué se trata, Vernal? –preguntó el director del MI–6, acercándose de prisa a la mesa del oficial.

-Otra entrada que se caracteriza por el código C. Aparece el nombre Dédalo, sólo que no hay marcador, no hay indicación de que su origen sea Londres, y fue enviado hace unas treinta y siete horas desde Washington.

-¿Qué dice la comunicación?

-"Dédalo está en posición, comenzó la cuenta regresiva". Y concluye así... lo digo en alemán: "Ein Volk, ein Reich, ein Furher Jager". ¿Qué le parece?

-¿Rastreó el origen del fax? –preguntó Witkowski.

-Por supuesto. El Departamento de Estado norteamericano, la oficina de Jacob Weinstein, subsecretario de asuntos del Medio Oriente. Es un negociador muy respetado.

-Santo Dios, están utilizando como cobertura a un personal judío muy respetado.

-Eso no debería sorprendernos –comentó el nativo de Bahamas–. Lo único que podría superarlo sería que nos utilizaran a los negros.

-Es cierto –convino el norteamericano–. Pero el color no se transmite por fax.

-Los nombres sí, señor, y el hecho de que Dédalo aparece dos veces en dos mensajes cifrados muy secretos con nueve horas de diferencia, tiene que significar algo.

-Ya nos lo dijeron. La cuenta regresiva comenzó, y tienen mucha confianza en el éxito de la operación, lo cual no me agrada en absoluto. –El oficial del MI–6 caminó hasta el centro de la amplia sala, y batió palmas. –¡Escuchen, todos! –exclamó–. Por favor, escuchen. –La habitación se sumió

en el silencio, excepto el suave zumbido de las computadoras. –Parece que hemos descubierto una información importante relacionada con esa maldita operación. Es el nombre Dédalo. ¿Alguno de ustedes lo ha visto?

-Sí, hay algo –replicó un hombre de edad madura, un individuo delgado con perilla y provisto de lentes con montura de alambre, el aspecto muy profesional–. Hace más o menos una hora. Supuse que era el nombre en código de un agente o varios agentes nazis. Sin duda, eran Sonnenkinder, y no vi que hubiese relación con la operación Rayo en el Agua. Vean, Dédalo fue el constructor del gran laberinto de Creta, y como todos sabemos, la palabra laberíntico implica un pensamiento retorcido, vías de acceso ocultas, ese tipo de cosas...

-Sí, sí, doctor Upjohn –interrumpió el impaciente director del MI–6, pero en este caso puede referirse al vuelo mitológico que emprendió con su hijo.

-¿Con Ícaro? No, lo dudo. De acuerdo con lo que dice la leyenda, Ícaro era un individuo caprichoso y poco inteligente. Lo siento, amigo, pero mi interpretación es mucho más válida desde el punto de vista académico. ¿Dónde demonios encaja el tema de Rayo en el Agua? Simplemente no tiene nada que ver, ¿no le parece?

-Por favor, profesor, muéstreme ese maldito texto, ¿quiere?

-Muy bien –dijo el académico, y su voz estaba cargada de superioridad–. Está por aquí, en la pila de los mensajes desechados. Creo que era una fotocopia. Sí, aquí está.

-Por favor, léala. Desde el principio.

-El lugar de origen fue París, y la enviaron ayer a las 11:17 horas. El mensaje dice así: "¡Señores, Dédalo se encuentra en excelente condición, preparado para atacar en nombre de nuestro glorioso futuro!" Sin duda, la persona o las personas que enviaron este mensaje son fanáticos extraviados que cumplen funciones relacionadas con esta operación de Rayo en el Agua. Muy posiblemente asesinos.

-O también pueden ser otra cosa –dijo la señora Graham, la mujer de los cabellos grises.

-¿Por ejemplo, querida señora? –preguntó el profesor Upjhon, con aire superior.

-Acábela, Hubert, ahora no está en un aula de Cambridge –rezongó la mujer–. Todos estamos buscando.

-Sin duda, usted tiene una idea –dijo Witkowski con sinceridad–. ¿Cuál es?

-A decir verdad, no lo sé, simplemente me llama la atención que el plural francés dice "señores", no "señor"; no uno sino más de uno. Es la primera vez que la operación –si se trata de eso– ha sido descrita de ese modo.

-Los franceses son siempre muy exactos –dijo agriamente el doctor Hubert Upjohn–. Engañan con tanta frecuencia, que lo llevan en su propia naturaleza.

Caramba –dijo la señora Graham–, todos hemos tenido nuestra ración de mentiras. Le recuerdo las batallas de Plassy, así como el matrimonio de Enrique II con Eleanor de Aquitania.

Librodot

-¿Podríamos suspender este coloquio que nos confunde a todos? –dijo el director del MI–6 volviéndose hacia un ayudante–. Recoja los materiales, llame a Beauvais y a Washington y comuníqueles el contenido de todos estos fax. Alguien tiene que aclarar lo que pasa.

-Si, señor.

-De prisa –agregó el coronel norteamericano.

En el depósito Dalecarlia de Georgetown, los analistas de la CIA, el G–2 y la Agencia Nacional de Seguridad estudiaron los fax originados en Londres. Un subdirector de la CIAa elevó las manos al cielo.

-¡No hay nada para lo cual no estemos preparados! No me importa en absoluto que nos ataquen desde todos los ángulos del cuadrante, los volaremos en pedazos. Lo mismo que Londres y París, hemos cubierto todo el terreno, y nuestros cohetes orientados por ondas térmicas liquidarán los misiles que lleguen por aire. ¿Qué demonios queda?

-Entonces, ¿por qué se muestran tan confiados? –preguntó un teniente coronel del G–2.

-Porque son fanáticos –contestó un jóven intelectual de la Agencia Nacional de Seguridad–. Seguramente creen lo que se les enseñó a creer, lo que les inculcaron. Es lo que se llama el Imperativo de Nietzche.

-¡Se lo llama basura! –dijo el brigadier general a cargo de Dalecarlia–. ¿Esos canallas viven en el mundo real?

-A decir verdad, no –replicó el analista de la Agencia Nacional de Seguridad–. Tienen su propio mundo, sus parámetros son los del compromiso total, y otras cosas no les importan ni pueden interferir.

-¡Usted está diciendo que son locos!

-Son locos, general, pero no locos estúpidos. Coincido con ese hombre de Operaciones Consulares que está en Beauvais. Los neos creen haber encontrado un camino, y no puedo desechar la posibilidad de que lo hayan logrado.

Beauvais, Francia. Tres horas para la hora cero. Exactamente la una y media de la madrugada. Todos los ojos se volvían constantemente hacia los relojes de pared y personales, y la tensión crecía a medida que pasaban los minutos y se aproximaban las cuatro y media.

-Volvamos a las fotografías, ¿quieren? –dijo Latham.

-Las hemos repasado mil veces –replicó Karin–. Drew, todas las preguntas que formulamos tuvieron respuesta. ¿Qué más quieres encontrar allí?

-No sé, solamente quiero verlas otra vez.

-¿Qué fotos, monsieur? –preguntó el mayor.

-Bien... por ejemplo, esos silos. Usted dijo que la policía local los investigó. ¿Eran policías veteranos? Los silos pueden estar cargados de avena o heno, y tal vez debajo haya cosas completamente distintas.

-Se les dijo lo que había que buscar y uno de mis oficiales los acompañó –dijo en general–. Se procedió a estudiar todo lo que estaba a nivel del suelo.

-Cuanto más pienso en los misiles, más plausibles me parecen.

-Hemos alcanzado el máximo nivel posible de preparación –dijo el hijo del general–. Como ya le dije, hay unidades móviles con lanzacohetes están distribuidas alrededor del depósito.

-Entonces, regresemos a los mensajes provenientes de Londres. Por Dios, ¿quién es este señor Dédalo?

-Puedo explicárselo de nuevo –propuso con fatigada paciencia el teniente Anthony–. Vez, de acuerdo con el mito, Dédalo, que era artista y arquitecto, estudió los pájaros de Creta... la mayoría gaviotas marinas, según creo, e imaginó que si un hombre podía agregar plumas a sus propios brazos, como éstas tenían una densidad parecida a la de aire, y en movimiento son tan livianas como el aire...

-Por favor, Gerry, si escucho otra vez eso, terminaré odiando a los pájaros por el resto de mi vida.

-Pero siempre volvemos al aire, ¿no es verdad? –dijo de Vries–. Misiles, cohetes, lo que hizo Dédalo.

-Hablando del aire –interrumpió el mayor calvo con cierto acento de irritación–, un misil, un cohete o un avión no pueden penetrar en nuestro espacio aéreo sin que lo detectemos con mucha anticipación y lo derribemos, mediante fuego antiaéreo o con nuestros propios misiles. Y como todos sabemos, para alcanzar el objetivo de Rayo en el Agua, es necesario contar con varias cargas aéreas muy considerables, o con docenas de otras pequeñas, que provengan de los campos cercanos para contar con el factor sorpresa.

-¿Controlaron los aeropuertos de París? –insistió Latham.

-¿Por qué cree que todos los aviones de las líneas aéreas están retrasados?

-No sabía que sucedía tal cosa.

-Así es, y la situación provoca mucho enojo en los pasajeros. Sucede lo mismo en Heathrow y Gatwick, de Inglaterra, y en Dulles y el Nacional de Washington. No podemos explicar la causa sin correr el riesgo de que haya disturbios o cosas peores, pero se inspeccionan todos los aviones antes de permitirles que salgan a la pista.

-No lo sabía. Discúlpeme. Pero entonces, ¿por qué los neos están tan seguros de que resolvieron el problema?

-Monsieur, eso está fuera de mi alcance.

Londres. Dos horas y ocho minutos para la hora cero. Era 1:22 horas de la madrugada, Hora Media de Greenwich, y el director del MI–6 en Vauxhall Cross hablaba por teléfono con Washington.

-¿Allí hay novedades?

-En lo más mínimo –contestó una irritada voz norteamericana–. ¡Comienzo a pensar que toda esta operación es un montón de basura! Alguien se está riendo de nosotros en Alemania.

-Me inclino a coincidir con usted, amigo, pero usted vio esa grabación y los materiales que le enviamos. Yo diría que son muy convincentes.

-Y yo diría que son una pandilla de paranoicos, que están ejecutando una suerte de Ocaso de los dioses, la versión que Wagner no quiso ofrecer.

-Ya lo veremos en poco tiempo, mi estimado yanqui. Manténgase alerta.

Librodot

-Lo que tengo que hacer es evitar que se me cierren los ojos a causa del sueño.

Washington, D.C. Cuarenta y dos minutos para la hora cero. Eran las 21:48 horas, estaba nublado y la lluvia era inminente; el brigadier general a cargo de los depósitos de Dalecarlia se paseaba de un extremo al otro de su despacho.

-Londres no sabe nada. París tampoco, y nosotros esperamos sin el más mínimo resultado, y nos preguntamos si hemos sido víctimas de un engaño. Es una broma de pésimo gusto que está costando millones de dólares a los contribuyentes, ¡y finalmente nos atribuirán la culpa! Dios mío, detesto este empleo. ¡Si no es demasiado tarde, volveré a la universidad y estudiaré odontología!

Doce minutos para la hora cero. Eran las 4:18 horas en París, las 3:18 horas en Londres, las 10:18 horas en Washington, D.C. A varios kilómetros de distancia de los depósitos de agua de las tres ciudades, y sincronizando al minuto, seis poderosos jets se elevaron en el aire, e instantáneamente se apartaron de sus blancos.

-¡Activités inconnues! –dijo el especialista de radio en Beauvais.

-¡Unidentified aircraft! –dijo el especialista en Londres.

-¡Two blips, unknown! –dijo el especialista en Washington–. No están coordinados con las comunicaciones de Dulles o del Nacional.

Y después, a pesar de que estaban separados por pequeñas y grandes distancias, cada operador habló pocos segundos más tarde.

-Superflu –corrigió París.

-False alarm –corrigió Londres.

-Forget it –corrigió Washington–. Enfilaron en dirección contraria. Probablemente jovencitos ricos con sus jets privados, individuos que olvidaron los planes de vuelo. Ojalá estén sobrios.

Seis minutos para la hora cero. En el cielo oscuro de las afueras de Beauvais, Georgetown y el norte de Londres, los jets continuaron sus maniobras, apartándose de los tres blancos, elevándose con increíbles aceleraciones, cada milisegundo registrado por las computadoras. Las pautas de vuelo precomputadas fueron activadas instantáneamente. Los jets se volvieron, los motores reducidos al mínimo, y con la misma rapidez con que se habían elevado descendieron, ingresando en corredores aéreos elegidos porque allí las poblaciones eran mínimas, y de ese modo podían enfilar hacia los aerodromos donde soltarían los cables de la cola, equipados con ganchos, para conectar con los pesados cables de acero que arrastrarían y elevarían en el aire a los grandes Messerschmitt ME 323.

Cada piloto estaba dispuesto a impartir una última orden cuando la desaceleración fuese total. La comunicaría en determinada frecuencia radial a cada planeador, y su señal sería una luz roja en su panel computarizado. Llegaría en un minuto y siete segundos, con pequeñas variaciones, a causa de la velocidad en el aire y los vientos de proa o de cola. Ahora, todo estaba determinado por la distancia.

Benuvais. Cuatro minutos para la hora cero. Drew miró a través de la enorme ventana desde la cual podía dominarse el depósito de agua, mientras Karin estaba sentada frente al escritorio y el mayor hablaba por un segundo

Librodot

teléfono rojo, ambos conectados con Londres y Washington. Los dos comandos estaban junto al general, detrás del especialista en radar y su pantalla.

De pronto, Latham se apartó de la ventana y habló en voz alta.

-Teniente, ¿qué dijo acerca de las alas de Dédalo?

-Las fabricó con plumas...

-Sí, ya lo sé, pero después mencionó algo acerca de las plumas. ¿Qué fue?

-Solamente dije que eran plumas, señor. Algunas personas –la mayoría poetas– comparan su densidad con el aire, explican cómo flotan en el viento, su desplazamiento en el aire, y afirman que en ese sentido poseen una estructura ideal, precisamente es la razón por la cual aparecen en los pájaros.

-Y los pájaros descienden en silencio, y de ese modo las aves rapaces dominan a su presa.

-¿De qué estás hablando, Drew? –preguntó de Vries, el teléfono rojo pegado al oído, lo mismo que hacía el mayor con su aparato. El militar francés miró al hombre de Operaciones Consulares.

-¡Esos artefactos planean, Karin, planean!

-¿Y qué hay con eso, monsieur?

-¡Maldición, los planeadores! ¡Puede ser ése el recurso distinto! ¡Están usando planeadores!

-Tendrían que ser muy grandes –dijo el general–, o utilizar docenas, quizá más, muchos más.

-Monsieur, el radar los habría descubierto –agregó el mayor–. Sobre todo el radar montado en un avión.

-¡Están en las fotografías! Esos dos aviones destinados a Arabia Saudita... ¿cuántas veces se han manipulado los certificados de usuario final? Pero los misiles guiados por el calor no podrían identificar a los planeadores. ¡No tienen motores, y por lo tanto no producen calor! Probablemente también tienen muy escaso metal.

-¡Dios mío! –exclamó el general, los ojos grandes e intensos, como si de pronto hubiese recuperado la memoria–. ¡Planeadores! Los alemanes eran los expertos, la autoridad definitiva en la materia. A principios de los años cuarenta crearon los prototipos de todos los planeadores de carga existentes en el mundo, mucho más avanzados que los modelos británicos o norteamericanos. A decir verdad, todos robamos sus diseños. Las fábricas Messerschmitt produjeron el Gigant, un pájaro enorme e infernal que podía flotar silencioso sobre las fronteras y los campos de batalla, descargando su mortífera mercancía.

-¿Es posible que hayan quedado algunos? –preguntó el mayor.

-¿Por qué no? Todos, amigos y enemigos, hemos conservado nuestras flotas navales y aéreas.

-Y después de tantos años, ¿sería posible devolverles su carácter operativo? –preguntó Karin.

-Aunque se trate del enemigo –dijo el veterano soldado– reconozco que las compañías Messerschmitt producían materiales muy duraderos. Sin

Librodot

duda, sería necesario reernplazar o actualizar algunas piezas, pero, ¿por qué no?

-De todos modos, aparecerían en la pantalla –insistió el especialista en radar.

-Pero, ¿con qué intensidad? ¿Qué imagen determinaría en su pantalla un objeto volador que tiene poco metal, que carece de motores, con los parantes de bambú, quizá, lo que en el Lejano Oriente utilizan para levantar patíbulos... aseguran que es más fuerte y más seguro que el acero.

-Mi inglés es bueno, señor, pero usted habla con tanta rapidez...

-Que alguien le explique lo que acabo de decir.

El mayor se encargó de eso, y el especialista en radar replicó, sin apartar los ojos de la pantalla: –La imagen sería menos nítida que la de un avión convencional, eso es cierto.

-Por otra parte, incluso las nubes pueden producir una imagen, ¿no es verdad?

-Sí, pero uno puede percibir la diferencia.

-Y la gente que maneja lanchas lleva a bordo reflectores de radar, para el caso de que se vean en dificultades y quieran que el radar los encuentre.

-También eso es normal.

-De modo que el radar es en esencia cuestión de interpretación, ¿verdad?

-Lo mismo que las radiografías médicas. Un médico verá una cosa, y otro una cosa diferente. Y después están los expertos, y con el radar yo soy uno de ellos.

-Magnífico. ¿Sería posible que usted se desorientara?

-¿Cómo? Usted me insulta, si se me permite decirlo.

-Se le permite, y sinceramente mi intención no fue insultarlo.

-¡Un momento! –dijo Karin, buscando febrilmente en sus bolsillos y finalmente extrayendo un pedazo de papel–. Esto pertenecía a una caja que encontramos, según creo, en la sala de estar de Jäger. Conservé este pedazo porque no lo entendía; habían anotado sólo una sentencia parcial. Tiene únicamente dos palabras en alemán. "Aeronave terminada arrancaron el resto.

-Santo Dios –murmuró Gerald Anthony, hundiendo la mano en el bolsillo de la chaqueta militar francesa y extrayendo un pedazo de papel arrugado–. Yo hice lo mismo. Encontré esto en la capilla de Jäger, al pie de un altar que no debía estar allí. Desde entonces, estuve mirándolo de tanto en tanto, tratando de adivinar la escritura. Lo conseguí, y concuerda con la información de la señora de Vries. Éstas son las palabras: "Aus Stof und Holz", es decir, "de lienzo y madera".

-Aeronave fabricada con lienzo y madera –dijo de Vries.

-Planeadores –agregó tranquilamente Latham–. Planeadores.

-¡Un momento! –exclamó el especialista en radar, interrumpiendo la conversación–. ¡El avión acaba de reingresar en nuestro espacio! ¡Están a unos cuarenta kilómetros del agua!

-Prepárense para activar los misiles! –gritó el hijo del general hablando por un tercer teléfono.

Londres, Tres minutos y diez segundos para la hora cero.

-¡Avión no identificado reaparece en la pantalla! ¡Dirección, Código Intolerable!

Washington, D.C. Dos minutos cuarenta y nueve segundos para la hora cero.

-¡Hijo de perra! ¡Los desconocidos han regresado y vienen hacia aquí!

Beauvais. Dos minutos veintiocho segundos para la hora cero.

-¡Aviones militares en todas partes! ¡Comuníquenlo a Washington y Londres!

-Pero los misiles –exclamó el hijo del general.

-¡Hay que detonarlos!

-En ese caso, ¿por qué los aviones de caza?

-¡Por si los misiles fallan! Informe a Londres y Washington. ¡Hágalo!

-Ya está.

En los cielos oscuros sobre Beauvais, Londres y Washington los jets neonazis computadorizados descendieron veloces hacia sus respectivos campos, los ganchos de la cola liberados para realizar la aproximación final.

-¡Disparen los cohetes!

-¡Disparen los cohetes!

-¡Disparen los cohetes!

Debajo, en tres sectores distintos en que se había cortado el pasto, hubo explosiones instantáneas de fuego balístico bajo las alas de los seis planeadores de carga Messerschmitt. Cada uno alcanzó un impulso preestablecido de seiscientos cincuenta kilómetros por hora mientras los jets pasaban sobre ellos, y los ganchos aferraban los cables, y los enormes planeadores instantáneamente igualaban la aceleración de las máquinas que estaban elevándose. En pocos segundos todos estaban en el aire, y apenas a unos treinta o cuarenta metros los cohetes fueron liberados apuntando a los campos. Sin estorbos, los planeadores de Londres, Beauvais y Georgetown fueron llevados a la altura prescrita y computadorizada de novecientos metros. Soltaron los cables, los planeadores liberados comenzaron a describir círculos en su descenso hacia los blancos.

De pronto, a mayores alturas, los cielos se iluminaron como surcados por los rayos de una tormenta, y los jets se despedazaron en el aire, cada uno estallando en resplandores erráticos e irregulares. Pero abajo, el piloto de cada planeador, con la ayuda de sus propias computadoras, conocía muy bien su propia misión. ¡Ein Volk, ein Reich, ein Fuhrer!

Beauivais. Hora cero.

-¡Los tenemos! –gritó el general cuando las manchas blancas aparecieron en la pantalla del radar. –¡Los hemos destruido por completo! ¡Hemos derrotado a Rayo en el Agua!

-¡Londres y Washington coinciden! –gritó el mayor. –Los resultados son los mismos. ¡Hemos vencido!

Librodot

-¡No, no vencieron! –rugió Drew. –¡Observen el radar! Esas explosiones aparecieron muchos metros por encima del punto inicial de entrada. ¡Miren eso! Digan a Londres y a Washington que hagan lo mismo... Ahora, observen más abajo, las imágenes mucho menos visibles como estructuras desnudas. Miren. ¡Son los planeadores!

-¡Dios mío! –dijo el capitán Dietz.

-¡Caramba! –exclamó el teniente Anthony.

-¿Qué cálculo asigna a la altura? –preguntó Latham al especialista en radar.

-Puedo hacer algo más que calcular, amiguito. Estas "imágenes" están entre seiscientos y novecientos metros. Giran describiendo círculos lentos y anchos, que cubren de cien a ciento treinta metros...

-¿Por qué hacen eso?

-Cabe suponer que para tener más exactitud.

-¿Y qué le parece si ahora reaccionamos? ¿Puede indicarnos una cifra aproximada?

-Los vientos cambian, de modo que yo formularé una estimación. Entre cuatro y seis minutos.

-Por referencia al jet, equivale a un período de cuatro a seis horas. ¡Mayor, avise a Londres y a Washington, y dígales que ordenen a sus aviones de caza que describan círculos en el perímetro de los depósitos, a partir de los quinientos metros! Nosotros también. ¡Ahora mismo!

-Si están allí, los destruiremos –afirmó el hijo del general, apoderándose de su teléfono rojo.

-¿Usted está loco? –gritó Latham. –Esos planeadores están cargados con veneno, probablemente líquido, y las envolturas se autodestruirán ínstantáneamente cuando toquen el agua o el suelo. Maniobre a los cazas de modo que los jets que suministran la propulsión desvíen de su curso a los planeadores, con el fin de que estos lleguen a áreas despobladas, campos o bosques, pero por Dios, no donde haya gente.

¡Que Washington y Londres hagan lo mismo!

-Sí, por supuesto. Tengo las dos ciudades en una línea combinada.

Los pocos minutos siguientes fueron como esperar una matanza en gran escala, cuando todos los presentes eran parte de la población amenazada. Todos los ojos estaban en la pantalla del radar, cuando de pronto las imágenes se desviaron en diferentes direcciones, violentamente hacia la izquierda y hacia la derecha, fuera de la zona del blanco, el depósito de Beauvais.

-Verifique Londres –dijo Drew–, verifique Washington.

-Ahora están en la línea –replicó el mayor. –Están realizando exactamente la misma experiencia que ya hicimos nosotros. Los planeadores ya fueron apartados de la reserva de agua, y ahora se los obliga a aterrizar en zonas alejadas.

-Todo estaba calculado para que se desarrollase en el espacio de minutos, ¿no es así? –dijo sin aliento Latham el rostro pálido. –Bendita sea la alta tecnología, que permite cocer mediante microondas un emparedado

Librodot

de carne, y funde un envase de plástico. Ahora, quizás, hemos vencido; pero sólo una batalla, no la guerra.

-Tú has vencido, Drew. –Karin de Vries caminó hacia él y apoyó las manos sobre los hombros de Drew. –Harry se habría sentido tan orgulloso de ti.

-Aún no hemos terminado, Karin. Harry fue muerto desde adentro, y lo mismo sucedió con Moreau. Ambos fueron traicionados. Lo mismo sucedió conmigo, pero yo tuve suerte. Alguien tiene un telescopio que le permite examinar el corazón de nuestras operaciones. Y ese individuo sabe más acerca del movimiento nazi y la herencia de un general loco en el valle del Loire que todos los demás reunidos... Y lo extraño del caso es que de pronto creo que sé cuál es su identidad. Beauvais. Hora cero más veinte minutos. El hijo del general consiguió un vehículo militar para llevar a Latham, a Karin y a los dos comandos de regreso a París. Y como algunas cosas insignificantes continuaban sucediendo en medio de los cataclismos, comprobaron que el equipaje había llegado allí, enviado por el Hotel Königshof de Bonn. En la parte trasera de una camioneta llegaron a la Ciudad de las Luces, un lugar que hasta unos veinte minutos antes habría podido convertirse en la imagen misma de una ciudad dominada por el pánico.

-Nos alojaremos en el mismo hotel –dijo Drew, mientras se despedían de los colegas franceses en el depósito de agua de Beauvais, y echaba a andar en dirección a la puerta y el viejo ascensor. –Y ustedes dos –continuó, dirigiéndose al capitán Dietz y al teniente Anthony, pueden dedicarse a promover la destrucción de París, con todos los gastos pagos.

-¿Con qué? –preguntó el capitán. –No creo que entre los dos tengamos doscientos francos; y las tarjetas de crédito, así como los restántes medios de identificación, están en Bruselas.

-En unas cuatro horas, el agradecido gobierno de Francia les suministrará efectivo, unos cincuenta mil francos por cabeza. ¿Les parece que es una suma inicial suficiente? Por supuesto, después recibirán más.

-Usted está loco –dijo Anthony.

-No, nada de eso. Estoy chiflado, chiflado como el demonio.

-¡Monsieur, Monsieur Latham! –exclamó uno de los muchos ayudantes militares que salió del edificio de la planta purificadora de aguas y se acercó al corredor de piedra oscura. –Lo llaman por teléfono. ¡Es urgente!

-Esperen aquí –dijo Drew–. Si es la persona que yo creo, la conversación será cortés pero terminará muy pronto. –Latham regresó con el ayudante y utilizó el teléfono que estaba más cerca de la puerta. –Aquí Operaciones Consulares. –La voz ronca al extremo de la línea le dijo que no era el hombre que él había esperado.

-¡Bien hecho, amigo! –gritó el coronel Witkowski desde Londres. –Harry se habría sentido orgulloso de usted.

-Stanley, eso ya lo escuché dos veces; pero de todos modos gracias. Fue un trabajo de equipo, lo mismo que en el hockey.

-No me venga con esa tontería.

-Pero sí, Stosh. Y comenzó con Harry, cuando dije al tribunal reunido en Londres: –Traje los datos, pero a ustedes les corresponde evaluarlos. Y no lo hicimos bien.

Librodot

-Dejaré pasar eso hasta que estemos frente a frente.

-Buena idea. El hilo de la pista estaba allí, y lo ignoramos.

-Más tarde –lo interrumpió Witkowski. –¿Qué opina de Bonn?

-¿Qué quiere decir? ¿Qué pasa con Bonn?

-¿No se lo dijeron?

-¿Si me dijeron qué?

-¡Incendiaron el Bundestag! Hay más de un centenar de autobombas tratando de sofocar las llamas. ¿Moreau no lo llamó?

-Moreau está muerto, Stanley.

-¿Que?

-Lo mataron en el estacionamiento subterráneo de su empresa, un lugar supuestamente impenetrable.

-¡Dios mío, no lo sabía!

-¿Cómo podía saberlo? Usted está en Londres, imagino que bajo nombre supuesto.

-¿Cuándo fue?

-Hace horas.

-De todos modos, el Deuxième es su control sustituto. Hubiera debido informarle acerca de lo que pasó en Bonn.

-Imagino que alguien lo olvidó. Fue una noche absurda.

-¿Qué le sucede, Drew? Usted parece diferente.

-Es natural, después de lo que viví esta noche... Usted me preguntó qué pensaba acerca del incendio del Bundestag, de modo que se lo diré. Ese hijo de perra Jäger estaba redactando sus propias memorias. Tengo que irme, Stosh, todavía debo hablar con alguien antes de que se apague el incendio. Le hablaré en París.

El grupo de cuatro tenía suites contiguas en el Hotel Plaza–Athénée, donde el sol de la mañana temprano se filtraba entre las cortinas de las altas ventanas. Eran las 6:37 de la mañana; Karin de Vries dormía profundamente cuando Latham se levantó con movimientos silenciosos. Había colgado sus ropas civiles antes de desnudarse. Ahora se las puso y salió del dormitorio para pasar a la enorme sala de estar común, donde los dos comandos esperaban, ambos con sus ropas civiles.

-Uno de nosotros tiene que permanecer aquí, ya les avisé –dijo Drew–. ¿Recuerdan?

-Tiramos a la suerte –replicó Dietz–, y tendrá que arreglarse con este hombre, aunque me parece una mala solución. Por Dios, yo soy el oficial superior.

-Y quizás su tarea sea más dura que la nuestra. La unidad de infantes de marina de la embajada está afuera, pero no pueden entrar en el hotel sin alertar a los neos, en el supuesto de que haya alguno. Si ellos intervienen, usted dispone solo de su propio poder de fuego y de una radio para conseguir que nuestros hombres suban a toda prisa al segundo piso.

-¿Usted cree en realidad que los neos se han infiltrado tan profundamente? –preguntó el teniente.

-Mi hermano fue muerto cuando se encontraba protegido por medidas de máxima seguridad; Claude Moreau fue liquidado en su propio ambiente secreto. ¿Qué le parece?

-Creo que debemos ponernos en marcha –dijo Anthony–. Vigile a esa dama, capitán. Es una mujer muy especial... por supuesto, lo digo en un sentido académico.

-Por favor, no me destroce el corazón –dijo Drew, mientras él y el teniente recogían sus armas. –El automóvil está detrás; saldremos por el sótano.

-¡Monsieur Latham! –El guardia del estacionamiento subterráneo del Deuxième Bureau reconoció el nombre en la lista de personas autorizadas, y pareció estar al borde de las lágrimas. –¿No es una tragedia terrible? ¡Y nada menos que aquí, donde jamás hubiera podido suceder!

-¿Qué dice la policía? –preguntó Drew, la mirada fija en la cara del hombre.

-¡Están tan desconcertados como nosotros! Nuestro maravilloso director, ojalá esté en paz con el Todopoderoso, fue baleado en el interior del recinto, ayer por la mañana. Encontraron su cuerpo al fondo del estacionamiento. Todas las personas que trabajan en este edificio fueron interrogadas por la Sureté, y se examinaron las actividades de cada uno; el asunto se prolongó horas enteras. ¡El nuevo director parecía un tigre furioso!

-¿Verificaron las nóminas de visitantes?

-Por supuesto. Todo el personal que había salido fue puesto en custodia. Dicen que por el momento no hay ninguna pista clara.

-¿La mayoría de la gente ya está aquí? Sé que es temprano.

-Casi todos, monsieur. Me dicen que hay conferencias en cada piso. Vea, ahí detrás de ustedes, hay tres automóviles que esperan entrar. ¡Todo está realmente tohu–bohu!

-¿Qué?

-El caos –dijo en voz baja el teniente Anthony. –El desorden general.

-Gracias. –Latham apretó el acelerador del automóvil alquilado y entró en las sombras cavernosas del estacionamiento subterráneo. –Teniente, mantenga la mano sobre el arma –dijo mientras dirigía el automóvil hacia un espacio vacío.

-Ya lo estoy haciendo, gran jefe.

-Vea, ese es un título irritante.

-No sé por qué, ¿acaso usted no se lo ganó?... ¿Usted cree que un neo o dos todavía están por aquí?

-Si yo pudiera llamar al hotel y hablar con su compañero, le ofrecería una respuesta más exacta.

-¿Por qué no lo hace? Tiene el teléfono celular.

-Porque no quiero despertar a Karin. Se metería aquí, y es lo que menos deseamos.

-Entonces, creo que tendré que decírselo –afirmó Anthony.

-¿Decirme qué?

-Hace pocas horas, cuando entramos en ese hotel tan lujoso y usted telefoneó a la seguridad del Deuxième para informar dónde estábamos, Dietz inspeccióno todos los teléfonos del lugar con un pequeño Artefacto que nosotros tenemos siempre y que identifica las intercepciones. No encontró ninguna, de modo que enchufó su teléfono en el dormitorio...

-¿Qué hizo?

-Ambos coincidimos en que ustedes dos necesitaban dormir. Quiero decir que somos más jóvenes que ustedes, y sin duda tenemos mejor estado físico...

-¿Ustedes dos podrían cesar en sus intentos de ayudarme a cruzar la calle? –exclamó Drew extrayendo de un bolsillo interior el teléfono celular y marcando. –¿Recuerdan que yo todavía dirijo esta operación? Si llegaba un, llamado importante, no habríamos despertado. ¿Le parece un método absolutamente inaceptable?

-Suite doscientos diez y doscientos once –dijo Latham cuando se comunicó con el conmutador del hotel. Del otro lado atendieron instantáneamente.

-¿Sí?

-Dietz, habla Latham. ¿Cómo están las cosas?

-Creímos que usted estaba al tanto –replicó el capitán en voz baja. –Hace un par de minutos los hombres de la embajada me llamaron desde la calle. Un vehículo bastante pesado apareció en la esquina Este y dos hombres descendieron y se dirigieron por separado a la entrada principal. Acaban de ingresar...

-¿Son neos? –Todavía no lo sabemos, pero los recepcionistas están cooperando... ¡Un momento! La luz del ascensor está encendida. –Los segundos parecieron minutos, hasta que Dietz volvió a la línea. –A menos que todas las estadísticas mientan, usted acertó. Apretaron el botón del segundo piso.

-¡Llame a los infantes de marina!

-¿Usted cree que necesito su recomendación para hacerlo?

De pronto, una bocina estridente resonó detrás de Latham.

-Creo que usted ocupó el estacionamiento de otra persona –dijo el teniente.

-¡Dígale que se busque otro lugar!

-Eh, ¿por qué no movemos el coche?

-En ese caso, atienda el teléfono. ¡Cristo, los neos acaban de entrar en el hotel! ¡El segundo piso! –Drew abandonó el espacio.

-No veo la dificultad. El capitán es un tipo que tiene muchos recursos. Si se acercan a la puerta, desearán no haberlo hecho.

-¿No hay comunicación? –preguntó Latham, mientras maniobraba para ocupar otro lugar.

-Corto la comunicación, si a eso se refiere.

-¡Comuníquese de nuevo!

-No es buena idea, señor. En este momento está atareado.

-¡Caray! –estalló Drew–. Ahora sé que tengo razón.

En el ascensor se reunieron con cinco hombres y dos mujeres, y todos hablaban nerviosamente en francés. Latham examinó cuidadosamente una cara tras otra, los rasgos a veces sonrosados, otras huidizos, y los ojos saltones, las voces tensas, y las venas del cuello hinchadas, todo eso se convirtió en una suerte de caricatura de animales pegando alaridos, cada uno tratando de imponerse al resto. Sin pensarlo, Drew extendió la mano sobre un hombro y pulsó el botón del piso que recocdaba indefinidamente haber apretado en una ocasión anterior, siguiendo las instrucciones de Moreau. Hubo dos paradas antes del botón presionado por Latham; cuando llegaron al último piso él y el teniente estaban solos.

-¿Qué decían? –preguntó Drew. –Entendí una parte, pero no mucho.

-No saben qué demonios sucede, pero si usted quiere conocer lo esencial de lo que decían, lo cierto es que están preocupados por sus empleos.

-Supongo que eso es natural. Cuando suceden estas cosas, nadie está a salvo de la sospecha; y en ese caso, los encargados de imponer orden eliminan a los empleados que les parecen superfluos.

-¿Usted quiere decir que desechan a un montón de pequeños junto con el agua sucia de la bañera?

-Eso es exactamente lo que quiero decir. –El ascensor se detuvo, se abrió la puerta y los dos hombres entraron en la antesala, donde se abrían varias puertas que conducían a los corredores y las oficinas del organismo de operaciones clandestinas. Latham se aproximó a la recepcionista de mediana edad y dijo: –Je m'appelle Drew...

-Sé quién es usted –dijo amablemente la mujer hablando en inglés.

-Usted estuvo aquí para ver al señor director hace varios días. Me temo que todavía estamos muy conmovidos.

-También yo. Era mi amigo.

-Informaré a nuestro nuevo director que usted está aquí. Vino directamente de Beauvais...

-Prefiero que no le informe –la interrumpió Latham.

-¿Como dice?

-Considerando lo que sucedió, debe estar atareado con muchísimos problemas, y no necesita que yo interfiera. Mi visita no tiene mucha importancia; dejé algunas cosas en el automóvil del Deuxième Bureau. ¿Está aquí el agente llamado Francois? Creo que él trajo al director desde Beauvais.

-Sí, está. ¿Llamó a su oficina?

-¿Para qué molestarse? Probablemente llamará a Jacques... perdóneme, al nuevo director... y le repito que no deseo interrumpirlo. Ciertamente, no por un par de zapatos.

-¿Zapatos...?

-Zapatos franceses. Los mejores, y muy caros; pero valen lo que pagué por ellos.

-Naturalmente. –La recepcionista apretó un botón en su escritorio; sonó la chicharra correspondiente a una puerta sobre la derecha, y se oyó el

chasquido de una cerradura. –Su oficina está al final de ese corredor es la tercera a la izquierda.

-Gracias. Discúlpeme. Éste es mi colaborador, el mayor Anthony, de las Fuerzas Especiales, del ejército de Estados Unidos. –El teniente miró sorprendido a Drew cuando Latham continuó diciendo: –Si no le importa, permanecerá aquí. Habla bien el francés... y probablemente muchos otros idiomas, por lo que sé.

-Bonjour, madame, Mon plaisir.

-Je vous en prie, Major.

Drew abrió la puerta de la antesala y pasó al estrecho corredor gris y avanzó de prisa hacia la tercera puerta de la izquierda. Llamó una vez, y abrió en el acto la puerta, sorprendiendo a Francois, que estaba dormido, la cabeza apoyada en el escritorio. Francois se irguió rápidamente, y se acomodó en el sillón. –¿Qu'est–ce que se passe?

-Hola amigo –dijo Latham, mientras cerraba la puerta. –¿Durmiendo una breve siesta? Lo envidio, yo estoy cansado como el diablo.

-Monsieur Latham, ¿qué está haciendo aquí?

-Francois, tengo la sospecha de que usted lo sabe.

-Dios mío, ¿qué es lo que sé?

-Usted estaba muy próximo a Claude Moreau, ¿no es cierto? El conocía a su esposa, cómo se llama, Yvonne... a sus dos hijas.

-Sí, aunque no había una relación muy familiar. Todos nos conocemos, y cada uno conoce la familia del colega, pero desde cierta distancia.

-Y usted es bastante íntimo también con Jacques Bergeron, el principal ayudante de Moreau.

-¿Intimo?

-Usted y Jacques y usted, el principal ayudante y el principal chofer, siempre junto al jefe, el intrépido trío unido por años de cooperación. Tres auténticos mosqueteros. Fáciles de aceptar, porque uno los ve todos los días.

-¡Está diciendo adivinanzas, monsieur!

-Caramba, sí. Porque se trata de una adivinanza, basada en el mecanismo más sencillo del mundo. ¿Quién dudará del espectáculo representado por los tres, o el dolor de los dos que evitaron la muerte? Hace un par de horas, cuando llamé aquí para hablar con Jacques, y decirle dónde estábamos, ¿adivina con quién me comuniqué?

-No necesito adivinar. Usted habló conmigo, monsieur Latham.

-Todos ascienden un poco, ¿verdad?

-¡No sé de qué está hablando! –dijo Francois, inclinándose hacia adelante y la mano derecha deslizándose hacia el borde del escritorio, para llegar a un cajón. De pronto abrió el cajón, pero Drew se avalanzó, y lo cerró con tanta fuerza sobre la muñeca del chofer que éste comenzó a gritar, y el alarido fue interrumpido por el puño de Latham al caer sobre la boca de Francois. El francés cayó hacia atrás, y la silla y el cuerpo golpearon el piso. Drew lo atacó de nuevo, aferrándolo por el cuello y obligándolo a incorporarse. Lo arrojó contra la pared, y el arma del cajón estaba ahora en la mano de Drew.

-Vamos a conversar, amigo, y mas vale que su conversación me aclare las cosas, porque de lo contrario terminaré con su vida.

-Monsieur, tengo familia, esposa e hijos. ¿Como puede hacer esto?

-Usted tiene idea del número de familias... padres, madres, hijos y nietos... destruidos en los malditos campos de concentración, obligados a entrar desnudos en los edificios de cemento, para salir como cadáveres, ¡hijo de perra!

-¡En ese momento yo ni siquiera vivía!

-¿Nunca se enteró de lo que sucedía? ¡Millares eran franceses, apresados y enviádos a la muerte! ¿Eso nunca lo molestó?

-Usted no comprende, monsieur. Tienen modos de obligarnos a cooperar.

-¿Por ejemplo? Y si miente, no me molestaré en usar su arma. Sencillamente, le cortaré la carótida a ambos lados del cuello, y su vida se acabará. Vea, como el especialista de radar en Beauvais cuando mira en su pantalla, adivino por la expresión de los ojos el sentido de lo que usted dice... Ojalá no cometa un error... Jacques Bergeron es un neo, ¿verdad?

-Sí... ¿Cómo pudo saberlo?

-Cuando uno está cansado desorientado, repasa todo lo que sabe. Debía tratarse de alguien que tenía acceso a toda la información, de alguien que sabía donde se encontraban los jugadores a cada momento. Al principio pensamos que era Moreau; estaba incluido en una lista de sospechosos, de modo que temíamos cooperar con él; demonios yo no me atrevía a decirle nada. Después demostró su inocencia el único hombre que podía serlo, mi jefe. ¿Entonces? ¿Quién sabía dónde me encontraba fuese un restaurante de Villejuif con mi hermano o alguno de los hoteles que visité mientras me trasladaba de un lugar a otro? ¿Quién sabía que Karin y yo estábamos en un café cierta noche, con Claude, la vez que casi nos liquidan, y nos salvamos porque el dueño nos obligó a salir de allí? ¿Quien armó el incidente del Metro con el doctor Kroeger, los disparos, el hombre que afirmó haber visto a "Harry Latham" en el tren que salió de la estacióm? ¡No había Harry Latham, porque yo era Harry y yo no estaba allí! La respuesta a cada una de esas preguntas era un hombre llamado Jacques.

-Nada sé de todo eso; ¡juro que yo no sé nada!

¿Pero usted sabe que es un neo, verdad? Un infiltrado profundo... quizás el principal nazi infiltrado en Francia. ¿Estoy en lo cierto?

-Sí. –Francois respiró hondo. –Yo no tenía más alternativa que guardar silencio y hacer lo que él me ordenaba.

-¿Por qué?

-Maté a un hombre y Jacques me vio.

-¿Como?

-Lo estrangulé. Trate de comprender, trabajo muchas horas a veces me ausento varios días seguidos, descuido a mi familia... ¿Qué más puedo decir?

-Mucho mas –dijo Drew.

Librodot

-Mi esposa encontró un amante. Lo adiviné, como le sucede a cualquier marido cuando las sombras caen sobre el lecho. Utilicé los recursos del Deuxieme para descubrir quien era.

-No era precisamente un asunto oficial, ¿verdad?

-En efecto. Pero lo que yo ignoraba era que Jacques seguía de cerca cada uno de mis pasos, mis llamados telefónicos... Preparé un encuentro con este individuo, un peluquero inescrupuloso con antecedentes de deudas y quiebras, y nos reunimos en un callejón de Montparnasse. Hizo referencias obscenas al comportamiento de mi esposa y todo en medio de risas. Me enfurecí y lo ataqué, y lo asesiné cruelmente. Cuando salí del callejón, Bergeron me saludó.

-De modo que lo tenía atrapado.

-La alternativa era el resto de mi vida en prisión. Había tomado fotografías con una cámara de rayo infrarrojos.

-Sin embargo, usted y su esposa se reconciliaron, ¿no es así?

-Yo tampoco soy un santo. Hicimos las paces, y nuestro matrimonio ahora es sólido. Tenemos a nuestros hijos.

-Pero usted trabajó con Bergeron, que es nazi. ¿Como puede justificar eso?

-El resto de mi vida en la cárcel... ¿como justificaría eso? Mi esposa, mis hijos, mi familia. Y le aclaro que jamás maté para el... ¡nunca! Tenía a otros que se encargaban de esas tareas. Yo me negué.

Latham soltó al hombre y con un gesto le ordenó que se sentara.

-Está bien, amigo, usted y yo concertaremos un trato... A menos que esté realmente equivocado, y no creo que sea el caso, usted y Jacques son los únicos neos infiltrados aquí; y usted cumple esa función pero de mala gana. Algo más que eso sería excesivamente peligroso. Un amo y un esclavo, una combinación perfecta. Usted después puede comprobar su buena voluntad haciendo lo que le diga; si se resiste, puede considerarse hombre muerto, y yo lo destruiré con mis propias manos. ¿Entendido?

-¿Qué quiere que haga? Y si acepto, ¿qué garantía tengo de que esas fotografías no me enviarán a la cárcel?

-En realidad, ninguna, pero las probabilidades están de su lado. Sospecho que Bergeron se sentirá mucho más interesado en salvarse del pelotón de fusilamiento que en condenarlo a usted a comparecer ante la justicia.

-Amigo, en Francia no tenemos esa clase de ejecuciones.

-En verdad, usted es un inocente, ¿no es así? Esas cosas no son formales, Francois, sencillamente suceden.

-Pues bien, ¿de qué se trata? –preguntó el chofer, tragando saliva.

-Jacques está en otra ala de este piso, si lo recuerdo bien.

-Lo recuerda. Esta sección está destinada a los subordinados.

-Pero usted tiene acceso a la otra, ¿verdad? Quiero decir que usted dirige el lugar, ¿no es así?

-Si lo que quiere saber es si puedo llevarlo a la oficina de Bergeron, la respuesta es afirmativa.

Librodot

-¿Sin que seamos anunciados?

-Por supuesto, estoy asignado personalmente a Bergeron. En esta sección hay un corredor donde se entra utilizando un código especial; conduce a las oficinas de los altos jefes. Por cierto, conozco el código.

–Muy bien. En marcha.

-¿Y qué debo hacer después?

-Volver aquí, esperar y pedir a Dios que todo salga bien.

-¿Y usted, Latham?

-Yo también rogaré a Dios que todo salga bien.

El capitán Christian Dietz depositó la radio de mano fuera de la vista, en un estánte, y se apostó a la izquierda de la puerta principal de la suite. Su oído agudo recogió el sonido apagado de los pasos en el corredor, y después reinó el silencio. Con el arma preparada, se preguntó si los presuntos intrusos habrían conseguido una llave maestra, o si correrían el riesgo de una ofensiva frontal sobre la puerta.

Al parecer, esto último. El silencio se vio quebrado por un tremendo estampido cuando la puerta saltó de sus goznes y salió despedida hacia el comando. Los dos hombres irrumpieron en la habitación, con las armas en la mano, mirando a derecha e izquierda, inseguros de lo que debían hacer enseguida. Dietz resolvió el dilema gritando: –¡Suelten las armas o son hombres muertos!

El primer hombre se volvió bruscamente y un chasquido brotó del cañón de su arma. El comando se arrojó al piso y respondió al disparo, alcanzando al intruso en el estómago, de modo que se dobló sobre sí mismo se derrumbó. El segundo atacante, desconcertado, bajó su arma cuando tres infantes de marina irrumpiendo por la puerta abierta.

De pronto, Karin de Vries salió del dormitorio en camisón.

-¡Regrese allí! –rugió Dietz.

Cuando Karin pretendió retornar por la puerta del dormitorio, el segundo intruso levantó el arma y disparó. La sangre brotó del hombro derecho de la mujer, mientras los infantes de marina apuntaban con sus armas.

-¡Alto! –grito Dietz. –¡Muerto no nos sirve de nada!

-¡Amigo, tampoco nosotros somos muy útiles si perdemos la vida! –exclamó un sargento de marina, su Colt 45 apuntando a la cabeza del neo. –¡Suelte ese arma, canalla, o lo mato!

El neo dejó caer el arma al suelo, mientras Dietz se incorporaba y atravesaba de prisa la habitación hacia Karin de Vries, que estaba inclinada y sangraba. En el camino descargó un puntapié sobre el arma del nazi, alejándola.

-No se mueva –ordenó, abriendo el camisón en el hombro, y sosteniendo a Karin. –No es grave –dijo, después de examinar la herida. –La bala arañó el cuerpo, pero eso es todo. Quédese quieta y traeré algunas toallas.

-Yo iré a buscarlas –dijo el infante de marina que estaba más cerca. –¿Donde?

-Pase por esa puerta y entre en el cuarto de baño. Traiga tres toallas pequeñas y únalas.

Librodot

-¿Aplicará un torniquete?

-No precisamente, pero algo parecido. Necesitamos mantener lisa la piel. Después, traiga un poco de hielo del bar.

-Allá voy.

-No me diga que usted también es médico –observó Karin, sosteniendo el extremo de su camisón y sonriendo apenas.

-Señora de Vries, esto no es cirugía de cerebro, apenas una herida superficial. Tuvo suerte; un segundo o dos antes y habría sido un problema mucho más grave. ¿Le duele?

-Capitán, más bien está entumecido.

-La llevaremos al médico de la embajada.

-¿Dónde está Drew? Eso es más importante. ¿Y Gerry?

-Vamos, señora de Vries, no provoque dificultades. El señor Latham impartió sus órdenes. Él y Anthony fueron al Deuxième Bureau... Tiramos la suerte con Gerry, y él ganó.

-¿Al Deuxième? ¿Por qué?

-Operaciones Consulares nos dijo que imaginaba quién era la rata en el desván.

-¿La rata en el desván?

-El topo nazi que estaba informando todo lo que hacíamos.

-¿En el Deuxième?

-Eso es lo que dijo.

-Mencionó algo en Beauvais, pero cuando le pregunté en la camioneta, no quiso contestar, y me dijo que era sólo una conjetura. ¿Pero usted sabía?

-No creo que él aceptara que usted participase.

-¡Aquí están las toallas, señor! –dijo el infante de marina, que salió por la puerta del dormitorio, y después retornó de prisa para ayudar a sus colegas con los dos neos, uno de los cuales estaba muerto o desmayado, y el otro se mostraba hostil, lo cual exigió que le asestaran varios golpes. –Capitán, nos mantendremos en contacto... usted es el capitán, ¿verdad, señor?

-Cabo, el rango no importa mucho aquí. Lo veré después.

-Tenemos que salir cuanto antes de aquí; usted lo sabe, ¿verdad?

-¡Entonces, márchense! –ordenó Dietz mientras la unidad de infantes de marina descendía los cinco pisos para llegar al vestíbulo con los dos prisioneros. Llamó el teléfono. –La descenderé hasta la planta baja –dijo el comando, mientras envolvía el hombro con toallas y depositaba a Karin sobre la alfombra. –Debo atender el teléfono.

-Si es Drew, ¡dígale que estoy furiosa!

No era Latham; era la gerencia del hotel.

-¡Tienen que marcharse! –gritó el portero en francés. –¡Cooperaremos con el Deuxième sólo hasta aquí! ¡El conmutador ha recibido muchísimos llamados para quejarse de los golpes y los disparos!

Librodot

-Clausure las entradas –replicó firmemente Dietz–, y nosotros lo cubriremos. Deme cinco minutos y llame a la policía, pero necesito cinco minutos.

-Haremos lo posible.

-Vamos –dijo el capitán, cortando la comunicación y volviendo a Karin. –La sacaré de aquí...

-En realidad, puedo caminar –interrumpió de Vries.

-Me alegro de saberlo. Descenderemos por la escalera; es sólo un piso.

-¿Qué dice de nuestras ropas y nuestro equipaje? Seguramente no querrá que queden allí y que la policía los encuentre.

-¡Caray!... Discúlpeme, señora, pero tiene muchísima razón. –El capitán volvió al teléfono, y marcó inmediatamente el número de la portería. –Si quiere que salgamos de aquí, envíe a su mejor botónes con la orden de que prepare las maletas y las descienda hasta la salida. ¡Además, dígale que si no roba demasiado recibirá una propina de quinientos francos!

-Por supuesto.

-De acuerdo.

-¡Vamos! –dijo el comando, cortando la comunicación y volviendo adonde estaba Karin. De pronto se detuvo, y se apoderó de un impermeable de hombre depositado sobre una silla. –Póngase esto, la ayudará. Incorpórese con movimientos lentos, el brazo sobre mi hombro... Muy bien, ¿puede caminar?

-Sí, por supuesto. Solamente duele el brazo.

-Y continuará doliendo hasta que el médico la atienda. Él se ocupará de arreglar eso. Ahora, con cuidado.

-Pero, ¿qué sucede con Drew y Gerry? ¿Qué está pasando?

-No lo sé, señora de Vries, pero le diré lo siguiente. Ese amigo suyo, el hombre de Operaciones Consulares, que no me inspiraba mucha confianza, francamente es un individuo de primera calidad. Sabe ver a través de la neblina, ¿me entiende?

-En realidad, no, capitán –dijo Karin, sostenida por el comando mientras se dirigían hacia la escalera. –¿Cuál es la neblina?

-El humo que envuelve la verdad. Dispara a través de la bruma porque tiene ese instinto que le dice que allí está el blanco.

-Es muy eficaz, ¿verdad?

-Es más que eficaz, señora de Vries, tiene talento. Estoy dispuesto a realizar tareas confidenciales cuando él lo decida. Es la clase de control que me agrada.

-A mí también, capitán. Aunque yo preferiría asignarle otro título.

Drew se aproximó a la puerta sin leyendas del director recientemente designado en el Deuxième Bureau. Sin llamar abrió rápidamente, entró en la oficina y cerró con fuerza la puerta. Jacques Bergeron estaba de pie junto a una ventana, mirando hacia afuera; se volvió en redondo asombrado al ver a Latham.

-¡Drew! –exclamó desconcertado. –¡Nadie me dijo que estaba aquí!

-No deseaba que usted lo supiera.

Librodot

-¿Por qué?

-Porque podría haber encontrado una razón para impedir que yo lo viese, como hizo cuando lo llamé hace un par de horas para decirle dónde estábamos y me comunicaron con Francois.

-Por Dios, hombre, tengo que afrontar mil problemas! Además, Francois es por ahora mi ayudante principal; mañana se trasladará a las oficinas ejecutivas.

-Qué agradable.

-Discúlpeme... Me excuso si lo ofendí, pero realmente creo que usted debería tratar de entender. Me vi obligado a impedir que me pasen las comunicaciones, salvo que se trate del presidente y unos pocos miembros de la Cámara, pues sencillamente no puedo atender a todos. Hay tantos interrogantes a los cuales no puedo responder hasta que los equipos de investigadores comiencen a trabajar. ¡Debo tener tiempo para pensar!

-Eso está muy bien, Jacques, pero me parece que usted estuvo pensando mucho, y durante largo tiempo. En realidad, durante años. Digamos de pasada que Francois me lo confirmó. Usted probablemente urdió la relación de ese peluquero, ese Romeo, con la esposa de Francois... en definitiva, otro ser humano prescindible.

La cara suave y sensible del jefe del Deuxième de pronto se convirtió en granito, y los ojos de mirada amable fueron dos puntos de fuego y odio.

-¿Qué hizo usted? –preguntó en voz baja, en voz tan baja que apenas podía escuchársele.

-No lo molestaré con los caminos complicados que seguí para llegar a usted, aunque debo reconocerle que lo que hizo fue brillante. El Sancho Panza del Don Quijote que era Moreau, el lacayo sumiso que adoraba a su amo, que se insinuó en la confianza y el afecto del maestro, ayudándolo a cumplir sus tareas cotidianas... mañana, tarde y noche. Solamente usted podía saber dónde yo estaba en determinado momento, dónde estaba mi hermano, dónde se encontraban Karin y la pobre secretaria de Moreau; y en sus intentos usted cosechó éxitos y fracasos. Mató a Harry y a la secretaria de Moreau, pero echó a perder las cosas con Karin y conmigo.

-Usted es hombre muerto, Drew –dijo el director del Deuxième, con voz casi amable. –Usted está en mi territorio y es hombre muerto.

-Yo no extraería conclusiones apresuradas si estuviese en su lugar. El teniente Ahthony (usted lo conoce) está afuera con su recepcionista. A estas horas estoy seguro de que usó el teléfono para comunicarse con el embajador Courtland, quien ha solicitado un encuentro urgente con el presidente de Francia y su gabinete. Yo diría que puede llamárselo un desayuno de trabajo.

-¿Pobre qué sabe?

-Porque después de ver a Francois, yo no salí para dar contraorden a Anthony convinimos en que esperaría ocho minutos, una cifra segura. Vea, usted realmente arruinó su propia posición cuando envió al hotel a esos matones. En París nadie sabía dónde estábamos... sólo usted y por extensión Francois.

-¿Una unidad de infantes de marina...?

-Jacques, yo no creo en la muerte heroica. Cuando uno piensa en ello, es una situación estúpida, salvo que sea inevitable afrontarla.

-¡Usted tiene solo su palabra, y contra la mía de nada sirve! ¡El propio presidente me designó!

-Canalla, usted es un Sonnenkind.

-¡Absurdo! ¿Qué pruebas puede esgrimir en favor de una mentira tan absurda?

-Reconozco que es circunstancial, pero unida con otras cosas resulta bastante – convincente. Vea, cuando comencé a interesarme en usted, le otorgué el beneficio de la duda. Anoche, en esa camioneta militar que nos trajo desde Beauvais, me comuniqué con un jóven investigador llamado Joel que trabaja en la supercomputadora de la embajada, y le pedí que me preparase un informe acerca de usted. Hace cincuenta y un años usted fue adoptado legalmente por una pareja sin hijos, el señor y la señora Bergeron, de Lauterbourg, cerca de la frontera con Alemania. Usted fue un alumno notable, y recibió todas las becas que le interesaron, hasta llegar y cursar en la Universidad de París y en su escuela de graduados. Usted habría podido dedicarse a una docena de profesiones que lo habrían convertido en un hombre muy rico; pero no lo hizo. Eligió el servicio civil, el sector de inteligencia. Lo cual no es precisamente lo mejor en el área de las recompensas financieras.

-Me interesaba, y muy profundamente.

-No lo dudo. Con tiempo y con el paso de los años usted estuvo en el lugar adecuado y en el momento oportuno. No pudo hacer nada para evitar el desastre porque salió antes de que adivináramos lo que pasaría con los planeadores, ¿pero cómo reaccionó cuando Rayo en el Agua fue un fiasco? ¿Qué le pareció la fórmula: ¿Ein Volk, ein Reich, ein fiasco?

-¡Usted está loco! ¡Todo lo que dice es mentira!

-No, no es mentira. Todo eso estaba contenido en sus propias palabras, en su humilde confesión en Beauvais. Usted sabía que de un modo o de otro tenía que salir de todo esto; más tarde o más temprano la cuerda se cerraría alrededor de su cuello. Usted no esperaba realmente que lo designaran director del Deuxième; fue la única cosa sincera que usted dijo, y lo dijo porque sabía que había hombres mejores en otros organismos de inteligencia. De modo que declaró a todos los que estábamos cerca: "No soy un líder, soy un seguidor que obedece órdenes". Usted estaba repitiendo, hasta las náuseas, las palabras terribles que oímos con demasiada frecuencia, el credo nazi. Eso es lo que me indujo a pedir el informe a nuestra supercomputadora... por las dudas.

-Le repito –dijo fríamente Jacques Bergeron–. Fui huérfano de guerra, mis padres fueron franceses, y murieron en una incursión aérea; y mis antecedentes académicos están a disposición de quien quiera examinarlos. Usted no es más que un intrigante norteamericano, un paranoico. Y lograré que lo expulsen de Francia.

-No podrá ser, Jacques. Usted mató a mi hermano, o mejor dicho ordenó que lo matasen. No le permitiré escapar. Clavaré su cabeza cortada sobre la pica más alta del Pont Neuf, exactamente como les agradaba a los revolucionarios franceses partidarios de la guillotina. A pesar de todos sus

Librodot

logros escolásticos, usted omitió algo. Lauterbourg nunca fue bombardeada, ni por los aliados ni por los alemanes. Usted fue llevado de contrabando a través del Rin para iniciar una nueva vida... en la condición de un Sonnenkind.

Bergeron permaneció inmóvil, examinando a Latham, y en su Rostro suave se dibujó una sonrisa fina y fría.

-Drew, en realidad usted es talentoso –dijo con voz serena–. Pero por supuesto, no saldrá vivo de aquí, de modo que malgastó su talento, ¿no le parece?

"Un norteamericano paranoico, un hombre con antecedentes de violencia, viene a asesinar al director del Deuxième... ¿Quién es el Sonnenkind? Después de todo, mi predecesor Moreau nunca confió en usted. Me dijo que usted le mintió repetidas veces, y eso está en sus anotaciones, las mismas que yo trascribí debidamente a su computadora.

-¿Usted las transcribió?

-Allí están, y eso es todo lo que importa. Soy el único que tiene acceso a ese material secreto. Lo que está allí, le pertenece exclusivamente.

-¿Por qué lo mató? ¿Por qué ordenó matar a Claude?

-Porque como usted, había comenzado a descartar las diferentes capas de mentiras, y a centrarse en la verdad. Todo comenzó con la muerte de Monique, su secretaria, y esa ridícula noche en el café, cuando un estúpido fanático baleó al chofer del vehículo norteamericano. Fue un error gigantesco, imperdonable, pues Moreau llegó a comprender que yo era el único que sabía donde estaba usted... Monique podía haber suministrado falsa información, y eso era lo que ella había hecho.

-Qué extraño –dijo Latham–, también para mí la cosa empezó allí. Fue ese episodio y el hecho de que cuando mi hermano vino en avión desde Washington supuestamente estaba bajo la protección y la vigilancia del Deuxième.

-En realidad, un incidente que puede corregirse con facilidad –dijo Bergeron, y ahora su sonrisa se ensanchó.

-Una pregunta –lo interrumpió irritado Drew–. Cuando Moreau, y usted, supieron que yo estaba personificando a Harry, ¿por qué no avisaron a Berlín o a Bonn?

-Ahora usted tiene una actitud absurda –replicó Bergeron–. El círculo era extraordinariamente estrecho, sobre todo aquí, en el Deuxième.

Sólo Claude y yo sabíamos, y no había modo de explicar qué restringido era el círculo fuera de nosotros mismos. Una filtración que llegase a conocimiento del Deuxième me habría comprometido.

-Jacques, eso es bastante débil –dijo Drew, mirando al Sonnenkind.

-Monsieur, de nuevo se manifiesta aquí su talento. Es mejor que otros cometan errores, y uno avance tropezando, cegado por las brumas de los errores con la realidad, proclamándose uno mismo la auténtica valquiria... Muy sencillamente, yo estaba esperando el momento apropiado. Sus políticos norteamericanos saben muy bien a qué atenerse en relación con esa técnica.

Librodot

-Muy bien, muchacho. Y supongamos que yo le dijera que todo lo que se dijo aquí ha sido grabado, en una frecuencia que armoniza con la máquina del teniente Anthony, en el vestíbulo. La elevada tecnología es maravillosa, ¿verdad? Jacques Bergeron, Sonnenkind, gritaba histéricamente mientras se inclinaba hacia su escritorio y se apoderaba de un pesado pisapapeles; lo arrojó contra su ventana, rompiendo el vidrio. Después, con una fuerza que no condecía con su físico de medianas proporciones, alzó la silla y la arrojó sobre Latham, que extrajo del cinturón el arma de Francois.

-¡No haga eso! –gritó Drew–. ¡No quiero matarlo! ¡Necesitamos su información! ¡Por Dios, escúcheme!

Era demasiado tarde. Jacques Bergeron extrajo de su sobaquera un arma pequeña y disparó indiscriminadamente. Latham se arrojó al suelo, y Bergeron corrió hasta la puerta, la abrió bruscamente y salió al corredor.

-¡Deténganlo! –rugió Drew abalanzándose hacia el corredor–¡No, esperen! ¡No lo detengan! ¡Tiene un arma! ¡No se crucen en su camino!

En el corredor reinaba el caos. Hubo dos disparos más mientras la gente salía de las oficinas. Un hombre y una mujer cayeron heridos o muertos. Latham se puso de pie y corrió detrás del nazi, atravesando los pasadizos laterales, mientras gritaba:

-Gerry, tendrá que pasar por allí. ¡Dispárele a las piernas no lo mate!

Esa orden también llegó tarde. Bergeron entró por la puerta de la sala de recepción, mientras un timbre ensordecedor arrancaba ecos a las paredes y el teniente Anthony emergía del segundo ascensor. Bergeron disparó; era la última bala de su cargador, como lo demostraron los chasquidos siguientes, pero el proyectil penetró en el brazo derecho del comando. Anthony se aferró el codo, lo soltó, y con movimientos forzados, afectado por el dolor, buscó su arma mientras la mujer que estaba detrás del escritorio se arrojaba al piso.

-Usted no irá a ninguna parte –aulló el teniente, tratando de alcanzar su arma con la mano derecha–. ¡Porque tampoco esos ascensores se moverán! Me encargué de bloquearlos a ambos.

-¡Se equivoca por completo! –gritó el neo, que corrió hacia el ascensor más próximo; en pocos segundos las puertas comenzaron a cerrarse y la campanilla ensordecedora calló bruscamente–. ¡Usted es quien no irá a ninguna parte! –fueron las últimas palabras del francés.

Drew apareció en la puerta de la antesala.

-¿Dónde está? –preguntó furioso Latham.

-En ese ascensor –repitió el comando estremeciéndose–. Pensé que había paralizado los dos aparatos, pero creo que no fue así.

-Dios mío, ¡usted está herido!

-Puedo afrontar esto, ocúpese de la empleada.

-¿Está bien? –preguntó Drew, corriendo hacia la recepcionista, que estaba poniéndose lentamente de pie.

-Estaré mejor cuando entregue mi renuncia, señor –contestó, temblorosa y jadeante. Latham la ayudó a incorporarse.

-¿Podemos detener el ascensor?

Librodot

-No. Los directores y sus representantes tienen códigos de emergencia que movilizan a los ascensores. No se detienen hasta que llegan al piso requerido.

-¿Podemos impedir que ese hombre abandone el edificio?

-¿Con qué autoridad, señor? Él es el director del Deuxième Bureau.

-¡El es un alemán nazi! –exclamó el teniente.

La recepcionista miró a Anthony.

-Lo intentaré, mayor. –La mujer extendió la mano hacia el teléfono depositado sobre su escritorio y precionó tres números. Esta es una situación urgente. ¿Han visto al director? –preguntó en francés–. Merci. –Cortó la comunicación, marcó de nuevo y repitió la misma pregunta. –Merci. –La recepcionista cortó la comunicación y miró a Drew y al comando. –Primero llame al estacionamiento, donde monsieur Bergeron guarda su auto deportivo. No pasó por allí. Después hablé con la recepción del primer piso. El guardia dijo que el nuevo director acaba de salir con mucha prisa. Lo siento.

-Gracias por intentarlo –dijo Gerald Anthony sosteniéndose el brazo derecho que sangraba.

-Si me permite la pregunta –dijo Latham–, ¿por que lo intentó? Somos norteamericanos, no franceses.

-Monsieur, el director Moreau les tenía mucho aprecio. Me lo dijo él mismo cuando usted vino a verlo.

-¿Y eso le parece suficiente?

-No –Jacques Bergeron era todo sonrisas y cortesía cuando estaba en compañía de monsieur Moreau, pero cuando estaba solo era un cerdo arrogante. Prefiero creer en la explicación que ustedes ofrecen; y después de todo, hirió de un balazo a este encantador mayor.

Regresaron a las habitaciones privadas del embajador Courtland, en la embajada. Allí se reunieron Drew, Karin con el hombro vendado y el brazo sostenido por un pañuelo, y Stanley Witkowski, que había llegado de Londres. Los dos comandos, el teniente con el brazo curado y en cabestrillo, estaban en el hotel, y dedicaban el tiempo a descansar y a enviar órdenes generosas a la cocina del establecimiento.

-Desapareció –dijo Daniel Courtland, sentado en un sillón, cerca del coronel y frente a Drew y a Karin, que ocupaban el diván–. Todos los hombres de la policía y los servicios de inteligencia de Francia están buscando a Jacques Bergeron, pero hasta ahora no han conseguido nada. Todos los aeropuertos públicos y privados y los puestos aduaneros europeos tienen su fotografía, con una docena de variantes computarizadas de sus posibles disfraces... pero nada. No cabe duda de que ha regresado a Alemania, y está con su gente quien sabe donde.

-Tenemos que descubrir donde está, señor embajador –dijo Latham–. Esta operación Rayo en el Agua fracasó, pero, ¿cual es la próxima? ¿Y fracasará igualmente? Es posible que hayamos conseguido frenar algunos planes de largo alcance; pero el movimiento nazi no se ha detenido. En alguna parte hay registros y antecedentes, y necesitamos encontrarlos. Esos canallas están en diferentes lugares de nuestro mundo, y no han suspendido sus actividades. Ayer mismo una sinagoga en Los Angeles y una iglesia

negra en Missisipi fueron incendiadas y destruidas. Varios senadores y representantes que se atrevieron a denunciar estos incidentes fueron acusados de actuar en función de sus simpatías. ¡Es un verdadero embrollo!

-Lo sé, Drew. Todos lo sabemos. Aquí en París, en los distritos principalmente judíos, rompieron las vidrieras de muchas tiendas, y la palabra Kristallnacht (la Noche de los Cristales) apareció pintada en las paredes. Este mundo está convirtiéndose en un lugar muy feo. Sumamente desagradable.

-Esta mañana, cuando salí de Londres –dijo en voz baja Witkowski–, los diarios dedicaban mucho espacio la muerte de varios niños originarios de Indias Occidentales; aparecieron con las caras tajeadas con ballonetas... las caras. La palabra alemana "Neger" (negroide) apareció escrita con crayones de color en los cadáveres.

-¡En nombre de Dios, cuándo terminará este asunto! –exclamó Karin.

-Cuando descubramos quiénes son y dónde están –replicó Drew.

Llamó el teléfono depositado sobre la mesa del embajador, la que él usaba como escritorio.

-Señor, ¿desea que atienda? –preguntó el coronel.

-No gracias, yo atenderé –dijo Courtland, y se levantó del sillón y cruzó hasta la mesa–. Es para usted, Latham, un hombre llamado Francois.

-Es la última persona de quien hubiera creído que podría tener más noticias –dijo Drew, poniéndose de pie y caminando de prisa hacia la mesa. Recibió el teléfono de manos del embajador. –¿Francois...?

-Monsieur Latham, debemos reunirnos a solas en algún sitio.

-Este teléfono es el medio más seguro, créame. Usted acaba de hablar con el embajador norteamericano, y su teléfono es el medio más estéril que pueda concebirse.

-Le creo, pues usted fue fiel a su palabra. Están interrogándome pero solo por lo que sé, no por lo que fui.

-Usted se encontraba en una posición incómoda e insostenible, y en la medida en que coopere a fondo podrá volver a su hogar y a su familia.

-Se lo agradezco mucho, señor, y lo mismo puede decirse de mi esposa. Lo hemos discutido todo –yo no le oculto nada– y juntos decidimos hacer este llamado, por lo que pueda servir.

-¿De qué se trata?

-Debo recordarle la noche en que el anciano Jodelle se suicidó en el teatro donde estaba actuando el actor Jean–Pierre Villier. ¿Lo recuerda?

-Jamás olvidaré el episodio –dijo Drew con firmeza–. ¿Qué sucedió esa noche?–

En realidad, eran las primeras horas de la madrugada, y el subdirector Bergeron me ordenó que fuese inmediatamente a su oficina en el Deuxième. Obedecí, pero él no estaba. De todos modos supe que se encontraba en el edificio, pues los guardias de la puerta formularon comentarios sarcásticos acerca de la dureza con que los trataba, y del modo en que había interrumpido mi descanso, sin duda para ayudarle cuando tenía que ir al cuarto de baño. En ese momento temí retirarme. Esperé hasta que él apareció; llegó trayendo una carpeta muy antigua, extraída de los archivos

Librodot

del sótano. Un material tan viejo que no había sido incorporado a las computadoras. La carpeta misma amarilleaba a causa de su vejez.

-¿Eso no es desusado? –preguntó Latham.

-Hay millares y millares de carpetas en los archivos. Se ha trabajado mucho trasladándolas a la computadora, pero tendrán que pasar años antes que se complete la tarea.

-¿Por qué?

-Los expertos, entre ellos los historiadores, tienen que justificar su incorporación, y como sucede con los gobiernos de todo el mundo, los fondos son limitados.

-Adelante. ¿Qué sucedió?

-Jacques me ordenó que recogiera la carpeta y la entregase personalmente en un castillo del valle del Loira, y que viajara en un vehículo del Deuxième con documentos que él firmó personalmente, para evitar cualquier interferencia policial en caso de que me detuvieran por exceso de velocidad; pues en efecto, me ordenó que llegase al lugar de destino con la máxima rapidez posible. Como a la pasada le pregunté por qué era tan necesario ir a esa hora, ¿ese asunto no podía esperar hasta la mañana? Se enfureció y me gritó, y dijo que nosotros... él y yo... lo Debíamos todo a ese lugar y ese hombre. Que era nuestro santuario y nuestro refugio.

-¿Qué lugar? ¿Qué hombre?

-El castillo se llama Le Nid de l'Aigle y el hombre es el general André Monluc.

-¿Algo relacionado con el "águila"...?

-El Nido del Aguila. El general Monluc, según me han dicho, fue un gran general de Francia, honrado por el propio De Gaulle.

-Entonces, ¿usted cree que Bergeron puede haberse refugiado allí?

-"Santuario" y "refugio" son las palabras que vienen a mi memoria. Además, Jacques es un experto en inteligencia; conoce los muchos obstáculos que debe superar para salir del país. Necesitará la ayuda que le pueden prestar algunos colaboradores dotados de muchos recursos, y la combinación de un gran general y un castillo en el Loira al parecer concuerda con su situación. Abrigo la esperanza de que mi información le parezca útil.

-Así será, y ojalá que no necesitemos volver a vernos o hablarnos. Gracias, Francois. –Latham cortó la comunicación y se volvió hacia los otros. –Tenemos el nombre del general a quien Jodelle estaba buscando, el traidor que según él decía había engañado a De Gaulle. Asimismo, dónde vive, en el supuesto de que aún viva.

-Ésa fue una conversación unilateral bastante extraña, amigo. ¿Por qué no nos aclara las cosas?

-Hace poco, Stanley, concerté un trato. Ese hombre estuvo viviendo en su propio infierno personal más tiempo que lo que merecía, y jamás mató a nadie en beneficio de los nazis. Era un mensajero y ayudante, mientras el enemigo apuntaba con un revólver a la cabeza de los miembros de su familia. En resumen, concerté un trato.

-Por mi parte, he llegado a más acuerdos que los que podría enumerar -dijo el embajador–. Díganos lo que sepa, Drew.

-El nombre del general es Monluc, André Monluc...

-André –interrumpió Karin–. De allí vino el nombre en código.

-En efecto. El castillo se llama el Nido del Aguila, en el valle del Loira. Francois cree que Bergeron puede haber huido allí porque cierta vez, en un momento de cólera y quizá de miedo, declaró que era un santuario.

-¿Cuándo?: –interrumpió Witkowski–. ¿Cuándo le asignó ese nombre?

-Muy inteligente, Stanley –replicó Drew–. Cuando Bergeron ordenó que entregasen allí la vieja y polvorienta carpeta acerca de Monluc... la noche que Jodelle se suicidó en el teatro.

-De ese modo eliminaba cualquier posible relación entre Jodelle y el general –dijo el embajador–. ¿Alguien sabe algo acerca de este Monluc?

-No por su nombre –contestó Latham–, porque los materiales muy secretos relacionados con el asunto también fueron retirados de Washington. Pero la documentación preliminar acerca de Jodelle detallaba su acusación, la que carecía de evidencia, y menos todavía se basaba en pruebas. Por eso la inteligencia de Washington consideró que Jodelle estaba loco. Afirmaba que un general francés, un líder de la Resistencia, en realidad era un traidor que trabajaba para los nazis. Por supuesto, era Monluc, el hombre que ordenó ejecutar a la esposa y los hijos de Jodelle, y el envío de Jodelle a un campo de la muerte.

-El hijo menor que sobrevivió se convirtió en Jean–Pierre Villier -agregó Karin.

-Exactamente. De acuerdo con el padre de Villier –el único padre que él llegó a cunocer jamás– las sospechas de Jodelle sin duda llegaron a oídos del general desconocido, que protegió su cobertura al mismo tiempo que se enriquecía con los regalos de oro y objetos de valor de los nazis.

-Creo que tendré que celebrar esa mítica reunión con el presidente francés –dijo Courtland–. Drew, escriba un informe completo acerca de todo. Díctelo a una secretaria o dos, lo que le parezca mejor, para ahorrar tiempo. Lo necesito en una hora o cosa así. Deposítelo sobre mi escritorio, en la planta baja.

Latham y Witkowski se miraron. El coronel asintió a Drew.

-Eso no funcionará, señor –dijo Latham.

-¿Qué?

-En primer lugar, no hay tiempo. Y además, ignoramos con quién conferenciará el presidente, pero sabemos que hay neos en el Quai d'Orsay, quizá en el círculo interior del presidente. Ni siquiera sabemos a quiénes podemos pedir ayuda, o a quiénes el propio presidente convocará.

-¿Está sugiriendo que actuemos por nuestra propia cuenta, que el personal de la embajada norteamericana actúe en un país extranjero? Si es eso, Drew, usted ha perdido la cabeza.

-Señor embajador, si hay información en ese castillo, registros, papeles, números telefónicos, nombres, no podemos correr el riesgo de que los destruyan. Olvídese de Bergeron por el momento; si en ese lugar es un santuario o un refugio, allí seguramente hay algo más cerveza y salchichas y

Librodot

variaciones de la canción Horst Wessel. Aquí no hablamos sólo de Francia;referimos a Europa entera y a Estados Unidos.

-Comprendo, ¡pero nosotros no podemos adoptar medidas norteamericanas unilaterales en un país anfitrión!

-Si Claude Moreau viviese, la situación sería distinta –interrumpió Witkowski–. Podría aceptar y aceptaría la cobertura de una operación clandestina francesa en beneficio de Francia. ¡Nuestro FBI acepta constantemente esas clase de cosas!

-Coronel, Moreau no está vivo.

-Lo comprendo, señor, pero tal vez haya un modo. –Witkowski se volvió hacia Latham. –Ese Francois, de quien habló hace un momento, contrajo una deuda con usted, ¿no es verdad?

-Deje eso, Stosh, no lo implicaré en este asunto.

-Ignoro por qué no. Usted acaba de argumentar bien la posibilidad de una interferencia diplomática grave, tan grave que puede llevar al reemplazo de un embajador.

-¿Cuál es su idea? –dijo Drew mirando al coronel.

-El Deuxieme colabora con el Service d'Estranger, es decir el servicio exterior francés. Las líneas de autoridad de estas dos entidades a menudo chocan, más o menos como sucede con nuestra CIA, el FBI y otras entidades de inteligencia. Eso es comprensible, ¿verdad?

-Adelante coronel.

-Tanto una ventaja como los graves problemas que agobian a todas las burocracias de la inteligencia se reflejan en la confusión que es el resultado de esos conflictos…

-¿Adónde demonios quiere ir a parar, Stanley?

-Muy simple, amiguito. Pida a este Francois que llame a alguien a quien conoce bien en el Etranger y le repita, por ejemplo, la mitad de la historia que él le contó.

-¿Qué mitad?

-Que de pronto recordó que Bergeron, a quien todos están buscando, lo envió con una vieja carpeta a ese castillo del Loira. Es todo lo que necesita decir.

-¿Por qué no suministra esa información a su propia gente del Deuxieme?

-Porque nadie está cargo de la entidad. Moreau fue muerto ayer, Bergeron desapareció hace pocas horas, y Francois no sabe en quien confiar.

-¿Y qué?

-Yo me ocuparé del resto –dijo Witkowski con voz suave.

-¿Cómo dice? –preguntó Courtland.

-Bien, señor, siempre hay cosas que un hombre que está en la posición que usted ocupa puede negar sinceramente porque no está enterado.

-No me diga –interrumpió el embajador–. Parece que yo dedico bastante tiempo a enterarme de esas cosas que supuestamente desconozco. ¿Qué puede decirme ahora que venga a confirmar mi desconocimiento?

-Muy poco, señor. Tengo amigos, digamos colegas profesionales, en los niveles más altos del Serevice d'Estranger. Hubo épocas en que los delincuentes norteamericanos, por ejemplo los miembros del delito organizado o los hombres del narcotráfico estaban en Francia, y nosotros conocíamos sus andanzas mejor que los franceses... en fin, en aquellos tiempos yo he sido muy generoso con nuestra información.

-Coronel, su posición es especialmente oblicua.

-Gracias, señor embajador.

-Repitamos –dijo nervioso Latham–. ¿Cuál es su idea?

-Mientras la información provenga de una fuente de la inteligencia francesa, yo puedo actuar. Los franceses se arrojarán ávidamente sobre el asunto, y nosotros dispondremos de todo el personal de apoyo que podamos necesitar en una situación urgente. Sobre todo, tendremos el secreto que es fundamental, porque necesitamos actuar de prisa.

-Coronel, ¿cómo puede estar seguro de todo eso?

-Porque señor, los miembros de los servicios clandestinos difundimos con verdadero placer el mito de nuestra invencibilidad. Nos agrada especialmente aparecer con resultados sorprendentes de cuya existencia nadie tenía la más mínima idea. Es propio del oficio, señor embajador, y en este caso eso no favorece. Vea, monopolizamos la información, orquestamos todos y los franceses se benefician con el mérito de la operación. Es un regalo del cielo.

-No estoy seguro de haber entendido una palabra de lo que usted dijo.

-No tiene por qué entender nada, señor –dijo el veterano oficial del G–2.

-¿Y yo? –preguntó de Vries–. Por supuesto, los acompañaré.

-Sí, nos acompañará, querida. –Witkowski sonrió amablemente, y miró de reojo a Drew. –Estudiaremos los mapas de la zona, el Service d'Estranger tiene el catastro gráfico de cada metro cuadrado del suelo francés, y encontraremos algún terreno alto desde donde pueda dominarse el castillo. Usted se ocupará de la radio.

-Eso es una tontería. Merezco estar con ustedes.

-No seas injusta, Karin –dijo Latham–. Estas herida, y por muchos analgésicos que consumas no alcanzarás un nivel de eficacia del ciento por ciento. En pocas palabras, en la escena de los hechos serás una molestia más que una ventaja. Ciertamente, para mí.

-Saben –dijo de Vries, mirando a Drew–, puedo comprender esa posición y aceptarla.

-Gracias. Además, nuestro teniente será muy poco útil, y también tendrá que ocupar un lugar en la retaguardia. Está peor que tú; el único modo en que puede disparar un arma es si se la aseguran con cemento a la mano.

-Puede atender la radio, con Karin, una suerte de equipo de retaguardia –agregó el coronel–. Coordinadores, de modo que no tengamos que mantenernos en comunicación constante.

-Stanley, eso parece dicho con un terrible aire de superioridad.

-Quizá es así, Karin, pero uno nunca sabe.

Librodot

El principal subdirector del Service d'Estranger era un ambicioso analista de cuarenta y un años, cuya buena suerte era conocer a Francois. Había sido un pretendiente de Yvonne, la esposa de Francois, antes del matrimonio de ésta, y aunque había ascendido más rápido y más alto que Francois en la jerarquía oficial, continuaban siendo amigos, y Francois sabía por qué. El analista, un hombre de carácter oportunista, nunca cesaba de explorar los secretos del Deuxième Bureau.

-Conozco al hombre adecuado –había dicho Francois respondiendo al pedido de Latham–. Es lo menos que puedo hacer por usted, e imagino que también por él, después de tantos almuerzos y cenas muy caros en el curso de los cuales no se enteró de nada. Como usted sabe, gana muy bien; se diplomó en la universidad y es inteligente. Creo que acogerá con entusiasmo la idea.

Todos sabían que los analistas no eran combatientes de primera línea, ni pretendían serlo. Pero aun así, en el marco de una operación concreta y con circunstancias hipotéticas, podían suministrar precedentes y tácticas que a menudo eran muy valiosos. El director adjunto Cloche se reunió con la unidad N–2 en el Plaza–Athénée.

-¡Ah, Stanley! –exclamó, entrando en la suite con un portafolios. Cuando usted telefoneó poco después del llamado un tanto histérico de Francois, me sentí muy aliviado. Todo es tan trágico, tan catastrófico, pero con su sentido del control, bien... me sentí aliviado.

-Gracias, Clément, me alegro de verlo. Me encargaré de las presentaciones. –Hubo presentaciones, y todos se sentaron alrededor de la mesa circular del comedor. –¿Pudo traer lo que le pedí? –continuó diciendo el coronel.

-Todo, pero debo advertirle que lo hice sobre la base de los fichiers confidentiels.

-¿Qué es eso? –preguntó Drew en un tono que rozaba la descortesía.

-Las copias fueron preparadas para monsieur Cloche por referencia a la extrusión confidencial –explicó Karin.

-¿Qué es eso?

-Creo que los agentes norteamericanos lo llaman "solo" –aclaró el alto funcionario del Etranger–. No expliqué los motivos de mi pedido... en concordancia con lo que me dijo mi amigo Stanley. ¡Caramba, el tema de los neonazis constituye una de las áreas más secretas del gobierno! El propio Deuxième. ¡Increíble! Corrí considerables riesgos, pero si podemos hallar a este traidor, Bergeron, mis superiores no tendrán más remedio que aplaudirme.

-¿Y si no lo encontramos? –preguntó el teniente Anthony, con el brazo vendado extendido sobre la mesa.

-Bien, procedí para ayudar a un subordinado nervioso del Deuxième, una organización que en este momento carece de dirección, y también para colaborar con nuestros queridos aliados, los norteamericanos.

-Señor, ¿alguna vez participó en una incursión clandestina? –preguntó el capitán Dietz.

-No, capitán, soy analista. Yo dirijo, no participo en esas actividades.

-Entonces, ¿no vendrá con nosotros?

-Jamás.

-C'est bon, señor.

-Muy bien –interrumpió Witkowski, dirigiendo una mirada desagradable a Dietz–. Pasemos a los detalles concretos. Clément, ¿trajo los mapas?

-Más que meros mapas. Las elevaciones que usted solicitó, enviadas por las oficinas topográficas del Loire. –Cloche abrió su portafolios extrajo varias páginas dobladas y las extendió sobre la mesa. –Éste es El Nido del Aguila. Abarca ciento setenta y cinco hectáreas, y sin duda no es la más grande pero tampoco la más pequeña de las propiedades heredadas.

Fue entregada inicialmente por decreto real a un duque de jerarquía inferior en el siglo XVI, y la familia...

-Señor, no necesitamos la historia –interrumpió Latham–. ¿Cómo está ahora? Perdóneme, pero tenemos muchísima prisa.

-Muy bien, pero le advierto que la historia es importante en vista de sus fortificaciones, naturales y artificiales.

-¿Qué fortificaciones? –preguntó Karin poniéndose de pie, la mirada clavada en el mapa.

-Aquí, aquí, aquí y aquí –dijo Cloche, también de pie, lo mismo que el resto del grupo, y señalando las secciones en el mapa desplegado.

Son canales profundos, de lecho blando, que rodean tres quintas partes del castillo y están alimentados por el río. Están atestados de juncos y pastos silvestres, como sugiriendo que cruzar esas fosas es sencillo; pero esos antiguos nobles que guerreaban constantemente unos contra otros conocían los modos de defenderse cuando afrontaban los ataques. Cualquier ejército de arqueros y artilleros que se metiera en esos cursos de agua aparentemente poco profundos se hundía en el lodo y se ahogaba, llevándose consigo su artillería.

-Un recurso notable como estrategia –dijo Witkowski.

-Notable, por tratarse de una técnica utilizada hace siglos –coincidió el capitán Dietz.

-¿Cuántas veces le dije que había de volver los ojos hacia el pasado?

-preguntó el teniente Anthony, tocando el pecho del capitán con el brazo derecho y estremeciéndose a causa del dolor–. Usaban lo que tenían, y la historia se repite.

-Gerry, creo que eso es una esquematización –se opuso Karin, los ojos todavía fijos en el mapa–. Esos canales con agua se habrían secado hace muchos años, por desgaste y acumulación de sedimentos, porque no eran naturales. Se los excavaba y recanalizaba constantemente. Pero usted tiene razón, teniente, quien sea el propietario de este castillo estudió y reabrió los canales, limpiando el curso hasta las antiguas fuentes del río Loira. ¿Estoy en lo cierto, monsieur Cloche?

-Es la conclusión a la cual yo llegué, madame, pero nadie me permitió explicarla.

-Ahora puede hacerlo –dijo Latham–, y me disculpo. Aceptaremos lo que usted desee aportarnos.

Librodot

-Muy bien, gracias. Hay esencialmente dos vías de acceso; por supuesto, los portones del frente, y los del lado noreste. Por desgracia, al nivel del suelo un muro de piedra de cuatro metros de alto rodea todo el castillo, con una sola interrupción, además de los portones. Está al fondo, y es un sendero que conduce a un amplio patio abierto, desde el cual se dominan sectores del valle. Es la pared que les opondrá más dificultades. Digamos de pasada que fue construida hace cuarenta y nueve años poco Después de la liberación de Francia.

-Probablemente está reforzado en el borde superior con alambres de púa, quizá electrificado –murmuró el capitán Dietz.

-Sin duda, capitán. Debe partirse de la premisa de que toda la propiedad, incluidos los terrenos, están muy bien defendidos.

-¿Incluso los antiguos canales? –interrumpió el teniente.

-Quizá un poco menos, pero si nosotros nos hemos enterado de sus características, otros pudieron hacerlo.

-¿Y qué sabe del sendero? –preguntó Drew–. ¿Cómo puede llegarse a él?

-De acuerdo con las elevaciones –replicó Cloche señalando un sector del mapa teñido de verde y gris–, hay un promontorio, para ser exacto el borde de una colina empinada, desde el cual se domina el sendero, que corre más o menos unos trescientos metros más abajo. Un modo de acercarse consiste en descender por allí; pero incluso si no hay cables que activan algún sistema de alarma, los cuales probablemente existen, siempre debe recordarse la existencia del muro.

-¿Qué altura tiene el promontorio? –preguntó Latham.

-Ya se lo dije, alcanza una altura de trescientos metros sobre el sendero.

-Lo que quiero saber es esto: desde ese lugar, ¿uno podría ver más allá del muro?

El hombre del Service d'Etranger se inclinó hacia adelante y estudió la geometría del mapa.

-Yo contestaría afirmativamente, pero esa conclusión se basa en la exactitud de lo que estoy leyendo. Si uno traza una línea desde la altura de la colina hasta la elevación de la pared, es decir una línea recta hacia abajo, parecería que la respuesta a su pregunta es afirmativa.

-Gran jefe, leo sus intenciones como si estuviera mirando un libro abierto –dijo el teniente Gerald Anthony–. Yo podría encaramarme allí.

-En efecto, jóven –coincidió Drew–. El PuestO de Observación número uno, o como quiera que ustedes los militares lo designen.

-Creo que ese lugar debería ser mío –afirmó Karin muy convencida–. Si hay problemas, puedo disparar un arma, y en cambio Gerry apenas puede sostenerla.

-Vamos, señora de Vries, usted también está herida.

-En el hombro derecho, y soy zurda.

-Discutiremos eso entre nosotros –observó Witkowski, volviéndose hacia Latham–. Ahora me toca el turno de preguntar cuál es la idea que usted propone.

Librodot

-Me sorprende que sea necesario explicarla, coronel y Gran Maestro del Espionaje. Hemos retornado al agua, solo que esta vez en lugar de un gran río, vemos el angosto canal de una antigua acequia, en que los juncos y los altos pastos silvestres disimulan nuestra presencia. Alcanzamos la orilla bajo el sendero, y nuestro experimentado explorador que está en el terreno alto nos informa en qué momento podemos trepar a la pared porque no hay guardias patrullando el sector.

-¿Con qué escalaremos?

-Con ganchos de abordaje –contestó el capitán Dietz. ¿Acaso podría pensarse en otra cosa? El tipo de ganchos gruesos y sólidos, con puntas de goma dura. Son silenciosos, más fuertes que el acero, y las cuerdas pueden ser cortas, con una longitud de sólo dos a dos metros y medio.

-¿Y si los ganchos tocan el alambre de púa? –preguntó Witkowski, los ojos brillantes–. Esa pared es una basura.

-No son los ricos de la Playa Omaha, Stanley. Tiene una altura de sólo cuatro metros. Si estiramos los brazos sobre nuestras propias cabezas, las manos quedarán a un metro y veinte de la cima. En diez o doce segundos Dietz y yo podemos estar arriba, en suelo firme, dedicando el tiempo necesario a evitar las alambradas.

-¿Usted y Dietz?

-Coronel, discutiremos eso más tarde. –Latham se volvió rápidamente hacia Cloche. –¿Qué hay detrás de la pared? –preguntó.

-Mire usted mismo –dijo el representante sel Service d'Estarnger, de nuevo señalando el mapa e inclinándose hacia adelante, el dedo índice apuntando a determinadas áreas–. Como usted puede ver, la pared avanza en todas direcciones unos ochenta metros, a partir de los cimientos del castillo, lo cual permite la existencia de una piscina, varios patios y una pista de tenis, todo rodeado por prados y jardines. Un ambiente muy civilizado, además de seguro, con lo que debe ser un hermoso paisaje con las colinas que se elevaban detrás del muro.

-¿Qué hay en el sector que se extiende detrás del sendero?

-De acuerdo con estos planos, está la piscina con una serie de cabañas a los costados, y después tres entradas que conducen a la estructura principal... aquí, aquí y aquí.

-Derecha, centro e izquierda –dijo el teniente Anthony–. ¿Adónde conducen las puertas?

-La que está a la derecha parece abrirse sobre una enorme cocina, la de la izquierda lleva al pórtico cerrado que está al norte, y la puerta central corresponde a una sala común muy espaciosa.

-¿Una especie de sala de estar muy grande?

-Sumamente grande, teniente –dijo Cloche.

-Estos planos, como usted los llama, ¿están actualizados? –preguntó Drew.

-Corresponden a dos años atrás. Debe recordar, monsieur, que en un régimen socialista los ricos, y sobre todo los muy ricos, están expuestos al examen continuó de la Oficina de Impuestos, que basa sus gravámenes en la zonificación y la evaluación.

Librodot

-Dios los bendiga –dijo Latham.

-¿Y las cabañas? –murmuró Dietz.

-Serán las primeras que inspeccionaremos, con las armas en posición de fuego rápido –dijo Anthony.

-Después, cuando hayamos sobrepasado el muro, el capitán y yo enfilaremos hacia las puertas de la derecha y la izquierda, protegiéndonos con las sombras que podamos hallar después de arrojar los ganchos de abordaje sobre el muro.

-¿Y yo? –dijo Witkowski.

-Acabo de decirle, coronel, que eso lo conversamos después. ¿Cuál será nuestro respaldo, monsieur Cloche?

-De acuerdo con lo que resolvimos, serán diez experimentados agentes du combat escondidos exactamente a unos cien metros del costado del camino, y dispuestos a atacar el castillo cuando reciban la orden por la radio.

-Asegúrense de que esos hombres estén bien ocultos. Conocemos a esta gente; incluso el más leve indicio de la presencia de intrusos los induciría a quemar todos los documentos existentes en la casa. Es fundamental que nos apoderemos de todo lo que guardan allí.

-Comparto su preocupación, monsieur, pero una operación de dos hombres me parece... ¿cómo dirían ustedes?... lo contrario del exceso de personal.

-La escasez –dijo Dietz–. Estimado representante de Operaciones Consulares, él tiene razón.

-¿Quién habló de una operación con dos hombres? –interrumpió Witkowski.

-Por Dios, Stanley. –Latham miró con un aire de arrogante superioridad al veterano del G–2. –Estuve viendo su foja de servicios. Usted tiene más de sesenta años, y no quiero ser responsable de que le alojen una bala en el cerebro porque no se agachó a tiempo.

-Amiguito, cuando usted lo desee podemos probar y veremos cuál de los dos es más rápido.

-Ahórreme el machismo. Le haremos señales de que se acerque cuando sea lógico.

-Permítanme repetir mi objeción –interrumpió el subdirector del Service d'Etranger–. He organizado ataques como éste en Medio Oriente, en Omán, Abu Dabi, Barhein y otros lugares, cuando utilizábamos a los hombres de la Legión Extranjera. Como mínimo, usted debería contar al menos con dos personas más... aunque sea únicamente para proteger sus flancos.

-Tiene muchísima razón, señor –dijo el teniente Anthony.

-Menos que eso sería ridículo, o incluso suicida –agregó Karin.

Drew apartó los ojos del mapa y miró a Cloche.

-Quizá no he pensado con suficiente claridad –dijo–. Está bien, dos más. ¿A quiénes proponen?

Librodot

-Cualquiera de los diez sería eficaz; pero hay tres que provienen de la Legión, y que trabajaron para las Fuerzas de Seguridad de las Naciones Unidas.

-Elija a dos de ellos y dígales que estén aquí en un par de horas... Ahora bien, pasemos al equipo, y en eso, Stosh, usted puede ayudarme.

-Además de los ganchos de abordaje y las cuerdas, esos nuevos fusiles con silenciador, treinta proyectiles por cargador, cuatro cargadores por hombre –comenzó a decir Witkowski–. También una balsa negra de goma, y pequeñas linternas que emiten luz azul, radios militares de ultrafrecuencia, ropas de fajina camufladas, binoculares para visión nocturna, cuchillos de caza, cachiporras, cuatro pequeñas automáticas Beretta, y en caso de complicaciones, tres granadas por cabeza.

-¿Puede conseguir esas cosas, monsieur Cloche?

-Si lo repite lentamente, sabré a qué atenerme. Ahora, con respecto al momento...

-Esta noche –lo interrumpió Latham–. En la hora de oscuridad más densa.

El antiguo chateau era un resto gótico, con su silueta impresionante recortada contra el límpido cielo nocturno, la luz de la luna del valle del Loira reflejándose en sus torres y sus agujas. En esencia, era más bien un pequeño castillo, la manifestación egocéntrica de un noble de rango menor que aspiraba a un linaje más excelso. Estaba construido con piedra labrada a la cual se había agregado retazos de ladrillo; los siglos habían dejado sucesivos estratos, remodelados constantemente al compás del paso de las generaciones. Había algo hipnótico en la yuxtaposición de las amplias y altas antenas de televisión con las paredes de piedra construidas en el siglo XVI, algo que incluso era sobrecogedor, como si la civilización constituyese un proceso inevitable desde la tierra hasta el cielo desde los arcos y los cañones a las estaciones espaciales y las cabezas nucleares. ¿Qué era mejor y dónde concluiría?

Poco antes de las dos de la madrugada, las brisas soplaban suavemente y se acallaban los sonidos de los animales nocturnos; fue entonces que la unidad N más dos hombres que antes habían pertenecido a la Legión Extranjera francesa, fueron a ocupar sus posiciones. Ateniéndose a un mapa del terreno, apenas revelado por la escasa luz azul de la lapicera–linterna, el teniente Gerald Anthony guió a Karin de Vries a través de los arbustos, ascendiendo la empinada colina, en dirección al promontorio. En el camino, de pronto Karin murmuró:

-¡Gerry, deténgase!

-¿Qué sucede?

-Vea, allí. –Extendió la mano hacia las ramas de un arbusto grande y se apoderó de un gorro viejo y sucio, que parecía un trapo más que otra cosa. Lo volvió en las manos, y la luz azul de la pequeña linterna iluminó el forro roto. Ella contuvo una exclamación cuando vio algo.

-¿Qué pasa? –murmuró el teniente.

-¡Mire! –Karin entregó el gorro a Anthony.

-¡Dios mío! –exclamó el comando. El nombre Jodelle aparecía escrito en letras de imprenta, con mano temblorosa, la escritura cargada de tinta como

Librodot

un acto intensamente posesivo. –El anciano sin duda estuvo aquí –murmuró el teniente.

-Sin duda, este hallazgo permite llenar algunos huecos. Démelo, lo guardaré en mi bolsillo... ¡Vamos!

Mucho más abajo, en los pantanos poco profundos, ocultos por los altos pastos, los cinco hombres estaban agrupados en el escaso espacio de la balsa de goma. Latham y el capitán Dietz estaban en la proa y, designados sencillamente con las palabras Uno y Dos, un soldado francés detrás de cada uno de ellos; ese personal prefería el anonimato. En la popa de la pequeña embarcación estaba el irritado coronel Stanley Witkowski; y si las miradas hubieran podido provocar una explosión en el ambiente, todo el grupo habría sido despedido del área cubierta por el pantano.

Drew apartó los juncos, y fijó la mirada en el promontorio de la empinada colina. Llegó la señal. Dos chispazos de luz azul no muy viva.

-¡Vamos! –murmuró–. Ya están en sus respectivos lugares.

Utilizando los dos remos negros en miniatura, los agentes franceses impulsaron la balsa entre los juncos hacia un lugar relativamente abierto, al sector de aguas poco profundas del antiguo canal. Lentamente, golpe tras golpe, se abrieron paso hacia la orilla opuesta que estaba a unos cincuenta metros de distancia, después de pasar al lado de un túnel circular de ladrillo que permitía que el agua desviada del río Loira llegase al pantano.

-Usted tenía razón, Operaciones Consulares –dijo el capitán comando, en voz baja–. Mire allí, dos cables de alambre sostenidos por y cruzando la entrada. Estoy completamente seguro de que se encuentran conectados con campos magnéticos. Los desechos que flotan en el río pueden pasar, pero no un cuerpo que tiene la densidad de un ser humano.

-Así tenía que ser, Dietz –murmuró Latham–. De lo contrario, habría existido un camino abierto a lo largo de la orilla, para llegar a esa absurda construcción que es medio castillo medieval medio propiedad señorial.

-Como le dije a la señora de Vries, usted es un tipo muy inteligente.

-Al demonio con eso. Tuve un hermano que me enseñó a estudiar un problema, a estudiarlo de nuevo y después otra vez, y finalmente a examinarlo para imaginar lo que había omitido.

-Ése es el "Harry" de quien oímos hablar, ¿no es verdad?

-Ése es el Harry capitán.

-Y por eso usted está aquí ¿no es así?

-Ésa es parte de la verdad, Dietz. La otra parte es lo que él descubrió.

La balsa de goma se acercó a la orilla. En silencio, la unidad preparó las cuerdas y los ganchos de abordaje que estaban en el fondo de la embarcación, y se acercó a la orilla lodosa del canal. Drew extrajo la radio de ultrafrecuencia del bolsillo lateral de su ropa de fagina camuflada, y presionó el botón de la trasmisión.

-¿Si? –llegó el murmullo de Karin por el minúsculo altavoz.

-¿Cuál es tu visibilidad? –preguntó Latham.

-Del setenta al setenta y cinco por ciento. Con nuestros binoculares podemos explorar la mayor parte del sector de la piscina, pero solo una parte del costado norte.

-No está mal.

-Yo diría que está muy bien.

-¿Hay signos de movimiento? ¿Luces?

-Sí para las dos cosas –intervino el murmullo del teniente–. Como un mecanismo de relojería, dos guardias se pasean por el sector posterior, y después describen un círculo para regresar a los puntos medios de los costados norte y sur. Llevan pequeñas metralletas, probablemente Uzi o adaptaciones alemanas, y están equipados con radios que cuelgan del cinturón...

-¿Qué visten? –interrumpió Drew.

-¿Qué más? Camisas y pantalones negros, paramilitares, y esos brazaletes rojos absurdos con los rayos que atraviesan la svástica.

Seguramente delincuentes que juegan a los soldados, con el correspondiente corte de cabello. No puede confundirlos, gran jefe.

-¿Luces?

-Cuatro ventanas, dos en el primer piso, una en el segundo y otra en el tercero.

-¿Actividad?

-Fuera de los dos guardias, sólo en el sector de la cocina... sobre el lado sur, en el primer piso.

-Sí, recuerdo los mapas. ¿Ideas acerca de nuestra infiltración?

-Sí, ciertamente. Las dos patrullas enfilan hacia las sombras del sector medio, y desaparecen por lo menos durante trece segundos, y a lo sumo durante diecinueve. Ustedes pasan el muro, yo les envío dos señales por el trasmisor, y ustedes saltan... ¡De prisa! Hay tres cabañas abiertas, de modo que retiro lo que dije antes; divídanse y vayan a ellas. Esperen el regreso de los guardias, aprésenlos como puedan, y arrojen los cuerpos por encima del muro, o arrástrenlos a las cabañas, lo que sea más rápido y más fácil. Hecho esto, tendrán un limitado acceso libre, y podrán hacer señas al coronel.

-Excelente, teniente. ¿Dónde están ahora los delincuentes?

-Separándose y volviendo hacia los costados. ¡Suban al muro!

-¡Con cuidado, Drew! –dijo de Vries.

-Todos tendremos cuidado, Karin... Vamos. –Como hormigas disciplinadas que suben a un montículo de tierra, los cinco hombres se acercaron al elevado muro de ladrillo y al portón de hierro todavía más alto que estaba cerca del sendro. Latham se adelantó, y examinó el lugar; el "portón" estaba construido con una lámina de acero gruesa y pesada, que superaba la altura del muro, sin rendijas ni espacios para insertar llaves. Podría abrírselo sólo desde adentro. Drew volvió adonde estaban los otros, meneando la cabeza bajo la luz de la luna. Todos asintieron, aceptando la conclusión prevista de que había que escalar el muro.

De pronto, oyeron el ruido de las botas sobre la piedra, y después dos voces que flotaron sobre ellos.

-¿Zigarette?

-¡Nein, ist schlecht!

-Unsinn.

Librodot

I ld dos franceses se

El repiqueteo de las botas continuó; los soldados franceses se incorporaron, retrocedieron y levantaron del suelo los ganchos de abordaje y las cuerdas cortas. Se prepararon y esperaron; en silencio, sin respirar, todos esperaron. Y entonces llegaron los dos golpes cortos y sofocados de la radio de Latham. Los franceses arrojaron sobre el muro los ganchos de plástico macizo, tiraron, y sostuvieron tensas las cuerdas mientras Drew y el capitán Dietz se desplazaban como monos, las armas colgadas de los hombros, trepando una mano sobre la otra, golpeando con las rodillas el ladrillo, hasta que los cuerpos de los dos desaparecieron en la cima. Apenas lo lograron, los soldados franceses iniciaron el ascenso, en pos de los norteamericanos; cuatro segundos después los ganchos de abordaje retornaron volando, y se hundieron en la tierra húmeda de la orilla, y por poco llegaron a golpear al enfurecido Witkowski.

Del otro lado del muro, Latham hizo un gesto en dirección al comando norteamericano y al grupo francés de protección, con el fin de que se acercaran a la cabaña más alejada que estaba abierta, mientras él y su hombre corrían hacia la primera. Las cabañas eran simples estructuras de madera, parecidas a tiendas, y cubiertas con lienzos de rayas de vivos colores; las entradas no eran más que solapas que podían ser recogidas y que se mantenían abiertas con fines de ventilación. La piscina misma estaba oscura, y el sonido de los filtros del agua apenas era un zumbido distante. En la primera cabaña, Drew se volvió hacia el francés número Uno.

-Usted sabe lo que haremos ahora, ¿verdad?

-Sí, lo sé –dijo el francés, mientras desenvainaba su cuchillo de hoja larga, y Latham hacía lo mismo–. Por favor, no –agregó el agente, aferrando la muñeca de Drew–. Usted es valiente, pero mi colega y yo tenemos más experiencia en estas cuestiones. El capitán y nosotros ya discutimos esto. Usted es demasiado valioso para arriesgarlo en este asunto.

-¡No le pediré nada que yo no esté dispuesto a hacer!

-Usted ya demostró que puede hacerlo; pero sabe lo que es necesario buscar, y nosotros no.

-¿Ustedes discutieron eso...?

-¡Silencio! –murmuró el agente–. Aquí vienen.

Los minutos siguientes fueron como un espectáculo de marionetas que se desarrolló en tres velocidades: movimiento lento, detención y avance rápido. Los dos agentes franceses salieron con gestos cautelosos de sus respectivas cabañas, realizaron un movimiento envolvente y permanecieron inclinados, hasta que cada uno estuvo detrás de su blanco, como dos animales al acecho. De pronto, el guardia que venía del norte vio al agente que venía del sur y cometió un error. Entrecerró los ojos para asegurarse de que su mirada sobresaltada no lo engañaba. Desprendió del hombro la metralleta, y se disponía a gritar cuando el Número Dos cayó sobre él, y cerró la mano izquierda sobre el cuello del guardia, mientras el cuchillo se le clavaba en la espalda. El otro guardia, sorprendido, giró en redondo cuando el Número Uno se abalanzó, el cuchillo en alto, cortando el sonido cuando la hoja se hundió en el cuello del nazi.

Librodot

Todo movimiento cesó, y esos segundos fueron necesarios para evaluar el momento. Silencio. Resultados positivos. Ahora, los franceses comenzaron a arrastrar a los guardias muertos hasta el borde de la pared más próxima a cada uno, dispuestos a arrojar los cuerpos al otro lado, cuando Latham salió corriendo de la primera cabaña.

-¡No! –murmuró, en voz tan alta que parecía un rugido–. ¡Tráiganlos aquí!

Adentro, los tres hombres estaban alrededor de Drew, desconcertados y un poco irritados.

-¿Qué demonios quiere hacer? –preguntó el comando Dietz–. No necesitamos que nadie encuentre a estos tipos, ¡caramba!

-Capitán, creo que a usted se le escapó algo. Las proporciones de los cuerpos.

-Uno es bastante corpulento, el otro no. ¿Y qué?

-Usted y yo, capitán. No encajarán a la perfección, pero apuesto a que podemos calzarnos estos estúpidos uniformes... sobre nuestra de fajina. Incluso las camisas... allí afuera está oscuro.

-Caramba –dijo Dietz con voz pausada–. Tal vez usted tenga razón. Con esta luz será mejor camuflaje que lo que usamos ahora.

-¡Dense prisa! –dijo el francés Número Uno, mientras él y su colega se arrodillaba y comenzaban a despojar a los cadáveres de los uniformes ensangrentados.

-Hay un problema –interrumpió el capitán, los ojos fijos en Drew–. Yo hablo alemán, y ellos también, pero usted no.

-No me propongo jugar bridge o beber una copa con nadie.

-Pero si nos detienen, estos no son los únicos que están de guardia aquí, se lo aseguro, y poco importa que esté oscuro o no.

-Un momento, por favor –dijo el Número Dos–. Monsieur Latham, ¿puede pronunciar la palabra "Halsweh"?

-Por supuesto, halls–fay.

-Pruebe de nuevo –dijo Dietz, asintiendo con gesto aprobador para beneficio de los franceses–. Notable, amigos... adelante, Halsweh.

-Halls–vay –murmuró Latham.

-Está bastante bien –dijo el comando–. Si alguien nos detiene, yo hablaré. Si ellos le dirigen la palabra, tosa y fuerte la voz, llévese la mano al cuello, y escupa la palabra Halsweh, ¿entiende?

-¿Y qué demonios significa?

-En alemán, que le duele la garganta. Ya sabe, la estación del polen. Mucha gente sufre dolores de la garganta y le lloran los ojos.

-Gracias. Si necesito un médico, lo llamaré.

-Suficiente, pónganse las ropas.

Cuatro minutos después, Latham y Dietz se parecían bastante a las patrullas neonazis, con las armas, las manchas de sangre y el resto. No podrían engañar a nadie bajo una luz intensa, pero en las sombras y la semioscuridad ambos podían inducir a error al enemigo. Desechando las metralletas alemanas, las reemplazaron con su propio equipo dotado de

Librodot

silenciadores, y pasaron al tiro individual, en caso de que una situación exigiera un solo disparo, no el fuego rápido.

-Uno de ustedes llame a Witkowski –ordenó Drew–. Imiten el llamado de un pájaro, y cuidado, no sea que un gancho de abordaje les caiga sobre el cuello. A Witkowski no le agrada la vida de campamento.

-Yo iré –dijo Dietz, saliendo de la cabaña.

-No, usted no –dijo Latham, cerrando el paso al comando–. Si ve ese uniforme, quizá le vuele la cabeza. Vaya usted, Número Uno. Usted habló con él bastante ésta tarde, de modo que reconocerá su voz.

-Muy– bien.

Noventa y seis segundos después, la imponente figura del coronel Stanley Witkowski ingresó en la cabaña.

-Veo que estuvieron ocupados –dijo, mirando a los dos cadáveres despojados de sus ropas–. ¿Para qué son esos estúpidos uniformes?

-Saldremos a cazar, Stosh, y usted permanecerá aquí, con nuestros amigos franceses. Cubrirá nuestra retaguardia, y nuestras vidas dependerán de ustedes tres.

-¿Qué se proponen hacer?

-Empezar a mirar. ¿Acaso tenemos otra alternativa?

-Pensé que podrían echar a perder el asunto sin referencias específicas –dijo Witkowski, y extrajo una ancha hoja de papel plegado de su chaqueta, y lo abrió, lo depositó sobre la espalda de uno de los cadáveres. Encendió el lápiz luminoso; era un diagrama reducido del Nido del Aguila. –Conseguí que Cloche me preparase esto en París. Por lo menos no buscarán a ciegas,

-¡Condenado Stanley! –Drew miró agradecido a Witkowski–, de nuevo se me adelantó. Todas esas páginas que estaban manipulando se resumen en este diagrama. ¿Cómo pensó en ello?

-Usted es bueno, chlopak, pero está un poco retrasado. Necesita una pequeña ayuda de los viejos mastodontes, y eso es todo.

-Gracias, Stosh. ¿Por dónde empezamos? ¿Qué opina?

-Lo mejor sería apoderarse de un rehén y enterarse de todo lo que el otro sabe. Ustedes necesitan más que planos preparados dos años antes, sobre un pedazo de papel.

Latham metió la mano en la camisa negra del nazi y extrajo la radio.

-¡Karin! –murmuró después de pulsar el botón de la trasmisión.

-¿Dónde están? –dijo de Vries.

-Adentro.

-Lo sabemos –interrumpió el teniente–, vimos ese pequeño ejercicio en que intervinieron los nuevos reclutas. ¿Continúan alrededor de la piscina?

-Sí.

-¿Qué necesitan? –preguntó Karin.

-Queremos capturar un prisionero y formularle algunas preguntas. ¿Hay gente a la vista?

Librodot

-No a campo abierto –dijo Anthony–, pero en esa cocina hay dos o tres hombres; pasan a cada momento frente a la ventana del fondo. Parecen muy atareados, lo cual resulta un tanto extraño a esta hora.

-Berchtesgaden –dijo Witkowski en vaz haja.

-¿Qué? –dijo Dietz mientras él y los otros miraban al coronel.

-Es una reproducción de la Berchtesgaden, de Hitler, donde los padrillos nazis y sus múltiples amantes se divertían noche y día, sin saber que Hitler tenía micrófonos en todos los cuartos, y que estaba atento a la posibilidad de que hubiese traidores.

-¿Cómo lo sabe? –preguntó Drew.

-Testimonio de los juicios de Nuremberg. Esa cocina no descansará; los muchachos de la guardia necesitan un descanso de tanto en tanto, y siempre tienen apetito.

-Fuera –dijo Latham a la radio, y la devolvió al bolsillo de su camisa–. Muy bien, amigos, ¿cómo capturamos a algunos de esos tipos?

-Ésa es mi tarea –replicó Dietz, que encendioi su lápiz luminoso y estudió los planos del castillo–. Quien está allí es alemán o francés. Usted no habla alemán, y su francés es casi incomprensible; los demás no están vestidos en forma apropiada... Hay una puerta sobre el costado. Asomaré la cabeza y pediré una taza de café, rogando que alguien me la acerque. En alemán... los dos hombres que patrullaban eran alemanes.

-¿Y si ven que usted no es el mismo guardia?

-Diré que el otro se enfermó, y que yo estoy relevándolo. Por eso necesito el café, todavía estoy medio dormido. –Dietz abandonó de prisa la cabaña y caminó con paso rápido por el sector sur, en dirección a la puerta de la cocina. Latham y Witkowski se agazaparon frente a la entrada de la tienda, observando a Dietz. El comando se detuvo bruscamente, como paralizado, cuando de pronto se encendieron dos focos que estaban al costado del castillo. Dietz quedó completamente expuesto, y la camisa negra y los pantalones revelaron que eran meros injertos. Una pareja entró en la zona iluminada, viniendo de las sombras cavernosas que cubrían el sector más alejado; eran una jóven con minifalda y un hombre alto de mediana edad. El hombre reaccionó al ver al capitán; primero manifestó alarma, y después enojó. Hundió la mano bajo la chaqueta; el comando no tuvo alternativa. Disparó una sola bala de su arma con silenciador y alcanzó al hombre en la cabeza, mientras corría hacia la mujer cuyo grito fue interrumpido por el golpe que Dietz le dirigió al cuello. Cuando ella se desplomó, el comando apuntó con su arma; dos chasquidos más anularon las luces. Después, alzó a la mujer, la cargó al hombro, y regresó a la cabaña.

-¡Traigan al hombre! –murmuró ásperamente el coronel, volviendo a cerrar la cabaña y dirigiéndose hacia el francés.

-Yo iré –dijo Drew, y se abalanzó hacia afuera. Se hundió en las sombras; el cuerpo del muerto estaba apenas marcado por la luz de la luna, que se proyectaba sobre el terreno a causa del obstáculo de las paredes del castillo. Corrió hacia el cadáver cuando la puerta de la cocina se abrió bruscamente. Latham se apartó hacia un costado, fuera de la línea de visión, sosteniendo firmemente su arma, la espalda contra la pared. Una cara

Librodot

coronada por un sombrero de chef se asomó, y espió hacia la oscuridad; el cocinero se encogió de hombros y regresó a la cocina. Transpirando, Drew colgó el arma del hombro, y corrió hacia el hombre caído; se inclinó, lo aferró de los pies y comenzó a arrastrar el cuerpo hacia la cabaña.

-¿Qué hace? –dijo una voz femenina que venía de la oscuridad.

-Halls–vay –contesto Latham con voz entrecortada, sin aliento. Agrego con un acento áspero: –Demasiado whisky.

-¡Ah, un alemán! Su francés es mediocre. –Una mujer ataviada con un vestido diáfano, largo y blanco, apareció en la semipenumbra. Se rió, trastabillando un poco, y continuó diciendo en francés: –¿Dice que demasiado whisky? ¿Quién no? Tengo ganas de arrojarme a la piscina.

-Gut –dijo Drew, que había entendido la mitad de las palabras de la mujer.

-¿Quiere que lo ayude?

-Nein, danke.

-Oh, ese que usted lleva allí es Heinemann, un alemán bruto, y muy aburrido. –De pronto, la mujer lanzó una exclamación cuando Latham salió a la zona abierta con el hombre llamado Heinemann; allí la luz de la luna era más intensa, y ella vio la cabeza ensangrentada. Drew soltó los pies del muerto y extrajo del bolsillo la pequeña Beretta.

-Si usted levanta la voz, tendré que matarla. ¿Me comprende?

-Comprendo perfectamente –dijo la mujer, en un inglés fluido, ahora sin vacilar gracias al terror que la poseía.

Los dos agentes franceses corrieron para auxiliarlos. Sin hablar, el Número Dos llevó el cadáver al costado de la pared, y empezó a retirar objetos de los bolsillos, mientras el Número Uno se acercaba por detrás a la mujer y la empujaba hacia la cabaña, aferrándole el cuello. Latham los siguió, y se sobresaltó al ver que los cuerpos de los dos guardias neos muertos ya no estaban adentro.

-¿Qué sucedió…?

-Nuestros visitantes anteriores tuvieron citas urgentes –replicó Witkowski–. Se fueron.

-Excelente trabajo –dijo el capitán Dietz, sentado al lado de su cautiva, ambos ocupando sillas de tela rayada, el pequeño recinto apenas iluminado por las lapiceras–linterna–. Aquí se está cómodo, ¿verdad? –agregó, mientras el francés Número Dos entraba.

Las dos mujeres se miraron.

-¿Adrienne? –dijo la prisionera de Latham.

-Hola, Elyse. –La prisionera de Dietz respondió desalentada–. Estamos acabadas, ¿verdad?

-¡Ustedes son prostitutas nazis! –acusó el Número Uno.

-¡No sea idiota! –dijo Elyse–. Trabajamos donde nos pagan, la política nada tiene que ver con nosotros.

-¿Sabe quiénes son estas personas? –dijo el Número Dos–. ¡Bestias inhumanas! ¡Mi abuelo murió combatiéndolos!

Librodot

-Historia –dijo fríamente Elyse–. Décadas antes de que cualquiera de nosotros hubiese nacido.

-¿No escucharon las historias? –escupió el Número Uno. También son parte de la historia, y son la verdad. Éstos son fascistas, y masacran a pueblos enteros. Me matarían y liquidarían a toda mi familia si pudieran, ¡sencillamente porque somos judíos!

-Y nosotros no somos más que acompañantes ocasionales, que estamos aquí alrededor de una semana cada pocos meses. Jamás discutimos esas cuestiones. Además, a menudo viajo a muchas ciudades europeas, y la mayoría de los alemanes que he llegado a conocer son caballeros encantadores y corteses.

-No lo dudo –interrumpió Witkowski–, pero éstos no son así... Estamos perdiendo el tiempo. Buscamos a un hombre que trabajó aquí, y en cambio terminamos con dos mujeres que están de visita en este sitio. No es muy alentador.

-No sé, coronel. –Drew apretó el brazo de su prisionera. –Elyse dijo que ella, y supongo que lo mismo vale para su amigo, visitan este lugar alrededor de una semana o cosa así cada pocos meses, ¿no es así, amiga?

-Sí, ése es el arreglo –dijo la mujer, desprendiéndose bruscamente de la mano de Latham.

-¿Y qué? –insistió Drew.

-Después de recibir adecuada atención médica, vamos a otros lugares. No sé nada... nosotras no sabemos nada. Nuestro trabajo es ofrecer compañía, y confío en que ustedes no tendrán el mal gusto de pedir los detalles.

-No confío en nada, amiga. Mataron a mi hermano, de modo que no me queda mucha confianza. –Latham aferró de nuevo el brazo de la mujer, ahora con más brutalidad. Los planos del castillo fueron desplegados sobre una mesa traída a toda prisa del borde de la piscina. Drew empujó a la mujer hacia la mesa, tomó una lapicera luminosa y apuntó a los diagramas. –Usted y su amiga nos dirán exactamente quién está en cada habitación, y qué hay allí, y ahora mismo les explicaré por qué les conviene abstenerse de mentir o apelar a evasivas... A menos de un minuto de distancia, junto al camino, hay un equipo francés de inteligencia dispuesto a volar el portón principal, allanar la residencia y detener a todas las personas que se encuentren en ella. Les aconsejo que nos ayuden, y quizá vivan lo suficiente para salir bien libradas de todo este embrollo. ¿Entendieron?

-Su francés está mejorando, monsieur –dijo la cortesana, mirando fríamente a Latham–. Todo es cuestión de supervivencia, ¿verdad? Vamos, Adrienne, estudia conmigo estos planos. –La muchacha de minifalda y aspecto inocente que estaba al lado de Dietz abandonó la silla y se unió a su compañera. –A propósito, Monsieur –dijo Elyse–, puedo interpretar fácilmente estos planos. En la Sorbona estudié arquitectura.

-Caray –exclamó por lo bajo el capitán Dietz.

Pasaron varios minutos mientras la ex alumna de la Sorbona examinaba los diagramas. Finalmente, habló:

-Como pueden ver, el primer piso no ofrece mayores dificultades... ahí tienen el pórtico del lado norte, la habitación común amplia en el centro; se

Librodot

la utiliza también como comedor; y la cocina, tan espaciosa que podría satisfacer las necesidades de un restaurante popular de la Margen Derecha. Los pisos segundo y tercero son suites para los dignatarios visitantes, y Adrienne y yo podríamos describirlos hasta en los más mínimos detalles.

-¿Quiénes están allí ahora? –preguntó Witkowski.

-Herr Heinemann estaba contigo, Adrienne, ¿no es así, querida?

-Sí –dijo la muchacha–. ¡Un hombre muy malo!

-Otras dos suites de ese piso están ocupadas por Colette y Jeanne, y sus compañeros son empresarios de Munich y Baden–Baden; y en el tercer piso estoy yo misma y un hombre terriblemente nervioso, tan inquieto que se emborrachó completamente, y no pudo hacer nada. Por supuesto, yo me sentí agradecida, y decidí salir a dar un paseo... allí me encontré con usted, señor. Las otras habitaciones no están ocupadas.

-El hombre que estaba con usted, ¿qué apariencia tiene? –preguntó Latham. Elyse lo describió, y Drew dijo en voz baja: –Ése es nuestro hombre. Es Bergeron.

-Algo lo aterroriza.

-Una reacción lógica. Su persona ya no interesa a nadie, y él lo sabe... Usted describió tres pisos; hay cuatro. ¿Quién está en el cuarto?

-El acceso a ese lugar está completamente prohibido a todos, salvo una pequeña minoría que usa prendas negras y brazaletes con la svástica roja. Son todos individuos altos, como usted, y adoptan actitudes típicas de los militares. Los servidores, incluso los guardias, les temen mortalmente.

-¿El cuarto piso?

-Señor, parecería que eso es una tumba, el sepulcro de un gran faraón; pero en lugar de estar sepultado en las entrañas de una pirámide, se encuentra en el lugar más alto, cerca del sol y el cielo.

-¿Quiere aclararme lo que acaba de decir?

-Dije que estaba fuera de los límites autorizadas, verboten, pero también debería agregar que es un lugar aislado. Esa tumba habitada incluye la totalidad del último piso, y todas las puertas son de acero. Allí entran únicamente los hombres de traje oscuro. Insertan las manos en espacios de las paredes, y presionan hacia abajo con el fin de que se abra determinada puerta.

-Cerraduras con las huellas palmares reproducidas electrónicamente –dijo Witkowski–. No hay modo de engañar a esas células fotoeléctricas.

-Si nunca estuvo allí, ¿cómo sabe todo esto? –preguntó Drew.

-Porque las escaleras del frente y el fondo que llevan al último piso así como los corredores, son patrullados a cada momento. Incluso los guardias necesitan descansar, y algunos son muy atractivos.

-Ah, si –canturreó la jóven de la minifalda–. El rubio Erich me pide que lo complazca siempre que estoy libre, y yo accedo.

-Este es un mundo injusto –masculló Dietz.

-¿Quien es el faraón que reside en el último piso? –insistió Latham.

-Ese no es un secreto –contestó Elyse–. Un hombre muy anciano a quienes todos veneran. Solamente pueden hablarle sus ayudantes vestidos

Librodot

de negro, pero todas las mañanas lo bajan en un ascensor, la cara protegida por un grueso velo, y lo llevan en silla de ruedas hasta el "sendero de la meditación", poco más allá de la piscina. Abren el portón, y él despide a todos, les ordena que se alejen. Entonces, abandonan la silla de ruedas, se mantiene erguido, como negando su edad, y literalmente marcha hacia un sitio que ninguno de nosotros ha visto jamás. Dicen que él lo denomina su "nido del águila", donde puede meditar y adoptar decisiones sensatas, mientras bebe café y el coñac de la mañana.

-Monluc –dijo Drew–. Dios mío, ¡todavía vive!

-Quienquiera sea, es el tesoro que ellos mantienen vivo.

-¿Es un tesoro? –preguntó Witkowski–. ¿O en realidad es un figurón manipulado para los fines que interesan a otros?

-No estoy en condiciones de ofrecerle una respuesta –dijo la prostituta educada y cara–, pero dudo de que nadie lo manipule. Así como la servidumbre teme a los ayudantes de este hombre, estos mismos ayudantes parecen aterrorizados frente al anciano. Constantemente los critica, y cuando los amenaza con el despido de hecho se humillan ante él.

-¿Es posible que estén representando sus papeles? –Latham estudió la cara de la cortesana apenas iluminada por la luz azul.

-Si fuera así, lo sabríamos, pues constantemente tenemos que representar nuestros propios papeles. Los impostores rara vez pueden engañar a otros impostores.

-¿Ustedes son impostoras?

-En mas sentidos que los que usted puede imaginar.

-De todos modos, tiene que haber comentarios. Ese tipo de conducta no pasa inadvertido.

-Murmuraciones, sí. El rumor mas persistente es que el anciano controla una riqueza enorme, fondos extraordinarios que sólo él puede asignar. Dicen además que bajo sus ropas tiene artefactos electrónicos que examinan constantemente su estado físico, y envían señales al equipo médico del cuarto piso, las cuales a su vez son retrasmitidas a lugares desconocidos de Europa.

-A su edad, comprendo. Seguramente tiene más de noventa años.

-Dicen que más de cien.

-¿Y todavía tiene el pleno dominio de sus facultades?

-Señor, si juega ajedrez, yo no apostaría mucho contra él.

-Las máquinas retrasmisoras –intervino el coronel–. Si están programadas para retrasmitir, es posible desarmarlas e identificar esos lugares desconocidos.

-En todo caso, de ese modo podríamos llegar a las fuentes financieras, los centros de transferencia. Por eso vigilan todos sus pasos. Si cae muerto, los depósitos de dinero se cierran hasta el momento en que reciben nuevas órdenes.

-Y si podemos encontrar los lugares, sabremos de donde vienen dichas órdenes –agregó Witkowski–. ¡Tenemos que llegar a esos sitios!

Drew se volvió a Elyse, una mujer fría pero en ese momento asustada.

-Si usted miente, pasará el resto de su vida en el calabozo.

-¿Por qué tendría que mentir en un momento como éste? Usted aclaró que en todo caso tendré que negociar mi libertad.

-No sé. Usted es inteligente, tal vez imagina que podemos morir en el intento de llegar allí, y ustedes podrán alegar que son prostitutas caras que no saben absolutamente nada. Ese podría ser su argumento.

-No viviría para ver eso, amigo –dijo el francés Número Dos–. La sujetaré al portón del muro con un poco de plástico entre las piernas, y lo haré volar mediante mi control electrónico.

-¡Cristo, no sabía que tenía esa clase de cosas!

-Yo agregué unos pocos recursos, chlopak.

-Le ofrezco una solución mejor –dijo la cortesana, extendiendo la mano y aferrando el hombro de la más jóven–. Nuestra ayuda. Si ustedes quieren entrar en el Nido del Aguila, sugiero que será más fácil con nosotras que sin nuestra ayuda.

-¿Por que? –preguntó Latham.

-Estamos familiarizadas con muchos auxiliares y la mayoría de los guardias. Podemos atravesar con ustedes la cocina y entrar en el gran vestíbulo, donde se encuentra la escalera principal. Como pueden ver los planos, la escalera del fondo pasa por los salones menos importantes de la derecha. Podemos hacer esto y algo más, algo que es realmente esencial. Ustedes necesitarán que uno de los ayudantes del anciano les permita entrar en el último piso... si es que llegan allí. Son cinco, todos armados, y sus habitaciones están También en el cuarto piso; pero uno de ellos siempre está de guardia. Se instala en la biblioteca, al frente del castillo, donde puede recibir instantaneamente las órdenes del patrón o de otro miembro del personal. Yo les mostraré la puerta.

-¿Y nosotros? –dijo el Número Uno–. ¿Cómo explica nuestra presencia?

-Estuve pensando en eso. Aquí, la segunda es inmensa y variada. Vienen y van los técnicos que verifican el funcionamiento de los equipos. Diré que ustedes son patrullas externas enviadas para cubrir el terreno que se extiende frente al muro. Las prendas que visten confirmarán la mentira.

-Sehr gut –dijo Dietz.

-¿Usted habla alemán?

-Einlgermassen.

-En ese caso, conteste a los que puedan preguntar; eso le asignará más autoridad.

-No estoy vestido como ellos.

-Es evidente que usted usa las prendas que vestían los guardias.

-¡Jean–Pierre Villier...! –exclamó Drew, como si de pronto hubiese recordado el nombre–. Las ropas distinguen al camaleón, o algo por el estilo.

-¿De qué está hablando, Drew?

-Estamos haciendo mal las cosas... ¡Desvístase, capitán, conserve únicamente los shorts!

Cuatro minutos más tarde, Latham y Dietz, despojados de sus ropas de fajina, vestían los uniformes paramilitares mucho más elegantes de los

Librodot

guardias neonazis. El lienzo negro cubría las manchas de sangre y el desgarrón en la espalda del comando, mientras que los cinturones sostenían los cuchillos, las cachiporras y las pequeñas Beretta automáticas.

-Metan los faldones de las camisas, especialmente detrás –ordenó el coronel–. De ese modo parecen más naturales.

-Heil Hitler –dijo Dietz, mirando con aprobación lo que alcanzaba a ver de su propia persona a la escasa luz azul de los lápices luminosos.

-Usted quiere decir Heil Jäger –lo corrigió Drew, igualmente complacido con su propia apariencia.

-Lo único que usted tiene que decir es "Halsweh".

-Los miembros de la policía francesa deben recordar que yo soy su jefe –dijo Witkowski–. Si hay preguntas que formular, yo las contestaré.

-Muy bien, coronel –dijo el Número Dos.

-¿Preparados todos? –preguntó Dietz, recogiendo las dos semiautomáticas y entregando una a Latham.

-Estamos más dispuestos que nunca. –Drew se volvió hacia las mujeres, que se pusieron simultáneamente de pie, la jóven Adrienne asustada y temblorosa, y Elvse, que era la mayor, pálida y resignada. –No formulo juicios, me limito a realizar observaciones prácticas a medida que llego a ciertas conclusiones –continuó Latham–. Ustedes están atemorizadas, y lo mismo digo yo, porque esta es una situación completamente nueva para mí. Créanme, alguien tenía que tomar la iniciativa, y eso es todo lo que puedo decirles. Recuerden que si salimos de esto, las autoridades se mostrarán complacientes con ustedes... En marcha. Los primeros ayudantes de la cocina que vieron a Latham y Dietz uniformados entrando por la puerta fueron dos hombres que estaban frente a una larga mesa de trinchar; uno cortaba verduras, el otro estaba filtrando un líquido. Sobresaltados, se miraron, y después volvieron los ojos hacia Drew y el capitán, que instantáneamente se separaron en actitud militar, permitiendo que Witkowski avanzara y se detuviese entre ellos.

Con el rostro severo, doblaron rápidamente los codos en una suerte de saludo nazi informal, como si el coronel fuese un hombre de considerable jerarquía, impresión reforzada por el propio veterano del G–2.

-¿Sprechen Sie Deutsch? Falls nicht, ¿parlez–uous francais? –ladró.

- Deutsch, mein Herr! –dijo el asombrado ayudante que estaba trabajando en las verduras, y continuó diciendo en alemán: –Señor, este es el lugar en que se preparan las comidas, y sólo en nosotros se puede confiar... Si puedo preguntarle, señor... ¿quién es usted?

-¡Es el Oberst Wachner del Cuarto Reich! –anunció Dietz en un alemán entrecortado, los ojos clavados al frente de la cocina–. Berlín ordenó que sus ayudante de seguridad inspeccionaran el sector exterior sin notificación previa. ¡Kommen Sie her!

-Obedeciendo a la orden, los agentes franceses, sujetando los brazos de las dos cortesanas del Nido del Aguila, entrarun por la puerta abierta.

-¿Pueden identificar a estas mujeres? –casi rezongó Witkowski.

Las encontramos caminando libremente alrededor de la piscina y la pista de tenis. ¡Aquí la seguridad es muy endeble!

-¡Estúpido, estamos autorizadas a recorrer las instalaciones!

-exclamó Elyse–. ¡No me importa quién es usted, dígale a sus gorilas que me quiten las manos de encima, o que empiecen a pagar por el manoseo!

-¿Y bien? –gritó el "Oberst Wachner", volviendo los ojos hacia los ayudantes de la cocina.

-Oh, sí, señor –dijo uno de los chefs–, son invitadas en la residencia.

-¡Y nuestro contrato no incluye atender a extraños, sólo a los invitados, a quienes hemos sido debidamente presentadas! –Elyse miró hostil a Witkowski. El coronel asintió; el agente francés retiró la mano, y otro tanto hizo Uno con Adrienne, la muchacha de la minifalda. –Creo que nos deben una disculpa –dijo la prostituta de más edad, y mucho más inteligente.

-Madame. –El coronel chocó los talones e inclinó apenas la cabeza, e inmediatamente se volvió hacia los cocineros. –Como ustedes habrán advertido, nuestra misión consiste en analizar las medidas de seguridad sin tolerar la interferencia de los que intentarían disimular las fallas si supieran que estamos aquí. Si lo desean, llamen a Berlín para comprobar nuestra presencia.

-¡Ach, nen, mein Herr! Esto sucedió antes, hace varios años, y ciertamente comprendemos. Aquí somos nada más que ayudantes de cocina, y jamás interferiríamos.

-¡Sehr gut! ¿Ustedes son las únicas personas que están de guardia?

-Por el momento, sí, señor. Nuestro colaborador Stoltz se retiró a su habitación nace una hora. Debe levantarse a las seis de la mañana con el fin de preparar las cosas del desayuno... lo que nosotros aún no hicimos cuando él vuelva a la cocina.

-Muy bien, continuaremos nuestra inspección fuera de aquí. Si alguien pregunta por nosotros, ustedes no saben de qué les hablan. Recuérdenlo, porque de lo contrario Berlín recordará lo que ustedes hicieron.

-Wir hoben verstanden –dijo temeroso el hombre de las verduras, asistiendo repetidas veces–. Pero si puedo aclararle una cosa, mein Herr, pues deseo cooperar absolutamente con Berlín, conviene que sepa que los guardias de la casa están entrenados para disparar sobre los intrusos que no fueron anunciados. No me agradaría que la vida de ustedes pese sobre mi conciencia... o sobre mi foja de servicios. ¿Entiende?

-No se preocupe –replicó Stanley Witkowski, extrayendo su identificación norteamericana y afirmando con la desenvoltura de un antiguo miembro de las fuerzas polacas: –En todo caso, esta credencial los obligará a guardar las armas. –Volvió a embolsar rápidamente las credenciales de la embajada norteamericana. –Además, las damas vendrán con nosotros. Esa perra de elevada estatura tiene una lengua fuerte y afilada. ¡Estaremos bien!

Encabezada por Latham y Dietz, la procesión de invasores franconorteamericanos atravesó las puertas dobles y llegó al gran salón del castillo. Una escalinata circular, apenas iluminada por lámparas pegadas a las paredes, partía del centro del enorme vestíbulo de madera lustrada. Había un arco que permitía acceder a otras habitaciones penumbrosas, de techos elevados; y a la derecha, a la izquierda de las grandes puertas. dobles

Librodot

de acceso, había una puerta más pequeña, con una luz encendida que iluminaba el espacio entre el dintel y el panel más bajo.

-Ésta es la biblioteca, señor –murmuró Elyse a Drew–. Si uno de los ayudantes está de guardia, lo encontrarán aquí; pero deben proceder con rapidez y prudencia. Hay alarmas por todas partes. Lo sé, porque a menudo contemplé la posibilidad de usarlas yo misma.

-¡Alto! –exclamó la voz de una figura que apareció en el primer descanso.

-¡Formamos una fuerza especial que llegó de Berlín! –exclamó Dietz, hablando por lo bajo en alemán, mientras subía de prisa la escalera.

-¿Qué pasa? –El guardia levantó el arma mientras el comando disparaba dos veces en rápida sucesión, los estampidos acallados por el silenciador; y sin interrumpir sus movimientos, llegaba al guardia caído, lo arrastraba hasta el comienzo de los peldaños, y lo enviaba hacia abajo rodando por la escalera.

Se abrió la puerta de la biblioteca, revelando la presencia de un hombre alto de traje oscuro, en la mano izquierda una larga boquilla con un cigarrillo.

-¿A qué se debe tanto escándalo? –preguntó en alemán–. Latham extrajo la cachiporra de su cinturón, e instantáneamente la arrojó a la cabeza del ayudante de Monluc, girando el cuerpo de tal modo que quedó detrás del nazi. Aflojó la correa de cuero y habló.

-¡Haga exactamente lo que le digo, o ajustaré las correas y lo mataré!

-¡Amrikaner! –dijo con voz ahogada el neo, soltando la boquilla. ¡Usted es el que está muerto!

-Oberst Klaus Wachner –dijo Witkowski, aproximándose al ayudante y mirando la cara contorsionada–. Las historias acerca de su indecente sistema de seguridad parecen ciertas –continuó en un alemán áspero. –¡Berlín... incluso Bonn... están al tanto! Hemos superado sus defensas, ¡y si nosotros pudimos también lo lograrán nuestros enemigos!

-Usted está loco, y es un traidor. ¡El hombre que está estrangulándome es un norteamericano!

-Un buen soldado del Cuarto Reich, mein Herr. ¡Un Sonnenkind!

-¡Ach! ¡Neim!

-Doch. Usted cumplirá sus órdenes, o yo le permitiré que haga lo que se le antoje. Este hombre detesta la incompetencia. –Witkowski asintió, indicando a Latham que aflojara un poco las correas del garrote.

-Danke –tosió el ayudante de Monluc, tocándose el cuello.

-Dos –dijo Drew, dirigiéndose al segundo agente francés–. ¡Hágase cargo de este individuo! Suba la escalera; están en los otros cuartos...

-Sé donde están –lo interrumpió el francés–. Pero no sé quiénes son.

-Lo acompañaré –dijo Dietz–. Hablo el idioma, y mi semiautomática nos ayudará.

-Póngala en posición de tiro rápido –ordenó Latham.

-Ya está.

Librodot

-De acuerdo con los planos –continuó Drew–, hay un corredor que rodea todo el piso. Una vez que esté allí, llévelo hasta el centro.

-Salvo que todos estemos en dificultades –observó el comando.

-¿Qué quiere decir, capitán?

-Usted no sabe qué hay al final de esas escaleras, lo mismo que yo no lo sé. Digamos que nos reciben con fuego graneado, uno de los dos tendrá que volar este lugar. Obligaré a este bastardo a meter la mano en la ranura de la puerta, abrimos el acceso y arrojamos granadas.

-¡Usted no puede hacer eso, y se trata de una orden!

-Es el procedimiento estándar. ¡No arriesgamos la vida para llegar a un resultado nulo!

-¡Maldición, tenemos que conseguir lo que hay allí, no podemos destruirlo! Antes de llegar a eso, llamaré por radio a la unidad de ataque que está en el camino.

-¡Por Dios, no habrá tiempo! ¡Los neos tomarán la iniciativa!

-¡Basta los dos! –exclamó Elyse–, les ofrecí los servicios de las dos, y la oferta se mantiene. Adrienne precederá a su capitán y al nazi cuando suban por la escalera del fondo, y yo iré delante de usted, señor. Las patrullas vacilarán en disparar sobre nosotras, porque aquí hay citas permanentes entre los hombres y las mujeres.

-Berchtesgaden –dijo en voz baja Witkowski–. Un prostíbulo alpino dirigido por un Führer que afirmaba ser más puro que un cordero recién nacido... Ella tiene razón. La aparición de las muchachas nos concede esa ventaja de una fracción de segundo, adelante y detrás. Debemos aprovecharla.

-¡Muy bien!... Vamos, y ojalá yo esté impartiendo la orden apropiada.

-No tiene alternativa, jóven –dijo tranquilamente el coronel–. Ahora es el jefe, y como todos los jefes usted escucha a su gente, evalúa y adopta su propia decisión. No es fácil.

-Stanley, acabe con toda esa basura militar. Por mi parte, preferiría jugar hockey.

Elyse, ataviada con su diáfano vestido blanco, comenzó a ascender majestuosamente la escalinata circular; Drew, el coronel y el soldado Uno seguían diez pasos detrás, protegidos por las sombras.

-¡Liebling! –murmuró un guardia que estaba en el corredor, después del descanso, con voz exuberante–. Consiguió separarse de ese borracho que vino de París, ¿no?

Ja, Liebste, vine sólo por usted. Estoy realmente hastiada.

-Todo está tranquilo, venga conmigo... pero, ¿quiénes son ellos? ¡Detrás suyo!

El francés Número Uno disparó un solo tiro con silenciador. El guardia se desplomó sobre la baranda, y cayó al piso de mármol de la planta baja.

La escalinata del fondo estaba oscura; la única luz, mucho más arriba, originaba sombras contenidas en otras sombras más oscuras. La aterrorizada Adrienne ascendía un paso tras otro por la empinada escalinata, el cuerpo tembloroso, los ojos grandes colmados de temor. Llegaron al segundo piso.

Librodot

-¿Quién es? –llegó la voz estridente desde lo alto, y el súbito resplandor de una poderosa linterna barrió toda la escalera–. ¿Querida?... ¡No!

El francés Número Dos disparó; el guardia nazi cayó hacia adelante, y la cabeza descansó sobre la baranda.

-¡Vamos! –ordenó el capitán Dietz–. Necesitamos subir dos pisos más.

Continuaron avanzando, y la jóven llamada Adrienne lloraba copiosamente, limpiándose la nariz con la tela de su blusa.

-No falta mucho, querida –murmuró amablemente el soldado Número Dos a la jóven–. Usted es muy valiente, y nosotros se lo diremos a todos.

-¡Por favor, dígaselo a mi padre! –murmuró la jóven–. ¡Si supiera cómo me odia!

-Se lo diré personalmente. Pues usted es una auténtica heroína francesa.

-¿De veras?

-Adelante niña.

Latham, el soldado Número Uno y el coronel se detuvieron bruscamente en la escalinata, al ver la mano de Elyse que les hacía señas; era una advertencia. Volvieron a descender varios peldaños, protegidos por la pared sumida en sombras, y esperaron. Un guardia rubio descendió de prisa hasta el descanso del tercer piso; estaba nervioso e irritado.

-Fräulein, ¿vio a Adrienne? –preguntó en alemán–. No está en la habitación con ese cerdo de Heinemann. Tampoco él está, y la puerta quedó abierta.

-Erich, probablemente salieron a pasear.

-Elyse, ¡ese Heinemann es un tipo desagradable!

-Querido, usted seguramente no está celoso. Sabe lo que somos, y lo que hacemos. Sólo participan nuestros cuerpos, no nuestros corazones ni nuestros sentimientos.

-¡Dios mío, ella es demasiado jóven!

-Yo misma se lo dije.

-Usted sabe que Heinemann es un pervertido, ¿verdad? Obliga a una mujer a hacer cosas terribles.

-No piense en eso.

-¡Odio este lugar!

-¿Por qué se queda?

-No tengo alternativa. Mi padre me incorporó cuando yo estaba en el colegio secundario, y entonces me sentí muy impresionado. Los uniformes, la Camaradería, el hecho de que todos éramos proscriptos y ahora estábamos fuertemente unidos. Decían que yo era especial, y me elegían para llevar los estandartes en las asambleas. Me tomaban fotografías.

-Amigo, todavía puede irse.

-No, no puedo. Pagaron mis años de estudio en la universidad, y sé demasiado. Me perseguirían para matarme.

-¡Erich! –gritó una voz masculina desde un corredor que estaba después del descanso–. ¡Kommen Sie her!

Librodot

-Ése siempre grita. ¡Haz esto, haz aquello! No simpatiza conmigo porque yo fui a la universidad y a decir verdad no creo que él sepa leer.

-Cuando vea a Adrienne, dígale que está... preocupado. Recuerde, jóven, participa sólo el cuerpo, no el corazón.

-Fräulein, usted es una buena amiga.

-Espero ser algo mejor un día.

El guardia llamado Erich se retiró del descanso mientras Elyse descendía varios peldaños y murmuraba a los tres intrusos que estaban contra la pared: –No maten a ése. Puede serles útil.

-¿De qué está hablando esta mujer? –preguntó Drew.

El coronel respondió a la pregunta mientras Elyse continuaba ascendiendo la escalera.

-Dijo que no lo liquidemos, y tiene razón.

-¿Por qué?

-Ese hombre quiere abandonar esto, y sabe mucho. ¡Adelante!

El descanso del cuarto piso no era un lugar muy alentador. Un amplio arco de unos siete metros era el espacio abierto en el muro que rodeaba la totalidad del último piso. Podía presumirse que era idéntico al que se veía en la escalera del fondo. Dos guardias estaban de pie a poca distancia, y detrás podía verse otro, sentado en un banco. De nuevo Latham, el Número Uno y el coronel se mantuvieron fuera de la vista mientras Elyse se acercaba a los guardias.

-¡Alto! –rugió el guardia neo de la derecha, desenfundando la pistola y apuntando a la cabeza de la prostituta–. ¿Qué está haciendo aquí? ¡Está prohibido subir por esta escalera!

-Entonces será mejor que verifique con el hombre que está en la biblioteca. Me ordenó que me separase del recién llegado de París y que viniese aquí cuanto antes. ¿Qué más puedo decir?

-¿Qué pasa? –aulló el guardia que estaba detrás, poniéndose de pie y adelantándose entre los dos hombres–. ¿Quién es usted? –gritó.

-Como usted sabe, conocemos únicamente los nombres de pila –replicó irritada la cortesana–. Yo soy Elyse, ¡y no toleraré su descortesía! ¡Ese hombre que está en la biblioteca me ordenó que viniese aquí, y lo mismo que usted, obedezco órdenes! –De pronto, Elyse se apartó de la línea de fuego y gritó: –¡Ahora!

Los chasquidos de las explosiones apagadas resonaron en la zona alta del castillo y los tres guardias cayeron al suelo. El equipo de ataque, encabezado por Drew, subió de prisa la escalera, inspeccionando cada cuerpo en busca de signos de vida. Satisfechos, esperaron, la espalda pegada contra la pared interior.

-¡Salga de aquí! –ordenó Latham, dirigiéndose a Elyse, que había subido los últimos peldaños hasta llegar al arco–. Amiga, usted se ganó la libertad, aunque tenga que volar el Quai d'Orsay para lograrlo.

-Gracias, monsieur, su francés mejora con cada hora que pasa.

-Vuelva a la cocina –dijo Witkowski–. Cuénteles cualquier historia acerca de nuestra intervención, y mantenga la calma.

Librodot

-Eso no es problema, coronel. Me sentaré sobre una mesa y me levantaré la falda. Se mostrarán calmos por fuera, e inquietos por dentro... Hasta luego.

-Como dijo el capitán, ciertamente éste es un mundo injusto –masculló el Número Uno mientras Elyse desaparecía.

-¿Dónde están? –preguntó Drew–. ¡Ya deberían encontrarse aquí!

En la estrecha escalera del fondo, el Número Dos, sujetando con el garrote al ayudante del general Monluc, lo empujó en pos de Dietz y la prostituta más jóven. Finalmente se detuvieron.

-¿Eres tú, Adrienne? –dijo la voz tranquila en el tercer piso–. ¿Qué estás haciendo aquí?

-Deseaba verte, Manfried –gimio la jóven–. Todos se muestran muy malos conmigo, y yo sabía que estabas aquí.

-¿Como pudiste saberlo, querida? Las asignaciones son secretas.

-Los ayudantes hablan cuando bebieron mucha cerveza.

-Yo los corregiré, pequeña. Ven aquí, tengo una alfombra mullida y la usaremos. ¿Te dije que me pareces más hermosa cada vez que te veo?

-¡Mátenlo! –grito Adrienne, pegándose contra la pared de la escalera.

Dos disparos atenuados por el silenciador y el guardia llamado Manfried cayó al suelo. Con el garrote más apretado que antes, comenzaron a acercarse al último piso. A primera vista el intento parecía imposible. A la vuelta de una esquina había un arco de tres metros; un solo guardia ocupaba el centro, y detrás había otro, que dormitaba en un banco.

-¿Lo conoce? –murmuró Dietz en francés al oído de Adrienne.

-No señor. Es nuevo. Lo he visto, pero nada más.

-¿Sabe si es alemán o francés?

-Es alemán, señor. Casi todos los guardias son alemanes, pero los más educados hablan francés.

-Haré algo que quizá la impresione, pero quiero que mantenga la calma y guarde silencio. ¿Me comprende?

-¿Qué hará?

-Habrá un incendio súbito e intenso, pero no durará mucho. Fue idea del coronel.

-¿El coronel?

-El hombre corpulento que habla alemán.

-Ah, sí. ¿De qué se trata?

-Es una especie de bengala –dijo Dietz, y desenfundó un tubo corto recubierto con cartón del bolsillo derecho de su chaqueta, y encendió la mecha con un fósforo. Espió alrededor de la esquina, se detuvo un momento, la mirada fija en la mecha, y después arrojó el artefacto más allá del cuerpo del guardia. Asombrado, el neonazi se volvió bruscamente ante el chisporroteo que pasó a su lado y cayó al piso; antes de que pudiese adaptarse, la explosión enceguecedora de mil chispas candentes penetró sus ojos y su cuerpo. Gritó mientras el guardia que dormitaba detrás se incorporaba de golpe, consternado, la figura destacándose más allá de las llamas moviles. Presa de pánico, disparó repetidas veces con su

Librodot

semiautomática, y las balas salpicaron la estrecha escalera. La jóven Adrienne gritó de dolor. Había recibido una bala en la pierna. Dietz la obligó a retroceder, mientras el ayudante de Morluc, sostenido con fuerza por el Número Dos, exhalaba bruscamente el aire, la cabeza cayendo hacia adelante; había recibido un disparo en el cráneo. El comando apuntó con su arma, puesta en posición de tiro rápido, y regó de balas la abertura. El segundo guardia giró en círculos, y finalmente se desplomó sobre la propia bengala. El humo negro lo inundaba todo, mientras Dietz aferraba por las piernas a la jóven, y subía con ella los peldaños, sosteniéndola con cuidado.

-¡Traigan aquí a ese hijo de perra! –ordenó al Número Dos.

-Está muerto, capitán.

-No me importa, solamente quiero su mano, y que no esté demasiado fría.

En el corredor del cuarto piso, el grupo que había subido por la escalera del fondo corrió en dirección a su propia izquierda. Dietz llevaba al hombro a Adrienne, y el comando francés arrastraba al nazi. Seis segundos después llegaron al arco central que interrumpió la pared. Latham, Witkowski y el Número Uno estaban esperando. Dietz depositó suavemente a la muchacha sobre el piso; felizmente, estaba inconsciente.

-No es muy agradable –dijo el coronel, examinando la herida–. Pero no hay hemorragia. –Usó las correas de su garrote para rodear la pierna de la muchacha, y ajustó las tiras de cuero. –Esto servirá por lo menos un rato.

El Número Uno y el Número Dos habían apoyado al nazi muerto contra la pared interior, a la izquierda de lo que debía ser el mecanismo electrónico de apertura, un espacio apenas iluminado que permitía la inserción de una mano, con la palma hacia abajo. Si la impresión palmar correspondía a una entrada anterior computarizada, cabía suponer que la enorme puerta de acero se abriría. Sin embargo, si se realizaba el intento con una impresión palmar que no correspondía, se encendería una alarma en todo el sector interior protegido por gruesas paredes.

-¿Está preparado, señor? –preguntó el Número Dos, sosteniendo la muñeca derecha del neonazi.

-¡Un momento! –dijo Latham–. ¿Y si este hombre es zurdo?

-¿Qué hay?

-Las células fotoeléctricas rechazarán el intento, y darán la alarma. Así funcionan estas cosas.

-Amigo, no podemos despertarlo para preguntárselo.

-La boquilla... la sostenía en la mano izquierda... Veamos los bolsillos. –Procedieron a revisar al muerto. –monedas y billetes... en el bolsillo de la pierna izquierda –continuó Drew–. Un atado de cigarrillos, en el bolsillo de la izquierda; dos bolígrafos...

-No comprendo...

-Los zurdos prefieren depositar los lápices y las lapiceras sobre su costado derecho, y en cambio las personas diestras como yo, buscan a la izquierda. Es más fácil, y eso es todo.

-Y bien, ¿qué decide, amigo?

-Tengo que obedecer a mi instinto en este asunto –dijo Latham respirando hondo–. Muévalo hacia el otro lado, y yo le apoyaré la mano izquierda en ese hueco.

El francés arrastró el cadáver a lo largo de la pared, hasta el costado derecho del espacio. Drew aferró la muñeca izquierda, y como si hubiese estado desmantelando una bomba complicada insertó la mano, y poco a poco, con mucha prudencia, presionó sobre la superficie interior. Nadie respiró hasta que la gran puerta de acero se abrió silenciosamente. El nazi muerto cayó al piso, y los cuatro hombres entraron. La cámara en la cual ingresaron parecía más una horrorosa pesadilla que la vivienda de una persona.

La amplia habitación era octogonal, con una cúpula de vidrio que permitía la entrada de la luz de la luna. La cortesana Elyse había dicho que era la tumba de un faraón, un sepulcro habitado, y en cierto sentido había tenido razón. Reinaba allí un extraño silencio, y no se permitía que llegasen sonidos desde el exterior; en lugar de las posesiones de un faraón destinadas a permitirle el cruce del río de la muerte, había una pared atestada de equipos médicos, que le impedían precisamente sumergirse en esas aguas. Había ocho puertas, una para cada panel inmenso del octógono. Elyse les había dicho que los ayudantes del general Monluc tenían sus cuartos en el interior mismo de la tumba; cinco puertas seguramente pertenecían a los hombres de ropas oscuras, de modo que quedaban tres sin destino conocido: cabía presumir que una era un cuarto de baño, y dos... eran otros tantos interrogantes.

Los visitantes pudieron registrar todo esto a medida que pasaron los minutos; pero lo que primero se imponía a los ojos del que veía el espectáculo por primera vez eran las fotografías grotescamente ampliadas que cubrían todas las paredes, bañadas en una luz rojiza que venía de los zócalos. Eran un registro de las atrocidades nazis; algo parecido a un corredor oscuro en un museo del Holocausto, los horrores infligidos a los judíos y los "indeseables" por los locos de las hordas mesiánicas de Hitler, con fotografías de los cadáveres desnudos formando altas pilas. Junto a éstos había imágenes de hombres y mujeres rubios –presumiblemente traidores– que habían sido ahorcados, las caras deformadas por el sufrimiento, el recordatorio de que cualquier discrepancia, por mínima que fuera, estaba prohibida. Sólo una mente muy enferma podía despertar durante la noche y sentirse instantáneamente gratificada por ese obsceno despliegue.

Sin embargo, la imagen más hipnótica era la figura ataviada con un camisón y acostada en la cama. Estaba envuelta en una sorda luz blanca, en contraste con el resplandor rojo magenta que iluminaba las paredes. Un hombre muy viejo, sumamente viejo, reclinado sobre los almohadones que empequeñecían su cuerpo, la cara arrugada reposando sobre el acolchado de seda, como si estuviese en un ataúd. Y esa cara. Cuanto más uno miraba, más acentuado el efecto hipnótico.

¡Las mejillas hundidas, lo mismo que los globos oculares! Todo esquelético a causa de la edad. El corto bigote bajo las fosas nasales, ahora blanquísimo, pero recortado con exactitud; la cara pálida, fácilmente recordada en las imágenes en que aparecía encendida por la cólera de la

Librodot

oratoria... ¡allí estaba todo! Incluso el famoso tic del ojo derecho que había aparecido después del intento de asesinato en Wolfschanze. ¡Todo estaba allí! ¡Era la cara envejecida de Adolfo Hitler!

-¡Dios mío! –murmuró Witkowski–. ¿Es posible?

-Stanley, no es imposible. Respondería a una serie de interrogantes que han sido formulados a lo largo de más de cincuenta años. Sobre todo dos: a quiénes pertenecían realmente los huesos calcinados que fueron hallados en el pozo del bunker, y como comenzó el rumor de que el Führer había conseguido llegar al aeropuerto disfrazado de anciana. Es decir, cómo y por qué... Ahora no tenemos tiempo, Stosh, tenemos que adueñarnos de esta tumba faraónica, antes que se convierta en un auténtico sepulcro.

-Llamemos a la unidad francesa.

-Sí, pero después de verificar que nada de lo que hay aquí puede autodestruirse. Pues si en este castillo hay algo, está en esas habitaciones... Ante todo, hay que dominar a los cuatro ayudantes del faraón.

-¿Y cómo se propone hacerlo?

-Coronel, una cosa por vez. Las puertas tienen picaportes y puede tener la certeza de que no están cerradas por dentro. Eso no puede suceder en el Cuarto Reich, donde la intimidad no es una prioridad en los niveles mas altos, sobre todo si Monluc –o quienquiera sea– tiene que convivir con esta gente.

-Es cierto –reconoció Witkowski–. Muchacho, usted está madurando, y tiene algunos pensamientos muy inteligentes.

-Recordaré siempre ese comentario. –Latham indicó con un gesto a Dietz y a los agentes franceses que se reuniesen con él y el coronel junto a la puerta de acero. Murmuró sus instrucciones, y los tres hombres comenzaron a trabajar en equipo. Una tras otra las puertas fueron abiertas y cerradas, y los haces de luz de las lapiceras que emitían rayos azules se entrecruzaron mientras se cerraban las puertas. Después de visitar el último de los ocho cuartos, el capitán Dietz informó a Drew.

-Ninguno de esos individuos se moverá durante un par de horas.

-¿Está seguro? ¿Están bien maniatados, y no hay vidrios o cuchillos o navajas cerca?

-Están perfectamente maniatados, pero en realidad eso no sería necesario.

-¿Qué quiere decir?

El comando retiró del bolsillo una aguja hipodérmica y un frasquito de líquido.

-Aproximadamente medio centímetro cada uno, ¿eh, Coronel?

-¿Eh?

-Bien, usted no puede pensar en todo. Fue nada más que un refuerzo... En la arteria del brazo izquierdo, ¿no es así Capitán?

-Sí, señor. El Número Dos les apretó el brazo, de modo que yo no pudiese equivocarme.

-Stanley, usted nos presenta muchas sorpresas. ¿Algo más que no me haya dicho?

-Después de pensarlo le contestaré.

-Por favor, déjelo así –murmuró Latham, moviéndose hacia el comando–. ¿Qué había en las tres habitaciones restántes?

-La que está más cerca de la cama es el cuarto de baño más espacioso que usted haya visto jamás; hay barras cromadas a lo largo de todas las paredes, de modo que el anciano pueda moverse.

Las otras dos en realidad son una sola habitación. El tabique ha sido demolido, y hay una serie de computadoras.

-Ahí está –dijo Drew–. Ahora lo único que necesitamos es un experto que conozca ese equipo.

-Creía que teníamos uno. Se llama Karin, por si lo olvidó.

-¡Dios mío, tiene razón! Ahora, escúcheme, Dietz. Usted, el coronel y los Números Uno y Dos acérquense a los costados de la cama del anciano Monluc...

-Usted dice que es Monluc –lo interrumpió Dietz–, pero yo afirmo que es otra persona, ¡y ni siquiera deseo pensar en ello!

-Entonces, no lo piense. Póngase al costado, y si despierta, no le permita tocar nada. Ni un botón, una llave, un cable que él pueda arrancar... ¡nada! Tenemos que entrar en esas computadoras e informarnos de lo que hay allí.

-Amigo Latham, ¿por qué no utiliza la aguja mágica del coronel?

-¿Qué?

-En lugar de medio centímetro, quizá un centímetro.

-No sé, capitán –dijo Witkowski–. No soy médico. A la edad que tiene este hombre, quizá el líquido no contribuya precisamente a restablecerlo.

-Entonces, volvamos a medio centímetro. ¿Qué le parece?

-No es mala idea –murmuró Drew–. Si pueden hacerlo.

-Eh, el Número Dos es un mago con las venas. Creo que hubiera debido ser médico.

-Todos los miembros de la Legión Extranjera han recibido enseñanza en primeros auxilios –explicó el coronel–. ¿Qué piensa hacer, Latham?

-Lo que usted quiera que yo haga. Voy a cerrar esa puerta de acero y a convocar a la unidad de ataque. Después me comunicaré con Karin y nuestro teniente, y les diré que vengan. –Latham extrajo su radio, pasó a las frecuencias militares, y ordenó a la unidad francesa que volase los portones del frente y usara el equipo de altavoces antes de atacar el castillo.

Pasó al promuntorio. –Escuchen, ustedes dos. Los franceses entrarán en la casa. Una vez asegurado el lugar, volveré a llamarlos. Y Karin, sube al último piso con la mayor rapidez posible, ¡pero sólo cuando todo esté controlado! ¡No antes! ¿Entendido?

-Sí –replicó el teniente–. Entonces, ¿consiguieron dominar la situación?

-Lo conseguimos, Gerry, pero esto no ha terminado, ni mucho menos. Estos individuos son maniáticos fascistas. Se juntarán en los rincones si de ese modo pueden liquidar a uno de los nuestros. No permita que Karin se le adelantó...

-Soy perfectamente capaz de adoptar esas decisiones...

-¡Oh, cállese! ¡Fuera!

Drew corrió a la cama de Monluc mientras el Número Dos y Dietz se preparaban para adormecer completamente al arrugado anciano.

-¡Ahora! –dijo el comando. El número Dos aferró el delgado brazo izquierdo, presionando la carne de la cara interior del codo.

-¿Donde está la vena? –exclamó Dietz en francés.

-Es un hombre muy viejo. ¡La primera línea azul que usted vea, clave la aguja en el centro!

-¡Mein Gott! –gritó el anciano acostado en la cama, y los ojos de pronto parecieron saltarle de las órbitas; se le retorcieron los labios, y el espasmo en el ojo derecho se acentuó. Witkowski palideció intensamente y le tembló todo el cuerpo. La diatriba en un alemán estridente fue electrizante, y la voz alcanzó un nivel que excedía el uso normal de las cuerdas vocales.

-¡Si bombardean a Berlín, destruiremos a Londres! Si envían cien aviones, enviaremos millares y millares hasta que la ciudad no sea más que sangre y escombros! ¡Enseñaremos a los ingleses una lección en el tema de la muerte! Conseguiremos que...

El anciano se desplomó sobre las almohadas de seda.

-¡Verifique el pulso! –dijo Latham–. Tenemos que mantenerlo vivo.

-Es rápido, pero allí está, señor –dijo el Número Dos.

-¿Sabe lo que acaba de decir ese hijo de perra? –preguntó Stanley Witkowski, el rostro pálido–. Ofreció la respuesta de Hitler al primer bombardeo de Berlín. ¡Palabra por palabra!... No puedo creerlo.

Abajo, sobre el camino, frente al castillo, los camiones blindados de la unidad de ataque dispararon sus cohetes, volando los portones. Una voz que provino de un altoparlante se difundió en la noche, y fue posible escucharla a mucha distancia.

-¡Todos los que están adentro depongan las armas o morirán! ¡Salgan y muéstrense sin las armas! El gobierno de Francia ha ordenado que nuestros hombres ocupen este castillo, y disparen sobre las personas que permanezcan adentro. ¡Tienen dos minutos para obedecer!

Lentamente, poseídos por el miedo, docenas de hombres y mujeres salieron, las manos en alto para indicar que se rendían. Se alinearon al borde del sendero circular: guardias, cocineros, camareros y prostitutas. La voz del altoparlante continuó.

-Si quedan algunos adentro, lo decimos ahora mismo... ¡morirán!

De pronto, un hombre de cabellos rubios rompió una ventana del tercer piso y gritó:

-Descenderé, señores, pero debo encontrar a alguien. ¡Pueden dispararme si quieren, pero a ella tengo que encontrarla! ¡Ya tienen mi palabra y mis armas! –Otro cristal voló en pedazos y saltó por el aire una pistola y una semiautomática; cayeron al sendero, y la figura desapareció.

-¡Entren! –exclamó la voz del altoparlante, y ocho hombres con equipo de combate se abalanzaron sobre las diferentes entradas, como arañas que se apresuran para apoderarse de los insectos atrapados en sus redes. Hubo disparos esporádicos, no muchos, mientras unos pocos y obstinados fanáticos morían, fieles a sus obscenos ideales. Finalmente, un hombre del

Librodot

Service d'Etranger apareció en la puerta principal, empujando hacia adelante a Jacques Bergeron, que estaba borracho.

-¡Tenemos a nuestro traidor del Deuxième! –anunció en francés– Y está borracho como un político.

-Suficiente. Que los otros dos entren.

Karin y el teniente Anthony entraron por el portón destrozado, y enfilaron hacia la escalinata principal.

-¡Él dijo que subiéramos por la escalera! –gritó de Vries, delante del teniente.

-Por Dios, ¿quiere esperarme un poco? ¡Se supone que yo debo protegerla!

-Gerry, si usted es muy lento, yo no tengo la culpa.

-Si usted cae herida, Latham me destrozará.

-Tengo un arma, teniente, ¡no se preocupe!

-Muchísimas gracias, amazona. Dios mío, ¡cómo me duele el brazo!

De pronto, los dos se detuvieron, al ver lo que había en el descanso del tercer piso. Un guardia de cabellos rubios sostenía en brazos a una jóven, y descendía con ella la escalera, los ojos llenos de lágrimas.

-Está malherida –dijo en alemán–, pero vive.

-Usted es el hombre de la ventana, ¿verdad? –preguntó Anthony, también en alemán.

-Sí. Ella y yo éramos amigos, y esta jóven jamás debió entrar en un lugar tan terrible.

-Llévela a la planta baja y diga a los otros que consigan un médico –dijo el teniente–. ¡De prisa!

-Gracias.

-Muy bien, pero si usted miente, lo mataré con mis propias manos.

-No miento, amigo. Estuve en muchas cosas malas, pero no miento.

-Yo le creo –dijo Karin–, y considero que debemos dejarlo en libertad.

Llegaron al piso alto, pero no había modo de abrir la puerta de acero; ni timbre ni señal, nada en absoluto.

-Drew se mostró enfático. Quiso que yo viniese aquí, pero, ¿cómo entró?

-Confíe en un jóven teniente –replicó Anthony, que había visto el espacio para aplicar la mano en la pared–. Activaremos la alarma... estas cosas ya eran viejas hace un par de años.

-¿De qué habla?

-Míreme. –Gerald Anthony insertó la mano en la abertura y presionó hacia abajo. En pocos segundos más la puerta de acero fue abierta por un sobresaltado Latham; adentro, la alarma era ensordecedora.

-¿Qué demonios hizo? –gritó Drew.

-Cierre la puerta, gran jefe, y así silenciará la alarma.

Latham obedeció, y los timbres callaron.

-¿Cómo sabía eso? –preguntó.

Librodot

-Caramba, ni siquiera es una muestra de alta tecnología. Son nada más que sencillos interruptores de circuitos.

-¿Y como lo sabía?

-En realidad, no lo sabía, pero estos sistemas son relativamente nuevos. La casa es bastante vieja, de modo que decidí correr el riesgo.

Qué diablos, de todos modos el lugar ahora está en nuestras manos.

-No discutas con él, Drew –dijo Karin, abrazando brevemente a Latham–. Lo sé, lo sé, no es el momento de manifestar nuestros sentimientos. ¿Por qué deseabas que viniese tan rápido?

-Hay una habitación... en realidad, son dos cuartos... atestados de computadoras. Tenemos que penetrar en ellas. Pasó una hora, y Karin de Vries, el cuerpo sudoroso, salió por la puerta.

-Llegamos a tiempo, querido –dijo, de pie frente a Latham. Basándose en la premisa de que este castillo aislado del valle del Loira nunca sería descubierto, aquí guardan todos los registros. Hay casi dos mil impresiones, y se indica quién es y quién no es miembro del movimiento nazi. En todo el mundo.

-Entonces, ¡ya los tenemos!

-A muchos de ellos, sí, pero no a todos. Estos son nada más que los jefes que gritan y discursean, y fomentan el odio de las multitudes, que desprecian a todos, salvo ellos mismos. Y muchos lo hacen de maneras sutiles, fingiendo generosidad en la superficie, pero odiando en el fondo.

-Eso es filosofía, amiga. ¡Yo hablo de acusaciones, de condenas de los malditos nazis!

-Ahora tendrás lo que quieres, Drew. Puedes perseguirlos, pero tienes que entender quienes son los cómplices.

En un laboratorio oficial muy secreto instalado en las colinas del Valle de Shenandoah, un especialista en patología forense clavó la mirada en su colega mucho más jóven, y ambos estudiaron el contenido de las pantallas de la computadora.

-¿Usted está llegando a los mismos resultados que yo? –preguntó serenamente el primer patólogo.

-No quiero creerlo –dijo el segundo–. Un cambio, ¡el cambio de toda la historia!

-Los informes provenientes de Berlín no pueden mentir, jóven, y ahí los tenemos ante los ojos. Durante los años cuarenta no se conocía el ADN; ahora sí. Todo coincide... Doctor, encienda el fuego, el mundo no necesita tolerar esto. A lo sumo alimentaríamos una leyenda, y ese anciano obsceno falleció anoche.

-Exactamente lo que yo pensaba. Si uno alimenta una leyenda, en definitiva transfiere el combustible y origina otras leyendas.

-O peor todavía, las exacta y las inmortaliza.

-Eso mismo, doctor Hitler se suicidó en ese bunker hace más de cincuenta años. Ya tenemos suficientes problemas sin necesidad de creer en lo imposible, en lo que los fanáticos querían promover y difundir, exaltándolo. El peor hijo de perra del mundo tomó cianuro y se metió una

Librodot

bala en la cabeza cuando los rusos estaban entrando en Berlín. Todos lo creen así, y por lo tanto más vale no refutar la historia aceptada.

La evidencia en contrario fue destruida por dos mecheros Bunsen en el Valle de Shenandoah.

Librodot

Epílogo

Los directores de los organismos de inteligencia de Francia, Inglaterra, Alemania y Estados Unidos, obedeciendo las instrucciones de sus líderes civiles actuaron con rapidez y en silencio, y en definitiva con eficacia en sus respectivos países; pues ahora contaban con la verdad, no con conjeturas. Más de dos mil impresiones de la computadora identificaban a los auténticos partidarios de Die Bruderschaft der Wacht. Según los acuerdos combinados de las cuatro naciones, los Comunicados de prensa oficiales dirían esencialmente lo mismo, como lo demostraban la edición Parisiense del Herald Tribune. El titular afirmaba: "La columna vertebral del movimiento neonazi ha sido quebrada".

Todos los artículos continuaban informando que muchos hombres y mujeres que eran funcionarios oficiales o meramente personas civiles habían sido detenidas en secreto; los nombres eran conocidos sólo por unos pocos, y se los mantenía en reserva hasta que se dictaran las sentencias condenatorias. Los medios se indignaron por breve lapso; pero las autoridades oficiales se negaron a revelar nombres, una lista que estaba al alcance de muy pocos, que no abrían la boca; y finalmente los medios frustrados, pasaron a otras denuncias más provechosas. En el lapso de dos meses la atención de los lectores, los oyentes y los televidentes se debilitó, y la cacería de nazis comenzó a perder fuerza con la misma rapidez que se había manifestado en el caso de la búsqueda paranoica de comunistas cuando el detestable MacCarthy perdió el poder. Los empresarios comprendieron que uno no conseguía anunciadores ni grandes cifras de venta cuando aburría al público. De modo que todo retornó a los enfrentamientos políticos habituales.

-Caramba, ¡soy millonario! –exclamó Drew Latham, mientras caminaba tomado de la mano con Karin por la ruta de tierra de Granby, Colorado–. Todavía me parece increíble.

-Harry te apreciaba muchísimo –dijo de Vries, elevando los ojos hacia las majestuosas Montañas Rocallosas–. Nunca dudaste de eso ¿verdad?

-Tampoco lo expresé en palabras. Excepto unos pocos centenares de miles destinados a nuestros padres, que nunca los gastarán, me dejó todo.

-¿Qué es lo que te sorprende?

-¿Dónde demonios consiguió tanto dinero?

-Querido, los abogados ya te lo explicaron. Harry era soltero y tenía pocos gastos, y se dedicó a estudiar los diferentes mercados aquí y en Europa, y realizó algunas inversiones brillantes, muy propio de sus características.

-Harry –murmuró por lo bajo Drew, como deteniéndose en el hombre–. Kroeger implantó en su cerebro ese maldito artefacto. La autopsia demostró que se trataba de una nueva ciencia, y que podía repetirse la pperación. Después, el implante le voló la cabeza... después de su muerte. ¿Y si no hubiese sucedido nada?

-Los médicos y los científicos dijeron que esa operación no podría perfeccionarse durante décadas, si alguna vez se llegaba a eso.

-En otras ocasiones los científicos y los médicos se equivocaron.

-Sí, así es... Olvidé decirte, recibí un telegrama de Jean–Pierre Villier. Se propone reponer Coreolano, y quiere que vayamos a París para asistir al estreno.

-¿Como puedes expresar con elegancia que una serie de quejosos discursos en francés no es precisamente lo que me interesa?

-Yo lo diría de otro modo.

-¡Por Dios, todavía hay tantos interrogantes!

-Querido, no tienes que ocuparte de eso. Jamás. Somos libres. Que los otros se encarguen de las tareas de limpieza. Tu trabajo ha terminado.

-No puedo evitarlo... Harry dijo que una enfermera que estaba en el Valle de la Fraternidad avisó a los Antinayous que él pensaba escapar. ¿Quién era, y qué le sucedió?

-Está en el informe Mettmach, el mismo que tú apenas hojeaste...

-Me pareció demasiado doloroso –la interrumpió Latham–. Algún día lo haré, pero todos esos informes acerca de mi hermano... bien, no quise saber más nada. –La enfermera era una ayudanta de Greta Frisch, la esposa de Kroeger. La obligaron a dormir con el comandante Von Schnabe, por orden del nuevo Lebensborn. Se embarazó, y se suicidó en el bosque de Vaclabruck.

-Los Lebensborn, una palabra que suena tan dulce y pastoral, y sin embargo es tan brutal, tan deformada... De todos modos, descubrimos dónde estaba Mettmach, en el Vaclabruck. ¡Dios mío, casi una base militar completa en medio del bosque!

-Se ha convertido en una colonia penal de dos mil quinientas hectáreas, donde los detenidos, varones y mujeres, tienen únicamente uniformes neonazis, con brazaletes rojos. Pero los brazaletes están cosidos a la pechera del uniforme, no en los brazos, exactamente como obligaban a los judíos a usar la Estrella de David durante el Tercer Reich.

-Es bestial, realmente bestial.

-Fue idea del embajador Kreitz. Dijo que les recordará que están allí como prisioneros, no como miembros privilegiados de la sociedad.

-Sí, lo sé, pero todavía no estoy seguro de que lo apruebo. ¿No podría funcionar al revés? ¿Reagrupar y unificar a los prisioneros uniformados? ¿Inducirlos a jurar lealtad total a su causa?

-No será ése el resultado con el caudal de trabajo que se les impone, los programas y las conferencias constantes acerca del pasado nazi, acompañadas por películas y diapositivas que reflejan las atrocidades más brutales. Se les ordena que redacten trabajos acerca de lo que vieron. Oí decir que muchos salen de esas conferencias llorando y se arrodillan a rezar. Recuerda, Drew, que fuera del trabajo pesado, nadie trata con dureza los presos. Todo se hace con firmeza pero cortésmente.

-Los psicólogos y los psiquiatras tendrán mucho que hacer. quizás esto sea el comienzo de un sistema carcelario completamente nuevo.

-En tal caso, algo decente podría originarse en una locura indecente.

-Tal vez, pero no cuentes con ello. Siempre hay otros que esperan su oportunidad. Los nombres pueden ser distintos, las culturas diferentes pero

el denominador común es siempre el mismo. "Hazlo a nuestro modo bajo nuestra autoridad, y no se permiten variaciones".

-Por eso mismo todos debemos estar alertas ante la posibilidad de que aparezcan personas así y causas del mismo género, todos debemos abrigar la esperanza de que nuestros líderes perciban el peligro y tengan el coraje de proceder con rapidez, pero no irracionalmente.

-¿No te fatigas de resumir siempre con tanta eficacia las cosas?

-Mi marido... cuando era mi marido, al principio... solía decir: "¿Tendrías la bondad de suspender esa actitud tan aburrida y académica?"

Creo que estaba en lo cierto. La única vida que tuve jamás fue la académica eso fue todo lo que llegué a conocer.

-Yo jamás te diría algo parecido... A propósito, practicaste el seguimiento más que yo...

-Naturalmente –lo interrumpió Karin–, tú tenías que ir a ver a tus padres. En su dolor, necesitaban estar con el hijo sobreviviente.

-Sí. –Latham miró a Karin bajo el luminoso sol de la tarde en colorado.

-Sí... –Desvió la mirada y continuó: –¿Knox Talbot descubrió quién infiltró las computadoras AA?

-Por supuesto; eso estaba en las impresiones que encontramos en el Nido del Aguila. Un hombre y una mujer que habían ascendido a lo largo de dieciséis años en la Agencia. Miembros de los Boy Scouts y las Girl Scouts, atónitos en la iglesia, uno proveniente de una explotación rural, y el otro hijo de una pareja residente en los suburbios, que dictaba clases en la escuela dominical.

-Sonnenkinder –dijo Drew.

-Exactamente. Incluyendo la incorporación al coro vecinal y los Clubes Rotarios.

-¿Qué se supo del prontuario de Monluc, robado de los archivos de la Inteligencia?

-Fue uno de los directores que tenía una cobertura de historiador judío. ¿Quién hubiera podido sospechar de él?

–Sonnenkind.

-Por supuesto.

-¿Y qué me dices de ese tiburón de las finanzas que trabajaba en París y que estaba comprando propiedades en el Valle del Loira con dinero alemán?

-Su castillo de naipes se derrumbó. Bonn intervino con algunos procedimientos contables muy novedosos que ahorraron mucho dinero a los alemanes. Ese hombre era un estafador que aprovechaba antiguos y perversos sentimientos de lealtad.

Karin miró a Latham.

-¿Por qué me miras de ese modo? ¿Con un aire tan dubitativo?

-Hace un momento mencionaste a mis padres, y de pronto comencé a pensar. Nunca me hablaste de tus padres, de los que te permitieron alcanzar esa educación académica. Ni siquiera sé cuál es tu nombre de soltera. ¿Por qué?

-¿Importa?

Librodot

-¡Caramba, no! Pero siento curiosidad. ¿No te parece normal?

Supongo que siempre que imaginaba que pedía a una mujer que se casara conmigo, debía presentarme al padre para decirle algo como: "Si, señor, puedo mantenerla y la amo", en ese orden. ¿Puedo hacerlo, Karin?

-No, me temo que no, de manera que más vale que te diga la verdad... Mi abuela era danesa, y fue secuestrada por los nazis y obligada a incorporarse a los Lebensborn. Cuando nació su hija, es decir mi madre, mi abuela la secuestró, y con una tenacidad que es casi incomprensible regresó a Dinamarca con la niña, y se ocultó en una pequeña aldea de las afueras de Hanstholm, a orillas del Mar del Norte. Conoció a un hombre un antinazi, que la desposó y aceptó a la niña, es decir a mi madre. De modo que de hecho estás diciendo...

-Sí, Drew Latham, que de no haber sido por la obstinación y la ferocidad de una mujer, yo podría haberme convertido en una Sonnenkind, no muy distinta de Janine Clunes. Por desgracia, los nazis llevaban registros cuidadosos, y mi abuela y su marido tuvieron que continuar huyendo, sin contar jamás con un hogar permanente propio, o con acceso a las facilidades educacionales de carácter normal. Finalmente, después de la guerra, se trasladaron a Bélgica, donde creció la hija no demasiado culta, y me tuvo en 1962. Como mi madre nunca contó con una educación, formal, la enseñanza impartida a su hija fue para ella una obsesión.

-¿Dónde están ahora?

-Mi padre nos abandonó cuando yo tenía nueve años, y en una visión retrospectiva comprendo el motivo de su actitud. Mi madre tenía la intensidad de propósitos característica de mi abuela. Así como su propia madre lo había arriesgado todo, incluso la ejecución pública, para apartar a su propia hija de los Lebensborn, mi madre concentraba todos sus esfuerzos en mi persona. No disponía de tiempo para su esposo, todo su centro estaba en esa hija. Yo tenía que leer constantemente, con intensidad febril, alcanzar las calificaciones más elevadas en las academias, estudiar siempre, hasta que yo misma me contagié de esa intensidad febril. Llegué a obsesionarme con mi erudición tanto como lo estaba ella.

-No me extraña que tú y Harry se llevasen bien. ¿Tu madre vive?

-Está en un hogar geriátrico de Amberes. Podrías decir que se agotó en el esfuerzo, y ahora apenas me reconoce.

-¿Y tu padre?

-¿Quién sabe? Nunca intenté encontrarlo. Más tarde a menudo contemplé la posibilidad de intentar algo, pues como dije antes comprendía por qué los dejó. A la primera oportunidad abandoné el intento. Después conocí a Freddie, y me absorbió por completo.

-¡Bien, eso ha terminado! –dijo Drew sonriendo y apretando la mano de Karin. –Ahora siento que te conozco lo suficiente como para continuar contigo la dinastía de los Latham.

-Qué generoso de tu parte. Trataré de merecer tanto favor.

-¿Merecer tanto favor? En tu caso se trata de descender un peldaño o dos, pero quiero que sepas que lo primero que compraré para la biblioteca es una serie de enciclopedias.

-¿Qué biblioteca?

Librodot

-La biblioteca de la casa.

-¿Qué Casa?

-Nuestra casa. Allí en el recodo de este viejo camino, el que por supuesto ordenaré que mejoren ahora que puedo pagar los gastos.

-¿De qué estás hablando?

-Esta es una especie de entrada al fondo de la propiedad.

-¿Qué propiedad?– Nuestra propiedad. Dijiste que te agradaban las montañas.

-En efecto. ¡Míralas, tan grandiosas e impresionantes!

-Vamos, amante de las montañas, ya casi hemos llegado.

-¿Adónde?

-Bien, mira –dijo Drew, mientras abordaban la curva del camino de tierra. –En Fort Collins tengo un amigo que me habló de este lugar. "Uñas" es realmente rico... lo llamábamos Uñas porque podía apoderarse de lo que quisiera, desde una cita hasta un negocio... y él me dijo que era el único lote que restaba... si es que yo podía pagar el precio. Después, una actitud también muy típica de Uñas, agregó que podía ayudarme si eso era problema.

-¿A qué se dedica?

-No creo que nadie lo sepa muy bien. Tiene una serie de computadoras y negocia con acciones y valores y mercancías, todas esas cosas. Pero el momento más glorioso llegó cuando le dije: "No es problema, Uñas. Si me agrada, compraré".

-¿Y qué dijo?

-¿Con el sueldo del gobierno, muchacho?

-Y yo contesté: "No, viejo amigo. He invertido fondos en los mercados europeos, y él contestó: "Almorcemos o cenemos, o quédate en mi casa todo el tiempo que desees".

-¡Drew Latham, eres un individuo desvergonzado!

Abordaron la curva del camino, y lo que vieron ante ellos provocó en Karin una exclamación de asombro. Era un enorme lago de aguas verdes azuladas, con varias velas blancas desplazándose sobre el agua, y a lo lejos una serie de casas exquisitamente diseñadas, cada una con un muelle que se internaba en el agua, y a los costados los prados bien cuidados. Arriba, reluciendo a la luz del sol, las montañas lejanas, como fortalezas mágicas que protegían un hermoso enclave terrenal. Y a la derecha, una amplia extensión terrestre frente al lago, completamente deshabitada, ocupada por altos pastos y flores silvestres.

-Ahí tiene, señora, ésa es nuestra casa. ¿La ves? A unos tres kilómetros más lejos está la entrada sur del Parque Nacional de las Montañas Rocallosas.

-¡Querido, no puedo creerlo!

-Créelo, allí está. Es nuestro. Y en un año la casa se levantará allí... por supuesto, después que tú apruebes los planos. Uñas me consiguió el mejor arquitecto de Colorado.

-Pero Drew –dijo riendo Karin, descendiendo a la carrera por la pendiente cubierta de pasto, en dirección al borde del agua y al arroyo que rodeaba la propiedad. –Eso llevará tanto tiempo, ¿y qué haremos entretanto?

-Estuve pensando en armar una gran tienda, como los intrusos, ¡pero no serviría! –gritó Latham, que alcanzó a Karin.

-¿Por qué no? ¡me encantaría!

-No, no es cierto –dijo Drew, jadeante, sosteniéndola por los hombros. –Adivina ¿quién vendrá a supervisar la construcción inicial, porque el chlopak es incapaz de hacerlo?

-¿El coronel?

-Exactamente, mi amiga.

-Él también te profesa mucho afecto.

-Creo que en ese sector me llevas cierta ventaja. Le o torgaron la pensión completa, pero no tiene adónde ir. Sus hijos ya son adultos, y tienen a su vez a sus propios hijos, y después de unos pocos días con ellos se siente perdido. Karin, necesita continuar en movimiento. Creo que debemos tenerlo con nosotros un tiempo, hasta que de nuevo sienta la necesidad de recomenzar sus viajes. ¿Qué te parece?

-Por supuesto, tengo que aceptarlo.

-Gracias. Uñas alquiló para nosotros una casa, a unos quince kilómetros por la Ruta 34, y yo acepté trasladarme en avión a Washington cinco días por mes, como máximo. Sólo para consultas, no para trabajo de campo.

-¿Estás seguro de lo que dices? ¿Podrás soportar esa situación?

-Sí, porque hice todo lo posible, y no tengo nada más que demostrar... a Harry o a quién sea.

-¿Y qué haremos? Tú eres jóven, Drew, y yo soy más jóven que tú. ¿Qué podemos hacer?

-No lo sé. En primer lugar, construir la casa, lo cual en realidad nos llevará un par de años, y después... bien, habrá que pensarlo un poco.

-¿Realmente piensas renunciar al área de Operaciones Consulares?

-Eso depende de Sorenson. Fuera de los cinco días mensuales, tengo licencia hasta marzo del año próximo.

-Entonces, no estás decidido. No se trata de lo que piense Sorenson; se trata de tu propia decisión.

-Wesley comprende. Estuvo en los mismos lugares en que yo actué,y se alejó de eso.

-¿A qué te refieres? –preguntó Karin, abrazada a Latham, la cara contra el pecho de su marido.

-No estoy seguro –replicó Drew, cerrando los brazos sobre el cuerpo de Karin–. Gracias a los genes de Beth, soy un individuo fuerte y relativamente capaz de cuidar de mí mismo; pero los últimos tres meses aprendí algo, y tú eres parte de eso, una parte importante... No me agrada temer por los dos las veinticuatro horas del día. A decir verdad, las armas de fuego no me agradan, aunque nos salvaron la vida más de una vez. Estoy harto de la

alternativa: Matar o ser Muerto. No deseo volver a jugar ese juego, y estoy seguro de que tú tampoco quieres.

-Querido, era la guerra, tú mismo lo dijiste y estabas en lo cierto. Pero para nosotros eso ha concluido; ahora viviremos como seres humanos normales. Y por otra parte, ¡no veo el momento de encontrarnos con Stanley!

Como respondiendo una señal, una figura nerviosa apareció en el camino de tierra.

-¡Hijo de perra! –rugio el coronel Stanley Witkowski, transpirando y jadeante–. ¡El maldito taxi rehusó llegar hasta aquí! Excelente terreno no está nada mal. Ya tengo algunas ideas... montones de vidrio y madera. Además, chlopak, Wes Sorenson me telefoneó. Los tres formamos un excelente equipo, y hay una situación que según cree puede interesarnos en el nuevo convenio con Operaciones Consulares.

-Nada cambia –dijo Latham, apretando con fuerza a Karin–. ¡No quiero saber nada, coronel!

-Estaba pensando en usted, jóven amigo, los dos pensamos lo mismo –continuó Witkowski, descendiendo la pendiente cubierta de pasto, y enjugándose la frente–. Usted es demasiado jóven para jubilarse... tiene que aceptar el trabajo, ¿y acaso sabe hacer otra cosa? Usted me dijo que volver al hockey no le parece aceptable; estuvo apartado demasiado tiempo de la práctica de ese deporte.

-Le dije que olvidara todos sus planes.

-Iremos en avión con usted la semana próxima, y Wesley le explicará el asunto. Parece una cosa sumamente fácil, con un excelente salario y fondos colaterales, y todos podemos turnarnos para volver a supervisar aquí la construcción.

-Stanley, la respuesta es no.

-Ya hablaremos... Mi querida Karin, su aspecto es maravilloso.

-Gracias –dijo de Vries, abrazando al coronel–. Se lo ve un poco cansado.

-Fue una caminata infernal.

-¡No, no, no!

-Ya hablaremos, chlopak... Ahora, vamos a inspeccionar el terreno.

Librodot